

Carolina Andújar

Pie de
Bruja



Lectulandia

¿Qué se esconde en las profundidades de los bosques de los Balcanes? ¿Acaso demonios, brujas o hechizos mortales? ¿Criaturas que surgen de las tinieblas y esperan el momento adecuado para atacar? ¿El misterioso y malvado *Pie de Bruja* que con ojos ansiosos espera su oportunidad de venganza?

La joven Ava, estudiante apasionada de las ciencias naturales como su difunto padre, dejará Austria para reunirse con su nana en los Balcanes al ser presionada a hacer a un lado sus libros y aceptar la propuesta matrimonial de un hombre a quien detesta. Desde niña, su nana le ha mencionado la historia terrorífica de *Pie de Bruja*, el hijo del diablo, que habita las misteriosas tierras de Voivodina. Al llegar allí, conocerá que no todas las leyendas son falsas y que el hechizo más poderoso de todos es el amor.

Lectulandia

Carolina Andújar

Pie de Bruja

ePub r1.0
fenikz 12.05.15

Carolina Andújar, 2014

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera Parte





Una leyenda peligrosa

Dicen que cuando él nació, el espíritu maligno se regocijó. Su madre lo había entregado desde el vientre y era bello como el amanecer. Nadie se explicaba cómo la bruja, huraña y mezquina, había dado a luz a una criatura tan hermosa como el pequeño Slaven: aun si había sido guapa en su juventud, tenía una joroba monumental cuando su único hijo fue concebido.

Los aldeanos insistían en que lo alimentaba con sopa de reptiles y sospechaban que el padre era el mismo Crnobog, dios de la desgracia, quien había imbuido al niño de belleza y esplendor para confundir a quienes lo contemplaban y así, aprovechando la debilidad de las gentes por todo lo que es agradable a la vista, llevarlos a la perdición. También decían que la madre, en su infinita crueldad, había mutilado el tercer dedo del pie izquierdo de Slaven durante un bautizo infernal, marcándolo así como siervo de Chort, el demonio de cuernos y pezuñas, cuando apenas había estado tres días en el mundo. Tal era el único defecto visible de Slaven y la razón de su sobrenombre: todos lo llamaban *Pie de Bruja*.

Ningún adulto osaba ver a Slaven a los ojos, pues era bien sabido que Chort vigilaba el poblado a través de su servidor para sembrar tentaciones homicidas y carnales en el corazón de quien fuera tan insensato como para cruzarse en su camino. Los niños, por su parte, sabían que estaba prohibido hablar con Pie de Bruja y que, si este buscaba la forma de acercarse a ellos, debían lanzarle rocas.

Una tarde de primavera en que Slaven intentaba hechizar a los hijos del leñador con el fin de que se extraviaran y murieran de hambre, los muchachos se hicieron con una antorcha y lo persiguieron hasta la ladera para retornarlo a Chort envuelto en llamas.

Los viejos cuentan que, tras ahuyentar con un jarro lleno de orines a los niños que pretendían incinerar a su hijo, la bruja huyó de la aldea. Subió la escarpada cuesta de la colina con un fardo lleno de frascos y Slaven cojeando a sus espaldas. Según el

hermano del posadero, quien lo vio todo, el chico no bien había extinguido las llamas que trepaban por su pierna con una simple fórmula mágica cuando volvió el rostro tiznado y bañado en lágrimas hacia el valle para maldecir el caserío. Todos comprobaron entonces que Slaven era incapaz de sentir dolor físico y que en su corazón solo había reinado el más negro odio para con ellos desde el momento de su alumbramiento. El muchacho había incluso mencionado a su padre Crnobog entre sus imprecaciones, desafiándolo ante los hombres y jurando vengarse de los habitantes del poblado. Desde entonces, los aldeanos no han vuelto a ver a la bruja ni a su hijo, pero aguardan con terror el retorno del muchacho cuyo pie izquierdo es recuerdo permanente de su ofrecimiento al demonio.

Una mandrágora brotó en el lugar donde las lágrimas de Pie de Bruja cayeron hace ya varios años y nadie se atreve a transgredir el límite que marca el lugar de la maldición. A partir de la primavera siguiente, los aldeanos se negaron a talar el bosque de ese lado de la colina, la cual quedó oculta tras el denso follaje de los árboles. Sin embargo, en las noches de luna llena, las carcajadas de la bruja llegan hasta ellos envueltas en el murmullo del viento, y algunos afirman haber visto un par de ojos iguales a los de Slaven brillar entre la enramada.



Una bruja como tú

Me regodeaba recordar la historia que Branka, nuestra amada nana, nos había relatado cuando aún éramos niños. Ella había venido de un lugar llamado Voivodina y no cesaba de hablar de los seres fantásticos que en aquellas tierras coexistían con los lugareños. Además de brujas, había un sinfín de dioses, demonios, espíritus y criaturas mágicas que influían el devenir de los campesinos, sus cosechas y hasta en su vida amorosa. En aquel entonces yo vivía en Viena con mi primo Marcus, quien era mi mejor amigo y mentor, y con tía Greta, hermana de mi padre, quien había enviudado muy joven y se había visto en la penosa dificultad de criarnos sola a Marcus y a mí. Puesto que mi madre había muerto al darme a luz y mi padre la había seguido poco después, Branka había llegado a nuestras vidas como una bendición y solo había retornado a Voivodina cuando el clima político de la misma se había calmado lo suficiente para permitirle reunirse de nuevo con su propia familia. Sin embargo, esto no le había impedido constituirse en una segunda madre para nosotros durante la infancia y parte de la adolescencia, y todas las leyendas de su pueblo habían quedado grabadas en mi memoria como si fuesen reales a pesar de la educación científica que había recibido por parte de Marcus para cumplir la voluntad de mi padre.

Cabe decir que, aunque las ciencias llegaron a despertar mi pasión, y aunque en Viena no había quién me recordara aquel mundo mágico e intangible de la tradición eslava tras la partida de Branka, la noche en que escuché la historia de Pie de Bruja fue decisiva pues, si mi carácter era impetuoso por naturaleza, la idea de intimidar a otros para salirme con la mía se convirtió en mi gran fascinación, en especial en lo concerniente a Wilhelma Wills.

Wilhelma era la niña más bonita y refinada que conocíamos. Solía decir que las pecas que cubrían mis mejillas eran salpicaduras de tierra que no salían porque yo no me frotaba bien en la bañera, y yo la había convencido a mi vez de que las diminutas

manchas marrones eran un mal supremamente contagioso, el inevitable resultado de jugar con ranas durante el verano. En consecuencia, Wilhelma jamás me besaba las mejillas como a las otras chicas, lo cual avergonzaba terriblemente a sus padres y me proveía una excusa para no tomar el té con ella y sus muñecas de porcelana.

Los Wills vivían en una casa amplia y elegante que visitábamos con frecuencia. Mi padre, biólogo de renombre, había entablado en vida amistad con el señor Wills, quien no solo era su más ferviente admirador sino también un apreciado mecenas de las ciencias naturales en la comunidad. Naturalmente, los Wills se habían esmerado en solazar a tía Greta tras la muerte de mi padre e incluso habían solventado la costosa educación de Marcus. Con el paso del tiempo, el vínculo entre ambas familias se había estrechado y los Wills habían empezado a ver en Marcus un esposo idóneo para Wilhelma desde que él era apenas un adolescente. Así pues, para mi desgracia, si bien tía Greta no me obligaba a peinarme y me dejaba andar con las faldas descosidas por la calle, todos los viernes me arrastraba a casa de los Wills, quizá en parte porque juzgaba conveniente que me relacionara con una chica de buenas costumbres como Wilhelma, pero especialmente por cortesía con sus padres.

Ocurrió que en una ocasión en la que fuimos a cenar a su casa, los adultos nos enviaron a la planta superior para conversar tranquilamente en el salón. Aunque habría preferido quedarme con ellos para escucharlos hablar de los viajes que el señor Wills había emprendido en compañía de mi padre, subí a regañadientes los peldaños que llevaban a la habitación de Wilhelma con Marcus pisándome los talones. En cuanto la aya cerró la puerta tras de nosotros, deshice el bonito peinado que tía Greta había elaborado sobre mi coronilla y me quité los zapatos. Tenía ocho años y pasaba gran parte del día recogiendo muestras de plantas silvestres para mi herbario a la orilla del Danubio con Marcus, por lo cual la idea de usar un vestido de tul me resultaba insoportable. Resoplando, tomé el único libro que había en el estante de Wilhelma y me dispuse a leerlo por centésima vez. Acto seguido, me dirigí al rincón más apartado de la estancia ante la mirada de desaprobación de la aya, quien acicalaba a nuestra joven anfitriona frente al tocador. Marcus, entre tanto, había tropezado con la mecedora y, tambaleándose, se había sentado tímidamente sobre el lecho para analizar sus propias huellas dactilares con una lupa de bolsillo, lo cual solía hacer cuando estaba incómodo o aburrido.

—¿Ha notado, señora Vogel, que Marcus y Ava no se parecen en lo absoluto a pesar de ser primos hermanos? —susurró Wilhelma, suponiendo que mis oídos se habían atascado porque mis ojos estaban ocupados repasando un párrafo de su aburrido libro de fábulas.

—Claro que sí —sentenció la aya, una mujer de edad madura—. Él es un muchacho dócil y ella es una provocadora. Además, él es rubio y ella morena.

—Marcus siempre está bien vestido y Ava ni siquiera tolera las calzas.

—El chico heredó los rasgos cincelados de su madre y sus ojos son azules como el cielo de verano —prosiguió la aya entusiasmada, como si compararnos en voz baja

mientras estábamos presentes la complaciera en extremo—. Ella, en cambio, tiene una boca demasiado grande y una nariz que no por ser pequeña deja de ser algo larga para mi gusto.

—Además, sus ojos son oscuros como un par de escarabajos. ¡Y ni qué decir de esa melena revuelta! ¡Parece una enredadera! A veces cuando la miro, imagino que Medusa viene hacia mí —dijo Wilhelma, inquieta.

—¿Quién es Medusa? —inquirió la aya.

—Una mujer que en vez de cabellos tiene una maraña de serpientes vivas en la cabeza.

—¡Eso es ridículo! —dijo la señora Vogel.

—¡Pero Ava me dijo que es amiga suya y vive a la orilla del río! —protestó Wilhelma, echando un vistazo recriminatorio al rincón donde me había refugiado.

—¿Y usted todavía cree todo lo que la señorita Geist le dice?

—¡No puedo evitarlo! Una vez me dijo que si la llamaba mentirosa pondría ortigas bajo mi almohada.

Sin molestarme en elevar la vista hacia Wilhelma, curvé los labios en una sonrisa sutil y arqueé una ceja a manera de advertencia.

—Creo que Ava nos escucha, señora Vogel —balbuceó Wilhelma, ajustando la cinta que la aya había atado sobre su cabeza.

—No diga tonterías. Observe cuán concentrada está. Es una niña muy pequeña, apuesto a que a duras penas si sabe leer.

Aun si Wilhelma era algo mayor que yo, se dejaba engañar fácilmente y me temía. Yo, por supuesto, solo deseaba fastidiarla un poco y en corto tiempo había aprendido a sacar provecho de su credulidad.

—No se fíe de su sonrisa —musitó Wilhelma—. Esos bonitos hoyuelos encubren su verdadera naturaleza. Por otra parte, tiene grandes ojeras. Apuesto a que pasa la noche en vela espiando a los vecinos desde su ventana.

—Quizá solo esté algo enferma —dijo la aya—. He notado que no tiene mucho apetito.

—Ha de ser porque come gusanos —murmuró Wilhelma.

Arrojé el libro de fábulas al suelo y me puse de pie sintiendo que la sangre acudía a mi rostro.

—¡No como gusanos! —me defendí—. ¡Les permito que caminen por mi mano y los alimento con deliciosas hojas verdes!

—Ah, de modo que meriendas con ellos —replicó, dándose la vuelta sobre el taburete para encararme—. Es prácticamente lo mismo.

—¡No lo es! —dije ofuscada.

—De cualquier forma, no deberías escuchar conversaciones ajenas —decretó ella con tono acusador—. Es por eso que tus únicas amigas son las alimañas del parque. Harías bien en aprender modales de Marcus, quien es tan cortés como un príncipe encantado.

—Pues tú no deberías hablar de los demás a sus espaldas —dije, reparando en que se le había escapado un suspiro cuando miraba a mi primo de soslayo—. Por lo demás, comprendo que estés enamorada de Marcus, pero tú no eres ninguna princesa: tus pies huelen mal y el otro día observé que un piojo se paseaba por tu cabeza.

—¡Mientes! —replicó con los ojos grises llenos de lágrimas—. ¡Espolvoreo mis pies con talcos de lilas todas las mañanas y mis cabellos siempre están bien cepillados! ¡Y no estoy enamorada de Marcus, es solo que nadie comprende que un chico tan bueno esté emparentado con una pequeña bruja como tú!

Mi primo se había incorporado y nos miraba sin saber qué decir.

—¿Cómo me llamaste? —inquirí, avanzando hacia ella con mi sonrisa más precoz.

—Tú te lo buscaste, Ava —tartamudeó ella, evitando mirarme a los ojos.

—Descuida, Wilhelma, no voy a hacerte daño solo porque hayas adivinado la verdad —murmuré, y me detuve junto a ella.

—¿Qué dices? —preguntó atónita.

—No te has equivocado: soy una bruja.

—Basta, Ava —dijo mi primo, ahogando una carcajada—. Estás atemorizando a nuestra anfitriona. No le creas, Wilhelma, Ava solo bromea.

—No es broma —repliqué, poniendo mi mejor cara de villana—. Hechicé a una niña que se enamoró de Marcus. Pobre niña rubia, se parecía tanto a ti...

—¿Qué ocurrió con ella? —tartamudeó Wilhelma, aterrada.

—¡Señorita Geist! —interrumpió la aya antes de que pudiera contestar—. ¡Debería darle vergüenza mentir de ese modo!

—¿Cómo puede estar segura de que miento, señora Vogel? La niña de quien hablo tampoco me creyó y tuvo un cruel destino.

Mi primo se había dado la vuelta para no proferir una risotada, por lo cual proseguí, jubilosa:

—Esa chica que daba tanta importancia al aspecto de las criaturas solo abría la boca para decir necedades, así que recité una fórmula que la hizo muda e invisible. Sus padres no han podido encontrarla hasta el día de hoy. Aún pasa horas frente al espejo con la esperanza de ver sus propios bucles y hace lo imposible por decirle a Marcus que lo ama pero él no la escucha. Desde entonces, incluso las ratas la compadecen. Es realmente triste.

—No solo eres repugnante, también eres malvada —dijo Wilhelma con un hilo de voz.

—Creo que deberías medir tus palabras, Wilhelma —dijo Marcus—. Quizá lo que esta niña aún no puede lograr por medio de la magia sea posible en unos años gracias a la ciencia y, si ese día llega, Ava tendrá la ventaja sobre ti. No es sensato que cultives su antipatía. Además, mi prima es muy guapa.

Pestañeeé varias veces con simulada vanidad para enfadar aún más a Wilhelma y le dirigí una fugaz mirada de agradecimiento a Marcus. En ese momento deseé con

todo el corazón tener poderes mágicos para hechizar a mis enemigos y, si cuando leía cuentos de hadas estaba del lado de las hechiceras, después de aquella conversación con Wilhelma y la obtusa aya me convertí en su más fiel admiradora.

Aquel fue el comienzo de mi temprana discordia con Wilhelma, la cual, con el paso de los años, se transformó en verdadera enemistad.



Cruce de caminos

El sol se izaba sobre los campos verdes, iluminándolos hasta sus confines. Habíamos dejado atrás la ciudad gris con su aire frío y sus jardines pulcros para recorrer montes y valles hasta adentrarnos en una campiña remota que, aun si en los mapas se perdía como un punto insignificante dentro de los rebordes de un país dibujado con tinta, ahora se revelaba inmensa y esplendorosa.

La tierra natal de Branka era hogar de serbios, húngaros, rumanos, turcos, eslovacos, macedonios, croatas, goranis, rusinos panónicos, yugoslavos, ucranianos, albaneses, búlgaros, eslovenos, checos, bosnios, valacos y rusos, entre otros pueblos. En tiempos más recientes había acogido a una cantidad significativa de alemanes pero, a pesar de la diversidad que caracterizaba la región, los pueblos eslavos seguían siendo mayoría. Según había deducido a partir de las historias que Branka me contaba, el sentido de la fantasía de los últimos se había impuesto, dándole un color y un sentimiento único a esa porción de Panonia. Esto explicaba no solo que sus supersticiones la hubiesen permeado en su totalidad, sino que se mantuvieran con tal arraigo a pesar del contenido sometimiento de Voivodina a un imperio católico como lo era el austrohúngaro o, en un pasado un tanto más lejano, a uno islámico como el otomán.

Tal vez a otra persona le habría molestado sobremanera hallarse en medio de gentes cuyo sincero fervor religioso aún se entremezclaba con un inexpugnable paganismo ancestral, pero yo apreciaba el peculiar contraste. Por otra parte, gracias a que la distribución de los pueblos en aquel fragmento de Voivodina era sorprendentemente heterogénea, no solo se hablaba gran variedad de idiomas y dialectos (incluyendo el húngaro y una curiosa versión del alemán, por lo cual esperaba poder comunicarme fácilmente con algunos de sus habitantes) sino que también tendría la ocasión de ver por primera vez en mi vida una caravana de gitanos, quienes se llamaban a sí mismos el pueblo *roma* o *romaní*. Branka me lo había

asegurado y yo no podía esperar.

Marcus y yo nos habíamos desplazado en tren hasta Szeged y luego a Subotica para arribar a Novi Sad, una bella ciudad neoclásica de Voivodina cuya importancia cultural le había merecido el sobrenombre de *la Atenas serbia*. Después de descansar durante la noche, alquilamos un carricoche particular que pasó fugazmente por varios pequeños poblados hasta detenerse en Opovo, donde merendamos. Finalmente, poco antes de mediodía abordamos allí mismo una diligencia que debía llevarnos hasta nuestro destino en las inmediaciones de Rumania.

Aun si vastos cultivos la adornaban aquí y allí, la campiña de Voivodina daba una impresión bastante agreste, en especial si se la comparaba con los parques de Viena, que eran todo lo que yo conocía como naturaleza viva antes de que emprendiéramos el viaje. Las suntuosas catedrales y calles adoquinadas del imperio austrohúngaro habían quedado relegadas en la distancia para dar paso a caminos polvorientos y extensos bosques. Los caseríos que pasábamos solo daban muestra de estar habitados cuando las estrechas chimeneas que se asomaban por encima de los tejados exhalaban un diáfano vapor de humo blanquecino que desaparecía casi de inmediato, y aunque los cerezos estaban cargados de frutos, nadie comía de ellos a esa hora.

La modestia de las fachadas evidenciaba la pobreza de la región, pero no ocurría igual con los altísimos árboles cuyas copas la brisa veraniega mecía como en un arrullo: estos se erguían en hileras sobre la tierra fértil, conformando una fortaleza que prometía resguardar los tesoros de un pueblo misterioso.

Tomé mi pañuelo y me lo pasé por la frente para absorber el copioso sudor que amenazaba con deslizarse por el contorno de mi rostro, deseando en vano una vez más abrir la ventanilla de la diligencia para refrescarme un poco. El escote del vestido blanco que tenía puesto desde hacía un par de días estaba sucio y humedecido, y solo atiné a retorcer mi descontrolada melena y sujetarla con una de mis manos para así abanicarme con mayor vehemencia ante la mirada de reproche de la mujer del cochero, quien viajaba con nosotros en el compartimento. Ella llevaba una falda negra y un pañolón de igual color que cubría la totalidad de sus cabellos. No había hecho más que susurrar plegarias ininteligibles contra un pequeño crucifijo de oro mientras me observaba de soslayo con lo que interpreté como reconvención. Pensé que sin duda era un pilar de recato y buen ejemplo entre sus vecinos (uno que yo no estaba dispuesta a imitar) y me agazapé como pude en mi silla para clavar los ojos en el paisaje sin ánimos de ocultar la fascinación pueril que este me despertaba.

Por más que había terminado por acostumbrarme al almizcle de ajos, hierbas y flores silvestres que se desprendía de nuestros compañeros de viaje, anhelaba tomar una bocanada del exterior y así saborear el aire frutal del verano, pero sabía que tendría que resistir largas y extenuantes horas de trayecto antes de que nos detuviéramos. Mi primo Marcus se había quedado dormido en el puesto que ocupaba frente a mí y ni las peores sacudidas del coche lo sacaban de su sopor. Tras muchos desvelos, parecía que al fin podía dormir. Su reciente boda con Wilhelma era,

precisamente, lo que nos llevaba a Voivodina: puesto que tía Greta había muerto el año anterior, me había visto obligada a mudarme con la feliz pareja tras la boda y, aunque Marcus me adoraba como cuando era niña, el problema residía en que Wilhelma me detestaba, si cabe, aún más que antaño. Por mi parte, sus reglas me resultaban francamente insufribles, lo cual había desatado el caos en el hogar de los recién casados.

Tras soportar durante meses las quejas de Wilhelma al respecto de mi apariencia desaliñada y evadir con malévolas travesuras los intentos de conquista de Adolf, un odioso pariente de los Wills que se había encaprichado conmigo, comprendí que me había convertido en una prisionera de aquella criatura rubia y perfecta que regía su casa con vara de hierro tras una fachada de altruismo y moralidad. Estaba claro que Wilhelma deseaba deshacerse de mí por medio de una boda precipitada (lo cual yo jamás habría consentido y Marcus tampoco habría aprobado) pues, para su desdicha, ya era demasiado tarde para enviarme a un internado y, por la rebeldía que me caracterizaba, era evidente que tampoco habría durado más de un día en un monasterio. Al final, mi *intolerable temperamento* había causado que Wilhelma enfermara de los nervios y, por supuesto, yo era la única culpable ante los ojos del mundo.

Por ello, Marcus había accedido a llevarme a pasar una temporada con Branka: Wilhelma creía que tras experimentar en carne propia las vicisitudes de la vida campesina yo entraría al fin en razón, permitiendo así que organizase para mí una presentación en sociedad con el fin de encontrarme un marido honrado ya que, por razones que aún calificaba de incomprensibles, no me había enamorado del riquísimo Adolf.

Lo cierto es que, en parte para no complacer jamás a Wilhelma y en parte porque me aterraba la idea del matrimonio, había tomado en secreto la decisión de no casarme y anhelaba liberarme cuanto antes de toda obligación social para dedicarme a ser una estudiosa ermitaña. Tal era, si puede llamársele así, mi ideal de vida. Lamentablemente, no podría realizarlo mientras siguiera conviviendo con Marcus y Wilhelma, pues esta no solo se esmeraba en no concederme ningún espacio para la reflexión sino que había confiscado todos mis libros. Según ella, los estudios me apartaban del amor y la femineidad, los cuales, por supuesto, encontraban su más alta expresión en vestir de organza y conllevar los cotorreos de su respetable círculo de amigas.

Mi padre me había dejado una pequeña renta y gracias a ello no pasaría trabajos con tal de que no fuese excesivamente indulgente conmigo misma aunque no me casara. Sin embargo, esa moderada renta se habría esfumado muy pronto si hubiese decidido valerme por mis propios medios en Viena. En este aspecto la gentil invitación de Branka se había presentado como una salvación: aun si sabía que mi primo habría preferido morir antes que desampararme, no podía fiarme de Wilhelma y presentía que debía apartarme de ella cuanto antes.

Lo que tanto Wilhelma como Marcus ignoraban era que yo no pensaba regresar a Viena, y que la misma Branka había sido mi cómplice a la hora de idear una estrategia para escapar: aun si Branka había retornado a su tierra natal hacía algunos años, yo jamás había dejado de escribirle. Fuera de mi primo Marcus, ella era mi único ser querido en el mundo y, a pesar de que yo había cumplido la mayoría de edad hacía más de un año, seguía tratándome como si yo fuese su pequeña hija. Branka estaba perfectamente enterada de mi situación, y no había tardado demasiado en escribir a Marcus insistiendo en que me permitiera visitarla en vista de su avanzada edad ya que, en sus palabras, solo Dios sabía si viviría mucho más.

Sentía, pues, al tanto que la diligencia rodaba por la verde planicie, que era yo quien descubría aquellos parajes y quien debía hacer lo posible por develar sus secretos antes de que ellos se adueñasen de mí, borrando toda huella de quien había sido en el pasado. Me parecía, conforme avanzábamos, que habíamos franqueado la línea invisible que nos separaba de la realidad y que aunque hubiésemos podido dar marcha atrás, ya nada volvería a ser igual.

Justo cuando mis cavilaciones eran más profundas, una figura se asomó en la cima de un altozano y dejé escapar una breve exclamación de asombro. En vista de que el coche seguía desplazándose, giré la cabeza hacia atrás tanto como pude para asegurarme de no haberla imaginado, pero seguía allí, tal y como la había divisado en un principio: correspondía a la descripción que Branka había hecho de la madre de Slaven en las historias de mi niñez, asomándose tras la maleza con una joroba doble y enseñando una mueca desdentada. Poseía, además, aquella distintiva melena gris y desordenada que caía libremente hasta sus tobillos, la cual mi nana había mencionado tantas veces. Su aspecto era decididamente sobrenatural, lo cual causaba que se asemejase, más que a una amable viejecita, a una macabra aparición que eclipsaba con su presencia la luz del mediodía. A pesar de la distancia, me pareció que me escrutaba solo a mí al tanto que agitaba las manos como lo haría un espíritu de la naturaleza para generar una tormenta.

Aunque las brujas de las historias me eran simpáticas en teoría, la mirada fija de la anciana se me antojó siniestra y me produjo un intenso escalofrío. Muy a mi pesar sentí miedo, un temor repentino y profundo, del tipo que cala los huesos. Miré a Marcus con la esperanza de que corroborase lo que estaba observando, pero él emitió un ligero ronquido y su cabeza cayó sobre su hombro. Mis ojos encontraron los de la mujer del cochero, quien inmediatamente se persignó y apuntó hacia la cima de la colina con los dedos corazón e índice conformando una letra v. Branka me había explicado que los campesinos de los Balcanes gesticulaban de este modo para evitar el mal de ojo, y estuve tentada de imitarla.

—¡*Baba Roga!* —balbuceó ella en dialecto *novo-štokavski*, comúnmente llamado serbocroata a partir del Acuerdo de Viena en el cual se había intentado unificar las lenguas ilirias o eslavas meridionales. Al haber sido criada por Branka, quien era serbia, este me era demasiado familiar como para pasarlo por alto.

Reconocí el apelativo para designar a la bruja más renombrada del folclor eslavo y quise agacharme, como si con ello pudiera prevenir que me alcanzara alguna clase de maldición que la anciana hubiese lanzado desde el collado, la cual, de ser así, con seguridad atravesaría el cristal posterior de la diligencia. Los demás pasajeros se acercaron unos a otros en sus puestos, cuchicheando de modo que lo que decían era ininteligible para mí.

—¿Qué ocurre? —inquirí en el alemán más simple que pude emplear, momentáneamente aterrada por la actitud de mis compañeros de viaje.

La mujer del cochero se limitó a observarme con una mezcla de lástima y aprensión, sin dignarse a responder a mi pregunta. Reparé en que los otros viajeros procuraban no mirarme directamente y me impacienté.

—¿Qué desea Baba Roga? —insistí, esta vez en el rústico *štokavski* que había logrado aprender de Branka, con la esperanza de que alguien me proporcionara alguna explicación de lo que acababa de ocurrir.

Solo una pequeña y preciosa morena, de ojos negros como la noche, habló. Parecía irritada ante mi ignorancia y, con el aire de indignación que adopta el niño que se ve obligado a instruir al adulto, dijo:

—Baba Roga nunca deja el bosque. Está enfadada con usted.

Me dije que no podía ser, en especial porque yo nunca había estado en aquel lugar para hacerme merecedora del desprecio de la anciana. También me tranquilicé pensando que Baba Roga era en realidad una paisana solitaria a quien habían atribuido injustamente el sugestivo título de *vieja de los cuernos*, quizá con base en una presunta alianza con Chort, el equivalente del diablo representado como bestia cornuda en el cristianismo a partir del Medioevo. Sin embargo, movida por la deliciosa sensación de haberme adentrado en una sombría quimera colectiva, no pude evitar preguntarle a la chica por qué Baba Roga estaba molesta conmigo.

—¿No es obvio? —respondió agitada—. ¡Las mujeres no deben pasar por este camino con la cabeza descubierta!

—Es peligroso viajar así —tembló la mujer del cochero—. Es señal de luto entre los gitanos, se atraen los malos espíritus.

Mi desconcierto debió ser tal que otra viajante, una mujer cuyos bucles rubios se asomaban bajo un pañuelo negro atado en la nuca, se atrevió a murmurar en un alemán bastante correcto a pesar de su marcado acento:

—Solo las brujas viajan así, con los cabellos sueltos. Baba Roga la reconoció y se siente afrentada. Este es su territorio.

—No soy una hechicera —repliqué en serbio, evitando ridiculizar sus creencias—. Soy extranjera y no conozco las costumbres.

—Da igual —sentenció ella, cambiándose también al *štokavski*—. El daño está hecho. Está marcada.

—Lo siento —dije divertida—. Fue un error.

—¿Lo siente? —preguntó la mujer del cochero—. No le creo. ¿Quién se pone un

vestido blanco el día viernes? ¡Es una provocación!

Observé que todas las mujeres que viajaban con nosotros llevaban ropas oscuras y la cabeza cubierta, y pensé que probablemente lo hacían por devoción religiosa, ya que el viernes es por tradición el día de la pasión de Cristo. Fuera donde fuera, siempre parecía salirme de la norma. Los demás tripulantes estuvieron de acuerdo con la mujer del cochero y sentí que una lágrima amenazaba con aflorar a mis ojos. Lo último que deseaba era buscarme problemas con las buenas gentes de un lugar que hacía mucho reverenciaba en la distancia. Sin embargo, se los veía a todos muy atemorizados, lo suficiente para que la situación me pareciera algo cómica.

—Bien —suspiré al fin, rindiéndome ante la ironía—, yo hablaré con Baba Roga cuando venga por mí y le explicaré lo ocurrido.

—¡No la invoque! —rogó la mujer rubia, persignándose a su vez.

—Acaba de extenderle una invitación —tartamudeó la niña morena, palideciendo visiblemente.

—Bien, apuesto a que sabré defenderme.

—¡Por el amor de Dios, cálese! —imploró la mujer del cochero—. ¿No sabe que una bruja siempre escucha a quien la reta?

La miré con ojos entornados y me di la vuelta para echarle un vistazo a la colina que habíamos dejado atrás. La visión había desaparecido. La actitud de mis acompañantes impidió que dijera mucho más, aunque me pregunté si realmente creían que la bruja iría por mí o si había un acuerdo tácito en la región para reforzar ciertas reglas en el vestir. Decidí por sus expresiones que su resquemor era sincero y volví a ensimismarme contemplando el paisaje.

Por extraño que parezca, una enorme nube se formó de la nada sobre nosotros y el cielo veraniego se oscureció de repente. Noté que los tripulantes me lanzaban breves miradas acusadoras, como si fuera mi culpa que el clima hubiese cambiado de un momento al otro. La tormenta no se hizo esperar demasiado: para cuando el camino se tornó desigual, las ruedas de la diligencia ya se hundían en el fango y el agua salpicaba los cristales de la ventana, impidiéndome distinguir algo más que el inmenso borrón verde de la amplia campiña. Marcus despertó con el sonido del trueno y me dirigió una sonrisa afable tras frotarse los ojos con los nudillos de ambas manos.

—Si mis deducciones a partir de la topografía no me engañan y el clima lo permite, llegaremos al crepúsculo —dijo, enderezándose.

Quise contarle el curioso episodio que había vivido mientras él dormía pero decidí que era más prudente permitir que los demás lo olvidaran.

—Eso espero. Muero de ganas de ver a Branka —respondí entusiasmada.

Un rayo cayó a pocos metros de la diligencia y los viajeros gritaron al unísono. Yo, en cambio, estaba dichosa: amaba las tormentas y jamás les había temido. Supongo que el brillo de mis ojos me delató porque Marcus rio por lo bajo y comentó de modo que solo yo pudiera escucharlo:

—Si Wilhelma estuviera aquí, su terror opacaría el de nuestros acompañantes.

Cuando aún éramos niñas, había convencido a Wilhelma de que era yo quien desataba las tormentas y le había dicho que, si no se resguardaba bien, alguno de mis rayos le daría alcance tarde o temprano. En cuanto las primeras gotas de lluvia empezaban a caer, ella se escondía bajo su lecho con Frida, su muñeca favorita, y gritaba sin cesar que Ava la quería matar. Esos eran los recuerdos más bellos de mi infancia. Por desgracia, alguien la convenció de que los fenómenos meteorológicos no dependían de mí y al cabo de unos meses cesó de acusarme de querer incinerarla con una descarga eléctrica (a pesar de que, debo reconocer, en ocasiones era cierto). Sin embargo, sé que el temor que llegó a sentir perduró porque, una vez nos hicimos adultas, aún se refugiaba en su habitación cada vez que llovía so pretexto de tener frío.

«Qué pena que Wilhelma no haya escuchado a los paisanos decir que solo las brujas viajan con los cabellos sueltos», pensé, sintiéndome súbitamente halagada. Jamás había usado sombrero y me prometí no adoptar el severo pañolón que llevaban las mujeres alrededor, esto sin importar cuánto tiempo pasara en Voivodina. A mi modo sentí lástima por Marcus: aun si nadie lo había obligado a casarse con una mujer tan petulante y rígida como Wilhelma, su espíritu seguía siendo amplio y debía sufrir la presencia de su mujer aunque no se atreviera a confesárselo ni al cura. El viaje no había resultado precisamente cómodo pero su ánimo había cambiado desde que dejamos Viena. Por mi parte, no recordaba lo que era vivir sin sentirme indescriptiblemente frustrada al despertar en la mañana y saber que era rehén del decoro personificado. Ahora que viajábamos en medio de la tempestad me sentía libre, infinita y feliz. Aquella era mi fuga y Marcus, mi querido Marcus, creía estar obedeciendo la voluntad de Wilhelma sin saber que me estaba entregando a lo que yo consideraba mi destino, no uno marcado por la fatalidad sino por el ejercicio de mi libre albedrío. Sabía que no había nacido para las perlas y la seda, y si mi única opción era llevar una dura vida de campo, le daba la bienvenida con un corazón ardiente.

Había pedido a un banquero amigo de nuestra familia que transfiriese toda mi herencia al banco de Vršac, la ciudad importante más cercana al caserío donde nos dirigíamos, aunque Marcus creía que se trataba de una pequeña cantidad para emergencias. Así podría disponer de lo que Branka y yo necesitáramos en tiempos venideros. No era mucho pero con seguridad nos permitiría sobrevivir en tiempos difíciles. Llevaba conmigo solo dinero para el viaje y los días siguientes a mi arribo, pero si no hubiese tenido nada no habría estado menos alegre.

Después de pasar Alibunar, los pasajeros de la diligencia fueron descendiendo uno a uno en las aldeas adyacentes al camino rumbo a las montañas de Vršac, y varias horas después nos detuvimos en un caserío algo más ralo que los anteriores, el cual a duras penas se esbozaba a partir de la intersección de dos caminos. Nos encontrábamos en la región de Banat dentro de Voivodina, con el Reino de Rumania

muy cerca en el oriente, a escasa distancia del viejo Principado de Transilvania. La tormenta había amainado, el día había dado paso a la noche y el cielo límpido parecía un infinito pañuelo gitano de color azul intenso adornado con miles de brillantes monedas de oro.

—Este es su destino según el mapa —gritó el cochero desde la parte delantera del coche.

«Sí, este definitivamente es mi destino», me dije, sonriendo ampliamente.

Branka había dibujado el mapa con las indicaciones pertinentes y me lo había enviado por correo, así que estaba segura de que habíamos llegado al lugar correcto. Miré alrededor y pronto divisé el árbol que lo confirmaba, un viejo roble en cuyo tronco los habitantes habían clavado herraduras de arriba abajo a lo largo de varias décadas. Las casas estaban tan dispersas que el caserío no era realmente reconocido como tal, y por ello los paisanos se referían al área simplemente como Raskrsnica, que significa cruce de caminos. Era un lugar hermoso y, lo más importante de todo, mi nuevo hogar.

—¡Cerka!

No bien había descendido de la diligencia, reconocí la exclamación de labios de Branka, quien me llamaba hija. Se había acomodado sobre una roca a la vera del camino, confundiendo con las sombras de la noche.

—¡Mama Branka! —grité, corriendo hacia ella, quien ya se había puesto de pie y abría los brazos para recibirme con un efusivo estrujón.

Tras apretarme contra su pecho, me tomó de las manos y empezó a dar saltos como una niña pequeña. Al verla ante mí, no pude evitar llorar de alegría: era la misma Branka que había dejado Viena hacía unos años, con la misma dulzura, la mirada profunda y la sonrisa pícaro que llenaba de vida su rostro moreno.

—¡Al fin! —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Bienvenida a casa!

Marcus, quien no comprendía el verdadero significado de sus palabras, la abrazó con igual entusiasmo, levantándola en el aire:

—¡No sabes cuánto te echamos de menos, Branka!

—¿Que no lo sé? —rio ella, fingiendo sorpresa—. ¡Me parece que han pasado siglos! ¿Cómo han sobrevivido sin mí?

Marcus se las apañó para bajar mi baúl y su pequeña valija de la diligencia, y acordó con el cochero que lo esperaría en el mismo lugar a las diez de la mañana del día siguiente. Yo sabía que mi primo habría deseado quedarse al menos unos cuantos días pero Wilhelma no lo habría consentido ya que no se trataba de un viaje de trabajo.

—Deberías descansar una semana y estudiar la naturaleza de la región —amonestó Branka a Marcus, adivinando la razón de su pronta partida—. Tu mujer tiene demasiado poder sobre ti —rezongó—. No sé cómo la soportas.

—Yo tampoco —comenté—. Wilhelma le da órdenes que papá jamás le dio.

—Bien, quiera Belobog que Marcus tenga una joven viudez —bromeó Branka,

echándose a andar por el prado húmedo para enseñarnos el camino a su casa. Llevaba una lámpara de aceite en una mano y la valija de Marcus en la otra.

—Tengo trabajo en Viena —dijo Marcus a manera de excusa—. Quizá pueda quedarme algo más cuando regrese por Ava.

—Hablando de Belobog, no creo que el dios de la luz y el sol sepa siquiera de la existencia de Wilhelma —apunté, tomando uno de los asideros de mi baúl—. Ella pertenece a otro mundo, el de las sombrillas de encaje y los pisos de alabastro. ¿Recuerdas cuánto odia mis pecas? Esas, en teoría, me las regaló el buen dios solar... y Wilhelma no ha hecho más que despreciarlas.

—Bien, en ese caso, razón de más para que Belobog nos haga el favor solicitado —rio Branka.

Marcus había tomado el otro asidero de mi equipaje y juntos seguimos las faldas iluminadas de Branka, quien caminaba con gran agilidad, ascendiendo por una pendiente sobre la cual se erguían varios árboles. A pesar de que Voivodina era casi en su totalidad una planicie, estábamos sobre el comienzo de las colinas de Vršac, por lo cual el terreno era más empinado y boscoso. La constitución de Branka era fuerte por naturaleza y el tiempo no había hecho mella en su salud a pesar de las arduas labores de campo a que se sometía.

—Vaya, Branka, creí que te hallabas algo enferma, de allí que Ava y yo nos hayamos apresurado a venir. ¿Te recuperaste tan pronto?

Temí que Marcus descubriera nuestra farsa, pero Branka simplemente dijo en un *štokavski* suelto y espontáneo:

—No sé qué pudo darte esa impresión, hijo. No hice más que recordarte mi edad. Me siento bien, si eso te preocupa, pero nunca puede saberse cuándo *Bog* va a llamarnos a su lado.

Bog quería decir simplemente Dios, y se refería al concepto cristiano de Dios que los habitantes de la región hacía ya largo tiempo habían aceptado. Este, sin embargo, se diferenciaba de Belobog, Crnobog y otras muchas deidades paganas en cuya existencia seguían creyendo.

Sonreí pensando que, de hecho, Branka parecía haber rejuvenecido.

—Me alegra verte tan sana, *mama* Branka —replicó mi primo en alemán. Sonaba sinceramente aliviado.

Marcus comprendía bastante bien el serbio pero no lo hablaba. En palabras de Branka, su alma era demasiado austríaca para incorporar una lengua tan apasionada. Yo, en cambio, había llegado a hacerme entender bastante bien en la última pero la falta de práctica me hacía sentir oxidada. Aun así, Branka insistía en que en cuestión de poco tiempo la hablaría como una nativa.

—Por Darwin, Ava, ¿qué traes en este baúl? —preguntó Marcus cuando estábamos por alcanzar el lindero delimitado por los árboles en la cima—. ¡Pesa demasiado!

—Precisamente eso, Marcus. Traje a Darwin conmigo, es decir, todos mis apuntes

derivados de sus publicaciones, así como todos mis cuadernos, libros de historia, botánica y ciencias naturales.

Marcus me miró como quien ve a un orate:

—¿Te has vuelto loca? —preguntó—. ¿Se supone que disfrutes del campo y de Branka! ¿Con qué fin traes todos tus libros a un lugar en el que vas a estar solo dos meses?

—Oh, mi querido Marcus, me extraña que pretendas que explore la región de un modo puramente empírico, desaprovechando todo lo que papá y tú me enseñaron a lo largo de los años. Deberías, además, felicitar me por haber recuperado mi amada biblioteca.

—¿A qué te refieres? —jadeó—. Wilhelma te regresó voluntariamente los libros hace meses.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes creer algo de lo que dice? ¡Tuve que robar la llave del ático y hacerme con lo que me pertenece por mis propios medios!

—Pero le dije que tenía la obligación moral de devolvértelos, que no tenía el derecho de.

—Marcus —lo interrumpí al tanto que nos adentrábamos en un pequeño bosque al final del cual se entreveía una luz difusa—. Siento informarte que Wilhelma te miente de tantas formas que no tendría propósito enumerarlas. Por lo demás, soy lo bastante lista como para idear un plan, es solo que en esta ocasión fue algo más difícil que de costumbre porque Wilhelma llevaba la llave consigo todo el tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Con qué objeto? Ella te habría mentado y tú le habrías creído.

Mi primo guardó silencio. Poco a poco iría descubriendo que Wilhelma no era el ángel que fingía ser.

—Lo siento —dijo al fin—. Sé cuánto amas tus libros.

—Descuida —repliqué—. Fue divertido quitarle a Wilhelma el cordón del cual pendía la llave mientras dormía. Además, escurrí un bonito regalo de despedida entre sus mantas que espero haya encontrado al despertar.

—¿Qué cosa? —preguntó él con voz temblorosa.

—Una familia de arañas enormes —reí, imaginando los alaridos de mi némesis.

—¡Oh, Ava, sabes cuánto les teme! —exclamó. La perorata que recibiría por parte de su mujer no iba a tener fin.

—Precisamente —dije entre risas—. Las hallé por casualidad en el ático cuando buscaba mis libros. Puede decirse que Wilhelma me llevó a ellas. Pero no te preocupes, no es una especie venenosa.

Branka soltó una carcajada y se dio la vuelta para mirarme a los ojos y decir:

—Bien hecho, hija.

Unos pasos más adelante, llegamos al final de la senda que atravesaba el pequeño bosque y nos encontramos frente al pórtico cubierto de una vivienda rectangular de una sola planta. Aunque estaba muy oscuro afuera, la luz que se colaba a través de las

ventanas hacía que esta luciera cálida y acogedora. Branka me había explicado que las casas de la región estaban hechas en su mayoría de una mezcla de arcilla y paja empotrada entre tablones de madera. En este caso excepcional, las vigas exteriores que sostenían el pórtico de lado a lado de la edificación estaban pintadas de verde y tenían calados decorativos en formas simétricas similares a corazones y hojas. A pesar de la estandarización de las viviendas en Voivodina, la casa de Branka, al estar ubicada en una región rural en la cual era difícil aplicar las reglas arquitectónicas designadas por el imperio austrohúngaro, era el híbrido de una *brvnara* o cabaña de madera típica serbia, y una *bondruka* o quinta de barro. Una chimenea se erguía sobre el techo a dos aguas, el cual era bastante alto y estaba cubierto de caña. Noté que la superficie inferior de los muros, discernible de la porción superior que se componía de listones de madera oscura, había sido blanqueada con cal, lo que le daba un aire más alegre a la vivienda. Era sencillísima y por ello no dejaba de ser pulcra y bonita. Una montaña tupida de pinos negros, acacias y robles se izaba tras de ella como una muralla, y la brisa fresca de la noche nos llevaba el aroma perfumado de la vegetación.

—¡Tu casa es tal como la imaginé, *mama* Branka! —exclamé extasiada.

—¡Muy bien, pasen! —rio ella, abriendo la puerta y sosteniéndola para que Marcus y yo pudiéramos ingresar con el baúl.

Una gran lámpara de hierro forjado que pendía de una de las vigas del techo por medio de una cadena arrojaba luz sobre la estancia. En el centro, una alfombra mullida de brocados rojos, blancos, verdes y negros se extendía ante el enorme hogar abierto. La estancia en que nos hallábamos no estaba separada de la cocina por medio de un muro o panel sino que más bien la chimenea de piedra hacía las veces de punto de división. A su izquierda, un largo mesón de roble sostenía varios cuencos de barro dispuestos para la cena. Los utensilios, cucharones y ollas de hierro y cobre de varios tamaños pendían del techo y las paredes chapadas de madera oscura, excepto una olla de tamaño mediano suspendida sobre los carbones encendidos del fogón por medio de una varilla de hierro transversal.

—Corrí al cruce de caminos en cuanto escuché los caballos de la diligencia —dijo Branka, destapando la olla caliente y revolviendo su contenido mientras Marcus y yo nos estirábamos tras depositar el baúl en el piso de madera—. ¡La cena está lista! ¡Deben estar famélicos!

Era cierto. Mi estómago rugió cuando el delicioso olor de la comida preparada por Branka invadió la estancia.

—¡Qué bien huele! —dije, precipitándome hacia ella—. ¿Qué es?

—Potaje de pollo —respondió, agregándole un poco más de sal—. Deben lavarse las manos y la cara, hay una olla de barro con agua fresca y un cuenco en aquella mesita —señaló.

Marcus y yo nos lavamos y Branka nos hizo tomar asiento en unos preciosos taburetes de madera labrada que parecían hechos por duendes. De hecho, toda la casa

parecía haber emergido de un cuento. Cada uno de nosotros tomó una escudilla decorada con flores de colores que Branka llenó casi hasta el borde con un cucharón y, tras bendecir los alimentos humeantes dándole gracias al Dios que teníamos en común, nos dispusimos a comer. Branka, por pertenecer a la Iglesia Serbia en territorio de la monarquía de los Habsburgo, practicaba el cristianismo según los parámetros del Patriarcado de Karlovci. Marcus era un agnóstico quien por tradición seguía el catolicismo heredado de nuestra familia y yo, por mi parte, creía en todo, muy a la manera de un campesino de los Balcanes. Me daba lo mismo de dónde proviniera la fe con tal de que fuera sincera y que quien la profesara no se asemejase a Wilhelma.

El pan de maíz o *proja* aún estaba tibio. El vino, incluso el producido en la localidad, era un gasto adicional con el que Branka jamás se había cargado, así que acompañamos la sabrosa comida con el agua que ella había recogido, según supe poco después, en una pequeña vertiente que caía justo detrás de la casa. Tras vivir toda mi vida en Viena, creía que el agua de la ciudad tenía buen sabor, pero ahora me parecía que bebía ambrosía. La región de Banat había adquirido de los turcos el potaje, conocido como *ciorbâ* en rumano. Era una sopa cuya base era el caldo de legumbres con trozos de pasta, tradicionalmente agriada con limón, espesada con crema de leche y condimentada con estragón y páprika. Puesto que Branka sobrevivía gracias a lo que obtenía de la granja, sabíamos que agregar al potaje carne de pollo era una gran excepción que hacía con motivo de nuestro arribo: aunque los burgueses o los terratenientes podían darse ciertos lujos, los campesinos rara vez mataban a sus animales para comérselos. Las sopas de Branka, aun así, sin importar los ingredientes, siempre eran exquisitas. Con cada bocado que tomaba sentía que mi corazón retornaba a mi cuerpo hasta recobrar una especie de plenitud primordial que me había faltado desde que Branka se había marchado de Austria.

—¿Qué tal? —preguntó, izando una ceja.

—¡Oh, nana, al fin me siento completa! ¡Nadie cocina como tú! —exclamé.

—Ava tiene razón —dijo Marcus—. Este es un privilegio mayor que ser invitados a cenar a casa del duque.

La dulce sonrisa de Branka fue mejor que ningún postre. Marcus y yo comimos un segundo plato de sopa y pronto me embargó un placentero sopor. El cansancio del viaje se había adueñado de mí de repente, así que Branka nos guio al único dormitorio de la casa, donde había dos pequeñas camas, una mesita, una cómoda grande y un baúl. Marcus ocupó la cama de la derecha y Branka y yo la otra. Habría dormido con el vestido sucio que llevaba de no haber sido porque Branka me obligó a ponerme un camisón limpio que extrajo de su cómoda para que yo no tuviera que buscar uno en mi equipaje.

Creí que me ahondaría en el más apacible de los sueños y, sin embargo, la imagen de Baba Roga me atormentó durante toda la noche: estaba de pie junto al roble herrado de la intersección, viéndome desde allí y gesticulando como lo había hecho

en la cima de la colina. Parecía decir: *no deberías haber venido jamás.*



Finders Keepers: el que lo encuentra se lo queda

La luz del sol que caía sobre mi rostro me despertó. Era la primera mañana del resto de mi vida en los Balcanes y esboqué una sonrisa de alegría sin moverme del lecho. Sin embargo, en cuanto noté que Marcus y Branka se habían levantado me puse de pie de un salto. No quería perderme de nada. Corrí a la cocina y me encontré con que mi primo ya se había lavado y estaba listo para desayunar antes de emprender el viaje. Branka, por su parte, había abierto todas las ventanas para que la casa se ventilara y terminaba de comer lo que de inmediato supe era un plato de *popara*, que consistía en cubos de pan de trigo endurecido del día anterior, los cuales eran hervidos en leche con algo de mantequilla y azúcar.

—¡Buenos días! —exclamé, estirándome cuan larga era—. ¿Tan temprano te vas, Marcus?

—Son las 9.30 —dijo, sirviéndose un plato de *popara*—. El cochero pasará por mí en media hora.

Me puse algo nostálgica y deseé conocer algún hechizo inofensivo capaz de retenerlo allí con nosotras pero tuve que resignarme a su partida. Mientras él desayunaba, Branka me enseñó el exterior de la propiedad: la fosa séptica, la cual quedaba en un cobertizo de ramas separado de la casa, consistía básicamente en un hoyo de gran profundidad cavado en la tierra. Branka me explicó que debía echar cierta cantidad de tierra dentro del hoyo tras hacer uso de él, y señaló una pala que siempre dejaba allí para ese propósito. Había una gran palangana de agua en una esquina del cobertizo para asearse de modo que el agua cayese en el piso de tierra, y me dije que no estaba nada mal. En cuanto a un aseo más completo, tendría que ser en la vertiente helada a la cual llegué tras dar unos pocos pasos, guiada por el rumor del agua. También podría recoger agua y calentarla un poco en la chimenea para darme un baño de esponja durante el invierno, o llevarla fuera y vertérmela por encima con la ayuda de una pequeña cuba en el cobertizo. Había un gran huerto junto

a la casa donde crecían repollos, lechugas, rábanos, cebollas, zanahorias y hierbas aromáticas, y un poco más allá había otro cobertizo, bastante más grande que el primero, con algunos animales de granja. La propiedad de Branka estaba, pues, delimitada por el bosque frontal, que hacía parte de la misma, y el inicio de la montaña en la parte posterior, demarcado por la vertiente. El verdor exuberante de mi entorno me estremeció por su intensidad, y me alegré de haber dejado atrás la ciudad. En cuanto Marcus partiera, rompería mi último vínculo humano con Viena.

Me puse el vestido que había usado durante el viaje y acompañamos a Marcus al cruce de caminos.

—Cuando llegues a casa —le dije con la visión empañada—, hallarás en tu despacho una carta que escribí para ti. La escondí dentro del libro favorito de papá que está sobre tu escritorio.

—¿Y qué es lo que debes decirme en una carta que no puedas decir ahora? —rio extrañado.

—Hay cosas que solo pueden entenderse en la distancia —respondí, abrazándolo con todas mis fuerzas.

—Me preocuparía si no supiera que en el fondo eres una sentimental como tío, que en paz descansa —afirmó, pero noté que también tenía los ojos encharcados.

—Te extrañaré —dije segundos antes de que la diligencia apareciera en el camino, y tuve que soltarlo.

Branka y yo nos quedamos viendo el coche alejarse sin dejar de agitar los brazos en señal de despedida. En cuanto estuvo lo bastante lejos como para que Marcus pudiera distinguir algo más que dos figuras borrosas, me eché a llorar desconsoladamente.

Branka pasó su brazo por encima de mi hombro e intentó solazarme en vano:

—Algún día tendrá que visitarnos, ¿no?

—No después de que lea la carta que le escribí —sollocé—. Wilhelma no lo consentirá.

—Él podría desobedecerla si quisiera, hija.

—Es culpa de Wilhelma que tengamos que separarnos —me lamenté—. Es su dueña y señora, a veces pienso que se casó con él solo para vengarse de mí, porque estoy convencida de que no lo quiere, *mama* Branka.

—Aunque me cueste admitirlo, siempre he sospechado que fue así. Cuando de matrimonios se trata, el odio suele ser un factor más determinante que el amor, especialmente entre las gentes de ciudad —aseveró.

—¿Sabes? —dije sin dejar de llorar—. A pesar del gran dolor que me causa pensar en Marcus como si fuese un ratoncillo hipnotizado por una serpiente, no me arrepiento de haberme resistido a ella toda la vida.

—¡Por supuesto que no! —exclamó, sus inmensos ojos brillando de cólera—. ¡Habría devorado tu alma de ser posible!

—¡Tienes razón! ¡Eso es exactamente lo que hacen las Wilhelmas del mundo! —

afirmé movida por la revelación de Branka—. Se adueñan lentamente de la voluntad ajena por medio de la falsa moral, enredándose en torno a quienes por naturaleza no se les asemejan hasta sofocar la más queda voz, hasta derrotar el corazón rebelde, quebrantar el espíritu apasionado y alimentarse de las migajas de humanidad que restan.

—Por eso es conveniente ser una oveja negra —dijo con tono socarrón—. Son las únicas que saben reconocer al lobo bajo la piel de cordero.

—Y al cordero bajo la piel de lobo —agregué, guiñándole un ojo.

—Ea, mi pequeña rebelde, volvamos a casa —rio—. Tenemos mucho que conversar y aún no has desayunado.

Insistí en preparar mi propio desayuno pero Branka no me lo permitió. Su *popara* era, por supuesto, mucho mejor que el mío, así que no me hice rogar demasiado. Antes de hablar de asuntos prácticos como los diversos tipos de trabajo que yo realizaría a partir de aquel momento, le conté a Branka acerca de la misteriosa anciana que habíamos visto en la cima de aquella colina de camino a Raskrsnica. Yo esperaba escucharla reír pero su expresión se tornó sombría y creí detectar genuina inquietud en sus ademanes.

—¿De veras te miraba a ti? —inquirió.

—No puedo jurarlo —tragué en seco—. Estaba muy lejos, por supuesto, pero sí me lo pareció. No creerás que se trate de Baba Roga, ¿o sí?

Branka jamás me había mentido. Se cruzó de brazos y, sin apartar sus ojos de mi rostro, dijo:

—No creo que se trate de la mítica Baba Roga pero, todas las brujas son sus aprendices y, por ende, sus hijas. Aun así, me preocupa más que pueda tratarse de una bruja conocida. Una con motivos justificados para odiar.

—No quiero vestir de negro y llevar pañolón, sabes que soy incapaz de adaptarme a ciertas reglas —objeté, queriendo defenderme de la culpa que sentía por haber descatado sin querer la tradición de un lugar que respetaba, la cual de todos modos no pensaba obedecer.

—Jamás he creído que algo así pueda ofender a una bruja, hija. Y, de cualquier modo, no creo que esté enfadada contigo.

—¿Entonces?

—Temo que sea una especie de advertencia. Verás. ¿recuerdas la historia de Pie de Bruja?

—Por supuesto —dije atemorizada—. Cada detalle.

—A pesar de que los sucesos ocurrieron hace aproximadamente quince años, lo que te conté no es una simple leyenda. Slaven y su madre existieron y, del mismo modo, aquellos que los sometieron a toda índole de maltratos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —temblé.

—Nada, Ava. Pero no debemos olvidar que la venganza de Slaven aún está pendiente. Quizá su madre haya reconocido entre los viajantes a uno de sus viejos

enemigos, o tal vez simplemente sepa que, al mostrarse enfadada ante selectos habitantes de varios pueblos, su mensaje llegará a la gente deseada.

—Nadie dudó en responsabilizarme por su aparición —le recordé—. No se habló de Pie de Bruja en ningún momento.

—La diligencia que te trajo hasta aquí hace la última parada en el poblado que Slaven maldijo.

—No puede ser —dije con un hilo de voz.

—Así es. Dobro no está muy lejos de aquí —replicó, encendiendo su vieja pipa de madera—. De hecho, voy allá a vender pan y queso una vez por semana, tal y como solía hacerlo antes de partir a Austria. Es por esto que conozco de primera mano la historia de Pie de Bruja y su madre. Aun si algunos de sus habitantes se han marchado, la mayoría de ellos sigue viviendo allí, excepto los que eran demasiado viejos y han muerto ya.

—¿Es decir que piensas que la madre de Slaven nos salió al encuentro en el camino para que los viajeros informen a quienes se marcharon de Dobro que ella y su hijo han regresado para vengarse?

—Es lo único que se me ocurre —respondió, soltando una larga bocanada de humo.

Su explicación, por supuesto, no me pareció satisfactoria y no me tranquilizó en lo absoluto. Procedí a contarle entonces el sueño que había tenido la noche anterior.

—La bruja junto al árbol herrado —caviló—. No es una buena señal.

—¿Por qué? —inquirí, sintiendo que mi pecho iba a estallar.

—Bien. Hace mucho tiempo, los criminales y suicidas solían ser enterrados en las encrucijadas. Se creía que la disposición de las vías confundía a los muertos de modo que estos no pudiesen regresar para atormentar a los vivos. Sus almas quedaban vagando en la intersección, sin saber qué rumbo tomar. Pero, además de esto, un cruce de caminos es el lugar donde tradicionalmente una bruja pacta con los espíritus o el diablo.

—En ese caso no tiene nada de raro haber soñado con la bruja justo en la intersección —dije, tratando de consolarme, como si hubiera podido saber algo semejante.

—Tendría sentido si el roble no estuviera cubierto de herraduras, hija. El hierro repele a los fantasmas, vampiros y hechiceras. Si entiendo tu sueño, y en general soy buena para interpretarlos, este en particular significa que la bruja que viste es inmune a lo que por regla impide que haga uso de sus poderes, y esto solo puede querer decir una cosa: la hechicera que viste fue sometida a un agravio tal que le ha sido concedido vengarse sin que nada ni nadie pueda interceder a favor de sus enemigos.

—Ay, nana, confieso que estoy aterrada.

—¿Tú? —rió—. ¿Qué podrías haberle hecho a una discípula de Baba Roga?

—Pero, si no me odia, ¿por qué gesticulaba de ese modo en mi sueño? Olvida el sueño. ¿Por qué lo hizo en el mundo real conforme pasaba la diligencia y sin

quitarme los ojos de encima?

—Veamos —replicó—. ¿Dices que parecía estar convocando una tormenta?

Asentí.

—No me parece un gesto de odio —afirmó—. Especialmente si está dirigido a alguien que ama las tormentas.

En ese instante me sentí a la vez apaciguada y vivificada.

—¿Quieres decir que quizá me estaba haciendo un regalo?

—¿Por qué no? —dijo con expresión pícara y desafiante—. De cualquier modo, podrías hablar con algunas abuelas del pueblo romaní. Son brujas diferentes, quizá más inocentes que las discípulas de Baba Roga. Te darán una perspectiva fresca de la brujería.

Mi corazón dio un vuelco de entusiasmo.

—¿Cuándo podemos ir a ver a los gitanos? —pregunté, conteniendo el deseo de saltar de alegría.

—Pronto —dijo, sonriendo—. Pero primero lo primero. Debes aprender a guiar el caballo, a ordeñar la vaca y luego, cuando conozcas mejor el terreno, podrás llevar las ovejas a pastar.

No quería lavarme aún pero Branka dejó muy en claro que debía hacerlo antes de que refrescara, así que me envió a la vertiente para que me diera un chapuzón y lavase de una vez mi vestido sucio. También me pasó la gran palangana del cobertizo para que la retornase llena.

Una pequeña piscina natural se formaba sobre la roca lisa justo bajo la cascada, así que puse la tela que Branka me había dado para secarme en el borde y me quité el vestido una vez me decidí a entrar en el agua, que estaba helada a pesar del calor del verano. Sin embargo, los fuertes rayos del sol traspasaban la superficie límpida del agua y pronto me sentí confortada. Me sumergí por completo unos segundos, disfrutando de la pureza de mi entorno, y creí detectar un objeto brillante en el fondo, así que tomé aire y volví a zambullirme para alcanzarlo con la mano. Al acercarme a él y palparlo, noté que era semicircular y blanco. Emergí tan pronto como pude y exhalé bruscamente, sosteniéndolo ante mí al tanto que me enjugaba los ojos con la mano libre: era una especie de medallón de piedra opalescente. Le faltaba un pequeño trozo en el borde, de modo que parecía una luna ligeramente astillada. Estaba horadado y sujeto a un cordón de cuero negro curtido. Me pregunté si Branka lo habría perdido y, sin pensarlo dos veces, me lo até alrededor del cuello para no perderlo.

Llené la palangana con agua de la vertiente y salí de la piscina para envolverme en el lienzo seco y tibio. A continuación, me puse una vieja blusa blanca que había traído de Viena y una bonita falda que Branka había hecho para mí: era de color rojo y tenía bordados de flores negras, amarillas y blancas. Me calcé las botas de cuero marrón que había usado durante los últimos cinco años y, tras colgar el vestido blanco de una de las sogas que Branka había atado entre dos palos a modo de tendedero, dejé

la palangana llena en el cobertizo. Entonces entré a la casa sintiéndome más limpia que en toda mi vida.

—Tendrás que coserle el dobladillo a esa falda —dijo Branka, mirándome desde el mesón donde picaba verduras—. Se arrastra y vas a terminar por romperla.

—Oh, Branka, mi amada *mama* Branka, sabes de sobra que jamás me molestaría en remendar una prenda de vestir a menos que fuese estrictamente necesario.

Ella se limitó a reír y me envió a tomar hierbas aromáticas del huerto, así que no me dio tiempo de enseñarle el medallón que había encontrado. A continuación, me pidió que tomara tres huevos del gallinero y luego amasé el trigo molido mientras pensaba en la carta que le había escrito a Marcus. La había enmendado y roto tantas veces que terminé por memorizarla:

Viena, julio 2 de 1892

Querido primo:

Mañana partiremos a Voivodina y solo uno de los dos retornará a Austria. No me refiero a los dos meses que se supone pasaré en casa de Branka para meditar acerca del curso que debe tomar mi vida. Me refiero a que nunca voy a regresar a nuestra tierra natal.

Eres mi amigo más cercano y mi única familia, pero te uniste a una mujer a quien entregaste voluntariamente el poder de tomar todas tus decisiones. Quiero hablarte, precisamente, de la belleza que encierra la posibilidad de elegir. Marcus, no voy a permitir que Wilhelma decida a través de ti qué he de hacer o cómo he de vivir. Muy por el contrario, puesto que no hay nada que aprecie más que mi libre albedrío (y si me estimas sinceramente debes respetarlo), debo informarte, sin quejas y sin excusas, que si quieres que regrese a Viena tendrás que matarme primero, y aun así, mi última voluntad es que me entierren en las montañas de Vršac.

Sé que Wilhelma tiene la esperanza de que mi espíritu se aplaque con un poco de trabajo físico y de tal modo baje la cabeza, asustada de vivir, entregándole al fin las riendas de mi porvenir. Eso jamás va a ocurrir. Sabes de sobra que nunca he creído que la dignidad del hombre se encuentre en su comodidad o en el respeto que le profesan sus semejantes, y de cualquier modo no tengo ninguna intención de ser respetada por Wilhelma y su familia. He esperado pacientemente el momento de huir de la sofocante cárcel de su casa (que no ha sido mi hogar) solo porque el amor de Branka y su comprensión me han sostenido en la distancia.

Sin embargo, es menester que sepas que no pienso casarme. Me rehúso a cambiar una vieja esclavitud por una nueva y eterna. Sé que piensas que esto se debe a que nunca me he enamorado y que, si Wilhelma intenta meterme por los ojos algún galante títere cuyas monerías me deslumbren, cambiaré de

opinión. No. Absolutamente no. Si llegase a aceptar la creación de un vínculo matrimonial como única opción de vida, me odiaría a mí misma y odiaría a mi prometido, pues no habría elección real sino que esta sería un producto de la necesidad y la resignación... y, cada vez que nos resignamos en vano, morimos un poco. Nos llenamos, además, de un rencor profundo y quedo que se nutre de cada una de nuestras debilidades, una apatía que nos devora lentamente, enfermándonos, entorpeciéndonos, anulándonos.

Puesto que consideras que ya cumpliste con el deber de educarme como papá lo quiso, y puesto que estoy en capacidad de depender de mí misma, debo comunicarte mi deseo de convertirme en una feliz solterona campesina. Transferiré toda mi herencia a un banco cercano de modo que Branka y yo podremos vivir tranquilamente ya que no nos faltará un techo seguro. Te repito enfáticamente que no hay poder humano capaz de hacerme regresar a Austria. Sé que Wilhelma no te permitirá visitarme y también sé que, puesto que decidiste convertirme en su esclavo y sucumbir lentamente bajo su yugo, le obedecerás. No me odies por decir lo que ya sabes, Marcus. Al menos elegiste tu prisión. Permíteme, si me quieres, elegir la libertad. Me refiero, por supuesto, a que me des tu bendición, así sea solo para tus adentros. Alégrate por mí. En cuanto a tu capacidad de obligarme a reconsiderar lo que deseo o aconsejarme cualquier cosa que complazca a tu mujer, debes saber que esta es nula. Siempre he sido voluntariosa, no me obligues a huir de Voivodina también. Nunca volverías a saber de mí. Soy consciente de que no te veré de nuevo a menos que enviudes, pero continuaré escribiéndote a casa del profesor Klaus.

En cuanto a Wilhelma, tendrás que darle tú solo la noticia de que ya no podrá torturarme más. No sé cómo harás para atenuar semejante golpe, por mí puedes mentirle si así lo deseas, eso te evitará varios meses de confrontaciones si lo planeas con cuidado. Puedes decirle que caí de un barranco o que fui devorada por lobos. En fin, es solo una idea, deja volar tu imaginación.

¡Adiós! Procuraré que mi alegría sea la de los dos.

Tu prima que te quiere,

AVA.

Reí al imaginar la cara de miedo de Marcus al lidiar con su mujer ahora que yo no retornaría. Durante los últimos meses yo había sido una especie de escudo para él, una distracción útil que desviaba la vigilancia de Wilhelma y evitaba que él fuese blanco de la misma. Wilhelma ya no podría quejarse de mí y ahora necesariamente

empezaría a hacerle la vida imposible a mi primo. Era apenas justo que se enterara de quién era su esposa.

—¿De qué ríes? —preguntó Branka desde el hogar.

—Recordaba la carta que le escribí a Marcus. Algunos hombres no saben quién es la mujer con quien han decidido compartir su vida hasta que se quedan a solas con ella —respondí, regodeándome en la situación con malicia.

—¡Cierto! —rio—. Espera, ¿qué es eso que llevas alrededor del cuello?

—¡Oh, olvidé enseñártelo! —dije, aproximándome a ella para que pudiera observarlo en detalle—. Lo encontré en el fondo de la alberca cuando me bañaba. ¿Es tuyo?

—No, pero es muy bonito. Alguien debe haberlo perdido en lo alto de las montañas y la corriente probablemente lo arrastró hasta aquí. La piedra está partida... y además está desgastada. Es muy suave al tacto, debe ser viejo.

—¿Crees que puedo quedármelo? —pregunté contenta.

—Ya es tuyo —dijo—. *El que lo encuentra se lo queda*, dicen. ¿No has oído decir que las cosas son de quien las halla?

—Por supuesto, nana, bien citaste el viejo refrán: *su guardián ya lo encontró, buscará quien lo perdió*. Es curioso. Aunque su significado parece haber emergido de la antigua ley romana, estoy bastante segura de que el provincialismo que conocemos es de origen bárbaro —apunté, recordando que papá me lo había enseñado en una singular recopilación de dichos que los ingleses habían heredado del pueblo godo—. Pues bien, me conviene, así que lo aplicaré.

—Vaya, ¿quién iba a pensar que el campo te iba a hacer tan vanidosa? —bromeó.

—¡Es cierto! —dije, riendo—. Estar contigo en un lugar tan bello tiene un efecto indescriptible en mi ánimo. Me siento.

—¿Bonita? —inquirió extrañada.

—¡Por Dios, no! —reí, descartando tal absurdo—. Me siento poderosa —expliqué, guiñándole un ojo.

—Bien, espero que te sientas especialmente poderosa cuando vayamos a ordeñar la vaca. Lo hago todos los días al amanecer y a las seis de la tarde. Debemos hacerlo con exactitud a diario, con doce horas de diferencia entre cada ordeñada. Vas a ser de gran ayuda para mí.

—Estoy ansiosa por aprender —afirmé, sonriendo.

Comimos lechugas frescas y *gibanica*, un delicioso pastel de hojaldre y queso blanco, mientras ponderábamos si debíamos comprar más ganado. La pequeña granja contaba con suficientes animales y hortalizas para abastecer a dos personas, por lo cual era bastante próspera. Además de vender pan y queso, Branka trabajaba con otros paisanos en los sembrados que pertenecían a grandes terratenientes, lo cual yo haría también cuando llegara el momento de la cosecha. La familia de Branka se había establecido en Raskrsnica, así que Branka era de la opinión que, mientras continuásemos viviendo cerca de su hijo, sus sobrinos y hermanos, no nos faltaría

nada. Tras enterrar las cáscaras de los huevos en el lugar designado para preparar abono, nos dirigimos al establo con un balde vacío.

Mesto, la vaca lechera de pintas blancas y negras, no se resistió a mí en absoluto y lo tomé como un triunfo: deseaba ser una experta granjera en poco tiempo. Puesto que, dadas mis circunstancias, era poco probable que algún día llegase a ser una científica tan célebre como lo había sido mi padre, aprendería la ciencia del campo y los ciclos de la naturaleza de primera mano. Aun si algunos colegas de papá podrían haberme ayudado a ser una de las pocas mujeres a quienes les estaba permitido usar los laboratorios de la universidad, la enemistad había truncado mi destino de modo que ya no estudiaría el mundo a través de un microscopio sino donde la vida misma bullía.

Branka estaba admirada: Mesto nunca había dado tanta leche como cuando yo la ordeñé. Parecía desear obedecerme con suma docilidad y cariño. Mi nana me dejó a solas en el establo mientras limpiaba el gallinero, y yo procedí a barrer y alimentar a las bestias como ella había demostrado. Al terminar, extinguí la llama de la pequeña lámpara de aceite que debía permanecer en el cobertizo y salí.

Llamé a Branka pero no respondió, por lo que supuse que había regresado a la cabaña. Cerré el establo con el pesado listón de madera que sujetaba la puerta desde el exterior y noté que había oscurecido. Todo se había tornado negro excepto el cielo, que tenía un tinte azulado. De repente, tuve la fuerte impresión de que alguien me observaba desde la colina. Fijé la vista en los árboles y me quedé muy quieta, atenta a cualquier movimiento insólito entre la vegetación. Sabía que en las montañas de Vršac había lobos, zorros y jabalíes salvajes, pero no era eso lo que me atemorizaba: sentía la perversidad de una mirada humana sobre mí. Nunca me consideré una persona cobarde, pero empecé a temblar a pesar de mí misma, como si se tratase de una reacción fisiológica y no de una emocional. Pocos segundos después, tras hacer un esfuerzo casi sobrehumano por recuperar el control de mis propias reacciones, descubrí que no temblaba sino que se trataba de una vibración primaria que nunca antes había experimentado, una fuerza protectora que provenía de mi interior. Decidí no luchar contra ella hasta sofocarla sino más bien seguirla, como si se tratase de una guía intuitiva. Sentí el impulso de moverme y hacer un giro completo con los brazos extendidos ante mí, como describiendo un círculo a mi alrededor, para finalmente izar las palmas de mis manos hacia el lugar de donde provenía la mirada.

—¡Estoy sellada! —grité, y mi voz fue mucho más profunda y contundente de lo que acostumbraba ser. No hubo vacilación a pesar de que no comprendía por qué había exclamado aquella frase en perfecto latín. Era como si me hubiese adentrado en un sueño, o como si el mundo de los sueños se hubiese apoderado de la realidad y yo estuviese simplemente obrando sin la restricción de la lógica o las leyes de la física.

Una carcajada ronca resonó entre los árboles, los cuales se mecieron violentamente, casi como si la tierra estuviese temblando.

—¡Ava!

La voz de Branka llegó hasta mí desde la ventana de la cabaña y, tal y como si nada hubiese ocurrido, el movimiento de los árboles cesó, al tanto que la vibración desaparecía por completo. Ya podía distinguir mi entorno con claridad, como si nunca hubiese oscurecido. De hecho, el sol apenas estaba por ponerse y los arbores del atardecer acariciaban la base de las nubes. Lo único que quedó de aquellos extraños acontecimientos fue su recuerdo, el cual compartía solamente con quien los había desatado.

—¡Hija, ven a casa! —insistió Branka.

—¡Voy! —repliqué para tranquilizarla y, tras echar una última mirada a la montaña, supe que quien se escondía allí hacía solo unos instantes había desaparecido.



El reverendo Németh

Los días que siguieron me concentré en aprender de Branka todas las labores de la granja, desde guiar el caballo hasta hacer las veces de pastora. Branka solía pagarle a un chico para que llevara las ovejas a pastar pero el chico había caído enfermo, así que yo me convertí en su reemplazo temporal. De algún modo, a pesar de la gran cantidad de trabajo que debíamos realizar entre Branka y yo, me sentía más llena de energía que nunca. Los animales, por su parte, me comunicaban sin problema lo que necesitaban por medio de sonidos o gestos y se sometían sin que yo tuviese que forcejar con ellos en ningún momento. Yo se lo atribuía al hecho de que jamás había temido a las ratas, a los reptiles o a los arácnidos: sabía dominarlos sin hacerles daño, ora para estudiarlos de cerca, ora con el fin de gastarles bromas a Wilhelma. Branka, sin embargo, insistía en que mi habilidad para lidiar con los animales no se derivaba únicamente de la práctica científica o lúdica y repetía que incluso las gentes nacidas en el campo encontraban ciertas dificultades cuando se trataba de cuidar a sus animales.

—Ellos te entienden —decía, sonriendo con satisfacción—. ¡No sé cómo lo haces! ¡Este caballo es usualmente muy testarudo!

Se refería a Berz, el único caballo de la granja, el cual, según Branka, solo frenaba o trotaba cuando debía hacerlo si yo lo guiaba. Como no había tenido la oportunidad de cabalgar antes, no tenía punto de comparación, pero siempre me habían gustado los caballos que arrastraban los coches de la gran ciudad, así que para mí no había gran diferencia entre Berz y los anteriores.

—Yo tampoco sé cómo lo hago, *mama* Branka, solo sé que lo hago y me gusta.

—Siempre paso al menos una hora intentando ensillarlo, y amenaza con tumbarme varias veces antes de montarlo. A ti, en cambio, parecía invitarte a subir.

Estábamos fuera de la propiedad y era hora de enganchar a la montura de Berz una pequeña carreta que debía transportar los panes y los quesos hasta Dobro. Branka

quería dirigir el caballo pero la convencí de que sería capaz de guiarlo desde la butaca, con ella sentada a mi lado. Hice que el caballo descendiera hasta el cruce de caminos por una senda lateral de la propiedad que surcaba una porción menos densa del bosque y, como Berz continuó comportándose bien, Branka se tranquilizó.

Era sábado en la mañana y, aunque el sol brillaba, aún no hacía calor. Supe que iba a ser un día espléndido y seguí las indicaciones de Branka, haciendo que Berz girase en la dirección indicada. Pronto dejamos atrás el roble herrado y nos enfrascamos en una amena conversación. Aunque nunca había sido reservada con Branka, no le referí lo que me había acaecido fuera del establo días atrás, no porque mi buena nana no fuese enteramente digna de mi confianza ni porque creyese haber sido víctima de una alucinación, sino porque la naturaleza de lo experimentado se me antojaba más personal que nada de lo que hubiese vivido hasta ese momento, tanto así que había llegado a recordarlo como un instante casi sagrado. No había logrado discernir lo que me observaba desde la colina en aquella ocasión, pero las posibilidades eran tan diversas que había concluido que era mejor no pensar demasiado en ello. Si se trataba de Chort, Baba Roga o algún mezquino espíritu de la naturaleza, había logrado ahuyentarlo y confiaba en poder hacerlo de nuevo del mismo modo si la ocasión se presentaba. No había tenido nuevas pesadillas con la bruja y estaba de excelente humor.

El camino hacia Dobro rodeaba las montañas de Vršac, y sus árboles antiguos sombreaban nuestra vieja carreta mientras pasábamos los campos de trigo que maduraban al otro lado.

Branka me contó que la población de Dobro era muy diversa y se componía de alemanes (a quienes sus vecinos en Voivodina se referían como «suevos del Danubio» o, simplemente, «suevos»), eslovacos, húngaros y serbios protestantes, húngaros católicos, rumanos de la Iglesia Ortodoxa Rumana y otros serbios que, como Branka, pertenecían a la Iglesia Ortodoxa Serbia. Había también un par de familias hebreas que practicaban el judaísmo. Para entonces, la mayoría musulmana de la ocupación otomana había huido de Voivodina en su totalidad, dejando influencias musicales, lingüísticas y culinarias en la región.

No podía, por supuesto, dejar de pensar en que Slaven y su madre habían vivido en Dobro. Moría de ganas de ver el poblado con mis propios ojos pero, puesto que el recuerdo de la anciana y su hijo aún atormentaba a los aldeanos, Branka me pidió que no los mencionara. Prometió, sin embargo, enseñarme la que había sido la choza de Pie de Bruja antes de regresar a Raskrsnica, y tuve que contener mi entusiasmo.

Poco más de una hora después, llegamos a un amplio y hermoso bosque surcado por un desvío del camino. Al final del mismo, nos hallamos frente a un pozo inutilizado que marcaba el inicio de Dobro.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Branka—. Guía a Berz hacia la izquierda, rodeando aquellas casas. Así llegaremos a la plaza.

Mi corazón latía con desenfreno conforme pasábamos las casitas blanqueadas.

Era la primera vez que me adentraba en un pueblo de Voivodina y este, precisamente, era de mi interés particular.

—¿Dónde está la choza de la bruja? —pregunté trémula de emoción.

—Está al otro lado de Dobro, al inicio de la colina. Sé paciente, tomaremos otro camino para retornar a la vía principal después de hacer nuestra venta —replicó, sonriendo.

A pesar de tener más habitantes que muchos poblados de Banat, Dobro no contaba con ninguna iglesia. Los miembros de la Iglesia Reformada en Hungría, seguidores de Calvino y en su mayoría húngaros, habían logrado que un ministro se instalase en el pueblo, y este ofrecía servicios religiosos en un granero amplio que mi nana señaló. Los demás, como Branka y yo, debíamos realizar una peregrinación especial a Vršac en Pascua y Navidad para participar en los ritos ofrecidos por sus respectivas iglesias.

Según Branka me contó, los húngaros y alemanes tenían más riqueza y tierras que los otros habitantes de Dobro, y deduje que se debía a que el imperio austrohúngaro los había invitado a instalarse en Voivodina tras las devastadoras guerras con los turcos para volver a poblar la región. Branka era de la opinión que los magiares y los suevos habían prosperado en Banat porque eran realmente solidarios entre sí y se aferraban a sus tradiciones con más ahínco que sus vecinos serbios, rumanos o checos.

A pesar de que era un día cálido, sentí un escalofrío al llegar a la plaza. Aunque las mujeres llevaban delantales y pañuelos coloridos, y aun si había gran variedad de alimentos, hermosos utensilios dispuestos en mesones o limpias telas bordadas sobre el suelo, algo en mi interior gritaba que aquel lugar encerraba un secreto siniestro. Tiré de las riendas para que Berz se detuviera y descendí de la carreta con cautela. Aferré instintivamente el talismán blanquecino que pendía de mi cuello y lo oculté dentro del corpiño negro que cubría parte de mi blusa: sin saber bien por qué, consideré prudente no exhibirlo mientras permanecíamos en Dobro.

Después de atar a Berz frente al bebedero, Branka y yo descargamos los dos grandes cestos que contenían los panes y quesos y nos dirigimos a un espacio vacío de la plaza.

—Este siempre es mi lugar —dijo Branka, sacudiendo la manta que habíamos llevado, sobre la cual acomodaríamos los alimentos para la venta.

Las miradas curiosas no se hicieron esperar: a pesar de que una multitud proveniente de varios pueblos y caseríos vecinos se congregaba en Dobro todos los sábados, yo seguía siendo la única mujer que llevaba los cabellos sueltos. No quería, por supuesto, perjudicar la reputación de Branka, y admito que me sentí algo mortificada pero me obligué a aparentar la más absoluta tranquilidad.

Los compradores usuales de Branka no tardaron en agruparse en torno a nosotras y, tras observar atentamente cómo se realizaban las transacciones, le pedí que me dejase atender el puesto con su supervisión. Pronto, una mujer delgada, de postura

rígida y mirada fría se acercó a nosotras para solicitar un gran queso. Hablaba alemán y no *štokavski*, por lo que aproveché para contestarle en mi lengua natal.

—¿Es alemana? —preguntó ella con una desagradable mueca de desconcierto. Sus ojos me estudiaban con el detenimiento característico de la arrogancia.

—Austriaca —dije—. Vengo de Viena.

—¡Ah! —dijo—. Su atuendo no es propio de una señorita de ciudad. La habría tomado por una gitana si no fuese porque esas pícaras llevan varias trenzas y un pañuelo.

—Gracias —repliqué en parte halagada y en parte furiosa al reconocer su intención de insultarme—. La gente *roma* debe ser la más honorable de Voivodina.

La mujer forzó una aguda carcajada que distorsionó los músculos alargados de su rostro. Noté que sus ojos azules se llenaban de furor.

—Su ayudante parece estar algo trastornada, señora —dijo, dirigiéndose a Branka—. Semejante insolencia solo se ve en Dobro los días de mercado. Aquí tenemos otras costumbres.

—Así es —dijo Branka en alemán, el cual había aprendido en Viena—. La pobrecilla está como una cabra, pero me es de gran utilidad. Es buena con los animales, no teme a las bestias salvajes, y, por encima de todo, es una guía certera en mi camino.

—¿A qué se refiere? —inquirió la otra, a quien la última afirmación había tomado por sorpresa justo cuando empezaba a tranquilizarse con el discurso de Branka.

—¿Acaso no sabe que los locos siempre dicen la verdad? Que tenga buen día, señora —replicó con una sonrisa inocente y procedió a atender a los siguientes compradores.

Puse mi mejor cara de lunática y tuve que hacer un gran esfuerzo para no romper a reír al extenderle el queso que había adquirido. Por fortuna, la calidad de los quesos y panes de Branka era superior a cualquier impresión que los habitantes de Dobro pudiesen llevarse de mí.

Me tomó un rato darme cuenta de que un hombre vestido de negro nos circundaba lentamente. Llevaba pantalones cortos, calzas ajustadas, una banda blanca alrededor del cuello que derivaba en un par de listones delanteros y un sombrero de copa alta y tubular. Me pareció que miraba hacia mi pecho y temí que mi amuleto hubiese escapado del corpiño, pero pronto descubrí que escudriñaba mi anatomía. Le dirigí una mirada de disgusto y él, en vez de fingir indiferencia o darse la media vuelta, dijo en húngaro a una chica adolescente que estaba junto a él:

—Esta mujer es un claro ejemplo de lo que no consentiré en mi rebaño. Observa con atención —agregó, sujetándola por los hombros y empujándola hacia delante. Estaba claro que hablaba de mí—. Dime, Rebeka: ¿por qué crees que el Señor la repudia?

Me quedé de una sola pieza. Estaba habituada a los protestantes de Viena, quienes eran civilizados o al menos prudentes y quienes distaban mucho de parecerse a los

puritanos que habían sido expulsados de Inglaterra dos siglos atrás. Este, empero, era el vivo retrato de quienes habían instigado las cacerías de brujas tanto en Europa como en América, de los cuales creía ya no quedaba más que el recuerdo.

La muchacha estaba aterrada. Llevaba una cofia negra sujeta por debajo del mentón, de modo que su frente y mejillas permanecían parcialmente cubiertas. Por lo demás, estaba vestida de negro al igual que el hombre, excepto que el cuello blanco de su vestido ascendía hasta alcanzar el contorno de su rostro. Branka se puso de pie, como una osa dispuesta a defender a su cría. A pesar de que mis fuerzas flaqueaban, me obligué a imitarla y me erguí ante el hombre, quien supuse debía ser el ministro calvinista del granero. La joven había enmudecido y no se atrevía a mirarme directamente, así que el hombre la sacudió, ordenándole que hablara con el Señor como testigo.

—No lo sé —murmuró la chica con los ojos llenos de lágrimas.

Miré alrededor y, para mi asombro, la gente había preferido hacer como que no veía lo que estaba ocurriendo. Aunque un alegre grupo de hombres tocaba *tamburica* cerca de nosotros, la escena era lo bastante llamativa como para que algunos curiosos virasen las cabezas. Los habitantes de Dobro, sin embargo, parecían haberse puesto de acuerdo para simular la más absoluta indiferencia.

Entonces el hombre se acercó a su oído y explicó:

—Su atuendo deja al descubierto los huesos del pecado.

Eso, por supuesto, jamás lo había escuchado yo, y mi asombro fue tal que mi miedo desapareció. Aunque estaba enfadada, no pude evitar preguntar:

—¿Qué huesos del pecado?

Detecté una inconfundible expresión de sobresalto en el rostro del hombre, quien de inmediato dio un paso atrás. La chica entonces se giró hacia él y susurró:

—¡Ella habla húngaro! Dijiste que la gente mala no...

—¡Guarda silencio! —rugió él por lo bajo—. Te lo explicaré en casa.

Dicho esto, la arrastró por el brazo hasta el extremo opuesto de la plaza y ambos desaparecieron tras una de las viviendas.

—¿Qué demonios fue eso? —le pregunté a Branka en cuanto logré recobrarle.

—Bienvenida a Dobro —dijo ella, aún temblando de rabia—. Acabas de tener el placer de conocer al reverendo Németh... y a su esposa.

—¿Qué dices? —inquirí atragantándome—. ¿Aquella niña era su esposa?

No era poco común que algunos hombres maduros tuvieran esposas muy jóvenes, pero el reverendo Németh debía tener más de cincuenta años, y la chica unos trece.

—Así es —dijo mi nana—. Es la hermana menor de su primera esposa, que en paz descanse. Apenas empieza a amaestrar a la nueva. Llegó de Vršac hace poco más de un año.

La idea de contraer nupcias con un hombre como él me indispuso, en especial después de haber percibido la secreta lujuria con que me observaba.

—¿Qué tanto poder tiene el reverendo en Dobro? —pregunté intimidada.

—Es relativo, hija. Quiero decir, su influencia es limitada en lo que se refiere a quienes no hacen parte de su congregación, pero domina a los húngaros como si fuese su amo y señor.

—Por un momento tuve miedo, nana. Si bien me consoló que otros no se le unieran para condenarme, intuyo que tampoco me habrían socorrido si lo hubiese necesitado.

—Ya ves cómo los habitantes de Dobro fingen ignorar los asuntos de quienes no comparten sus orígenes. De ese modo han logrado convertirse en una comunidad medianamente próspera.

—Aún no puedo creer que ese hombre haya osado referirse a mí de ese modo en público.

—El reverendo contaba con que no entendieras una palabra de lo que dijo. Aun así, pudo ser mucho peor. No debes olvidar dónde estás: en el campo los pobres siempre están a merced de los ricos y las mujeres de los hombres. Eso, por no recordarte que soy serbia.

—¿Y qué con eso?

—Los húngaros nos desprecian —dijo.

—Vaya, creí que en Banat las cosas serían diferentes —suspiré.

—Lo son, hija, lo son a veces en el mal sentido. Puede ser un lugar peligroso —replicó, y me invitó a sentarme de nuevo a su lado.

Comimos pan y queso mientras terminábamos de vender lo que habíamos llevado y la tarde transcurrió sin contratiempos. Al fin, hacia las cinco, pudimos sacudir el mantel y llevar los cestos vacíos a la carreta. El trabajo había sido bastante sencillo y ya estaba aprendiendo a reconocer las distintas variaciones de dialectos *štokavski*. Aunque algunos de los húngaros que se acercaron a nosotras pertenecían al rebaño del reverendo Németh, estos fueron serios pero corteses, y el hombre y su pequeña esposa no volvieron a aparecer en la plaza. Me dije que el reverendo era un cobarde.

—¿Qué tanto tuvo que ver ese hombre horrible con la huida de Slaven y su madre? —inquirí, cuando ya habíamos subido a la carreta.

—No lo sé, hija, hay demasiadas versiones de la historia y los cotilleos no hacen más que diluir la verdad. Lo único que puedo afirmar con certeza es que todo el pueblo temía a la hechicera: las gentes no necesitan de mucho para odiar a sus semejantes, una diferencia insignificante basta. Ella simplemente no se parecía a nadie aquí.

Branka indicó que debía guiar a Berz hasta el otro extremo del pueblo por un camino aleatorio que colindaba con el bosque si deseaba ver la que había sido la choza de Pie de Bruja, así que pasamos junto a los huertos traseros de las casas hasta que nos alejamos de la última lo bastante como para afirmar que estábamos fuera de Dobro. Atamos las riendas de Berz a un árbol y seguí a Branka a través de la maleza. Tras avanzar unos cuantos metros, se detuvo. Señalando hacia un punto fijo, anunció:

—¡Hela allí!

Tuve que hacer un esfuerzo para distinguir el techo tras las ramas bajas de los árboles y di algunos pasos al frente pero Branka me detuvo.

—¿Qué haces?

—Voy a verla de cerca, por supuesto —dije extrañada.

—No creo que sea buena idea —dijo ella, y advertí que se había puesto nerviosa.

—¿A qué te refieres? —reí—. La cabaña está abandonada, ¿verdad?

—Sí, pero, no quiero que la maldición te alcance —confesó.

La miré con ojos entornados e hice caso omiso de su advertencia.

—¡Detente, Ava! —gritó—. ¡Escúchame!

—¡No me tardaré, nana, espérame junto a Berz! —exclamé, y corrí hacia la cabaña, saltando sobre las enormes raíces de los árboles viejos y esquivando la vegetación como mejor podía.

Cuando me giré para dirigirle una sonrisa a Branka ya no la discerní más, pero no habría ganado nada regresando: estaba ante la choza de la bruja. Un costado de la casa y parte del techo estaban chamuscados como si alguien les hubiese prendido fuego y la lluvia lo hubiese apagado. Las vigas verticales que aún sostenían la pobre estructura estaban podridas y los listones horizontales estaban cubiertos de hiedra. Al ver los cristales rotos y ennegrecidos por el hollín sentí tanta lástima que rompí a llorar. Los gusanos habían invadido lo que quedaba de la cerca de madera que rodeaba la propiedad, la cual estaba a punto de colapsar por completo. Aun así, me abrí paso entre la hierba crecida para llegar hasta la puerta. Antes de atreverme a empujarla, me detuve un instante para persignarme: sabía que la maldición de Slaven no estaba dirigida a mí pero no quería traspasar el umbral sin protección divina.

Las bisagras rechinaron, cediendo ante la presión de mi mano. Estaba oscuro allí dentro y no tenía una vela o lámpara, pero un tenue rayo de luz se colaba por el hueco del techo. Un ratoncillo surcó el breve espacio iluminado ante mí y me sobresalté, tropezando con un zapallo salvaje que había crecido a la entrada de la propiedad, el cual estaba oculto entre el matorral. Intenté conservar el equilibrio pero, al tratar de aferrarme al marco de la puerta, un gran trozo del mismo se desprendió y, tras dar un par de tumbos, caí sobre el piso de tierra de la choza.

Reí por lo bajo, consciente de que cualquier habitante de Dobro se lo habría atribuido a la maldición. Intenté ponerme de pie pero un rastro de hojas podridas en el suelo húmedo causó que resbalara y esta vez aterricé sobre la espalda. Me lamenté y miré hacia el techo, resignándome a haberme ensuciado y mojado en un par de segundos. Cuando estaba a punto de incorporarme, algo en el punto más alto del entramado de caña llamó mi atención. No lograba adivinar qué era, pero lo que sobresalía entre la fibra aparentaba ser un objeto rectangular. Solo alguien con una escalera podría haberlo acomodado en la parte superior del techo. Era una fortuna que el fuego no lo hubiese consumido. Busqué con la mirada algo que me ayudara a trepar hasta allí, pero no había ningún mueble en aquella choza de una sola estancia. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad del interior, comprobé que

el lugar estaba completamente vacío a excepción de algunos trozos de madera y gran cantidad de telarañas de varios tipos. Sin embargo, me hice con un tablón suelto del marco de la puerta y empujé la porción del armazón del techo que sostenía el objeto hasta que esta se aflojó lo suficiente para desalojarlo. El objeto cayó pesadamente en el suelo y me apresuré a acercarme para descubrir, con indescriptible deleite, que se trataba de un pequeño cuaderno cuya cubierta de cuero verde estaba totalmente enmohecida. Lo tomé con manos temblorosas, a punto de desmayar a causa de la gran excitación que experimentaba, y salí corriendo de la cabaña en dirección al lugar donde habíamos dejado la carreta. Había oscurecido un poco y recé para encontrar a Branka pero, más aún, para que no estuviese demasiado enfadada conmigo. En cuanto la vi, agité los brazos en el aire, loca de alegría.

—¡*Mama* Branka! —exclamé, riendo—. ¡Mira lo que encontré!

Su expresión de consuelo habló por sí sola. Se apresuró a ir a mi encuentro y me rodeó con ambos brazos. Tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba temblando también.

—¡Pequeña traviesa! —dijo, dándome un tirón de oreja—. ¡Por poco muero del miedo!

—¡Mira! —insistí, enseñándole el cuaderno.

—¡Por todos los santos! —exclamó, dándose la bendición—. ¿Estaba dentro de la cabaña?

—¡Sí! —afirmé eufórica.

—¡Deshazte de él! —replicó con voz de pánico.

—¿Has perdido la razón? ¡Este es el suceso más interesante de mi vida hasta ahora!

—¡Dios mío, haz que esta criatura reflexione! —rogó, elevando los ojos hacia el cielo gris—. ¡Debemos marcharnos ahora o no podremos distinguir el camino de regreso!

—Prefiero pasar la noche a la intemperie y retornar caminando en la mañana a dejar el cuaderno, nana —dije con toda seriedad—. Además.

—¿Sí?

—*Su guardián ya lo encontró, buscará quien lo perdió* —sentencié, citando el refrán y esbozando una amplia sonrisa.

Supongo que no dejé ninguna duda al respecto de que lo que aseveraba acerca de pasar la noche en Dobro, porque ocupó su puesto en la carreta y dijo, exhalando con recelo:

—Vamos. Trae tu cuaderno.



El hijo del diablo

Quise asegurarme de atemorizar a Branka para que no se atreviera a lanzar el cuaderno a la vera del camino mientras yo guiaba a Berz hacia Raskrsnica. Le expliqué que habíamos hecho bien en conservarlo, recordándole que era mucho más peligroso deshacerse inadecuadamente de lo que había pertenecido a una bruja que conservar dicha posesión con el debido respeto. Branka no pudo menos que estar de acuerdo, pero se persignó de nuevo y me pidió que lo llevase sobre mi regazo. No quería tocarlo ni por casualidad, lo cual era exactamente lo que yo deseaba conseguir. Sin embargo, sabía que cuando llegáramos a casa debía encontrar un buen lugar para esconderlo.

Berz nos llevó hasta el cruce de caminos sin que yo tuviera que hacer gran cosa y, aunque la luna brillaba para cuando le di de comer, Branka y yo habíamos distinguido el camino sin problema. La nuera de Branka había ordeñado a Mesto mientras estábamos ausentes y su hijo había llevado las ovejas a pastar, así que nuestras labores del día habían concluido. Ambos habían regresado a su cabaña, la cual quedaba al otro lado de Raskrsnica, y habían tenido la amabilidad de dejar dispuesta para nosotras una pequeña cena de pimentones fritos en ajo. Comí con gran deleite sin dejar de atisbar el cuaderno al otro lado de la habitación, esperando con ansias el momento de examinarlo como si se tratase de un manuscrito original de Galileo.

—La próxima vez debemos regresar más temprano —dijo Branka, algo fastidiada.

Después de darse un baño de esponja y obligarme a hacer lo mismo, se marchó a dormir. Yo quería llevar el cuaderno al dormitorio para examinarlo a la luz de una vela en la camita adyacente a la de mi nana, pero ella me lo prohibió. Le di entonces las buenas noches y, tras vaciar una pequeña caja de madera que había traído de Austria con algunos objetos de carácter sentimental que había heredado de mis padres, salí de la casa con el libro, el cofre y la lámpara de aceite colgando del brazo.

La agradable brisa de la noche veraniega me permitió refrescarme un poco y, con gran entusiasmo, busqué privacidad junto a la vertiente. Me acomodé sobre el prado, dejando la lámpara y el cofre sobre una roca lisa cerca de mí, e intenté abrir el cuaderno con delicadeza para no estropear su interior. Las páginas estaban adheridas unas a otras y estas, a su vez, a la cubierta, así que sumergí la punta de mi falda en el agua de la vertiente y usé la tela para limpiar la sustancia negra y pegajosa que recubría sus bordes, extendiéndose hasta el cuero. Por su consistencia, parecía ser resina cubierta de hollín. Al cabo de un rato, puesto que no se aflojaba, opté por arrancar un pequeño pedazo con las uñas y, para mi sorpresa, salió fácilmente. Con el corazón en vilo, continué haciendo igual hasta que la corteza glutinosa se desprendió por completo y al fin pude abrir el cuaderno. Lo acerqué a la lámpara y, con la respiración entrecortada, reconocí el alfabeto cirílico en que escribían los rusos, búlgaros y serbios, entre otros. Unas letras toscas conformaban palabras que yo desconocía por completo a pesar de haber estudiado aquel complejo alfabeto durante años. Pasé las páginas rápidamente, estremecida y confundida, con la esperanza de reconocer algún vocablo, pero fue en vano: a pesar de que el cuaderno estaba repleto de apuntes, el lenguaje en que estaba escrito me eludía. La más honda frustración se apoderó de mí, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Desilusionada, elevé la mirada hacia el cielo índigo surcado por pequeñas estelas incandescentes y dejé escapar un gemido desde el fondo de mi corazón.

—¡Deseo comprender! —exclamé con todas mis fuerzas, sabiendo que nadie me escucharía.

De repente, la vibración que había experimentado días atrás volvió a surgir desde mi interior, adueñándose de mis sentidos y llenándome de una intensidad que se asemejaba más a la dicha que a ninguna otra cosa. Advertí que el reflejo de la luna creciente se extendía paulatinamente hasta el borde de la alberca natural, infundiendo el agua con un mágico brillo blanquecino. El bosque cobró vida y en esta ocasión los árboles, sus troncos y hojas reverberaron conmigo como si fuésemos el mismo ser. Las estrellas, por su parte, parecían bailar en el firmamento.

Aun si parte de mí quería entregarse a la contemplación de aquella sublime manifestación de mi espíritu unido a la naturaleza, la vibración me guio hacia el cuaderno. Volví a tomarlo entre mis manos y lo sostuve ante mí, observándolo como si, en vez de un objeto, se tratase de una entidad viviente. Sin hacer ningún esfuerzo, reconocí la fracción de una palabra del enunciado: diablo. A partir de ese instante todo empezó a cobrar sentido. El lenguaje empleado, para cuya escritura se utilizaba hacía ya varios siglos el alfabeto latino, era el rumano. Yo no había comprendido nada, simplemente porque esperaba encontrar una lengua eslava. No se me habría ocurrido que alguien pudiese utilizar el alfabeto cirílico para redactar un manuscrito en una lengua románica, ya que lo relacionaba con otros sonidos y otra estructura lingüística. Aunque mis conocimientos del idioma empleado eran bastante precarios, había estudiado latín durante varios años para interpretar textos científicos. Esto bastó

para que pudiese dilucidar el críptico encabezado que daba inicio a los contenidos del cuaderno:

Vida de Slaven, hijo del diablo.

Conforme repasaba aquella frase esbozada en una tintura de apariencia medieval, me pareció que mis dedos se transformaban en ramas que sostenían un nido de palabras. No me detuve a pensar en cómo llegaría a comprender el resto del manuscrito, simplemente di vuelta a la página y continué leyendo con los ojos del bosque:

Slaven nació en las montañas del diablo. Su madre era una mujer de gran belleza, tanto así que llamó la atención del diablo, quien la eligió por encima de todas las hechiceras como concubina.

Aun si la mujer era pobre, poseía desde niña el don de la adivinación y lo ejercía con tan prodigiosa habilidad que su fama se extendió pronto. De todo su pueblo, era la única que no le temía al señor de aquellas tierras, y mientras que su familia adoraba al dios cristiano y clamaba por liberarse del vasallaje al que estaba sometida, la hechicera buscaba la forma de propiciar un encuentro fortuito con el amo.

También se dice que la mujer no se rindió ante la persuasión del diablo sino que más bien fue ella quien lo sedujo, invocándolo noche tras noche en un lugar secreto del bosque hasta que él se manifestó, y entonces, consumidos por las perversas llamas del deseo, los amantes se echaron uno en brazos del otro sin más testigos que los lobos y las estrellas.

Puesto que su unión había resultado de una magia tan poderosa, inevitablemente concibieron un hijo y el vientre de la hechicera empezó a crecer ante las miradas atemorizadas de los otros siervos, quienes de inmediato dedujeron la identidad del padre, pues la mujer no tenía un esposo. No tuvieron más remedio, entonces, que aborrecerla y maldecirla, so pena de contaminarse con la impureza de su embarazo. Así pues, la mujer se refugió en el escondite secreto del bosque donde el diablo la nutrió de oscuridad hasta que llegó la hora del alumbramiento.

Tanto amó la madre al diablo que él le concedió un niño de ojos negros y chispeantes, fruto de su pasión secreta. Después de que la mujer lo dio a luz entre los árboles, el padre lo mutiló para reconocerlo siempre. Nadie sabe cómo el diablo le arrancó el dedo a su hijo, quizá solo lo tocó. Sin embargo, la maldad contenida dentro del niño era tan grande que la madre murió en cuanto lo sostuvo en sus brazos para amamantarlo, nombrándolo con su último aliento Slaven, que significa glorioso, para decretar el triunfo de su estirpe sobre la Tierra. Así pues,

el diablo se vio obligado a solicitar a una anciana bruja solitaria que criara al niño. También instruyó a la madre sustituta para que lo alimentase con leche de lobos conforme crecía para que la criatura fuese salvaje y agresiva como su animal predilecto.

Así pues, la anciana bruja llevó a Slaven lejos de allí y se instaló en una choza abandonada cerca de Dobro, el pueblo del pozo. Puesto que ella se encargaría de su crianza, dijo a todos que era su hijo. Aun si los habitantes de Dobro temían a la bruja, gran cantidad de forasteros la consultaba durante los días de mercado y esto le había merecido cierto respeto entre los vecinos. Slaven, sin embargo, solo despertó el odio de la comunidad: además de ser hijo de la bruja, no tenía un padre y hablaba muy poco, así que lo llamaban «Pie de Bruja, el bastardo del bosque». Era tan pobre que vestía harapos y andaba siempre sucio, hambriento y tiritando de frío.

Aunque la anciana creía que la cojera de Slaven se debía al dedo faltante, esta era producto de los frecuentes maltratos de los habitantes de Dobro: si él se atrevía a acercarse al poblado, lo escarnecían y golpeaban hasta que sangraba o huía hacia el bosque. Para cuando cumplió los seis años, Slaven ya tenía la pierna fracturada en varias partes y, como debía recoger leña constantemente para ayudar a la bruja, no podía reposar y sanar. Él, sin embargo, no se lamentaba ante su madre adoptiva. Aunque esta podría haberlo curado con algún hechizo, la desdichada estaba ya muy débil y el niño sabía que, dado su temperamento, solo empeoraría la situación para ambos. Aún más importante, Slaven se rehusaba a hacer las veces de acusador: había observado que los vecinos de Dobro tenían la costumbre de culparse unos a otros, proceder que lo repelía profundamente y el cual no quería imitar de modo alguno. El niño, pues, se resistía a las agresiones e insultos como un pequeño lobo, pero la multitud siempre se imponía al final.

Por ello, Slaven era un niño solitario, y aunque apreciaba la silenciosa presencia de la anciana, su mayor anhelo era conocer a su padre. Tanto insistió el chico que la bruja, rindiéndose, le reveló la identidad de quien lo había engendrado. Aun si ella quería evitar que Slaven fuese a buscarlo, el niño supo en su interior que su padre lo amaba, y al igual que la verdadera madre, se puso en la labor de invocarlo en el bosque durante las noches. Pero como Slaven era inexperto, el diablo no acudió a su llamado.

La bruja, compadeciéndose del chiquillo, partió entonces en busca del diablo, advirtiéndole a su hijo adoptivo que regresaría al cabo de un mes. Puesto que conocía el peligro al cual se exponía mendigando en Dobro, Slaven se internó en el bosque mientras la anciana regresaba, avanzando entre la maleza hasta llegar a la cima. Como estaba tan hambriento y cansado, el niño se tendió bajo un hermoso roble y se quedó dormido mientras el sol aún brillaba en el firmamento. Sin embargo, su siesta duró muy poco: despertó sobresaltado justo cuando una gran loba gris se abalanzaba sobre él. En vez de rendirse, Slaven forcejeó con ella

hasta incorporarse. Acto seguido, la tomó por la piel del cuello, compeliéndola a acercarse a su rostro hasta que los dientes de la loba chocaron con los suyos y, mirándola a los ojos, declaró:

—Soy Slaven, el hijo del diablo, y no puedo morir sin antes haber recibido el legado de mi padre.

Extrañamente, la loba se sometió, por lo cual Slaven dedujo que había comprendido cuanto dijo. Aunque el niño quiso alejarse, la loba gris permaneció largo rato a su lado, dando vueltas a su alrededor y jugueteando con él hasta que Slaven concluyó que quería que la siguiera. Puesto que no tenía nada mejor que hacer y el animal no daba indicios de tener intenciones de dañarlo, decidió hacerle caso. Así pues, tras caminar durante un largo rato por el bosque, arribaron al lugar donde vivía el resto de la manada.

Slaven se encontró, por primera vez, rodeado de lobos. Aun si algunos lo aceptaron sin contrariedad, otros se tardaron en tolerar su presencia. Los lobos eran, sin embargo, bastante más amables que los aldeanos de Dobro, y Slaven descubrió que podía comunicarse con ellos sin usar palabras. Cuando se alejaba de los animales, los convocaba con un silbido distintivo para que acudieran y estos, a su vez, aullaban para hacerle saber dónde estaban. Slaven jugó tranquilamente con los lobeznos y al caer la noche la gran loba gris lo llevó en su lomo hasta la cueva, acunándolo después contra su pelaje para que no pasara frío.

De ese modo, Slaven halló una verdadera familia cuando más solo se sentía. La manada lo aceptó como uno de los suyos, cuidándolo de otras fieras y evitando que rodase por los despeñaderos al tanto que él recolectaba frutos. Slaven, por su parte, alertaba a sus nuevos amigos si descubría algún cazador al acecho, así que niño y lobos forjaron un vínculo de honor y lealtad que pocos concebirían. Aunque Slaven se habría quedado gustoso con la manada, regresó al cabo de un mes a la choza para reunirse con la bruja. La anciana estaba muy debilitada tras el viaje a las profundidades de la Tierra, pero traía en su mano un mapa.

—Escúchame bien, Slaven —dijo, extendiéndole el documento—. Tu padre ha accedido a reunirse contigo. Sin embargo, deberás llegar tú solo a la caverna que está marcada en el papel. Yo no puedo hacer un viaje tan largo de nuevo.

—Lo haré, te juro que llegaré —dijo él, temblando de emoción.

—Eres un niño muy pequeño —respondió ella preocupada—. Temo que las fieras del bosque te devoren.

—Descuida, madre —replicó Slaven—. Ya conocí a la gran loba gris del bosque y es muy buena conmigo.

—¿Qué dices? —preguntó incrédula la anciana—. Eso es imposible. Nuestros vecinos la mataron.

—No es así, te prometo que aún vive —aseveró el niño.

—Slaven —dijo la anciana con voz ronca y tono solemne—: sé que la gran

loba gris murió porque era una hembra malherida y solitaria que se escondía en el soto que colinda con la parte trasera de esta cabaña. Toda su manada había muerto a manos de los campesinos, así como sus crías. Yo la sané y, a cambio, fue ella quien te alimentó cuando eras apenas un infante. Meses después, yo misma tuve que enterrarla con inmenso pesar cuando regresé de la plaza para descubrir su cuerpo inerte y cubierto de sangre. Maldije secretamente a sus asesinos para que mueran indefensos y acorralados como ella. Cuando eso ocurra, aquella generosa criatura será vengada.

—¿Por qué lo hicieron? —gimió Slaven horrorizado—. ¿Por qué la odiaban?

—Las gentes de Dobro dicen que los lobos son aliados del demonio —explicó la anciana.

—En ese caso, los aliados de mi padre serán mis únicos amigos —decretó Slaven tras un largo silencio.

—Haces bien en tomar esa decisión, pequeño —replicó la mujer, ofreciéndole un trozo de pan—. Debes saber, Slaven, que tu padre no es tan malvado como dicen. Cuando naciste me dio mucho dinero para que te cuidara bien. No es su culpa que unos asaltantes me lo hayan robado todo. En esta ocasión me obsequió oro, tanto que lo enterré en el bosque para que no vuelva a ocurrir lo mismo. Dice tener un gran tesoro para ti.

—No quiero el oro de mi padre —dijo Slaven con toda sinceridad.

—¿Ah, no? —preguntó la anciana, atónita—. ¿Entonces que deseas?

—Se lo diré a él cuando lo vea —respondió el niño, sonriendo y clavando la vista en el mapa.

—Asegúrate de que al menos te dé una parte de lo que te corresponde por herencia —aconsejó la bruja.

A pesar de que jamás podría aceptar la clase de muerte que había sufrido su nodriza loba, se consoló pensando que la nueva manada que había llegado a Banat lo había aceptado como hermano y se propuso defender a cada uno de sus integrantes durante el resto de su vida. En cuanto a los sentimientos que le inspiraban los habitantes del pueblo, la ira estaba dando paso al odio: aun si ellos no sabían quién era su padre, estaba claro que lo que provenía del diablo no podía inspirar nada bueno, y por ello el niño interpretaba la animadversión de sus congéneres como consecuencia natural de su origen. Sin embargo, siendo como era el vástago de una criatura esencialmente maligna, Slaven no podía menos que odiarlos a su vez, especialmente al enterarse de que ellos habían matado a su nodriza loba.



Sello infernal

Deduje que debía ser más de medianoche y, sin embargo, no habría sido capaz de posponer la lectura. Aunque la vibración había cesado, ya me estaba acostumbrando al sencillo lenguaje de la narración, y un inmenso interrogante se presentaba ante mí: ¿quién había escrito aquellas líneas?

Slaven partió hacia las tierras del diablo cuando tenía seis años. Llevaba un fardo con pan, dos manzanas y el mapa que la bruja le había entregado. Quiso despedirse de los lobos pero, para su asombro, ellos lo siguieron, indicándole que lo acompañarían adonde fuera.

Como Slaven estaba tan flaco, era muy liviano, por lo cual la gran loba gris podía llevarlo a cuevas cuando el dolor de su pierna era demasiado intenso. Los días pasaban conforme el niño y la manada surcaban las montañas boscosas, deteniéndose aquí y allí para dormir y, cuando era posible, alimentarse y beber agua. Mientras los lobos cazaban, Slaven recolectaba frutos comestibles y estudiaba el mapa, confiando en que llegaría a la cueva donde su padre lo esperaba. Aun si las indicaciones eran precarias, Slaven seguía su corazón: la sangre infernal que corría por sus venas era una guía más certera que el sol.

Finalmente, al cabo de quince noches, Slaven se encontró frente a la caverna marcada con un círculo en el papel. A pesar de que ardía en fiebre a causa del hambre, la sed y la fatiga, estuvo seguro de haber llegado al lugar designado por el diablo cuando una pequeña llama azul brotó de la nada y bailoteó a su alrededor, obligándolo a detenerse. De repente, las rocas irregulares que conformaban el exterior de la cueva se transformaron en espectros que lo saludaban con muecas burlonas y los aullidos de los lobos dieron paso a una macabra amalgama de gritos y tambores proveniente del fondo de la gruta.

Nada habría impedido que Slaven se adentrara en la oscuridad: indicó a los

lobos que aguardasen afuera y, sobreponiéndose a su gran debilidad, franqueó el umbral. En cuanto dio el primer paso hacia las profundidades de la montaña, la tierra retumbó y el rumor de los tambores se intensificó. Así pues, aunque no podía ver más allá de sus narices, el niño decidió que aquella música endiablada le serviría de guía y siguió el sonido con paso rápido, arrastrándose sobre los guijarros sueltos que debían llevarlo hacia su padre. Tan ansioso estaba que resbaló y, por más que quiso detener la caída con sus manos, rodó cuesta abajo por aquel desfiladero que parecía no tener fin.

Slaven parpadeó con dificultad: las estrellas brillaban sobre él en la única porción del firmamento que una abertura delimitada por altísimas rocas le permitía atisbar desde donde se hallaba. Estaba en el fondo de la caverna, la cual tenía un cráter natural tan empinado que nadie podría trepar hasta el mismo sin morir en el intento. Aun si el fresco aire de la noche se colaba por el orificio, este se entremezclaba con los aromas de la flora que había crecido en aquel lugar escondido.

Un peculiar cosquilleo en su nariz hizo que estornudara e intentó incorporarse, pero a duras penas si logró elevar el torso para mirar alrededor: estaba tendido sobre el suelo de piedra de un jardín que se había formado dentro de la montaña. A escasos metros de él, un estanque subterráneo rodeado de plantas se extendía hasta los confines de la caverna y, aunque la penumbra reinaba, el resplandor de la noche se reflejaba sobre la superficie acuosa.

De repente, la llama de una antorcha iluminó el recinto. Slaven vislumbró la figura de su portador, quien ingresaba al jardín por el otro extremo. Era un hombre alto y moreno cuyos ojos relampagueaban en la oscuridad. La emoción de Slaven fue tal que perdió el habla. Sin embargo, alzó un brazo trémulo para hacerse visible ante el diablo, quien se dirigió hacia él.

—¿Slaven? —preguntó, inclinándose frente al niño.

El chico asintió al tanto que observaba atentamente a su padre, cuyo bello rostro estaba parcialmente cubierto por una barba negra y espesa. Los ojos del diablo brillaban con amor.

—Aunque luces asustado, podría tratarse de una trampa. Debo asegurarme de que en realidad eres mi unigénito —agregó, y desató los lazos de la bota del niño.

Este tembló cuando el diablo elevó su pie descalzo hacia la antorcha: estaba seguro de que lo quemaría. Aun así, su padre se limitó a sonreír en cuanto comprobó que a Slaven le faltaba el dedo correcto y, para sorpresa del niño, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Slaven! —exclamó con voz entrecortada—. ¿Puedo abrazarte, hijo?

—¿No me matarás? —balbuceó el muchacho, temiendo lo peor y aun así deseando con todo el corazón el abrazo paterno.

—No. Te doy mi palabra —murmuró su padre, mirándolo con lo que el niño interpretó como remordimiento.

Tras abrazarlo largamente, el diablo le pidió perdón por haber mutilado su pie. Sin embargo, le advirtió que tendría que dañarlo de nuevo.

—No importa, padre —dijo Slaven—. Deseo quedarme aquí contigo.

—Eso no es posible.

—Por favor —rogó el muchacho, aferrándose a los brazos del diablo.

—Mis hermanos son aún más crueles que yo. Me desposeyeron de lo que me pertenece y te buscan para matarte desde que naciste, pues eres mi único heredero. Yo mismo me he visto obligado a esconderme durante seis años. No podría correr el riesgo de perder mi único tesoro verdadero: tú.

—No quiero vivir lejos de ti —insistió Slaven—. Los lobos vinieron conmigo. Ellos me aman porque soy tu hijo, y así mismo nos protegerán.

—Oh, pequeño —suspiró el diablo, enternecido—. Las fieras del bosque no pueden nada contra los ejércitos de mis hermanos quienes, además de ser inmensamente poderosos, desconocen el honor y desean ver tu sangre correr más que nada en el mundo. Se deleitarían torturándote y, aunque podría asumir mi propio dolor en el caso de que lleguen a encontrarme, no toleraría verte morir del modo en que sé que planean asesinarte. Tampoco me lo perdonaría a mí mismo. No, Slaven, debemos permanecer separados hasta que...

El diablo se detuvo por un instante, clavando la mirada oscura en la de su hijo, quien se le asemejaba tanto a pesar de ser un chiquillo.

—¿Sí, padre? —lo alentó el niño.

—Hasta que recupere mi potestad. Solo entonces podré vengarme de mis hermanos y ofrecerte un lugar digno.

—Prefiero vivir en esta cueva contigo que regresar a Dobro —sollozó Slaven.

—No puedo quedarme aquí, hijo. Debo desplazarme constantemente y es muy arriesgado. Sé que tu madre adoptiva no puede cuidar de ti como lo habría hecho la verdadera, pero es una mujer inteligente y leal. Ha sabido esconderte y por ello le estoy en deuda. Me pesa que debas vivir en la miseria, pero es el único modo de que tus tíos no te encuentren. Buscan a un heredero rico, rodeado de delicadezas y placeres. Jamás sospecharán de un pequeño andrajoso.

—No es la pobreza lo que me hace infeliz. Tampoco el desprecio de los habitantes de Dobro, pues no deseo la amistad de quienes me odian por no tener un padre.

—Dime entonces qué deseas, y si está en mis manos dártelo así será.

—Deseo que compartas conmigo tu sabiduría.

Los ojos del diablo refulgieron y una sonrisa se curvó en sus finos labios.

—Qué hermosa petición. Es lo mismo que solicitó tu madre. Jamás quiso mi fortuna, aunque se la habría dado toda de no haber sido por la subrepticia traición de mis hermanos. Oh, Slaven, siempre te he amado, y ahora no haces más que confirmar que eres el hijo que siempre anhelé conocer.

El diablo sostuvo al chiquillo en sus brazos y lo arrulló con una extraña

canción de cuna tras lo cual Slaven se durmió. Al despertar, notó que el diablo había puesto agua fresca y un plato de comida humeante a su lado.

—Come y bebe —le dijo—. Lo necesitas para sanar.

—Padre... —dijo el chico—. ¿Me enseñarás lo que sabes?

—Por supuesto. Quizá sea demasiado para un niño tan pequeño pero empezaremos con lo más sencillo: debes aprender a leer y escribir. Cuando sea así, practicarás sin mi ayuda hasta que nos veamos otra vez y pueda impartirte nuevos conocimientos.

De ese modo, Slaven permaneció en el jardín secreto de la cueva hasta bien entrado el otoño. Noche tras noche, el diablo se presentaba con alimentos e instruía a su hijo, quien aprendía con tal ímpetu y exactitud que parecía haberse hecho uno con el espíritu de su padre. Conforme Slaven dibujaba complejos caracteres en el pequeño banco arenoso que usaban a modo de pizarra, el diablo se daba cuenta de que su hijo poseía habilidades superiores a las suyas y a las de la bella hechicera que lo había engendrado. Sin embargo, a pesar de enorgullecerse, temió más que nunca por la vida de su hijo, pues sabía que tales poderes le causarían muchas enemistades entre los hombres.

Antes de que cayera la primera nevada, el diablo vendó los ojos de Slaven y le indicó que permaneciera muy quieto.

—¿Vas a marcarme, verdad? —preguntó el niño, de pie junto a la hoguera que su padre había encendido.

—Así es —respondió el diablo, sujetando una pesada vara de hierro sobre las llamas hasta que el grabado en su extremo inferior se tornó rojo—. Esta es la marca de mi heredero. Yo la llevo y del mismo modo la llevarás tú. Si no llegamos a encontrarnos de nuevo, podrás reclamar lo que te pertenece. Nadie en el mundo lleva la marca salvo tú y yo, y nadie puede replicar el diseño para reemplazarte pues soy el único poseedor del sello. Una familia que me está en deuda guarda el molde original, el cual coincide exactamente con el sello. Si yo desaparezco, ellos comprobarán que eres mi legítimo sucesor y darán testimonio de ello.

Slaven no le temía al dolor. Tampoco estaba interesado en reclamar su herencia. Lo honraba la posibilidad de llevar la marca de su padre, la cual sería una representación palpable del vínculo que los unía. A pesar de su corta edad, su corazón sabía que aquel era el legado que había ido a buscar. Así pues, apretó los puños y contuvo la respiración al tanto que el diablo lo retenía firmemente con uno de sus brazos, imponiéndole el hierro candente en la espalda, junto al hombro izquierdo. Al comienzo, el niño no sintió nada más que el contacto del metal con su piel, pero al cabo de unos segundos, poco antes de percibir el olor de su propia carne herrada, lanzó un grito y cayó de rodillas. Sin embargo, el intenso sufrimiento causado por la quemadura no se prolongó demasiado y Slaven se replegó, acomodándose sobre el suelo de piedra, donde se quedó dormido ante la mirada complacida del diablo, quien lo cuidó durante el resto de la noche.

La velada siguiente, el diablo ordenó a Slaven regresar a Dobro. Le entregó un fardo que contenía varios libros y, tras retenerlo en un largo abrazo, lo acompañó hasta la salida de la caverna donde el fuego fatuo y los lobos hacían centinela. La pequeña llama azul rodeó al diablo y a su unigénito mientras los animales aullaban.

—Regresa a la caverna el próximo verano en la misma fecha en que llegaste —dijo el diablo a Slaven—. Estaré aguardándote. Sin embargo, si al cabo de una semana no me he reunido contigo, debes regresar a Dobro y esperar noticias de mi parte. Enviaré a mi mensajero, un honorable miembro de la familia que guarda el molde original de nuestro sello en secreto. He puesto a prueba su lealtad a lo largo de muchos años y jamás me ha fallado. Por su sabiduría y sagacidad, es el único hombre a quien podría confiar esta tarea sin poner tu vida en peligro. Verificarás que se trata de él pues estará al tanto de todos los pormenores de tu estadía en la caverna y cada detalle de nuestro encuentro, incluyendo lo que he podido leer en tus ojos, que no es poco: te conozco como a mí mismo y he experimentado cada una de tus vivencias, emociones y pensamientos gracias a la sangre que nos une. Del mismo modo, este hombre sabrá todo lo que me referiste acerca de tu vida en Dobro, la forma en que domaste a la gran loba gris, lo que ocurrió con tu nodriza y, especialmente, mencionará la marca que ahora llevas junto al hombro, la cual, a excepción de tu madre adoptiva y mi mensajero, no debes mostrar a nadie jamás hasta que sea el momento de reclamar lo que te corresponde. Estudia cuidadosamente los libros que te entregué. Lo mucho que aprendiste en el tiempo que pasamos juntos y tus habilidades naturales bastarán para que comprendas e incorpores todos los conocimientos que los textos contienen aunque no nos reunamos en esta vida de nuevo.

—¿Y si no puedo verte nunca más, padre?

—Si me viese obligado a habitar el mundo de las sombras te cuidaré desde allí. En los libros que hoy te entrego hallarás la forma de hablar conmigo en forma de espíritu. Búscame en la oscuridad, pero hazlo solo si es estrictamente necesario.

Slaven sintió mucho miedo, pero tuvo que darse por satisfecho con la explicación que su padre le había proporcionado. Así pues, partió a Dobro en compañía de su manada lupina con la promesa de regresar a la caverna al cabo de un año.

Sin embargo, el diablo no se presentó en la caverna en la fecha convenida. De hecho, jamás retornó. Sus brutales hermanos, quienes no solo lo superaban en número sino en maldad, hallaron su escondite y, para extinguir todo rastro de su encarnación, después de atravesar su corazón con una afilada daga mientras dormía, cercenaron su cabeza y le prendieron llamas a sus restos, forzándolo a regresar al infierno para que no pudiese manifestarse físicamente ante nadie por el resto de la eternidad. Suponiendo que el diablo ya no podría reconocer a su

único heredero, sus hermanos se establecieron en las tierras que le pertenecían a él y a su hijo para sembrar el horror y la miseria entre sus desdichados habitantes.

Quienes en principio temían al diablo y creían haberse librado de un mal siempre latente, lo invocaban con lamentos desesperados ahora que veían sus peores pesadillas hacerse realidad. Su señor, aun así, ya no regresaría, y su legítimo sucesor era un niño maltrecho que habitaba muy lejos de allí y cuya identidad permanecía oculta ante el mundo.

Por ello, este texto fue escrito no solamente para dar fe de que el diablo reconoció y marcó a su unigénito, sino para demostrar al último que, siempre fiel a la memoria de su padre, no solo conozco su procedencia e historia personal, sino que tengo plena autoridad para transmitirle los secretos que el diablo me confió.

R. GABORII.

El amanecer me sorprendió cuando leía la última línea de la narración. Antes de que Branka despertara, metí el cuaderno en el cofre, el cual escondí en una hendidura que se había formado en la roca que daba inicio a la montaña. Me hice con una piedra lisa y pesada y la coloqué de modo que escondiese la cavidad en que había acomodado el cofre para que nadie pudiese encontrarlo. No tuve el tiempo de revisar las páginas restantes del cuaderno pero, puesto que debía ordeñar a Mesto, me di prisa en regresar la lámpara de aceite a su lugar sin hacer ruido y di inicio a los quehaceres del día sin haber dormido un instante. A pesar de ello, no estaba cansada: muy por el contrario, me parecía haber encontrado una nueva lucidez al acercarme a Slaven y a su padre a través de una historia tan personal, e intentaba dar sentido a lo que recién había descubierto en el marco de lo que había escuchado con anterioridad.

Según lo que Branka me había contado, se creía que Slaven era hijo de Crnobog, el dios de la desgracia, y al mismo tiempo servidor de Chort, el equivalente del diablo en la tradición eslava. Por lo tanto, había escuchado la historia de Slaven desde la perspectiva serbocroata y luego la había leído de forma mucho más íntima y precisa desde el punto de vista rumano. A pesar de las pequeñas discrepancias entre ambas versiones, estas parecían confirmarse mutuamente en vez de desmentirse. Por desgracia, ninguna especificaba cómo los habitantes de Dobro habían concluido que el chico era el hijo del demonio y por ello tendría que indagar cuidadosamente acerca de los sucesos ocurridos en el pueblo tras el retorno de Slaven. Podía suponer que Pie de Bruja había recibido el manuscrito de manos del hombre de confianza de su padre algunos años después de su primera expedición a la caverna y que lo había escondido en el entramado del techo, quizá sin tener el tiempo de tomarlo antes de dejar Dobro.

De cualquier modo, estaba claro que la procedencia de Slaven era mágica tanto para el autor del manuscrito como para los campesinos de Banat y que nadie dudaba de su perversidad o la de su progenitor. Por mi parte, no cesaba de preguntarme cómo

el demonio, un ser puramente espiritual, podría encarnar y mucho menos engendrar un hijo: según había observado, en la ciudad solo se hablaba del diablo para asustar a los niños malcriados o satirizar a algún personaje público, mientras que en el campo se imputaba supersticiosamente el influjo de un espíritu inmundo a quienes transgredían sin miramientos las leyes religiosas o padecían trastornos que los médicos rurales no podían diagnosticar.

Sin embargo, por más que sabía que en las regiones agrestes de los Balcanes cualquier signo de excentricidad podía ser considerado demoníaco o sobrenatural, yo misma le atribuía cualidades inherentemente fantásticas a Pie de Bruja. Más aun, el hecho de que dos pueblos lo creyesen hijo del demonio en un sentido literal era un misterio más atrayente que ningún otro para mí.

Puesto que en el monoteísmo los hijos concebidos fuera del matrimonio suelen ser estigmatizados, había conjeturado que tal era la razón por la cual los habitantes de Dobro consideraban maligno a Slaven. Ser un hijo espurio derivaba generalmente en odiosas murmuraciones y prohibiciones sociales y, por lo tanto, al menos hasta la víspera, estaba segura de que en el caso de Pie de Bruja la figura del diablo solo reemplazaba la del padre ausente. También había contemplado la posibilidad de que Slaven no fuese más que un huérfano criado por su abuela, a causa de cuyo oficio de curandera el chico había sido injustamente menoscabado. Ahora, después de leer el manuscrito, el diablo había cesado de ser una explicación conveniente para la pasión carnal de los padres o la orfandad, transformándose de la noche a la mañana en un personaje tan real como la mujer que nos había salido al encuentro en el camino cuando nos dirigíamos a Banat. Pero si el padre de Slaven no era el perverso ente incorpóreo conocido como *el diablo*, ¿por qué lo llamaba así su más fiel servidor?

Especialmente después de haber experimentado tan extraordinarias alteraciones sensoriales los días anteriores, me costaba darle una explicación medianamente racional a los sucesos que ya se habían convertido en leyenda en la región. Así pues, supe que no tendría más remedio que buscar al autor del manuscrito.



Oveja negra

Aquella tarde debía ejercer el oficio de pastora mientras Branka limpiaba el huerto, así que decidí subir el escarpado monte hacia una bonita pastura que había divisado en un punto intermedio. Me gustaba guiar a las ovejas y, puesto que se me daba de forma tan natural, me embebí en mis reflexiones conforme ascendíamos por un tramo despejado del soto.

Estaba tranquila hasta que recordé mi sueño con Baba Roga y las ovejas empezaron a balar con nerviosismo, como si hubieran adivinado mis pensamientos. A la sazón, caí en la cuenta de que hacía muy pocos días me había sentido observada por una presencia maligna desde el punto del bosque junto al cual pasaba en ese preciso momento.

Intenté despertar a voluntad la reconfortante vibración interna que me había guiado en aquella ocasión pero solo conseguí entrar en pánico. Entonces, como si el destino quisiera gastarme una broma pesada, una oveja huyó, adentrándose en la frondosidad. Esta no solo era mi favorita por ser negra y bastante pequeña sino que también era la consentida de Branka.

—¡Regresa, Nóc! —vociferé, intentando darle alcance con el bastón curvo que llevaba en la mano antes de que se internara en la oscuridad de la enramada y desapareciese.

Me detuve en el margen del bosque y la llamé reiteradamente, procurando escuchar su lamento para darme una idea de dónde estaba. Sin embargo, los balidos de las otras ovejas me impedían discernir los sonidos provenientes de la espesura. Con ojos encharcados, me pregunté qué haría el pastor que usualmente se encargaba del rebaño de Branka: ¿dejaría a las otras para ir en busca de la pequeña oveja extraviada? La verdad, el evangelio era de muy poca inspiración para mí en aquella situación. Me avergonzaba mi cobardía y aun así no me sentía capaz de adentrarme sola en la oscuridad.

Sin embargo, las ovejas restantes me circundaron poco a poco, acorralándome en medio de ellas. Balaban frenéticamente, tanto así que podría haber jurado que me rogaban que rescatase a su díscola compañera. Si fue cierto o no ya no importa porque, además de la gran pena que experimentaba a causa de la pérdida de la ovejita, la culpabilidad que me infligieron terminó por vencer mi miedo y al fin me aventuré en el soto umbrío.

«Esto no está bien», me dije. «Solo las Wilhelmas tiemblan ante la idea de lo desconocido».

Por supuesto, no temía a las bestias del bosque sino a la espeluznante presencia humana que, según pensaba, había oscurecido el cielo y estremecido la tierra días atrás, o al menos eso me empeñaba en creer hasta que divisé a Nóc pastando inocentemente a pocos metros de un enorme lobo gris, el cual la observaba con atención.

Sobra decir que, por más que había contemplado la posibilidad de encontrarme con un depredador, jamás se me ocurrió que fuese a ocurrir de verdad. Comprendí de inmediato que aunque había sido valiente en teoría a lo largo de mi vida, en la práctica yo no era ningún Slaven. Estaba a merced de un animal en extremo poderoso y me sabía demasiado débil para defenderme efectivamente.

Si bien admito que mi primer impulso fue el de echarme a correr en dirección contraria, no pude evitar conmoverme cuando la ovejita elevó la cabeza y baló con dulzura al percatarse de mi presencia. La tierna criatura inició un alegre y despreocupado retorno hacia mí, y me pareció que mis pies se anclaban al suelo: aunque hubiese deseado abandonarla a su suerte, no habría sido capaz de hacerlo.

Como es de suponer, el lobo no iba a dejar escapar tan fácilmente a su presa: se agazapó justo tras de Nóc, enseñando los dientes y gruñendo, decidido a atacar de una buena vez. No esperaba reaccionar como lo hice, saltando hacia la oveja cuando el lobo se abalanzaba sobre ella. El caso es que el depredador me rozó fugazmente conforme intentaba alcanzarla y, aunque solo me rasguñó, tuve la certeza de que el aroma de mi sangre lo había distraído pues, en vez de enterrar los dientes en las carnes de la oveja, echó el cuerpo bruscamente hacia atrás y me observó con lo que creí era avidez.

Temblé ante la idea de que me prefiriese como alimento. Estando tan cerca de él, podía golpearlo con el bastón, pero no creí prudente agredirlo primero. Sin embargo, el animal se apartó de nosotras por su propia voluntad, lo cual me desconcertó al punto que no pensé en tomar a la oveja en mis brazos y emprender la fuga. En tanto que me tambaleaba, el lobo gimió, postrándose ante mí y metiendo el rabo entre las patas tal y como un perro fiel se humilla ante su amo. Casi parecía atemorizado.

Solo me atreví a moverme después de que transcurrieron varios segundos durante los cuales el lobo permaneció completamente sumiso y Nóc escapó para reunirse con el resto del rebaño. Di unos pasos torpes hacia atrás sin quitarle los ojos de encima al feroz canino pero él no se inmutó y, por más que en otras circunstancias habría hecho

hasta lo imposible por saber a qué se debía tan extraño comportamiento por parte del animal, prefería indagar entre las páginas de mis libros de ciencias naturales a quedarme investigándolo *in vivo*. Cuando me alejé lo suficiente, me di la vuelta para correr hacia el camino donde ya me esperaba la oveja negra y me apresuré a guiar el rebaño montaña abajo, siempre mirando por encima del hombro. El lobo no nos siguió.

Justo antes de descender el último tramo de la colina, un silbido contundente resonó en lo más alto del bosque. Minutos después, los inconfundibles aullidos de una manada de lobos llegaron hasta mis oídos: estos provenían del mismo lugar donde se había producido el silbido, o al menos de uno muy cercano. Tal y como algunos pastores convocan a sus ovejas por medio de un sonido especial, aquel había sido el llamado del guía de los lobos y nadie habría podido convencerme de lo contrario. Ni siquiera Branka, quien puso en duda mi veracidad como narradora cuando le conté cuanto me había ocurrido con el lobo.

—Probablemente el animal ya se había saciado con otra presa —dijo enfurruñada—. De lo contrario, las habría hostigado hasta llevarse al menos a una de las dos. ¡No debes alejarte tanto jamás! ¡Fuiste sumamente irresponsable, ni siquiera conoces bien los caminos!

Bajé la cabeza y acepté la reprimenda, consciente de merecerla. Pero yo sabía que el lobo estaba hambriento, así como sabía que, si alguien en Banat era capaz de amedrentarlo, ese era el hijo del diablo y no yo.

Antes de irme a la cama, pensé en aplicar una maceración de hierbas a la rasgadura que me había hecho el lobo para evitar una futura infección. Al verme en el único espejo de la cabaña, descubrí con alivio que la excoriación en la piel de mi clavícula había sido tan superficial que a duras penas si se distinguía una diáfana línea rosa. El amuleto, sin embargo, ostentaba una pequeña mancha de sangre aún fresca sobre el ángulo partido. Deduje que la piedra opalescente había recibido la única salpicadura del incidente y me di por bien servida. Aun así, me lavé tan bien como pude y preparé un emplasto de hipérico, también conocido como hierba de san Juan, cuyas propiedades medicinales ya conocía gracias a mis estudios de botánica, el cual masajeeé suavemente sobre mi piel conforme me acomodaba de espaldas en el lecho. Puesto que no había descansado la noche anterior, me bastó con cerrar los ojos para quedarme dormida.



La iniciación

Los días siguientes se sucedieron sin contratiempos. Me limité a llevar el rebaño a pastar en las proximidades del árbol herrado para que Branka pudiese hallarme fácilmente y no arriesgarme a ser devorada por las bestias del bosque. Me entretenía recolectando plantas silvestres, las cuales secaba meticulosamente en diversos cortes al llegar a casa, agregándolas posteriormente a mi herbario que, para mi inmenso regocijo, cada día lucía más completo. La pequeña cicatriz que me había dejado el lobo desapareció pronto y Nóc no intentó escapar de nuevo, lo cual me permitió bajar la guardia. Sin embargo, observaba atentamente la colina desde el cruce de caminos y aguzaba el oído con la esperanza de escuchar una vez más aquel silbido estremecedor. Por supuesto, no podía menos que conjeturar que el amo de los lobos era Slaven. Y si, como creía, se trataba de la misma persona que había estado observándome con anterioridad, podía estar segura de que este no solo era en extremo poderoso sino realmente malvado. Había llegado a sentir gran predilección por él a través de las leyendas que lo rodeaban, pero la perversidad de aquella mirada oculta y lo que era capaz de hacer me ponían la piel de gallina. Me encontraba, por lo tanto, temiendo intensamente al mismo personaje a quien había compadecido durante tantos años.

Cierta noche en que retornaba a la cabaña tras haberme tendido largo rato en el pastizal mientras el rebaño se alimentaba, creí escuchar un carraspeo en las inmediaciones del camino. El viento sopló con tanta furia que creí que me arrastraría consigo. Asustada, apuré el paso en tanto que agrupaba las ovejas con la ayuda del bastón curvo sin dejar de escrutar nerviosamente la oscuridad que me rodeaba. Como había de pasar tarde o temprano, me enredé en mis propias faldas y caí de bruces frente al árbol herrado. Branka me lo había advertido.

Conforme me ponía de pie, volví a escuchar el mismo carraspeo y me quedé muy quieta, sintiendo que mi cuerpo se enfriaba. Entonces, un susurro procedente del otro

lado del árbol causó que mi corazón se detuviese:

—Bruja.

Aunque estaba segura de que había hablado en *štokavski*, no podía saber si se trataba de una voz masculina o una femenina.

—¿Quién anda ahí? —me atreví a balbucir al fin, aunque mi voz era apenas audible.

—¡Ah, me escuchas! —respondió el ronco murmullo.

Rogué para mis adentros que se tratase de algún niño travieso, pero mi instinto gritaba que solo podía tratarse de una persona.

«Es la madre adoptiva de Slaven», pensé, cerrando los ojos y apretando los puños.

Su risa llegó hasta mí como una terrible confirmación. Cuando me atreví a abrir los ojos de nuevo, su mano huesuda ya se asomaba por el contorno del tronco.

—¿Puedes verme? —preguntó, moviendo los largos dedos, que en la penumbra parecían ramas.

—Sí —respondí, temblando—. Aunque temo que si me enseñas tu rostro moriré al instante.

—No digas tonterías —farfulló—. Quien debería estar asustada soy yo. Después de todo eres una bruja horripilante.

En otros momentos me habría hecho gracia la afirmación de quien era considerada la mujer más temible de la región. Aun así, sospeché que se trataba de una treta preliminar. Probablemente en pocos segundos me lanzaría una maldición.

—Juro que no fue mi intención desafiarte —me apresuré a decir, recordando la advertencia de mis compañeros de viaje—. No viajaba sin pañolón para demostrar que soy una hechicera o algo que se le parezca.

—Y, sin embargo, lo eres —dijo.

—Oh, no. Todo fue producto de una pequeña confusión.

—No hay confusión. Eres una hechicera —masculló.

Mi corazón dio un vuelco.

—Fue solo una broma. Yo... —tartamudeé.

—Sí, claro, una broma que has estado gastándote a ti misma y a quienes te rodean desde que tienes uso de razón. ¿Sabes quién soy?

—¿Baba Roga? —me aventuré a decir, a falta de otro nombre.

—Tú eres Baba Roga —afirmó, señalándome.

—Por favor, no me castigues —supliqué—. Soy impulsiva y no tengo modales pero siempre te he respetado.

—Lo sé —dijo—. Por eso estamos sosteniendo esta conversación. Todas somos una.

—Disculpa, ¿a qué te refieres? —inquirí a punto de echarme a llorar. Estaba francamente aterrada.

—Todas somos Baba Roga. ¿Acaso no es evidente?

—¿Todas? ¿Quiénes? —lloré.

—Todas las brujas, por supuesto. Somos aprendices de la primera Baba Roga y compartimos nuestro poder.

—Te doy mi palabra de no haber hecho ningún pacto con el diablo —le aseguré.

La carcajada que profirió me puso los pelos de punta y retrocedí, rezando en voz baja. La palabra que había utilizado para referirme al príncipe de las tinieblas era *vrag*.

—Vaya que eres necia —graznó sin salir de su escondite—. ¿Qué tiene que ver ese con nosotras? Aunque puedo garantizarte que lo has afrontado aun sin proponértelo, es asunto tuyo y deberás resolverlo sola.

Guardé silencio unos instantes sin dejar de vigilar sus dedos. Por lo que sabía, podía ser el mismísimo demonio quien me hablaba.

—Dios bendito, líbrame del mal —murmuré, trepidando.

—¡Basta ya de tanta gazmoñería! —chilló—. Lo que me faltaba, una bruja de ciudad que actúa como si hubiese nacido en Dobro. ¡Bah! ¡En breve estarás alisándote la cofia en ese maldito granero que el reverendo Németh y sus adeptos llaman templo!

—¡Eso jamás! —me defendí, indignada—. ¡No soy como ellos! Son mis enemigos. Sin importar cuánto les tema a ti o al diablo o a Pie de Bruja.

—Bien, supongo que los enemigos del reverendo *vrag* son mis amigos. Te perdono —rio.

—Gracias —dije, experimentando gran alivio al percatarme de que para ella el reverendo Németh era el diablo.

—¡De nada! Ahora, ¿dónde estábamos? Ah, sí: perderás todos los dientes, un cuerno brotará en medio de tu frente y a cambio obtendrás un caldero volador.

—¿De veras? —balbucí entre anonadada y fascinada.

—¡No, zafia! El problema parece ser que aún no sabes que eres una bruja. Si no te espabilas, la estirpe de Baba Roga desaparecerá para siempre.

—Te aseguro que no deseo que eso ocurra, siempre he sido una gran admiradora de Baba Roga y sus discípulas.

—Entonces empieza por admitir que eres una de nosotras. Lo has hecho desde que eras una chiquilla, no veo cuál es el problema en que lo hagas ahora.

Tomé un hondo suspiro y medité antes de hablar:

—Muy bien. Soy una bruja —dije, exhalando.

Dejó escapar una risotada que se me antojó triunfal y no pude evitar creer que acababa de cometer el peor error de mi vida. Sin embargo, mi interlocutora había adivinado la realidad: siempre había querido ser una bruja. Ni siquiera me importaba la idea de transformarme en un ser espantoso. Lo cierto es que, aunque no sabía de dónde provenía aquella vibración interior que alteraba mis sentidos y me permitía expresar un aspecto infinitamente más poderoso de mí misma, yo deseaba ser una de ellas.

—Hay niñas que son esencialmente buenas —dijo—. Otras chicas son esencialmente malas. Y otras... bueno, otras son esencialmente brujas. No puedes cambiar quien eres. Puedes despreciar nuestro legado y ser profundamente infeliz, o bien puedes ser sincera y caminar por la senda que no solo te eligió sino que tú también elegiste. ¿Por qué crees que te llenabas de emoción cada vez que Branka nos mencionaba? ¿Por qué crees que estás aquí?

—Dímelo tú —pedí.

En ese instante me pareció que el viento entonaba una canción. La familiar vibración me invadió por completo, permitiéndome distinguir el resplandor que emanaba del árbol. Solo a la sazón mi interlocutora salió del espacio que ocupaba tras el tronco herrado y dio algunos pasos hacia mí para encararme: era joven y esbelta y llevaba un vestido de hierba y hojas, sus cabellos oscuros se asemejaban a un denso brote de hiedra que caía hasta el suelo y su piel morena parecía hecha de barro cocido. Poseía unos ojos enormes y profundos que se adentraban en los míos y hablaban sin que ella tuviera que mover los labios. Supe que me conocía como nadie en el mundo y me invitaba a hacer igual: la bruja que se había manifestado ante mí era yo.

—Acepta tu destino —ordenó aquella versión eterna de mí misma.

Pero entonces, justo cuando estaba por creer que todo aquello había sido una especie de sueño en que hablaba con mi propia conciencia, sus vestidos se transformaron en harapos, su cabellera encaneció y su nariz creció hasta sombrear el mentón ahora verrugoso. Observé con gran admiración que sus ojos ahuecados, los cuales hacía pocos segundos eran negros y refulgentes, estaban recubiertos de cataratas. Aquella sí que era una bruja de verdad. Era, además, sin lugar a dudas, la mujer que había emergido del bosque para señalarme ante todos cuando me dirigía a Banat, y la misma que me había visitado en sueños recientemente, quizá para indicarme un punto de encuentro en el cruce de caminos. La hechicera había adoptado una apariencia similar a la mía aunque mucho más impactante para darme una lección, pero al fin se enseñó tal cual era con una sonrisa putrefacta.

—¡Todas somos una! —vociferó—. Tu poder es nuestro y el nuestro es tuyo. Debes apropiarte de nuestra sabiduría y nutrirla con la tuya propia. Sin embargo, debes tener mucho cuidado. Has aceptado guardar el legado de Baba Roga: prepárate para ser perseguida.

Acto seguido, extendió las palmas de las manos hacia mí y recitó una frase que no comprendí. Una corriente eléctrica se deslizó a lo largo de mi médula espinal causando que viese una gran explosión de luz, la cual me encegueció por completo.

Pasó alrededor de media hora durante la cual la llamé sin obtener una respuesta. En vano la busqué a tientas, palpando el árbol herrado y el aire alrededor del mismo, pero se había marchado. Cuando recobré la vista, reuní a las ovejas e inicié el retorno hacia la casa temblando de emoción.

Aunque hubiese querido ocultarle a Branka lo ocurrido, habría sido imposible. Mi

nana era tan astuta y me conocía tan bien que, en cuanto me vio, dijo, persignándose:

—¡Por Belobog, hija! ¡Recibiste el rayo de Baba Roga!

—¡Así es, nana! —repliqué maravillada—. ¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, esto no es nada bueno! ¿Por qué, Señor? ¿Por qué permitiste que le pasara esto a mi hija? —exclamó, agitando las manos y elevando los ojos hacia el techo.

—¡Mama Branka! —insistí—. ¡Pregunté cómo lo sabes! ¿Y por qué crees que es algo malo?

—¿Que cómo lo sé? —inquirió, mirándome con los ojos abiertos de par en par y gesticulando como una lunática—. ¡Todos en el campo de Voivodina saben reconocer las señales inconfundibles del rayo de Baba Roga! ¡Tus cabellos erizados se extienden hacia arriba y hacia los lados, pareces un puercoespín! Y la llama de la vela se inclina hacia ti, tal y como ocurre cuando una bruja recién ha iniciado a otra. ¡Ay, mi niña, mi pobre Ava, jamás debí consentir que vinieras aquí!

—Vaya, nana, estás mejor enterada de lo que suponía. Pues bien, no hay nada que hacer, ¿verdad? —pregunté, avanzando hacia ella—. Supongo que no puede ser reversado.

—¡No me toques! —exclamó, dando un salto atrás—. Podrías matarme.

—Creo que debes tranquilizarte, yo me encuentro muy bien —dije contenta.

—Eso es solo porque no sabes lo que te espera —lloró—. Aguarda, debo confirmar la tercera señal.

Dicho esto, tomó el recipiente que contenía la sal y derramó una gruesa franja sobre el piso.

—Intenta pasar sobre la línea que acabo de dibujar —ordenó.

Por increíble que parezca, a pesar de mi mayor esfuerzo para cruzarla, me fue imposible hacerlo: una barrera invisible me detenía, como si una pared se irguiera ante mí, impidiéndome el paso.

—No puedo —admití derrotada.

—¡Qué desgracia! —gimió Branka...

—¡Viva! ¡Soy oficialmente una bruja! —exclamé feliz.

—¿Por qué tuviste que husmear en la cabaña de la bruja? —suspiró, mirándome apesadumbrada—. ¿Por qué no fuiste una chica más obediente? ¡Fue ese libro endemoniado, lo sé!

—Oh, nana, la cabaña y el libro no tienen nada que ver con esto —le aseguré—. Según la bruja, es mi destino.

—¡Pamplinas! —contestó, poniéndose roja como un tomate—. ¡Tú lo buscaste hasta que lo conseguiste!

—Por supuesto, nana, es mi vocación —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Qué más podría haber hecho?

—Convertirte en la campesina apacible que aspirabas a ser cuando llegaste —sollozó.

—Aún seré una campesina —reí—. Pero nunca he sido apacible y lo sabes muy

bien. Lo siento, nana, pero considero mi nuevo título un honor.

—Por supuesto que es un honor —admitió, limpiándose los densos lagrimones con la punta del delantal—. Las discípulas de Baba Roga son elegidas según la naturaleza de su espíritu. Son mujeres valientes que están ligadas a los ciclos de la Tierra y a los elementos que la componen y, por lo mismo, tienen la capacidad tanto de sanar como de enfermar a sus congéneres... entre muchas otras habilidades que los demás desconocemos y que, una vez descubras, jamás podrás revelarme. ¡Es solo que tengo miedo de perderte, hija!

—Vamos, nana, no llores —le supliqué entristecida—. No vas a perderme.

—Lloro también por ti —balbuceó—. Todos saben que las elegidas de Baba Roga tienen vidas llenas de sufrimiento. Y lo peor es que no hay evidencia de que ninguna de ellas haya ido al Cielo aun después de experimentar semejantes vejaciones.

—No hay evidencia de que nadie haya ido al Cielo, *mama* Branka... pero te garantizo que jamás emplearé la hechicería para herir a otros.

—Eso dices ahora —replicó, mirándome como una vaca miraría a su ternerito moribundo.

—Me conoces, nana.

—No, hija. Ahora vas a conocerte a ti misma. Quiera Dios que preserves tu naturaleza a través de las pruebas que encuentres.

No pude replicar ante la última afirmación pues lo cierto es que no sabía qué me aguardaba. Sin embargo, como Branka, esperaba que Dios me concediera conservar un corazón bondadoso mientras tuviese libre albedrío.

—Me siento muy débil —dije—. Creo que debo irme a la cama.

Todo empezó a girar vertiginosamente alrededor y a duras penas si tuve el tiempo de tenderme en el lecho, aferrándome a las sábanas conforme me hundía en un vórtice de oscuridad. Me era imposible discernir entre el sueño y la vigilia: tenía la impresión de estar soñando pero todas mis sensaciones y percepciones eran demasiado reales, y mis pensamientos demasiado lúcidos como para estar experimentando un fenómeno estrictamente onírico. Angustiada, deduje que debía hallarme en el mundo del espíritu y que aquello era producto de mi reciente iniciación. Caí a través de la que parecía ser una profunda cavidad arcillosa y, tras mucho descender, aterricé con fuerza en un lugar digno de una pesadilla. Rodé sobre el suelo polvoriento, el cual estaba cubierto de sangre seca y alimañas de toda índole que se prendían de mis cabellos y se colaban dentro de mis vestidos, y gemí adolorida, intentando en vano quitarme de encima los insectos cada vez más numerosos. No había modo de escapar de allí pero, aunque hubiese atisbado una salida, sabía que no podría marcharme antes de enfrentarme con una presencia latente cuyo ímpetu destructor se respiraba en el aire malsano. Me incorporé con suma dificultad, obligándome a balbucir:

—Estoy aquí.

Emergió entonces de entre las sombras una criatura de talla descomunal cuyas

fauces exhibían dos hileras de dientes afilados como cuchillos. Sus ojos hambrientos relampagueaban al tanto que se dirigía hacia mí, azotando la tierra con furor.

—Al fin llegas —rugió, deteniéndose a un palmo de distancia y haciéndome temblar—. Soy la gran osa, espíritu animal del círculo de Baba Roga en el inframundo. He estado esperándote en las entrañas de la Tierra para destrozarte como hice con todas tus antecesoras. ¿Permitirás que te ofrezca como alimento a los espíritus de las enfermedades?

Aunque la idea me aterraba, comprendí que se trataba de un rito primordial por medio del cual las hechiceras adquirirían el poder de sanar o enfermar a otros, y por ello accedí a someterme a la gigantesca osa negra que aguardaba impaciente mi respuesta. Complacida, la bestia ordenó que me alargase en el suelo y abriera los brazos en forma de cruz. Sufrí toda suerte de padecimientos mientras arrancaba con sus garras y dientes todas las carnes de mi cuerpo, dividiéndolas en pedazos que entregaba paulatinamente a los espíritus de los miasmas, los cuales se manifestaban uno a uno junto a mí conforme la osa invocaba sus respectivos nombres. Aquel dolor inconmensurable era el mismo que tendría la capacidad de causar o aliviar en otros más adelante, y solo por ello logré soportarlo, haciendo uso de toda mi voluntad para permanecer consciente. Los espíritus drenaban en una vasija la sangre contenida en mi carne y comían el resto, que se unificaba con la enfermedad que cada uno de ellos producía. La gran osa negra bebió mi sangre y, tras vociferar mi nombre, escupió un líquido oscuro y viscoso en el recipiente, el cual rompió antes de desaparecer con los espíritus de la enfermedad.

Una vez fui despojada de mis carnes y órganos vitales, la bruja que me había iniciado se presentó allí, circundando mi esqueleto desnudo y exigiéndome nombrar con la voz de mi consciencia cada uno de los huesos que lo conformaban, por lo cual me sentí infinitamente privilegiada de haber estudiado anatomía desde una temprana edad: me había consagrado como sanadora por medio de un renacimiento en la matriz de la vida que une a todos los seres por igual, y a partir de entonces sería una mediadora entre las criaturas vivientes y los espíritus de la enfermedad. Se me dieron nuevas carnes, tejidos y órganos, y me incorporé renovada y fortalecida.

Baba Roga me guio a través de un túnel hasta arribar a un jardín donde crece un árbol que alcanza el firmamento. Trajo cuantiosas plumas de águila y me pidió construir sobre una rama de mi elección un nido de mi tamaño, el cual debía usar a manera de lecho para reposar. Tras anidar cerca de las estrellas y avistar el espíritu del águila, el cual me transmitió desde el firmamento la habilidad de manipular las fuerzas de la naturaleza y activar mis pociones, desperté en mi cama en casa de Branka.

Segunda Parte





El caldero

Ser brujas no nos exime de nuestros deberes diarios. Aunque tras mi iniciación adquirí la capacidad de sanar a las criaturas que me rodeaban por medio de la magia, debía realizar todas las faenas típicas de la vida campesina mientras descubría intuitivamente el modo de efectuar en el mundo material algunos hechizos sencillos. Mi influencia como bruja continuaba siendo, pues, muy limitada, o al menos así me lo parecía. Me sentía más ágil y saludable, pero eso era todo. Me dije que debía hacerme con un caldero para practicar la preparación de algunas pócimas y, si tenía suerte, desarrollar algún hechizo de mi propia invención. Puesto que la lógica indicaba que no usase ninguna de las ollas que Branka empleaba para cocinar, decidí adquirir una nueva en Dobro durante el fin de semana.

La noche previa a la venta de quesos me escabullí a la vertiente para examinar el libro de Slaven con más detenimiento. Se me ocurrió que, ahora que había sido iniciada, podría descubrir algo nuevo. Sostuve el libro en mi regazo y releí algunos párrafos sin que pasara nada hasta que el graznido de un ave nocturna me sobresaltó. Como estaba tan concentrada, solté el libro involuntariamente y este aterrizó abierto de par en par en la última página, justo al lado de mis pies. Lo sacudí cuidadosamente y, al elevarlo, noté que la cubierta se había desprendido ligeramente del lomo. Me lamenté, pues no quería arruinar el fascinante manuscrito que había sido preservado a pesar de las incesantes desventuras de sus protagonistas. Sin embargo, conforme evaluaba el daño, reparé en que la cubierta tenía una especie de compartimiento que había sido cosido posteriormente, el cual, por lo tanto, era imperceptible hasta entonces.

Tiré del hilo suelto con cuidado y me apresuré a extraer su contenido. Para mi gran asombro, hallé un documento redactado en latín. A pesar de la caligrafía fina y alargada que se apreciaba a primera vista, el trazo de quien escribía era fuerte y consistente a lo largo del texto. Escudriñé el final del mismo antes que nada para

descubrir la identidad del autor y por poco me caigo al charco: estaba firmado *Slaven, hijo del diablo*.

Sostuve las páginas con dedos temblorosos ante la lámpara que había llevado e inicié la lectura:

Quien lee estas líneas se ha adueñado de lo que me pertenece, por lo cual ha adquirido una deuda conmigo.

Me detuve de inmediato, temiendo lo peor. Aunque Pie de Bruja fuese indeciblemente poderoso y malvado, su fantasma seguía acechándome como el más irresistible misterio: ¿cómo hacerlo a un lado ahora que tenía un documento de su puño y letra? Por ello, aun sabiendo que lo decretado por un brujo tiene que cumplirse de uno u otro modo, no pude evitar proseguir:

Hechicé el medallón para que solo su portador pueda encontrar el libro que narra la historia de mi vida. No creas que hallaste el amuleto por casualidad: él te eligió a ti, y a causa de esto quedas atado a mí.

Es obvio que eres un brujo natural o has sido iniciado en la hechicería, pues el medallón solo favorecería a alguien capaz de ayudarme. Lo cierto es que, sin importar tus habilidades para las artes mágicas, adquiriste una obligación inamovible en el instante en que te adueñaste del medallón por voluntad propia. No intentes argüir más adelante que el medallón te encontró y que esta es la causa de que lo hayas tomado: estabas consciente de que te apropiabas de algo que no te pertenecía y, al haber franqueado una barrera tan sutil (al menos en apariencia), perdiste cualquier derecho de protección contra su hechizo. Podrías haberlo dejado donde apareció, o bien podrías haber hecho un esfuerzo por buscar a su dueño para restituirle lo que perdió, pero ambos sabemos que te lo pusiste alrededor del cuello y que desde entonces no te lo has quitado, pues de lo contrario no habrías hallado mi libro y tampoco se habría abierto ante ti el compartimento secreto de su cubierta. Participaste en esto de buena gana, al menos hasta ahora.

Siendo una persona versada en la hechicería, debes tener una idea relativamente clara de mi identidad a través de las leyendas que circulan entre los nigromantes: mi nombre es Slaven y confirmo que soy un brujo más experto que la mayoría, cosa inevitable para quien hereda el arte de ambos padres.

Conocer a mi padre fue la ocasión más dichosa de mi infancia, un evento breve que ya no se repetirá jamás: hace dos días, su mensajero me hizo entrega del documento que confirma su muerte. Mi mayor infortunio es haberlo perdido de repente. Aun así, enterarme al mismo tiempo de que maté a mi madre al nacer es la realización de mis peores pesadillas.

No lo recuerdo, por supuesto, y daría lo que fuera con tal de deshacer lo que ocurrió aquel día. Mi padre me amó sin condición y jamás me reprochó lo que hice a mi madre cuando aún no tenía el dominio de mi magia. Ni siquiera lo mencionó. Ahora, cada segundo que pasa me repito que desearía haber muerto en lugar de mi madre. ¡Preferiría no haber nacido jamás! Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y permanecer en la ignorancia. Sin embargo, ahora sé que la potencia oscura de mi ser se encargó de absorber la tierna vida de mi madre en cuanto me dio a luz. Ella me maldice desde donde esté. Nunca podré perdonármelo y no habrá castigo suficiente para mí.

Ya no soy un niño indefenso, tengo doce años y lo he aprendido todo de mi padre. Confieso que he pensado muchas veces en vengarme de mis vecinos por los daños irreparables que me han causado, empezando por la muerte de mi nodriza loba. Sin embargo, ¿existe una criatura más repugnante que aquella capaz de matar a su propia madre? No. He aquí, pues, al más aborrecible de todos los mortales. Soy profundamente indigno del afecto de mis padres y del mundo entero.

Debes comprender que ya nada podrá aliviar mi sufrimiento jamás. Por ello, me desprenderé de la fracción luminosa de mi alma a cambio de la posibilidad de entrar en la noche y ver a mi padre una vez más. Es la única forma de conocer su última voluntad y pedirle perdón por haber matado a mi madre.

Una piedra lisa y redonda como la luna llena.

Diez gotas de sangre del hijo del diablo.

Un mechón de cabellos de bruja.

Una taza de aguas de tormenta.

No soy tan necio como para transcribir las palabras capaces de activar los ingredientes. No desconfío de ti, pero otro brujo podría leer esta nota. Basta con decir que el medallón contiene mi sangre en su estado primordial. Es mi posesión más preciada, pues en ella reside mi esperanza de recuperar la fracción luminosa de mi ser algún día.

Te preguntarás por qué me tomo la molestia de hechizar el medallón para que este encuentre un guardián temporal en vez de conservarlo yo mismo: la respuesta es que, una vez me desprenda de la luz de mi alma, mi corazón será tan negro que no la querré de vuelta. Yo mismo destruiría el talismán si llegase a encontrarlo e incluso podría matar a su guardián si lo descubriese antes de recobrar mi luz. Así pues, perderé irremediabilmente el amuleto una vez realice el hechizo de transferencia y olvidaré haber escrito esto, así como el lugar donde escondí el libro.

Debes guardar el medallón con celo, pues de este modo podrás utilizar la sangre que contiene para realizar un hechizo capaz de reversar lo que estoy a punto de hacer. Esta es tu responsabilidad. Lamento obligarte a llevar a cabo tan

difícil tarea, pero eres mi única esperanza. Te recompensaré en grande, es un juramento. Sin embargo, una vez leas esta nota deberás apresurarte, o de lo contrario el medallón absorberá la luz de tu alma también y ambos estaremos perdidos. ¡Apresúrate y resiste!

Por último, no intentes deshacerte del medallón: solo empeorarás las cosas para los dos. Tampoco comentes este asunto con nadie. Te lo ruego, no me quites la única posibilidad de recuperar mi luz.

Recibe mi fervoroso agradecimiento por anticipado,

SLAVEN, HIJO DEL DIABLO.

Después de leer la nota, permanecí temblando durante unos minutos. No podía creer que me estuviera ocurriendo algo semejante: había sido víctima de un hechizo creado por el sujeto de mi fascinación. Era cierto que me había apropiado del medallón sin ningún problema, repitiendo a modo de excusa infantil: *su guardián ya lo encontró, buscará quien lo perdió*. Debía reconocer, incluso, que me había prendado del curioso objeto y que me había alegrado saber que no le pertenecía a Branka. Lo había aceptado de inmediato y por ello había adquirido un infausto compromiso. Sentí rabia hacia Slaven pero aún más hacia mí misma: si él había hechizado el medallón siendo un niño, yo ya era una mujer y el hecho de ser bruja no excusaba mi falta de cautela.

Por otra parte, no podía evitar sentirme extrañamente halagada al haber sido elegida por el medallón como su guardiana. Quizá fuese mi clandestinidad lo que le convenía a Slaven. Sin embargo, tal vez por estar bajo el efecto de su magia, me parecía que estaba realmente unida a él y sus circunstancias me conmovían más que nunca.

Yo, por supuesto, había pensado al leer el libro de Pie de Bruja que su madre había muerto a causa de la gran debilidad que la embargaba tras el parto. Para no dejar cabida a la duda, busqué el pasaje de nuevo y lo releí varias veces:

La maldad contenida dentro del niño era tan grande que la madre murió en cuanto lo sostuvo en sus brazos para amamantarlo.

Ni siquiera le había dado importancia a aquella parte de la historia, habiendo interpretado la frase del narrador como una alegoría destinada a exaltar el origen siniestro de los poderes del muchacho.

¿Es que en Voivodina las mujeres no morían dando a luz como en el resto del mundo? Tenía que ser un error de interpretación por parte de Slaven o el mensajero de su padre.

Tenía muchas incógnitas que resolver, pero de algún modo presentía que me acercaba a la verdad. En mi opinión, Slaven no había matado a su madre como creía y, por lo tanto, había traspasado la luz de su alma al medallón en vano, pues aunque hubiese logrado contactar a su padre, le habría pedido perdón por un acto que jamás cometió.

Además del deseo de preservar la luz de mi propia alma, no tenía motivos para acatar su petición. Sin embargo, su causa me interesaba de un modo personal. Si bien perfeccionar el arte de la hechicería se me antojaba divertido, lo habría cedido todo gustosamente con tal de devolverle la luz. Siempre había estado de su lado. No había nada que pudiese hacer para cambiarlo, y estaba bastante segura de que no se debía al hechizo del medallón.

Mientras volvía a esconder el libro entre las piedras tras haber dejado la nota en el interior del compartimiento secreto, me dije que los disidentes por excelencia forjamos enemistades y lealtades que pueden parecer caprichosas en primera instancia, pero las cuales tienden a durar toda la vida. Siempre hay algo acerca de los demás que bien nos repele o fascina instintivamente, y por lo general nos atenemos a ello. Puesto que tratar de ir en contra de nuestras primeras impresiones suele ser contraproducente a largo plazo (como bien lo había demostrado el terrible matrimonio entre Marcus y Wilhelma), sabía que no tenía sentido evadir mi favoritismo hacia Slaven. Mi último pensamiento antes de dormir fue dirigido al medallón como una plegaria:

Guíame hacia Slaven, pedí, aferrándolo en mi mano.



Raíz de mandrágora

S oñé que me internaba en el bosque de Dobro. Tenía mucha prisa, tanto así que conforme corría hacia la cabaña de Pie de Bruja empezaba a flotar por encima de la hierba. Pronto noté que no tenía ningún control sobre mis propios movimientos: el viento nocturno me llevaba a su merced entre la bruma espesa de modo que solo podía ver los árboles cuando estaba a punto de chocar contra ellos. Al fin la corriente de aire que me arrastraba me soltó, dejándome caer libremente.

Tras aterrizar con torpeza sobre el prado húmedo, me sacudí y miré alrededor, buscando un árbol al cual aferrarme mientras rogaba que la fuerza de gravedad continuase ejerciendo sin interrupciones su efecto habitual sobre mi cuerpo: presentía que en cualquier momento me elevaría por encima del suelo de nuevo y no sabía si tendría la suerte de caer solo unos cuantos centímetros. Mientras avanzaba, tropecé con una mandrágora cuya raíz con toda seguridad no sería lo bastante fuerte como para permanecer enterrada si me sujetaba a las hojas en caso de experimentar otro episodio de desplazamiento espontáneo.

A la sazón, creí distinguir una figura imprecisa entre la niebla a unos pasos de distancia. Esta emanaba tanta maldad que dejé escapar un grito: supe que se trataba de Slaven porque sus ojos oscuros brillaban aun tras el velo de la bruma, pero no pude discernir su rostro. Aun así, su presencia habría bastado para paralizar de terror a cualquier mortal.

—Regrésame el medallón —ordenó con voz profunda y llena de odio en *štokavski*, extendiendo una mano hacia mí.

Supe de inmediato que mi interlocutor ya no era aquel chico que había experimentado las injusticias de un mundo que no lo amaba sino un hombre cuya crueldad era capaz de hacer que una madre llorase lágrimas de sangre. La perversidad de su espíritu me alcanzaba a través de su mirada, la cual intenté rehuir en vano.

—No es lo que deseas de verdad —dije aterrada.

—Maldita inútil —rio, haciéndome estremecer—. ¿En verdad crees que puedes adentrarte en el corazón del hijo del diablo? ¡Jamás me conociste cuando era un niño inocente! ¿Qué te hace pensar que me conoces ahora? Dime lo que deseas a cambio del amuleto. ¿Quieres oro?

—No. El oro no me interesa. Escucha, solo quiero recordarte que...

—¿Qué cosa? —suspiró con frustración, desplazándose a la izquierda, como para evitar la luz de la luna que se abría paso entre la niebla.

—*Su guardián ya lo encontró, llorará quien lo perdió* —balbucí con la esperanza de ganar algo de tiempo.

—¿Qué acabas de decir? —murmuró, y aunque vislumbré un destello de ira en sus ojos, su voz expresaba el más profundo desconcierto.

Lancé un grito de espanto al comprobar que perdía el dominio de mi cuerpo una vez más y una fuerza desconocida me arrastraba de espaldas hacia el bosque. Sin embargo, experimenté algo parecido al desconcierto cuando caí en la cuenta de que dicha fuerza me alejaba de Slaven en vez de llevarme hacia él. Él empezó a correr hacia mí en la oscuridad así que, para aplacar su furia, exclamé:

—¡Sé paciente y no solo te devolveré el talismán sino que recuperarás mucho más de lo que recuerdas haber perdido!

Él vociferó una frase ininteligible al tanto que me apuntaba con un dedo y la claridad del relámpago surcó el espacio que nos separaba. Entonces, el estrépito de un trueno me sobresaltó y desperté jadeando sobre mi cama en casa de Branka: afuera caía una proverbial tormenta de verano. Me dije que solo había tenido una pesadilla y exhalé con alivio, incorporándome para cerrar la ventana, la cual estaba abierta de par en par. Sin embargo, al inclinarme sobre el alféizar para alcanzar la contraventana que el viento azotaba reiteradamente contra la fachada, divisé un objeto familiar en el exterior lluvioso. Increíblemente, me froté los párpados para comprobar que mi imaginación no me jugaba una mala pasada: en efecto, el talismán yacía sobre el prado.

Espantada, salí de la cabaña en medio de la borrasca y lo tomé en mi mano. Pescar un resfriado era lo de menos en aquellos momentos: quedé atónita en cuanto observé que el cordón de cuero no se había desatado de forma natural, sino que se había roto y estaba totalmente chamuscado, como si en efecto lo hubiese alcanzado un relámpago. El talismán, en cambio, estaba intacto. Me palpé el rostro, la garganta y el pecho sin sentir ningún dolor, lo cual parecía imposible dado que antes de irme a dormir llevaba el cordón alrededor del cuello. ¿Cómo había logrado protegerme del impacto eléctrico? No recordaba nada a partir de aquel último evento. Me dije que no podía haber sido un simple sueño aun si no lograba comprender cómo había salido de mi cama y retornado a ella. ¿Me estaba convirtiendo acaso en sonámbula?

Tras secarme y reemplazar la cinta de cuero por una nueva que hallé entre mis pertenencias, me aseguré de no volver a perder el amuleto sujetando el cordón a la parte interior de mi corpiño por medio de un pequeño broche de metal y me dirigí de

nuevo hacia el dormitorio, pero al pasar frente al espejo que estaba en el corredor atisbé mi imagen en la penumbra y me detuve en seco. Algo no estaba nada bien. Giré lentamente hacia mi reflejo y, cuando me atreví a posicionarme frente al cristal, proferí una increpación: mi apariencia era la de la bruja que me había iniciado. Aun si no podía dejar de respirar con agitación, extendí los dedos hacia el espejo y me concentré en recordar cómo lucía antes del cambio. Unos instantes después, mis rasgos aparecieron ante mí y al cabo de unos minutos recobré mi apariencia original.

Según había deducido a partir de mi breve iniciación, las brujas pueden cambiar de forma pero siempre se trata de una ilusión visual. La cabeza me daba vueltas: ¿quería aquello decir que Slaven creía haberse dirigido a su madre adoptiva todo el tiempo? Por el bien de los dos, esperé que fuera así. No sabía por qué me dirigía a la cabaña del bosque con tanto afán en medio de la noche, pero eso era lo de menos: ¡había tenido mi primer encuentro real con Pie de Bruja! Aún desconocía su apariencia pero había visto sus ojos y había escuchado su voz. Aunque ahora estaba segura de que no era él quien me espiaba desde el bosque en días anteriores, podía dar fe de que la iniquidad se había apoderado de su corazón por completo.

Por otra parte, al dirigirme a él, había alterado sin querer la frasecilla que había estado repitiendo desde que encontré el medallón y ahora tenía la fuerte impresión de haber descubierto un hechizo. Al comparar las frases: *su guardián ya lo encontró, buscará quien lo perdió* y: *su guardián ya lo encontró, llorará quien lo perdió*, estaba claro que la clave del hechizo residía en la magnitud de la pérdida. El medallón debía haberme llevado a pronunciar aquellas palabras exactas, pues a mí no se me habría ocurrido hacerlo sin ayuda externa. Sin embargo, la frase modificada tenía un sentido perfecto en el marco de la tragedia personal de Slaven: perder la luz del alma debía originar un sufrimiento incomparable, y me prometí a mí misma darme prisa en ayudar al brujo que me había puesto en semejante apuro.



La serpiente sabia

Esa mañana pusimos la cubierta sobre la carreta que debía llevarnos a Dobro para evitar que los quesos y los panes se mojasen si la lluvia nos sorprendía. Lamenté no poder decir nada a Branka pero temía ponerla en peligro si compartía con ella mis nuevos secretos.

Aunque podría pensarse que ocultarle tantas cosas a mi nana me alejaba de ella, nada estaba más lejos de la verdad: pasaba casi todo el día en su compañía, charlando y riendo con ella al tanto que realizábamos nuestras correspondientes faenas. Branka era la brújula de mi sensatez en medio de los cambios que afrontaba, y mi mayor motivo de alegría en la cotidianeidad. Puesto que estaba enterada del hecho de que yo era bruja, bastaba con explicarle que no me estaba permitido elucidar algún asunto en particular para que ella lo comprendiese y cambiase de tema con prudencia. No es que mi nana no fuese curiosa, pero le tenía pavor a algunos aspectos de la brujería e intuía, no sin razón, que era mejor para ella ignorar ciertas cosas. Aunque gran parte de ella aún deseaba protegerme, ya se había resignado a la idea de que tendría que ausentarme en ocasiones. Por fortuna, creía ingenuamente que el hecho de haber sido iniciada me ponía en una posición menos vulnerable ante los espíritus, los brujos y la gente normal, cuando en realidad debía tener más cuidado que nunca.

Tras arribar a Dobro aquella mañana gris e improvisar una pequeña tienda para la venta, me excusé para ir en busca de mi caldero. Circundé la plaza observando diversos artículos para la venta hasta que las bonitas ollas de cobre de uno de los puestos llamaron mi atención. Al acercarme, noté que los mercantes habían utilizado telas más llamativas y coloridas que los demás tanto para armar su tienda como para decorarla por dentro y no pude menos que felicitarlos. El hombre que me atendió era afable y por su acento deduje que su lengua nativa era el rumano, aunque dominaba el serbocroata a la perfección. Conforme me enseñaba las diversas ollas que tenía para la venta, sus familiares me rodearon, ofreciéndome toda suerte de utensilios para

la cocina.

—¿Va a casarse pronto? —preguntó el que asumí debía ser su hijo mayor. Era un muchacho guapo de cabellos castaños claros y tez dorada que tenía las orejas horadadas y llevaba grandes zarcillos de oro.

—Oh, no, solo quiero cocinar algunos potajes —repliqué, riendo para mis adentros.

—En ese caso, quizá pueda interesarle este cucharón... aunque mi abuela puede decirle la buenaventura en el campamento mañana en la noche si le enseña la palma de su mano —dijo su hermana, una joven morena que llevaba un grácil pañolón en la cabeza y los cabellos divididos en tres trenzas. Tenía una bonita sonrisa en cuyo extremo derecho se insinuaba un diente de oro—. Entonces sabrá si el futuro le depara un marido rico.

—Supongo que no tengo nada que perder, ¿verdad? —sonreí al tanto que arqueaba una ceja, y ellos asintieron con solemnidad: en ningún momento creyeron que bromeaba.

—Por supuesto. No hay nada que la abuela no pueda resolver —dijo el chico, con aire de genuina preocupación.

Era obvio que para estos jóvenes mercaderes concertar un buen matrimonio era un asunto trascendental. Pensé que probablemente me consideraban demasiado vieja para estar soltera, y en cierto modo tenían razón. Por otra parte, no les había comunicado mis planes de ser una feliz solterona, así que no podía culparlos. Ambos debían tener más o menos mi edad y podía apostar que los dos habían iniciado sus propias familias hacía ya varios años. En vista de que los chicos no eran nada tímidos, me atreví a preguntar en cuanto su padre se dio la vuelta:

—¿Ustedes son gitanos, verdad?

—Claro. ¿Tú también eres romaní? —preguntó ella entusiasmada, y debo admitir que me complació en grande: en mi opinión, eran una gente fascinante.

—Lamentablemente no lo soy, pero sí tengo algo de nómada —repliqué—. Mi nombre es Ava y viajé desde Viena para convertirme en campesina.

—¡Vaya, qué curioso! —rio ella—. ¿Recién llegaste a Voivodina?

—Así es —dije—. Aún no conozco mucha gente.

—Pues eres muy simpática. Deberías venir a una de nuestras celebraciones. ¿Te gustaría?

Le dije que me encantaría.

—Te divertirás. ¿No es así, María? —dijo el chico—. Los Gaborii sí que sabemos organizar un buen festín.

Por poco me atraganto cuando el muchacho mencionó el patronímico del mensajero del diablo. ¡Así que este era romaní! Tuve que hacer un esfuerzo excepcional para evitar que mis interlocutores notasen mi turbación pero logré reponerme y preguntar:

—¿Gaborii?

—Sí, es el nombre de nuestro clan —declaró él, orgulloso—. Nos dedicamos a la metalurgia en todas sus aplicaciones. Tuvimos que dejar Valaquia hace poco, la situación de la región en la cual estábamos asentados ha ido empeorando paulatinamente hasta hacerse intolerable.

—¿De veras? —pregunté, deseando obtener más información—. ¿Qué ocurre?

—Desde que el príncipe de aquellas tierras fue traicionado, todo ha sido dolor y desolación —dijo el chico—. El clan Gaborii tuvo la oportunidad de llevar una vida sedentaria y próspera en las montañas del diablo hasta que los hermanos del antiguo señor se tomaron el poder. Ahora todos los siervos son víctimas de constantes abusos por parte de los nuevos señores. Los labradores se han marchado a causa del terror y por ello la comida escasea, pero algunos valientes se han quedado pues las montañas están llenas de oro. Nuestra familia decidió partir en compañía de los sobrevivientes de otros clanes *roma* que estuvieron allí menos tiempo que nosotros.

—Nuestros padres eran felices en las montañas del diablo —añadió la chica—. A pesar de que miraban con recelo algunas de las prácticas del príncipe, este los respetaba. Sin embargo, en los últimos años, varias mujeres de nuestro clan fueron raptadas por los nuevos regentes. Cuando sus padres intentaron recuperarlas, los señores les entregaron un saco que contenía todos sus huesos. ¡Ni siquiera pudimos darles un digno funeral romaní!

—Aún no terminábamos de llorar sus muertes cuando desapareció otro grupo de chicas aún más jóvenes que las anteriores —murmuró el muchacho—. Aunque estas ya estaban prometidas en matrimonio como medida preventiva, a los señores no les importó. En esta ocasión, sus novios adolescentes fueron a reclamarlas, desafiando a los señores. Estos muchachos jamás regresaron, pero los señores enviaron fragmentos reconocibles de sus cuerpos al caserío a modo de advertencia.

—¡Qué horror! —murmuré, estremeciéndome.

—Los gitanos tenemos la costumbre de casarnos muy pronto para que los señores de las tierras donde nos asentamos no puedan reclamar el derecho de tomar la virginidad de nuestras mujeres como era la usanza en tiempos remotos —explicó el muchacho, frunciendo el ceño—. Aunque esta práctica ya no se lleva a cabo en Europa, los *roma* siguen corriendo este tipo de riesgo; la falta de unidad en el territorio de los Balcanes permite que cada terrateniente imponga sus propias leyes. Nuestros padres dicen que el príncipe jamás violentó a una de las nuestras, pero sus hermanos no solo las han afrentado sin miramientos sino que las han asesinado, e igual a sus futuros maridos.

Mis nuevos amigos tenían los ojos encharcados. Era evidente que habían atestiguado toda índole de crueldades, salvándose de experimentarlas solo gracias a una oportuna partida.

—¿Hace cuánto llegaron aquí? —pregunté.

—Hace poco más de dos años. Es difícil para los metalurgos sobrevivir en estas tierras si son gitanos —dijo la chica—. Los vecinos nos temen, nos acusan de robar y

ya han intentado incendiar nuestro campamento en dos ocasiones mientras dormimos.

—Típico —dije, mirando de soslayo al reverendo Németh, quien en ese momento se hallaba a escasos metros de distancia, dándonos la espalda—. Probablemente hayan sido instigados por ese abominable personaje.

—¿Tan pronto descubriste la hipocresía que reina en Dobro? —preguntó el chico, riendo—. ¡Debes ser una bruja!

En ese instante, Németh se dio la vuelta y me dirigió una mirada decididamente sádica. Debía haber escuchado el epíteto con que me calificó el chico. Mi expresión de pánico puso a los gitanos sobre aviso, y la muchacha se apresuró a decir en voz muy alta y con tono formal:

—Florian no quiso insultarla, señorita, es solo un decir.

—Así es. Discúlpeme, por favor —repuso él, de modo que el reverendo pudiese oírlo—. Los gitanos usamos las palabras con demasiada ligereza porque, además de ser sucios y perezosos, también somos toscos en cuestión de entendimiento.

Aunque apreciaba la noble intención de los chicos, no estaba dispuesta a permitir que vilipendiaran su pueblo de ese modo solo para defenderme y mucho menos que le dieran la razón a Németh, así que exclamé:

—¡Nada de eso! A mí me huelen muy bien y, por lo pronto, puedo afirmar que no solo son muy hábiles en su respetable oficio sino que también son *sabios como serpientes*, tal y como manda Jesucristo.

Podía ser muy bruja, pero conocía el evangelio y no iba a dejar de restregárselo en las narices a quien prefería ignorarlo en favor de la contradictoria doctrina puritana. Németh enrojeció hasta las orejas y su ojo izquierdo palpitó con violencia, como queriendo salirse del cuenco que lo albergaba. Sin embargo, hizo como quien no se enteraba de nada. Cuando al fin pasó de largo, noté que los gitanos me miraban casi con adoración.

—Lo que dijiste le dará pesadillas al reverendo —dijo Florian.

—¡Eso espero! —dije, sonriendo.

María prosiguió con el tema anterior:

—En nuestro pueblo ser una bruja es el máximo honor. Nuestras abuelas son las guardianas de la magia del hogar y, aunque no practican la hechicería característica del resto del continente, poseen sapiencia, visión y poderes de sanación y protección absolutos.

—Deben ser maravillosas. No sé nada de brujería gitana —admití.

—Mayor razón para que visites nuestro campamento mañana en la noche —dijo Florian—. Solo debes seguir de largo al llegar a Dobro y tomar el siguiente desvío a la izquierda. Puedes pasar la noche con nosotros y regresar a casa en la mañana.

—¡Magnífico! —exclamé entusiasmada—. Partiré en cuanto haya ordeñado la vaca.

—Procura no ponerte un vestido de una sola pieza —aconsejó María—. Los ancianos no lo verían bien y quiero que seas tratada como una romaní.

Compré un hermoso caldero de cobre repujado para preparar mis pócimas y me marché silbando tras despedirme de mis nuevos amigos quienes, además de ser amables y cariñosos, me habían proporcionado importante información acerca del padre y los tíos de Slaven: no tenía dudas de que *el príncipe*, como lo habían llamado, era el mismo diablo a quien se refería el autor del libro y, si el último pertenecía al clan de mis amigos, estos debían conocerlo. Conjeturé que había leído la historia de Slaven desde una perspectiva romaní, lo cual podría elucidar ciertos detalles una vez conociese mejor las costumbres y creencias del fascinante pueblo gitano. Por todo lo anterior, estaba impaciente por visitar el campamento.

Reemplacé a Branka en la venta de quesos mientras ella se daba un paseo para saludar a otros vendedores y solo entonces Németh se atrevió a acercarse a mí. Como la vez anterior, su mirada lujuriosa se paseó por mi cuerpo queriendo traspasar la tela que lo cubría, lo cual me llenó de ira.

Le eché un vistazo desafiante y su boca se curvó en una desagradable mueca. Puesto que me hallaba sola, en esta ocasión me abordó en húngaro y sin ninguna introducción:

—Veo que conoce la Biblia y, aun así, prefiere no acatar los preceptos del Señor en el vestir —susurró, hincándose para quedar a mi nivel y humedeciéndose con la lengua los labios resecos.

—Y yo veo que usted ha decidido emular el estilo de un bufón medieval, desentendiéndose de las descripciones puntuales del vestido masculino que contienen las escrituras: se supone que los primeros cristianos llevaban túnicas y sandalias —repliqué.

—No se trata de imitar a los primeros creyentes sino de dejar de sembrar el pecado en los corazones de los hombres —prosiguió él, sin reparar en mi intención de irritarlo—. Dicen que proviene de Austria. Una señorita de ciudad como usted debería ser ejemplo de recato para las mujeres del campo ya que tiene un cuerpo excesivamente tentador. Yo podría...

—¡Usted no puede nada! —lo interrumpí furiosa—. Debería saber de sobra que aquello que hace impuro al hombre proviene de su corazón, no de lo que hay fuera de él.

Németh palideció y la expresión de reproche que deformaba su rostro desapareció.

—Él dijo lo mismo —balbuceó.

—¿Quién? ¿Jesús? —pregunté con un dejo cáustico.

—Pie de Bruja —replicó él sin apartar sus ojos de los míos. Parecía seducido y a la vez espantado.

—¿Qué? —inquirí incrédula.

—El hijo del diablo —respondió, temblando—. ¡Usted es como él!

—¡Le sugiero que modere su discurso! —exclamé—. No hace más que reafirmar mi impresión de que su manía religiosa lo ha llevado a enloquecer. Además, hasta donde tengo entendido, el diablo no tiene hijos —agregué, con el fin de simular ignorancia.

—Usted debe saber el mal que me hace —susurró, acercándose a mí—. Vino aquí con el propósito de perder nuestras almas, tal y como él lo hizo un día.

—Déjese de disparates —ordené, incorporándome—. ¿Ha estado leyendo a Víctor Hugo en secreto? Le aseguro que mi nombre no es Esmeralda, usted jamás llegará a tener el poderío de un archidiácono y su granero dista mucho de parecerse a la catedral de Nuestra Señora de París. ¡Vaya a buscar a Cuasimodo!

—¿Quién es Cuasimodo? —preguntó extrañado.

Estaba claro que perdía el tiempo aportando referencias literarias a la discusión: Németh era un hombre tan ignorante como rígido y, aunque hubiese acertado al relacionarme con Slaven, yo estaba segura de que solo le interesaba compeler a la gente a obedecer sus preceptos.

—Olvídelo —dije fastidiada—. Vuelva a sus asuntos y déjeme en paz.

—Mis asuntos son los asuntos del Señor —declaró con tono dignificado al tanto que se ponía de pie para encararme—. Mi única intención es guiarla por medio de la palabra divina y aconsejarla con la sabiduría de nuestro profeta Abraham para que el demonio no haga uso de sus atributos terrenales.

—¡Por favor! —resoplé—. ¡Solo ve lo que quiere ver!

—He notado cómo me mira con esos ojos profundos y el modo en que mueve sus labios rojos y carnosos. Su piel tersa está salpicada de pequeñas invitaciones demoníacas y sus caderas redondeadas se insinúan cuando se desplaza a contraluz, el chico gitano debe tener razón, usted es una bruja —dijo, apoderándose de mi muñeca.

—¡Lo miro con desprecio! —murmuré, zafándome—. Usted me repugna.

—Miente —dijo, transpirando profusamente—. Venga a orar conmigo en soledad y yo la liberaré de la impureza del pecado.

Su mirada libidinosa me revolvió el estómago.

—No me interesa ser liberada de la impureza del pecado —dije por entre los dientes, a punto de darle un puntapié.

—¡Entonces lo admite! —exclamó con los ojos de un orate y las mejillas enrojecidas—. Hablaré con los vecinos para que se abstengan de comprar sus productos. Buen día, señorita.

Y, sin más, se dio la vuelta y se marchó para dejarme con la palabra en la boca. Branka, quien recién retornaba, había escuchado su última frase y se precipitó hacia mí, presa de la agitación.

—¿Qué ocurrió, hija? —preguntó exaltada.

Esta vez era yo quien tenía ganas de llorar. Le describí en detalle mi infortunado encuentro con el reverendo Németh y, aunque la pobre Branka lucía muy asustada en un comienzo, al final temblaba de indignación.

—¡Ese hombre solo tiene pensamientos malsanos! —murmuró—. No te sientas mal, hija, no provocaste esta situación.

—Definitivamente no puedo culpar a mi belleza abrumadora —dije desconcertada.

—En ocasiones, los hombres se prendan de características que nosotras pasamos por alto —dijo ella, entornando los ojos y mirando al horizonte—. No es extraño que aquella a quien las otras mujeres no consideran guapa sea la más deseada por los varones. Todo es cuestión de gracia natural, y a ti te sobra porque eres libre. Recuerda que aquel pariente de Wilhelma también se encaprichó contigo al punto de pedir tu mano.

—Epa, tienes razón. ¡Ahora lo comprendo, nana! Los hombres como ellos odian la libertad. Estoy segura de que el interés de Németh proviene de la necesidad de dominarme porque en el fondo sabe que no estoy dispuesta a tolerar su falsedad. Lo lee en mis ojos, pero no ha tenido el valor de interpretarlo correctamente.

—Ten mucho cuidado, Ava. No hay nada más peligroso que el odio disfrazado de deseo.

—Él es quien debe ser cauteloso —dije, observándolo conversar con algunos miembros de su congregación en una esquina de la plaza—. No hay nada más peligroso que una bruja enfadada.

Fijé la vista en él y, justo cuando se daba la vuelta para saludar a uno de los granjeros, hice como que aferraba su figura en la distancia. A continuación, realicé un gesto de barrido con la mano y terminé por dar una palmada contundente a la tabla que utilizábamos como aparador. En ese instante, Németh resbaló y, tras desplazarse en el aire un par de metros, aterrizó en el fangal donde retozaba un cerdo para la venta.

Solté una risilla malévola, regodeándome en la efectividad de mi magia.

—¡Por todos los espectros, hija! —susurró Branka—. ¿Qué hiciste?

—Ponerlo en su lugar, por supuesto —dije satisfecha.

Németh perdió el sombrero y el calzado a causa de la caída, enlodándose de pies a cabeza. El cerdito, por su parte, bailoteaba junto a él, feliz de haber encontrado compañía. Por desgracia, el animal estaba atado a un palo y la cuerda no era lo suficientemente larga como para permitirle saltar sobre Németh, o lo habría hecho. Branka tuvo que taparse la boca para no echarse a reír, pero tanto los habitantes de Dobro como los mercaderes que lo visitaban prorrumpieron en carcajadas, señalándolo.

—Qué hermosa escena —suspiré, feliz.

Entonces recordé que el medallón absorbería un poco de mi luz interior cada día, y me pregunté si haber decidido vengarme con tanta presteza era una manifestación del inevitable fenómeno. Me dije que, en todo caso, no lo lamentaba en lo absoluto, y disfruté de cada instancia en que Németh intentó ponerse de pie, perdiendo el equilibrio una y otra vez hasta que al fin un muchacho robusto lo socorrió. Cuando el

humillado reverendo se marchó a casa a cambiarse, escuché que la gente se preguntaba cómo había podido resbalar de aquel modo, cayendo tan lejos de donde estaba para empezar.



Cacería de brujas

Ese día comimos en la posada con otros visitantes que habían ido a Dobro a comprar, vender o simplemente a pasar el día. Mientras degustábamos el *sarma*, un típico rollo de col rellena de carne guisada con trigo, cebollas, nueces y hierbas, el cual era servido con crema fresca y polenta, algunos hombres brindaban con *šljivovica*, un aromático *brandy* de ciruela. Los hijos del posadero, por su parte, cantaban al son de la *tamburica*, bello instrumento de cuerdas cuya forma se asemeja a la del laúd o la mandolina y en el cual se ejecutan rápidos e intrincados punteos, por lo que su sonido suele ser alegre, cálido y festivo.

Puesto que todos compartíamos una larga banca y comíamos sobre la misma mesa, era agradable escuchar tantos dialectos a la vez en la misma estancia. Yo podía comprender la mayor parte de lo que se conversaba, así que agucé el oído cuando alguien mencionó a Pie de Bruja:

—Lo he dicho una y otra vez, pero prefieren ignorarme —declaró un serbio de bigote negro y tez olivácea al otro lado de la mesa—. Pie de Bruja nos observa. Quiere vengarse. ¿Creen que es casualidad lo que le ocurrió a Németh hoy?

—Casualidad o no, sería apenas justo que ese chico hiciese correr sangre por aquí —dijo el hombre regordete y de nariz rosácea que estaba sentado junto a él—. ¡Lo que le hicieron padecer en este lugar no tiene justificación!

—¿Debo recordarles que ya no es un chico? —los interrumpió una mujer ya entrada en años que llevaba un chal tejido sobre los hombros—. Eso es, si está vivo. Pobre criatura, era tan enfermizo y a la vez tan violento.

—A mí y a mi familia nunca nos hizo nada —dijo el hombre rubicundo, tomando otro trago de *šljivovica* aunque ya estaba ebrio—. Que haya seducido a la mujer de Németh es otra historia.

—¡No seas necio, Goran! —dijo el serbio de bigotes—. El muchacho no tenía siquiera la noción de lo que es una mujer, se la pasaba metido en el bosque en

compañía de las bestias. Y ella, con el respeto que le infundía su marido, no habría sido capaz de tal cosa.

—¡Esa sí que era una mujer bella! —dijo el borracho—. ¿A qué hombre no le habría gustado estrecharla entre sus brazos? Slaven ya era un mozo muy capaz cuando decidió partir. Además, el miedo de ser descubierta solo incrementa la pasión de la adúltera.

—No se debe hablar de los muertos —dijo su acompañante femenina—. Aunque, debo admitir, no me extrañaría que Slaven la hubiese matado en venganza por lo que sus hijos le hicieron a la loba. Había tanta sangre sobre su cuerpo cuando la encontraron, fue una imagen realmente escandalosa.

—¿Te parece poco caer al pozo? —inquirió el hombre llamado Goran—. Lo he dicho antes y lo repetiré: Anna Németh se quitó la vida cuando Pie de Bruja partió. No toleraba la vida sin su amante.

—¡Fue un accidente! —dijo el hombre de bigotes—. Si lo dice su marido, es porque así ocurrió. Németh no habría disimulado un suicidio.

—Ya lo creo que sí —dijo la mujer—. No habría podido darle cristiana sepultura y habría perdido muchos fieles.

—¿Y si su mujer no lo engañaba, por qué le prendió fuego a Pie de Bruja? —preguntó el borracho, destapando otra botella.

—No solo fue Németh quien lo hizo sino toda su congregación —replicó la mujer—. Aseguran que Slaven admitió ser el hijo del diablo y luego amenazó con matarlos a todos.

—¡Pamplinas! Esa versión de la historia se me antoja cada vez más inverosímil.

—Solo agradezco no haber forjado una enemistad con Pie de Bruja —dijo el serbio—. Hijo del diablo o no, su odio está más que justificado.

—Sugiero un cambio de tema —dijo Goran—: brindemos para que la estación nos sea de provecho. ¡Salud!

Varios hombres se unieron al brindis y todos empezaron a cantar. Ya no se habló más de Slaven.

Branka me contó que la nueva esposa de Németh era tan parecida a su difunta hermana que podría haber sido la misma persona, con la diferencia de que la que ahora vivía en Dobro le temía aún más a su marido.

—La pobre chica da pena —comentó—. A ninguna mujer le gusta desposarse con un hombre mayor, pero algunas terminan por convencerse de que es un mal necesario y esperan la viudez como una justa compensación. Esta, en cambio, no acaba de comprender la clase de pesadilla en que está metida. Vivió en la ciudad con su madrina hasta que se casó con Németh y es obvio que no tenía idea de que el matrimonio pudiese ser el mismísimo infierno. Probablemente era una de esas chicas solitarias que se la pasan leyendo novelas para señoritas en las que una boda es siempre el idílico final.

—¿Cómo sabes todas estas cosas, nana?

—Me las contó una chica que les ayuda a los Németh en la granja.

—En el caso del reverendo, la edad es lo de menos —dije—. Para llegar a ser un hombre tan despreciable hay que esforzarse con ahínco desde la juventud. No debía ser un dechado de virtudes en sus años mozos tampoco, dudo que Anna Németh haya tenido un matrimonio feliz.

—En eso no te equivocas. Y, sin embargo, las familias de la congregación esperaban que Németh eligiese a una de sus hijas para reemplazarla: es hombre rico e influyente, lo cual le permite hacer lo que desee en Dobro.

—Así que Németh hizo que la pequeña hermana de su difunta esposa viniese de Vršac en vez de elegir una muchacha del pueblo, ¿eh?

—Eso dicen. Él mismo fue a traerla. Según parece, jamás logró olvidar a Anna.

—Toda esa historia me da una mala corazonada —murmuré.

—Por supuesto, ¿quién no compadecería a esa pobre chica?

—No es solo eso, nana. Presiento que hay algo más. Escucha, sé que no eres muy amiga de los cotilleos pero ¿podrías hacerme un favor?

—Sin duda, hija —dijo, sonriendo.

—¿Podrías preguntarle a la chica que ayuda a los Németh en la granja si el reverendo y su joven esposa contrajeron nupcias en Dobro o en Vršac?

—Supongo que no habría problema en indagar. ¿Con qué fin?

—Aún no lo sé, pero creo que tendré una idea mucho más clara de lo que ocurrió con Anna Németh, que en paz descansa, una vez tenga esa información.

—Muy bien, ya vendimos todos los quesos así que tenemos tiempo.

—Yo debo ausentarme durante un rato —dije—. Si puedes hablar con ella mientras regreso, sería ideal.

—¿Cosas de brujas? —susurró.

—Así es —confirmé, guiñándole un ojo.

Le di la vuelta a Dobro para llegar al bosque. Quería inspeccionar el lugar donde había encontrado a Slaven la noche anterior pues tenía la impresión de que buscaba algo especial. Sin embargo, al pasar tras el granero, tuve que acercarme a espiar: el pastor ofrecía el servicio en esos momentos. Podía escuchar su discurso enardecido desde la maleza y, aunque me repelía, también deseaba saber qué clase de ideas impartía a los miembros de su congregación. Hablaba en húngaro, lo cual impedía que la mayor parte de los habitantes del pueblo comprendieran lo que decía en caso de acercarse.

—Y, por lo tanto, sabemos que la mujer tiene el poder absoluto de tentar al hombre siendo, como es, mensajera de la serpiente. Eva ofreció el fruto a Adán y él lo comió de inmediato, a pesar de que el Señor lo había prohibido. Así que, ahora que todos hemos sido expulsados del paraíso por causa de la mujer, debemos preguntarnos: ¿es lícito consumir los productos ofrecidos por una fémina cuyo proceder deriva del de Eva? ¡No! Porque si lo hacemos, el Señor nos azotará con su furia, secará nuestras cosechas y viviremos en la pobreza.

»Somos prósperos porque alabamos al Señor y nos sometemos a sus preceptos, pero si los desobedecemos, el Señor nos quitará toda su abundancia, y si sucumbimos a la tentación y consumimos las viandas de la recién llegada, no solo perderemos nuestras posesiones sino que arderemos en el infierno.

¿Qué viandas? ¡Yo a duras penas si estaba aprendiendo a cocinar! Quise echarme a reír ante las ocurrencias de Németh, pero me contuve.

—¿Se refiere a la muchacha austríaca, reverendo? —preguntó una voz chillona de mujer.

—¡El Señor ha favorecido a nuestra hermana Ruth, mostrándole la enemiga solapada que pretende envenenar nuestros corazones por medio de los alimentos que consumimos en nuestra vida diaria! ¡Aleluya!

—¡Aleluya! —replicó la congregación en coro.

—Debemos, pues, abstenernos de comprar los quesos y panes que esta diablesa vende en nuestras propias narices, pues están contaminados con la impureza del pecado —concluyó Németh.

—Pero, padre, los prepara Branka, quien nunca nos ha dado un problema —dijo una débil voz masculina, que deduje pertenecía a uno de los hijos de Németh.

—¡Es serbia! —protestó la voz aguda de Ruth—. ¡Dios sabe que pertenece a un pueblo bárbaro que finge haber adoptado el cristianismo mientras sigue celebrando las fiestas paganas que tanto ofenden al Señor! ¿Cuántos de nosotros no vimos a nuestros vecinos serbios consultar a la bruja que vivió en el bosque tanto tiempo?

—¡El Señor habla a través de Ruth! —dijo el pastor—. ¡Aleluya!

—¡Aleluya! —coreó la congregación.

Yo nunca había escuchado la voz de Dios, por supuesto, pero si quien hablaba con ese tono nervioso e iracundo era, efectivamente, el creador de todo el universo, no solo prefería hablar de sí mismo en tercera persona sino que necesitaba con urgencia una pócima calmante.

—Obsérvenme ahora jurar sobre la Biblia: ¡la mujer austríaca declaró no querer renunciar al pecado! —vociferó Németh.

Una exclamación colectiva resonó en el granero y me acerqué para observar a través de una de las sucias ventanas posteriores: todo el rebaño estaba agrupado alrededor de Németh en la parte frontal de la estructura, de espaldas a mí, de modo que el único rostro que divisaba era el del ministro. Noté que había una especie de entresuelo en la parte trasera del granero al cual se subía por una escalera rudimentaria. Me dije que probablemente hacía las veces de habitación provisional.

—¿Cree usted que pueda tratarse de otra bruja? —inquirió una voz nasal femenina, la cual me pareció correspondía a una mujer regordeta de cabellos castaños quien se hallaba sentada a la izquierda del reverendo.

—No tengo dudas de ello —dijo Németh—. Usa la brujería para seducir a los hombres y llevarlos por la senda que conduce al infierno. Leí claramente en su mirada que es fornicadora, ladrona, difamadora, maldiciente y timadora.

Sentí tanta rabia ante la calumnia del reverendo que tomé una piedra y la lancé contra el cristal de uno de los tragaluces de la planta superior. En cuanto escuché el estallido del vidrio, corrí a ocultarme tras un roble, jadeando de miedo. Me pregunté dónde habría aterrizado la piedra, pues no la había escuchado golpear el entrepiso de madera y no podía haberlo surcado en su totalidad para caer cerca de Németh y su rebaño. Antes de alcanzar una conclusión satisfactoria, escuché la sensacional explicación que el reverendo daba al fenómeno que acababa de ocurrir:

—¡Esa es una advertencia del Señor! —exclamó—. ¡Ha expresado su furia contra los pecados de esa mujer!

«Grandioso», me dije. «Ahora yo soy el Señor».

Los adeptos de Németh dejaron escapar múltiples exclamaciones de espanto hasta que la voz de un niño los interrumpió:

—¡Escuchen todos! ¡Encontré una piedra en el lecho de paja del cuarto de castigos! ¡Creo que alguien la lanzó contra el vidrio!

«¿Cuarto de castigos?», me pregunté. El granero se ponía cada vez más espeluznante.

—¿De qué hablas, Ezequiel? —preguntó Németh—. ¿Y quién te dijo que podías subir?

—Lo siento, reverendo, yo solo quería.

—Al parecer algún jovenzuelo travieso quiso gastarnos una broma —dijo una voz masculina con tono de alivio.

Pasados unos instantes, Németh, abrió la ventana posterior a través de la cual había estado espiándolo y, tras tomar una honda inhalación por la boca, vociferó en serbocroata:

—¡Aquel que profane la casa del Señor arderá en las llamas del infierno! ¡Escúchame, pecador, donde quiera que estés escondido! ¡Enséñanos tu rostro y arrepíentete!

Antes de que decidiera salir a buscarme, me escabullí entre la maleza y no me detuve hasta llegar a la cabaña de la bruja, que estaba muy lejos de allí. Había cometido mi primer acto de vandalismo y, aunque no me sentía particularmente orgullosa del mismo, tampoco lo lamentaba. Debía admitir que, aun si no era amiga de destruir los bienes ajenos, tenía ganas de desfogar mi ira de mil maneras diferentes y, en particular, de hacerle daño a Németh. Pasé varios minutos preguntándome si valía la pena causarle una enfermedad transitoria pero severa y al final decidí que, por el momento, lo dejaría ir. La tentación, sin embargo, era abrumadora.



Lobo herido

Caminé sin rumbo alrededor de la cabaña de Slaven con la esperanza de atisbar una porción de bosque que me resultase familiar a la luz del día hasta que la mandrágora de la noche anterior apareció ante mí. Supe que se trataba de la misma planta porque era la única mandrágora que crecía al pie de la montaña. Por otra parte, mi instinto me dijo que me abasteciese de algunas hojas. Aquella debía ser una mandrágora especial si es que realmente había brotado gracias a las lágrimas de Slaven y, de no ser así, de todos modos podría emplear las hojas en la preparación de algún hechizo, ya que corría el rumor de que aquella planta tenía propiedades mágicas.

Si Pie de Bruja había tenido que lidiar con Németh y sus adeptos a lo largo de su infancia, me pregunté cómo había logrado resistir el ímpetu de utilizar su magia en contra de ellos. Concluí que debía ser un chiquillo muy noble pues, si para los adultos es tan difícil dominar su temperamento, para los niños es una labor casi imposible. ¿Habría terminado por asesinar a la esposa de Németh como lo habían sugerido en la taberna? La idea de que Slaven y Anna Németh fuesen amantes era muy extraña, tanto que no pude menos que preguntarme si tendría algo de cierto. Se suponía que Pie de Bruja había sido un chico enfermizo, pero otras versiones sugerían que era realmente hermoso y un tentador innato.

Revisé el resto del área y descubrí las huellas que mi calzado había dejado en el suelo la velada previa. Estas llegaban hasta un punto y luego desaparecían, señalando el lugar en el cual había salido volando. Mi corazón dio un vuelco cuando discerní también las huellas de Slaven a una corta distancia: aquellas no eran pisadas de botas sino de pies descalzos, y observé que aquella correspondiente a su pie izquierdo revelaba un dedo faltante. A diferencia de las mías, sus huellas no desaparecían de repente sino que retornaban hacia la montaña para perderse entre la hierba.

Un lamento proveniente del soto me sobresaltó y me di la vuelta con el corazón

en vilo para descubrir que se trataba de un lobo echado en la tierra. Pronto caí en la cuenta de que estaba herido, por lo cual no había podido regresar con su manada. En otras circunstancias me habría atemorizado, pero el animal yacía indefenso y me miraba con expresión de súplica, como pidiendo ayuda.

—¿Qué te ocurrió, amigo? —susurré, dejando las hojas de mandrágora a un lado y acercándome a él.

Alguien había alcanzado su pata con el filo de un hacha o machete pero él había logrado escapar. Sin pensarlo dos veces, apliqué las palmas de mis manos a su herida y dejé que la vibración fluyera a través de mí para que su sangre cesara de manar. El lobo gimió durante unos instantes y luego se tranquilizó visiblemente. Acto seguido, tomé ramilletes de hipérico y milenrama que crecían libremente cerca de allí y, tras amasarlos fuertemente entre mis dedos con algunas flores de caléndula para liberar sus jugos, rasgué con la ayuda de una piedra filosa un girón de mi bonita falda roja para aplicar una compresa a la herida. Mientras el lobo meneaba la cola para agradecerme lo que reconocía como un acto de benevolencia, anudé la tela con firmeza alrededor de su extremidad para que no se zafara más adelante con el movimiento. Acaricié su cabeza al tanto que canturreaba una canción de cuna y, cuando se quedó dormido, partí.

Aunque llevaba las hojas de mandrágora en el bolsillo de la falda, no quería alentar nuevos rumores por parte de la congregación de Németh, así que retorné al pueblo por el otro extremo y deposité mi botín mágico en la olla de cobre que había dejado en la carreta para que no se estropeará. A continuación, llamé por medio de señas a Branka, quien me esperaba en la plaza. Ella vino corriendo hacia mí y emprendimos de inmediato el regreso a Raskrsnica, compartiendo lo que habíamos descubierto acerca del reverendo.

Según le había dicho la chica que ayudaba a la familia Németh en la granja, cuyo nombre era Sandra, el reverendo y la joven Rebeka se habían desposado en Dobro. Al parecer, Németh había ido a Vršac a ocuparse de algunos asuntos y, al llegar a la ciudad, se encontró con que la pequeña hermana de su difunta esposa estaba viviendo con su madrina ahora que sus padres habían fallecido. Puesto que la muchacha jamás había estado en Dobro, el reverendo había ofrecido llevarla de visita. Suerte que la ayudante de los Németh había aprendido a hablar húngaro, pues Rebeka no hablaba *štokavski* ni alemán y por lo tanto solo podía comunicarse con la comunidad calvinista de Dobro.

—Espera —la interrumpí—. ¿Quieres decir que Németh no había concertado un compromiso con Rebeka antes de llegar a Dobro?

—De acuerdo con lo que entendí, no. ¿A dónde quieres llegar? —inquirió Branka.

—Sospecho que la madrina de la chica no habría aprobado la unión y por ello el reverendo la sacó de Vršac con intenciones veladas, aislándola del mundo. ¿Dijo Sandra algo acerca de la boda?

—Fue una ceremonia privada en el granero a la cual solo convidaron a la

congregación.

—Oh, por todos los ogros, nana, ¿no lo ves? ¡Este es un caso de rapto! ¡Algo así no habría ocurrido en Viena!

—Quizá no, pero estamos en Banat. y en el campo no hay más leyes que las que inventan sus habitantes. Además, no nos consta que la madrina se haya opuesto a la unión.

—Nos consta que la chica no eligió libremente a su marido —alegué.

—Yo no estaría tan segura de ello —contestó Branka—. A veces las mujeres toman decisiones apresuradas de las que se arrepienten después.

—Rebeka apenas está siendo adoctrinada por el reverendo, lo cual demuestra que, por muy mojigata que fuese antes del matrimonio, no fue criada con las mismas costumbres de su marido. Si esa chica compartiese las ideas de la congregación no estaría tan asustada.

—Quizá tengas razón —dijo ella, meditabunda.

—Cuando vayamos a Vršac voy a ir en busca de la madrina de Rebeka.

—Prefiero que te abstengas de entrometerte en los asuntos de Németh, Ava.

Branka podía aconsejarme con toda la sensatez del mundo, pero yo no iba a dejar de hacer investigaciones.



Al otro lado del espejo

Puesto que el pastorcillo que solía cuidar de las ovejas de Branka había retomado sus labores, solo tuve que ordeñar a Mesto al llegar para poder dedicarme a la preparación de una pócima. Aún no me sentía lista para realizar un hechizo con la sangre de Slaven y, aunque el tiempo apremiaba, no podía darme el lujo de equivocarme, por lo cual deseaba practicar. Así pues, me senté bajo los árboles que rodeaban la propiedad para cavilar al respecto de lo que sería útil e innovador en el mundo de la hechicería. Aún no había terminado de esclarecer cuáles eran mis poderes personales, pero deseaba crear un hechizo universal.

Entonces recordé que mis más hermosas fantasías de la infancia giraban en torno a la posibilidad de hechizar a Wilhelma de una u otra forma. Aun si aquellos eran anhelos infantiles, también eran muy divertidos y quizá tuviesen alguna utilidad real, por lo que hice una pequeña lista mental de las varias formas en que me habría gustado atormentar a mi pequeña enemiga:

—Crear la ilusión de alimañas trepando por sus piernas o enredándose en sus cabellos.

—Hacerla enmudecer durante todo un día.

—Obligarla a decir la verdad.

—Impedir que viese su propia imagen en el espejo.

De repente, mi ingenio se encendió como una lámpara de arco: crearía una pócima destinada a hacer que quien la bebiera se encontrase con su verdadera imagen en el espejo, es decir, no vería el reflejo de su apariencia física sino aquel de su espíritu. Si mi hechizo resultaba bien, el efecto se prolongaría durante todo un día, lo cual podía ser agradable o terrible, dependiendo de la persona.

Puesto que los espejos se fabrican aplicando una capa reflectora a un sustrato como el vidrio (el cual está hecho comúnmente a partir de sílice, óxido de sodio y cal), para la primera parte de mi hechizo me abastecí de una moneda de plata, un

puñado de arena acumulada en la vertiente, una pizca de bicarbonato de sodio de la cocina y una piedra caliza. Se me ocurrió que usar ingredientes que estuviesen relacionados con el resultado de la pócima en la realidad objetiva la haría más efectiva, dado que todo componente material tiene un equivalente en el mundo del espíritu y viceversa. En esto tenía una ligera ventaja sobre otras hechiceras ya que, al haber estudiado química con Marcus en Viena, se me facilitaba discernir los ingredientes precisos y hallarlos en la naturaleza o en casa.

En cuanto al espíritu humano, debía agregar una sustancia palpable que lo representase y no se me ocurrió nada mejor que el agua, ya que tanto la mitología como los textos religiosos sagrados hacen constantes alusiones a este sencillo simbolismo. Pensé que, puesto que el espíritu se esconde tras la superficie de nuestra apariencia, lo más adecuado sería utilizar agua subterránea, pero como no tenía acceso a ningún pozo llené una botella de cerámica con agua de la vertiente y la enterré durante una hora. Entre tanto, me senté sobre el espacio donde la había enterrado y recité con absoluta concentración una y otra vez mi propia adaptación de un fragmento del *tao te ching*, un libro de sabiduría china que Wilhelma había confiscado de mi biblioteca personal, el cual yo había recuperado antes de partir de Viena:

*El valle espiritual nunca muere,
está dentro de nosotros todo el tiempo.
Sustrae de él toda el agua que deseas,
jamás se secará.*

Después, cociné a fuego lento la mezcla de los ingredientes con el agua, añadiéndole un diminuto trozo de hoja de mandrágora y activando la poción con un conjuro de mi invención. Este no puede ser escrito, por lo cual debo reservármelo. Sin embargo, puedo revelar que sus palabras decretan que, cuando una persona consume la pócima, el espejo se transformará en una manifestación visual del valle que contiene las verdaderas aguas de su espíritu. Al pronunciar el conjuro, la pócima adquirió un hermoso color azul cobalto y la di por finalizada.

Guardé el líquido azul en un frasco de conservas de Branka pues aún no tenía unos propios y almacené los residuos de la olla en un saquito de tela para un posible uso posterior. No hay modo de comprobar la efectividad de una pócima excepto haciendo que alguien la consuma y no podía usar a mi amada nana como conejillo de indias, así que, no sin temor, bebí un pequeño sorbo de mi propia receta frente al espejo de la casa.

Me pareció que los contenidos de mi ser se removían con violencia y tuve que dejar el frasco en el piso para no derramar la pócima. Sentí que había un maremoto en mi interior y, por lo mismo, me tambaleé incontrolablemente. El cristal del espejo, a su vez, se distorsionó como si contuviera una tormenta marina, tanto así que temí que

estallase de repente. No había considerado que experimentar con mi propio hechizo pudiese derivar en algo tan espantoso aun antes de que su efecto se completara, pero apoyé las manos contra el muro y fijé la vista en el turbulento cristal para obligarme a afrontar el resultado. Me esforcé en no permitir que el miedo me venciera y, poco a poco, el agua dentro del espejo se aquietó. Pasados unos minutos, en la vasta profundidad de aquel negro océano, distinguí una mirada familiar: los maléficos ojos de Slaven encontraron los míos y, tal y como si una ola formidable me hubiese azotado en pleno rostro, perdí el sentido.



El campamento gitano

Desperté poco antes del amanecer y, cuando me atreví a reflejarme de nuevo en el cristal, descubrí con alivio que el efecto de la pócima se había desvanecido. Agradecí haber ingerido una cantidad tan minúscula del brebaje pues me había producido una reacción bastante agresiva y, aun si lamenté no haber obtenido el resultado que esperaba, eso no me perturbaba demasiado. En cambio, haber visto los ojos de Pie de Bruja mirándome directamente desde el otro lado del cristal era alarmante. Me pregunté si a causa de algún error de principiante había causado que el espejo hiciera las veces de bola de cristal, revelándome que Slaven me observaba en secreto. De ser así, estaba en grandes apuros: no me convenía en lo absoluto llamar su atención.

Aquel día realicé mis tareas en la granja como de costumbre y, dado que el sol se ponía cada vez más tarde conforme avanzaba el verano, partí hacia el campamento gitano con suficiente luz diurna. Me había dado un refrescante baño en la vertiente pero no me había atrevido a quitarme la túnica para no dejar expuesto el medallón. De hecho, hacía varios días que no prescindía de la ligera prenda de algodón ni siquiera al sumergirme, pues me inquietaba pensar que alguien pudiese observarme desde el bosque. Quizá por haber sido tan traviesa a lo largo de mi vida, jamás me había preocupado por ser una muchacha pudorosa o recatada y no comprendía la vergüenza que otros experimentaban ante la desnudez, pero desde que había conocido a Németh me había hecho consciente del interés malsano que podía despertar en ciertas personas y ya no me sentía cómoda desnudándome donde otros pudiesen verme.

En vista de que mis amigos romaníes me habían pedido vestir falda y blusa en vez de un traje de una sola pieza, dediqué un buen rato a remendar la falda que Branka me había obsequiado, pues era la única que tenía y la había roto el día anterior con el propósito de fabricar la cataplasma herbal para el lobo. Puesto que el agujero era tan

grande, tuve que utilizar parte de un bonito chal amarillo a manera de parche, el cual cosí a la falda con grueso hilo negro. Aproveché para hacer otro tanto con algunas porciones desgastadas de la prenda y, tras ponerme las botas, me dije que debía asemejarme a un espantapájaros así, llena de remiendos y con los cabellos castaños a merced del viento.

Antes de dejar la casa, le eché una última ojeada al espejo para cerciorarme de que Slaven no me observaba desde el otro lado del cristal y, tras sonreír al encontrarme con mi propia imagen, me dije que no había resultado tan mal después de todo: a pesar de haber crecido escuchando lo repugnante que mi apariencia le resultaba a Wilhelma, sentía un gran amor por mí misma y me había encariñado con lo que el mundo consideraba mis imperfecciones. Me había puesto bastante morena en el corto tiempo que había estado en Voivodina pues pasaba gran parte del día al aire libre y, aunque las señoritas de ciudad se horrorizaban ante la idea de adquirir un tono cutáneo más oscuro, por lo cual siempre llevaban amplios sombreros y quitasoles durante el verano, a mí me agradaba que las pecas que poblaban mi nariz y mis mejillas se hubiesen afianzado. Tenía incluso algunas nuevas sobre la frente y el mentón cuya distribución desigual se me antojaba fascinante. Me complacía que mi nariz fuese un poco larga y estaba muy orgullosa de mis pronunciadas ojeras, las cuales daban testimonio de lo mucho que me agradaba la noche. Siempre había sido algo delgada para mi estatura, pero me gustaba mi constitución alongada, en especial porque esta resultaba en una silueta fantasmagórica a contraluz y, después de alcanzar la mayoría de edad, aún me gustaba jugar a asustarme a mí misma. Finalmente, aunque Branka insistía en que tenía unos dientes particularmente blancos y la sonrisa contagiosa de un diablillo, era de la opinión de que lo único bello de mi rostro eran los ojos negros que se destacaban en él. Siempre me había parecido que eran los ojos de una bruja y, aunque revelaban la precocidad de mi carácter desde muy temprana edad, yo nunca me había molestado en ocultarla: la posibilidad de fingir ingenuidad so pena de ser juzgada poco femenina hacía que me hirviera la sangre desde que tenía uso de razón.

Ya que no tenía motivos para llevar la carreta, monté a Berz y me despedí de Branka agitando la mano. Alcancé el pueblo mucho más pronto que de costumbre y, siguiendo las indicaciones de mis nuevos amigos, pasé de largo para tomar el siguiente desvío a mano izquierda.

Aquel trecho del sendero era bastante más boscoso y ascendente, y pronto caí en la cuenta de que, conforme avanzaba, me acercaba a un desfiladero. Aun si me hallaba relativamente cerca de Dobro, el paisaje daba la impresión de ser mucho más agreste y, tras cabalgar durante un buen rato, ya no podía divisar el camino plano que circundaba las colinas. Creía haber perdido el rumbo cuando me topé con un riachuelo y, obedeciendo mi sentido común, decidí seguirlo en dirección al nacimiento: si mi razonamiento no fallaba, los gitanos se habrían asentado en las proximidades de un cuerpo de agua para no tener que desplazarse demasiado. Por

suerte, el camino surgió de nuevo ante mí y esta vez vislumbré las huellas de las ruedas de una carreta en la tierra.

¡*Eugepa!*, dije por lo bajo, sonriendo de oreja a oreja: varios metros más adelante, el campamento se extendía sobre una porción llana y despejada del terreno junto al río. La luz dorada del atardecer bañaba la cima de las colinas y los arreboles balcánicos teñían el horizonte de rojo coral. Observé con atención las carretas con flexibles techos de sauce que se hallaban estacionadas a la vera del camino: daban la impresión de estar vacías. Solo una de ellas, la cual recordaba haber visto en el mercado de Dobro, contenía telas, tapices y artefactos de metal de toda índole. Más allá, algunas tiendas de diversos colores y tamaños se esparcían sobre el claro del bosque. Dejé a Berz junto a los caballos de los gitanos, los cuales se hallaban pastando cerca al agua con algunas ovejas dispersas y, cuando caminaba hacia el campamento, divisé a María y Florian, quienes ya se abrían paso entre otros romaníes para recibirme.

—¡Amiga! —exclamó María en *štokavski*, agitando la mano.

Me apresuré en llegar hasta ellos y ambos me saludaron con efusividad.

—Esperábamos que encontraras el campamento sin mayor dificultad —dijo Florian—. Está algo más retirado del inicio de la colina desde que los vecinos de Dobro le prendieron fuego por segunda vez.

—Es apenas comprensible —dije, meneando la cabeza.

Debía haber unas sesenta personas allí, incluyendo a los niños, que eran muchos. Florian y María me guiaron hacia su padre, a quien había conocido el día anterior, y a continuación me presentaron a sus familiares más cercanos. Estos se habían acomodado alrededor de una fogata en la cual asaban pescaditos utilizando largos y delgados pinchos de metal para ponerlos después en una bandeja de madera ornamentada con motivos de flores y aves. Comenté lo bello que me parecía el trabajo artesanal y, una vez Florian tradujo mi confuso mensaje a la lengua romaní, ellos sonrieron complacidos. El tío de los muchachos me extendió un trago de *šljivovica*, el cual bebí de un pequeñísimo pocillo de madera tras brindar por mis gentiles anfitriones. María explicó que su abuela se hallaba dentro de una de las tiendas y podría verme en breve. Yo, por supuesto, ya había olvidado que mis nuevos amigos pretendían ayudarme a encontrar marido y me sentí algo mortificada. Casi quise confesar que no me interesaba en lo absoluto formar una familia propia pero ellos eran tan amables que decidí guardar silencio: después de todo, esa era la razón por la cual me habían invitado y de no haber sido por su preocupación acerca de mi devenir marital yo no estaría allí.

El yunque que adiviné empleaban para la enmendadura de los utensilios de metal aún sostenía un cuchillo, tijeras, pinzas y un martillo, pero nadie lo utilizaba en ese momento. A su lado, una enorme olla de loza contenía una lumbre controlada que no se extinguía gracias a la regular adición de combustible. Observé que algunos hombres la usaban para encender antorchas, las cuales posicionaron alrededor del

campamento mientras que otros cantaban o afinaban diversos instrumentos musicales.

Florian dijo que, aun si solían cantar y beber *šljivovica* a diario, aquel día se celebraba una ocasión especial: el chiquillo de Luminitsa, su hermana mayor, cumplía los cuatro meses de edad. Me sorprendió que aquel período fuese de trascendencia para los gitanos, y entonces María aclaró que era una costumbre que los Gaborii habían adquirido en las montañas del diablo, la cual era exclusiva de su clan.

—Una vez se ponga el sol, llevaremos a cabo la ceremonia —afirmó Florian—. Luego comeremos, bailaremos y brindaremos.

—Tenemos justo el tiempo de visitar a la abuela antes de comenzar —dijo María y, tomándome del brazo, me guio hacia una pequeña tienda colorida.

Violca, la abuela de mis amigos, debía tener alrededor de cien años de edad. Sus ojos oscuros, pequeños e inteligentes observaban con agudeza cuanto la rodeaba bajo unos párpados abultados que le conferían cierto aire de ironía. Su rostro tostado por el sol estaba repleto de profundas arrugas, y en su sonrisa pícara brillaban varios dientes de oro. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un colchón en el cual me invitó a sentarme por medio de señas. Llevaba muchos collares interesantes, un delantal bordado y una pañoleta púrpura que dejaba al descubierto sus sienes plateadas.

Florian nos dejó con una inclinación de cabeza y María se encargó de traducir. Cuando al fin habló, descubrí que la voz de Violca era ronca y pausada.

—La abuela dice que le enseñes la palma de la mano —dijo mi amiga, sonriendo—. Ya le expliqué tu situación.

Extendí mi mano derecha a Violca y ella la tomó entre las suyas, abriéndola y estirándola para observarla con detenimiento.

—Está interpretando las líneas que la surcan —señaló María—. Verás cuán acertada es.

Entonces, Violca dio un respingo subrepticio y me miró con una mezcla de miedo y compasión que me puso los pelos de punta.

—¿Qué ocurre? —pregunté aterrada.

La anciana murmuró una frase ininteligible que pareció extenderse durante todo un minuto y al fin María dijo:

—¡La abuela dice que estás maldita, Ava!

Estuve a punto de experimentar una sensación de profundo alivio pues aquello de estar maldita no era nada que no supiera de antemano, pero María siguió interpretando al tanto que Violca hablaba:

—Todo parece indicar que la mención de un nombre perverso truncó tu vida desde la infancia. Según las líneas de tu mano, tal es la causa de que hayas tenido tantos problemas e infelicidad en casa, y también es la razón por la cual no puedes enamorarte de nadie. Se trata de un hombre que te echó el mal de ojo. Si no rompes la maldición, él te matará.

Aunque estaba segura de que se trataba de Pie de Bruja, deseaba que Violca lo confirmase por sus propios medios.

—¿Puede ver el nombre de esta persona? —inquirí, temblando.

—No —respondió María al cabo de un rato—. Sin embargo, la abuela dice que una vez te liberes del mal de ojo, te casarás con tu verdadero amor, un joven rubio que es muy rico y apuesto. Tendrán cinco hijos. Pero si no te quitas el mal de ojo, enfermarás de tristeza y morirás.

Las palabras de Violca me petrificaron. Le temía a la muerte física como cualquier otra criatura, pero una lenta agonía emocional era una sentencia mucho peor. Aunque la idea de casarme con un hombre rico y rubio no me agradaba en lo absoluto, debía deshacerme del padecimiento que Slaven pretendía infligirme. Deseaba ayudarlo a mi modo, sin sufrir un destino trágico.

—¿Así que estoy maldita solo por haber escuchado su nombre?

—Sí. Creaste un vínculo enfermizo con él cuando eras niña. Aun así, la abuela insiste en que ya te ha visto y te odia con todo su corazón.

Era cierto que nuestras miradas se habían encontrado en dos ocasiones ya, y por lo tanto no dudaba de la habilidad de Violca para discernir la causa de mis problemas.

—Has creído erróneamente que tú y ese hombre maligno son iguales de algún modo que la abuela no logra adivinar, pero el hecho es que te has atado a él voluntariamente. ¡Estás obsesionada! Lo más grave de todo es que él lo provocó adrede por medio de sutiles artimañas. Has sido una presa fácil.

Todo lo que Violca aseveraba era tan espeluznante como revelador.

—¿Qué puedo hacer? —supliqué con lágrimas en los ojos.

—Debes darle muchas monedas a la abuela —explicó María—. De tal modo, podrá liberarte de la malaventura. Desearía no cobrarte, pero es de muy mala suerte no hacerlo. ¿Trajiste dinero?

Asentí mecánicamente, presa del terror. Acto seguido, abrí el saquito que llevaba atado al cinturón y le di todo el dinero que tenía.

—Eso bastará —dijo María.

La abuela sonrió cariñosamente y se puso de pie como un resorte. Vertió agua de una jarrita de cobre en un vaso de cristal y, tras colocar el vaso en un taburete tapizado frente a mí, encendió siete cerillas sucesivamente, dejándolas caer en el agua sin extinguirlas.

—Si las cerillas se hunden con la cabeza apuntando hacia abajo, es una mala señal —dijo mi joven amiga.

Estuve tentada de impedirlo pero me abstuve de utilizar la magia y, horror de horrores, todas las cerillas descendieron de cabeza hasta el fondo del vaso.

—¡No! —exclamamos todas al unísono en nuestros respectivos lenguajes. Yo lloraba.

—No te preocupes, hay una solución —aseguró María—. Introduce el dedo índice de la mano derecha en el agua —ordenó, siguiendo las indicaciones de Violca

—. Eso es. Ahora, sin sacar el dedo, aferra el vaso con los dedos libres y levántalo con cuidado.

Obedecí, trepidando.

—Muy bien: ahora traza la señal de la cruz sobre tu frente con el vaso. Bien, bien. Ahora, haz lo mismo sobre tu pecho. Dibuja la cruz sobre la palma de tu mano izquierda. Cambia de mano y haz igual sobre tu palma derecha.

Esperé más instrucciones y María continuó:

—Bebe aproximadamente la mitad del contenido del vaso. Así es. Levántate en este instante y camina hasta la entrada de la tienda. ¡Pronto! Ahora arroja el agua restante hacia fuera de modo que caiga tan lejos como sea posible.

En cuanto me deshice del agua, María y Violca se precipitaron hacia mí, cantando y elevando las palmas al cielo.

—¡Se fue el mal de ojo! —exclamó María—. ¡Ahora solo tendrás buena suerte y un matrimonio feliz!

Aunque me costaba creer que una maldición tan poderosa pudiese ser anulada con un ritual de tal simpleza, hice un esfuerzo por sonreír y le devolví el vaso a la abuela. Ya me había persignado antes de entrar a la cabaña de Slaven y de nada me había servido, o al menos eso creía.

—¿Por qué tuve que hacer la señal de la cruz, María? ¿Son cristianos los Gaborii?

—Para nosotros, la señal de la cruz no tiene nada que ver con la crucifixión de Cristo —dijo la chica—. De hecho, consideramos que los crucifijos son *bibaxtalo*, o de mala suerte, porque Dios es invisible y, además, un evento fatal no puede representarlo. Los íconos de la Virgen, en cambio, son de buena suerte, pues ella es la madre del hijo del Dios verdadero: su imagen representa la luz y la vida. Aunque nuestro clan adoptó el cristianismo posteriormente, los gitanos han usado la señal de la cruz como protección contra *o mulo* desde tiempos inmemoriales.

—¿*O mulo*? —inquirí, frunciendo el ceño.

—El mal —susurró, produciéndome un escalofrío—. ¡*Orroma na kamen e mules!*

Lancé un grito despavorido y pregunté qué quería decir esa frase en romaní. María replicó, encogiéndose de hombros:

—Los *roma* no queremos a los muertos. La señal de la cruz nos protege de ellos.

Aunque convertirme en bruja debía haberme hecho más escéptica, lo cierto es que la entrevista con la abuela de María se me había antojado macabra. Descubrí a mi pesar que los rituales y creencias de los gitanos apelaban a mi faceta más supersticiosa y, por lo mismo, ansiaba salir de aquella tienda. No tenía miedo antes de que Violca me leyera la buena ventura y ahora no hacía más que pensar en que había sido víctima de un engaño de Slaven. Habría emprendido el regreso a casa para estar cerca de Branka de no haber sido porque el sol se había puesto y ya comenzaba la celebración.

Los Gaborii formaron un círculo en medio del campamento y, de repente, la más hermosa voz masculina se alzó por encima de nuestros murmullos: al mirar hacia mi

derecha, descubrí que un joven gitano de cabellos rubios y ojos castaños entonaba el cántico al tanto que tocaba un tambor conocido como *davul*. Era tan guapo que embelesaba. Pronto, otros músicos se incorporaron al círculo: estos interpretaban, además de múltiples instrumentos de percusión, el acordeón, el violín, la gaita, la *tamburica* y varias trompetas en armonías plácidamente disonantes, conformando una arrobadora melodía melancólica y oriental. Florian dijo que los instrumentos de viento emulaban las tonadas de las bandas militares que el príncipe Milos había popularizado, las cuales más adelante se habían diseminado dentro del folclor serbio, mientras que la voz y la percusión eran reminiscentes del legado turco de los Balcanes. Los gitanos, pues, tomaban lo que más les gustaba de cada pueblo y lo combinaban, creando una cadencia única que, en mi opinión, amalgamaba deliciosamente el sentimiento de aquella tierra fragmentada. Algunas mujeres unieron sus cantos al del gitano rubio y entonces mis ojos se llenaron de lágrimas: me pareció que había hallado la música de mi alma. El chico me dirigió una mirada dulce y me sonrió. De no haber estado tan embebida en su canto, me habría ruborizado.

—Como sigas mirándolo así, te va a pedir que bailes con él —murmuró María—. Emilian podría ser un buen marido para ti. Es una lástima que no seas gitana, Ava.

—Sí, es una verdadera lástima —afirmé meditabunda. No me importaba que los chicos *roma* no pudieran casarse conmigo, pero sí que me habría gustado pertenecer a aquel pueblo que resonaba con mi espíritu.

—¡Lo tengo! Quizá alcancemos algún tipo de arreglo si negociamos con la intercesión de mi abuela —replicó María con el rostro iluminado.

—Ya tendremos tiempo de hablar al respecto de un potencial cambio de familia, y de raza —susurré, deseando dar por terminada la conversación. Si permitía que María continuase pensando en modos de socorrerme, iba a tener un ataque de nervios.

Florian fue tan amable de explicar lo que ocurría a cada paso de la celebración al tanto que la música se hacía más agreste y extraña, de modo que me parecía estar en medio de un corro de hadas: el padre del niño, su padrino y el jefe del clan o *bulibasha* entraron al círculo, llevando al pequeño en brazos y elevándolo ante todos. Los gitanos corearon con entusiasmo, rompiendo el círculo y siguiendo a los tres hombres hasta un pequeño manantial que brotaba al otro lado del campamento.

Una vez allí, los hombres fabricaron un embudo a partir de una hoja de cadillo, que adhirieron a un tallo más grueso y hueco. Antes de que yo pudiese parpadear, lo insertaron en la boca del chiquillo, al cual sumergieron por completo en el agua, situación que se prolongó durante más de dos minutos. Me habría lanzado al rescate de la criatura de no haber sido por Florian, quien me tranquilizó aclarando que el infante respiraba a través del tubo. No bien el padre lo sacó del agua, el *bulibasha* lo envolvió en la piel de un cordero recién sacrificado, por lo que el cuerpo del pequeño se impregnó de sangre tibia. Me sentí nauseada e hice acopio de prudencia para no dejar escapar ninguna señal de disgusto, so pena de irrespetar al clan que me había acogido con tanta afabilidad. Entonces todos callaron y el *bulibasha* decretó, mientras

Florian traducía en mi oído:

—El agua ha purificado a esta criatura para que el dragón perdone su vida. Así como la sangre cubre al niño, el dragón lo cubre con su protección. Así como la piel del animal permite que el niño escape, el dragón promete no devorar a este nuevo Gaborii.

—¿Qué dragón? —pregunté en un murmullo. Tenía un mal presentimiento.

—El dragón es el príncipe —susurró Florian.

Su respuesta me sorprendió como si me hubiese arrojado una cuba de agua helada: según mis deducciones, se refería al padre de Slaven.

—Pero. el príncipe está muerto, ¿no es así? —inquirí, intentando dar sentido a todo lo que acababa de escuchar.

—Él sí, pero su hijo no, y nosotros guardamos el pacto con su descendencia.

—¿Creen que el hijo de su difunto señor devoraría al niño?

—No deseamos arriesgarnos a que lo haga. Después de todo, la sangre de su padre corre por sus venas.

—¿Y qué con ello? —me atreví a preguntar, temiendo la respuesta.

—El padre era un *strigoi*, amiga mía.

—¿Un qué?

—Un execrado que está investido del poder del mal.

—¿Un brujo? —pregunté, esperando una confirmación.

—Algo así, aunque no en el sentido que los gitanos damos a la brujería —dijo él—. Además de controlar el clima y las bestias feroces, un *strigoi* puede dar muerte a los hombres y al ganado con solo desearlo. Ciertos *strigoi* poseen una naturaleza a la vez humana y demoníaca, por lo cual son propensos a drenar la vitalidad de las criaturas que los rodean. Otros pueden cambiar de forma e incluso hacerse invisibles. Lo cierto es que, sin importar sus poderes particulares, un *strigoi* siempre es un espíritu atormentado que clama por ser liberado del yugo de las tinieblas. Aunque se dice que cada *strigoi* está obligado a crear una fórmula secreta capaz de deshacer el mal causado por medio de su magia, averiguarla es casi imposible.

En ese instante advertí que el cordero sin piel había sido empalado en una alta estaca fuera del campamento, cerca al borde del bosque. Era una imagen tétrica, por lo cual me di la vuelta para no verlo.

—¿Así que el difunto príncipe era un *strigoi* y por eso lo llamaban *el diablo*? —pregunté, tiritando.

—No exactamente. Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo —dije mientras los gitanos reanudaban sus cantos y retornaban al centro del campamento, bailando alrededor del padre del niño, quien llevaba al pequeño en brazos.

—En el pasado no podíamos hablar con nadie acerca de esto, pero desde que el señor murió las cosas han cambiado. No habrías sido invitada a participar en la celebración hace algunos años, pues el príncipe solía presentarse de improvisto y se

habría encolerizado al ver una persona ajena al clan. Esta ceremonia renueva el pacto secreto que los Gaborii han guardado con la Casa Real de Drăculești por generaciones pero, puesto que el señor no está, es una especie de conmemoración.

—Aguarda —lo interrumpí—. ¿Hablas de los mismos Drăculești que hace varios siglos lucharon contra los ejércitos islámicos del imperio otomano?

—¡Exactamente! —dijo Florian, riendo—. Vaya, conoces bien la historia de los Balcanes para ser una campesina austríaca.

—No siempre fui campesina, ¿recuerdas? —reí a mi vez.

Gracias a la extensa biblioteca de mi padre, sabía que los Drăculești habían jugado un papel muy importante en Europa oriental durante la Edad Media. Estos príncipes balcánicos se habían distinguido tanto por su valentía como por su crueldad, siendo admirados por el pueblo y temidos por sus enemigos.

Florian explicó que el clan gitano Gaborii estaba vinculado con la Casa Real de Drăculești desde el siglo xv, hacía ya más de tres centenarios. El príncipe Vlad II de Valaquia, conocido como Vlad Dracul, había brindado amparo a Gábor, el jefe romaní de quien el clan Gaborii derivaba, después de que el *bulibasha* le hiciera un gran favor. De tal modo, los gitanos Gaborii habían gozado de ciertos privilegios que en otras circunstancias habrían sido imposibles de obtener dentro de Valaquia en el marco del despiadado régimen feudal del Medioevo: sus doncellas no eran violentadas por el señor o su ejército y los hombres del clan podían dedicarse a la metalurgia, explotando libremente el terreno y pagando muy bajos tributos. Florian dijo que, puesto que los gitanos solían ser esclavos de los boyardos en toda la extensión de los Balcanes, la situación de los Gaborii asentados en los feudos de los Drăculești había sido realmente excepcional, al menos hasta la liberación oficial de los romaníes en Valaquia en 1837.

Vlad II se había unido a la Orden del Dragón en 1431, lo cual le había merecido el sobrenombre Dracul, que curiosamente quiere decir dragón en rumano antiguo pero más adelante adquirió el significado de diablo. Esta orden monárquica de caballería, creada por el rey Segismundo de Hungría para recibir el apoyo político de la Iglesia católica y así defender efectivamente el territorio valaco de los ejércitos turcos, había sido una organización militar de gran prestigio que buscaba defender el cristianismo emulando las primeras órdenes de las Cruzadas en Tierra Santa.

Por el marcado carácter religioso de la orden, resultaba irónico que la discrepancia en la acepción del vocablo *dracul* hubiese enturbiado a la larga la reputación de los Drăculești en los Balcanes, como afirmaba Florian. Por mi parte, a pesar de haberme acostumbrado a la mentalidad supersticiosa del campo, me costaba creer que sus habitantes se tomaran en serio los epítetos de la realeza. Sea como fuere, en el caso de esta renombrada familia de vaivodas, el apelativo se había caracterizado por una irreconciliable dualidad: en primer lugar, este indicaba que Vlad II y sus descendientes pertenecían a una insigne línea de soldados de Cristo. En segundo lugar, a causa de la interpretación posterior de la palabra, los Drăculești

también habían terminado por representar al demonio, el mayor enemigo de Dios. Sin embargo, aunque un sinfín de leyendas siniestras los rodeaba por aquel confuso vocablo, los Gaborii continuaban refiriéndose a los sucesores de su primer bienhechor con el sobrenombre Dracul, no a modo de acusación sino como sinónimo de excelencia.

—Nuestro difunto señor fue descendiente directo de este glorioso vaivoda, y los Gaborii actuales procedemos del primer gitano que aceptó serle leal a cambio de resguardo. Esta alianza se ha renovado ininterrumpidamente de generación en generación hasta ahora. Por desgracia, cuando nuestro señor murió, nos hallamos a merced de sus hermanos, cuya incomparable sevicia nos obligó a huir. Nuestra esperanza reside en que el único hijo del difunto príncipe reclame el título que le corresponde, pero para ello tendrá que derrotar a sus tíos. Cuando haya recuperado el dominio de sus tierras, nos referiremos a él como Dracul. Hasta entonces, lo llamaremos como a todos los herederos legítimos que aún no han sucedido a su padre: *Drăculea*, es decir, hijo del diablo —concluyó.

Puesto que la primera palabra rumana que había reconocido dentro del texto acerca de la vida de Slaven era precisamente *Drăculea*, quise pellizcarme por no haber hecho la conexión entre Pie de Bruja y aquella familia de vaivodas que, a decir verdad, creía desaparecida. Si tan solo hubiese tenido en cuenta el antiguo significado del vocablo *drac*, derivado del latín *draco*, o dragón, identificar la procedencia de Slaven no habría sido una labor irrealizable. ¡Por supuesto que su padre no era el mismísimo diablo! Era un ser humano como yo, solo que había heredado un difamado título aristocrático. Slaven, el hijo del diablo, no era otro que Slaven Drăculea. Si algún día vencía a sus tíos, se convertiría para los Gaborii en Dracul, es decir, el Diablo o el Dragón, tal y como los siervos de aquellas tierras habían llamado a su padre y a todos sus antecesores desde Vlad II. Comprendí que los Gaborii habían terminado por equiparar el singular calificativo a un título íntimo que recalca la lealtad que profesaban a los Drăculești.

—¡Vaya! —balbucí cuando Florian terminó su relato—. Es una explicación maravillosa. Supongo que todo esto indica que las montañas del diablo son las montañas de Dracul.

—Si estás entre rumanos, sí, por supuesto —confirmó, guiñándome un ojo—. Sin embargo, no encontrarás las montañas del diablo en los mapas. Solo los paisanos las llamamos así.

Florian aclaró que las montañas del diablo estaban ubicadas en el antiguo principado de Valaquia dentro del territorio que los Drăculești habían regido de modo intermitente hasta hacía un poco más de dos siglos, en el que desde 1881 se llamaba el Reino de Rumania.

—Esto es grandioso —dije, feliz de haber hecho tan interesantes descubrimientos—. Sin embargo, aún no comprendo por qué se cree que el difunto príncipe era un *strigoi*, como dijiste tú.

—Por extraño que parezca, esto no tiene nada que ver con su nombre de familia. El asunto se remonta al Medioevo y está relacionado con el odio que despertó en una mujer Vlad III, hijo del príncipe que inicialmente brindó protección a los Gaborii.

»A causa del apelativo de su padre, Vlad III fue distinguido en vida por su patronímico Drăculea, que quiere decir *hijo del dragón*. Después de morir, sin embargo, se lo conoció también como Țepeș, que significa *El Empalador*. Aun si hoy en día se lo recuerda por la forma en que torturó a sus adversarios políticos y militares, fue un gran guerrero y un gobernante justo, capaz de quitarle el hambre al pueblo —repuso Florian, orgulloso.

Yo estaba al tanto de lo que se decía de Vlad Tepeș y había concluido años atrás que muy probablemente había sido víctima de la exageración y el vilipendio intencional. Sin embargo, en Europa se había consolidado el rumor de que el vaivoda comía frente a interminables hileras de estacas sobre las cuales se izaban los cadáveres putrefactos de sus enemigos empalados y que, además, exigía como parte del menú una escudilla repleta de la sangre de los mismos para remojar el pan, el cual saboreaba con un gusto perverso.

—Prosigue, por favor —pedí a Florian.

—Muy bien —dijo, bajando la voz y mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo escuchaba—. Cuando Țepeș retornó a Valaquia tras un largo período de exilio, encontró que el principado había sido devastado por los boyardos locales, por lo que posicionó a paisanos comunes y extranjeros leales en los puestos de mando, ordenando la ejecución de los nobles que con sus excesos habían desolado la región. Uno de ellos tenía por hermana a una mujer que se dedicaba a las artes negras, la cual no solo era amiga cercana de la familia de Vlad sino que, según algunos recuentos, también era la amante del joven príncipe.

»La hechicera quiso interceder por su hermano subiendo de rodillas la escarpada colina desde donde Vlad contemplaba las ejecuciones para implorar su misericordia, pero él hizo caso omiso de su humillación pública y despreció con un mohín de fastidio las lágrimas derramadas por aquel boyardo que le había robado el pan a sus súbditos durante tantos años. Tras atestiguar la brutal muerte de su hermano, la bruja maldijo a Vlad y a todos los varones primogénitos que descendiesen de él.

»A pesar de que solo El Empalador y sus herederos directos saben lo que ocurrió con exactitud, se dice que cuando el heroico vaivoda se acarreó la maldición de esta poderosa hechicera, él y su legítima esposa recién habían concebido el primer hijo. A partir de ese momento, cada varón primogénito que desciende de Vlad Drăculea ha venido al mundo como un *strigoi viu* que en el momento de morir se ha transformado en *strigoi mort*.

—¿Es decir, hombres que desde el vientre materno adquieren la maldición original así como cierta potestad sobrenatural?

—Tú lo has dicho —replicó visiblemente atemorizado—. Además, continúan sembrando el terror entre los miembros de su familia después de morir a menos que

se implemente una serie de medidas drásticas.

—¿Se convierten en almas en pena?

—Supongo que esa es una forma de verlo. Son verdaderos monstruos —murmuró—. Desde que el primogénito de Vlad III nació, los Gaborii realizan la ceremonia de alianza para reiterar su fidelidad a los Drăculești y al mismo tiempo protegerse de las tendencias malévolas de sus sucesores *strigoi*: un cordero es empalado para recordarle a cada nuevo Dracul que comprendemos el sentido de justicia de su ancestro El Empalador, y le ofrecemos la sangre del animal para que no beba la nuestra como Vlad hizo con sus enemigos. Al parecer, nuestro amo jamás llegó a ser un *strigoi mort*, pero definitivamente hizo gala del poder de la noche que caracteriza al *strigoi viu* mientras vivía —agregó.

Que los Drăculești pertenecieran no solo a una dinastía de vaivodas sino a una de espíritus atormentados desde el Medioevo abría nuevas posibilidades de entendimiento para mí. Tal vez Slaven no había elegido adquirir facultades extraordinarias al pedirle a su padre que lo hiciese partícipe de sus conocimientos. De hecho, era probable que nunca hubiese tenido más opción que atestiguar el desarrollo natural de una maldición hereditaria. Quizá fuera, simplemente, digno descendiente de Vlad El Empalador en un sentido trágico que el mundo desconocía.

Florian y yo nos reunimos con los gitanos y la celebración continuó. Mis amigos me ofrecieron pescado asado y *šljivovica*, y tras unos cuantos brindis descubrí que el licor era más fuerte de lo que había supuesto. Pronto me sentí más alegre, confortada y animada, y la espantosa visión del cordero a lo lejos perdió relevancia. Ahora reía y bailaba, permitiendo que la música me llevara. La cadencia de los tambores guiaba mis caderas y su vibración hacía eco en mi pecho, uniéndose a los latidos de mi corazón. La intensidad del canto parecía ir en aumento conforme girábamos alrededor del fuego entre amplios pañuelos de colores y panderetas, y dejé de prestar atención a lo que ocurría en la periferia, sumiéndome por completo en la dulce algarabía.

Pocos minutos después, la voz de alarma de una mujer fue sucedida por los gritos de varios miembros del clan, lo cual causó que los músicos cesaran de tocar abruptamente y que todos fijásemos nuestra atención en lo que había desatado el pánico colectivo: una docena de lobos se había posicionado alrededor del campamento mientras que uno de ellos devoraba el cordero desollado en la penumbra. Deduje con presteza que habían llegado hasta allí atraídos por el olor a sangre fresca pero, puesto que la carne del animal sacrificado no era suficiente para toda la manada, el líder tenía prioridad sobre el alimento disponible y los demás debían esperar a que este saciase su apetito para proceder. Sin embargo, obedeciendo al instinto, los lobos restantes decidieron buscar comida más allá de la frontera demarcada por las antorchas y franquearon lentamente el límite iluminado. Comprendí con horror que seguían el rastro de sangre de la piel del cordero que cubría al niño, el cual reposaba sobre un improvisado lecho de paja a algunos metros de distancia del resto de nosotros.

Los gitanos tomaron maderos encendidos de la hoguera para ahuyentar a los animales, pero estos demostraron determinación: en cuanto uno de ellos hizo ademán de reclamar el infante, los demás lo imitaron, cercando al pequeño. Por fortuna, no había entre ellos un líder que reemplazase al que estaba entretenido con el cordero empalado, así que tendrían que competir por la nueva presa. Pensé en el medallón de inmediato y, aun si estaba algo aturdida a causa del licor, lo zafé del broche que lo sujetaba por dentro de mi blusa para avanzar hacia las fieras con los brazos abiertos, situándome tras el infante y de espaldas a todos los gitanos.

Fue una fortuna que los animales reaccionaran tan pronto, pues de lo contrario el niño habría sido devorado: me rodearon de inmediato, postrándose ante mí tal y como lo había hecho aquel otro lobo en el bosque cuando intentaba socorrer a Nóc. Yo temblaba de pies a cabeza y no me atrevía a moverme. Sabía que los lobos reconocían la sangre de Slaven contenida en el talismán, pero me preguntaba si sería suficiente como para que acatasen mis órdenes. Con base en la experiencia anterior, quizá podía dar marcha atrás sin que me agredieran, pero nada garantizaba que no intentarían adueñarse del infante de nuevo, de modo que hice lo único que se me ocurrió: continuar avanzando para obligarlos a retroceder hasta que salieran del campamento mientras los gitanos se armaban mejor.

En cuanto di unos pasos al frente, noté con el rabillo del ojo que la madre tomaba al infante en sus brazos y corría a refugiarse con los otros gitanos, así que logré concentrarme exclusivamente en la manada: los lobos no daban indicios de querer rebelarse, pero si iba a intentar algo nuevo como pronunciar un hechizo improvisado, tendría que hacerlo fuera del campamento. Los guie con suma lentitud hacia el manantial, tratando de recordar alguna fórmula sencilla al tanto que gruesos goterones de sudor chorreaban por mi rostro.

Estaba a punto de llorar del miedo: veía el hambre en sus miradas y eran numerosos. Si decidían devorar a alguien, sin duda me elegirían a mí. Aun así, la proximidad era lo único que me resguardaba de ellos, pues al parecer solo detectaban la sangre de Slaven a cierta distancia. Ya nos hallábamos cerca del cordero empalado, del cual restaban tan solo los huesos y algunos jirones de carne. Pisé el prado humedecido de sangre con paso vacilante y entonces el líder de la manada emergió de entre las sombras para saltar sobre mí, impactándome con tal fuerza que me derribó en un abrir y cerrar de ojos.

Caí de espaldas contra el suelo y la tupida maleza amortiguó el golpe. Antes de que la criatura arremetiese de nuevo, me obligué a rodar sobre uno de mis flancos y me replegué sobre mí misma, protegiéndome la garganta y el rostro con ambos brazos. Esperé el ataque conjunto de las fieras durante algunos segundos que parecieron prolongarse una eternidad, y solo a la sazón escuché los gritos de los gitanos:

—¡Drăculea!

No tuve el tiempo de preguntarme a qué se referían porque una voz masculina

bramó por encima de mi cuerpo ovillado:

—¡Malditos Gaborii! ¿No saben que está prohibido invitar a extraños a las ceremonias de alianza?

Aterrada, comprendí que quien hablaba era Slaven. Reconocía su voz, aunque anteriormente me había hablado en *štokavski* y ahora se dirigía a los gitanos en rumano. ¿De dónde había salido? No me atrevía a echarle siquiera un vistazo; estaba tan asustada que a duras penas si pensé en tirar del lazo del que pendía el medallón para volver a esconderlo dentro de mi blusa, rogando que él no lo hubiese atisbado.

—¡Perdónenos, señor! —clamó uno de los Gaborii, también en rumano—. ¡No sabíamos que nos visitaría!

—¡De manera que no estoy invitado al rito que me corresponde por herencia! ¿Y así desean que respete el pacto?

Cuando me aseguré de haber ocultado el talismán, me cubrí el rostro con ambas manos y giré un tanto la cabeza, entreabriendo los dedos para espiar al hijo del diablo. Permití que mis ojos recorriesen la solemne figura que se erguía junto a mí, empezando por las extremidades y ascendiendo paulatinamente hacia el tórax. No llevaba calzado, por lo que comprobé que no tenía patas de animal sino sucios pies de largos dedos entre los cuales aún se evidenciaba la vieja mutilación infligida por su padre. Aunque una capa de cieno recubría sus pantorrillas alongadas, la flexible musculatura se evidenciaba a pesar de que la pasta fangosa impedía discernir la textura de su piel al fundirse con los vellos como argamasa. El extremo inferior de una falda de burda lana negra caía sobre sus rodillas, extendiéndose a lo largo de los muslos y ciñéndose a las caderas por medio de un grueso cinturón de cuero cuya funda lateral dejaba a la vista el mango de un cuchillo de caza. Una camisa translúcida que alguna vez había sido blanca se holgaba sobre el vientre vertical, dando paso a un amplio torso que solo revestía parcialmente a causa de las innumerables rasgaduras que su dueño no se había molestado en remendar. La tela raída revelaba hombros fuertes que derivaban en unos brazos tan sólidos como las piernas. Aun si la porción superior de su cuerpo también estaba cubierta de barro, noté que tanto sus manos como la pronunciada línea del esternón ostentaban la humedad carmesí de la sangre fresca, y tuve que suprimir una exclamación. De repente, todo tenía sentido: la ofrenda era para él y la había consumido en su totalidad a cambio del niño Gaborii. Él era el líder de la manada, la criatura que me había embestido hacía pocos instantes.

Armándome de valor, alcé la vista hacia la faz de Pie de Bruja. Era una imagen horrificada que cautivaba, pues en ella se entremezclaban la crudeza de una fiera y la belleza oscura de los Balcanes. El viento revolvía sus cabellos largos y negros, causando que las guedejas ondeantes azotaran el contorno de su rostro y hombros. Su mirada profunda, fija en la distancia, estaba demarcada por cejas rectas y aterciopeladas que se elevaban ligeramente hacia las sienes, sombreando sus párpados y otorgándole un aire de calma que no dejaba de ser cruel. La nariz se

curvaba con delicadeza a la altura del puente y descendía casi recta hasta la estrecha base, complementando la armonía de unos rasgos masculinos tan únicos como su procedencia. Las mejillas pálidas, circunscritas bajo los altos pómulos a causa de la delgadez, parecían contener la sonrisa demoníaca que los labios finos y ensangrentados insinuaban. Se diría que se divertía atemorizando a sus interlocutores sin que por ello estuviese dispuesto a perdonarles la vida.

—¡Siempre hemos sido leales a los Drăculești! —lloró el *bulibasha*—. ¡No nos castigue, señor!

—No mataré a un Gaborii esta noche —decretó el hijo del diablo—. Mi padre no lo hubiese querido así.

Me sentí aliviada pero no me moví por miedo a que cambiase de parecer. Los gitanos, por su parte, lanzaron exclamaciones de júbilo y agradecimiento en la distancia.

—Sin embargo, alguien debe pagar por esta trasgresión —procedió Slaven, bajando la mirada hacia mí—. Tendré que matar a la intrusa.

Quise soltar un alarido pero, aun antes de que pudiese reaccionar, él empuñó el cuchillo de caza con prodigiosa velocidad y, sin vacilar, se precipitó sobre mí. Viré sobre mí misma por instinto, logrando esquivar la hoja de metal que, certera, se dirigía hacia mi corazón: verifiqué con espanto que el cuchillo había penetrado la tierra a escasos centímetros de mi cuerpo y me incorporé de un salto para echarme a correr, pero el hijo del diablo era más ágil que yo y asió el borde de mis faldas cuando ya escapaba. Tuve que tirar pronto y con fuerza para que la tela cediese a lo largo de una de las costuras, rompiéndose y liberándome. Sabía que no debía darle la espalda a mi agresor y, aun así, no tenía opción, por lo que di raudas zancadas hacia el bosque y me interné en la espesura sin mirar atrás. Entonces, los férreos dedos de Pie de Bruja se apoderaron de mi muñeca, forzándome a girar hacia él.

Aún sujetaba con la mano libre la porción desgarrada de mis faldas. Clavó sus ojos oscuros en los míos y se llevó la tela al rostro, sosteniéndola contra su boca y nariz e inhalando pausadamente, como un lobo que anticipa el sabor de su presa al regodearse en su aroma. Aunque había dejado atrás el cuchillo, tenía el poder de devorarme entera como lo había hecho con el cordero empalado. Luché por zafarme, dándole puntapiés y golpeándolo repetidamente solo para descubrir que su agarre era inamovible. Al final rompí a llorar, desconsolada.

—Fuiste tú —dijo en rumano, apartando la tela de sus fauces ensangrentadas.

Me pareció que sonreía nuevamente, lo cual solo incrementó mi desazón. Tuve que bajar la vista y permitir que las lágrimas rodasen con libertad por mis mejillas. Ignoraba a qué se refería, pero era muy probable que hubiese descubierto que yo era la misma bruja que había huido de él hacía un par de días aunque hubiese tomado prestada la apariencia de Baba Roga. De ser así, sabía que yo tenía su medallón, y si hacía unos instantes había intentado matarme por haber presenciado la ceremonia de alianza, ahora lo haría con mayor razón.

—Estoy seguro —prosiguió—. Es el mismo aroma. Vaya, hasta tienes puesta la misma prenda.

Era cierto que llevaba la misma falda roja. Cuando había cambiado de apariencia durante nuestro enfrentamiento anterior, no había tenido en cuenta aquellos detalles. ¿Por qué no había pensado en incinerar las prendas de vestir reconocibles? ¡Nadie tenía una falda igual en Banat! Sin soltarme, se hincó para olfatear la parte frontal de mis vestidos y, cuando terminó, se incorporó de nuevo, obligándome a mirarlo.

—Eres una criatura peculiar —dijo con aire de absoluta seriedad—. ¿Cómo pudiste curar a un lobo malherido con una maceración improvisada? Además, utilizaste un jirón de tus vestiduras para sujetar la cataplasma a su pata, y ahora vas llena de remiendos por allí. ¿Qué clase de muchacha prefiere ayudar a un animal antes que lucir guapa?

Lo miré por entre las lágrimas, estupefacta.

—No puedo permitir que una extraña que conozca el pacto sobreviva —prosiguió—. Sin embargo, no puedo matar a quien socorrió a uno de mis hermanos lobos. No sé qué hacer contigo.

Yo había enmudecido, consciente de que cualquier cosa que dijese podría perjudicarme. En este caso, la retórica no me ayudaría en nada. Quise mostrarme fuerte y calmada, pero mi cuerpo se sacudía de tal forma ante él que no pude ocultar el miedo que me producía. Pie de Bruja entornó la mirada, como tratando de ver mi interior, y sentenció:

—Tendré que llevarte conmigo. Es el único modo de asegurarme de que no hables.

—Por favor, no... mi nana morirá de pena si no regreso. Juro por mi vida no decir nada —balbucí en mi pésimo rumano.

—Cállate —ordenó sin rabia.

Acto seguido, me arrastró hasta el lugar donde había intentado matarme y, tras recuperar el cuchillo, lo sujetó contra mi garganta, posicionándose tras de mí para dirigirse a los gitanos.

—Escúchenme, Gaborii —dijo—. Me llevaré a la intrusa para castigarla debidamente. Me aseguraré de que guarde silencio para siempre ya que ustedes traicionaron mi confianza. Esta es la primera y última vez que perdono este tipo de trasgresiones. Espero sepan agradecer la inmerecida misericordia que les demuestro en memoria de mi difunto padre.

Florian prorrumpió en llanto, suplicándole que me perdonara la vida, pero no se atrevió a acercarse:

—¡No sabíamos que se presentaría, señor! —clamó, extendiendo los brazos hacia nosotros y cayendo de rodillas—. ¡La extranjera es inocente!

—Mejor aún —respondió Slaven, helándome por dentro—. Así comprenderán que no hago excepciones.

—¡Mi nana! —rogué en voz baja, aun si la hoja del cuchillo podía lastimarme—.

¡Por favor, permíteles informarle que no regresaré!

—Yo me encargaré de lidiar con la familia de esta mujer —decretó Slaven—. Entre tanto, les prohíbo que hablen con nadie al respecto de lo ocurrido esta noche. Si me desobedecen, les doy mi palabra de que no quedará un solo Gaborii vivo.

Dicho esto, me llevó al interior del bosque. Los lobos nos siguieron en perfecto orden, como si fuesen su ejército personal. Una vez dejamos atrás el campamento, me obligó a encararlo de nuevo.

—Duerme —dijo en latín. A continuación, sopló en mi rostro y perdí el conocimiento de inmediato.



Yo soy el pentáculo

Desperté en una habitación de piedra y mis ojos se fijaron de inmediato en la única fuente de luz que me permitía discernir mi entorno, una pequeña vela cuya llama estaba a punto de extinguirse. Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde que Pie de Bruja me había raptado del campamento gitano pero, a juzgar por el hambre descomunal que sentía, deduje que al menos un día. El hijo del diablo no estaba por ninguna parte, lo cual me aterró aun más. ¿Habría decidido dejarme morir en una celda?

—Ahora puedes verme.

La voz grave de Slaven me sobresaltó. No supe de dónde provenía en un comienzo pero distinguí un movimiento en la penumbra y entonces se manifestó ante mí. Había hablado en latín, el cual ya había utilizado para hechizarme. No me atreví a replicar y por ende guardé silencio conforme se acercaba, sin apartar la vista de él.

—Así que llegaste de Viena —dijo entonces en *štokavski*, posicionándose en un lugar iluminado y cruzándose de brazos.

Yo asentí. ¿Cómo lo había averiguado?

—Sé que no eres muda —comentó—. Responde con palabras.

—Me pediste que callara la última vez que intenté decir algo —repliqué—. Sí, soy austríaca.

—Y tan insolente como quien solo obedece a sus pasiones. Te felicito. Soy Slaven Drăculea, pero si en algún momento deseas usar un tono algo más respetuoso conmigo puedes llamarme señor Drăculești —y, como si la sugerencia le hiciese muchísima gracia, dejó escapar una risa ronca y breve.

—Prefiero no hacerlo —dije, recorriéndolo con la mirada desde el lugar que ocupaba sobre el suelo de piedra—. Por tu culpa, mi nana ya debe haber enfermado de preocupación.

Sus cambios de expresión no me pasaban inadvertidos. Me pareció que estaba

extrañado.

—Como quieras —dijo, enseñando parcialmente los dientes blancos. Se había limpiado la sangre de la boca y las manos—. Admiro el coraje de quien elige sufrir con dignidad.

Su tono era socarrón pero no dejaba de ponerme los pelos de punta.

—Permíteme enviar un mensaje a casa —pedí.

—Eso no será necesario. Llevé tu caballo de regreso al cruce de caminos y dejé una nota para tu nana bajo la puerta de su cabaña. Se llama Branka, ¿no? Sabe que te rapté y que la mataré si se lo cuenta a alguien, de modo que no tienes por qué inquietarte.

—¡Ah! ¡Muchísimas gracias! —exclamé furiosa.

Slaven soltó una carcajada. Me puse de pie de un salto y avancé hacia él para encararlo.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —inquirí, mirando su cinturón de soslayo. No llevaba el cuchillo de caza consigo en ese momento.

—No necesito un puñal para matarte, Ava Geist —afirmó. Su sonrisa se había desvanecido.

—¿Cómo sabes tanto acerca de mí?

—Pasé por Dobro —respondió, relajando los músculos del rostro—. Usualmente basta con acercarse al granero para averiguar todo lo concerniente a un recién llegado. Aprendí a hablar húngaro por necesidad cuando aún vivía en el pueblo y, por suerte para mí, ayer eras el centro de las discusiones de la congregación, así que no perdí mucho tiempo escuchando a Németh hablar del diablo, quien de otro modo siempre protagoniza sus discursos. Vaya, no hablaba con tal vehemencia acerca de alguien desde que... en fin

—Razón de más para que me permitas marcharme cuanto antes. Németh decidió esparcir el rumor de que soy una bruja y debo proteger a Branka —comenté, en parte para disuadirlo de la idea de que yo era una hechicera por si lo había oído de labios del reverendo, y en parte para que se solidarizara con mi causa.

—Qué tontería. La pondrías en mayor peligro retornando ahora.

—Te juro que jamás contaré a nadie lo que vi aquella noche, ¿cuándo fue? Perdí la noción del tiempo. ¡Rayos, qué hambre tengo!

—Hace tres días —dijo, dándose la vuelta para avanzar hacia uno de los rincones—. Toma —prosiguió, virando de nuevo hacia mí para extenderme una botella—. Te reanimará. Es *šlivovica*.

Casi arrebaté el recipiente de su mano. No quería embriagarme pero estaba muy débil y sedienta.

—La robé en Dobro, inspirado por la prédica de Németh. Asegura que eres una ladrona, así que me pareció apropiado —comentó—. También hay queso y pan.

Devoré la comida que Pie de Bruja me ofreció mientras mi estómago rugía sin cesar. Mi raptor estaba siendo demasiado afable, lo cual debía ponerme sobre aviso.

Sin embargo, no podía dejar de comer. Lamenté que el pan y el queso se hubiesen acabado demasiado pronto y suspiré, tomando otro trago de *šljivovica* y retornándole la botella a medias vacía.

—Déjame ir, por favor —insistí una vez más, mirándolo a los ojos.

—Yo no hago favores —replicó sin inmutarse.

A pesar de la inusual situación en que me hallaba, noté que Pie de Bruja era extrañamente bello. A causa de su aspecto salvaje, estaba segura de que muchas mujeres lo encontrarían repulsivo a primera vista para caer presas de una ineludible fascinación minutos después, y me dije que tal podía bien haber sido el principal motivo de sus desavenencias con los habitantes de Dobro cuando era un adolescente.

—Me tiene sin cuidado que devores animales empalados —me aventuré a decir—. Estoy de tu lado, lo creas o no.

—¿Ah, sí? —inquirió—. Cuán único de tu parte. Aunque no lo agradezco, lo aprecio. Los enemigos de mis enemigos son. Mira, ya dije que no voy a matarte. No necesitas hacerme creer que mi proceder no te espanta.

En ese instante, la vela se consumió. Me replegué de nuevo sobre el piso y esperé a que encendiese otra, pero no ocurrió nada.

—¿Acaso puedes evitarlo? —murmuré.

—No, pero ese tampoco ha sido mi deseo.

—En ese caso, no hay ningún problema.

Se hizo un largo silencio durante el cual ninguno de los dos dijo nada y, unos minutos después, Slaven habló:

—No era mi intención matarte en el campamento.

Mi corazón se detuvo un instante. Recordaba perfectamente que se había abalanzado sobre mí con su cuchillo. ¿Por qué habría de mentirme?

—¿A qué te refieres? —inquirí.

—Si hubiese querido alcanzarte con la hoja de mi puñal, lo habría hecho. Lo cierto es que debía asegurarme de asustar a los Gaborii. ¿Qué hacías allá, en todo caso?

—Es un asunto de lo más tonto —suspiré, sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas de alivio—. Entablé amistad con unos chicos gitanos en Dobro. Ofrecieron ayudarme a cambiar mi mala suerte en el amor y yo siempre había deseado conocer un campamento romaní, así que...

—¿Mala suerte en el amor? —rio—. Ni siquiera sé lo que eso significa.

—Los chicos Gaborii me compadecen porque aún no he contraído nupcias. Para ellos es toda una tragedia que puede ser corregida con un vaso de agua y fósforos.

—¡Ah! Tomaron todo tu dinero y a cambio de ello se deshicieron de tu malaventura.

—Exactamente —dije.

—Muy pronto serás una gran matrona de campo, entonces. ¡Salud! —dijo, tocando mi brazo con la botella de *šljivovica* para que la asiese de nuevo.

—Jamás brindaré por algo semejante —repliqué, pero recibí a tientas la botella de su mano—. Brindo, más bien, por estar viva.

Bebí un sorbo de licor y deposité la botella junto a mí. En aquella atmósfera aislada y oscura empezaba a surgir cierta familiaridad entre los dos, pero no debía olvidar que Slaven se había despojado de la luz de su alma. Pensé que, si lograba ganarme su confianza o al menos su simpatía, podría deshacer el daño más pronto. Hasta el momento, él no parecía sospechar que yo portaba el amuleto y ante todo debía evitar que lo averiguase.

—Desdichada la mujer que despierta la lujuria de quien manipula una doctrina para satisfacer sus caprichos —comentó.

—Vaya, qué perspicaz —dije—. Tengo suerte de que Németh no quiera dañarme aún más.

Slaven gruñó.

—Aún no conoces sus alcances —murmuró.

—Lo creo capaz de cualquier cosa. Espero que me olvide para que Branka pueda continuar vendiendo sus quesos en Dobro.

—Eso no va a ocurrir. Pero creo que puedo utilizarlo a mi favor.

Allí estaba. Sabía que la nuestra no era una reunión amistosa, pero me había hecho ilusiones demasiado pronto.

—He escuchado tu historia con los habitantes de Dobro —confesé—. Imagino que debes estar furioso.

—Nadie conoce mi historia en Dobro excepto un par de miembros de la congregación, y una mujer que ahora está muerta.

—¿La difunta esposa de Németh?

—Así es —dijo—. Has estado atenta.

Poco a poco, su silueta se dibujó ante mí y reparé en que, haciendo un pequeño esfuerzo, podía verlo claramente en la oscuridad gracias a los poderes que había desarrollado de modo paulatino. Slaven sonreía y me observaba con atención. Supe que podía verme tan bien como yo a él. Para no ser descubierta, me propuse no reaccionar como de costumbre y conservé la misma expresión.

—Es inevitable. Todos te temen en Dobro.

—¿También me temes?

—Un poco —murmuré—. Oh, ¿a quién quiero engañar? Te temo profundamente.

—Haces bien —dijo, y noté que lo decía con toda seriedad—. Me simpatizas, Ava. Aunque te traje aquí con la intención de escarmentar a los Gaborii, ahora me alegra haberte encontrado en su campamento.

—¿Por qué? —inquirí desconfiada.

—Deseo recompensarte por sanar a mi hermano de manada. Aunque impedirte retornar ahora es en sí una obra de misericordia, te premiaré doblemente una vez me ayudes a vengarme de Németh. Puedes pedir lo que desees. Tengo mucho oro.

Le dirigí una mirada de fastidio. Pudo haber sido imprudente de mi parte, pero la

sugerencia me había ofendido.

—No quiero tu riqueza, Slaven Drăculea —repliqué con rabia.

—Estoy conmovido —dijo con evidente sarcasmo, llevándose la mano al pecho—. No esperes que crea que eres la única persona desinteresada sobre la faz de la Tierra.

—Veo que has conocido muchas gentes maravillosas a lo largo de tu vida —comenté, suspirando—. No afirmo ser desinteresada. Más bien diría que tengo intereses diferentes.

—Original. ¿Qué quieres, entonces?

—Nada que tú puedas darme —dije, y lo lamenté de inmediato, porque solo él podía darme justamente lo que necesitaba.

—No seas necia —insistió—. Debe haber algo que desees.

Por poco me permito esbozar una sonrisa de júbilo. A causa de mi orgullo, había estado muy cerca de perder la única oportunidad de obligarlo a cooperar conmigo.

—Te lo diré en cuanto me cuentes tu plan.

—Ah, pero no podría revelártelo antes de que hayas aceptado llevar a cabo tu parte —dijo.

—Es ese caso, te diré lo que deseo cuando consigamos la victoria.

—Imposible. Yo podría estar muerto para entonces. Estoy dispuesto a morir con tal de vengarme.

Tal afirmación me produjo un súbito escalofrío pero me forcé a proseguir:

—Podrías obligarme a ayudarte, ¿no es así?

—Podría amenazarte, pero prefiero que lo hagas porque la causa te inspira. Y de todos modos tendría que recompensarte.

—Németh es despreciable. Haré de buena gana lo que me pidas con tal de que no me obligues a matar a nadie y garantices la salvedad de mi nana.

—Si me das tu palabra de ayudarme sin importar cuál sea mi plan, te daré mi palabra de retribuírtelo como decidas. Puedes tener la certeza de que ni Branka ni tú sufrirán daño alguno.

—¿Qué hay de convertirme en homicida? —reiteré.

—Descuida. No tendrás que matar a nadie.

—Muy bien, Slaven —comencé a decir, pero me detuve—. Espera, ¿cómo puedo confiar en tu sentido del honor?

—Es lo único que tengo. Un *strigoi* no puede dar su palabra y dejar de cumplirla, así como tampoco puede recibir la ayuda de alguien sin propiciarle una justa retribución. Puedes aceptar el trato que te ofrezco. También puedo darte ahora mismo unas cuantas monedas por sanar al lobo y retenerte aquí hasta que envejecas. Puedo llevar a cabo mi cometido sin tu ayuda, si así lo prefieres.

—Escojo el trato —afirmé.

—Magnífico. Yo también —dijo, y sus ojos brillaron.

Extendió su mano hasta tocar la mía y la estrechó con fuerza, gesto que

correspondí de igual modo, absorbiendo algo de su tibieza y desprendiéndome de un poco de la propia. Me sentí como Fausto, pactando con Mefistófeles.

—¿Ahora me dirás cuál es tu plan? —pedí.

—La parte que te atañe, por supuesto.

—¿Y la otra?

—Es asunto mío y de nadie más.

—Soy toda oídos.

—Muy bien. Como dije, aun si vengarme de Németh es uno de mis propósitos, es algo que puedo realizar por mis propios medios. Sin embargo, antes del glorioso final, me es necesario obtener cierta información del reverendo sin ponerlo sobre aviso, y es en este punto que preciso tu más hábil cooperación.

»Has de suponer, y no estarías equivocada, que si así lo quisiera, podría torturar a Németh hasta extraer de él la deseada confesión. Después de todo, es un cobarde y sería fácil quebrantarlo. Pero si procediese de este modo, aunque lo matara después, la atención recaería sobre mí. Y, de cualquier forma, te aseguro, Ava, que la muerte de mi enemigo no es el tipo de venganza que anhelo obtener. Al menos no en primera instancia. No me haría justicia y no me arrancaría más que una efímera sonrisa.

—¿Qué información debo obtener de su parte?

—Puesto que presenciaste el pacto de alianza y su desenlace, mi procedencia ya no es un secreto para ti. Ocurre que, cuando solía vivir en Dobro, yo no era para los vecinos más que un pequeño bastardo y, aunque en vez de ignorarme y burlarse de mí en silencio se complacían en apedrearme o quitarme el alimento, ninguno de ellos sabía que mi padre era el diablo.

»Asumo que eres lo bastante sensata como para haber deducido que no se trata de Satanás, especialmente porque nadie que sea oriundo de una gran ciudad como Viena admitiría tal posibilidad. ¿Me equivoco?

Me daba vergüenza aceptar que, a pesar de haberlo dudado, no lo había descartado de plano, así que respondí:

—Lo cierto, Slaven, es que después de haber estado presente en la ceremonia, sería más necia si no me abriese a toda explicación preternatural en lo que te concierne. Aun así, recientemente comprendí que tanto el sobrenombre de tu padre como el tuyo deben su origen a la Orden del Dragón.

—Eso es lo que importa. Proseguiré, entonces: los habitantes de Dobro desconocían la identidad de mi padre hasta que alguien se la reveló a Németh, lo cual me obligó a huir para salvar mi vida. Durante muchos años creí que mi madre adoptiva había hablado de más, pero ahora no estoy seguro. Temo que un gitano en particular me haya traicionado, lo cual sería aciago para mis planes futuros.

—¿Sospechas de un romaní? —inquirí.

—Radu Gaborii. Poco después de que fue a buscarme a Dobro para entregarme pruebas del fallecimiento de mi padre, Németh instigó a sus fieles a quemarme vivo arguyendo que mi ascendencia era demoníaca. Y no lo es, por más que los Drăculești

obremos como demonios.

»El caso es que Radu desapareció a partir de ese momento, lo cual acrecienta mis sospechas. Németh tenía en aquel entonces mucho más dinero del que yo podía ofrecerle al mensajero de mi padre a cambio de su lealtad y silencio.

—¿Y este Radu Gaborii te pidió alguna retribución material a cambio de su protección?

—No exactamente. Quiso saber si yo había heredado de mi padre la habilidad de hallar yacimientos de oro en las montañas. Debía solventar los gastos de su viaje.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Doce —dijo con una sonrisa marchita que fingí no ver.

—¿Aún procuras conservar tu ascendencia en secreto?

—Desde que Németh me expuso ante los vecinos de Dobro, no tiene sentido que lo haga.

—Y aun así amenazaste con matar a todo el clan Gaborii si alguno de ellos habla respecto al pacto de alianza.

—Nadie debe saber que el pacto existe. El pacto me...

—¿Qué cosa?

Slaven me miró dubitativo al tanto que yo intentaba ocultar el hecho de que podía observarlo con toda claridad.

—Quiero asegurarme de que los gitanos respeten la tradición —respondió al fin, y tuve la fuerte sensación de que me ocultaba algo mucho más importante—. Basta con que uno de ellos me haya traicionado.

—Lo que deseo saber es si tanto Németh como los habitantes de Dobro están enterados de que eres un Drăculești —aclaré, proponiéndome indagar acerca del pacto cuando él hubiese bajado la guardia—. Yo misma me tardé mucho en atar los cabos, siempre te conocí como «Pie de Bruja» o «el hijo del diablo», sobrenombres que tendía a atribuir únicamente a la superstición local.

—Jamás los he escuchado mencionar mi nombre de familia, pero no creo que eso tenga importancia alguna, ya que mi padre era tan temido, precisamente, por sus poderes mágicos.

Yo era de la opinión que Slaven se equivocaba y que el hecho de que supieran que descendía de una dinastía de príncipes habría hecho toda la diferencia. Conociendo al género humano, se habrían postrado a sus pies. Se lo dije.

—Por supuesto que no. No poseo tierras sobre las cuales ejercer mi autoridad y, a menos que demuestre que soy el heredero legítimo de mi padre, seguiré pasando por un bastardo maligno, lo cual por mí está bien.

—El tuyo es un caso de odio inmerecido —comenté.

—No será así por siempre. Ya les daré suficiente razón para haberme odiado desde el comienzo.

—¿Entonces lo único que deseas de mí es que averigüe quién le reveló a Németh el sobrenombre de tu padre?

—Así es.

—Para eso tendré que manipularlo con gran sutileza.

—Exactamente. Deberás fingir amistad y sumisión.

—¡Eso nunca! —exclamé—. ¡Primero muerta!

—Esa sería una opción, por supuesto. Pero ya diste tu palabra de obrar según mi parecer, y por lo tanto, puesto que no deseas morir, te disculparás ante Németh y aceptarás recibir su guía.

—¡Cómo! ¿Me pides renunciar a mi dignidad así, sin más? —protesté, los ojos humedecidos de disgusto.

—Jamás dije que fuera fácil. Por esta razón te ofrecí lo que deseas a cambio. Conozco a Németh y sé que no hay otra forma de que logres tu cometido. Por otra parte, no es una fachada que debas mantener para siempre: simplemente fingirás arrepentimiento hasta que te dé la información necesaria.

—¿Y si trata de excederse conmigo, como ha demostrado querer hacerlo?

—Debes estar preparada para esa eventualidad —rio—. Descuida, te seguiré en todo momento. Te presentarás ante su congregación, así pues, cabizbaja y reflexiva, la próxima vez que vayas a Dobro con Branka. Ofrecerás a Németh humildes excusas por haber desafiado su autoridad moral y partirás, dejándole una nota con la chica que le ayuda en la granja.

—¿Qué clase de nota? —pregunté, temblando.

—Una donde solicitarás una entrevista privada con él en la cabaña de Pie de Bruja.

—¡Creerá que quiero convertirme en su amante! —protesté, enrojeciendo de furor.

—Lo citarás a medianoche —prosiguió él, ignorando mis argumentos—. Es, después de todo, la hora de las brujas. De tal modo podré ayudarte a someter su voluntad.

—¿Realmente piensas que una entrevista bastará para que Németh confiese? —dije al fin, resignada.

—Solo necesito una excusa para dirigirlo a la que fue mi cabaña, donde mi influencia es superior: allí llevé a cabo conjuros muy poderosos que debilitarán la resistencia mental de Németh ante tus averiguaciones. Sin una carnada como tú, el reverendo no visitaría ese lugar de nuevo.

—Bien, supongo que no hay otra solución. Dirigir la conversación hacia ti será fácil, pero disculparme ante él, ¡qué horror!

—Sé que lo conseguirás. Ahora dime lo que deseas a cambio.

Me tomé unos segundos para meditar el modo de formular mi petición. Era mi única oportunidad, así que debía ser muy específica y, al mismo tiempo, no evidenciar mis verdaderas intenciones. Sin embargo, Florian había dicho algo acerca de los *strigoi* que, de ser cierto, podía ayudarme a saldar mi mayor responsabilidad para con Slaven.

—Según tengo entendido, eres un hechicero sin par —comencé—. Es probable que, tras obtener la información que deseas, nunca vuelva a verte, así que.

—¿Sí? —inquirió, arqueando las cejas ligeramente.

—Quiero que me proporciones una fórmula mágica para deshacer cualquiera de tus hechizos.

—Esa sí que es una solicitud extraña —afirmó, frunciendo el entrecejo—. ¿Puedo conocer el porqué de la misma?

Slaven me observaba con gran detenimiento: era obvio que desconfiaba de mí. Decidí que, entre menos mintiese, menos sospecharía él, por lo cual repliqué:

—Puesto que voy a ayudarte, temo que me hechices de algún modo permanente para servir tus propósitos. Necesito una garantía de que, aun en el caso de que decidas hacer algo así, yo pueda revertirlo.

—¿Terminaste ya de expresar tu deseo?

—Sí —dije a pesar de que su pregunta me hizo dudar del modo en que había realizado la petición.

Slaven lanzó una carcajada, lo cual me puso los pelos de punta.

—¿Qué es tan gracioso?

—Oh... —dijo aún entre risas—. Acabas de desperdiciar una gran oportunidad.

—¿A qué te refieres? —balbuceé.

—¿No te das cuenta? Ya que no deseas riquezas, podrías haber pedido casi cualquier cosa, desde convertirte en una belleza esplendorosa de la noche a la mañana, hasta contemplar la miseria y enfermedad de cada uno de tus enemigos. Si hay alguien capaz de crear un hechizo para la realización de tus más descabellados caprichos, ese soy yo, y estaba dispuesto a poner todo mi empeño en complacerte. ¡Qué lástima que tu deseo haya surgido del miedo y no de la ambición o, al menos, la fantasía!

—Qué puedo hacer, estoy hecha un manojo de nervios —repliqué con ánimos de evadirlo de mi verdadero propósito—. Además, nunca me ha preocupado ser fea y, en cuanto a mi único enemigo, el pacto que hice contigo me compele a fingir que lo estimo, lo cual difícilmente podré sobrepasar.

—¿Es cierto que nunca te ha interesado ser guapa? —inquirió, y en ese momento podría haber jurado que su rostro enrojecía un poco aun en la penumbra.

—¿Cuántas veces tengo que decirlo? —me quejé, agitando las manos—. ¿Por qué resulta tan difícil de creer para quienes me rodean que no me entristece mirarme en el espejo? Pensarás que estoy loca, pero me agrada ser exactamente como soy.

Me pareció que Pie de Bruja intentaba suprimir una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Si yo viviese dentro de un espejo, reflejaría tu mirada gustoso —replicó, clavando sus ojos en los míos.

Una oleada de terror me recorrió al recordar aquel hechizo fallido que había causado, precisamente, que viera sus ojos dentro del espejo en vez de mi propio

espíritu. Ahora podía estar segura de que él también me había visto a través del cristal. Solo podía esperar que se lo hubiese atribuido a su propia magia y no a la mía. Fingí no saber de qué hablaba y dije:

—¿Te importaría encender otra vela?

—En lo absoluto —dijo, y se puso de pie para ir hasta el rincón.

Pronto, una tímida llama iluminó la estancia de nuevo y me alivió no tener que disimular mis habilidades visuales durante un rato. Antes de que se diera la vuelta para encararme, observé que la camisa de Slaven estaba totalmente desgarrada en la parte posterior, dejando su espalda prácticamente desnuda.

—¿Qué es esa marca que ostenta tu escápula izquierda? —pregunté, adivinando que se trataba del sello de su padre.

Pie de Bruja se viró con brusquedad y exclamó, sus ojos encendidos como tizones:

—¡No es de tu incumbencia!

—Está bien, perdona —tartamudeé—. Es un diseño llamativo, es todo. ¿Es acaso un dragón?

—¡Jura que jamás dirás a nadie que lo viste! —dijo, alcanzándome en dos segundos y sacudiéndome con violencia por los hombros.

—¡Basta! —grité, empujándolo—. ¡No me importa cómo elijas adornar tu cuerpo!

—¿Adornar? —exclamó sin soltarme—. ¿Te parece que soy el tipo de persona que busca adornarse? ¡Jura!

—¡No juraré nada! —dije exaltada por su proximidad—. Si piensas que soy amiga de cotilleos, no deberías haberme elegido para ayudarte en primer lugar, ¿no crees? Tu falta de astucia al respecto de la naturaleza humana es digna de lástima.

—¡Ah, si es justamente porque conozco a los hombres que no confío en ellos! —replicó.

—¡Pues deberías confiar en mí! —dije sin apartar la mirada de la suya, que echaba chispas—. ¡Quizá sea la única persona en el mundo a quien le interesa tu bienestar!

Pie de Bruja aflojó los dedos que aferraban mis hombros y se incorporó, observándome desde arriba.

—Lo que dices no tiene razón de ser. Soy realmente malvado y tú no me conoces. ¿Por qué habría de importarte mi devenir, más allá de la posibilidad de librarte de mí definitivamente? Tú tampoco confías en mí, y la petición que me hiciste hace unos momentos lo confirma.

—¡No quiero librarme de ti! —afirmé, poniéndome de pie a mi vez. Me sentía indeciblemente frustrada—. Es cierto que no quiero sufrir las funestas consecuencias de uno de tus hechizos: como bien acabas de decir, eres malvado, y te creo. Sin embargo...

—¿Qué cosa? —inquirió.

—He querido conocerte desde que era niña —dije, y las lágrimas afloraron a mis ojos sin razón, lo cual me irritó aún más—. No puedo explicar por qué, cuando escuchaba tu nombre, temblaba de alegría en vez de temblar de miedo, aun cuando suponía que eras hijo del demonio y que llevabas el mal en la sangre.

»Cuando Branka me hablaba de Dobro, me sentía cerca del corazón de la bruja y despreciaba instintivamente a sus enemigos. Y en cuanto a ti, a ese chico apodado Pie de Bruja a causa del dedo faltante, no hacía más que soñar con tu venganza. ¡Rayos! Sentía que te...

Slaven respiraba muy rápido, no podía saber si estaba furioso o perturbado. Entonces viró el rostro para mirarme con fijeza, como instándome a proseguir.

—Sentía que eras como yo —afirmé con toda sinceridad, y tuve que darme la vuelta para cubrirme el rostro con las manos. No quería llorar en ese momento pero, por más que lo intentase, no podía evitarlo.

—¿Sabes siquiera lo que es un «pie de bruja»?

Su pregunta me desconcertó. ¿Había algo llamado así, además de él? Por muy poco que me gustara su tono condescendiente, debía averiguarlo.

—Dímelo tú —pedí.

—Un «pie de bruja» es un pentagrama o estrella de cinco puntas, símbolo de relativa importancia en las artes ocultas entre aquellos hechiceros que no tienen ningún poder inherente. Es utilizado para repeler, evocar o retener a los espíritus.

En ese instante recordé la célebre obra de Goethe: el pentagrama en el umbral de los aposentos de Fausto impedía que Mefistófeles se marchase del recinto. No podía creer que, durante tanto tiempo, hubiese ignorado el verdadero significado del sobrenombre de Slaven teniéndolo justo frente a mis narices. Había leído a Goethe con gran deleite en Austria, y ahora me parecía que tal era la ocasión en que había conocido el símbolo. ¿Por qué jamás lo había relacionado con los recuentos de Branka? Caí en la cuenta de que, al haber leído la obra de Goethe en alemán, tan solo conocía el pentagrama como *drudenfuf*, que quiere decir literalmente «pie de druida» y no «pie de bruja», y mi nana, por su parte, solía contarme todas las historias de Slaven en *štokavski*. Nadie que hubiese leído Fausto era ajeno al hecho de que el «pie de druida» se utilizaba como un símbolo de protección, siendo grabado en los umbrales de las puertas para que los malos espíritus no penetrasen en las moradas, y tal era la única superstición asociada con el pentagrama de la cual yo estaba enterada. Por lo demás, estaba familiarizada desde temprana edad con un género de helechos coloquialmente llamado *drudenfufí* cuyo nombre científico es *lycopodium*, forma latinizada de los vocablos griegos *lukos* y *podion*, que juntos traducen, por increíble que parezca, «piececillo de lobo».

—No me siento bien —murmuró Slaven a mis espaldas—. Tendré que ausentarme para buscar alimento. Regresaré en unas horas para realizar tu fútil petición.

—¿Por qué insistes en su inutilidad? —contesté, enjugándome las lágrimas con el

dorso de la mano.

—En primer lugar, porque no pensaba hechizarte de modo alguno que te resultara perjudicial. Has de saber que, aparte de obligarte a conciliar el sueño, lo cual te convenía para no pasar hambre y soportar un largo viaje, a duras penas si he decidido que me veas o dejes de verme.

—¿Y en segundo lugar?

—Aun conociendo la fórmula secreta, solo una verdadera bruja podría revertir uno de mis hechizos. Ahora, si me disculpas, seguiré abusando de mi poder hasta que tenga que cumplir con mi palabra. Ten en cuenta que estoy siendo mucho más amable de lo que acostumbro.

Volvió a ordenarme que durmiese en latín y, tras soplar en mi rostro una vez más, me dejó en aquella habitación.



El pacto

Cuando Slaven retornó, la vela se había consumido de nuevo, pero esta vez no tuve que pedirle que encendiese una tercera pues él había traído una lámpara de aceite. En esta ocasión me despertó tocando mi brazo y trajo mayor cantidad de alimento para mí, que consistía en pescado asado, pan y una botella de vino. Noté que su camisa estaba manchada de sangre fresca y, por lo mismo, no osé inquirir qué había cenado.

—Ya ves que es mejor dormir cuando no se puede comer —comentó cuando terminé de engullir las últimas migajas—. ¿Fue suficiente?

Asentí, dándole las gracias. Siendo mi captor, podría haberme hecho sufrir mucho más.

—Oye, Slaven...

—¿Sí?

—¿Por qué te llamaban Pie de Bruja los vecinos de Dobro? —pregunté antes de pasar a asuntos de mayor importancia.

Él se cruzó de brazos y empezó a caminar en torno a mí, describiendo un círculo perfecto.

—Se supone que el pentagrama es uno de los portales que los espíritus utilizan para cruzar a nuestro mundo —dijo.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo?

—Desde que tuve uso de razón, supe que los habitantes de Dobro me veían con recelo. Además de la pobreza y suciedad en que vivía, motivo habitual de que cualquier ser humano se haga merecedor del odio de sus congéneres, carecía de un padre y se pensaba que una curandera octogenaria me había dado a luz. Por si fuera poco, mi carácter no terminaba de enternecer a los vecinos: las pocas ocasiones en que me cruzaba en su camino, terminaban por afirmar que no poseía la mirada inocente de un niño y que las respuestas que daba a sus preguntas no correspondían a

las de alguien de mi edad.

»Cierta vez, cuando yo era aún muy pequeño, una de las seguidoras de Németh con quien me topé brevemente comentó que mis palabras parecían ser el fruto de una inteligencia maligna. Ignoro si se debió a la forma en que articulé mis frases o al vocabulario empleado en las mismas; baste con decir que, a causa de esto, el rumor de que yo era una suerte de canal de los espíritus del mal empezó a difundirse dentro de su congregación.

»En aquellos días visitaba Dobro un miembro de la iglesia de Calvino proveniente de Vršac, superior de Németh, el cual se encargaba de prevenir a los buenos hombres del campo contra las prácticas de adivinación que, según él, cobraban un nuevo auge en Voivodina.

»Había traído consigo un libro traducido directamente del inglés al húngaro, según afirmaba, una especie de manual acerca de las manifestaciones de hechicería comunes en Europa, el cual incluía un capítulo dedicado a los símbolos utilizados con mayor frecuencia por los nigromantes, entre ellos el pentáculo o pie de bruja. Cuando el hombre explicó la función del pentagrama a la congregación, las mujeres comentaron que el pequeño bastardo del bosque también parecía tener la facultad de atraer los espíritus perversos.

»Esto despertó la curiosidad del hombre, quien me mandó llamar al centro de la plaza y, después de hacerme una serie de preguntas ininteligibles acerca de Yaweh, Abraham y Moisés, personajes de quien yo nada sabía, aseveró que, en efecto, yo tenía un espíritu de hechicería, tras de lo cual dio rienda suelta a una frenética retahíla de enunciados religiosos con el propósito de liberarme de la entidad que habitaba mi cuerpo.

»Puesto que permanecí impasible ante su disparatado discurso, habló de sumergirme por la fuerza en una acequia con el fin de bautizarme, sugerencia que me hizo temer por mi vida: veía el ardor en sus ojos y supuse que nadie lo detendría si quisiera ahogarme de una vez. Así pues, en cuanto vi la oportunidad, huí entre la gente para ocultarme en el bosque hasta que la multitud se dispersó.

»En vista de que el acontecimiento tuvo lugar en la plaza y me resistí públicamente al bautizo, a partir de ese momento se decidió, no solo entre los miembros de la congregación de Németh sino en todo el pueblo, que una variedad de deidades del inframundo, dependiendo de la fe y supersticiones de cada individuo, los observaba a través de mí.

»Gracias a la descripción del pentagrama, a las palabras que me dirigió aquel orate de Vršac en mi calidad de emisario de los espíritus y, especialmente, a mi pie mutilado, los chicos empezaron a llamarme Pie de Bruja. Y, como suele ser la costumbre cuando un sobrenombre malintencionado surge espontáneamente entre los más jóvenes, los adultos siguieron su ejemplo, primero con susurros llenos de morbo y luego a voces, al punto que solo volví a escuchar mi verdadero nombre de labios de mi madre adoptiva.

»Lo irónico es que yo aún no había descubierto la magia cuando adquirí el emblemático apelativo. Mi madre adoptiva jamás quiso iniciarme en la hechicería y, una vez me confesó en secreto que mi padre era el diablo sin las debidas aclaraciones, intenté evocar al demonio infructuosamente con toda la candidez de mi corazón infantil, pero a causa del aborrecimiento que me producía mi sobrenombre jamás pensé siquiera en utilizar un pentagrama.

»Más adelante, cuando al fin descubrí la forma de expresar mis poderes hereditarios, no se me ocurrió utilizarlos para evocar un espíritu hasta que supe que mi padre había muerto. Y, desde luego, tampoco en esta ocasión recurrí al pie de bruja.

—¿Y lograste que tu difunto padre se manifestase ante ti? —inquirí, deseando saber qué había sido del más fervoroso empeño de Slaven.

Él se detuvo abruptamente y me miró con curiosidad.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Deseas saber si de algún modo terminé por hacerme digno acreedor del odioso apelativo? Te garantizo que con mi dedo faltante y el hecho de ser conocido como el bastardo de la bruja fue suficiente.

—No pretendo insultarte de ningún modo ni buscar argumentos que den la razón a tus enemigos, porque no los hay. Solo deseaba saber si es posible comunicarse con los muertos.

—Por supuesto que es posible —afirmó, dándose la vuelta—. Pero ocurre que, al parecer, el alma de mi padre fue liberada de tal forma que partió a un lugar de verdadero descanso, por lo cual jamás pude establecer contacto con él tras su muerte.

—¿Quieres decir que solo podemos comunicarnos con los espíritus que permanecen vagando sobre la faz de la Tierra?

—En lo absoluto. Quiero decir que yo, Slaven Drăculea, no puedo comunicarme con ningún espíritu que haya encontrado la luz eterna.

La revelación que Slaven acababa de hacerme era terrible: significaba que se había desprendido de la luz de su alma en vano, y que tal decisión era lo que le impedía, precisamente, recibir el anhelado perdón de su padre.

—Lo siento mucho —murmuré.

—Lo hecho, hecho está —replicó él, y permaneció en silencio, sin moverse.

Elevé la mirada hacia la marca que llevaba en la espalda. Había cicatrizado de modo que un dragón de bordes definidos y coloración rojiza se elevaba sobre la pálida superficie cutánea. Era un diseño muy bello, de apariencia medieval, reminiscente del Uróboros: el cuerpo del dragón se arqueaba describiendo un círculo cuyos dos extremos, la cabeza y la cola, terminaban por tocarse.

—Drăculea —dije involuntariamente, y Slaven se viró para encararme de nuevo. Lucía cruel.

—¿Sí?

—Creo... —balbucí mientras pensaba en qué responder—. Creo que debes concederme un deseo y ponerme en libertad para que lleve a cabo mi parte del trato.

—Tienes razón —suspiró, inclinándose para acomodarse junto a mí.

Se tumbó cuan largo era sobre el suelo de piedra y entrecruzó los brazos bajo la cabeza. A pesar de la dureza del material, él aparentaba estar perfectamente cómodo, como si estuviese habituado a dormir en lugares peores. A mí me dolía hasta la médula, pero no iba a quejarme ante él. Aun si su camisa estaba más sucia y manchada que antes, su rostro lucía limpio y fresco, como si se lo hubiese lavado. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y el reflejo de la tenue luz que nos alumbraba parecía mecerse dentro de sus ojos como una antorcha flameante a la orilla de una oscura laguna.

—Revélame, entonces, la fórmula para deshacer tus hechizos.

—Lo haré, aunque te recuerdo que perderás tu tiempo intentando darle uso —dijo—. Para que esta funcione, quien la emplee debe ser una bruja natural, o bien una debidamente iniciada por Baba Roga o por alguna de su estirpe. Así que, aunque desees hacerte bruja por tus propios medios, nada ganarás con conocer la fórmula.

—Oh —balbucí, intentando lucir decepcionada—. Qué desatino el mío, he debido elegir mejor. Sin embargo, me consolaré sabiendo que poseo el secreto de un *strigoi*.

—¡Cuán humano de tu parte! —rio por lo bajo, luciendo casi dulce—. Debes saber también que no podrás compartir la fórmula con nadie, así que no intentes amenazarme con que se la contarás a otros y, quizá incluso, a una hechicera.

—¡Jamás! —exclamé, regodeándome para mis adentros—. Sé que nos matarías a mí y a todos mis seres amados.

Sus carcajadas retumbaron en las paredes de la habitación.

—¡No! —dijo, meneando la cabeza—. Ocurre que no podrás pronunciarla siquiera, pues las palabras secretas de un *strigoi* envenenan al instante la sangre de quien intente pronunciarlas.

Mi corazón se detuvo: ¡no podía ser tan desafortunada!

—A menos que seas una bruja natural o una iniciada por Baba Roga —añadió.

Quise llorar de alegría, pero procuré lucir resignada y pregunté para disipar sospechas:

—¿Es decir que ni siquiera podré jugar al nigromante con la fórmula?

—Lo siento —dijo él. Se notaba que estaba muy satisfecho consigo mismo—. Quedas advertida.

—¿Qué ocurriría si intentase escribirla?

—Cada letra se borrará en cuanto la pluma toque el papel.

—¡No puede ser! —exclamé sorprendida—. ¿Y no moriré envenenada?

—No —dijo él—. Pero nadie podrá ver la fórmula escrita. ¿Ignoras que los *strigoi* somos los hechiceros más poderosos de todos? Nuestra magia está protegida por todos los flancos.

«No todos», pensé.

—Bien, al parecer tendré que entretenerme viendo la tinta desaparecer.

—Así es —replicó—. Espero que tu entusiasmo perdure a lo largo de tu vida,

porque vas a hacerme un favor muy grande y, para ser sincero, odio ver a quien me ayuda en semejante desventaja. Que conste que fue tu decisión.

—Sí, sí, descuida. Estoy lista para escuchar las palabras secretas. Él se incorporó del suelo donde yacía y, tras posicionarse frente a mí, me tomó de las muñecas con firmeza.

—¡Espera! —exclamé—. ¡No vayas a hacer que la olvide!

Él puso los ojos en blanco un instante y procedió a recitar en un latín muy claro y pausado:

*Estirpe del diablo,
De Hécate presente,
Negro alumbramiento,
Singular serpiente.*

*Hermano de fieras,
Espurio sin suerte,
La muerte es su vida,
Y su vida tu muerte.*

*Loba su nodriza,
Cuna de carbón,
Aullido su risa,
Llanto su canción.*

*Huella incompleta,
Casta maldita,
Rota saeta,
Rama marchita.*

*Sangre vertida,
Por El Empalador,
Encuentra sin culpa
Al nuevo strigoi.*

*Cruce de caminos,
Mandrágora en flor,
Revierte el hechizo
Del hijo del dragón.*

Cuando se detuvo, suspiró y me soltó.

—¡Qué larga es! —exclamé.

—Sí. Espero puedas recordarla para tus adentros.

—También lo espero —repliqué, agradeciendo hablar latín con fluidez pero muy temerosa por mi memoria—. Es lo único que me quedará del pacto que hicimos.

—¿Comprendiste algo de lo que dije?

—Todo. Es una lástima no poder recitarlo, se me antojó casi poético.

—Muchas gracias —dijo—. Tuve que crear la fórmula cuando aún era un niño, antes de dejar Dobro, para poder maldecir a sus habitantes. Los *strigoï* no debemos hechizar a nadie sin haber establecido el contrahechizo antes, y esa fue la primera vez que decidí hacerle daño a alguien.

—¡Así que es cierto que maldijiste el poblado!

—Sin duda. Pero mi maldición aún no ha alcanzado su término.

—Espero que todos tus enemigos mueran —sentencié, y de inmediato caí en la cuenta de que no lo había dicho a la ligera.

Horrorizada, me dije que el medallón estaba absorbiendo mi bondad, pues hasta entonces jamás había deseado la muerte de nadie y, en este caso, había deseado la muerte de Németh y sus seguidores de todo corazón. La necesidad de salir de aquella habitación se hizo imperiosa.

—Qué hermosas palabras, Ava. Debo decir que me sorprendes, creí que eras un tanto menos siniestra.

—Lo era, pero me he ido llenando de odio para con ciertas personas —admití.

—Así me ocurrió a mí —comentó.

—Es apenas comprensible —murmuré.

Quería justificar mi reciente postura de uno u otro modo, deshacerme del deseo de sangre que embriagaba mi alma, pero era inútil.

—Descuida: no es la compasión lo que me ha detenido hasta ahora sino la perspectiva de una venganza perfecta. Y, cuando la lleve a cabo, te buscaré para compartir mi satisfacción contigo.

—Hazlo, por favor —dije, anhelando verlo cuando todo llegara a su fin—. En cuanto a la fórmula mágica...

—¿Sí?

—Si quien la empleara fuese una bruja, ¿no tendría que abastecerse de algún ingrediente particular para preparar, por ejemplo, una pócima?

—Veo que tu curiosidad en cuanto a mi magia no ha sido saciada aún —comentó, mirándome por debajo de las cejas.

—Así es. No todos los días se conoce un *strigoï* —sonreí, encogiéndome de hombros. Necesitaba una respuesta sincera de su parte.

—Lo creas o no, no me la paso hechizando a la gente por ahí, así que carezco de ejemplos cotidianos para ilustrar la aplicación de la fórmula. Supongo que depende del sortilegio a revertir —dijo, pasándose la mano por el mentón—. La hechicería real es un arte intuitivo, y cada bruja tiene sus métodos preferidos.

Slaven empleaba términos demasiado generales, así que tendría que pensar en alguna situación comparable a la cual yo debía poner fin, pero antes de ello debía

hablarle de algún hechizo banal.

—Digamos que has secado la tierra de Dobro para que no dé fruto. ¿Bastaría con que una bruja recitase la fórmula para revertir el daño?

—Sí, pero tendría que hacerlo en el lugar afectado por mi hechizo.

—¡Ah! De modo que hay ciertas condiciones —comenté.

—Es cuestión de sentido común —replicó.

—¿Y si hubieras embrujado a una persona para que su corazón se llenara de odio y amargura? —me atreví a inquirir.

—¡Vaya extraña ocurrencia! —rio—. ¿Por qué haría algo así?

Para mi sorpresa, su reacción parecía genuina. ¿Sería posible que hubiese olvidado el hechizo de transferencia una vez realizado?

—No lo sé. Supongamos que deseas verla sufrir como tú lo hiciste una vez.

—Bien, en la absurda contingencia de que yo emplease un método tan poco creativo para vengarme de alguien, la bruja tendría que hacerse con algo que hubiese pertenecido a la persona antes de que el cambio se operase, preferiblemente un mechón de sus cabellos, una prenda impregnada de su humor corporal o unas gotas de su sangre, y preparar un brebaje con ello. Luego, tendría que dárselo a beber a la persona en cuestión y, finalmente, recitar la fórmula. Así podría deshacer mi hechizo.

—Suenas complicado —dije aunque su aclaración era justo lo que necesitaba.

—Te aseguro que para una bruja experimentada sería cosa fácil.

Sabía que tenía un inmenso reto frente a mí pues, aunque lograrse preparar un brebaje eficaz, tendría que dárselo a beber sin ponerme en evidencia.

—Gracias por amenizar mi cautiverio —dije con la intención de que creyese que todo lo anterior había sido para mí una trivialidad.

—Por nada. Resultaste ser una compañía mucho más grata de lo que imaginé. Ahora debo retornarte al cruce de caminos.

—Preferiría que me permitieras permanecer despierta en esta ocasión —dije.

—Ah, pero no quiero que sepas dónde estuviste —replicó y, una vez más, logró que quedase profundamente dormida.

Tercera Parte





Aura de muerte

Slaven me despertó a pocos metros del árbol herrado, cerca del lugar donde había visto a Baba Roga por última vez.

—Ya estás en casa —dijo—. Escucha atentamente mis instrucciones finales.

Yo asentí con la cabeza al tanto que él me ayudaba a incorporarme.

—Es jueves en la noche —prosiguió—. Debes ir mañana mismo a Dobro y presentar tus excusas a Németh, citándolo a la medianoche en la cabaña. Tiene que ser mañana mismo y no otro día, de lo contrario no podré influirlo para que hable como es menester, y tampoco podré velar por tu seguridad.

—Está bien —dije aún saliendo del sopor.

—Ava, debo decirte algo: sé que me odiarás por haberte pedido que te humilles ante él y su congregación cuando te enteres de cierto asunto por medio de Branka.

—¿Qué asunto? —inquirí exacerbada.

—En pocos minutos lo averiguarás. De todos modos, no es nada que hubiésemos podido evitar.

Mi corazón latía a toda prisa.

—¡Adiós, Slaven! —dije, y me eché a correr, pero él me detuvo, sujetándome de nuevo.

—Cálmate —ordenó, mirándome con fijeza—. Vas a desear no cumplir tu parte del pacto cuando lo sepas y, si antes la idea te repugnaba, ahora te resistirás a ella con todas tus fuerzas. Sin embargo, así como un *strigoi* no puede dejar de cumplir su palabra, los mortales como tú tampoco pueden pactar con un *strigoi* y dejar de llevar a cabo lo que han prometido.

—¿A qué te refieres? —repliqué a punto de echar humo.

—Si no lo haces por tu propia voluntad, empleando tu astucia y las palabras de tu elección, me cederás el dominio de tu mente, y seré yo quien hable a través de ti. Será

mejor que no lo intentes, porque te aseguro que te obligaré a demostrar tanta dulzura y arrepentimiento que nadie te creerá más adelante cuando quieras convencer a todo el pueblo de que solo fingías.

—Eres malvado —murmuré con lágrimas en los ojos. Si no me dejaba partir, iba a enloquecer de ansiedad.

—Por supuesto que lo soy —afirmó, encogiéndose de hombros—. Y aun si en esta ocasión, por tratarse de ti, una parte de mí lamenta que no puedas simplemente apuñalar a Németh una vez se reúna contigo en la cabaña, sé que me placera más vencerlo al final. Vete ahora.

Entonces me liberó y crucé el camino para surcar el bosque que rodeaba la propiedad de Branka sin mirar atrás. Estaba furiosa con Slaven, pero desfallecía de miedo solo con imaginar lo que encontraría al llegar a la granja. Cuando alcancé la colina, escruté mi entorno, jadeando. No divisé ninguna luz dentro de la casita, lo cual me incitó a precipitarme dentro de ella, llamando a mi nana a los alaridos.

—¡Ava!

La débil voz de Branka me contestó desde la habitación que usábamos como alacena.

—¡*Mama* Branka! —grité, corriendo hasta la parte trasera de la propiedad y abriendo la puerta que estaba trancada por fuera.

—¡Hija mía! —lloró, echándose en mis brazos cuando me adentré en el oscuro recinto—. ¡Estás viva!

—¿Quién te encerró aquí, nana? —inquirí, llorando y abrazándola a mi vez.

—¿Es que no lo sabes, acaso? —gimió, empujándome fuera de la habitación y encendiendo la lámpara con una cerilla y dedos temblorosos.

—¡No! —exclamé.

—¡Fueron Németh y los suyos, lo sé aunque estaba demasiado oscuro para verlos porque cuchicheaban entre ellos en húngaro!

—¿Qué te hicieron? —chillé, sacudiéndola.

A medida que la luz de la lámpara se hizo más potente, noté que la casa estaba revuelta. No había un solo mueble en su lugar y tanto los cristales de las ventanas como los platos y ollas de barro estaban rotos.

—Me tomaron mientras dormía y me encerraron a empujones en la alacena —sollozó—. Venían a buscarte a ti y, al no hallarte, decidieron prenderle fuego al corral, donde creyeron que te escondías. ¡Oh, hija! ¡Escuché el crujir del fuego y los lamentos de los animales a través de las paredes! ¡Mi único consuelo era pensar que estabas lejos de aquí, con los gitanos!

—¡Mesto! ¡Nóc! —aullé, saliendo de la casa con Branka pisándome los talones.

El techo de paja del cobertizo había colapsado, lo cual yo no había advertido antes al centrar mi atención en la casa. Presa de un frenesí sin precedentes, levanté la pesada tranca del portón al tanto que Branka se aferraba a mi camisa, gimoteando, como si no pudiese creer que estaba con vida.

Al abrir las puertas, el hedor de la muerte nos azotó en pleno rostro. Aun si el humo se había disipado, el almizcle de carne en descomposición y resina era casi insoportable; se diría que se había ofrecido una hecatombe al mismísimo Lucifer en aquel lugar. Cubriéndome la mitad inferior del rostro con las faldas, llamé a los animales por sus nombres con lágrimas en los ojos conforme pasaba por encima de las vigas de madera que reposaban sobre sus cuerpos calcinados, a veces a medias, a veces en su totalidad. La lluvia debía haber apagado el incendio antes de que se consumieran las gruesas paredes de madera, pero los animales que no habían muerto a causa del fuego sin duda habían perecido asfixiados por el humo. Al toparme con lo que quedaba de Mesto, caí de rodillas, gritando y entregándome al llanto más desesperanzado, y Branka tuvo que arrastrarme fuera de allí y obligarme a sentarme en la hierba fresca.

—¡Me vengaré! —gemí.

—¡Son unos cobardes! —sollozó Branka—. Con seguridad se enteraron de que mi hijo y su mujer estarían esta semana en Vršac y aprovecharon la oportunidad para atacarnos cuando nos hallábamos desprotegidas. ¡Gracias a Dios estabas ausente!

En ese instante, el relincho de Berz llegó hasta mis oídos a través del bosque y, sin pensarlo dos veces, me interné en la maleza hasta encontrarlo atado junto a la quebrada. Slaven había puesto abundante heno a sus pies, tanto que no lo había comido todo. Rodeé su cuello con ambos brazos y, sin dejar de llorar, llamé al hijo del diablo a los gritos, pero él jamás respondió.

—¿Por qué lo llamas, hija? —inquirió Branka, llegando con la lámpara hasta donde yo estaba—. ¡Berz! ¡Oh, caballito, qué alegría que tampoco estabas en casa cuando esta tragedia ocurrió!

—Slaven me trajo de regreso, *mama* Branka —dije—. Estaba en el cruce de caminos hasta hace unos instantes.

—¿Qué dices? —replicó perpleja—. ¿Estabas con Pie de Bruja?

—¿No lo sabías? —inquirí—. Dijo que te había dejado una nota con una severa advert...

Pero, mientras hablaba, comprendí que Slaven había traído a Berz hasta el bosque el día después de que Németh y los suyos destrozasen la cabaña e iniciasen el fuego en el corral. Lo había sabido todo el tiempo y no había dicho nada hasta el final. Además, intuí que no había dejado ninguna nota para Branka, así como tampoco se había tomado la molestia de sacarla de la alacena.

—¡Te odio! —aullé, en dirección al cruce de caminos—. ¿Me oyes bien? ¡Te odio, Slaven Drăculea!

—¡Calla, hija, por Belobog! —suplicó Branka—. ¡Atraerás los malos espíritus!

—Los peores espíritus son los de los vivos de Dobro que ya estuvieron aquí hace unas noches —murmuré llena de ira y dolor.

Desaté a Berz y lo condujimos a la casa juntas. Decidimos anudar su soga suavemente alrededor de una de las vigas del pórtico de la entrada, en caso de que

nuestros enemigos retornaran.

—Oh, Ava, ¿qué vamos a hacer? —susurró Branka, mirando el granero ennegrecido desde el exterior de la cabaña.

—Haremos justicia, por supuesto —respondí por entre los dientes.

Es ese instante Branka se percató de que Berz llevaba dos sacos de cuero atados a la montura, ocultos bajo un manto de tela oscura. Eran muy pesados y, al abrirlos, descubrimos que estaban llenos de oro. En el interior de uno de ellos había una nota doblada, la cual me apresuré a abrir y leer a la luz de la linterna.

Ava:

Es lunes en la noche. Mientras duermes pacíficamente en una habitación de piedra lejos de aquí, vine a retornar tu caballo y dejar una nota para Branka, pero me encontré con que alguien prendió fuego al cobertizo y rompió los cristales de la casa. A juzgar por el aspecto de la madera carbonizada y el estado de descomposición de las criaturas, tuvo que ser ayer en las horas de la madrugada, poco después de que dejamos el campamento gitano. No pude salvar ningún animal. Lo lamento. Habría sido la mejor forma de retribuirte por ayudar a mi hermano lobo, pero llegué demasiado tarde: todos los que se hallaban dentro del cobertizo perecieron. Es una suerte que te hayas llevado el caballo.

Entré a la casa para cerciorarme de que Branka estuviese viva y la hallé inconsciente sobre el suelo de la alacena. Tenía un brazo dislocado y una grave contusión en la cabeza, así que la sané. Puesto que estabas tan alterada en lo concerniente a ella, te diré cuando despiertes que le dejé una nota explicando que te rapté, pero no lo haré, así como tampoco dejaré la puerta abierta para que pueda salir, sino que volveré a trancarla por fuera, tal y como los vándalos la dejaron. No quiero que vaya a buscarte a Dobro, pues con certeza no solo causará un gran escándalo, sino que no te hallará, y podría pasarle algo peor que estar encerrada en una habitación con víveres. Regresaré para asegurarme de que se encuentre bien.

Hallé dentro de la casa revuelta una pluma, un tintero y papel, con los cuales te escribo esta nota para explicarte lo ocurrido. Esto tiene que ser obra de Németh y los suyos. Estuve en Dobro hace un rato y descubrí que te odian y te llaman bruja. Probablemente intentaban justificar el crimen que cometieron anoche reiterando sus absurdas acusaciones. Observa el muro lateral de la cabaña de Branka: escribieron la palabra bruja en serbio (probablemente para disipar sospechas en caso de que haya una investigación) y pintaron un pentagrama sobre la misma. En mi opinión, es una amenaza bastante clara. Probablemente estén buscándote ahora mismo para matarte, preguntándose dónde está la fatal tentadora que se rehúsa a

renunciar al pecado, dispuestos a prenderte fuego. Es obvio que Németh te desea y quiero usarlo a mi favor. Sé que me detestarás por pedirte que te muestres sumisa ante él, pero estoy acostumbrado a que todos me odien, así que: adelante. Odíame. Estoy convencido, sin embargo, de que si no te disculpas con él y su congregación cuando regreses, los calvinistas te darán muerte mientras duermes, cuando menos lo esperes, y quizá también asesinen a tu nana. Ya intentaron hacer lo mismo conmigo y mi madre adoptiva. Mi plan será beneficioso para ti también, especialmente a largo plazo: ahora sé que cuando me venga de Németh lo haré por los dos y, créeme, soy mucho más cruel que tú.

Me mostraré inflexible contigo y te ocultaré esta tragedia para que accedas a ayudarme. Tendré que manipularte, lo cual no suelo hacer y en el fondo me desagrada, pero creo que haberte encontrado en el campamento romaní fue un golpe de suerte sin precedentes, así que no puedo pasar de él. No hay mucho que pueda ofrecerte ahora pues desconozco lo que desea tu corazón, pero traje un par de bolsas de oro que simbolizan mi aprecio por la compasión que mostraste hacia mi compañero lobo. Sé que no podrán compensarte por lo que perdiste pero al menos tú y Branka podrán reconstruir su hogar.

Por último, a pesar del miedo que te produjo nuestro primer encuentro, noté que posees un carácter noble, fuerte y vivaz. No eres como las otras personas y por ello te estoy agradecido. Ten la seguridad de que, más adelante, sin importar lo que me pidas a cambio de tu ayuda, sabré agradecerte de forma que realmente seas resarcida no solo por la vergüenza a la que vas a someterte, sino por el daño que te causó Németh.

Hasta pronto,

SLAVEN DRĂCULEA.

Terminé de leer la nota de Slaven con lágrimas en los ojos y en esta ocasión exclamé, encarando el cruce de caminos de nuevo:

—¡No te odio! ¡Jamás lo haré!

Minutos después, la manada de lobos aulló en la distancia.



La pócima

Le narré a Branka la historia de mi secuestro, omitiendo los detalles que sabía no era prudente revelar, mientras ambas barríamos y sacudíamos el interior de la cabaña. Por suerte, mis libros estaban guardados en un baúl, o de lo contrario también los habría perdido. Puesto que el trabajo era demasiado y ambas estábamos fatigadas de tanto llorar, Branka se fue a la cama mientras yo me dedicaba a la preparación de la pócima que debía dar a beber a Slaven. En esta ocasión, preferí trabajar en el interior de la cabaña en caso de que alguno de nuestros enemigos estuviese acechándome, pero tuve que quedarme en silencio largo rato para recobrar mis energías.

Sabía que habría sido imposible recordar la fórmula del *strigoi*, así que recurrí a la magia, primero que todo, para que mi mente regresase al momento exacto en que Slaven había pronunciado aquellas palabras. Poco a poco, la ya conocida vibración hizo que mi entorno se disipase y de nuevo me hallé frente a él en la habitación oscura. Pude ver sus ojos y sus labios en movimiento y, para mi consuelo, descubrí que tenía la capacidad de recrear el recuerdo con absoluta precisión aun en medio de tanta tristeza. Reviví la escena en que Slaven recitaba su contrahechizo secreto hasta memorizar cada línea y, después, cuando supe que jamás olvidaría un solo verso, no pude evitar permanecer otro tanto en ese pasado reciente, en el cual su voz profunda me arrullaba y su respiración parecía fundirse con la mía. Entonces, conforme lo observaba y escuchaba reiteradamente en soledad, un sentimiento se manifestó en mi interior y temí más que en toda mi vida: este era un dolor dulce e infinito que inflamaba mi pecho, consumía mis fuerzas y abrasaba mis sentidos como si se tratase de una llama viva. Comprendí que amaba a Slaven Drăculea.

Aquella sublime emoción se develó ante mí, encendiéndose de repente y con un furor tal que me supe perdida. Me pareció que la totalidad de mi ser se dirigía hacia Slaven como si él fuese mi único destino y tuve la certeza de que ya nada, ni siquiera

él mismo, podría devolverme la calma. Tal y como era, se me antojaba que encarnaba todo lo bello, profundo e inexplicable que había en el universo. La vehemencia de su espíritu me envolvía y me arrastraba hacia un lugar de dicha y sufrimiento hasta entonces desconocidos para mí, del cual no podía ni quería retornar. Me dije que mi amor por él debía provenir de la fuente de toda magia y creación, pues no podía concebir que un sentimiento semejante fuese humano. Divina o demoníaca, aquella maravilla era solo mía y tenía poder absoluto sobre mí. Ese sí que era un verdadero rapto, uno en el que no podía discernir la participación de mi voluntad aun si tampoco deseaba huir. Se me antojaba que la voz de Slaven era el eco de mi pensamiento, y creía reconocer todo aquello que amaba acerca de la vida y la eternidad en él, como si los límites entre nosotros fuesen ilusorios y hubiésemos estado juntos desde el inicio de los tiempos. Sin embargo, lo presentía inalcanzable y lejano, como un sueño que llega a su término con la claridad del día.

A la sazón, tuve la certeza de que mi sortilegio del espejo había funcionado: aunque no comprendía con exactitud por qué Slaven representaba el verdadero reflejo de mi espíritu, lo era del modo en que el mayor secreto de nuestro corazón permanece dormido hasta que una fuerza externa lo ilumina y desencadena, liberándolo con tal ímpetu que se convierte en la realidad misma. En un momento determinado, sentí que Slaven habitaba en mí y creí delirar, pues se me ocurrió que tal vez había emergido de mis sueños, o que tal vez lo había imaginado. Sin embargo, mi corazón batía bajo el talismán que contenía su sangre pura, tan real como el mundo palpable que me rodeaba.

Aunque hubiese deseado quedarme dentro de esa ensoñación que me permitía estar en su presencia indefinidamente, debía darme prisa en preparar el brebaje a fin de devolverle la anhelada luz. Parte de mí temía que, una vez recobrase la mitad luminosa de su ser, Slaven decidiera partir de Voivodina. Sin embargo, además de la amistad que me unía a él desde que era niña, aquel amor recién descubierto me obligaba a ayudarlo a ser verdaderamente libre. Por ello, tras atizar el fuego en la chimenea y verter agua fresca en el caldero de cobre que había adquirido en Dobro, tomé el medallón en mi mano trémula y lo dejé escapar de entre mis dedos para que reposara en el fondo del recipiente. Siguiendo mi instinto de bruja, revolví la mezcla con cuidado al tanto que recitaba en voz baja la fórmula mágica del *strigoi*. Un denso humo escarlata se desprendió de la pócima, elevándose por el ducto de la chimenea hacia el cielo nocturno. Al aspirar aquella substancia etérea impregnada de la esencia de Slaven, me sentí llena de él y no pude evitar que algunas de mis lágrimas cayeran en el líquido.

—*Su guardián ya lo encontró, llorará quien lo perdió*—susurré, pensando en el amor que recién me había encontrado. Presentía que perdería a Slaven irremediablemente, y la más profunda tristeza se adueñaba de mí.

Una vez la pócima se enfrió, la vertí en un fino frasco de vidrio que había heredado de mi madre, el cual había cumplido la función de botella de perfume

cuando ella aún vivía. Yo lo conservaba vacío entre mis pertenencias hacía muchos años, siendo uno de los pocos objetos de carácter sentimental que la habían sobrevivido, pues no era mujer vanidosa y no poseía joyas o vestidos que mi padre o mi tía hubiesen deseado guardar para mí. Era tan pequeño que cabía en la palma de mi mano y estaba recubierto de diminutas gemas semipreciosas.

Escruté el talismán a la luz de la lámpara y, tras darle varias vueltas, concluí que estaba vacío. No sabía cómo había logrado Slaven introducirle su sangre, pero deduje que la piedra era lo suficientemente porosa como para absorber cualquier sustancia. Me dije entonces que, a manera de previsión, debía reemplazar el líquido vital de Slaven con el mío, así que me pinché el dedo con una aguja y, sosteniéndolo contra la porción cuarteada del talismán, esperé a que una gota fluyese. El material no me decepcionó: absorbió mi sangre, incluso una cantidad mayor de lo que había especulado en un comienzo, sin que quedasen rastros en el exterior.

No me había lavado en días y mi aspecto era un verdadero desastre. Por ello, en cuanto amaneció, me di un baño de esponja en el cobertizo destinado a ello y me puse el vestido blanco con que había llegado a Voivodina. Acto seguido, introduje el frasco que contenía el bebedizo en un saquito de cuero dentro del cual solía llevar el dinero, y lo sujeté a mis caderas por medio de un bonito cinturón negro que Branka había decorado con hojas y flores rojas. Era el día de mi humillación pública y me parecía que me esperaba el cadalso. Para empeorar la situación, había adelgazado a causa del sufrimiento y mis ojos, enrojecidos e hinchados de tanto llorar, habían perdido su brillo. En contraste, mis labios lucían tan pálidos como mis mejillas, que aun bajo las pecas ostentaban un tinte verduzco. En síntesis, si de mi apariencia dependía, no podría convencer a nadie de que no era una bruja profundamente desdichada.

Me colgué el medallón del cuello y lo oculté bajo mi vestido con un suspiro, echándole un vistazo al cobertizo, del cual escapaba un hedor casi insoportable: Branka y yo tendríamos que lidiar calladamente con aquel desastre una vez resolviera mis asuntos pendientes con Slaven. En cuanto a Németh, no me faltaban ganas de hechizarlo de modo que sufriese tanto como nosotros, pero contaba con que mi aliado *strigoi* hubiese planeado una venganza más satisfactoria. Si el plan de Slaven no resultaba lo suficientemente siniestro, yo misma me encargaría de hacer que el reverendo y los suyos pagasen cada una de nuestras lágrimas.

El día estaba frío y ligeramente brumoso cuando desaté la soga de Berz para partir hacia el pueblo. Estaba a punto de trepar sobre su lomo cuando un ruido proveniente del bosque me sobresaltó, y me viré hacia la espesura con el corazón en vilo. Entonces vi lo impensable: un enorme lobo gris emergió de entre los arbustos para avanzar directamente hacia mí. Al comienzo, creí que llevaba un animal muerto entre las fauces pero, conforme se acercaba con trote ligero, dejé escapar una exclamación muda, incapaz de dar crédito a mis ojos: descubrí que la fiera transportaba a la pequeña Nóc que habíamos dado por muerta, sujetándola por medio de un grueso lazo trenzado que Branka había atado alrededor de su cuello con el

propósito de distinguirla en la oscuridad, del cual pendía una sonora campanita de cobre. Nóc baló y dio coces en el aire al reconocer su entorno, y yo me precipité hacia ellos, llorando de alegría. El lobo la depositó con delicadeza en el prado y, tras mirarme con lo que podría haber jurado era la expresión de un ser humano, huyó en dirección a la montaña.

—¡Gracias! —sollocé tomando a Nóc en mis brazos y estrechándola contra mi pecho.

Esperaba que el lobo me hubiese escuchado, pues ya lo había perdido de vista. Nóc, por su parte, estaba ilesa: debía haber huido antes del incendio, probablemente con la intención de encontrar una pastura fresca. Su rebeldía la había salvado y Slaven me la había devuelto. Estaba segura de ello.



Polvo de plata

Cabalgué hacia Dobro tan rauda como la lluvia lo permitía, guiando a Berz con precisión para esquivar los hoyos que se habían llenado de agua. Había garabateado la nota dirigida a Németh antes de dejar la casa y la llevaba junto al frasco que contenía el contrahechizo en el saquito de cuero. Había atado un hilo rojo a su alrededor tras doblarla, dándole vueltas en varias direcciones de modo que quien la abriese tuviera que romperlo. De un momento a otro, Berz aminoró la marcha para detenerse en medio del camino. Por más que lo espoleé, se rehusó a seguir andando, de modo que descendí de la montura y revisé sus herraduras: nada. No comprendía por qué el más obediente de todos los animales de la granja había decidido entorpecer mi tarea de repente.

—¡Bruja!

La voz de mi predecesora resonó en torno a mí, como si estuviese en varios lugares a la vez.

—¿Baba Roga? —tartamudeé.

—¡Aquí! —dijo, y solo a la sazón la atisbé. Estaba oculta entre el follaje de la colina, haciéndome señas—. ¡Debo hablarte con urgencia!

Tomé a Berz de las riendas y, para mi sorpresa, se mostró dócil de nuevo. Sin montarlo, lo llevé conmigo hacia donde me aguardaba la bruja. No esperaba verla de nuevo y menos aún aquel día.

—¿Dónde has estado? —balbucí sin salir de mi asombro—. Tengo tantas preguntas para ti. ¡Y tan poco tiempo!

—¡Lo sé, lo sé! Por eso tuve que interceptarte a mitad de camino, donde sé que nadie nos verá. Siento haber causado que tu caballo se detuviese justo ahora pero no había opción.

A través de mis conversaciones con Slaven, me había enterado de que desconfiaba de su madre adoptiva y, por lo tanto, me dije que debía guardarme de

revelarle mis planes. Aun así, mi corazón gritaba que Slaven estaba equivocado en cuanto a ella y deseaba que me aconsejara en aquellos momentos.

—Baba Roga —jadeé, tiritando bajo la lluvia—: ¿Qué ocurriría si una persona no cumpliera un pacto con un *strigoi*?

Ella me miró a través de las cataratas con cara de preocupación.

—Una bruja no puede dejar de cumplir un pacto. ¡Ni lo intentes!

—Está bien, pero... ¿cuáles serían las consecuencias?

—Si un simple mortal sin poderes dejase de cumplir un pacto con un *strigoi*, este último se adueñaría de su voluntad hasta lograr su objetivo. Es parte de lo que conlleva hacerle una promesa a uno de ellos, aunque jamás te lo digan a tiempo.

Sus palabras confirmaban la amenaza de Slaven.

—Oh, por todos los pantanos del mundo —murmuré—. ¿Y si se tratase de una bruja?

—Como bruja, debes honrar todos los pactos que hagas o tu magia se volverá contra ti para castigarte. Además, perderás lo que la otra persona te haya ofrecido.

Deduje que olvidaría la fórmula mágica que Slaven me había proporcionado y, por más que la hubiese utilizado correctamente la noche previa, mi pócima se tornaría ineficaz. Aun así, para cerciorarme de no haber sido engañada por Slaven, necesitaba saber si era cierto que un *strigoi* estaba obligado a cumplir sus promesas del mismo modo que nosotras. Se lo pregunté.

—¿Estrechó tu mano? —inquirió Baba Roga, entornando los ojos.

Yo asentí.

—En tal caso, puedes estar segura de que lo que te dio a cambio de tu ayuda es exactamente lo que pediste. Lamento que mi hijo adoptivo te haya manipulado —carraspeó.

—¿Cómo lo sabes? —trepidé.

—No hay nada en las colinas de Vršac que esté oculto para mí. No creas que soy una bruja chismosa o que me dedico a vigilarte. Nada de eso. Pasa que el vínculo entre una hechicera y su iniciada es inquebrantable y puedo presentir lo que te ocurre. He estado muy inquieta por ti y decidí venir a buscarte. Cuando regresaste a casa anoche con Slaven, me hallaba en el cruce de caminos, aguardándote tras el roble herrado. Escuché lo que te decía y, por lo tanto, sé lo que vas a hacer en Dobro.

—¿Puedes ayudarme a evitarlo de algún modo?

—No —sentenció—. Pero que te humilles ante tus enemigos es lo de menos, puesto que es posible que no vivas hasta mañana para lamentarlo. Es por eso que estoy aquí.

—Te escucho —dije, tragando en seco.

—Deberás cumplir con tu parte del trato. Haz todo lo que te comprometiste a hacer y hazlo bien. No permitas que el orgullo te venza; ya encontrarás un modo de dejarle saber al reverendo lo que realmente piensas. Pero, cuando veas a Slaven de nuevo, debes estar preparada.

—Slaven confía en mí. Si quisiera herirme de algún modo, lo habría hecho antes —dije, defendiéndolo.

—¿Eso es lo que crees? Comprendo que no desees traicionarlo, así como también comprendo que quieras ayudarlo a vengarse. Por desgracia, él empezó a dudar de mí desde que Németh lo acusó públicamente de ser el hijo del diablo, tanto que me declaró su enemistad a partir de ese momento. Cambió de la noche a la mañana, convirtiéndose en una criatura vehemente y obstinada que no está dispuesta a permitir que nada ni nadie interfiera con sus planes. Me escondo de él desde entonces.

—¿Sabes qué produjo un cambio semejante en él? —sondeé.

—Tengo varias teorías. Una de ellas es que la maldición hereditaria se exacerbó cuando alcanzó la adolescencia. Pero eso no importa ahora: Slaven ya no es mi responsabilidad. Tú, en cambio, como mi iniciada, lo eres. Debo protegerte de él.

Baba Roga me extendió un envoltorio diminuto que consistía en un retazo de tela atado con un cintillo.

—¿Qué contiene? —pregunté.

—Cloruro de plata. Dépositalo en la palma de tu mano antes de entrevistarte con Slaven y prepárate a soplar el polvillo en su rostro si por algún motivo intenta agredirte. No le hará daño pero sí menguará sus fuerzas considerablemente. Si tienes buen tino y lo tomas desprevenido, podrías incluso inmovilizarlo durante un rato, lo cual te permitiría huir.

—Qué extraño —murmuré fascinada.

—La plata repele a los *strigoi*, pero la fuerza de Slaven es tal que debes lograr que la ingiera de algún modo para que surta el efecto deseado. En mi experta opinión de bruja, es más fácil que la aspire, de allí que prefiera utilizar el compuesto. Ha sido mi mejor defensa hasta ahora, así que tenlo a mano. ¡Nunca se sabe con los *strigoi*!

—Muchas gracias —dije—. Espero no tener que usarlo.

—¡Usalo sin dudar! Temo que seas la última iniciada de nuestra línea. No hay otras candidatas por aquí y, si mueres, yo sería la última.

—Está bien —repliqué, aunque aún dudaba que tuviese que recurrir a ello.

—Ahora parte. Sé valiente y astuta. Te auguro lo mejor.

Dicho esto, nos despedimos. Monté a Berz y, cuando eché un vistazo atrás, Baba Roga había desaparecido.



El granero

Cuando me presenté en el granero de Németh el clima no había mejorado. Era muy temprano en la mañana y esperaba que hubiese menos adeptos reunidos, lo cual habría facilitado mi labor, pero al parecer esta congregación oraba todos los días de la semana antes de empezar a trabajar. Antes de llamar a la puerta, escuché que el reverendo hablaba de los hechiceros egipcios en tiempos de Moisés y cómo estos habían logrado que sus bastones se transformasen en serpientes. Fantaseé con darle un susto relacionado con aquel aparte del Éxodo, pero en vez de ello golpeé.

Tras un breve silencio, unos pasos tímidos se acercaron a la puerta y alguien retiró el pestillo. Segundos después, me encontré ante el rostro asustado de la joven esposa de Németh, quien me miraba como si hubiese visto un espanto y a duras penas si ahogó una exclamación de pánico. Antes de que la chica pudiese cerrarme la puerta en las narices, incrusté mi bota en la apertura y empujé la madera, abriéndome paso hacia el interior de la estructura. Mis vestidos y cabellos estaban emparamados, por lo cual dejaba un rastro de agua por donde pasara. Németh palideció visiblemente al reconocermé y, aunque trató de hablar, solo tartamudeó una frase ininteligible. Los fieles, por su parte, se viraron hacia él, probablemente a la espera de alguna indicación en cuanto a cómo proceder, comprendiendo que quien los visitaba en tan inusitadas circunstancias era la misma bruja a quien habían estado buscando sin éxito los días previos. Ninguno osaba verme a los ojos, lo cual en otra situación se me habría antojado divertido. Sin embargo, sabía que compartían un secreto culposo, el de haber incendiado el cobertizo de Branka, y por ello no tenían el valor de encararme. Antes de que reaccionasen con violencia en un desesperado intento de huir de sus propias conciencias, di un paso al frente y hablé con voz firme en húngaro, para que todos me comprendiesen:

—Vengo a presentar mis disculpas al reverendo Németh.

La expresión de desconcierto del último fue tan evidente que, de no haber estado luchando contra mis instintos para no insultarlo, me habría echado a reír.

—Fue estúpido de mi parte haber despreciado su invitación a orar —proseguí, escrutando los rostros turbados de la congregación—. Si lo hubiese escuchado aquel día en que tan amablemente ofreció guiarme por la buena senda, mi nana y yo no habríamos sido víctimas de la tragedia que tuvo lugar en la granja el domingo anterior.

Aunque todos permanecieron inmóviles, algunos de ellos elevaron la vista del suelo para mirarme de soslayo con una mezcla de miedo, timidez y curiosidad. No me detuve:

—El sábado anterior, el reverendo me aseguró que despierto la lujuria de quien me contempla, lo cual se me antojó absurdo teniendo en cuenta lo poco agraciada que soy. Me dije que era imposible que una criatura como yo pudiese despertar pasiones tórridas en sus semejantes y terminé por rehuir su beatífica presencia. Sin embargo, tras haber sido golpeada por la desgracia, he llegado a considerar que quizá todos mis problemas se deban, tal y como él me lo advirtió, a que no he renunciado al pecado. Así pues, renuncio al pecado ante todos ustedes como testigos.

Sus rostros se habían teñido de bermellón. Observé que Németh temblaba y, sin darle tiempo de refutar mis afirmaciones, continué:

—Ahora estoy convencida de que, si hubiese escuchado al pastor de este rebaño de almas incorruptibles, accediendo a verme con él a solas para al fin aplacar su deseo más ferviente, esto es, salvarme de las llamas del infierno, Dios habría detenido a los demonios encarnados que incendiaron la propiedad de Branka. Supongo que ya deben haberse enterado de la tragedia, por supuesto —agregué, mirándolos fijamente por debajo de las cejas—. Se preguntarán por qué me refiero a ellos como demonios en vez de llamarlos, simplemente, asesinos del vulgo, o maleantes toscos.

»Después de todo, está claro que solo esperaban la noche para atacar a dos mujeres vulnerables, usando el manto de la oscuridad para encubrir su cobardía —susurré la última palabra mientras sus mejillas se tornaban lívidas—. Pues bien, la explicación es muy simple: ¿quiénes, si no aliados del maligno, podrían haber abandonado a su suerte a una mujer como Branka, tras maltratarla y hierla de gravedad, dejándola moribunda en una oscura alacena y encerrándola allí de modo que no pudiese salvarse en caso de que las llamas abrasaran su cabaña?

Noté que el pánico se había apoderado de la congregación: solo los agresores directos de Branka podían tener una idea de la severidad del ataque al cual la habían sometido. Por otra parte, nadie tenía pruebas de que había sobrevivido, pues yo la había hallado apenas la noche previa y ni siquiera sus familiares la habían visto desde aquel domingo. Yo sabía que el miedo de enfrentar cargos criminales evitaría que replicasen por el momento y que quienes habían participado en la incursión intentarían culparse unos a otros en privado cuando yo partiese.

—¡Ah, hombres y mujeres de fe inquebrantable e intachable moral! La crueldad

humana debería tener un límite, pero quienes nos ultrajaron lo desconocen. Por ello digo que solo puede tratarse de seres tan perversos como el mismísimo diablo y, como el reverendo bien lo diría durante cualquier prédica, estoy segura, pocos hombres pueden igualarlo en maldad. Me refiero al diablo, por supuesto. Pero eso no es todo —proseguí—. ¿Quién incineraría todo el ganado de una granja sin motivo? Sabemos de sobra que los criminales hurtan animales para venderlos o quedarse con ellos, pero no los queman vivos para que sus restos a medio calcinar se descompongan lentamente.

La mirada torva de una de las mujeres pareció iluminarse de repente y la escuché balbucir:

—Quizá fueron los gitanos Gaborii.

—Imposible —repliqué furiosa—. Son mis amigos. Además, me acompañaban aquella noche, así que soy testigo de su inocencia. Pero no recurramos a los chivos expiatorios cuando no cabe duda de que quienes cometieron aquellos actos abominables son adoradores del demonio. La prueba reside en que los culpables dibujaron su marca infernal en la fachada de la cabaña de Branka. Ah, sí, sé que les sorprende, pero quienes quiera hayan estado allí realmente trazaron con sus propias manos un pentagrama, que es uno de los símbolos más utilizados por los nigromantes, y es bien sabido que solo ellos se atreverían a evocar al demonio de forma tan clara y directa. ¡Ciertamente Satanás vendrá para llevárselos, estén donde estén! —exclamé, deleitándome en el terror que sus ojos reflejaban—. Después de haber escuchado todo lo anterior, pues —dije, suavizando al fin mi tono—, no debe asombrarlos que quiera orar con esta congregación, que sin duda es la más piadosa de Banat, reiterando cuánto me arrepiento de no haberme puesto en manos de Dios más a menudo.

Cuando terminé de hablar, mis ojos estaban llenos de lágrimas de furor, las cuales podían ser interpretadas de muchas formas diferentes.

—¿Piensa alertar a las autoridades de Vršac? —preguntó una voz temblorosa desde el fondo del granero.

—Supongo que no tendré más remedio —dije, agradeciendo para mis adentros su oportuna intervención—. Dada la gravedad del caso, tengo la certeza de que la policía se verá obligada a abrir una investigación. Sin embargo, confío en que nuestros amigos y quienes suelen mostrarse solidarios con nosotras, lo cual incluye a nuestros clientes habituales, claro está, sean considerados inocentes. Por el contrario, asumo que quienes nos demuestren animadversión se convertirían en sospechosos inmediatos ante los ojos de la ley. Sé cómo funcionan estas cosas; después de todo, crecí en la ciudad —suspiré—. Tendré que indagar entre las buenas gentes de Dobro si saben de quienes hayan buscado perjudicarnos a Branka o a mí de algún modo. Yo misma me encargaré de proveer una lista de nombres a los oficiales encargados.

Una mujer lloraba descontroladamente, de modo que su esposo la arrastró fuera del granero con una disculpa confusa, lo cual abrió el camino para que los adeptos

empezaran a cuchichear entre sí.

—En este momento hay mucho por hacer —los interrumpí—. Todas nuestras pertenencias fueron destrozadas. Lo que queda del granero deberá ser derruido para construir uno nuevo y apenas se salvaron un par de animales. Por fortuna, Branka podrá recuperar su salud con el tiempo, pero está muy debilitada como para trabajar. Ni ella ni yo aceptaríamos dinero o ayuda material de los vecinos de Dobro —aclaré, mirándolos con fijeza—. En cambio, les suplico encarecidamente que me acompañen a orar ahora mismo puesto que, como bien se sabe, cuando alguien se arrepiente de corazón, Dios lo perdona y protege de nuevas calamidades.

Procuré que mi petición pareciese sincera.

—¿Y bien, Reverendo? —insistí—. ¿Socorrerá a un alma arrepentida?

—Sí... claro —tartamudeó, inclinando la cabeza para ocultarme su mirada.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dije, entornando los ojos y dirigiéndole mi sonrisa más dulce—. Si me disculpan —agregué, posicionándome frente a él con el resto de sus adeptos—, me gustaría escuchar su plegaria ahora mismo, rodeada de estas buenas gentes cristianas.

Németh asintió con gravedad y, crispando los puños, masculló:

—Señor, te damos gracias porque has obrado maravillas en la forastera, guiándola para venir a nuestro encuentro y renunciar al pecado. Amén.

—¡Ah, reverendo! —dije—. No olvide pedirle a Dios que nos proteja a mí y a Branka de ahora en adelante y que nos libre de nuestros enemigos, por favor.

—Te suplicamos que la libres de todo mal y no permitas que sus enemigos la dañen —expresó, a regañadientes—. Aleluya.

—Aleluya —farfullaron los demás a destiempo.

—¡Amén! —exclamé yo, elevando mis brazos hacia el techo del granero y sonriendo ampliamente, como si estuviese llena de gozo.

En cierta medida, lo estaba. Sabía que había ganado una batalla de suma importancia mientras cumplía con la palabra que le había dado a Slaven, y me pareció que celebraba el momento con tanta sinceridad como podía, aunque en aquella ocasión me habría encantado aplicar la ley del talión para con mis enemigos. Me contenté con no haber puesto la otra mejilla y, tras agradecer profusamente al reverendo y a sus cómplices, quienes me despidieron con muecas cargadas de hipocresía y resquemor, salí del granero.



Mala reputación

Mi siguiente paso fue informar a los amigos serbios de Branka en Dobro lo que nos había acaecido. Como es usual entre los campesinos honrados, tras manifestar su gran asombro y preocupación, ofrecieron prestarnos su ayuda limpiando aquel desastre y reconstruyendo el cobertizo. Algunas mujeres dijeron que llevarían algo de comida a mi nana en el transcurso del día y, antes de continuar con sus labores diarias, me preguntaron si tenía alguna idea de quién podría habernos hecho algo tan terrible. Puesto que aún tenía que llevar a cabo la segunda parte de mi plan, me limité a decirles que la policía de Vršacac tendría que averiguarlo y fui a buscar a la chica que ayudaba a los Németh en la granja para darle la nota. Ella no había estado presente durante mi visita al granero, así que la enteré de los sucesos. La chica se estremeció y, tras mirar por detrás del hombro, inquirió si creía que su patrón sería capaz de algo semejante, a lo que contesté con la misma pregunta.

—Por supuesto que no —replicó ella, bajando la mirada con el rostro enrojecido.

Yo sabía de sobra que nadie en Dobro, en especial nadie que trabajase para Németh, lo acusaría a él o a los miembros de su congregación por temor a las represalias que pudiesen tomar, así que decidí aprovechar el golpe de gracia en que se había constituido la farsa de mi arrepentimiento. Tal vez llamar a la policía sería inútil, pero se me ocurrió que debíamos hacerlo de todos modos para prolongar el suspenso. Todo dependería de qué tan conveniente pudiese resultar a largo plazo. Era algo que debía conversar con Branka y, en lo posible, con Slaven.

—El reverendo ofreció proveernos su apoyo espiritual mientras superamos este duro golpe —dije a la chica—. Por favor, entrégale esta nota con mis oraciones, pero hazlo en privado para que los curiosos se abstengan de entrometerse en mi relación con Dios.

—Como tú quieras —balbució la chica, quien metió la nota en el bolsillo de su

delantal y me dirigió una mirada de profunda lástima. Por más que lo intentara, no podía disimular que estaba convencida de que Németh era culpable.

Al menos me alegró concluir que la chica no estaba involucrada en el asunto y me dije que quizá podría volver a serme de ayuda en el futuro. Me dirigí a la posada sin perder tiempo y pedí una taza de leche caliente con miel y *šljivovica* para beberla junto al hogar tibio mientras mis ropas se secaban: no había llevado un abrigo y el frío me había calado hasta los huesos. Tirité largamente conforme recobraba el calor en mis extremidades, sorbiendo la reconfortante bebida. El lugar estaba vacío excepto por la mujer y la hija mayor del posadero, así que hablé con ellas acerca de lo que nos había ocurrido en el cruce de caminos con la esperanza de que me proporcionaran nueva información.

—Es muy parecido a lo que padecieron una curandera y su hijo, quienes solían vivir en el bosque de Dobro. La diferencia es que ellos no tenían animales, pero estuvieron a punto de morir carbonizados —dijo la mujer del posadero—. Hazme caso, querida: considéralo una primera y única advertencia.

—Branka y yo no le causamos problemas a nadie —dije asustada—. No se me ocurre qué podríamos dejar de hacer para que estas personas cesen de odiarnos.

—Yo te aconsejaría abstenerte de venir a Dobro durante algún tiempo —dijo, dándome unas palmaditas en la mano.

—¡Es tan injusto! —comenté—. Branka no tenía preocupaciones antes de que yo viniese por aquí.

—Quizá simplemente desafiaste a... la persona equivocada —dijo la hija del posadero, expresando con los ojos el hecho de que prefería no mencionar nombres—. El hijo de la curandera hizo lo mismo.

—¿Sabes de qué modo lo hizo?

—Bueno, yo era solo una niña cuando él y su madre aún vivían en Dobro, y debo admitir, a mi pesar, que yo también les temía. Eran un poco extraños —afirmó, tragando en seco—. Esto no puede decirse de ti ni de Branka: ambas son muy simpáticas y sociables. Por lo tanto, creo que lo único que el chico y tú tienen en común, lo cual debe haber despertado la ira de cierto individuo, es que ambos son bastante orgullosos —murmuró, ruborizándose—. No es algo malo, por supuesto —aclaró—, es solo que nadie, excepto el chico y tú, se ha atrevido a confrontar al rev... a esa persona. Vi el mismo furor en los ojos de ambos. Quizá Branka no te advirtió que es algo que no puede hacerse en Dobro.

—Tienes razón —mascullé—. No acostumbro callar ante el insulto o la infamia; la sumisión no hace parte de mi naturaleza. En cuanto a Branka, no es su culpa: no habría podido detenerme si lo hubiera deseado.

—¿Sabes? Es el hombre más poderoso e influyente de la región y da trabajo a muchos en sus tierras —dijo la madre—. Quizá, por el bien de Branka, sería mejor que retornaras a Viena.

—¿Qué dices? No abandonaré a mi nana y no me iré de Banat. Pero descuiden:

ya me disculpé ante Németh y su congregación. Aun así, seguiré su consejo durante un tiempo prudencial: no vendré al pueblo a menos que sea estrictamente necesario.

Y, en caso de que alguna de las dos mujeres quisiera traicionarme, agregué:

—Lo cierto es que no sabemos quién incendió el cobertizo. Quizá Németh sea un hombre férreo, pero es, al fin y al cabo, un ministro religioso. Me sorprendería que fuese capaz de instigar un acto criminal.

—Vaya —dijo la madre, palideciendo un poco—. Muy maduro de tu parte. Quizá la señora Fekete te haya juzgado mal.

—¿Quién? —inquirí, entrecerrando los ojos.

—Debo irme —se excusó ella, balbuciendo y poniéndose de pie—. Vamos, hija, necesito tu ayuda en la cocina.

—Pero —empecé a decir.

—No te preocupes por pagar la leche: la casa invita. Es lo mínimo que podemos hacer por ti después de los malos momentos que Branka y tú acaban de pasar —replicó, tomando a su hija de la muñeca y llevándosela a la parte interior de la posada.

Y, sin más, desaparecieron tras la puerta de la cocina, dejándome confundida y pensativa. ¿Quién era la señora Fekete? Me dije que tendría que averiguarlo cuanto antes, así que decidí llevar a cabo mis averiguaciones en mi siguiente parada: la taberna.

Mi intención era comprar una botella de vino en la cual diluir la poción mágica, pues no había podido pensar en otro modo de dársela a beber a Slaven sin levantar sospechas. Le propondría un brindis tras haber obtenido la información deseada de parte de Németh y, con algo de suerte, él no se negaría a beber. Después de todo, ya había compartido conmigo una botella de *šljivovica* cuando me retenía en aquella habitación oscura.

Por ser tan temprano en la mañana, solo hallé un par de clientes bebiendo y jugando cartas en una mesa adyacente a la ventana. Una camarera bastante guapa descansaba con la cabeza apoyada en la barra: parecía haberse quedado dormida pero, en cuanto entré y sonó la campanilla clavada a la puerta, se irguió de inmediato. Sus cabellos rizados rodaron sobre sus hombros cuando se incorporó, alisándose el delantal perezosamente.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, frunciendo el ceño al observar que quien había llegado era una mujer—. Probablemente estés en el lugar equivocado.

—Solo deseo comprar una botella de vino para llevar a casa —expliqué.

—Es extraño —dijo, encogiéndose de hombros—. Nuestros clientes suelen beberlo aquí.

—No sabría dónde comprar licor en Dobro excepto en este lugar —dije.

—Lo traemos del viñedo en barriles. Somos tu única opción en el pueblo si quieres comprar una botella. Quizá desees llevar una pequeña —sugirió.

—Sería estupendo —respondí, sonriendo—. Muchas gracias.

—Ni lo menciones —dijo, sonriendo a su vez y poniéndose detrás de la barra—. Mi nombre es Adrijana. Eres la chica que vive con Branka, ¿verdad?

—Así es —dije—. Me llamo Ava.

—Solo he escuchado de ti las peores cosas. Es un placer conocerte.

Reí, sentándome en uno de los taburetes mientras Adrijana envasaba el vino.

—Así que mi mala reputación me precede. No me sorprende. ¿Te importaría contarme qué se dice?

—En lo absoluto. Trabajando aquí, puedo escuchar lo que comentan los hombres del pueblo sin que sus esposas estén presentes, y te garantizo que les gustan los chismorreos más que a ellas.

—¡Maravilloso! —exclamé—. Debe ser un trabajo muy interesante.

Adrijana me miró por debajo de las cejas como queriendo decir: «¿estás loca?», pero acabó por afirmar:

—La verdad, no está tan mal. Al menos puedo darle a papá una mano en el negocio. Yo atiendo a los clientes durante el día y él lo hace durante la noche. Aun así, por el solo hecho de trabajar en una taberna, me he hecho merecedora de una terrible reputación.

—Lo siento por ti, aunque mentiría si dijese que no me alegra tener algo en común con alguien en este pueblo —reí.

—Bien, creo que tu caso es peor que el mío —susurró, vigilando a los dos hombres que jugaban a las cartas—. Según escuché, defendiste a los gitanos en público, lo cual para los vecinos solo puede significar que eres una mujer de dudosa moral. Pero eso no es lo más grave —prosiguió, inclinándose hacia mí—: se dice que eres una bruja.

Miré dentro de sus ojos color avellana y, sonriendo ampliamente, dije:

—Siempre quise serlo.

Adrijana lo tomó como una broma graciosísima, pero no me molesté en aclarar que no lo era. La chica me inspiraba confianza al punto de querer convertirme en su amiga.

—Lo cierto es que solo en Dobro se iniciaría un rumor de esta índole. En el resto de Banat se cree en las brujas legendarias que aparecen y desaparecen, y se respeta a las curanderas, quienes usualmente están bien integradas en sus respectivas comunidades, pero nadie ve su oficio como algo reprochable sino, más bien, digno de prudencia y admiración. Sobre todo, nadie osaría atacarlas.

Le conté entonces lo que nos había acaecido a mí y a Branka, y su cara espantada habló por sí sola.

—Por lo tanto —concluí—, me encantaría ser una bruja para hechizar a quienes nos dañaron tan gravemente. Sin embargo, preferí presentarme ante Németh y su congregación esta mañana para ofrecerles mis disculpas.

—¿Disculpas? —inquirió indignada—. ¿Por qué?

—Al parecer, suscitó la ira del reverendo cuando me negué a orar con él. Creí

pertinente prevenir un segundo ataque buscando la paz con el personaje más influyente del pueblo.

—Németh y sus adeptos son de lo peor —dijo furiosa—. No debes fiarte de ellos bajo ninguna circunstancia. Quiero decir, aunque te hayan prometido velar por tu seguridad, lo más probable es que ellos mismos hayan instigado el ataque del que tú y Branka fueron víctimas.

—Esa fue mi conclusión, aunque carezco de pruebas —suspiré—. Por cierto: ¿quién es la señora Fekete?

—¡Ah! —resopló—. ¡Es justamente la más odiosa de ellos! ¿Por qué lo preguntas?

—Alguien sugirió que era responsable de mi mala fama.

—Yo no lo pondría en duda. Ruth Fekete, podría decirse, es la sombra de Németh.

—Lo más irrisorio de esto es que jamás la he conocido. ¡Ni siquiera sé cómo luce!

—Descuida, cuando tengas la oportunidad de verla, la reconocerás: es como estar frente al mismísimo demonio —dijo, entregándome la pequeña botella de vino que acababa de envasar—. Espero sea de tu agrado.

—¿El vino? Sin duda —dije, guiñándole un ojo—. En cuanto a la señora Fekete, ya te contaré mis impresiones cuando los ánimos se calmen un poco. Me aconsejaron no presentarme en Dobro durante un tiempo y quizá sea lo mejor.

Agradecí a Adrijana su amable atención y, tras pagar lo que le debía, salí de la taberna. Era mediodía y tenía hambre pero preferí hacer como que partía de Dobro para despistar a mis enemigos, quienes debían estar vigilándome. Monté a Berz de nuevo y, después de pasar el pozo, di la media vuelta para alcanzar la cabaña de Slaven por el otro extremo del pueblo.



La hora de los brujos

Até el lazo del caballo a una de las ramas bajas de un roble y caminé hacia la cabaña con sigilo. Faltaban doce horas para mi cita con Németh, pero no quería fatigar demasiado a Berz regresando a Raskrsnica para partir hacia Dobro de nuevo en la noche. Por suerte, Slaven nos había provisto con suficiente heno, pues el nuestro se había incinerado en su totalidad y no habría podido alimentar a Berz antes de salir. Branka se había quedado con Nóc y, según esperábamos, sus parientes llegarían al cruce de caminos durante las horas de la tarde, lo cual me tranquilizaba.

Una enorme nube gris se había cernido sobre Dobro. Amenazaba con llover de nuevo, por lo cual me apresuré a buscar refugio. Puesto que solo había estado en la cabaña de Slaven antes de mi iniciación por parte de Baba Roga, tuve una experiencia muy diferente cuando me aproximé a la pequeña vivienda por segunda vez: en cuanto mi mano rozó la puerta desvencijada, un cosquilleo me recorrió de arriba abajo, poniéndome los pelos de punta. La vibración interna que ya conocía tan bien se manifestó de inmediato con mayor potencia que nunca, permitiéndome visualizar en esta ocasión la energía oscura y luminosa que permeaba el lugar: una masa etérea, y sin embargo palpable, envolvía la propiedad de modo que solo un brujo podía discernirla. Conforme me adentraba en la cabaña, traspasé aquella membrana mágica que había permanecido allí a través de los años, tal y como Slaven me lo había advertido. Un tenue haz de luz se filtraba a través del techo roto, así que no tuve ninguna dificultad para distinguir mi entorno: el lugar estaba, efectivamente, vacío como lo recordaba. Deposité la botella de vino sobre el suelo de tierra y, puesto que aún me hallaba sola, extraje la pócima del saquito para sostenerla en mi mano unos instantes: esta resplandeció, rojiza y burbujeante, iluminando el recinto. Pronto, antes de que alguien pudiese sorprenderme, la mezclé con el vino, conservando la mitad del bebedizo original en el frasco de perfume en caso de que mi plan fallase. De repente

me sentí muy cansada, tanto que tuve que tenderme sobre una porción seca del piso de la cabaña y, aunque no lo deseaba, me quedé dormida al cabo de unos segundos.

Unos ruidillos provenientes del exterior me sobresaltaron y me incorporé de un salto. Había oscurecido por completo, así que hice uso de mis poderes mágicos, despertando a conciencia la vibración para ver en la oscuridad. No sabía qué hora era, así que temí que Németh hubiese venido y, asustado por la penumbra y la quietud, hubiese partido de nuevo sin hablar conmigo.

—Ava.

El susurro proveniente del exterior me puso sobre aviso, y me apresuré a dirigirme a la ventana rota para escrutar la maleza.

—¿Quién anda ahí? —susurré a mi vez.

—Hola.

La voz de Slaven resonó tras de mí, y me di la vuelta, espantada: él no estaba por ningún lado.

—¿Puedes hacerte visible, por favor? —pedí—. Este hábito tuyo me pone nerviosa.

—Prefiero no hacerlo, no quiero que nadie me vea por aquí —replicó—. ¿Trajiste vino? —inquirió, y noté que la botella se elevaba en el aire—. Qué curioso.

—Así es, quiero que celebremos nuestra victoria una vez hayamos averiguado lo necesario —me apresuré a decir.

—Por un momento creí que intentarías seducir a Németh.

—Qué asco —repliqué—. Además, estoy segura de que el reverendo no bebe —agregué.

—En eso no te equivocas. Solo bromeaba acerca de la seducción, por supuesto —dijo, y la botella de vino retornó a su lugar—. Vine a asegurarme de que todo salga bien. Faltan quince minutos para las doce. Realizaré un breve ritual en el perímetro de la cabaña y, una vez Németh se presente, estaré escuchándolo todo desde el exterior. Así podré ayudarte en caso de que intente sacar provecho de la situación.

Entonces, su mano invisible estrechó mis dedos fríos y, aunque en otra ocasión habría gritado a causa de la sorpresa, solo atiné a suspirar una vez me soltó. Su tacto mágico hacía que mi corazón palpitase con violencia.

—Qué extraño —comentó, y por el sonido de su voz supe que ya se hallaba en el umbral—. Al tocarte me pareció sentir una chispa.

—Vaya —dije, simulando sorpresa—. Yo no sentí nada.

—Asegúrate de que Németh confiese —dijo, y escuché sus pasos perderse entre los arbustos.

Estaba realmente nerviosa. Mi sentido del tiempo no era el mejor en aquellas circunstancias, así que me paseé una y otra vez por el espacio vacío al tanto que los minutos transcurrían, deseando enfocarme en lo que debía decir a Németh y, aun así, pensando solo en Slaven. Me aterraba pensar que aquella pudiera ser la última vez que lo viese, escuchase o sintiese. Entonces, el destello de una luz me encegueció

durante un par de segundos y la silueta del reverendo apareció ante mí.

—Lo que un hombre tiene que hacer para salvar un alma.

Lo dijo con voz entrecortada y tono solemne, abrumado por la emoción.

—Gracias por acudir a mi llamado —respondí, procurando sonar neutral—. No sabía si se atrevería a venir a este lugar.

—Mi deber es ayudar a las ovejas descarriadas —dijo, depositando en el suelo la lámpara que llevaba en la mano y avanzando hacia mí con los brazos abiertos.

—Eso me alegra, pues necesito de su guía —dije, retrocediendo.

—Lo sé. Eso decía su nota. ¿Debo asumir que está lista para ser purificada? —inquirió, rozando mi brazo con sus dedos trémulos. Quise vomitar.

—Temo que me malentiende, reverendo —repliqué, apartándome de él—. Por el momento, estoy lista para escucharlo. Usted afirmó en cierta ocasión que yo le recuerdo al chico que solía vivir aquí, aquel a quien todos llamaban Pie de Bruja. Sospecho que esa similitud puede ser el motivo de que aquellos maleantes prendieran fuego al cobertizo de Branka, tal y como los vecinos de Dobro incendiaron esta cabaña. Puesto que es el mismo tipo de crimen, quizá se trate incluso de los mismos perpetradores. Estoy, por supuesto, confundida y asustada, y solo usted puede ayudarme. Dígame: ¿era aquel chico, como yo, extranjero?

Me dio la impresión de que los ojos de Németh iban a salirse de sus cuencos.

—Pensé que hablaríamos de nosotros —murmuró.

—Ya hablaremos de usted y de mí —dije, deseando asesinarlo—. Pero antes, le suplico, responda a mi pregunta.

—Quizá el bastardo fuese extranjero —replicó apresuradamente—. Nadie sabe con exactitud de dónde vino su madre, quizá del reino vecino, porque se comunicaba con los gitanos en rumano, aunque hablaba el *štokavski* con fluidez.

—¿Dónde nació el chico?

—No lo sé.

—Así que no puede decirse con certeza que él o su madre fueran forasteros. ¿A qué se dedicaba ella? ¿Vendía quesos y panes como Branka?

—Era una bruja mezquina —resopló él.

—Supondré entonces que era una humilde curandera. ¿Y qué hay del padre de Pie de Bruja? —inquirí—. ¿Era acaso un hombre de ciencia, como el mío?

—¡Peor aún! —vociferó el reverendo—. El padre del bastardo es el diablo.

—¡Por supuesto! —reí, fingiendo sorpresa—. Ahora recuerdo que lo mencionó una vez. No esperará que una persona de ciudad crea semejante historia, reverendo.

—Créalo o no, es la verdad.

—¿Vio al diablo acunándolo? —inquirí, entrecerrando los ojos.

—No fue necesario. Él le imprimió su marca —afirmó con voz temblorosa.

Mi corazón se detuvo. Si Németh conocía la marca de Slaven, su secreto no estaba a salvo y no lo había estado por mucho tiempo.

—¿Qué marca? —inquirí, deseando intensamente que se refiriese al dedo faltante

de Slaven.

—La que lleva junto al hombro izquierdo. ¡Un dragón monstruoso, señal inequívoca del mal!

—¡No puede ser! —dije sinceramente horrorizada, aunque por otros motivos. A pesar de que Németh me causaba repulsión, me apoderé de su mano para alentarle a hablar—. ¿Cómo tuvo conocimiento de que esa marca existía?

—Una de mis ovejas me lo contó —masculló, y dándose un golpecito en la sien con los nudillos, exclamó—: ¡No entiendo por qué estoy hablando tanto esta noche!

—¿Y quién es esa persona en cuya palabra usted confía como si se tratase de la de un apóstol?

—Ruth Fekete —dijo él, acercando su rostro al mío y deslizando un dedo por mi mejilla. Aun si me estremecí, la mención de aquel nombre me causó un escalofrío más fuerte que la proximidad del reverendo—. También fue ella quien me confirmó que usted es una bruja, tal y como lo sugirió aquel chico gitano en la plaza.

—Pero no lo soy, reverendo —mentí, dirigiéndole la sonrisa más inocente de la que fui capaz y odiándome a mí misma por ello. Quería lanzarle una maldición.

—Sé que mientes —susurró y, dicho esto, metió su mano dentro de mi blusa.

Proferí un grito al tiempo que Németh extraía el medallón del interior de mis ropas, arrancándolo de mi cuello.

—¡El talismán de Pie de Bruja! —bramó—. Ahora no podrás negar que conoces al bastardo. Se lo mostraré a todos a menos que...

Me sentí palidecer intensamente y empecé a temblar, no solo porque Németh creía tener una prueba irrefutable que podía hundirme ante todos sino, especialmente, porque acababa de exponerme ante Slaven. Antes de que el último interviniera, hurgué en el interior del saco que llevaba atado al cinturón hasta encontrar las sales de plata que Baba Roga me había dado: mi plan había fracasado de un momento a otro y Slaven querría matarme como había amenazado con hacerlo en la nota que explicaba el hechizo de transferencia. Desaté el nudo que contenía las sales dentro del pañuelo y las derramé en la palma de mi mano, apretando mi puño con fuerza a continuación para retenerlas.

—¿De qué habla? —balbucí, intentando improvisar una excusa—. Una gitana me lo cambió por un par de quesillos.

—Tal vez pueda guardar tu secreto si te muestras dócil —susurró, surcando la distancia que había entre los dos y sujetándome de las caderas para presionar sus labios gruesos, carrasposos y húmedos contra mi pecho.

Sin pensarlo dos veces, lo golpeé con la rodilla en la entrepierna al tanto que tiraba de sus cabellos hacia atrás con mi mano libre.

—¡Maldita mujerzuela! —exclamó él, replegándose a causa del dolor y soltando el medallón que ahora contenía mi sangre.

En cuanto logré separarlo de mí, huí hacia el fondo de la cabaña, haciéndome con uno de los palos sueltos que reposaban en un rincón.

—Ni un paso más, Németh —gemí por entre los dientes.

—Así que quieres jugar, ¿eh? —jadeó, incorporándose—. Eres una pequeña pícara. Muy bien: ten en cuenta que no podrás escapar de mí fácilmente. Te obligaré a compensarme por el daño que me has causado.

Sabía a lo que se refería.

—¿Y cómo nos compensará a mí y a mi nana por el crimen que usted y sus adeptos cometieron?

Un susurro y el chasquido de unos dedos en el umbral de la puerta me sobresaltaron. Németh cayó tendido en el suelo de inmediato, como si durmiese profundamente.

—Ahora puedes verme.

La voz de Slaven había pronunciado la conocida frase en latín y entonces apareció ante mí. Desesperada, recorrí el suelo con la mirada, esperando que no viese el medallón antes que yo.

—¿Buscas esto? —dijo, dándole vuelta al cordón entre los dedos y enseñándome el talismán.

—Puedo explicar —balbucí, soltando el trozo de madera.

—No tienes que explicar nada —replicó.

El hecho de que su rostro no expresara rabia o decepción solo me causaba más terror.

—Slaven, yo...

—Cumpliste con tu parte del pacto a cabalidad —dijo, apartándose para tomar la botella de vino—. ¿Celebremos?

Asentí quedamente, sin atreverme a decir nada que pudiese incriminarme más. Slaven destapó la botella y, sosteniéndola ante sus ojos, hizo virar su contenido dentro del recipiente sin derramarlo.

—¿Sabes? —dijo, acercándola a su nariz para olfatear el líquido—. De todas las brujas del mundo, jamás se me ocurrió que serías precisamente tú la elegida del medallón. De un modo extraño, hace que haberte hallado en el campamento romaní cobre sentido de repente.

—Te ruego que no me mates —murmuré con los ojos llenos de lágrimas. Estaba lista para soplar las sales de plata en su rostro pero temía que soltase la botella.

—¿Matarte? ¿Lo dices por la carta que escondí dentro del libro? —Sí.

—Vamos, no habrás tomado en serio lo que un *strigoi* adolescente escribió en un momento de intenso sufrimiento, ¿verdad?

—¿De qué otro modo podría haberlo tomado? —pregunté exasperada.

—Ven conmigo —dijo—. Hablemos en otro lugar.

—No —lloré—. Me matarás.

Él suspiró, poniendo los ojos en blanco:

—Te repito una vez más que, si hubiese querido matarte en algún momento, lo habría hecho. Incluso ahora: ¡cuánto me convendría incriminar a Németh!

¿Realmente crees que perdería el tiempo conversando con alguien a quien simplemente deseo borrar del mapa?

—¡No tengo idea! —exclamé a punto de desmayar de la anticipación—. ¡Me da la impresión de que juegas conmigo como un gato con un ratón!

—¿Ayudaría si te diera mi palabra de no matarte?

—Sí.

—Muy bien, tienes mi palabra de que no te mataré.

—¿Nunca?

—¡Oh, por favor! Bien, será como tú quieras: te doy mi palabra de que jamás te mataré. ¿Contenta?

—Estrecha mi mano —pedí, temblando.

—Lo haría pero, verás, llevas un puñado de cloruro de plata oculto en tu mano derecha, la cual se utiliza para sellar las promesas —dijo con expresión socarrona—. ¿Podemos irnos ahora?

—Está bien —dije, inclinando la cabeza, avergonzada. ¿Cómo me había descubierto?—. Lo lamento.

—Descuida —rio—. No me he hecho acreedor de tu confianza desde un comienzo. Tienes toda la razón en desear protegerte.

—Gracias —mascullé, más mortificada por mis sentimientos que por la situación.

—De nada. Quien te está eternamente agradecido soy yo —afirmó, y se dio la vuelta para pasar sobre el cuerpo de Németh.

—¿Vamos a dejarlo aquí? —inquirí, siguiéndolo. Me habría gustado detenerme para darle al reverendo un puntapié.

—Despertará en un par de horas y regresará a casa despavorido —dijo.

—¡Les dirá a todos que soy una bruja! —me quejé, nerviosa.

—No será nada que no haya hecho ya —dijo—. Además, no podrá presentar ninguna evidencia y dudo que se atreva a confesar que vino a encontrarse contigo aquí.

—La nota que le envié probará que yo se lo pedí.

—Por desgracia para él, robé la nota antes de venir aquí. La guardó en el cuarto de torturas, en la parte superior del granero. Lo conozco demasiado bien para no adelantarme a sus movimientos.

—¿Cuarto de torturas? —inquirí aterrada.

—Deja que tu imaginación vuele y no hagas preguntas que no estoy dispuesto a contestar aún. Lo que importa es que esta noche logramos una importante victoria —murmuró, saliendo de la cabaña.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Al cruce de caminos —dijo—. Vamos por tu caballo.



El engaño

Monté tras él en Berz, poniendo mis brazos alrededor suyo y sujetándome con firmeza. Me había deshecho del polvo de plata y después me había lavado las manos en un pequeño arroyo ante su mirada vigilante. Él había vuelto a tapar la botella y la llevaba entre sus manos al igual que las riendas, por lo cual yo sufría con cada pequeño revés del camino, imaginando que soltaría el recipiente y así la mitad de mi hechizo perfecto mientras cabalgábamos. Sin embargo, Slaven era sumamente hábil y Berz parecía tener más brío ahora que él lo guiaba. Cuando llegamos a Raskrsnica, Slaven ató a Berz en el mismo lugar donde lo había dejado antes y, tomándome de la mano, me guio entre la maleza hacia la colina, deteniéndose en un punto desde el cual se podían ver claramente tanto la vertiente como la casa de Branka. Se sentó sobre una roca lisa cerca de la corriente de agua y yo hice igual. Observé que, con la ayuda de los vecinos, la totalidad del cobertizo había sido derribado. Solo el prado chamuscado enseñaba el lugar exacto donde se había izado la estructura rectangular antes del fuego, pues los cuerpos de los animales habían sido retirados y probablemente enterrados al otro lado del camino, en las inmediaciones del roble herrado.

—Necesito respuestas, Slaven —dije, tragando en seco. No me atrevía a mirarlo por temor a que me deslumbrase con un solo gesto y, de tal modo, terminase por revelar involuntariamente lo que sentía por él.

—Lo sé —dijo—. Es solo que, en este punto, tendría que ofrecerte tantas disculpas antes y después de hablar que quizá no acabe nunca.

—Olvida las disculpas —dije—. Solo quiero tener un poco de paz en lo que te concierne y no sentir que cometí el más grave error viniendo a Voivodina.

—Oh, Ava —dijo, sonando realmente contrito—. Quizá lo haya sido, y gran parte de la culpa es mía.

Quise retirar lo dicho, pues no toleraba la idea de que Slaven quisiera alejarse de

mí a causa del remordimiento, infundado o no.

—No tienes la culpa de que Németh sea el ser más vil sobre la Tierra —afirmé—. Y, lo que me hayas ocasionado antes de conocerme, olvídalo, aunque las consecuencias futuras sean devastadoras.

—Jamás me había importado el devenir de otra persona —dijo—, y ahora no deo de pensar en lo que pueda acaecerte. No sé qué sería de mí si uno de esos malditos puritanos llegase a dañarte. ¡Estuve a punto de matar a Németh cuando te puso las manos encima! Si no te hubieras defendido tan bien... ¡Ah, cuánto lo disfruté! Fue hermoso, Ava. Solo ese instante de dicha evitó que le partiese el cuello. Pero quizá te habrían inculpado, y ese es el único motivo por el cual me habría arrepentido de hacerlo. Sin embargo, a causa de la discusión que tuvo lugar esta noche en la que antes fue mi cabaña, su odio por ti no dejará de crecer, y soy responsable de ello. A excepción de haber descubierto que fui el causante de la muerte de mi verdadera madre, nunca había sentido compunción... y no quiero dejar de sentirla ahora: esto es nuevo para mí y, aunque sé que dije que jamás pido perdón, ahora solo tengo deseos de implorar el tuyo.

—Estoy bastante segura de que, si tú y yo no nos hubiésemos conocido, las acciones de Németh y su congregación para conmigo no habrían variado. Además, tal vez saber de tus labios lo que aún desconozco acerca de ellos sea lo que me salve en el futuro.

—Eso espero —murmuró.

—De cualquier modo, te perdono desde ahora y para siempre. No podría guardarte rencor.

—Deberás repetírmelo cuando haya dicho todo lo que tengo que decirte.

—Me estás matando de angustia —dije—. ¿Qué puede ser tan grave que aún no sepa?

—Para empezar, que te engañé desde un comienzo. No sabía que te engañaría a ti, por supuesto, pero estaba muy consciente de que engañaría a alguien cuando escribí la carta que debía orientar a la bruja que hallase el talismán.

—¿A qué te refieres?

—Es simplemente terrible.

Su laconismo me puso en extremo nerviosa.

—¿Y bien? ¡Dímelo ya! —supliqué, temblando.

—Nunca transferí la luz de mi alma al medallón, Ava —dijo, palideciendo bajo el brillo de las estrellas.

—No puede ser —balbucí, sintiendo que palidecía a mi vez al tanto que perdía todas mis fuerzas—. ¿Qué hiciste con ella, entonces?

Estuve a punto de echarme a llorar: ¡cuánto había luchado por devolvérsela, y nunca había estado en mis manos hacerlo!

—Absolutamente nada —suspiró—. Un acto tal no es realizable, ni siquiera por medio de la magia. Nadie puede desprenderse de la luz de su alma y mucho menos

imbuírsela a un objeto...

—¿Quieres decir que...? —fue todo lo que atiné a verbalizar.

—Nunca estuve a punto de perder la luz de la tuya tampoco —confesó, clavando los ojos en el prado húmedo—. Cuando escribí la nota, me pareció una gran idea intimidar a quien hallara el medallón para asegurarme de que se apresurase a encontrarme, proveyéndome con la sangre transformada.

—¿Era tuya la sangre que contenía el talismán, al menos? —inquirí preocupada y, aun así, sin dejar de sentir la más intensa curiosidad. Necesitaba saberlo todo de inmediato.

—Sí, la sangre era mía.

—Pero, entonces, si no hechizaste el medallón, ¿para qué rayos querías que una bruja lo encontrase?

—No dije que no hubiese hechizado el talismán. Sí que lo hice, pero no para recuperar una bondad que jamás poseí y de la cual, por lo tanto, jamás me desprendí. Lo que quiero decir, Ava, es que no soy malvado por causa de un fatídico hechizo que busco revertir. Lo soy, simplemente, por mi condición de *strigoi*.

—Dime para qué lo hechizaste, por favor —murmuré.

—Lo hechicé para que hallase a la única bruja en el mundo capaz de convertirme, por medio de la ingestión de mi propia sangre, en lo que necesito ser.

Arqueé una ceja y le dirigí una mirada inquisitiva.

—Prosigue —dije.

—Solo tú podrías haber realizado el hechizo capaz de transformarme en el *strigoi* más poderoso de todos los tiempos —dijo, encogiéndose de hombros—. Lo sé, era un sueño juvenil, pero aún necesito que se haga realidad para...

—Llevar a cabo tu venganza —lo interrumpí, completando su frase.

—Así es.

—Muy bien, Slaven Drăculea: ¿por qué insististe en que deshiciese un hechizo que jamás existió para empezar?

—Tenía doce años. Fue la mejor estrategia que se me ocurrió.

—¡Jugaste con mis sentimientos! —murmuré. Sabía que había enrojecido hasta las orejas porque el rostro me ardía como si tuviese fiebre—. Además de creer que perdería cualquier tipo de bondad que mi propia alma albergase, no he hecho más que compadecer al *pobre Slaven*, quien renunció a su propia luz para poder contactar a su padre.

—Esa parte es verdad. Lo que más deseo es verlo una vez más.

—No me digas. ¿Ahora debo creerte?

—Solo si tú quieres. Mira, Ava, no intento convencerte de que me perdones con base en excusas. Tengo la esperanza de poder al fin comunicarme con mi padre cuando adquiera mis nuevos poderes de *strigoi*. Entre otras cosas.

—¿Sabías que se trataba de mí cuando me encontraste en el campamento? —inquirí, entrecerrando los ojos.

—Te reconocí de inmediato —suspiró—. Y aunque matarte nunca fue mi intención, no habría tenido ningún problema en ser bastante más cruel... pero me conmovió profundamente descubrir que habías sanado a mi hermano lobo.

—Espera un momento: ¿dices que me reconociste? ¿De dónde?

—Realicé un hechizo para ver en el espejo a la única bruja capaz de ayudarme.

—¿De qué hablas? —pregunté atónita—. Fui yo quien realizó un hechizo para... para...

Slaven me miró por debajo de las cejas, sorprendido:

—¿Sí?

—Para ver al famoso Pie de Bruja, por supuesto —mentí, desviando la mirada—. Debía encontrarte de algún modo, ¿no?

—Claro —asintió, cubriéndose los labios con el dedo índice—. Qué coincidencia que lo hayamos puesto en práctica al mismo tiempo. ¿Así que tú también me viste?

—Sí —admití, inclinando la cabeza.

—Eres una bruja muy poderosa —dijo, sonriendo. Casi me pareció que se sentía orgulloso de mí.

—Gracias —balbucí.

Puesto que había realizado el hechizo con el propósito de contemplar el verdadero reflejo de mi espíritu y no a él, no podía sentirme halagada. Del mismo modo, tampoco me atrevía a confesar que el resultado había sido tan desconcertante para mí.

—Realmente tuve la impresión de que podías verme desde el otro lado del cristal —rio—. La convergencia de nuestros hechizos lo explica.

—Sin duda —mascullé, pensando que no explicaba absolutamente nada—. Pero no nos desviemos de lo importante: aún necesito saber si, cuando me retuviste en aquella habitación, tu intención era que pidiese como recompensa tu fórmula secreta.

—Oh, no —dijo, mirándome a los ojos—. Corrí un gran riesgo ofreciéndote lo que fuera, en especial sabiendo que eras una bruja. Sin embargo, que pidieras justamente lo que podía revertir el hechizo ficticio del medallón confirmó que podía confiar en ti.

—¿Así que me revelaste la fórmula aun sabiendo que puedo emplearla en tu contra?

—Te di mi palabra y debía cumplirla. Además, lo que te pedí a cambio no fue nada fácil, aunque, debo decir, que te hayas disculpado públicamente es lo único que puede postergar y quizá incluso prevenir una nueva agresión por parte de Németh y los suyos.

—Pero esa no era tu finalidad al exigirme algo tan espantoso, ¿o sí?

—Lo creas o no, aunque se me ocurrió usarte como distracción para el mejoramiento de mis planes de venganza, también pensé en ti. Cuando vi lo que nuestros enemigos hicieron en este lugar, supe que corrías gran peligro. Podría haberte pedido que citaras a Németh a solas, sin necesidad de pedirle disculpas ante todos y, a pesar de que afirmé lo contrario, él habría acudido sin rechistar. Pero has

llegado a simpatizarme genuinamente. Era necesario tomar otras medidas que sin duda no serían de tu agrado.

Simpatizarle no era un gran consuelo, estando enamorada de él como lo estaba.

—Has desarrollado un método muy complicado para ejercer el altruismo de forma clandestina —comenté, a punto de echarme a reír—. Sin embargo, debes saber que empleé la fórmula *strigoi* para transformar tu sangre, por lo cual es posible que mi hechizo no haya surtido ningún efecto.

—Confío en el grimorio de mi padre. Este dice claramente que la bruja elegida será infalible.

—¿Qué es un grimorio? —pregunté confundida.

—Un libro de hechizos redactado en latín —dijo él—. Este en particular ha estado en mi familia desde los tiempos del hijo de Vlad III.

—Suenas fascinante pero, la fórmula *strigoi* que me proporcionaste tiene que haber anulado el hechizo del medallón —objeté.

—La única función del medallón era encontrarte y, para cuando empleaste la fórmula, ya había cumplido su propósito satisfactoriamente, pues lo tenías en tus manos. Fuera de esto, no había ningún hechizo que deshacer, así que las palabras mágicas *strigoi* fueron, a lo sumo, inocuas. Seguramente utilizaste un caldero y revolviste la mezcla con gran concentración, ¿verdad?

—Sí —repliqué.

—Eso debería bastar —concluyó, sonriendo.

—¿Así que todo el tiempo sabías que yo tenía el medallón? —Sí.

—Vaya —suspiré—. ¿Sabes cuántas preocupaciones me habrías ahorrado si tan solo me lo hubieras dicho?

—Estoy seguro de que habrías estado más tranquila, pero mi finalidad no era esa, sino que te dieras prisa en transformar mi sangre con algún hechizo de tu invención y, de ser posible también, que intentaras hallarme. Esperaba que siguieras los aullidos de los lobos, aunque ya estaba tomando medidas para encontrarte por mis propios medios. De allí que quisiera verte en el espejo: necesitaba ser capaz de reconocerte en caso de cruzarme contigo.

—¿De veras ignorabas que vivía con Branka?

—Intuía que estabas cerca, pero no sabía en qué lugar de Banat habitabas. Supongo que las circunstancias propicias se presentaron por sí solas. Casi podría decirse que coincidimos en el campamento gitano por arte de magia, después de todo —exhaló, sonriendo—. Además, de las personas que habrían podido atestiguar el pacto de alianza con los Gaborii, eres la única con cuya lealtad puedo contar: he llegado a creer que estás de mi lado, como dijiste. No ha sido fácil, es cierto. Lamento haberte engañado y lamento haber sido injusto contigo.

—Ya te perdoné —dije—. Pero hay algo más que debes explicarme: según lo que has dicho esta noche, descubriste que yo tenía el medallón por medio de un hechizo. Sin embargo, antes de eso, tú y yo tuvimos un encuentro en el bosque durante el cual

no fuiste precisamente amable —afirmé—. Aunque no me permitiste ver tu rostro, estabas furioso, tanto así que te creí dispuesto a matarme.

—Te presentaste allí con la apariencia de mi madre adoptiva y pensé que había robado el medallón. Aun así, tras realizar el hechizo del espejo, comprendí que todo había sido un juego de apariencias. Por cierto: felicitaciones por el excelente disfraz.

—No cambié de apariencia a propósito —admití.

—Mejor aún —dijo, mirándome con asombro—. ¿Quiere eso decir que apenas estás descubriendo tus poderes?

—Sí. No sé muy bien lo que hago aún, solo sigo mi intuición. Supongo que tú tienes una idea más clara de cómo evolucionan estas cosas.

—Eres una bruja natural —dijo—. Es lo más parecido que puede haber a un *strigoi*. Ambos podemos crear nuestros propios hechizos y obrar por instinto mágico, pero todo se facilita inmensamente con la orientación adecuada. Yo, al menos, estaba bastante perdido hasta que mi padre aceptó instruirme durante un tiempo y me legó sus libros de hechizos.

—¿Cómo sabes que soy una bruja natural? —inquirí perpleja.

—Puedo percibirlo en tu sangre y la vibración que emana de ti —dijo—. Cuando se trata de simples iniciados, las cosas cambian: no tienen ningún poder real en sí. La eficacia de sus hechizos depende de que sigan al dedillo la fórmula correcta, a la hora exacta, en el lugar preciso. Sin embargo, los grimorios a los cuales tienen acceso suelen ser interminables compendios de composiciones engañosas y carentes de substancia. Por eso casi todos los que afirman ser brujos son impostores con delirios de grandeza.

—Pero... yo recibí el rayo de iniciación de Baba Roga —confesé, sintiendo que mis mejillas adquirirían un tono carmesí.

—¿Ah, sí? —inquirió, frunciendo el entrecejo—. Qué curioso. Al ser una hechicera natural, definitivamente no necesitabas de algo así. Sin embargo, recibir el rayo de Baba Roga es un gran privilegio. ¿Descubriste que eras una bruja en ese momento?

—Creo que fue entonces cuando lo acepté —respondí—. Tal vez vivir en la ciudad bajo el yugo de mi enemiga de la infancia no permitía que me sintiese lo suficientemente libre para reconocerlo.

—Tiene sentido. Si no hubieras venido a Voivodina, quizá habrías descubierto tus habilidades en un momento decisivo, pero podrías haber tardado mucho tiempo. En tu caso, la iniciación formal por parte de Baba Roga solo puede significar una cosa: has sido escogida para preservar la tradición más antigua y respetada de brujas de Europa. El rayo debe haber catalizado tus poderes naturales. ¿Me equivoco?

—Me parece que fue así. Desde que llegué a Banat, algo en mí comenzó a despertar, pero después de recibir el rayo me hice consciente de que tenía habilidades mágicas y ese había sido el sueño de toda mi vida... en gran parte gracias a las historias que Branka me contaba acerca de ti y Baba Roga.

—He desconfiado de mi madre adoptiva durante largos años. Aún creo que es posible que le haya hablado a Ruth Fekete acerca de la marca de mi padre —suspiró—. El oro siempre le gustó demasiado. Por otra parte, es una gran hechicera, y recuerdo que en alguna ocasión mencionó haber descubierto a una bruja digna de su legado. Dijo haberla esperado largo tiempo. Tú debías ser solo una niña entonces, pero ahora estoy seguro de que se refería a ti. Como sea, debo agradecerle que te haya elegido —añadió, estrechando mis dedos—. Vaya, ocurrió de nuevo. ¿Sentiste eso?

—Sí —confirmé. No quería seguir fingiendo que no sentía chispas cuando me tocaba.

—Es como el aire justo antes de una tormenta —afirmó sin apartar sus ojos de los míos—. Realmente ha sido bueno conocerte, Ava. Y no lo digo porque seas la única bruja capaz de transformar mi sangre o porque hayas logrado persuadir a Németh de presentarse en la cabaña a medianoche.

Presentí un inevitable adiós e hice acopio de voluntad para que mis ojos no se humedecieran.

—También me alegra haberte conocido, Slaven —dije con un nudo en la garganta.

—Luces algo triste —comentó—. Quizá sea porque esperabas más del hijo del diablo con quien creías tener tanto en común, y al final descubriste que soy artificioso y utilitarista. Tienes razón en estar desilusionada de mí. No tengo justificación y no deseo evadir mi responsabilidad. Solo puedo decir que, hasta ahora, jamás tuve un amigo. ¿Me harías el honor de ser mi única amiga, Ava? Eso es, si puedes perdonarme, por supuesto, y entendería que no lo hicieras.

Slaven me había dejado sin palabras. Teniendo en cuenta su carácter, aquello era mucho más de lo que yo me hubiese atrevido a anhelar de su parte.

—Oh, por todas las tormentas del mundo —balbucí al fin—. No hay nada que quiera más que ser tu amiga.

—Gracias —dijo, y me pareció que su voz reverberaba en el bosque—. Siempre te seré leal, pase lo que pase.

Nunca lo había visto tan hermoso y decidido como en ese instante, tanto así que tuve que mirar brevemente hacia la cabaña de Branka, a través de cuyas ventanas aún se filtraba una tenue luz, para que la fuerza de mis propios sentimientos no me abrumase.

—Quiero devolverte esta botella —prosiguió, extendiéndome el recipiente en el cual había mezclado el vino y mi pócima—. Solo tuve en cuenta mi ambición y, a causa de la misma, no obré de forma honrada contigo. Si tú lo deseas, renunciaré a los poderes que estoy seguro obtendría si bebiese su contenido.

—¿De veras? —carraspeé incrédula.

Él asintió, cerrando los ojos y tragando en seco al tanto que yo recibía la botella de sus manos. Entonces temí que mi hechizo lo cambiase justo cuando parecía que

podríamos contar el uno con el otro y estuve tentada de derramarla. No sabía qué tipo de poderes se pondrían de manifiesto y si despertarían las pasiones más oscuras de su corazón de modo irreversible. Mis extremidades temblaban cuando me puse de pie y destapé el recipiente, diciendo:

—Bebe. Creo que ambos necesitamos que seas tan poderoso como la magia lo permita.

—No —dijo—. Cuando ingiera mi sangre transformada, si no cambias de opinión, tendré que hacerlo lejos de aquí. Estoy seguro de que se desatará el caos en mi interior, al menos de forma temporal. No conocemos los alcances de tu magia aún pero sospecho que, como en ciertas circunstancias excepcionales, no seré dueño de mis actos.

—Aun así, esto es tuyo —insistí, devolviéndole la botella.

Él la depositó a su lado sobre la hierba y exhaló largamente. Solo a la sazón supe cuán indeciblemente difícil había sido para él desprenderse de la posibilidad de beber el líquido mágico.

—Nunca olvidaré este gesto de tu parte —afirmó, poniéndose de pie—. Pronto amanecerá y debo partir. No podré regresar hasta haber recobrado el dominio de mí mismo, pero mi manada cuidará de ti hasta que nos reunamos de nuevo.

Me incorporé a mi vez, haciendo hasta lo imposible por detener las lágrimas que acudían a mis ojos. Fue en vano.

—No temas, Ava, los lobos serán los mejores guardianes que hayas tenido —aseguró, aferrando mis hombros.

Quería confortarme pero yo sentía que me debilitaba a causa de la tristeza. Sus cabellos largos y ondeantes se deslizaron hacia delante cuando inclinó el rostro para jurarme con la mirada que nadie podría dañarme si de él dependía. Hubiese querido decirle que no temía por mi vida y que solo sufría porque lo amaba, pero él mismo me había proporcionado una excusa para llorar sin tener que ocultarlo.

—Gracias —dije, elevando el rostro hacia él y procurando esbozar una sonrisa.

Tuve la vívida impresión de que él intentaba hacer otro tanto infructuosamente, y entonces me abrazó con tal ímpetu que creí que mi pecho estallaría mientras me sujetaba contra sí, hundiendo la faz en mis cabellos y reteniéndome allí como si nuestro devenir dependiese de ello. Me pareció que ardía en fiebre y en un instante determinado creí que enloquecería a causa de su proximidad, llenándome de aquel aroma animal en el que se percibían rastros de sangre y tierra fresca, de maleza y pinos negros. Los profundos y violentos latidos de su corazón golpeaban en mi sien, adentrándose en mí y fundiéndose con los míos.

—Volveré —murmuró sin soltarme.

La claridad del amanecer amenazaba con irrumpir en cualquier momento y los gallos empezaron a cantar.

—Te esperaré —dije, contemplando su mirada oscura—. Vendré aquí cada noche.

—Procura no ir a Dobro —replicó, tomando mis manos en las suyas y

oprimiéndolas. La ansiedad había dibujado una línea vertical en medio de su frente y sus labios finos habían palidecido. Solo sus párpados inferiores ensañaban un tono violáceo, señal del cansancio que lo embargaba—. No hagas más enemigos hasta que nos reunamos de nuevo.

Añadió aquellas últimas palabras con un dejo de tristeza, aunque era obvio que deseaba bromear.

Tomó la botella y, tras cerrarla de nuevo, dijo, esbozando una sonrisa:

—Hasta pronto, Ava.

—Hasta pronto, Slaven —me despedí con un hilo de voz cuando él ya se había dado la vuelta para internarse en el bosque.

Escuché los aullidos de los lobos que provenían de la frondosidad, y bordeé la vertiente para retornar a la cabaña con el corazón oprimido.



Rompecorazones

Durante los días siguientes, Branka y yo terminamos de restaurar la vivienda con la ayuda de sus parientes. Tuvimos que pintar el muro exterior que ostentaba el enorme pentagrama, reemplazar los cristales rotos y reparar las porciones de madera astillada. Algunos amigos serbios de Branka que habitaban en Dobro nos obsequiaron diferentes platos de cerámica para reemplazar los que los maleantes habían hecho añicos, y otros tantos llevaron una variedad de sabrosos pasteles de hojaldre típicos de Voivodina, los cuales comimos con agradecimiento. Todas las noches, cuando los habitantes de las granjas vecinas de Raskrsnica regresaban a sus casas, la manada de Slaven descendía con sigilo del bosque para rodear la propiedad de Branka. Aunque yo sabía que los lobos obedecían a su amo, me asombraba que no se aproximaran al corral. Berz y Nóc, por su parte, parecían no temerles aun si se percataban de su presencia. Tuve que explicarle a Branka que Slaven los había enviado para que nos cuidasen y, por más que no terminaba de gustarle que Pie de Bruja nos hiciera tantos favores, le estaba sumamente agradecida por haberla sanado tras el ataque de los invasores y, en especial, por haberme obligado a disculparme ante la congregación de Németh.

—Debo admitir que sobresale por su inteligencia y generosidad —comentó una tarde en que nos hallamos al fin solas, trabajando en el huerto—. Por cierto: ¿qué vamos a hacer con todo el oro que nos dio?

—No soy ninguna experta en estas cuestiones, pero supongo que podríamos ir al banco de Vršac para obtener su equivalente en dinero. Después de todo, tendremos que construir un nuevo cobertizo y adquirir otra vaca lechera, al menos para comenzar.

—Tienes razón —dijo—, aunque confieso que preferiría no tener que volver a vender quesos y panes en Dobro para sobrevivir. Depender de lo que dicte la congregación de ese hombre malvado me enfurece.

—Quizá sea el momento de usar la renta de papá para adquirir un terreno fértil que podamos acondicionar para cultivar —dije—. Así, el año que viene, en vez de recolectar las cosechas ajenas, podríamos tener una propia. No nos faltaría trabajo y las ganancias serían nuestras. Además, tu familia podrá trabajar con nosotras.

—Es un buen plan a largo plazo, hija —dijo, sonriendo—. De igual modo, el tiempo de la cosecha no tardará en llegar y, con suerte, ambas hallaremos plazas como recolectoras en los cultivos de nuestros amigos serbios.

—Al menos no dependemos de la venta de quesos y panes por el momento —afirmé—. Tenemos lo suficiente para sobrevivir durante el verano, y guardaremos algo de dinero para comprar provisiones y así no tener que regresar a trabajar en Dobro durante el invierno.

Decidimos que de cualquier modo tendríamos que pasar unos días en Vršac, pues pronto se nos acabaría el dinero si no regresábamos a Dobro, como era nuestra intención. Una de mis mayores preocupaciones, que no eran pocas, era que Slaven retornara durante mi ausencia. En cuanto la manada descendía a la propiedad para hacer su ronda nocturna, me decía que Slaven tampoco regresaría aquella noche y, sin embargo, ascendía al lugar donde lo había visto por última vez con la esperanza de que llegase en cualquier momento. Cada amanecer era una nueva decepción, y mi angustia en lo concerniente al resultado de la poción se acrecentaba.

Por otra parte, aunque no habíamos tenido noticias de la congregación de Németh en la semana que sucedió a la partida de Slaven, lo cual en teoría debía alegrarnos, no dejaba de preguntarme cómo el reverendo había adivinado que llevaba el talismán de Slaven oculto dentro de mi blusa. Estaba segura de haberlo disimulado bien desde mi primera visita a Dobro y, aunque él siempre escudriñaba el contorno de mi cuerpo, no podía haberlo detectado. Una y otra vez, conforme repasaba mis recuerdos selectos de Németh por medio de la brujería, terminaba por confirmar que, en definitiva, no lo había visto él, al menos no mientras yo me hallaba en el pueblo, y, si él no lo había descubierto, los demás tampoco.

Puesto que Slaven se había llevado el talismán tras recuperarlo en la cabaña del bosque, se me ocurrió reemplazarlo con uno que se le pareciese, aunque no demasiado, en caso de que Németh quisiera tenderme una emboscada para acusarme de estar vinculada con Pie de Bruja nuevamente. De tal modo, los vecinos de Dobro podrían verificar que no se trataba del mismo objeto y el reverendo perdería credibilidad. Así pues, me puse en la tarea de buscar un objeto blanquecino mientras Nóc pastaba y, en vista de que tantos de nuestros animales habían muerto recientemente, no me fue difícil hallar un trozo de hueso horadado a través del cual deslizar una cinta de cuero. En vez de ser redondo, el nuevo talismán se asemejaba a un corazón ligeramente partido por la mitad, lo cual en un sentido figurativo no se alejaba demasiado de mis circunstancias: después de conocer a Slaven, sabía que lo que sentía por él no cambiaría aunque él no llegase a amarme jamás.

Presentía que, a causa de su historia personal y su condición de *strigoi*, la amistad

que me había ofrecido rebasaba por mucho sus intenciones de forjar cualquier tipo de vínculo con otra persona y, por lo mismo, sabía que debía considerarme afortunada: nunca habría imaginado que me estrecharía entre sus brazos, y no cesaba de anhelar ese instante fugaz que ahora pertenecía al pasado y que tal vez no se repetiría jamás. No me atrevía a revivirlo por medio de la magia pues temía que hiciera la realidad más dolorosa después, pero no podía dejar de evocar involuntariamente su mirada, su voz y el calor que se desprendía de su cuerpo. Solo me consolaba pensar que, aunque inicialmente había rechazado la idea de enamorarme, gracias a Slaven había conocido el amor que ahora ardía con tanta intensidad en mi alma, el cual, en su ausencia, me hería al tanto que me llenaba de dicha.



Revelaciones en Vršac

Branka y yo partimos, pues, a Vršac, dejando a Nóc a cargo de su hijo en caso de que Németh y los suyos decidiesen regresar. Llevábamos para su prima que vivía en la ciudad una hogaza de pan recién horneado y frascos pequeños de confituras surtidas. Nos habíamos abastecido con varias mantas ligeras en caso de que su parienta, quien esperábamos pudiese albergarnos, no tuviese suficientes, llevándolas en la carreta junto a nuestras pequeñas valijas de viaje, las cuales pertenecían a Branka. Yo habría deseado poder ocultar en algún lugar seguro de la propiedad una nota para Slaven pero, ante la posibilidad de que fuese descubierta por nuestros enemigos, tuve que resignarme a que él dedujese que no tardaríamos si se presentaba en el cruce de caminos precisamente mientras yo me hallaba lejos.

El suntuoso atardecer rojizo confería una cualidad oriental a los altos caserones del centro de Vršac, entre los cuales predominaba el estilo neoclásico. Las fachadas, en su mayoría, estaban pintadas de colores pálidos como el verde menta, el rosado salmón y el amarillo, mientras que los marcos, puertas y sencillos relieves ornamentales se destacaban por su inmaculada blancura. Dos catedrales, la ortodoxa serbia, reminiscente de la ocupación turca por su achatada cúpula central, y la católica, un precioso edificio neogótico de dos torres, atraían numerosos visitantes de las poblaciones aledañas. Los hombres serbios recién llegados del campo se distinguían del resto por sus característicos bigotes poblados, chalecos decorados, cintos anchos, sombreros cilíndricos de fieltro y pantalones cortos y bombachos, mientras que aquellos que habitaban en Vršac, si bien conservaban el bigote, aunque menos espeso, vestían pantalones largos, chaquetas y corbatas de colores sobrios, siendo tan guapos como los anteriores, ya fuesen rubios o morenos. En cuanto a las mujeres, el atuendo de las rumanas era bastante similar al de las serbias debido a la inevitable fusión de ambos pueblos en Voivodina, consistiendo en amplios faldones de colores con delantales bordados, blusas blancas translúcidas y pañuelos más o

menos holgados en la cabeza, según la preferencia de cada una. Las húngaras y alemanas, por otra parte, optaban por la más estricta simplicidad en el vestir, lo cual para mí no tenía ningún encanto y me obligaba a recordar a las aburridísimas amigas de Wilhelma y la porción de Europa que había dejado atrás. No me agradaba en lo absoluto estar en la ciudad, aunque Vršac fuese más alegre que Viena, y no dejaba de mirar hacia las colinas, únicas prominencias en aquel plano paisaje agrícola, añorando sus árboles, los pequeños cuerpos de agua cristalina que las surcaban por doquier, a Nóc y, en especial, a Slaven.

Puesto que el viaje había sido largo y estábamos fatigadas, no nos detuvimos a curiosear en la plaza sino que proseguimos hasta llegar a casa de Filipa, la prima de Branka, quien habitaba en el sector más modesto de Vršac en una típica vivienda panónica de un solo nivel y techo de caña. La afable mujer nos recibió con un cálido abrazo y se ofreció a albergarnos durante el tiempo que considerásemos necesario. Tras llenar de agua una olla para preparar sopa y ponerla al fuego, las tres nos sentamos a picar vegetales en una mesa cuadrada de madera. Branka admiró el bonito rosal que crecía frente a la ventana de Filipa, y mientras esta le explicaba en detalle con cuánto esmero cuidaba de sus flores, mi mente voló al día en que había sentido la vibración hechicera por primera vez. Aquella tarde llevaba el talismán de Slaven colgado por fuera de la ropa y había percibido la presencia de un ser maligno en el bosque. Había seguido mi intuición, realizando mi primer pase mágico y declarando estar sellada al final tras describir un círculo a mi alrededor. En ese instante, en casa de Filipa, tuve la certeza de que quien me observaba desde la maleza le había contado a Németh que yo tenía el medallón, y los pelos de mi nuca se erizaron como los de un gato. Aquello significaba que el reverendo estaba aliado con alguien que me había acechado desde mi llegada a Banat, y ese alguien era sin duda tan perverso como para hacerme estremecer de miedo.

Intenté tranquilizarme diciéndome que, si ese personaje desconocido hubiese regresado a Raskrsnica, la vibración me habría alertado de inmediato, pero no podía estar segura de ello. ¿Qué tanto sabía acerca de mí? Sin duda conocía mi nombre y el lugar donde vivía y, a menos que hubiese decidido asumir que yo era simplemente un poco supersticiosa, había descubierto que yo era una bruja. Pero, de todo, lo que más me inquietaba era saber que había estado allí antes de que yo misma descubriese mi verdadera vocación, antes de que Baba Roga me iniciase y antes de saber que el talismán que había hallado pertenecía a Slaven.

Esa noche, alongada en un lecho improvisado en el suelo de la única habitación de la vivienda de Filipa, no pude conciliar el sueño. Habíamos tomado la sopa y bebido leche fresca pero, mientras Branka le contaba a su prima los últimos acontecimientos, yo seguía cavilando en silencio y, ahora que ambas roncaban en la mullida camita que estaba contra la pared, yo escudriñaba las rendijas, preguntándome quién podría tener conocimiento de mi llegada a Banat aun antes de que yo misma supiera que era relevante para alguien más. Podía descartar a Slaven, a

Baba Roga y al mismo Németh, pues estaba muy consciente de lo que sentía en su presencia, respectivamente. No conocía a Ruth Fekete y, aunque Adrijana, la chica de la taberna, había dicho que estar frente a ella era como comparecer ante el demonio, yo no había sentido absolutamente nada fuera de lo normal cuando me había presentado ante la congregación de Németh. Ciertamente, mis emociones estaban exaltadas, pero eso no debía prevenir que notase algo a la vez terrorífico y familiar.

Finalmente me quedé dormida poco antes de la madrugada, añorando a Slaven y temiendo nuestro devenir. Branka me levantó temprano, así que estaba muy fatigada cuando comimos un ligero desayuno antes de partir al banco. Habíamos llevado las bolsas de oro que Slaven nos había obsequiado dentro de una de las valijas, y así lo transportamos al banco. Por suerte, mi nombre ya estaba registrado en el establecimiento desde que había traspasado allí la renta de mi padre, así que no fue difícil que recibieran el oro que traíamos tras comprobar su pureza y pesarlo. El equivalente monetario que obtuvimos a cambio era tan exorbitante que Branka y yo estuvimos a punto de echarnos a reír, pero conservamos la compostura y procedimos a retirar una cantidad suficiente para comprar provisiones, materiales de construcción y ganado. En cuanto a adquirir un nuevo terreno, ambas ignorábamos el costo actual de la tierra en Banat, pero era obvio que, si de los medios dependía, podríamos elegir a nuestro gusto. Estábamos muy contentas esa mañana, así que conversamos un poco con el banquero, quien nos preguntó de dónde veníamos.

—Vivimos cerca de Dobro, en Raskrsnica —explicó Branka—. Es un lugar precioso.

—Ustedes son nuestras primeras clientas de Raskrsnica. Muchos campesinos prefieren enterrar su oro y guardar su dinero en casa. Incluso los habitantes de Dobro suelen temer a los bancos, aunque son agricultores bastante prósperos y hacen negocios con las gentes de Vršac. La última vez que alguien de Dobro estuvo por aquí fue el año pasado. Quizá lo conozcan, es un reverendo de nombre Németh.

—Por supuesto —dije con una sonrisa, antes de que Branka pudiese intervenir—. El reverendo me invitó a unirme a su rebaño. Precisamente hace unos días estuve visitando su congregación. Parecen ser gentes muy temerosas de Dios.

—¡Ah! —comentó el banquero, con aire despreocupado—. Me alegra saberlo. Le hice entrega de la fortuna que su esposa Anna heredó, así que la pareja debe estar haciendo buen uso de ella en Dobro. La pobre mujer no pudo presentarse porque estaba muy enferma, por lo cual él asistió en calidad de apoderado legal suyo. ¿Cómo se encuentra de salud la señora Németh? Espero se haya recuperado satisfactoriamente.

Branka lo miró con ojos desorbitados. Mi corazón latía a toda prisa.

—Anna Németh falleció hace varios años en un accidente trágico —tartamudeó Branka—. La actual esposa del reverendo es la hermana de ella, Rebeka.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el hombre, atónito—. Este debe ser un malentendido. El mismo reverendo habló de su esposa en tiempo presente cuando

estuvo aquí e incluso presentó una nota legal, firmada por Anna Németh, en la cual ella se excusaba por no venir debido a su enfermedad, y expresaba su deseo de que hiciésemos entrega inmediata de la parte correspondiente de su herencia paterna al reverendo. Me encargué personalmente del caso y está fresco en mi memoria, pues el padre de Anna es de Vršac y todos lo queríamos bien. Como dije, estoy seguro de que debe haber un error, quizá no saben de quién les hablo. Si se hubiese emitido un certificado de defunción no habríamos podido entregar la herencia al reverendo, y un documento similar jamás llegó a nuestras manos —agregó, sonriendo—. Por lo tanto, Anna Németh tiene que estar viva.

—Está muerta y todos los vecinos de la localidad pueden dar fe de ello —sentenció Branka—. Por mi parte, he vendido quesos y panes en Dobro toda mi vida, así que sé perfectamente de quién hablo. Anna Németh era una mujer especialmente bella, nadie la habría confundido con otra persona. Sacaron su cadáver del pozo al cual el pueblo debe su nombre. Fue una verdadera desgracia.

—Pero, si Anna Németh ya hubiese estado muerta el año pasado, la totalidad de la herencia paterna habría pasado a manos de su hermana menor, Rebeka, como lo estipuló el padre en el testamento —balbuceó el banquero—. Y, según dicta la ley, Rebeka no está autorizada para reclamar su herencia hasta que no cumpla la mayoría de edad, así que todo el dinero debería estar aquí, en el banco.

—Pero no lo está —concluyó Branka.

—No, no lo está. Como comprenderán, este es un asunto de suma gravedad para nosotros —dijo el hombre—. Las propiedades del padre de Anna y Rebeka fueron liquidadas para que ambas hermanas recibieran partes iguales, así que si una mitad faltase, su acreedora legal no podría recuperarla fácilmente.

—Creo que eso explica que jamás hayan recibido un certificado de defunción de Anna Németh —dije, arqueando una ceja—: quizá su muerte no haya sido registrada en el ayuntamiento.

—Ya me parecía extraño que la actual esposa del reverendo tuviese trece años. Que una novia se case tan joven no es común, ni siquiera en el campo —dijo Branka—. Si la muerte de Anna Németh no ha sido registrada, quizá el nuevo matrimonio del reverendo con Rebeka tampoco.

El banquero lucía supremamente alterado. Había enrojecido tanto que temí que tuviese un infarto.

—Los menores de edad pueden casarse con el permiso de sus padres —explicó, secando con un pañuelo las gotas de sudor que colmaban su frente—. Sin embargo, Rebeka es huérfana. Su acudiente tendría que haber dado el consentimiento para la boda.

—Quizá quiera hablar con la madrina de Rebeka, si aún vive en Vršac —sugirió Branka—. Hasta donde tengo entendido, ella era la acudiente de la muchacha, al menos antes de que esta contrajera nupcias.

—Me pregunto por qué querría el padre de Anna Németh evitar que los hijos de

la última la sucedieran como herederos —comenté, pensando en voz alta.

—Porque no son sus hijos —replicó Branka—. Son hijos del primer matrimonio de Németh. El reverendo ya había enviudado una vez cuando se casó con Anna.

—Lo más sensato es que envíe a nuestro abogado a hacer las averiguaciones pertinentes al ayuntamiento —dijo el banquero—. Hablaré con la madrina de Rebeka y, si lo que ustedes afirman es cierto, solicitaré que un empleado estatal vaya a Dobro a demandar la presencia inmediata del reverendo en Vršac. Aún conservo la esperanza de que esto se solucione sin que tenga que intervenir la policía.

—Si no es mucha molestia, quisiera pedirle que no mencione a nadie nuestros nombres —dije—. No queremos hacernos enemigos en Dobro.

—Pueden contar con mi discreción —dijo el hombre—. Nosotros tampoco deseamos vernos involucrados en un escándalo, así que les pido lo mismo, que no comenten este asunto con nadie. Especialmente si tuviésemos que abrir una investigación, las cosas podrían complicarse por medio de rumores innecesarios. Si no hay nada más en lo que pueda servirles, enviaré una nota a la madrina de Rebeka de inmediato.

Nos despedimos de él y, en cuanto salimos del banco, nos miramos la una a la otra, sabiendo que habíamos llegado a las mismas conclusiones. Si todo marchaba bien, pronto se descubriría que Németh se había adueñado de la herencia de su difunta esposa por medio de una sucia estratagema. Quizá, incluso, dependiendo de la eficacia de las autoridades, fuese a parar a la cárcel.

—¡Por todas las ranas del mundo! —exclamé cuando estuvimos lejos—. ¿Quién iba a pensar que una conversión fortuita con un banquero de Vršac revelaría tantos secretos de nuestro enemigo?

—Quiera Dios que se haga justicia —dijo Branka—. Y, en lo concerniente a nosotras, creo que Pie de Bruja se encargó de que no tengamos que volver a vender panes y quesos en Dobro nunca más —agregó, con una sonrisa pícaro—. ¡Ven acá, hija, dame un abrazo!

Mi nana lucía jubilosa. Nos rodeamos mutuamente con ambos brazos, riendo y saltando como si fuésemos unas párvulas. Luego, aun si estábamos convencidas de que la policía no haría nada por nosotras, denunciemos los agravios cometidos contra Branka para sentar un precedente. Sin embargo, puesto que mi nana no había reconocido a sus agresores, no pudimos proporcionar ningún nombre, por lo cual nos limitamos a contarle al oficial que los perpetradores hablaban en húngaro. Fue difícil no afirmar que sospechábamos de Németh y su congregación, pero nos abstuvimos de hacerlo: después de todo, había algunos húngaros en Dobro que no pertenecían al rebaño de Németh.

Aunque me moría por saber lo que averiguaría el banquero durante su entrevista con la madrina de Rebeka, si es que lograba contactarla, ese no era motivo suficiente para permanecer en Vršac un día más cuando teníamos tantas cosas por hacer en Raskrsnica. Yo, en especial, estaba ansiosa por regresar. Necesitaba estar allí en caso

de que Slaven volviese, y ya no pude pensar en nada más hasta que Berz no estuvo ensillado de nuevo. Tras despedirnos de Filipa, emprendimos el viaje hacia el lado oriental de las colinas donde se hallaban Raskrsnica y Dobro.



La arpía

El cielo veraniego empezaba a tornarse azul turquí y la pálida luna ya se asomaba por encima de las copas de los árboles cuando llegamos al cruce de caminos. La temperatura había descendido unos cuantos grados mientras viajábamos, y al fin habíamos hecho buen uso de las mantas de lana, envolviéndonos en ellas conforme seguíamos el sendero que bordeaba las colinas de Vršac. Aunque ambas estábamos fatigadas, fuimos por Nóc a casa del hijo de Branka tras dar de comer a Berz, y su mujer nos ofreció pan y queso, que degustamos conforme ella nos ponía al tanto de los últimos acontecimientos en Dobro. Según los vecinos serbios, nadie había vuelto a mencionarme, por lo cual Branka se mostró muy alegre. Yo, sin embargo, no me fiaba del silencio por más que Slaven me hubiese obligado a mostrarme arrepentida ante la congregación de Németh, y retorné a casa intranquila. Aunque Slaven me había pedido que no volviese al pueblo, sentía que debía presentarme allí aunque fuese una vez más para que los aldeanos observasen el talismán que pendía de mi cuello antes de que Németh los convenciese de hacer otra incursión en nuestra granja.

El hijo de Branka había construido un corral improvisado para Nóc frente a la ventana de nuestra habitación y, tras meter en él a la ovejita, me dirigí a lo alto de la vertiente. Aquella noche, los lobos no descendieron a nuestra cabaña, y me dije que tal vez se debía a que la noche anterior habíamos dormido en Vršac. Sin embargo, un desasosiego cada vez mayor se apoderaba de mí y, cuando al fin amaneció sin tener noticias de Slaven, me fui a dormir con el corazón en vilo.

Aunque no logré dormir muchas horas, me levanté antes de que Branka me llamase y, tras asearme, le comuniqué mi deseo de presentarme en el pueblo una vez más. Puesto que a mi nana no le gustó la idea y en esta ocasión intentó detenerme con lágrimas en los ojos, tuve que explicarle que Németh había descubierto que llevaba el talismán de Slaven, lo cual nos ponía en peligro. Entonces, Branka insistió en

acompañarme alegando que podría comprar algunas provisiones ya que era, precisamente, día de mercado, y así me vigilaría para que nada me ocurriese. Después de todo, al menos los serbios se mostrarían solidarios con nosotras si ella estaba conmigo. Su idea no me pareció descabellada, especialmente porque ya no venderíamos nada y así no estaríamos expuestas al insulto público por parte de los húngaros.

Aunque estaba convencida de estar obrando de forma inteligente, la aprensión que sentía solo se incrementaba con el paso de los minutos. En cuanto llegamos a Dobro, caminé con paso veloz hacia el toldo de los gitanos: sabía que no contarían a nadie lo ocurrido con Slaven durante la ceremonia pero eran los únicos, fuera de Branka, que sabían que había sido abducida en el campamento y probablemente sospechaban lo peor. Slaven no había especificado lo que deseaba les dijese en caso de toparme con ellos, pero seguían siendo mis amigos y deseaba tranquilizarlos. Además, me parecía que podía confiar en ellos. En cuanto me avistaron, me puse el dedo índice sobre los labios para indicarles que guardasen silencio; era obvio que querían prorrumpir en exclamaciones de alegría y alivio, lo cual no ayudaría en nada sino que más bien causaría revuelo.

—Estoy bien —murmuré, sonriendo, en cuanto me reuní con ellos—. Él me perdonó la vida.

Florian temblaba y María estaba a punto de llorar. Me limité a contarles la historia del lobo herido que había sanado con anterioridad y, creyendo enteramente que este era el motivo por el cual Slaven no me había dado muerte, ellos elevaron los ojos al cielo, alabando mi buena fortuna.

—Salvaste la vida del pequeño Gaborii —dijo Florian, emocionado—. Tenemos una deuda perenne contigo.

—¿Cómo lo hiciste? —susurró María—. ¡Los lobos te obedecían!

—No es así —mentí—, simplemente me ofrecí como carnada. Los animales estaban tan famélicos que un adulto les pareció mucho más apetecible que el infante.

—Como sea, debemos recompensarte. ¿Hay alguna posibilidad de que aceptes retornar al campamento pronto? Daremos un banquete en tu honor —dijo Florian.

—Además, estoy segura de que, después de lo que hiciste por nosotros, los ancianos aprobarán gustosamente que te unas a nuestro clan por medio del matrimonio —dijo María, guiñándome un ojo—. Emilian se prendó de ti desde que te vio bailar y no ha hecho más que lamentar su mala suerte de haberte perdido tan pronto.

Aunque la sugerencia me hizo reír, no pude evitar sonrojarme, pero no por las razones que mis amigos pensaban. Simplemente, que hablasen de asuntos de tal índole me recordaba mis propios sentimientos por Slaven y, si antes no deseaba casarme, ahora que un amor tan intenso se albergaba en mi pecho, estaba más segura que nunca de no poder siquiera considerar la idea de concertar un acuerdo semejante, por más que fuese todo un honor haber ganado el favor de los romaníes.

—Al parecer el ritual de la abuela funcionó y cambiaste tu propia suerte —dijo Florian.

—No lo creo, amigos —dije—. La misma noche en que fui raptada del campamento, alguien incendió la granja de mi nana.

—Eso escuchamos —replicó María, cabizbaja—. Creíamos que había sido obra de Drăculea.

Negué con la cabeza, mirándolos a los ojos por turnos.

—¿Entonces, quién pudo hacer algo semejante? —inquirió Florian, dándose cuenta casi de inmediato de la respuesta al tiempo que yo arqueaba ambas cejas, mirando hacia el granero de soslayo—. ¡Oh! ¡No puede ser!

—¿No han intentado quemarlos vivos a ustedes anteriormente? —dije—. En lo que me concierne, no tengo dudas de la autoría del crimen.

—Tienes razón —dijo María—. Son incendiarios por excelencia. ¡Que la suerte los maldiga!

—Quiero pedirles que estén atentos a cualquier comentario por parte de la comunidad calvinista que me involucre —dije—. Sé que puedo contar con ustedes.

—Por supuesto —replicó Florian—. Mientras tanto, por favor considera regresar al campamento uno de estos días.

—Lo haré —dije, guiñándole un ojo antes de despedirme.

Me obsequiaron un bonito tapiz que acepté a regañadientes, pero que al fin y al cabo justificaba el hecho de que hubiese pasado tanto tiempo conversando con ellos. Branka, por su parte, se mostró encantada con el regalo, ya que el tapete que antes decoraba su sala había sido arruinado por sus agresores.

Mientras mi nana compraba víveres y algunos enseres nuevos que debían reemplazar aquellos que los maleantes habían roto, como ollas de barro y tazas de cerámica, fui a la taberna a buscar a Adrijana. En esta ocasión, el lugar estaba medianamente lleno, así que tuve que sentarme en la barra y pedir un trago de *šlivovica* para conversar con ella sin despertar sospechas. Aunque no era común que las mujeres frecuentaran la taberna de Dobro, tampoco se lo consideraba inapropiado durante las horas del día, especialmente porque en Banat las mujeres bebían tanto como los hombres, aunque solían hacerlo en los patios de sus casas o en la posada.

—Dame cinco minutos —dijo Adrijana, sonriendo—, debo atender un par de mesas y podremos hablar.

Sorbí lentamente la *šlivovica* que no quería para empezar, mirando alrededor. El ambiente oscuro permitía que los jugadores se concentraran en sus respectivos grupos, olvidando a los demás. Al fin, mi amiga se sentó a mi lado, tomando un hondo respiro.

—Siento la tardanza —dijo, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Hoy ha sido un día particularmente ajetreado. ¿Qué tal el vino que compraste la vez anterior?

—Excelente —respondí, sonriendo—. Muchísimas gracias.

—No esperaba verte por aquí tan pronto después de lo que hablamos la vez anterior —agregó, bajando la voz—. Me alegra que hayas venido.

—Debíamos comprar algunas cosas y es el poblado más cercano —dije—. Pero quizá sea la última vez que vengamos en mucho tiempo.

—¿Así que es definitivo? ¿Tú y Branka ya no atenderán un puesto en el mercado? —inquirió—. Creo que hablo por todos cuando digo que en verdad extrañaremos la frescura de los quesos y la crujiente delicia de los panes de Branka.

—Bueno... por una parte, ya no contamos con la vaquita lechera, que en paz descansa —murmuré, evocando con hondo pesar a Mesto—. Sin ella, no hay quesos que preparar. Y, por otra parte, después de lo ocurrido, ambas preferimos buscar un nuevo modo de subsistencia.

—No puedo decir que no lo entienda, pero admito que me encantaba saber que alguien era capaz de incomodar al reverendo Németh y a su odioso rebaño —rio.

—De eso quería hablarte —susurré—. ¿Recuerdas que me hablaste de Ruth Fekete?

—Por supuesto —dijo—. ¿Te está dando nuevos problemas?

—No, precisamente. Németh y los suyos han estado tan callados que ando muy nerviosa. Y, además, aún no he podido ver a la infame señora Fekete. ¿Puedes darme una descripción suya para reconocerla? Me revuelve el estómago pensar que alguien cuyo rostro no he visto jamás me odie sin motivo.

—Bien, ya te dije que luce como el demonio, pero al parecer eso no fue de mucha ayuda, —dijo meditabunda—. Supongo que tendré que dejar de verla como a Chort en mi mente y describirla como la persona que cree ser —rio.

—Soy toda oídos —dije, riendo a mi vez.

—La señora Fekete es muy alta y delgada, y tiene cabellos rojos que permanecen rigurosamente ocultos bajo esa espantosa cofia que todas las mujeres de la congregación usan. Siempre viste de negro. Por lo demás, sus ojos son verdes o azules, no recuerdo muy bien puesto que evito mirarla directamente en lo posible: temo que me haga mal.

—Cielos, no será empresa fácil discernirla entre los demás si ella se empeña en no hablarme —comenté desilusionada.

—En ese caso, ¿por qué no pasas por su casa? Esa sí que podrás reconocerla: es la única que no tiene un antejardín en todo Dobro, y está ubicada justo al lado de la de Németh, la cual es la primera casa después del granero. Otra cosa: la señora Fekete hizo talar el árbol que crecía frente a su ventana, así que, cuando veas un triste tronco aislado, sabrás que la hallaste.

—¡Excelente idea! —dije—. ¡Muchas gracias!

—Ni lo menciones —replicó—. Buena suerte.

Le dije que regresaría a visitarla en cuanto pudiese y salí de la taberna. Puesto que mi nana aún estaba ocupada, procedí a darle la vuelta a la plaza muy lentamente, sin perder de vista el granero. Efectivamente, la casa de Ruth Fekete era bastante fácil de

avistar. No solo concordaba perfectamente con la descripción que me había proporcionado Adrijana, sino que era más austera que las demás, al punto que parecía que su dueña quisiera hacerla lucir así a propósito.

Ni siquiera tenía las típicas macetas de barro con flores que eran tan populares en los pueblos de Voivodina. Avancé unos cien pasos más, lo suficiente como para ver que las contraventanas marrones estaban cerradas, y entonces una mujer muy alta y vestida de negro cruzó la plaza para aproximarse a la puerta. Justo antes de extraer una llave de su bolsillo, miró a ambos lados y nuestros ojos se cruzaron. En vez de experimentar el terror que me había producido la mirada oculta en el bosque, sentí un frío intenso que me heló el corazón: supe al instante que Ruth Fekete era capaz de cualquier cosa, pero no se trataba de la misma persona que me había estado observando desde la maleza. Hice como que no me perturbaba en lo absoluto y procedí a virarme lentamente, como si estuviese buscando a alguien. En cuanto vi a Branka, me encaminé hacia donde estaba y la insté a partir cuanto antes: por mi parte, regresaría a Dobro cuando cayera la noche, y llegaría a la casa de Ruth Fekete desde el bosque que colindaba con su patio trasero para espiarla. Algo me decía que descubriría un asunto importante.



Olvídame

Tras guardar las provisiones en la alacena, Branka y yo preparamos juntas una sabrosa tortilla con hierbas del huerto, la cual comimos con pan recién hecho. Teníamos suficiente trigo hasta la cosecha, y también quesos preparados por las vecinas serbias de Dobro, los cuales, si bien eran buenos, no igualaban a los de Branka. Puesto que me había paseado por toda la plaza del pueblo con suma lentitud, podía estar segura de que todos habían visto mi nuevo medallón. Németh, sin embargo, había brillado por su ausencia, y no dejaba de preguntarme si habría decidido esconderse de mí a propósito.

Antes de retornar a Dobro para vigilar a Ruth Fekete, subí a lo alto de la vertiente una vez más. Aunque ya había oscurecido, con el paso de los días me había familiarizado con el terreno y conocía la posición de cada piedra y planta. Me senté en el mismo lugar en el cual había conversado con Slaven por última vez y suspiré, apesadumbrada. Los lobos no habían acudido aquella noche tampoco, y parecía que tendría que esperar otro día más a que Slaven retornase. Entonces, las nubes se hicieron a un lado y un rayo de luna se reflejó en la superficie vítrea de un objeto a un escaso metro de distancia. Reconocía la botella: era la misma que le había dado a Slaven, la cual contenía la pócima. Con el corazón en vilo, la tomé entre mis manos, dándole la vuelta. Aunque todo el líquido había desaparecido, había una nota en su interior, y me apresuré a destapar el recipiente para extraerla. Estaba dichosa: Slaven se había presentado y, al no hallarme en casa, me había dejado un mensaje, quizá para decirme dónde debía reunirme con él. Mis manos temblaban conforme sacudía el recipiente con violencia para desalojar el papel, el cual, finalmente, surgió a través de la boca de la botella. Lo sujeté con las yemas de los dedos y tiré de él con lentitud para no romperlo. Lo extendí ante mí y, procurando calmar mi respiración agitada, leí a la luz de la luna:

Olvídame. Ya nunca te veré. Te mentí. Regresa al lugar de donde viniste.

Sentí que desfallecía conforme el mundo giraba a mi alrededor y, al cabo de unos segundos, mi visión se tornó borrosa al punto que ya no pude distinguir aquellas palabras que parecían estar destinadas a matarme de la pena. Sostuve la nota hasta que mi mano perdió la poca fuerza que le restaba y me dejé caer pesadamente sobre el prado, inclinando la cabeza sobre una roca para entregarme a un llanto mudo y sin lágrimas al tanto que sentía que me desgarraba por dentro. El dolor era tal que no podía respirar y, en un intento desesperado, me llevé la mano al pecho, aferrando el talismán que pendía sobre él, el cual se partió en dos, de modo que solo la mitad horadada quedó colgando de la cinta. En ese instante, mi llanto empezó a brotar y pude exhalar el aire comprimido con voz quebrantada.

Busqué la nota de Slaven entre la hierba y la releí con el deseo de haberme equivocado en su interpretación, pero comprobé a través de las lágrimas que no dejaba espacio para la duda. Decía haberme mentido y eso sí que podía creerlo. Ya había confesado haberlo hecho anteriormente, en parte por conveniencia propia y en parte por mi propio bien y, a decir verdad, yo no le había dado mayor importancia: cada vez que explicaba su proceder, esto parecía acercarnos en vez de alejarnos, y yo no había dejado de esperanzarme. Me dije que era una necia por haber permitido que mi corazón se encaprichase con quien siempre había representado una imposibilidad, pasando por alto el riesgo más grave de todos: la desdicha de amarlo de tal modo aun cuando su ausencia fuese definitiva. ¡Siempre había estado segura de que no me enamoraría! Sin embargo, al tratarse de alguien tan singular como Slaven, había bajado la guardia un instante, quizás a causa de la fascinación que su leyenda había ejercido sobre mí desde la infancia. ¡Qué estúpida había sido! *Strigoi* o no, Slaven seguía siendo un hombre y ahora descubría que podía arrebatarme la libertad aun cuando deseaba hacer exactamente lo contrario. No quería que mi corazón le perteneciera, quería recuperar el dominio sobre mis propios sentimientos y que estos fueran solo míos de nuevo, como cuando estaba tranquila y creía ser feliz. Esto pensaba conforme arrancaba montones de hierba, hundiendo mis dedos en la tierra, gimiendo y sollozando. ¿Olvidarlo? ¿Cómo podía pedirme algo semejante? Tendría que morir para que eso ocurriera y, aun así, tal vez no lo lograría ni siquiera en el más allá.

Me rehusaba a creer, aunque su nota insinuase lo contrario, que su voto de lealtad había sido vano. Había visto la verdad en sus ojos y nadie, ni él mismo, podría convencerme de que su propósito era engañarme en aquellos momentos. Quizá hubiese cambiado de parecer después, pero ¿por qué? Las razones me evadían. Aun si de algún modo buscaba protegerme al aislarme u ocultarme sus planes, el hecho de pensar que Slaven ya no regresaría era suficiente para que toda mi vida se tornase en sufrimiento. Si él había cambiado al consumir la pócima, ¿por qué se molestaba en viajar hasta Raskrsnica para dejarme una nota? Oscilaba entre el desconcierto, la

tristeza y la ira. Si ya no deseaba ser mi amigo, ¿qué más le daba que me quedase en Banat o regresara a Viena? Me enfurecía pensar que quisiera protegerme al tanto que deshacía con tan descarado laconismo la alianza que habíamos forjado. ¿No se suponía que los *strigoi* estaban obligados a cumplir su palabra? Bien, Slaven había dicho que volvería, y así lo había hecho aunque no se hubiese dignado a enseñarme su rostro. Quizá no había estrechado mi mano al asegurar que me sería leal, pero lo había afirmado con el énfasis que conlleva un pacto de honor, o al menos así lo había sentido yo. ¡Malditos sentimientos! Me habían tendido una trampa, haciendo que viese lo que no estaba allí, interpretándolo todo de la forma más dulce. ¿De qué servía la magia cuando mi visión del mundo estaba completamente sesgada por el amor que sentía?

Vagué por el bosque, apoyándome en árboles aquí y allí, llorando en soledad. Entonces lo decidí: lo vería aunque él no lo deseara. Corrí hacia la cabaña mientras me secaba los ojos fugazmente con las mangas de la blusa. Tenía un hechizo cuya eficacia ya había comprobado y lo usaría de nuevo. No importaba que en esta ocasión Slaven no pudiese verme a mí al otro lado del cristal; me bastaba con observarlo e interpretar su expresión. Quizá pudiese adivinar si estaba satisfecho con la forma en que había procedido conmigo o si, a su modo, lamentaba haber escrito esa horrible nota.

Busqué el frasco de conservas que contenía el líquido azul por toda la casa. Revisé cada recoveco de la alacena, removiendo los frascos uno a uno, y también registré la habitación y la cocina: la pócima había desaparecido. Desesperada, pregunté a Branka, quien bordaba una nueva mantilla para Berz, si quizá se había deshecho del peculiar brebaje, pero su respuesta fue negativa: jamás lo había visto. ¿Lo habrían roto los agresores de mi nana? ¿Lo habría hurtado Slaven cuando estuvo en la cabaña? No tenía modo de averiguarlo y, aun si había guardado los residuos de la cocción de la pócima, no tenía tiempo de preparar una nueva en ese momento.

En vez de pasar la noche en vela intentando replicar el resultado anterior, y en vista del inconmensurable dolor que me agobiaba, pensé que lo único útil que podía hacer en esos momentos era seguir adelante con mi plan de vigilar a Ruth Fekete, aunque ahora solo buscase distraer mis sentimientos para no colapsar: todo, absolutamente todo, había perdido el sentido para mí.



Será nuestro secreto

Oculté a Berz entre la maleza antes de llegar al pozo y me deslicé con sigilo por el bosque que rodeaba el pueblo hasta llegar a la parte posterior del granero. Todo alrededor estaba oscuro excepto una débil luz que se insinuaba en la planta superior de la estructura, a la cual Németh y sus adeptos se referían como «el cuarto de castigos». Me pegué a la pared de madera de la planta baja, pero no escuché nada. Al cabo de unos minutos, la luz se extinguió y un rumor indistinto llegó hasta mí. Era difícil saber si se trataba de un llanto o un chillido, por lo cual me desplazé hasta ubicarme bajo el tragaluz cuyo cristal había roto y agucé el oído. Aunque la apertura estaba muy alta, justo bajo el techo, tuve la impresión de que, efectivamente, alguien intentaba quejarse pero algo sofocaba su voz. Pensé que el reverendo debía estar impartiendo un castigo a alguno de sus fieles, lo cual me llenó de rabia. Mi corazón batía conforme contemplaba la posibilidad de entrar al granero o esperar pero, como los lamentos sordos no cesaron sino que más bien se incrementaron, me armé de valor y le di la vuelta al edificio. Puesto que la fachada estaba en la penumbra, nadie me vería a menos que estuviese muy cerca, así que empujé la única puerta de acceso con delicadeza para que no hiciese ruido. Por desgracia, descubrí que estaba trabada desde dentro, así que nadie podría entrar a menos que alguien retirase la tranca. Intenté abrir las contraventanas de madera que estaban a mi alcance pero estas también estaban aseguradas y supe que si utilizaba la magia para mover la pieza que las sujetaba, alertaría a quienes estuviesen en el interior del granero. Tuve que resignarme a esperar hasta que la luz se encendió y unas pisadas causaron que el piso de madera de la planta superior crujiese. Me oculté tras el muro lateral del granero conforme los pasos se desplazaban por la escalera hacia el nivel inferior. Entonces reconocí la voz de Németh, que decía:

—Aprendiste la lección, ¿verdad, Aranka?

No hubo respuesta, pero Németh prosiguió:

—Así está mejor. No debes hablar de esto a nadie, o el Señor se disgustará. Lo que hiciste en el cuarto de castigos es algo muy, muy malo. Me obligaste a hacer algo terrible. Todo esto es producto de tu desobediencia. Recuerda, Aranka, que el Señor aborrece a quienes no le temen.

De nuevo, solo el silencio reinó durante unos instantes, y luego el reverendo volvió a hablar:

—Ruth te lavará y luego te llevará a casa. Pedirás perdón de rodillas al Señor y le dirás que has comprendido la importancia de guardar silencio cuando escuchas Su palabra.

—Estoy segura de que el Señor está complacido con la corrección de Aranka —dijo una voz aguda de mujer, que asumí era la de Ruth.

—Ahora repite lo que te pedí, Aranka —ordenó Németh—. ¿Qué esperas? ¡No me obligues a castigarte otra vez!

—Jamás interrumpiré la prédica de nuevo —tartamudeó la voz quebradiza de una niña pequeña.

—¿Y qué otra cosa? —insistió el reverendo.

—Y no haré preguntas insolentes —balbuceó ella débilmente. A duras penas si podía hablar.

—Un pastor debe corregir a las ovejas descarriadas —dijo Németh, suavizando su entonación—. Es quien infunde el sagrado temor de Dios a su rebaño, y tu deber es sentirlo. ¿Está claro?

Aranka sollozó.

—Asegúrate de que comprenda que lo ocurrido allá arriba fue su culpa, Ruth —agregó el hombre.

—Vamos, Aranka —dijo Ruth a la niña.

Tuve que apretar los puños con todas mis fuerzas para no lanzar un grito de ira. No sabía lo que aquel par de monstruos le habían hecho a la criatura, pero lo averiguaría. Antes de que Ruth saliese del granero con la pequeña, me apresuré a llegar a su casa a través del bosque. Intenté abrir la puerta trasera y, puesto que estaba cerrada, hice uso de la magia para descorrer el pestillo. Quizá a causa del intenso odio que sentía, logré manipular el cerrojo con gran facilidad desde el otro lado, adentrándome en la casa oscura y ocultándome tras un pesado mueble de madera que hacía las veces de repisa. Me concentré en dominar mi respiración agitada antes de que Ruth llegase y, justo cuando había aquietado mis nervios un poco, escuché que la llave giraba en la puerta principal.

—Entra —ordenó Ruth a la pequeña, quien no cesaba de llorar, y procedió a encender una vela que a duras penas si iluminó la estancia—. ¡Retira las manos de tus vergüenzas o invitarás de nuevo al demonio!

—¡Estoy sangrando! —gimió la niña con voz aterrada.

Me incliné un poco hacia delante para espiarlas desde mi escondite y pude ver el rostro de la niña, quien no debía tener más de seis años de edad. La chiquilla, casi

doblada en dos, sujetaba con manos temblorosas la porción del delantal que correspondía a la parte baja de su vientre, como queriendo aliviar un dolor agudo e incesante. Aun así, leí en su expresión que el terror que la embargaba sobrepasaba su sufrimiento. Ruth la aferró de las muñecas, forzándola a descubrir la tela ensangrentada, y comprendí con horror que la pequeña había sido violentada.

—Quédate aquí —dijo la mujer—. Traeré agua.

Aranka se replegó sobre sí misma, hundiendo el rostro en los cuencos de las manos. Trepidaba fuertemente, y lamenté no poder matar a Ruth Fekete en ese instante. Me dije, sin embargo, elevando la mirada llorosa hacia el techo de aquella morada, que me aseguraría de que la pequeña fuese vengada.

La señora Fekete regresó con un jarro lleno de agua y un trapo, y desnudó a Aranka. A continuación, la frotó vigorosamente hasta que todo residuo de sangre desapareció de la piel translúcida de sus muslos, y procedió a lavar la mancha del delantal así como sus prendas íntimas, que también delataban la agresión cometida. Una vez la ropa estuvo limpia, la escurrió y colgó de la varilla que surcaba el hueco de la chimenea, donde aún brillaban un par de carbones, y se dio la vuelta lentamente, como si se supiera observada por alguien más. Entonces dio unos pasos hasta la estancia contigua y temí que me hubiese descubierto, pero reapareció al cabo de unos segundos, trayendo consigo una bacinica de porcelana sobre la cual hizo que la niña se acurrucase. Cuando estuvo segura de que el sangrado se había detenido, comprobando una y otra vez a la luz de la vela que el trapo húmedo emergía limpio, vistió a la niña de nuevo y la invitó a sentarse sobre un taburete de madera. El vestido de la pequeña era negro, así que supuse que tal era el motivo por el cual la cómplice de Németh no se había molestado en limpiarlo como las otras prendas.

—¿Aún sientes dolor? —le preguntó, acariciando su brazo y esbozando una sonrisa hipócrita. Quise abalanzarme sobre ella y golpearla hasta dejarla sin sentido, pero pensé que, por el bien de Aranka y de los otros niños de la congregación, debía contenerme.

La niña negó con la cabeza. Su mirada ausente hablaba por ella.

—Mañana en la mañana le dirás a tu madre que te hiciste daño jugando para que te permita reposar —prosiguió Ruth Fekete, incorporándose y caminando hacia un mesón para servir leche en una taza que le extendió a la niña—. Bebe —dijo—. Necesitas recobrar las fuerzas.

Cuando la pequeña le devolvió la taza, ella prosiguió:

—Escucha con atención, Aranka: jamás debes mencionar lo que ocurrió en el cuarto de castigos. Debes saber que el reverendo te ama y jamás quiso hacerte daño. ¡Todo esto es tu culpa! Si no lo hubieses provocado con tu desobediencia.

—El Señor me aborrece —murmuró la pequeña, quien lucía fuera de sí.

—Si lo hace, es porque has sido una niña muy mala —dijo Ruth, posando sus dedos largos sobre los hombros de Aranka—. Cometiste un pecado grave y estás sucia. Es la clase de suciedad que el agua no puede lavar, ¿comprendes? Pero el

Señor te perdonará si el reverendo se lo pide, porque Él ama a los hombres justos, y el reverendo lo es. Por mi parte, guardaré tu vergonzoso secreto: no diré a nadie lo que obligaste a hacer al reverendo si prometes ser una niña buena de ahora en adelante. ¿Qué dices?

—Lo prometo —respondió Aranka, clavando la mirada en el piso.

—¡Oh, tesoro! —exclamó Ruth, dándole unas palmaditas en la espalda—. El Señor se regocijará en tu silencio.

—Amén —susurró la chiquilla, cuyo rostro no expresaba más que pasmo.

—Muy bien, te llevaré a casa —dijo, palpando el delantal de la pequeña—. Tus ropas están casi secas.

Tomó a Aranka de la mano y, tras extinguir la vela, volvió a salir de la casa, echando el cerrojo por fuera. No tenía tiempo que perder: registré la vivienda haciendo uso de mis poderes para escrutar las tinieblas sin despertar sospechas. Tenía que admitir que, aun si mis dones mágicos no eran particularmente pomposos, eran bastante útiles. En aquella situación, encender una luz habría podido delatarme. No sabía qué estaba buscando: los eventos que había descubierto por error me revolvían el estómago, anulando mi capacidad de concentración casi por completo. Sin embargo, la austeridad de la vivienda me permitía descartar pronto los artículos que no eran de mi interés, y al final hallé un baúl asegurado con un gran candado al pie del lecho. Una Biblia reposaba sobre el mueble, lo cual me hizo sospechar aún más de sus contenidos. De haber estado menos furiosa, quizá habría podido evitar que el candado se rompiera al intentar abrirlo con mis poderes, pero este se partió en dos en cuanto me enfoqué en él. El baúl estaba lleno de libros que tuve que abrir y cerrar apresuradamente. Eran de carácter religioso y habían sido impresos en Hungría. Todos menos uno, el cual reposaba bajo todos los demás: este estaba escrito a mano y parecía ser una especie de diario. También hallé un atado de cartas en el fondo del arca. Se notaba que habían sido leídas y cada una había vuelto a ser introducida en su sobre correspondiente. Metí todos los libros dentro del mueble de nuevo y colgué el candado roto del aro que antes lo sujetaba, dejando fuera el diario y la correspondencia. En ese instante escuché la llave en la puerta principal y salí corriendo de la casa de Ruth Fekete por la puerta posterior. No me molesté en volver a correr el pestillo pues sin duda ella notaría la ruptura del candado en su habitación y sabría que alguien había irrumpido en su hogar.

Estaba tan asustada y asqueada que recorrí el bosque a una velocidad asombrosa, llegando a donde estaba Berz y desatándolo con presteza para emprender el retorno a Raskrsnica de inmediato. Presentía que tenía en mis manos el mayor secreto de Ruth Fekete, uno sin duda relacionado con los sucesos que acababa de atestiguar. Además, mi instinto hechicero gritaba que los documentos que había hurtado también estaban vinculados con Slaven: aunque él no quisiera verme, el amor que yo sentía por él era una guía certera, y por más que esta no me llevase a él en el presente, me llevaría a su pasado en Dobro, el cual yo aún necesitaba descifrar, y suponía que él también.

Puesto que su ausencia amenazaba con dejarme desolada para siempre, mi única esperanza residía en ofrecerle información que le resultase útil de modo que decidiese restablecer el contacto conmigo. Eso, si es que podía encontrarlo de nuevo. De lo contrario, me vería obligada a realizar un hechizo que me permitiera dejar de amarlo, lo cual rogaba fuese posible.

Cuarta Parte





Encaprichada

Aunque no creía que Ruth Fekete pudiese adivinar que yo había robado su correspondencia y su diario, debía ser cuidadosa. Después de todo, había abandonado a Németh en la cabaña de Pie de Bruja la semana anterior y ambos cómplices debían preguntarse cómo había logrado que el reverendo se quedase dormido en medio de nuestra confrontación. Debían, al menos, estar convencidos de que yo me había aliado con Slaven, tal y como el reverendo lo había sugerido, por más de que me hubiese presentado en Dobro con un talismán diferente. Quizá me temiesen. Eso me confortaba, pues tal vez no se atreverían a agredirnos de nuevo si creían que mis poderes mágicos eran superiores a los que había desarrollado: después de todo, la habilidad de ver en la oscuridad y abrir puertas o candados no era precisamente intimidante. Como fuese, decidí leer los documentos dentro de la casa para no arriesgarme a ser vista por alguien más.

Branka ya se había ido a dormir, así que me senté en la alfombra junto al hogar aún tibio para inspeccionar mi botín. Abrí el diario buscando nombres conocidos pero ninguno llamó mi atención. Al parecer, Ruth Fekete había tenido un esposo al cual se refería únicamente como *mi marido* y unos hijastros que le temían intensamente al padre, como se esperaba en aquella comunidad. ¿Qué les habría ocurrido? Me dije que probablemente se habían casado, ya que la señora Fekete vivía sola. El marido, por su parte, debía haber muerto. Las páginas del diario de la mujer estaban llenas de referencias bíblicas o de reflexiones al respecto de sus deberes maritales, que al parecer odiaba, y no sin razón: su marido la agredía con violencia desmedida antes de someterla y, según uno de sus recuentos, en una ocasión incluso había estado a punto de matarla. La mujer se quejaba también del modo en que su marido *corregía* a los hijos más pequeños, golpeándolos sin piedad con una tabla hasta que perdían el sentido, lo cual me asombró: Ruth Fekete acababa de demostrar que, al menos en lo concerniente al reverendo, estaba de acuerdo con los castigos más sangrientos. Sin

duda, la malvada mujer del presente había sido muy distinta en tiempos anteriores, dando muestras de ser sensible o al menos humana antes de que su corazón se pudiese por completo. Entonces, al dar vuelta a la página, mi corazón se detuvo: comprendí que no estaba leyendo el diario de Ruth Fekete sino el de Anna Németh, la difunta esposa del reverendo.

15 de agosto de 1877

Hoy es el aniversario de la muerte de mamá. Aunque murió cuando yo era tan chica, aún la recuerdo. Era dulce y buena. La extraño. También extraño a papá. Según me contó un visitante de Vršac, decidió casarse de nuevo. Espero que su nueva esposa sea tan atenta y afable como mamá. Si es lo suficientemente joven y saludable, quizá me dé un hermano o una hermanita. Ya me habría gustado jugar con chicos de mi edad en casa de mis padres. Sin embargo, siempre estuve sola, y ahora que debo encargarme de los pequeños de mi marido, se me exige la más estricta austeridad. Nada de juegos o risas en casa, nada que pueda distraernos de nuestros respectivos deberes. Si el Señor concede que papá y su nueva esposa conciban, mi hermano será mucho menor que yo y lo querré como si se tratase de mi propio hijo aunque no llegue a conocerlo jamás. Esa posibilidad me entristece sobremanera, especialmente porque tampoco he podido concebir este mes. Me preocupa que mi marido se enfade más que de costumbre cuando lo sepa. Además de mis múltiples faltas, esta es otra razón para que se halle constantemente disgustado conmigo: se supone que la joven esposa de un reverendo debería ser fértil y, sin embargo, el Señor parece haber secado mi vientre. ¿Cuándo podré sostener un infante en mis brazos? ¿Podré tener una familia realmente propia algún día? Tal vez, si le diera un hijo, mi marido se mostraría menos colérico conmigo. Me siento muy sola. Quisiera escribirle a papá ya que no puedo verlo, pero mi marido no me lo permite. Incluso debo esconderme para escribir en este diario últimamente pues, según dice, es vanidad que una mujer deje de atender los asuntos del hogar para favorecer una actividad tan inútil y egoísta como poner en orden sus propios pensamientos, especialmente si estos no son fiel reflejo de las prédicas de su marido. La viuda Fekete, en cambio, es de suma utilidad para la congregación: se reúne con mi marido en el granero después del servicio y toma nota de las ideas que el Señor le inspira, facilitando así su labor como pastor del rebaño. La vehemencia de sus prédicas solo aumenta con el paso del tiempo; parece estar determinado a extirpar el pecado de la Tierra. Sus ojos brillan con el mismo furor con que nos corrige a mí y a los niños, tanto así que me parece que anuncian el infierno que el Señor nos tiene reservado a quienes pecamos constantemente de soberbia y vanagloria. He intentado derrotar el orgullo que causa que no me someta gustosamente a los castigos que él me inflige en las noches, pero aún no consigo deshacerme del deseo de escribir para mí misma.

Este diario es mi único amigo en el mundo, mi única voz y mi único solaz. Que el Señor me perdone, nunca imaginé que sería tan desdichada en Dobro. No me importa el trabajo pero, en ocasiones, siento tanta rabia hacia todos los miembros de nuestra congregación que debo contenerme para no escupir en sus rostros. Tal vez el demonio se haya apoderado definitivamente de mi corazón. Quizá mi marido tenga razón y ese chico a quien todos llaman Pie de Bruja sea el causante del odio que me embarga desde el momento en que abro los ojos en la mañana hasta que los cierro para irme a dormir. Se quedó viéndome el otro día cuando nos cruzamos en el sendero que lleva al pozo. Es cierto que se ha convertido en un muchacho de gran belleza. O quizá me lo parezca porque es solo unos años menor que yo y mi marido me lleva una veintena de años. ¡Oh, Señor, ayúdame! La expresión del chico se me antojó benevolente, a pesar de las advertencias de las gentes justas. Pero odio a las gentes justas. Sé que el Señor me castigará por ello. Mi marido se acerca, tendré que continuar mañana o uno de estos días. Hasta pronto, querido diario.

ANNA NÉMETH.

Era la primera página que firmaba con su nombre. Tragué en seco y pasé a la página siguiente, acomodándome contra las piedras que constituían el muro de la chimenea. Anna había escrito aquellas palabras hacía dieciséis años, pero retumbaban en mi mente como si me hubiese hablado a mí. Ahora sabía que Rebeka era su media hermana, hija de su padre y su nueva mujer, la pequeña a quien tanto había anhelado conocer. Lloré de rabia al caer en la cuenta de que Rebeka estaba viviendo exactamente la misma situación de su difunta hermana y, una vez más, me consolé pensando que la maldad del reverendo Németh y Ruth Fekete no quedaría impune.

30 de agosto de 1877

Vi a Pie de Bruja otra vez. Estaba sacando agua del pozo cuando él llegó. Se detuvo tras de mí y me abordó sin ningún preámbulo en štokavski:

—Sé lo que tu marido te hace —dijo, y quise abofetearlo, pues creí que se refería a mi intimidad matrimonial.

Pero me equivocaba, como explicaré a continuación. En cuanto deposité el balde en el suelo, me viré para enfrentarlo: juro que en mi vida he visto un chico tan guapo. A pesar de su pobreza y suciedad, posee un rostro tan hermoso y un cuerpo de proporciones tan armónicas que ya puede adivinarse el tipo de hombre en que se convertirá dentro de poco tiempo. Me parece que apenas ayer era un niño maltrecho, y hoy en día me tiemblan las rodillas cuando mis ojos encuentran los suyos.

—Últimamente cojeas como yo lo hacía hace algunos unos años —prosiguió—. Te escuché diciendo a una de las vecinas que habías caído de la yegua, pero sé que él te hizo daño. Si quieres, yo podría curarte.

Entonces supe que hablaba de la última golpiza que recibí. Me quedé allí, paralizada, sin saber qué decir.

—Me temes, ¿verdad? —inquirió, acercándose—. Pero tú no eres como ellos. ¿No sabes que mienten?

Entonces, todo el dolor y la rabia que he albergado durante estos tres años surgieron de mi interior, y rompí a llorar. Y él, en vez de agredirme como los demás me habían asegurado que haría con cualquiera de la congregación, simplemente se hincó ante mí y puso su mano sobre mi tobillo malherido. Sentí un alivio profundo casi de inmediato, tanto así que pude apoyar el pie en la tierra cómodamente.

—¿Cómo lo hiciste? —balbucí, enjugándome las lágrimas e hincándome a mi vez para que nadie pudiese verme hablando con él.

—Eso no tiene importancia —repuso, mirando hacia atrás—. Debes exponerlos ante la congregación.

—¿A quiénes? —inquirí nerviosa.

—A tu esposo y a Ruth Fekete —dijo.

—No puedo acusar a mi marido, sabes mejor que nadie que ningún miembro de la congregación osaría desafiarlo. Aunque me atreviese a hablar, él les explicaría que lo hace por mi bien y ellos lo respaldarían. ¿Y por qué habría de denunciar a Ruth Fekete?

—Oh, demonios, ¿crees que hablo de ti? Si bien te compadezco, podrías huir si lo desearas. Lo cierto es que prefieres servir a ese maldito cobarde.

—¡Es mi marido! —me defendí, sintiendo que las lágrimas afloraban a mis ojos de nuevo. Puedo tolerar casi cualquier cosa, pero no que ese chico piense que estoy a gusto en Dobro. Porque no lo estoy.

—¿Y a mí qué me importa? —replicó, esbozando una sonrisa cruel. En ese momento creí que intentaba seducirme y me sonrojé intensamente. Pero, de nuevo, me equivocaba—: Ya no eres una niña —afirmó—. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete?

—Dieciocho —dije, bajando la mirada.

—Bien, yo tengo doce, pero he huido de tu marido desde que tengo uso de razón... es solo que cuando era chico no siempre lograba escapar porque mi pierna aún no había sanado.

—¿Qué dices? —tartamudeé sin dar crédito a mis oídos—. ¡Pareces mucho mayor! Habría pensado que tienes al menos quince.

—Lo sé, dicen que es un... mal de familia. Pero divagas: mi punto es que nadie que tenga la posibilidad de apartarse de un hombre como Németh debe quedarse junto a él. ¿Acaso no has escuchado que, desde tiempos inmemoriales, un sinfín de

mujeres ha dejado a sus maridos? Además, tienes parientes en Vršac: estoy seguro de que tu padre te acogería con los brazos abiertos. En cambio, los pequeños que sufren los flagelos característicos del granero no pueden hacer nada por sí mismos.

—¿A qué te refieres? —balbucí indignada—. Sus padres permiten que mi marido haga con ellos lo que le parezca mejor.

—Eso es porque ignoran lo que ocurre en el cuarto de castigos cuando el servicio se acaba.

—Nadie va a rebelarse contra el reverendo porque su hijo haya sido corregido con una varita de madera —repliqué.

—¿Eso es lo que crees que les hace? ¡Vaya, eres más ingenua de lo que imaginé! ¡Y pensar que vives con él! Te equivocas: tu marido solo usa la varita para amonestar a los pequeños cuando toda la congregación está presente. Luce casi inocente, ¿no te parece?

—Tal vez —afirmé—. ¿Quieres decir, entonces, que golpea a los chiquillos sin piedad a espaldas de sus padres?

—Escúchame con atención: si tu marido apaleara a los chicos ajenos como a los suyos propios, ostentarían graves lesiones con frecuencia, con la diferencia de que a estos no podría ocultarlos indefinidamente en casa... de modo que ese no es el tipo de castigo al que me refiero.

—No veo a dónde quieres llegar —susurré. Estaba trepidando, aunque no sabía bien por qué.

—Aunque no lo creas, Németh teme que su congregación lo abandone... pero ha hallado un modo de dañar sin ser descubierto.

—Me confundes —dije, rehuyendo su mirada—. A ti te agredía abiertamente en otras épocas, según he escuchado.

—Conmigo no tenía por qué preocuparse: soy el hijo de la bruja, el bastardo del bosque, así que todos lo apoyaban de una forma u otra. Solía ir lleno de cardenales por ahí; era un escarmiento ambulante. Tu marido no se atrevería a proceder del mismo modo con los chicos de tu congregación. A ellos les tiene reservado otro tipo de tortura, del cual tampoco me eximió a mí.

—¿Qué hiciste para que mi marido te odiase tanto? Nunca escuché una justificación razonable, solo historias descabelladas acerca de la curandera, y otras al respecto de un símbolo capaz de atraer a los demonios. Jamás comprendí una sola palabra.

—¿Qué supones se oculta tras el odio injustificado? En realidad, tu marido me teme porque jamás me rendí. Jamás cedí ante sus inclinaciones perversas, por lo cual me rompió varios huesos en múltiples ocasiones, pero al menos puedo vivir para vengarme: resignarse es morir un poco, y yo jamás me he resignado. En cierta ocasión, cuando aún no me había causado un daño irreparable, amenacé con contar lo que les hacía a los chicos de su congregación con la esperanza de

que cesase de hostilizarme de una vez...

Aunque no alcanzaba a imaginar el verdadero significado de sus palabras, me admiraba que alguien en Dobro hubiese sido capaz de desafiar a mi marido.

—¿Qué ocurrió entonces? —inquirí fascinada.

—Tu marido mandó llamar de inmediato a aquel hombre de Vršac que habló a la congregación acerca del pentagrama. Ruth Fekete ya se había encargado de esparcir los rumores correctos acerca de mí, así que, cuando me rehusé públicamente a aceptar el bautizo, perdí toda credibilidad ante el pueblo y su secreto quedó a salvo.

—Y ahora quieres que yo lo exponga —afirmé, esperando una confirmación de su parte.

—Es lo menos que puedes hacer —dijo—. Quizá a ti sí te escuchan. Los chicos de tu congregación no se resisten y nunca lo harán: están convencidos de que tu marido es algo así como un elegido de Dios y piensan que merecen ser castigados si él lo dice. ¡Por el averno, sus padres lo repiten todo el tiempo! ¿Por qué no habrían de creerlo? Así pues, una vez dejan el cuarto de castigos, están obligados a llevar el dolor por dentro durante el resto de sus vidas.

—Juro que no comprendo lo que tratas de decirme —dije, y era verdad—. Lo siento. Debo marcharme ahora o mi marido se enfadará.

—Escóndete en el nivel superior del granero en cuanto tengas la oportunidad —respondió, incorporándose—. Hay un gran armario vacío a través de cuyas ranuras podrás observar exactamente el tipo de castigo que reciben los niños de tu congregación. El diablo sabe que yo no podré olvidar jamás.

No bien dijo eso, se internó en el bosque y ya no lo vi más. Aunque sus palabras lograron sobrecogerme, las emociones que su presencia me produjo me aterrorizan ahora que mi marido está en el granero con Ruth y me hallo sola con mis cavilaciones: estoy segura de que voy a ir al infierno, porque no cabe duda de que estoy sintiendo lujuria por primera vez. ¡Oh! ¿Por qué tuvo que cruzarse en mi camino? ¡Es solo un crío, debo dejar de pensar en él!



La evocación

Tuve que detenerme para tomar una serie de inhalaciones profundas: la idea de que Slaven hubiese podido sufrir una agresión similar a la de Aranka me enfermaba de dolor e ira. ¿Era esta la razón por la cual no me había contado toda la historia? Por supuesto que era más que comprensible que no deseara hablar de ello con alguien que no hubiese estado en la misma situación. Ahora, sin embargo, el verdadero motivo de su venganza se abría ante mí en todo su aterrador sentido. Anna Németh era, al igual que aquellos niños, una víctima del reverendo, y Slaven sabía que ella comprendería, o al menos eso esperaba. Pero yo también lo comprendía. No pude evitar sentirme extrañamente culpable por haber accedido a un secreto que él había elegido no revelarme, como si de algún modo hubiese ignorado una petición implícita de su parte al ahondar en sus asuntos, pero era demasiado tarde. Sin embargo, quienes debían temer que aquellos secretos fuesen revelados eran Németh y Ruth Fekete pues, aunque sus víctimas sintiesen vergüenza, estaba totalmente injustificada: tal era, justamente, el plan de los cómplices. Continué leyendo:

3 de septiembre de 1877

No he cesado de vomitar desde que regresé del granero. No sé dónde está mi marido: salió antes que yo, inmediatamente después de que la viuda Fekete se llevó al pequeño Hanzar. Pie de Bruja tenía razón: nunca podré olvidar lo que vi. Durante horas le hicieron a aquel chiquillo todo lo que mi marido ha hecho conmigo desde que llegué a Dobro y más. No solo fue sodomizado, mi marido y Ruth improvisaron diversas torturas que una mente sencilla como la mía jamás habría concebido. ¡Todo sin dejar ni una marca sobre su delicada piel! ¡Y esa maldita víbora reía con tanto gusto como si se tratase de una celebración pascual! Los chillidos sofocados del pequeño aún me atormentan. ¡Señor, ten piedad de

nosotros! Pero no de ellos: abre la Tierra bajo sus pies para que se hundan en el abismo infernal donde pertenecen de una vez. ¿Hasta cuándo permitirás que esto siga ocurriendo? ¿Hasta cuándo?

4 de septiembre de 1877

Fui a buscar a Slaven a su cabaña. ¡Oh, Señor! ¿Por qué lo hiciste tan hermoso? Aun sudando bajo el ardiente sol del verano y con el rostro ennegrecido por la suciedad, es una visión casi angélica, con sus labios rojos y esos ojos sombreados. Estaba apilando leña en el jardín con los pies descalzos. Sé que estoy siendo adúltera con mis pensamientos pero no puedo evitarlo: aborrezco a mi marido y no ceso de imaginar que Pie de Bruja me toma en sus brazos para llevarme muy lejos de Dobro. ¿Me amará también? Las gentes comentan que soy hermosa pero él me mira como si no lo notase. Al menos ahora que nos une este terrible secreto tengo una razón para vivir. Le dije que quiero envenenar a mi marido y él me llamó hipócrita.

—¿Qué hay de tus mandamientos? —dijo—. ¿Obrarás como uno de los miembros de tu congregación, pasando por alto las cosas más obvias? ¡Aún me sorprende que hablar con la verdad sea más difícil que matar! Si alguien me creyese, lo expondría yo mismo, pero perdí esa batalla hace largo tiempo. ¿No comprendes que hay otros haciendo en casa exactamente lo que tu marido en el granero? ¡Su muerte no solucionará nada! Cierto, quizá evite que él y Ruth Fekete lleven a las siguientes generaciones al cuarto de castigos, pero mientras tu maldita congregación siga existiendo en esta atmósfera de silencio, será una guarida de monstruos. Los niños necesitan saber que pueden hablar y para ello alguien debe dar el primer paso: la palabra de la mujer del reverendo tiene relevancia. Ahora que sabes lo que ocurre en el cuarto de castigos, estarás encubriendo a los victimarios si no los denuncias. ¿Podrías al menos hablar con los niños y explicarles que no tienen la culpa?

Slaven habla como un hombre y tiene la apariencia de un hombre. No me habría importado seguir padeciendo las palizas de mi marido con tal de pasar una noche a su lado.

—¿Qué me ves? —preguntó irritado—. Necesito que me jures que hablarás, o tendré que poner en marcha un nuevo plan.

—No puedo —balbucí al fin.

—Eres una maldita cobarde —dijo, y entró a la cabaña tras escupir en el piso junto a mí.

Si consigo que me ame como yo a él, quizá acepte huir conmigo y así podremos dejar todo esto atrás.

5 de septiembre de 1877

Mi marido y Ruth Fekete se enfocan en un solo chiquillo a la vez. Hoy hicieron que el pequeño Hanzar se quedase de nuevo con ellos en el granero después del servicio. Desearía hablar con los padres del chico pero no puedo. ¿Por qué no lo entiende Pie de Bruja? Soy demasiado joven y débil. Ya te conté, querido diario, que mi marido estuvo a punto de asfixiarme en una ocasión. No puedo decir a los padres que vayan a buscar a su hijo cuando sé que la puerta del granero está cerrada. El chiquillo no se atrevería a confirmar nada de lo que yo diga y sus padres me acusarían de ser una mentirosa. Peor aún, se lo dirían a mi marido y entonces él me matará. Sigo creyendo que la solución es envenenarlo.

8 de septiembre de 1877

No dejo de pensar en él. No puedo dormir ni comer. Cuando lo observo en la distancia, siento que desfallezco y debo hacer un gran esfuerzo para no ir hacia él. Veo sus ojos en la oscuridad e imagino que hablo con él cuando me encuentro sola. Siento que estoy embrujada pero no quiero deshacerme de la pasión que me embarga porque ahora su presencia me acompaña a donde voy. He pensado incluso en... pero no, debo decirle que lo amo antes de intentar algo así.

9 de septiembre de 1877

Slaven dice que, además de él, soy la única testigo de lo que mi marido y Ruth Fekete hacen a los chicos en el granero. Dice que si hablo con la policía de Vršac él respaldará todo cuanto yo afirme y que, si de hecho las autoridades deciden abrir una investigación, él expondrá su caso en detalle. Sé que tiene razón al afirmar que no lo escucharán si se presenta antes que yo, pues fue victimizado hace años, cuando no era más que un crío, y sería su palabra contra la de mi marido, cuya reputación es intachable y quien tiene a toda la congregación de su lado. Además, Slaven sigue siendo demasiado joven y pobre para ser tomado en serio. Mi padre es rico y bien querido en Vršac. Quizá podría hablar... pero cierto es que no quiero hacerlo. Además de tener tanto miedo, lo que más deseo es olvidar lo que he visto y lo que he vivido. Y sé que él lograría que lo olvidara si tan solo me amara.

10 de septiembre de 1877

El pequeño Hanzar luce muy pálido y ha perdido su sonrisa. Mi marido lo golpea con la varita ante la congregación tras forzarlo a recitar salmos que el chico, por supuesto, no puede recordar, y luego obliga a permanecer en el granero para enseñarle la palabra del Señor. ¡No lo soporto! ¡No lo soporto más! Diré a mi marido que lo sé todo aunque Pie de Bruja diga que debo hacer lo contrario: él

es de la opinión que debo huir de inmediato a casa de mi padre y denunciar a mi marido ante las autoridades de Vršac. Dice que debo dejar una carta dirigida a los padres del pequeño Hanzar; cree que debo al menos intentar salvarlo a él, puesto que es el único caso que he atestiguado personalmente. ¿Partir de Dobro? Muchacho ingenuo, no sabe que no puedo apartarme de él. Ya que no puedo envenenar a mi marido, lo confrontaré. Pero lo haré con tacto. Lo haré entrar en razón. Oraré por él para que cambie; nada es imposible para el Señor. ¡Oh, Señor, haz que Slaven me ame!

11 de septiembre de 1877

No puedo parar de llorar. ¡ÉL no me ama! Quizá me apresuré en actuar, pero eso no hace que la realidad sea menos dolorosa. Fui a buscarlo a la cabaña mientras la curandera estaba ausente. Cuando entré, lo hallé casi desnudo, vistiendo solo ese extraño faldón de lana negra que deja sus pies al descubierto. Estaba tan bello que no pude contenerme y lo abracé. Intenté besarlo al tanto que lo acariciaba suavemente y él me apartó con violencia, lanzándome al otro lado de la habitación. Caí de espaldas sobre el pobre lecho de paja que está en la esquina.

—¿Qué demonios crees que haces? —exclamó enfurecido.

—Yo solo... —balbucí avergonzada.

—Intentabas seducirme —afirmó, cruzándose de brazos—. Te confié lo que me acaeció cuando era un niño y también abrí tus ojos en lo concerniente a tu marido. Sin embargo, ahora sé que no lo denunciarás: eso significa que no eres mi amiga. Y aun así, te presentas aquí esperando algo que no puedo darte.

—Por supuesto que sí puedes —dije, quitándome la cofia y esparciendo mis cabellos sobre mis hombros—. Mírame, Slaven. Si yaces aquí conmigo, en pocos segundos sabrás que una mujer bella puede hacerte feliz.

ÉL se ruborizó intensamente, sin apartar sus ojos de los míos. Pensé que había logrado conmoverlo, pero pronto comprendí que me había equivocado de nuevo.

—¿Te parece que la belleza del mundo me importa, mujer estúpida? —rugió iracundo—. ¡Es como si hubieses estado hablando todo el tiempo con un espejismo! ¿Me has visto? ¿Me has escuchado acaso?

—¡Sí! —lloré—. ¡Te amo!

—¡Pues yo no te amo a ti! —dijo—. ¡Detesto que sepas que eres bella y detesto que intentes manipularme por medio de la lujuria!

—Es porque no conoces el placer —dije, incorporándome.

Empecé a desvestirme, pues era obvio que jamás había visto una mujer desnuda. Eso lo cambiaría todo.

—El placer no me interesa —dijo, virándose para abrir la puerta de la cabaña. Ahora su tono era glacial—. Quiero que te marches —agregó, mirando hacia fuera—. No regreses jamás.

Entonces vi la marca que lleva en su espalda: una cicatriz roja en forma de dragón. ¡La insignia del diablo! Aterrada, me calé la cofia y la blusa tan pronto como pude y salí de la cabaña corriendo y llorando. Desde entonces, no he cesado de sollozar. Slaven es, en efecto, maligno, pero al menos ahora sé lo que debo hacer para que sea mío: evocaré al demonio. ÉL me lo concederá porque es suyo. Y luego, yo se lo entregaré al Señor. Todo estará bien.

12 de septiembre de 1877

Sedé a mi marido con una potente infusión herbal y me escabullí de casa a medianoche con una vela y el libro de símbolos de hechicería que el hombre de Vršac legó a nuestra congregación. Me dirigí a los establos sin perder tiempo y dibujé el pie de bruja en el suelo con un trozo de carbón. Tuve que realizar varios intentos antes de trazarlo correctamente pues, aunque lo copié del libro, mis líneas torcidas no terminaban de unirse para conformar la estrella de cinco puntas. No bien la completé, los caballos empezaron a relinchar y temí que despertasen a mi marido, pero se calmaron de nuevo y procedí. Tuve que improvisar la evocación ya que el libro no brindaba instrucciones, pero pedí al maligno con todo el corazón que se manifestase ante mí.

Esperé alrededor de media hora sentada sobre el pentagrama, temiendo que el demonio no acudiese a mi llamado pero, al fin, un olor nefasto llegó a mí. Segundos después, la silueta de un hombre se recortó contra la luz de la vela que había dejado encendida junto al marco de la puerta. No lo escuché entrar, pero supe de inmediato que se trataba del señor de las tinieblas. Habría sentido miedo si la desesperanza no me embargase.

—¡Una chica! —rio con tono decepcionado. Intenté discernir sus facciones pero la oscuridad no me lo permitió en primera instancia. Sin embargo, noté que llevaba ropas finas: sus botas lustradas brillaban a la luz de la vela y, por el corte de su chaqueta, habría podido ser la de un rey.

Guardé silencio, aguardando a que me diese permiso de hablar.

—¿Y bien? —prosiguió—. ¿Esperabas a alguien o practicabas la hechicería por diversión?

—Te esperaba a ti, señor —dije, bajando la mirada.

—¿Quién supones que soy? —inquirió. Su entonación era burlesca, lo cual solo me pareció natural.

—El diablo —respondí, y experimenté un vértigo jubiloso al mencionar aquellas palabras, tanto que mis pelos se pusieron de punta.

ÉL profirió una exclamación triunfal y dijo:

—¡Cuán apropiado! Y qué oportuno de tu parte evocarme precisamente ahora.

—¿Escuchaste mi oración? —me atreví a preguntar fascinada.

—El pentáculo me atrajo —replicó—. Estoy atado a él. De haber estado más

lejos, no habría surtido tal efecto, pero resulta que estoy en Dobro por... negocios. Quizá, de hecho, tú y yo podamos llegar a algún acuerdo. Dime, querida, ¿qué deseabas?

—Quiero que Slaven sea mío.

—Slaven, ¿eh? ¡Qué maravilla!

—¿Lo conoces?

—Eso depende de si hablamos del mismo Slaven. ¿Cuál es su nombre de familia?

—Lo ignoro —admití, tragando en seco—. El único Slaven que hay en este pueblo es un espurio, así que solo conocemos su nombre.

—Vaya, vaya —rio de nuevo—. Con que un bastardo. ¿Es rico?

—No, señor, es paupérrimo. Vive en una cabaña a las afueras del pueblo.

—No me digas —susurró, y por un momento creí haberlo enfadado, pero continuó—: ¿Sabes si este Slaven tiene... alguna marca particular por medio de la cual pueda yo reconocerlo? ¿Un dragón, tal vez?

—¡Sí! —exclamé dichosa—. ¡Lleva una insignia sobre la escápula izquierda! ¡Y se nota con toda claridad que es un dragón! ¿Quiere esto decir que es maligno?

—Significa que es uno de los míos —murmuró complacido.

—Eso pensé —dije—. Aunque ya no siento miedo. Solo deseo que me ame.

—¡Oh, querida, no sabes cuán útil me has sido! —rio, aplaudiendo reiteradamente con delicadeza y elegancia—. ¿Dices que habita en el bosque?

—Así es. Vive allí con su madre, la curandera.

—Te garantizo que no es su madre —rechistó—. La madre de Slaven murió al ingerir un bebedizo de mandrágora cuando lo dio a luz. ¡Esa fue la única vez que vi al pequeño! Hubiese querido sostenerlo en mis brazos para impartirle mi... maldición especial, pero, por desgracia, le perdí el rastro. Siempre lamenté no haber dilatado otro tanto la muerte de la madre. Sin embargo, a veces nos equivocamos y nuestros más profundos anhelos no se ven realizados de inmediato.

—¿Ni siquiera los tuyos, señor? —inquirí atónita.

—Bueno, querida... —dijo—. ¡No soy Dios!

Su carcajada resonó en el establo, logrando aterrarme.

—¿Podrás ayudarme? —supliqué, uniendo mis manos como lo hago usualmente para orar.

—Eso depende —respondió él hincándose frente a mí y acercando su rostro al mío. Entonces descubrí que, aunque tenía barbas doradas, cabellos rubios y ojos color avellana, algunos de sus atributos físicos se asemejaban a los de Slaven: poseía cejas largas y espesas y los pómulos altos característicos del muchacho. Por lo demás, aparentaba ser un poco menor que mi marido—. ¿Qué estás dispuesta a darme a cambio?

—¡Mi alma! —dije, imaginando que Slaven llegaba a mí, arrastrándose de deseo.

—¡Qué tontería! —sonrió, y pensé que su sonrisa era tan amplia como engañosa—. No puedes venderle tu alma al diablo.

—¿No? —inquirí anonadada—. ¿Qué puedo ofrecerte, entonces? Supongo que la riqueza te sobra.

—Nunca es suficiente, pero dudo que una campesina pueda proporcionarme una suma importante cuando el tiempo apremia. Sin embargo, los secretos vergonzosos suelen serme útiles. ¿Conoces alguno que estés dispuesta a... intercambiar por el amor de Slaven?

—¡Oh! Hay uno que es verdaderamente espeluznante.

Le conté lo que mi marido y Ruth Fekete hacen a los niños de nuestra congregación, y él se mostró satisfecho.

—¿Slaven está al tanto de lo anterior?

—Por supuesto. ÉL fue quien me lo contó y yo misma pude verificarlo.

—¡Excelente! —murmuró, sus ojos brillantes—. Quiero decir, es excelente que me lo hayas contado. ¿Hay alguien más fuera de ustedes dos que conozca el secreto del reverendo y la señora...? ¿Cómo dijiste que era su nombre, querida?

—La señora Fekete. Ruth Fekete. No, nadie más lo sabe. Bueno, lo escribí todo en mi diario, a quien considero casi una persona. Es mi único amigo en el mundo.

—Qué dulce, querida.

—¿Y bien? ¿Podrás hacer que Slaven me ame? —insistí ansiosa.

—Por supuesto —dijo—. Solo necesito que me indiques cómo llegar a su cabaña.

Describí con lujo de detalles cómo encontrar la pobre morada.

—Parece fácil —dijo—. Dentro de poco obtendrás lo que anhelas. Aunque hay algo más que necesito que hagas por mí.

Me postré ante él, emocionada. A pesar del lujo de sus ropas, olía a excrementos, orina y sangre, y estuve a punto de vomitar.

—Lo que sea —dije.

—Debes hacer algo que te condene por el resto de la eternidad. Así tu alma irá al infierno. ¿Ves cómo funciona?

Asentí.

—Dije que haría lo que fuera, señor.

—Sacrifica al pequeño Hanzar —ordenó—. Mátalo y ofréndalo a todas las potestades infernales.

—¡Matar al pequeño Hanzar! ¡Oh, no! —lloré—. ¡Pídeme que envenene a mi marido, lo haré gustosa! Es algo que he contemplado hacer un sinnúmero de ocasiones.

—¡No te atrevas! —bramó, pero me pareció que se había puesto nervioso—. Lo necesito para completar mis planes. Debes matar a un chiquillo, y Hanzar es ideal. Hazlo si en verdad deseas que Slaven sea tuyo.

—¿Cómo puedes exigirme algo tan terrible? —sollocé—. ¡Por favor, pídemme algo distinto!

—No sé con quién esperabas negociar cuando me evocaste. Es eso o no hay trato.

—Está bien —temblé, enjugándome las lágrimas—. Mataré al chico.

—Asegúrate de declarar que ofrendas su muerte a Satanás mientras perpetras el homicidio —sonrió—. En cuanto hayas completado el sacrificio, Slaven te amará.

Entonces dijo algo que no comprendí, pero me pareció que hablaba en rumano. En cuanto parpadeé, él había desaparecido.

Regresé aquí para contártelo todo, querido diario: en breve, Slaven será mío. Solo debo hallar el modo de llevar a Hanzar al bosque.



Enemigo al acecho

A partir de aquel 12 de septiembre de 1877, Anna Németh no había vuelto a escribir en su diario: las páginas restantes estaban en blanco, por lo cual deduje que había muerto poco después de haber intentado evocar al demonio en el establo. Digo que lo intentó, pues dudaba que lo hubiese logrado: después de vivir tantas aventuras de índole sobrenatural, ya no creía que el mismísimo Satanás acudiese al llamado de los hombres, al menos no con tal facilidad. Estaba convencida de que aquel hombre de aroma repugnante y ropas finas era un ser de carne y hueso, muy probablemente dotado de poderes mágicos provenientes de un pacto con el maligno. Debía tratarse, pues, de un brujo iniciado, similar a los mencionados por Slaven en una ocasión, y no de uno natural como los *strigoi* o como yo. No creía que pudiese tratarse del padre de Slaven, y no solo porque su descripción y actitud distaran tanto de parecerse a aquellas expuestas en el manuscrito de Radu Gaborii: a diferencia del primero, era evidente que este no sabía dónde encontrar a Pie de Bruja. Tampoco estaba enterado de que Slaven era conocido por su miseria, lo cual, precisamente, había constituido la parte más importante de la estratagema ideada por su padre para ocultarlo. Por último, decía haber visto al infante solo una vez, y yo sabía muy bien que Slaven se había reunido a los seis años de edad con su padre, en una caverna en cuyo cráter el último lo había marcado.

Aunque Anna Németh estaba fuera de sí, quizá a causa de las contradictorias doctrinas de su congregación y la lujuria que la dominaba, era una narradora puntual, y Slaven estaba representado con claridad en las líneas de su diario. Aunque fuese bastante menor en el tiempo de la narración, tal era el hombre que yo conocía y amaba. Así pues, no tenía por qué dudar de la precisión de las últimas páginas de aquel manuscrito y, por lo tanto, solo me quedaba preguntarme quién querría encontrar a Slaven con tal ahínco, y con qué propósito. Aquel hombre era, con toda certeza, un impostor, y yo había oído hablar de ciertos tíos quienes, además de ser

asesinos despiadados, deseaban matar a Slaven más que nada en el mundo. Necesitaba enseñarle aquel diario a Slaven con urgencia pues, si de hecho uno de sus malvados tíos había estado presente durante su nacimiento, era posible que este hubiese envenenado a la hermosa hechicera. Al menos el corazón de Slaven podría descansar al comprobar que no había sido su maldad la que había matado a su madre. ¡Rayos! Quizá me odiase por saber más de lo que había querido contarme de su infancia y lo que había padecido a causa de Németh, pero ya había decidido no verme jamás y, aunque me reiterase su elección, una parte de mí estaría feliz si él se deshacía de aquel remordimiento tan profundo e injustificado.

Había pensado entregar el diario a las autoridades de Vršac al día siguiente: era suficiente al menos como para que se interesaran en Dobro y decidiesen investigar al reverendo por los delitos de violación y sodomía. Yo declararía haber hurtado el diario de la casa de Ruth Fekete y, aunque la ley suele pasar por alto la violación femenina si la víctima no la hace pública de inmediato y no exige que una partera realice una verificación subsecuente, reportaría el caso de Aranka, la última pequeña ultrajada por Németh. Pediría a Branka que se quedase en Vršac durante un tiempo y me enfrentaría a cualquier represalia por parte de la congregación. Así, quizá se haría justicia al fin.

Pero si cedía el diario a la policía, corría el riesgo de perderlo y tal vez jamás podría enseñárselo a Slaven. Entonces se me ocurrió arrancar las últimas páginas del manuscrito y dar a la policía lo demás. Nadie necesitaba saber que Anna Németh había evocado al demonio. De hecho, aquel aparte la haría lucir como una enajenada mental ante cualquiera que se preciase de ser razonable, y quizá incluso causaría que se descartasen las importantes verdades documentadas previamente en la narración. En cuanto al pequeño Hanzar, tendría que averiguar si de hecho Anna había llegado a asesinarlo pero, fuese como fuese, ya no podría pagar una condena por el homicidio pues estaba muerta. Por otra parte, de ser imprescindible para la investigación, entregaría las últimas páginas del diario a la policía una vez Slaven las hubiese examinado.

De tal modo, desprendí las hojas necesarias del cuaderno y, al sacudirlo, una lámina suelta de delicado papel cayó sobre mi regazo: se trataba de una pequeña nota conmemorativa del funeral de Anna Németh en Dobro, firmada por el reverendo y Ruth Fekete. Data del 16 de septiembre de 1877, cuatro días después de que la narración del diario finalizase.

«¡Perfecto!», pensé entusiasmada. Era justo lo que necesitaba para demostrar que el reverendo había timado al banco de Vršac. Si no lo enviaban a prisión por lo que hacía a los pequeños de su congregación, al menos lo harían por haberse apropiado de una herencia que no le correspondía. Depositó el diario junto a mí y desaté la cinta que sujetaba las cartas. Necesitaba enterarme de su contenido de inmediato, por exhausta que estuviese a causa de las emociones. Gracias al matasellos, advertí que el sobre de mayor antigüedad había sido enviado a Ruth Fekete desde el Reino de

Rumania, y mis latidos se aceleraron conforme desplegaba ante mí su contenido. Leí:

20 de septiembre de 1877

Estimada señora Fekete:

Confío en que usted y el reverendo procedan como acordamos en lo concerniente al bastardo. Sin duda habrá podido comprobar que el muchacho lleva en la espalda la marca mencionada, lo cual deberá garantizarle a Németh el apoyo incondicional de la congregación. Estoy seguro de que su rebaño sentirá que cumple la más estricta voluntad de Dios: de tal modo, nadie se atreverá a acusar al reverendo de ser injusto y él podrá continuar llevando su lamentable existencia en ese horrible pueblo.

Confío también en que sepa que, cuando digo que la estimo, lo hago por cortesía y solo porque cuento con que haga buen uso de su moderada inteligencia: recuerde que, como el bastardo y la difunta Anna Németh, yo también conozco su secreto pero, a diferencia del primero, poseo la riqueza y el poder necesarios no solo para asegurarme de que usted y su cómplice sean expulsados de su comunidad y repudiados por todos, sino para que el reverendo pase el resto de sus días en una oscura celda: no olvide que durante mi breve estadía en Dobro atestigüé el cruel modo en que asesinó a su mujer, esa pobre chica, empujándola al pozo para que no lo expusiera ante quienes lo creen un mensajero de Dios.

Escríbame a esta dirección en cuanto tenga noticias dignas de mí y le garantizo que sabré recompensarla.

Atentamente,

SU ÁNGEL GUARDIÁN.

P. S.: Cuando partía de Dobro, hallé los huesos de un niño pequeño en el bosque. Parece haber sido devorado por lobos. Quizá se trate del chiquillo a quien su congregación buscaba con tanto afán... Yo, al menos, sé por qué usted y el reverendo deseaban hallarlo con tanto interés: un apetito insatisfecho es difícil de sobrellevar.

No había un nombre que pudiese incriminar al autor. Este era en extremo cuidadoso y, por los vocablos que había elegido, no se lo podía acusar de haber perpetrado ningún crimen. En cuanto a la dirección proporcionada, no era más que el número de un apartado en la oficina de correos de Bucarest, y mi instinto de

hechicera me decía que ni siquiera le pertenecía a él. Era el chantaje perfecto. Abrí el sobre siguiente de inmediato:

13 de octubre de 1877

Estimada señora Fekete:

Así que tiene en su poder el diario de Anna Németh. La felicito: usted y el reverendo están a salvo por ahora, al menos hasta que uno de los chicos a quienes torturan decida hablar. Sin embargo, no comprendo cómo osa acusarme de haberle pedido a la difunta señora Németh que matase a ese niño, en especial cuando es tan obvio que fue devorado por bestias. Reí largamente al descubrir su intención de obtener mi dinero por medio de la intimidación. ¿Espera que alguien crea que soy el diablo y que acudí a ella en la mitad de la noche, atraído por un símbolo demoníaco? Sin duda está usted tan trastornada como la difunta. ¡Ah, los frutos del puritanismo! ¡Son todos orates! Dígame, señora Fekete: ¿no la incrimina a usted el diario de la difunta? Eso pensé.

Por otra parte, ya debe haber deducido, y no se equivoca, que no recibiré nada de mi parte debido a que fracasó en lo concerniente al bastardo. Esto explica que haya intentado proveerse alguna ganancia mencionando aquel disparatado incidente del diario de Anna Németh. Vuelvo a reír de sus torpes artimañas. Pero, retornando al asunto del bastardo, debo preguntar: ¿cómo pueden ser tan ineptos? ¿Quién tuvo la estúpida idea de prenderle fuego a su cabaña? Apuesto a que fue Németh. En fin, me resulta increíble que un grupo tan numeroso haya sido incapaz de seguir una instrucción tan sencilla como sujetarlo y darle a beber una medicina. Deberían haber logrado ahuyentar la manada de lobos que lo ronda, la cual, como sabe, me atacó cuando intentaba abordar al muchacho con la mejor de las intenciones, obligándome así a partir antes de cumplir con mi cometido.

Delira usted, por supuesto, al afirmar que se trataba de un potente veneno. ¡Eso querría decir que usted misma fue a buscar a ese muchacho inocente con la intención de matarlo! No me diga que, en un arranque de euforia colectiva, la congregación decidió quemarlo vivo... ¡Por Dios! He estado lidiando con animales.

Escríbame en cuanto el bastardo reaparezca, si lo hace.

Decepcionado,

SU ÁNGEL GUARDIÁN.

Estaba claro que el autor poseía el ingenio suficiente para refutar cualquier acusación por parte de Ruth Fekete, aunque algo me decía que esto no le importaba en lo absoluto sino que, más bien, quería dejarle en claro que no hacía más que hundirse a sí misma al intentar incriminarlo con el fin de obtener algún provecho material. Aun así, para quien conociese la historia de Slaven y hubiese leído el diario de Anna Németh, era evidente que el autor de las cartas había dado instrucciones precisas a Ruth Fekete, las cuales consistían en asesinar a Slaven con la ayuda de la congregación so pretexto de librar al pueblo, y de paso a toda la humanidad, de la presencia siniestra del hijo del diablo. Posiblemente no le hubiese proporcionado siquiera una explicación al respecto de por qué deseaba ver muerto a Slaven, puesto que ya le había revelado qué tan peligroso demostraba ser tanto para ella como para el reverendo. Pensé que aquella carta no había sido de particular importancia aun si esclarecía un detalle particular: el autor no había tenido la capacidad de enfrentar a Slaven por sí solo. La carta siguiente, en cambio, me dejó sin aliento. No tenía matasellos pero había sido escrita recientemente y muy cerca de allí:

24 de julio de 1892, Dobro.

Estimada señora Fekete:

Espero que el regalo que les hice ayer a usted y al reverendo sirva para afianzar nuestra amistad, así como también espero tomen las medidas necesarias para que la nueva aliada del bastardo desaparezca. Lo dejo a su discreción. Han de recordar, sin embargo, que no pueden ser lo suficientemente cuidadosos cuando se trata de proteger un secreto tan grave: aunque Anna Németh no pudo delatarlos, quizá la recién llegada lo haga. Deben actuar esta misma noche. Si usted y el reverendo (o la congregación) necesitan pruebas del vínculo que une a la forastera y al bastardo, bastará con que echen un vistazo al medallón que ahora pende del cuello de la mujer: es el mismo que él llevaba la última vez que lo vi, hace quince años, cuando los lobos me atacaron. Supongo podrán reconocerlo también.

Seguiré velando por su bienestar,

SU ÁNGEL GUARDIÁN.

P. S.: Veo que Németh ha desarrollado un interés personal por la forastera. No deseo atemorizarla, pero es mi deber informarle que es una bruja.

Mis ojos se humedecieron de miedo: ¡la mirada maligna! ¡Era él quien me había

estado observando desde el bosque! No comprendía por qué tenía algún interés en mí y me preguntaba si había descubierto mi poder natural por accidente o si me habría rastreado a causa del mismo, pero estaba segura de no representar ninguna amenaza para él. Además, yo no conocía el secreto de Németh y su cómplice hasta aquella noche y, si ellos no me hubiesen asediado en primer lugar, quizá nunca hubiese pensado en investigar a Ruth Fekete. Lo más extraño de todo era que la carta había sido escrita precisamente el día en que había visitado el campamento gitano, es decir, horas antes de que Slaven me raptase. ¡No éramos aliados entonces! Sin embargo, el autor de las cartas bien se había anticipado a nuestro encuentro fortuito, bien había mentido de forma deliberada para manipular a la congregación de modo que, una vez más, obrase de acuerdo con sus caprichos, aunque Németh y Ruth Fekete siempre creyeran perseguir un interés personal. Si el autor de las cartas era, en efecto, uno de los tíos de Slaven, sabía por qué deseaba matar al único sucesor legítimo del diablo. ¿Pero por qué demonios querría matarme a mí? Leí la cuarta y última carta con terror. Al igual que la anterior, tampoco tenía matasellos. Había sido escrita un par de días después de que Slaven y yo nos despidiésemos con aquel abrazo que no podía borrar de mi mente, justo antes de que yo partiese a Vršac con Branka.

2 de agosto de 1892

Estimada señora Fekete:

La perdono solo porque yo mismo me equivoqué. Hicieron bien escarmentando a la bruja forastera y a la mujer serbia que la acoge. Eso les enseñará a respetar a su congregación. Era propicio que la forastera no se hallase en casa aquella noche: de lo contrario, todos habríamos pasado grandes apuros, y en esta ocasión me incluyo, aunque no por las mismas razones que usted o su cómplice: necesitaba ver al bastardo una vez más y la forastera fue la carnada perfecta para encontrarlo. Tuve que atestiguar una escena que casi habría sido conmovedora a pesar del absurdo: estuve a punto de creer que el bastardo estaba enamorado de verdad. Pero eso no importa, pude seguirlo y asegurarme, en esta ocasión, de administrarle la medicina mientras dormía, como ustedes debieron hacer hace ya tantos años. Por suerte, sus lobos no lo acompañaban; prefirieron quedarse rondando la casa de la forastera, quizá para devorarla al fin, como el reverendo habría deseado hacerlo. Disculpe, hoy estoy de buen humor. En todo caso, ya no tendremos que preocuparnos por el bastardo. Ha sido «curado» definitivamente. En cuanto a la forastera, me encargaré de que olvide al bastardo y, en lo posible, se marche de Banat. Si se queda, aun así, ustedes deberán decidir qué tipo de castigo merece una bruja como ella. Puede que no sepa nada... pero también puede que lo sepa todo. Me inclino por la segunda opción. Hagan lo que hagan, recuerden que la justicia es más

propensa a olvidar una muerte accidental que un homicidio. Adiós, señora Fekete. Ya nunca volverá a recibir cartas de mi parte.

Complacido,

SU ÁNGEL GUARDIÁN.

Corrí a despertar a Branka: sabía que corríamos peligro inminente ahora que había robado el diario y las cartas del baúl de Ruth Fekete. Como pude, le expliqué todo lo que había descubierto al tanto que ataba a Berz a la carreta y la obligaba a sentarse en ella. Le entregué el diario de Anna Németh y la nota del funeral de la misma, indicándole que se dirigiese a Vršac y contactase al banquero para que él la acompañara a hacer el denuncia en la policía de inmediato. Por último, puse a Nóc en la carreta para que Branka la llevase consigo: estaba segura de que su prima podría acogerlas a las dos mientras yo me reunía con ellas en la ciudad. Obligué a mi nana a jurar que no volvería a Raskrsnica bajo ninguna circunstancia hasta que nos encontrásemos de nuevo y me aseguré de que tuviese todo el dinero del que disponíamos: yo no podría usarlo. Una vez espoleé a Berz para que iniciase la marcha y Branka desapareció en la distancia, busqué la última nota que Slaven me había enviado: la caligrafía era, como sospechaba, la misma del autor de las cartas enviadas a Ruth Fekete. El dolor no me había permitido cuestionar su autoría, pero ahora sabía que Slaven jamás la había escrito. ¡Por todas las hogueras de la historia! ¿Por qué no me había matado aquel hombre con sus propias manos en vez de enviarme notas falsas y aconsejar a Ruth Fekete que se deshiciese discretamente de mí? La angustia que experimentaba al no saber qué había sido de Slaven amenazaba con paralizarme. Las colinas de Vršac eran tan vastas que, sin una guía precisa, jamás lo encontraría. Empecé a llorar, desesperada: no quería creer que estuviese muerto como el autor de las cartas insinuaba, pero tampoco podía concebir una alternativa con la que aquel brujo rumano pudiese mostrarse tan satisfecho. ¿Qué podía ser tan terrible como su muerte? ¡Nada! Habían pasado poco más de cuatro días desde que «el ángel» había escrito la última carta: si existía alguna posibilidad de que Slaven hubiese ingerido un veneno y sobrevivido, esta se veía reducida cada segundo que yo no empleaba en buscarlo.

Me viré hacia el bosque con los ojos encharcados y sin hacer nada por disimular mis fuertes sollozos, cuando discerní una figura borrosa. Venía corriendo hacia mí al igual que el día en que creía haber perdido a Nóc en el incendio. Segundos después, lo reconocí. Se detuvo en seco antes de chocar contra mí, postrándose a mis pies y gimoteando: era el lobo al que yo había sanado tiempo atrás, y llevaba un gran jirón de un familiar tejido de lana negra entre los dientes, el cual colgaba de sus fauces. Supe al instante que pertenecía a la falda de Slaven.

—¡Llévame a él! —grité entre lágrimas, acariciando su lomo, y el animal se

incorporó de inmediato, dándose la vuelta sin cesar de chillar. Cuando se cercioró de que lo seguía, inició un trote lento en dirección a la colina.



Veneno

Anduvimos casi todo el día antes de detenernos a beber agua de un riachuelo. Aún no tenía hambre y el lobo no daba muestras de querer ausentarse para cazar. Aunque habíamos partido antes del amanecer y ya había anochecido, no sentía la fatiga a causa de la ansiedad que me oprimía, pero presentía que pronto lamentaría no haber llevado algunas provisiones conmigo. Ni siquiera me había dado la vuelta para verificar que la puerta de la casa estuviese cerrada. Llevaba puesta la ropa del día anterior y, por suerte, no me había molestado en quitarme el cinturón tras llegar de Dobro, ni en desatar el saquito que pendía de él, en cuyo interior había metido a empellones, mientras despedía a Branka, las páginas arrancadas del diario de Anna Németh y las cartas de nuestro más reciente enemigo, «el ángel», como había decidido llamarlo. No lo había vaciado en varios días, así que, en vez de comida, debía tener algunas monedas, perfectamente inútiles en aquella situación, que no había tenido el tiempo de dar a Branka.

Al parecer, Slaven había avanzado un largo trecho antes de que «el ángel» le diese alcance. Me dije que los *strigoi* debían ser muy veloces, y lamenté no tener la capacidad de hacerme más ligera por medio de la magia. El lobo y yo anduvimos a través del bosque hasta que amaneció de nuevo y ya no pude caminar. Mis piernas se rehusaron a sostenerme otro instante y caí al suelo, exhausta. Mis oídos zumbaban y la cabeza me daba vueltas. Tenía, además, dolor de estómago y unas terribles náuseas, los cuales al menos pude aliviar por medio de la magia. Miré al lobo desde el prado sobre las hojas que me hacían las veces de colchón y le pregunté, convencida de que me entendería:

—¿Falta demasiado?

Él gimió, agachando la cabeza. «Malas noticias», pensé.

—Debemos descansar un poco —dije, avergonzada y temerosa de las consecuencias—. No puedo más.

El lobo, sin embargo, chilló con tanta fuerza y tristeza que algo dentro de mí se encendió y pude incorporarme de nuevo.

—Bien, amigo —balbucí, mi boca seca y mi lengua torpe—. Vamos.

Pero el lobo no se calmó. Continuó gimiendo con mayor intensidad hasta que, frustrado, mordió el borde de mi falda y tiró de mí hacia delante. Solo entonces comprendí que intentaba mostrarme algo: a través de una estructura de ramas superpuestas se asomaba un pie cuyo dedo mutilado lo distinguía de todos los demás. Mi corazón se detuvo un instante pero, de inmediato, me abalancé sobre las ramas para descorrerlas. Estas volaron por el aire conforme las hacía a un lado, descubriendo el cuerpo yerto de Slaven. Aquella era una visión mucho más espantosa de lo que hubiese podido anticipar: él estaba tan quieto y frío que habría podido darlo por muerto. Veía todas sus venas obscurecidas a través de la piel, que parecía un pergamino azulado y desgastado sobre el cual se dibujaban varios hematomas de diversos tamaños y formas. Aunque yacía sobre su costado derecho, doblado en dos, con el rostro parcialmente cubierto por los cabellos, advertí que sus labios y párpados se habían tornado negros. Aun así, un pulso tan débil como irregular aún era perceptible al presionar la hendidura lateral de su cuello bajo el maxilar inferior. Me pareció que las pulsaciones incrementaban al contacto con mis dedos así que, sin retirarlos, elevé con mi mano libre su cabeza para ayudarlo a respirar. Cuando una araña negra de tamaño mediano saltó fuera de su boca, estuve a punto de sufrir un infarto. Pero cuando varias pequeñas arañas similares a la anterior se precipitaron hacia el exterior de su cavidad bucal, grité como nunca lo había hecho en mi vida. ¡Santas brujas! ¿Cómo podía ocurrir algo así cuando aún estaba vivo? Necesitaba improvisar alguna fórmula mágica que expulsase cualquier insecto que aún se albergara dentro de Slaven pero, por supuesto, no me sentía inspirada, así que solo ordené en latín, imitando el método de Slaven y presionando las palmas de mis manos contra su corazón:

—¡Todo insecto y veneno salga de él ahora!

Slaven convulsionó y abrió los ojos, los cuales quedaron en blanco. Tras botar algo de babaza empezó a vomitar un líquido negro y viscoso que contenía un sinnúmero de insectos vivos. Arañas, gusanos, garrapatas, sanguijuelas, escarabajos, larvas, termitas y moscas nadaban en aquella masa que escapaba al mismo tiempo por su boca y nariz, expandiéndose sobre el suelo como un charco maldito.

El lobo aullaba y yo gritaba. Ocultaba el rostro entre su pelaje cuando no podía soportar aquella visión horrenda y él gemía. Pasados varios minutos, no parecía que fuese a detenerse sino que más bien se exacerbó. Sabía que el animal estaba tan aterrado como yo porque, cuando me aferré a él, rodeándolo con mis brazos, él hizo otro tanto con sus patas, las cuales apoyó sobre mí conforme ambos contemplábamos a Slaven, el cual empezó a sacudirse con violencia, estirándose y arqueando la espalda para replegarse consecutivamente. Entonces, la cabeza de una culebra negra emergió de su interior y mi amigo empezó a gruñir, el pelaje de su lomo erizado

desde la nuca hasta la cola. Estaba tan asustada que por poco no me atrevo a acercarme de nuevo a Slaven, pero me apoderé del cuchillo de caza que aún estaba incrustado en su cinturón antes de que el reptil escapase. Jamás habría matado una culebra, pero esta era producto de la brujería; un animal que huiría con la fuerza vital de Slaven de no ser detenido a tiempo. Temblando, la perseguí entre las ramas antes de que se ocultara entre las raíces de un árbol y desapareciera. Tuve que agarrarla de la cola y forcejear para sacarla del hueco en el que ya se había metido hasta la mitad y, a la sazón, cuando al fin logré desenredarla, caí de espaldas. Sin soltarla, viré sobre mí misma y la así del cuello, aplastando su cabeza contra la tierra húmeda. Elevé mi mano derecha, empuñando el cuchillo con fuerza y lo dejé caer al tanto que apretaba los ojos para tajarla en dos. Cuando me atreví a mirar, el animal ya se disolvía ante mí, haciéndose polvo en cuestión de segundos. Un humo denso y grisáceo se desprendió de sus restos al tanto que un punto luminoso flotaba por el aire para retornar a Slaven, quien finalmente había cesado de vomitar, adentrándose en él a través de su boca. Ya no veía sus venas y su piel ya no lucía azul. Sus labios y párpados estaban blancos como una hoja de papel. Di un salto hasta quedar junto a él y me incliné sobre su cuerpo.

—¡Slaven! —llamé, sacudiéndolo de los hombros, aunque era muy pesado—. ¡Despierta!

Estaba respirando. A mí, en cambio, me faltaba el aire a causa de la exaltación nerviosa. Él entreabrió los ojos y sus labios se movieron pero era evidente que no poseía las fuerzas suficientes para hablar. Tras parpadear dos veces, cayó inconsciente de nuevo. Miré al lobo, deseando preguntarle qué hacer, y el cuchillo resbaló de mi mano temblorosa. Los insectos que Slaven había vomitado morían lentamente, permaneciendo en la superficie conforme el charco era absorbido por la tierra. No podía dejar a Slaven allí. Debía hallar una fuente de agua para darle de beber cuando despertase y quizá limpiarlo un poco. Aquel había sido mi primer encuentro con lo que algunos denominaban *magia negra* e intuía que, si Slaven había sobrevivido, no se debía a que yo hubiese llegado a tiempo, pues me había tardado varios días en emprender la búsqueda y, cuando al fin había partido, me había tomado un día hallarlo. Me daba la impresión de que lo que «el ángel» lo había obligado a ingerir no habría logrado matarlo aunque yo no hubiese llegado sino que lo habría conservado indefinidamente en aquel estado putrefacto, quizá menguando su vitalidad hasta que realmente pareciese un cadáver y las aves de rapiña lo devorasen. Me preguntaba por qué «el ángel» no lo había matado cuando había tenido la oportunidad de hacerlo. Aquel definitivamente no había sido un acto compasivo, así que tal vez disfrutaba más dejándolo en aquel estado. Guardé el cuchillo en su cinturón de nuevo y miré al lobo a los ojos:

—Agua, amigo —rogué—. ¿Puedes guiarme?

Él hizo un curioso ruidillo y se dio la vuelta. Supe que me había comprendido. Por débil que estuviese, senté a Slaven para sujetarlo por debajo de los brazos y

arrastrarlo, girando la cabeza para seguir al lobo a través de los árboles. El gran esfuerzo físico hacía que sudase a borbotones: Slaven era muy alto y, por lo tanto, muy pesado aunque no fuese precisamente voluminoso. No lo lograría, pensé, gruñendo. Eso, a menos que pudiese moverlo por medio de la magia.

Sonreí ampliamente, tomando algo de distancia. Había hecho tropezar a Németh un día en que estaba particularmente furiosa con él y, aunque ahora mis emociones eran muy distintas, no eran menos intensas. En esta ocasión tendría que prolongar el efecto, así que requeriría de gran concentración. Tomé una honda inhalación y la vibración mágica recorrió todo mi cuerpo. A continuación, hice como que empujaba el aire, dirigiendo mi energía hacia Slaven, el cual se desplazó varios centímetros en dirección al lobo. «¡Fantástico!», pensé. Aquello funcionaría. Lo hice de nuevo, esta vez con mayor intensidad, y se movió un par de metros. Dejé escapar una carcajada de celebración al tanto que mis ojos se humedecían: a pesar de la incertidumbre al respecto de la recuperación de Slaven, nunca había estado tan feliz de ser una bruja como aquel día. Poco a poco, lo transporté con la ayuda de la hechicería hasta el hermoso lugar al que el lobo me guio: el agua cristalina rodaba suavemente sobre las piedras redondas, cuya superficie estaba cubierta de musgo. Mi peludo amigo y yo nos apresuramos a beber bajo la sombra de los árboles, y me lavé la cara, humedeciendo también la parte superior de mi cabeza, que sentía hervir a causa del calor.

El lobo me miró largamente, como queriendo decirme algo, hasta que al fin comprendí que debía ausentarse para cazar. Yo asentí, acariciando el pelo de su cuello y sonriéndole. Aunque ya no llevase conmigo un medallón, aquel magnífico animal se comportaba como si fuese un perro fiel y cariñoso. Slaven, sin embargo, permanecía inmóvil a excepción de su pecho, que se elevaba y descendía de forma casi imperceptible con la respiración. Su camisa ajada, que jamás había estado limpia, ahora estaba cubierta de vómito negro, así que se la quité para lavarla y, tras escurrirla, froté con ella su rostro. Como de costumbre, la línea de su mandíbula estaba sombreada por una barba corta y uniforme, y deduje que, aunque fuese bastante salvaje, probablemente se lavaba y afeitaba de vez en cuando, pues jamás había oído mal y, a pesar de la apariencia desordenada de sus ropas y sus cabellos, tampoco lucía como un náufrago que hubiese pasado toda su adultez en una isla desierta. Observé que las uñas de sus manos no parecían garras: eran cortas, así como las de sus pies. Aun en medio de aquellas inusuales circunstancias, la más intensa curiosidad me invadía en cuanto a él: ¿tendría algo así como una casa? Nunca había pensado en la habitación de piedra en la que me había retenido como parte de una edificación, pero ahora me decía que no podía ser de otro modo. ¿Sería ese su hogar?

Conforme retiraba los restos de artrópodos y vómito de su piel y sus cabellos con la ayuda de la camisa que empleaba a modo de trapo, el terror desaparecía y mi adoración por él desbordaba, llevándome a desesperar. Intenté reanimarlo reiteradamente y humedecí sus labios con agua fresca pero él no reaccionaba aún. Por

otra parte, mi estómago rugía de hambre, y esto no podía controlarlo con la magia: debía alimentarme pronto o desfallecería también. En ese momento, el lobo regresó: traía un enorme trozo de carne cruda entre los dientes, la cual, deduje, por la piel que aún la cubría a medias, pertenecía a algún venado. En vez de comerla, el lobo se dirigió hacia Slaven, sosteniéndola directamente sobre su boca para que gotease.

¡Sangre! ¡Eso era! La inteligencia del animal me deslumbró. Incliné hacia atrás la cabeza de Slaven para que sus labios se abriesen conforme el lobo seguía derramando el líquido dentro de su boca. Sus pulsaciones se tornaron casi violentas y su respiración se hizo potente y audible. De repente, abrió los ojos y se incorporó por sí solo, tomando la carne cruda con sus propias manos y casi sumergiéndose en ella. La devoró en un instante. Miró al lobo y, acto seguido, ambos echaron a correr hacia el bosque.

—¡Espérenme! —grité, incorporándome a mi vez con toda la intención de seguirlos, pero Slaven rugió:

—¡No! ¡Quédate aquí!

Por supuesto que no iba a obedecerle: me precipité tras él, intentando darle alcance, pero los *strigoi* eran mucho más veloces de lo que había supuesto y lo perdí de vista en breve, por lo que tuve que retornar a la vera del riachuelo, so pena de perderme en el bosque. Rogaba que Slaven planease, de hecho, regresar por mí. Estaba tan fatigada que tuve que cerrar mis ojos unos minutos y, aunque intenté vencer el sueño, me quedé profundamente dormida.



El grimorio de los strigoi

En mi sueño, comía y bebía. Estaba recostada en un lecho tibio y mullido, y el aire fresco de la noche acariciaba mi rostro. No muy lejos de allí, los aullidos de los lobos se entremezclaban con el murmullo del viento, conformando una hermosa canción nocturna. La cálida luz de una antorcha iluminaba la superficie del agua calmada y burbujeante que emergía del subsuelo para llenar una piscina natural, la cual derivaba en una pequeña corriente que rebordeaba las elevadas paredes rocosas. La vegetación allí difería de la del bosque, siendo más tierna y perfumada. Era un lugar maravilloso. Sin embargo, resultaba frustrante que, sin importar cuánto comiese, continuara sintiendo tanta hambre. El delicioso aroma de las viandas siguió incitándome hasta que comprendí que necesitaba despertar para comer y abrí los ojos con mucha dificultad para descubrir, atónita, que me encontraba en el mismo jardín de mi sueño. Estaba tan cansada que no podía siquiera elevar la cabeza del cómodo material sobre el que estaba tendida. ¿Piel de oso? Palpé el suave pelaje con las yemas de los dedos al tanto que hacía un esfuerzo por escrutar mi entorno para recobrar la lucidez. Había estado allí antes, al menos eso creía, y no mientras dormía. A escasos metros de mí, un pequeño andamio de metal sostenía varios pescaditos sobre unos carbones encendidos, invitándome a saciar mi apetito. Mi estómago rugió con un ímpetu irresistible y la boca se me hizo agua. Sin pensarlo dos veces, avancé a gatas hasta la comida. No me importaba de quién fuese; realmente era el manjar más exquisito que había probado en mi vida y me encargué de que desapareciese en su totalidad. Tomé con ambas manos un jarro repleto de agua fresca que daba la impresión de haber aparecido allí como por arte de magia, y bebí largo rato hasta aplacar mi sed, sin dar crédito a mi buena ventura. ¿Acaso había llegado a una especie de paraíso? Solo entonces las imágenes evocadas en una lectura de mi pasado retornaron a mí poco a poco y advertí, fascinada, que me hallaba en un cráter oculto en la montaña. Las estrellas brillaban sobre mi cabeza como si se tratase de polvo de

oro esparcido en un negro firmamento circular. ¡Era la caverna del diablo, tal y como la había imaginado! Supe al instante que Slaven me había llevado allí y recordé que me había quedado dormida en el bosque poco después de que él se marchara con el lobo. ¡Por Canidia! ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Si mal no recordaba, Slaven se había tardado quince días en llegar allí para reunirse con su padre. Concluí que, para llevarme a la caverna, tenía que haberme obligado a permanecer dormida varios días con una de sus fórmulas de *strigoi*. ¡Suerte que esta había suspendido el metabolismo natural de mi cuerpo también, o habría muerto de inanición! Me viré, inspeccionando las sombras que se dibujaban en la vegetación: estaba sola y no veía una salida. ¿Por dónde había escapado? Volví a acercarme al lecho sobre el cual había despertado y observé que, efectivamente, consistía en varias mantas y capas de pieles. A la sazón, reparé en una hoja de papel doblada en dos que una piedra de color violáceo sujetaba en su lugar. ¡Era una nota de Slaven! Leí:

Ava:

Dejé comida asándose y agua para ti. Si deseas más, puedes beber la del estanque, pero tendrá un sabor extraño. Sin embargo, puedes bañarte en él y lavar tus ropas con plena tranquilidad. Tendrás tiempo de sobra. Hay una bata bajo la piel de oso, al menos está limpia. Úsala. Hay pescado fresco en una cubeta con agua salada bajo la antorcha, y también hay frutos del bosque apilados en un montón junto a la cubeta. Lamento no estar allí cuando despiertes. Estoy seguro de que tienes muchas preguntas. Puedes leer mis libros para entretenerte si así lo quieres, se hallan en la porción cubierta del cráter, cerca del lecho. Regresaré mañana. Por favor, no te vayas. Por favor.

Tuyo,

SLAVEN.

¡Regresaría! Sostuve su nota contra mi corazón, que amenazaba con salirse de mi pecho, y la besé. Estuve a punto de llorar de emoción al descubrir que quería que me quedase. Tenía mucho que contarle y no podía esperar a verlo de nuevo. También deseaba cerciorarme de que estuviese bien. Slaven me había quitado las botas, las cuales encontré entre la hierba. Al desnudarme para sumergirme en el estanque, advertí que mis ropas se habían untado de aquella sustancia negra que Slaven había vomitado y agradecí que me hubiese ofrecido una bata limpia. Para mi sorpresa, el agua burbujeante estaba casi tibia, por lo cual me di uno de los mejores baños de mi vida: nadé en el agua cristalina con deleite, pensando que aquel era el lugar donde el diablo había marcado a su hijo para abrazarlo por última vez. Según el recuento de Radu Gaborii, el diablo se ocultaba de sus crueles hermanos allí, así que era posible

que solo él, Baba Roga y Slaven conociesen su ubicación. Era un lugar mágico. Me aseguré de lavar muy bien mis cabellos, frotándolos bajo el agua, y luego los escurrí con cuidado al salir del estanque. Hacía algo de frío, y tirité junto a los restos de la fogata mientras me ponía la bata. Esta era, al igual que la falda de Slaven, de negra lana burda. Era tan larga que se arrastraba varios centímetros por el suelo de piedra, de modo que volví a ceñirme mi cinturón para ajustarla en las caderas y de tal modo evitar ensuciar el borde. Así, debía parecer un vestido medieval. «El de una bruja medieval», me dije, sonriendo.

Comí algunos frutos y, una vez saciada, avivé la fogata añadiéndole algunos troncos secos dispuestos junto al balde que contenía el pescado. Busqué los libros con inmensa curiosidad. No eran muchos, pero podía apostar a que tenía los mejores manuscritos de hechicería del mundo ante mí. Efectivamente, estaban resguardados en una porción agrietada y seca de la pared rocosa que se curvaba poco a poco al ascender, formando al final un techo parcial bajo el cual Slaven había acomodado el lecho y los libros, sin duda para que no se mojasen en caso de que lloviese. El más voluminoso de los tres llevaba la insignia de los Drăculești grabada en la cubierta de cuero. Lo tomé y me metí con él entre las mantas para leerlo a la luz de la antorcha. Al abrirlo, me recorrió una vibración tan fuerte como si una anguila me hubiese rozado, pero pasó pronto y comencé a hojearlo. Por lo peligroso que su contenido arcano resultaría si cayese en las manos equivocadas, no puedo transcribir ningún pasaje. Lo importante es que Slaven confiaba en mí al punto de permitirme estudiar los grimorios que habían estado en su familia por generaciones, los cuales su padre le había legado. Este en particular llevaba como título *strigoi*, lo cual me indicaba que no era un grimorio concebido para cualquier brujo, sino que estaba destinado a aquellos hechiceros que habían heredado la maldición de Vlad III. Puesto que la caligrafía era tan antigua, me resultó algo difícil descifrar al menos el primer tercio del libro. Parecía que cada generación de *strigoi* hubiese contribuido a la escritura del manuscrito, pues cada aparte estaba firmado por un Drăculești diferente. Aunque el trazo de los múltiples autores era reiteradamente estilizado y elegante, indicando que todos eran hombres cultivados en las letras además de las ciencias ocultas, el último tercio del libro me resultó algo más fácil de descifrar. Sin embargo, era evidente a lo largo del texto que este era un compendio donde cada *strigoi* explicaba los efectos que la maldición había tenido en su caso particular, elucidando tanto sus poderes personales como sus flaquezas, que variaban según el autor. Cada sección contenía también nuevos hechizos y fórmulas que, al parecer, el siguiente *strigoi* podía implementar. Desde la creación de una tormenta perfecta hasta el dominio de los fuegos fatuos para hallar tesoros ocultos en las montañas, parecía que esta línea de *strigoi* realmente poseía habilidades mágicas superiores a las de cualquier otro brujo. Aun así, luego de analizar con cuidado los primeros capítulos, me pareció entender que la maldición era consistente para todos en un aspecto determinado: a partir de la adolescencia, sus poderes se exacerbaban de modo que, durante un largo tiempo, no

tenían control sobre los mismos, muchas veces ocasionando daños irreparables y sufrimiento a sus seres amados. En el caso de uno de los *strigoi* que había contraído nupcias poco después de los dieciséis años, este no había podido evitar transformarse en lobo durante su noche de bodas, con tan mala suerte que, habiendo cenado poco durante el banquete, terminó por devorar a su primera esposa cuando consumaba la unión. Esto, relatado por el mismo Decebal Drăculești, me produjo un terror tan intenso que estuve a punto de cerrar el libro. Mi curiosidad, sin embargo, era superior a mi miedo, y decidí continuar. El primogénito de Decebal, nacido de su segunda esposa, había matado a su hermanita recién nacida cuando sus poderes apenas empezaban a manifestarse. El llanto constante de la pequeña durante la noche lo irritaba y, en cierta ocasión, en medio de su sueño, exclamó:

—¡Cállate de una vez!

La cuna de la niña estalló en llamas, las cuales consumieron su precioso contenido en un instante.

Las desgracias opacaban incuestionablemente el triunfo y poderío, sumiendo en el más profundo dolor a los *strigoi* cuyos recuentos de puño y letra tuve el honor de leer. A pesar de que, en su mayoría, aprendían a manejar sus destrezas a medida que el tiempo avanzaba, convirtiéndose en maestros de lo oculto, el conjuro de aquella bruja que había maldecido a Vlad III se replicaba en la forma de las pérdidas más crueles a lo largo del tiempo. Así como ella había perdido a su hermano más amado, muchos de los primogénitos *strigoi* perdían a sus familiares, con la diferencia de que causaban directamente la muerte de uno o más de ellos, o la de sus amigos más estimados, condenándose a vivir en la culpa. Los que se habían librado de tan espantoso destino, como el padre de Slaven, veían a los suyos morir en circunstancias trágicas, o debían separarse de ellos irremediablemente, como Skender Drăculești, quien para evitar hacer daño a su esposa e hijos, los envió a vivir a un fuerte lejano en el cual su primogénito, sin una guía adecuada, terminó por matarlos a todos, retornando solo para dar las terribles noticias a su padre, quien murió de pena. Aquel tétrico final había sido redactado por el muchacho *strigoi* que lo había sobrevivido, Stelian Drăculești.

En el transcurso de la lectura, quedaba claro que todos habían intentado deshacer la maldición de la hechicera por medio de la magia infructuosamente. Algunos se habían propuesto realizar cuantiosas obras de indiscutible heroísmo con la esperanza de anular el mal congénito, pero el resultado era siempre el mismo. Otros habían pretendido paliar los efectos de la maldición creando hechizos que protegían a los suyos de una muerte segura, la cual, sin embargo, debía ser intercambiada por algo similar y, en ocasiones, peor que la muerte misma. Boian Drăculești, por ejemplo, hechizó a su hija menor para que, en el caso de que él mismo o su hijo mayor la pusieran en peligro mortal, ella no falleciese. El resultado fue tal que, una tarde en que ordenaba la ejecución de cierto hombre de la nobleza que lo había traicionado, su hija pasaba casualmente por el corredor y se posicionó tras del hombre cuando Boian

sentenció:

—¡Que ruede su cabeza!

Su enemigo, sin embargo, se inclinó para suplicar clemencia justo antes de que Boian terminase de pronunciar la frase, de modo que este dirigió todo su poder e ira hacia su hija, cuya cabeza fue separada del tronco de inmediato como si un hacha invisible hubiese sido blandida contra su nuca, rodando hasta sus pies ante los horrorizados testigos. Pero, por increíble que parezca, ella no murió: el hechizo había funcionado. Boian intentó entonces adherir la cabeza al cuerpo con un conjuro especial, lo cual no dio resultado, por lo que ordenó que el cirujano la suturase de forma superficial. La chica, sin embargo, no moría ni sanaba. Permaneció en un estado de agonía incesante conforme su padre y su hermano mayor hacían lo imposible por revertir el daño. Al final, Boian no soportó más los alaridos de dolor de la muchacha y tuvo que ordenar al verdugo que la matase, ya que él no podía hacerlo.

Además de lo anterior, una peculiaridad de la condición hereditaria sobresalía: para morir definitivamente, un *strigoi* de la línea Drăculești debe morir dos veces. Es decir, una vez un *strigoi* muere, está condenado a levantarse de la tumba como un ente demoníaco para alimentarse de la vitalidad de quienes lo rodean, siendo la única forma de detenerlo que un alma caritativa atravesase su corazón con un objeto punzante de metal y seccionase su cabeza, lo cual debe realizarse, idealmente, como medida preventiva en cuanto el *strigoi* fallece para evitar las aciagas consecuencias.

Uno de los ancestros de Slaven, Costel Drăculești, explicaba que un *strigoi* no puede matar a otro *strigoi*. Al parecer, es simplemente imposible, e intentarlo solo incrementa el daño. Su padre había querido darle muerte antes de que alcanzase la adolescencia para que no transmitiese la maldición a otros pero, en vez de él, sus otros tres hijos habían muerto al instante. No deseando rendirse, había pedido a uno de sus guardias que lo sofocase durante la noche, pero quien había amanecido asfixiada había sido la madre. Un *strigoi* tampoco podía suicidarse: los resultados eran semejantes a los anteriores, siguiendo él vivo y muriendo sus allegados más queridos (excepto, por supuesto, su hijo *strigoi*). Sin embargo, afirmaba Costel, cualquier otro mortal puede dar muerte a un *strigoi* con tal de que otro *strigoi* no haya ideado el asesinato. Esto quiere decir que hasta su madre y sus hermanos pueden matarlo siempre y cuando el padre no lo ordene, y el *strigoi* morirá. Ciertamente, tendría que morir dos veces, pero al fin descansaría en paz. Aun así, los *strigoi* eran tan dulces y afables durante la niñez que ninguna madre o hermano había querido matar a uno de ellos y, al llegar a la pubertad, se hacían tan poderosos que si sus parientes *no-strigoi* planeaban hacerles daño no podían lograrlo con facilidad.

Según el manuscrito, cada vez que un *strigoi* descendiente de Vlad III asesina a alguien de forma intencional, sus poderes se reducen considerablemente al tanto que la maldición se afianza. Por ello, los *strigoi* más cuidadosos habían evitado matar a sus enemigos, recurriendo a ardides más sofisticados y no menos crueles para

vengarse. Salvo en contadas excepciones, todos los autores del libro habían luchado por incrementar su poder con el fin de desprenderse de la maldición, realizando innumerables hechizos para romper aquel ciclo de sufrimiento que parecía no tener fin. La esperanza de lograr tal cometido parecía ser la mayor razón de vivir de todos los *strigoi* y concluí que, por este motivo, Slaven había hechizado el medallón para que me encontrase. Comprendí también que no me había mentado al decir que nunca había tenido la intención de matarme, pues su más ferviente deseo era, al menos hasta donde yo sabía, convertirse en el *strigoi* más poderoso de todos los tiempos, lo cual, tristemente, no significaba que me amase.

Cuando amaneció, a duras penas si había revisado el manuscrito de forma superficial y el sueño amenazaba con vencerme, así que cerré los ojos y me quedé dormida con el libro en el regazo.



Artes mágicas en la caverna del diablo

Desperté a mediodía. El sol brillaba sobre la apertura circular y salí del lecho, dispuesta a explorar la caverna. Siendo tan grande, estimé que me tomaría unos quince minutos. Rodeé el estanque para llegar al otro lado, donde se extendía un jardín interior repleto de árboles, arbustos y hierbas.

Era agradable y sombreado, un lugar realmente hermoso, verde y fresco. La vegetación abundante cubría la totalidad de la superficie, llegando hasta el cráter, demasiado alto y empinado como para que alguien pudiese alcanzarlo. La única porción de la caverna sobre la cual la hierba no crecía era aquella resguardada de la lluvia por la curvatura del techo de roca, bajo la cual se hallaba el lecho. Me sentía a salvo y cargada de magia allí.

Retorné a la proximidad del estanque y, tras encender la fogata de nuevo, asé más pescados y comí. Noté que la antorcha no se consumía, y deduje que era un truco *strigoi* de Slaven que me resultaba muy conveniente, puesto que no estaba preparada para encender un fuego de la nada. Mientras que él regresaba, quise ensayar algunas fórmulas del libro de los *strigoi*. Aunque no tuviese sus poderes, no perdía nada intentando desarrollar los míos. Sin embargo, los hechizos *strigoi* eran generalmente muy sofisticados, por lo cual tuve que recurrir a los más sencillos, que estaban al comienzo del manuscrito.

Empecé por repetir una simple fórmula en latín para ocultar la luz del sol. Me asombró que el resultado fuese casi inmediato: el cráter se cubrió de densos nubarrones grises que permanecieron allí hasta que pronuncié el contrahechizo. Luego, recité una fórmula para que lloviese. De nuevo, los nubarrones regresaron y esta vez empezó a caer una lluvia suave y uniforme.

Jugué a controlar la intensidad del aguacero por medio de gestos, dirigiendo mis manos hacia las nubes y luego dejándolas caer de modo que el ritmo de la lluvia me emulase. Pasados unos minutos, ya dominaba el hechizo. Solté una risotada de

trunfo, como siempre había imaginado que serían las de las hechiceras poderosas de los cuentos, y me sentí realmente feliz. Con las fórmulas adecuadas, todo resultaba muy fácil: ¡amaba ser una bruja! Giré con los brazos extendidos largo rato, empapándome y bebiendo el agua de la tormenta que yo misma había convocado al tanto que el jarro, a su vez, se llenaba de agua fresca. Cuando terminé de jugar con la lluvia, practiqué con otras fórmulas algo más complicadas, como una para hacer que la fogata se encendiese.

Me tomó mucho tiempo y solo logré que una llamita brotase entre los troncos húmedos, pero se extinguió casi de inmediato, así que tomé madera seca y encendí la fogata al modo tradicional. Me puse mis ropas secas mientras la bata se secaba y busqué otros hechizos de mi interés. Había varios que llamaban mi atención, como poder respirar bajo del agua o elevarse varios metros del suelo, pero requerían ingredientes especiales con los que no contaba en ese momento, lo cual lamenté.

Retorné el libro a su lugar y hojeé los otros dos. Uno era una especie de libro de alquimia, el cual era excesivamente complicado, aun para mí, que había aprendido ciencias naturales de los mejores. Había hojeado algunos manuscritos de alquimia en el pasado y había comprendido las ingenuas intenciones de los autores, pero este era mucho más avanzado y complejo. Estaba escrito en latín y no hablaba de *nigredo* o piedra filosofal, sino de las propiedades espirituales de los elementos y cómo aunarse con ellos.

Todo aquello se me antojaba fascinante, pero sin un maestro me resultaba imposible comprenderlo en profundidad y más aún aplicarlo. El tercer libro era un manuscrito bastante largo. El inicio leía *para Slaven, mi amado hijo* y estaba escrito en rumano, con caracteres cirílicos al igual que aquel que Radu Gaborii había redactado. Esta vez no quise inmiscuirme en algo tan triste y personal como el legado que el diablo había dejado a su hijo, prefiriendo hacer el libro a un lado. Sin embargo, algo superior a la curiosidad me decía que lo abriese solo una vez, al punto que se convirtió en una necesidad imperiosa. Al fin, puesto que Slaven me había otorgado permiso explícito de leer sus libros, me atreví a abrirlo en una página al azar.

Puesto que tus tíos no son strigoi sino brujos iniciados, no tendrán reparos en matarme. Siempre han envidiado mi poder y, aunque lograron desterrarme, saben que planeo regresar para recuperar lo que te pertenece como mi único heredero. No sabes cuánto sufro al estar separado de tu madre. Ahora que ella se fue, lo que más deseo en el mundo es reunirme contigo de nuevo, como durante esa breve temporada que pasamos juntos en esta cueva. Sin embargo, debo asegurarme de que tus tíos no puedan dañarte, así que me reuniré con mis hombres al amanecer. Me ha tomado largo tiempo proveerme con un ejército fiel, pero confío en que esta vez derrotaré a mis hermanos. Aun así, su pacto con la oscuridad los ha hecho inmensamente poderosos, tanto así que uniendo sus fuerzas podrían vencernos. Si llego a morir, debes saber que me hechicé a mí mismo para que quien me asesine

muera en el acto. De tal modo, si uno de tus tíos logra darme muerte como es su plan, solo restará uno de los dos, al cual tendrás que enfrentarte cuando crezcas para vengarme y recobrar tu legado. Debo confesar que, siguiendo los pasos de nuestro antepasado Boian, te hechicé mientras me visitabas para que, en el caso de que alguno de tus tíos te encuentre, no mueras sino que permanezcas como dormido hasta que Baba Roga te socorra. Hice lo mejor que pude y utilicé gran parte de mi poder personal en este hechizo, de forma que no debería fallar. Sin embargo, necesito que me perdones por haberlo efectuado sin tu consentimiento. Solo las brujas naturales pueden deshacer el daño causado por un brujo iniciado, así que te pido que nunca te alejes demasiado de tu madre adoptiva, pues puedes llegar a necesitarla. Baba Roga me fue de gran ayuda, siendo tu madre su discípula. Los tres estábamos a punto de hallar el modo de deshacer la maldición de Vlad III cuando tu madre murió. Puesto que la mujer que nos maldijo era una bruja iniciada, su designio puede ser anulado por una bruja natural que no pertenezca a nuestra familia. Como ves, es demasiado tarde para mí: ya perdí a tu madre y, por fuerza de las circunstancias, no puedo pasar tiempo con Baba Roga, quien se ocupará de criarte en donde tus tíos no te puedan hallar. Sin embargo, he dedicado los últimos años a desentrañar el secreto de la maldición y creo haber llegado a una solución capaz de romper el ciclo contigo. Para ello, tendrás que realizar un hechizo con tu sangre antes de cumplir los dieciséis años, que es cuando la maldición y los poderes de un strigoi de nuestra línea se manifiestan en todo su esplendor. Espero reunirme contigo antes de que llegue esa fecha y compartirte la fórmula, así como ayudarte a potenciarla. Si llego a morir, empero, Radu Gaborii te hará entrega de este manuscrito además de otro que deberá redactar él mismo como prueba de mi muerte. El presente permanecerá sellado de modo que solo un brujo pueda abrirlo. Desearía haber llegado a estas conclusiones en cuanto a la maldición antes de que mi propia condición llegase a su plenitud, pero estaré feliz aquí o en el más allá si logras librarte de este peso. Solo ahora comprendo que tu madre era la única bruja que podía haberme ayudado, pues

En este punto, la narración se interrumpía: faltaban un par de hojas cuyos bordes interiores aún estaban adheridos al resto del manuscrito. Alguien, probablemente Slaven, las había arrancado, pues en la siguiente página completa el padre hablaba del hechizo del medallón, refiriéndose al mismo como si ya lo hubiese explicado:

Si bien este hechizo, al ser efectuado por la bruja natural que encuentre el medallón con tu sangre, te transformará en un strigoi más poderoso que yo o cualquiera de nuestros antepasados, mi mayor esperanza reside en que consiga romper la maldición, y debes centrar toda tu intención en esto cuando recites la fórmula que te acabo de proporcionar.

¡Vaya! Así que aquel hechizo era mucho más importante de lo que yo jamás había sospechado. No se trataba, por supuesto, de que Slaven recuperase una luz de la que jamás se había desprendido, sino de que pudiese al fin liberarse de la más espantosa maldición generacional que alguien hubiese podido concebir. Me dije que era injusto que los hijos pagasen por las faltas de los padres, como en el caso de los descendientes de Vlad III, y ahora anticipaba el momento de que Slaven llegase para contarme si la pócima que yo había preparado había surtido efecto. Puse el libro en su lugar y le di la vuelta al estanque, preguntándome cuándo regresaría. No había encontrado una entrada a la caverna, pero tampoco la había buscado. Sin embargo, si él no retornaba, estaría en problemas. Me dije, aun así, que solo me preocuparía al hallarme en esa situación y no antes. Estaba exhausta tras haber agotado todas mis energías manipulando la naturaleza por medio de la hechicería aquel día, y me tendí cuan larga era sobre la piel de oso para contemplar el firmamento azul oscuro repleto de estrellas blancas y doradas.

Aquel día había aprendido mucho acerca de Slaven de forma indirecta con su consentimiento, y pensé que era hermoso que él mismo hubiese sugerido que leyese sus libros. ¿Tanto confiaba en mí cuando hacía tan poco se había mostrado más que reservado? Quizá, puesto que había tenido la oportunidad de ayudarlo de forma desinteresada, al fin había comprobado que yo estaba genuinamente de su lado, no por miedo a perder la luz de mi alma ni porque me atase un pacto, sino porque lo estimaba. Bueno, en realidad lo amaba, pero él no sabía que mis sentimientos superaban, por mucho, la amistad. Y si de mí dependía no lo sabría jamás.

Según mis cálculos, desperté poco después de medianoche y me incorporé del lecho para beber algo de agua. Me froté los ojos, observando las pequeñas burbujas que se formaban en la superficie del estanque. ¿Cómo estaría mi nana? Esperaba que hubiese llegado a Vršac sin contratiempos para entregar el diario de Anna Németh a las autoridades. Al menos allá estaría a salvo y no le faltaría nada. De repente, me sentí muy sola y estuve a punto de echarme a llorar, pero tomé un hondo respiro y, armándome de paciencia, me viré para regresar a la cama.

—Hola.

Lancé un grito tan fuerte al encontrarme frente a Slaven justo cuando menos lo esperaba que él mismo se conmocionó un poco para echarse a reír de inmediato.

—¡Por Casandra! —exclamó aún riendo—. ¡No creí que te sobresaltarías así!

—¡Estás demasiado cerca! —chillé con los pelos de punta todavía.

—Lo siento —se defendió, tragando en seco y dando un paso atrás—. Me pareció mejor hablar en vez de tocar tu hombro para llamar tu atención.

—¡Por poco me matas del susto! —dije, llevándome la mano al pecho, pero no pude evitar sonreír: estaba feliz de verlo—. Hola —agregué, intentando recobrar la compostura.

—Oh, Ava —murmuró, poniéndose muy serio de repente.

—¿Qué ocurre? —inquirí preocupada.

Se lo veía sumamente triste, al punto que pensé que estaba a punto de llorar. Sus ojos estaban humedecidos cuando los clavó en los míos y dijo:

—Me salvaste la vida.

Se apoderó de mi mano, estrechándola entre sus dedos tibios y causando que mi corazón batiese con mucha más fuerza que hacía unos segundos, cuando me había sorprendido.

—No —dije, negando con la cabeza y experimentando una emoción tan viva que temí que descubriese mis sentimientos—. Fue tu padre. Él te hechizó para que...

—¡Da igual, Ava! —me interrumpió, dando un paso hacia mí para tomar mi otra mano, apretándola con fuerza—. ¡Si no hubieras llegado, muy pronto no habría quedado nada de mí! Has hecho tanto por mí y yo, ¡maldición! ¡No he hecho nada por ti, no te he traído más que sufrimiento!

Slaven lloraba ahora. Sin sollozos, pero lloraba con verdadero sentimiento.

—¡No es así! —dije sin dejar de mirarlo. Su compunción me inspiraba tanta dulzura que casi no podía resistirlo—. Yo...

—¿Sí? —inquirió, apretando los labios e inhalando por la nariz.

¿Por qué estaba sufriendo tanto Slaven? ¡Me partía el alma! Quería decirle que mi única felicidad consistía en estar cerca de él y que, si él hubiese muerto, yo habría muerto de pena a mi vez. Sin embargo, a causa de mis propias emociones, ni siquiera podía coordinar mis palabras:

—Necesitaba verte —dije—. Te esperaba y los días pasaron, y regresé cada noche a aquel lugar sobre la vertiente pero tú no llegabas, y luego tu tío me dejó esa nota en la botella afirmando que... Porque fue tu tío quien te envenenó, ¿verdad?

—¡Sí! Pero, espera, ¿qué nota? ¿Mi tío sabía dónde encontrarte? —advertí que había pasado de la pena a la frialdad asesina al miedo en cuestión de segundos. Sin embargo, no soltó mis manos en ningún momento.

—Te enseñaré la nota —dije, pasando por alto su última pregunta—. La conservé. Pero antes, necesito que sepas que no hay nada que no haría por ti. Si he sufrido, ha sido solo porque creí que ya no regresarías.

—Gracias —dijo por entre los dientes, bajando la mirada y estrechando mis manos con más fuerza aún. Estaba temblando.

—Ven —dije, esbozando una sonrisa y tirando de él en dirección a la porción cubierta de la caverna donde había dejado el cinturón tras cambiarme de ropas de nuevo—. Tengo mucho que enseñarte. ¿Dónde estabas, por cierto?

—Cazando —respondió—. Y trayendo alimentos para ti.

—¿Por qué es diferente nuestra comida? —inquirí, girándome para escrutar su rostro.

—Supongo que ya has advertido que necesito sangre fresca y carne cruda. No querría traerte trozos mordisqueados de animal.

—Tú no, comes humanos, ¿verdad? —pregunté, sentándome sobre el lecho y buscando la nota de su tío en la bolsita de cuero. Como se tardaba en responder, me

detuve y elevé la mirada hacia él.

ÉL se había quedado viéndome casi con deleite. No supe si se burlaba de mí o si aquella insinuación de sonrisa significaba algo más.

—Podría hacerlo —dijo aún de pie frente a mí.

Sus mejillas pálidas habían adquirido una tonalidad rosa casi imperceptible y sus ojos sombreados parecieron brillar. Era como si disfrutase decirme aquellas cosas. ¿Estaría pensando en devorarme?

—Pero no lo haces, ¿o sí? —insistí.

—No lo he hecho hasta ahora. Créeme, me habría gustado matar a Németh y su aliada. Me he contenido, más que nada, por conservar mi potencial para la hechicería intacto —afirmó, sentándose junto a mí.

—Lo sé —dije, riendo por lo bajo ante la idea de que devorase a Németh y a Ruth Fekete—. Leí el grimorio de tu familia. Aun así, me pregunto qué ocurriría si un día no pudieses resistir el impulso de matar a alguien. ¿Seguirás necesitando comer carne cruda y beber sangre aunque pierdas tus poderes *strigoi*?

—Probablemente —dijo—. Pero de necesitar hacerme invisible o lanzar un rayo preciso, probablemente no lo lograría. Quizá tampoco podría transformarme en una criatura salvaje para cazar sino que tendría que hacerlo como los otros hombres, lo cual sería muy inconveniente. Y lo cierto es, Ava, que no deseo perder mi poder jamás. Es mío, ¿comprendes? Además de ser el legado de mis padres, la hechicería es mi vocación real.

—Y, ahora que consumiste la pócima, ¿cuándo sabremos si funcionó? ¿Crees que seguirás sintiendo el mismo tipo de sed?

ÉL viró su rostro hacia mí e inquirió:

—Este asunto te perturba, ¿no es así?

—En lo absoluto —dije, y era cierto—. Confío en que no nos comerás a mí ni a mi nana.

—No sabes cuánto me alegra, porque no consumí la pócima.

—¿De veras? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Y qué esperas para hacerlo?

Slaven clavó los ojos en el suelo de piedra y ocultó el rostro entre las manos. Entonces caí en la cuenta de que la nota que reposaba en mi regazo había llegado a casa de Branka en la botella vacía y lo comprendí todo: el tío de Slaven había robado la pócima.

—¡No puede ser! —tartamudeé aterrada.

—Lo es —gruñó él, incorporándose y tomando la nota de mis faldas para leerla. La expresión de su rostro cambió al instante—. ¡Maldito brujo iniciado! ¿Cómo se atreve a usar mi nombre?

Había arrugado la nota en su puño para arrojarla a unos metros de distancia. Entonces murmuró una frase ininteligible y el papel se hizo cenizas en un abrir y cerrar de ojos.

—Te juré lealtad —dijo, acomodándose para mirarme directamente—. Y nada

evitará que cumpla con mi palabra hasta que muera.

Estaba iracundo. Por mi parte, lamentaba que mi vibración interna no me hubiese alertado al respecto de la presencia de su tío mientras este nos espiaba, lo cual habría evitado que nos robase la pócima. Aun así, debía admitir para mis adentros la posibilidad de haberla ignorado a causa de las emociones que me embargaban aquella noche. Slaven, sin embargo, era un brujo mucho más poderoso que yo.

—Comprendo que menosprecies a tu tío por ser un brujo iniciado —dije—, pero no puedes negar que ha logrado causarte mucho daño. ¿Cómo diablos logró envenenarte?

—Cometí el error de permitir que mis emociones me distrajesen, por lo cual no tomé las precauciones habituales —dijo—. Cuando me adentré en el bosque tras despedirme de ti, me dominaba una intensidad desconocida, abrumadora y maravillosa. Solo podía pensar en ti, y esto resultaba tan angustiante como irresistible, al punto que me pregunté si me habrías hechizado sin proponértelo. Sin embargo, pronto se hizo evidente que aquello que experimentaba no era efecto de tu magia sino que provenía de mi interior, pues había surgido de forma espontánea y se acrecentaba sin que yo pudiese o incluso desear hacer nada al respecto. Esto me desconcertaba y aterraba, aunque no dejaba de ser grato. Sé que todo esto es muy confuso, perdóname, me cuesta explicarlo. En todo caso, puesto que la naturaleza suele replicar las emociones de los *strigoi*, aquella madrugada se desataron los vientos y un remolino de hojas se formó en torno a mí, desplazándose conmigo a medida que avanzaba. Los árboles se sacudían a mi paso y las aves nocturnas dejaban sus puestos en las ramas para sobrevolarme, acompañándome con los últimos graznidos antes del amanecer. Estaba sumido en un estado tan extraordinario que olvidé cerciorarme de que nadie me siguiese.

—Pero tú eres tan poderoso, ¿cómo pudo enfrentarse a ti?

—No lo hizo. Ocurre que, como todo *strigoi*, me encuentro en mi punto más débil al llegar el alba así que, en cuanto clareó, busqué el lugar más oscuro y resguardado de los alrededores para tenderme a descansar unas horas. Entonces, cerré los ojos y me adentré en el oscuro mundo de los sueños. Por desgracia, un *strigoi* emplea tanta energía a lo largo de la jornada que, cuando duerme, suele estar tan agotado que es casi como si muriese: rompe todo vínculo con su entorno, lo cual lo hace en extremo vulnerable. Por esta razón, mis antecesores siempre tuvieron guardianes que velasen su sueño, los cuales regularmente estaban armados. En mi caso, puesto que he tenido una manada desde la infancia, mis guardianes son los lobos, pero preferí dejarlos en Raskrsnica para que cuidasen de ti. Mi tío solo tuvo que derramar aquella nefasta poción sobre mis labios en cuanto me dormí para que esta penetrase en mi interior, envenenando mi sangre. Desperté conforme el líquido recorría mis venas, paralizándome paulatinamente. Intenté incorporarme pero, pasados unos segundos, ya no pude moverme más y solo vi al brujo alejarse con la botella que contenía tu hechizo. Y ya conoces el resto de la historia. Sabes que pudiste contrarrestar el

veneno porque eres una bruja natural, ¿no es así?

Asentí.

—Sí, y porque, al pertenecer al círculo de Baba Roga, también soy Baba Roga. Ella me lo dijo: todas somos Baba Roga. Slaven, debes premiar al lobo que me guio hasta donde te hallabas —comenté, orgullosa de mi amigo lupino—. De no haber sido por él, jamás te habría encontrado.

—Toda la manada empezó a buscarme cuando los días pasaron y no regresé, pero él me rastreó antes que el resto —afirmó—. Y supo exactamente a quién acudir —agregó, complacido.

—Creo que tienes los mejores guardianes que un *strigoi* puede desear —dije.

—Así es —replicó—. Son mis hermanos. Nos cuidamos mutuamente. En esta ocasión me socorrieron ellos a mí. Es una lástima que no hubiesen estado allí cuando mi tío robó tu pócima —chistó, con aire de desilusión—. Es lo único que lamento, pues esta no puede ser replicada: mi sangre ya cambió.

—Matar a tu padre, robar la poción e intentar envenenarte no es lo único que tu tío ha hecho —tartamudeé, hurgando en el bolso de nuevo y extendiéndole las cartas que *el ángel* había escrito a Ruth Fekete, además de las últimas páginas del diario de Anna Németh.

Slaven las recibió y, en cuanto posó su mirada en la primera carta, fue evidente que estaba realmente conmocionado. Supe que las explicaciones sobran y que él lo deduciría todo, así como yo lo había hecho. Guardé silencio conforme él leía, evitando mirarlo para proporcionarle algo de intimidación.

—Así que fue él quien le habló a Ruth Fekete acerca de mi marca —susurró—. Probablemente siguió a Radu Gaborii desde Valaquia cuando este viajó a Dobro para entregarme los manuscritos de mi padre. Debo admitir que es sigiloso.

Le expliqué que Anna Németh había descubierto el sello en su espalda antes, cuando había intentado seducirlo.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió atónito.

—Robé su diario de casa de Ruth Fekete —repliqué—. Te traje solo las últimas páginas, las tienes en la mano bajo las cartas que tu tío envió a Ruth.

Sin perder un segundo, Slaven hizo a un lado la correspondencia de la viuda Fekete para concentrarse en leer el final del diario de Anna.

—En verdad era una mujer estúpida —suspiró conforme daba vuelta a la página—. ¡Querer pactar con el demonio para seducirme! ¡Crear que el primer hombre que apareció en el establo era Lucifer!

—Estaba enamorada de ti —dije, compadeciéndola a pesar de todo.

—¡Aquello no era amor! —rio él por entre los dientes—. Estaba trastornada.

Pensé que tenía razón pues, en mi caso, aunque lo amaba con todas mis fuerzas, jamás querría forzarlo a amarme. Slaven, por su parte, prosiguió con la lectura. Al cabo de unos minutos, dejó escapar una exclamación muda y, entonces, lo observé con el rabillo del ojo: él empezó a llorar en silencio. Hizo el papel a un lado y, de

repente, me abrazó con tanta fuerza que me dejó sin aire unos instantes:

—¡No maté a mi madre! —gimió en voz baja.

Me sostuvo contra sí, envolviéndome con ambos brazos. Olvidé por completo mis propios sentimientos al verlo tan cándido e indefenso y lo abracé a mi vez, dichosa de ser su amiga. Percibí que se desmoronaba por dentro, tan profundo y terrible había sido su remordimiento aun creyendo que la madre había fallecido a causa de algo que él no podía controlar. Al fin podría dejar ir aquella culpa inmerecida que había albergado tanto tiempo, que para entonces era parte esencial del modo en que concebía su propia existencia. Ya no volvería a pensar en sí mismo como el asesino de su madre.

—Habrías sido inocente de cualquier forma, Slaven —afirmé, mi voz sofocada contra su pecho.

—Lo sé, y, sin embargo, me has devuelto la luz del alma, la única que necesitaba recuperar —sollozó, dejándose caer en el lecho de modo que uno de sus brazos cubría su rostro. Tembló largamente sin cesar de suspirar y, al fin, cuando la aurora tiñó de rosa el cielo circular del cráter, se quedó perfectamente quieto: estaba dormido.



En la oscuridad

Desperté a media tarde. Me había tendido junto a Slaven al amanecer, procurando darle bastante espacio para que pudiese moverse, pues temía incomodarlo mientras dormía. Sin embargo, cuando abrí los ojos, él se había levantado y estaba lavándose la cara en el estanque, de espaldas a mí. Había extendido su camisa sobre las piedras adyacentes para que se secase al sol, por lo cual deduje que había ido de caza tras despertar y recién llegaba.

—¿Nunca llevas calzado? —pregunté, observando sus pies descalzos al tanto que él se incorporaba.

—Solo cuando voy a una ciudad como Vršac durante el día y es imperativo que hable con alguien, lo cual ocurre muy rara vez —dijo él, incorporándose y sacudiendo la cabeza para secarse—. ¿Descansaste?

—Sí —asentí—. Muero de hambre. Supongo que ya comiste.

—Así es —confirmó—. Las presas abundan en esta época del año. Ven, te ayudaré a encender el fuego.

Dicho esto, extendió el brazo hacia los carbones fríos y chasqueó los dedos, recitando aquella frase que yo ya había visto en el grimorio. Una bonita llama ardió sobre las cenizas de inmediato, tras de lo cual Slaven procedió a añadirle leña seca a la fogata.

—¡Es maravilloso! —reí—. Intenté hacer igual durante tu ausencia pero fallé.

—Es natural, son hechizos para *strigoi* —replicó, sonriendo—. Eres una bruja grandiosa, Ava, espero que lo sepas.

Iba a contarle que había logrado hacer que lloviese pero el elogio hizo que olvidase todo lo demás. ¡Slaven pensaba que era una hechicera diestra! Quise ponerme a bailar pero solo atiné a encogerme de hombros, sonriendo a mi vez.

—Espero llegar a ser tan hábil como tú algún día —dije.

—Estoy seguro de que lo conseguirás, aunque ya puedes hacer cosas que yo no,

como transformar la sangre de un *strigoi* —replicó, tomando un gran saco de entre los arbustos del cual extrajo carne fresca cortada en trozos finos—. Supuse que estarías harta de comer pescado, así que te traje algo del venado que cacé hoy. Corté los bordes mordisqueados —añadió, riendo.

—¡Muchísimas gracias! —dije entusiasmada. No me molestaba comer pescado el resto de mi vida con tal de estar con él, pero no iba a decirle semejante cosa—. La verdad, he comido muy poca carne desde que dejé Viena, así que esto es un lujo.

—Me alegra poder ofrecértelo —dijo, inclinándose sobre las brasas y dirigiéndome una breve mirada de reojo que no supe interpretar.

Acomodó la carne en la rejilla de metal, agregándole sal, la cual tomó de un pequeño frasco de vidrio oculto entre la hierba que yo no había visto antes. Entre tanto, me senté sobre una piedra lisa y cómoda que el tiempo había moldeado como una silla.

—¿Dónde estamos, Slaven? —inquirí, retorciendo mis cabellos para anudarlos en la parte posterior de mi cabeza mientras él se sentaba frente a mí, al otro lado de la fogata—. Según la narración de Radu Gaborii, este lugar se halla muy lejos de Raskrsnica.

—Así es —dijo—. Viajamos muchas leguas hacia el oriente. Nos encontramos en el Reino de Rumania, antiguo principado de Valaquia, en las faldas de los Cárpatos del sur. Bienvenida a las montañas del diablo, tierra de mi padre.

Una oleada de miedo me recorrió.

—¿Quieres decir que tu tío se encuentra cerca de aquí?

—En realidad no lo sé. Las montañas del diablo son vastas, y mis tíos siempre prefirieron habitar lugares cómodos en los cuales pudiesen rodearse de lujos. Si lo que mi padre prometió es cierto y solo uno de ellos sobrevivió, este aún debe ocupar una de las propiedades familiares a las afueras de un pequeño poblado ahora abandonado.

—¡Vaya! —dije sin salir de mi asombro—. ¡Nunca imaginé que estaríamos tan lejos de Banat! ¿Por qué me trajiste aquí? Quiero decir, ¿no habría sido más sencillo retornar al cruce de caminos?

—Por supuesto que habría sido más sencillo. Sin embargo, puesto que ya sabía que un brujo había robado mi sangre transformada, no podía correr el riesgo de regresar a las inmediaciones del lugar donde me halló. Aunque me salvaste expulsando el veneno de mi sangre, aún estaba muy débil tras despertar y alimentarme, y solo en este lugar puedo recuperarme: supongo que ya te diste cuenta de que este jardín oculto está imbuido de magia. Por otra parte, temí que el ladrón hubiese ingerido la fórmula, haciéndose más poderoso que yo. En caso de que haya sido así, debo asegurarme de reposar y recargar mis poderes en la caverna donde mi padre me marcó.

—Pero sabemos que tu tío era el ladrón y él no es un *strigoi*, así que la pócima no debería servirle de nada —argüí, esperando que fuera cierto—. Además, preparé la

poción solo para el dueño de la sangre, y ya sabía que se trataba de ti.

—Lo sé —dijo, observándome a través de las brasas y permitiendo que sus labios se curvasen muy sutilmente.

Sentí que me ruborizaba al recordar la noche en que había efectuado el hechizo con la sangre de Slaven, pensando en él con tanta intensidad, y bajé la mirada. Si bien su actitud me indicaba que ahora definitivamente me consideraba una amiga cercana y no solo una aliada por conveniencia temporal, esto me ponía aún más nerviosa, pues él había bajado la guardia de repente, adoptando una actitud de accesibilidad que ni en mis más dulces sueños habría creído posible. Así pues, procuraba ocultar mis sentimientos, deseando evitar que alguno de mis gestos me pusiera en evidencia ante él y, peor aún, temiendo parecerme a Anna Németh. Porque, a pesar de estar loca, ella también se estremecía por dentro cuando él la miraba, y Slaven había reiterado que la creía estúpida.

—Aun así, ignoro qué efecto pueda tener en él —prosiguió—. Aunque dudo que mi sangre pueda convertir en *strigoi* a un simple mortal, no me fío de los resultados.

Cuando la carne estuvo asada, la comí con inmenso gusto, rasgando delgadas lonjas e introduciéndolas en mi boca una a una para masticar con calma.

—Te acompañaría si la forma en que me alimento no fuese un espectáculo sangriento —dijo.

—No me importa —repliqué—. Desearía que lo hicieses.

—Vamos, Ava, tu expresión horrorizada al ver el cordero empalado durante la ceremonia de alianza me bastó para saber lo que pasaba por tu mente. Además, no siempre estuve sujeto a estas leyes y aún recuerdo lo que era comer vegetales asados. De hecho, en tiempos de escasez aún puedo comer pan, aves, frutos y peces, pero no es suficiente para proporcionarme el vigor que requiero. Además, desde que mis poderes se afianzaron, la carne cocida no me apetece.

—Espera: admito que, antes de que la manada llegase, el espectáculo se me antojó tétrico porque el cordero no tenía piel y una estaca lo atravesaba en dos. De cualquier modo, una vez empezaste a alimentarte, yo no sabía que eras tú quien estaba entre las sombras, o te aseguro que habría hecho lo posible por no perder detalle aunque te temiese.

—Qué mujer más extraña eres, Ava —afirmó divertido.

No pude dejar de admirar las ojeras que demarcaban sus ojos esclavos, tan distintos a los míos.

—¡Y que lo diga alguien tan normal como tú! —reí para obligarme a interrumpir mis propios pensamientos, pero su expresión adquirió un aire sombrío.

Dando por terminada mi cena, me lavé las manos y la cara y bebí algo de agua del estanque. Tenía un gusto amargo y, curiosamente, seco, pero calmó mi sed. Slaven, mientras tanto, se había adentrado en el jardín, de modo que solo discernía su silueta lejana. Intuí que algo lo perturbaba, pero había tantas posibilidades siniestras que cualquiera de ellas habría sido igualmente comprensible. Había anochecido de un

momento al otro y sentí algo de frío. Me solté los cabellos de nuevo y, frotándome los brazos para entrar en calor, caminé entre la densa vegetación, pasando algunos árboles igualmente frondosos, hasta donde él se encontraba. Se había recostado contra el tronco de un roble cuya circunferencia solo habrían abarcado unas seis personas tomadas de las manos. Este había crecido tanto que sus ramas más altas casi alcanzaban el cráter. A esa hora terminaba de llegar una bandada de aves, presta a refugiarse en los nidos contruidos en sus extensas ramas, las cuales sombreaban aquel jardín inmenso. Estaba muy oscuro allí. En cuanto me detuve junto a él, Slaven se dio la vuelta para encararme. Había palidecido y observé en su rostro una desesperación infinita que me hizo estremecer.

—¿Qué tanto leíste del diario de Anna Németh? —inquirió, tomándome por sorpresa.

—Yo... —balbucí con un nudo en la garganta. No quería mentirle pero tampoco deseaba ponerlo en una posición que lo obligase a confrontar su pasado.

Él se cruzó de brazos. Estaba temblando y, aunque su mirada expresaba una mezcla de terror, odio y dolor, vociferó con ira:

—¡Respóndeme, maldición!

—Lo leí todo —admití, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sus labios temblaron ligeramente, como si hubiese absorbido todo el frío que descendía por el inmenso agujero sobre nuestras cabezas. Entonces me miró como si yo lo hubiese dañado sin querer y, por más que él desease perdonarme con toda el alma, no pudiera hacerlo a causa de la gravedad de la ofensa. Sus ojos se transformaron en océanos negros y brillantes que, al ser cubiertos por los párpados un instante, dejaron correr dos ríos de lágrimas cristalinas por sus mejillas.

—Jamás debiste ir a la casa de Ruth Fekete —musitó por entre los dientes, contrayendo la mandíbula.

—Pero, Slaven... —mascullé—. ¡Sin el diario no sabrías que no mataste a tu madre!

—Ya había aprendido a vivir con ello —dijo, apartando su mirada húmeda de la mía—. Lo suponía parte de la maldición.

—Rayos —tragué en seco—. No puede ser tan terrible que, de todas las personas del mundo, yo haya leído el diario, ¿o sí? Quiero decir, soy tu amiga.

Él apretó los nudillos y se viró bruscamente para apoyar la frente contra el roble.

—Eso no importa —respondió de espaldas a mí—. Ahora lo sabes todo. Absolutamente todo.

Por supuesto que lo sabía todo, y ahora él lo había descubierto. Sin duda le había resultado fácil deducir, una vez pasada la sorpresa inicial, que Anna Németh no había omitido ningún detalle de sus conversiones con él, ni siquiera aquellas de naturaleza más íntima.

—No sé nada que no sepan tus peores enemigos, los cuales también son los míos —dije, trepidando.

Él guardó silencio, sin moverse de su sitio.

—No es tu culpa —masculló al fin, tornándose hacia mí con suma lentitud—. No me importaba que el resto del mundo lo supiera con tal de que se hiciese justicia y aún soy del mismo parecer. Es solo que, después de tantos años, esperaba no tener que hablar de ello con nadie, especialmente contigo: me conoces demasiado y, siendo una bruja, me aterra no poder ocultarte nada, ni siquiera el dolor que deseo dejar atrás.

—No tenemos que hablar de nada —me apresuré a decir—. Solo quiero que sepas que, aunque no he vivido lo mismo que tú, no descansaré hasta que...

—¡No lo entiendes! —rugió, golpeando la madera rugosa con la palma de la mano.

—¡Sí lo entiendo! —lloré—. ¡Slaven, yo te amo!

Aquellas palabras escaparon de mis labios con tal espontaneidad que solo después de haberlas pronunciado comprendí lo que acababa de confesar. De inmediato, me acometió un vértigo tan intenso que creí que me desvanecería allí mismo y solo pude exhalar, cerrando los ojos y temblando de miedo. Aguardé una reacción de su parte con verdadero terror, sin atreverme a realizar el menor movimiento. Al fin, después de un minuto interminable, murmuró:

—Oh, no... Ava, por favor, no digas eso.

Lo sabía. ¿Por qué había hablado? ¡Lo había arruinado todo! ¡Ahora él me creería una lunática igual a Anna Németh! Quise conocer alguna fórmula mágica para hacerlo olvidar mi inoportuna confesión de amor pero, claro está, no era el caso, por lo cual la más espantosa mortificación se apoderó de mí, sumándose a la aprensión que ya me embargaba. No sabía qué decir, solo quería huir de allí. Tuve que contener una exclamación cuando su mano tomó la mía.

—Lo siento —dije con un hilo de voz, incapaz de mirarlo. En cualquier otro momento me habría retractado, o al menos habría intentado otorgarle otro sentido a mis palabras, pero las circunstancias eran tales que no podía más que resignarme a asumir mi error, pues solo la más vil de las mujeres le habría mentado a quien sufría como él aquella noche—. Juro que no iba a decírtelo nunca. No sé por qué, precisamente ahora...

Slaven me envolvió en sus brazos, oprimiéndome contra sí. Su corazón palpitaba desaforadamente y, aunque ya no lloraba, no había cesado de temblar. Entonces comprendí que estaba tan asustado como yo.

—¿Cómo podré protegerte si me amas? —dijo, su barbilla rozando mis cabellos, cerca de mi sien—. ¿Y, peor aún, cuando yo te amo de esta forma?

Sus latidos se hicieron más potentes y profundos cuando me estrechó aún más, inhalando largamente. Por mi parte, aunque hacía unos momentos había enmudecido, ahora me parecía recobrar la vida conforme asimilaba las últimas palabras que él había pronunciado, las cuales jamás imaginé que escucharía de sus labios.

—Oh... —dije, quebrándose mi voz al tanto que elevaba la mirada hacia él—.

¿Tú también me amas?

Él hizo ademán de sonreír y asintió. A pesar de que sus labios se curvaban con sutileza, el conjunto de su rostro dejaba entrever la abismal seriedad de su revelación. De no haber estado sujetándome, mis rodillas no habrían podido sostenerme ahora que me adentraba en sus ojos profundos.

—Lo comprendí cuando hablábamos al pie de la vertiente, a nuestro regreso de Dobro —afirmó, deslizado sus manos hasta las mías y aferrándolas para contemplarme sin apartarse más de un palmo—. Solo entonces acepté para mis adentros que me había enamorado de ti, pues me has provocado emociones tan fuertes e ineludibles desde un principio que no sabía qué hacer conmigo mismo. Confieso que, tras liberarte del cautiverio después de nuestro encuentro en el campamento gitano, realicé al menos diez hechizos con el fin de sacarte de mi mente, ya que creí que perdería la razón a fuerza de pensar tanto en ti. Sobra decir que todos fueron en vano. Ahora, simplemente, reconozco que estoy perdido. ¿Cómo puedo hacer que permanezcas conmigo?

—Es simple —murmuré, sintiendo un dolor intenso en medio del pecho—: yo estoy perdida sin ti. No sabes cuánto sufrí al pensar que ya no volvería a verte. Te he amado desde la primera vez que escuché tu nombre, que siempre ha ardido como una llama en mi interior.

Él tomó entre sus dedos el amuleto que pendía de mi cuello y entrecerró los ojos, observándolo con detenimiento:

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Un falso talismán para distraer a nuestros enemigos —expliqué—. Me dije que representaba mi corazón partido a causa del amor que creí jamás podría ser.

—Dame acá, bruja —sonrió, apretándolo en su puño, dentro del cual se convirtió en cenizas que se esparcieron por el aire en cuanto él abrió los dedos—. Algo así solo puede hacerte daño; aún no comprendes cuán poderosa eres. Toma esto a cambio —añadió, metiendo la mano en el bolsillo de su falda y extendiéndome el talismán donde otrora portaba su sangre preadolescente—. Él te encontró, trayéndote a mí.

Al ponérmelo alrededor del cuello, me pareció extrañamente ligero, por lo cual le dirigí a Slaven una mirada inquisitiva.

—¿Está vacío? —pregunté.

—Sí —dijo, sonrojándose un poco—. Bebí la sangre que contenía.

—¡Por todos los lobos del mundo! —exclamé—. Esa sangre era... era mía.

—Lo sé —dijo, encogiéndose de hombros con un gesto inocente—. Por ello la bebí con tanto gusto. Fue poco más de una gota, pero me ayudó a reunir las fuerzas que necesitaba para cazar de nuevo. Los lobos no suelen consumir sangre humana, Ava, pero yo soy un *strigoi* y, en cuanto reconocí tu esencia en el líquido, no pude resistir la necesidad de beberlo.

—¿Cuándo ocurrió esto? —inquirí aún sorprendida.

—Después de que tú y mi fiel hermano lobo me reanimaron en el bosque. Huí

con él hacia la espesura pero, como había comido tan poco, el aroma de la sangre contenida en el medallón era todo lo que podía oler. Hasta ese momento, no había caído en la cuenta de que habías abastecido el amuleto tras realizar el hechizo, pero el hambre y la extrema debilidad aguzaron mis sentidos de cazador.

—¡Vaya! —exhalé—. ¿Y qué tal te pareció mi sangre?

—Deliciosa —dijo sin intentar disculparse, luciendo encantador—. Gracias.

—Eso me alegra, creo... —empecé a decir, pero él me interrumpió, rodeándome con sus brazos otra vez:

—Muerdo por ti, Ava. Sé mía.

Su mirada expresaba la voracidad del depredador que se ha encaprichado con su presa, y su voz profunda repercutió en mi interior como una canción conforme acercaba su rostro al mío.

—Lo soy —dije, estremeciéndome al declarar la mayor verdad que conocía.

Slaven apoyó su mejilla áspera contra la mía, deslizándose una de sus manos hasta la base de mi nuca, por debajo de mis cabellos. En aquel momento me pareció que jadeaba, pero de inmediato me pregunté si no sería yo quien no podía hacer nada por contener mis reacciones.

—Yo soy tú —murmuró en latín.

—¿Qué acabas de hacer? —inquirí, respirando de forma entrecortada al sentir su aliento tibio sobre mí.

—Pronunciar las palabras que me unen a ti tanto en la dicha como en el sufrimiento por siempre jamás —dijo, atrayéndome hacia él por el talle y haciendo que la ínfima distancia que nos separaba desapareciese—. Así se casaron mis padres. Juntos seremos fuego y tinieblas, día y noche, vida y muerte. Repítelo si aceptas.

—Yo soy tú —dije, sabiendo que era cierto.

La vibración mágica despertó dentro de mí como un rayo en cuanto pronuncié aquellas palabras, y ya me aferraba a Slaven cuando sus labios se cerraron sobre los míos y el mundo se nubló de repente para envolverme en la más absoluta y embriagadora oscuridad. Percibí el dulce sabor de su boca, que me besaba y mordía sin hacerme daño pero con tal ardor como si él en verdad quisiera devorarme de algún modo. Al inhalar, me arrastraba hacia los rincones más sombríos de su alma, y al exhalar me llenaba de su esencia masculina, mágica y animal a la vez. Creí que ardíamos en llamas cuando, a través de mis párpados, discerní el esplendor dorado que surgió entre Slaven y yo, el cual se expandió hasta abarcarnos. Sin embargo, al entreabrir los ojos, descubrí que se trataba de un haz luminoso demasiado deslumbrante para ser visto directamente, el cual desapareció al cabo de unos segundos como una estrella que, habiéndose extinguido, dejase como recuerdo una galaxia de miles de pequeñas partículas de luz. Las pupilas de Slaven se habían dilatado, enseñando dos puntos dorados en medio.

—Jamás pensé que algún día experimentaría esto —suspiró sin soltarme—. Creo que es lo que llaman felicidad, no sé qué otra cosa pueda ser esta pasión sublime.

Dicen que los *strigoi* solo encuentran el amor una vez en su vida y, si no son correspondidos, no hay nada que puedan hacer para olvidar a esa persona, pues lo que sienten por alguien, recíproco o no, tiende a acrecentarse con el paso del tiempo, sea amor u odio. Cuando entendí mis sentimientos por ti, creí que mi destino sería amarte en soledad hasta la muerte.

—Pero pensabas regresar por mí, ¿no es así?

Al sacudir mi cabeza, algunas partículas luminosas se desprendieron de mis cabellos, flotando en el aire para caer suavemente sobre el suelo.

—Por supuesto. Es solo que no tenía ninguna esperanza de que me amaras... y, por otra parte, amar a un *strigoi* maldito te pone en grave peligro. Mi plan era visitarte cuando la ocasión lo permitiera, evitando acercarme demasiado a ti. Pero ahora que eres mía y yo soy tuyo, seremos uno. Hay algo que debo darte.

Me soltó un instante, circundando el tronco del roble e introduciéndose en él a través de una apertura que yo no había distinguido a causa de la textura de la madera. Segundos después, emergió de nuevo con un pequeño cofre cubierto de piedras preciosas, el cual abrió para enseñarme un anillo.

—Mi padre se lo dio a mi madre como símbolo de su unión. Cuando ella murió, lo guardó de nuevo en el cofre y me dijo dónde buscarlo cuando encontrase mi verdadero amor. Él sabía que algún día te conocería, Ava. Quizá debí creerle, pero el mundo y sus gentes me han resultado tan odiosos que había descartado esa posibilidad. Y ahora que sé que me amas como yo a ti, a pesar del temor que siento al respecto de nuestro futuro y de lo que pueda acaecerte, no puedo dejar de vivir esta adoración que me consume. Perdóname.

—No sé cuál sea el caso de las brujas iniciadas, e incluso el de las otras brujas naturales, pero yo jamás habría amado a otra persona. Sé que te amaré más allá de la vida y la muerte —afirmé—. Lo único que jamás te habría perdonado habría sido descubrir, poco antes de morir, que me amabas sin decírmelo jamás.

—Tú ibas a hacer lo mismo, bruja —rio por lo bajo—. Y no llevas una maldición que pueda excusarte.

—Cierto —sonreí—. Pero no pude dominar mi corazón y terminé gritándotelo. El mérito es mío.

Slaven deslizó el anillo en mi dedo. Era de oro repujado y tenía la forma de un dragón cuyas fauces y cola se unían conformando un círculo: era igual al sello que llevaba en la espalda. Un pequeño rubí adornaba la cabeza de la criatura, haciendo las veces de ojo: este se iluminó en cuanto el anillo, cuyo diámetro era un poco más grande que el de mi dedo, se acomodó por cuenta propia al ser empujado hasta la base donde reposaría.

—¡Oh! —exclamé maravillada—. ¡Es como si tuviese vida propia!

—Es el anillo de los *strigoi* Drăculești, mi regalo de bodas para ti —dijo, sonriendo—. Ahora eres la esposa del dragón.

Todo aquello sonaba muy importante. Sin embargo, a mí solo me interesaba él, y

sentí cierto resquemor de estar en el lugar de su madre, quien había muerto de forma trágica.

—No sé bien lo que eso implique, Slaven —dije, tragando en seco.

—Todos mis ancestros lucharon por romper la maldición —dijo, tomando mi mano—. Mi padre encontró la única forma, pero conoció a mi madre cuando ya era demasiado tarde y ella ya no podía preparar el hechizo con la sangre preadolescente de mi padre. Era una bruja natural como tú, una campesina eslava que llegó a estas montañas cuando esta aún era tierra próspera. Se enamoró de mi padre en cuanto lo vio. Fue ella quien me llamó Slaven, que significa *glorioso*. Mi padre me dijo que su esperanza al llamarme así era que yo pudiese sobrevenir el cruel destino que me aguardaba. Y ahora, contigo a mi lado, ya habrá valido la pena vivir, Ava. Por eso, que seas mi esposa y llesves el anillo de mi madre significa que contarás con su bendición y protección —añadió, acariciando mi rostro—. No sé a dónde van las brujas naturales al morir, pero creo que ella nos cuida desde allá, así como mi padre y todos los *strigoi* que vinieron antes de mí.

—¡La pócima! —exclamé, agarrándolo de los brazos.

—¿Qué con ella? —inquirió desconcertado.

—¿Recuerdas que te di la botella de vino que la contenía? —dije, hablando a toda velocidad.

—Sí, sí, por supuesto. ¿A qué viene eso en un momento como este?

—¡Slaven! —grité, riendo y dando vueltas sobre mí misma.

—¡Dime de una vez lo que te ocurre! —rogó, intentando hacer que me detuviese.

—¡No mezclé la totalidad de la poción con el vino! —dije, atragantándome—. ¡Conservé la mitad de mi preparación en un pequeño frasco de perfume que perteneció a mi madre!

—¿Qué dices? —vociferó, abriendo los ojos de par en par—. ¿Dónde está?

—¡Ven conmigo! —exclamé, echándome a correr hacia la porción cubierta del jardín donde había dejado mi cinturón con el bolsito.

Lo sacudí con ambas manos, vertiendo todos sus contenidos sobre el lecho de pieles: allí, entre algunas monedas, guijarros llamativos y hojas secas, además de una corta lista de víveres escrita por Branka, estaba intacto el frasquito de perfume de mi madre.

—¿Es... ese? —balbuceó él, apuntándolo.

—Mi regalo de bodas para ti —sonreí, extendiéndoselo.

Slaven despejó el lecho para sentarse a mi lado y lo recibió, anonadado.

—¿Sabes lo que esto significa? —balbuceó.

—Si el hechizo funciona, la maldición ya no pesará sobre ti —dije.

—No solo eso: no recaerá sobre nuestro primogénito.

—¡Por todas las escobas voladoras del mundo! —tragué en seco—. ¡Ni siquiera había pensado en ello!

—¿De veras? —inquirió, arqueando las cejas y sonriendo de forma casi

imperceptible.

—¡De veras! —reí—. Nunca había contemplado la posibilidad de casarme, mucho menos de tener hijos.

—Ven aquí —rio a su vez, acercándose a mí y pasando un brazo por encima de mis hombros—. Hasta hace unas horas, ese era mi caso exactamente. En especial porque yo mismo lamentaba haber nacido, me juré que jamás amaría a nadie y procuré no entablar vínculos humanos. Había planeado que la maldición muriese conmigo.

—Ruego que el hechizo funcione para que puedas vivir sin ella —dije.

—Suerte que no... pasó nada entre nosotros antes de consumir la pócima —dijo, y observé que sus mejillas pálidas adquirían un tinte rosa.

No necesitaba que me explicase la última afirmación. A pesar de haber estudiado biología con aplicación y haber observado a los animales del campo acoplarse en plena libertad, esto era completamente distinto. Sentí que me sonrojaba de pies a cabeza al caer en la cuenta de que, quizá más temprano que tarde, ambos nos despojaríamos de todas nuestras ropas en el mismo espacio, y una oleada de pánico me recorrió. Hasta ese día, ni siquiera había besado a alguien. La verdad seguía siendo que, aunque fuésemos poderosos y sagaces, y aunque nadie pudiese acusarnos de falta de pericia intelectual o practicidad en asuntos de supervivencia, ambos éramos totalmente inocentes en lo concerniente al amor. Él pareció adivinar lo que pensaba porque preguntó, tomando mi mano:

—¿Tienes miedo?

Asentí, tragando en seco.

—Yo también —dijo él, intentando esbozar una sonrisa, y solo entonces se me ocurrió que quizá estuviese más aterrado que yo.

Descubrir que nos hallábamos en la misma posición me tranquilizó: evidentemente, Slaven no intentaría apresurar algo que, dada la atracción que ambos sentíamos y la pasión que compartíamos, sería inevitable. Estreché su mano afectuosamente y le guiñé un ojo, diciéndole a modo de broma:

—Tenemos toda la vida para resolverlo. Por el momento, creo que deberías beber la pócima.

—Tienes toda la razón —rio, y besó mi mejilla velozmente—. Pero, como sabes, ignoro cuál será mi reacción al consumirla y temo ponerte en peligro.

—¡Oh, no te atrevas a dejarme aquí sola de nuevo! —amenacé—. Me rehúso a aceptarlo; moriría de angustia preguntándome qué fue de ti. No, no y no. Tendrás que beberla aquí, ante mí.

—Descuida —rio—. Solo quiero que tengas sales de plata a la mano en caso de que me ponga más agresivo que de costumbre. Sin importar la forma que adopte, podrás detenerme soplándolas sobre mí.

—¿Y tú tienes una reserva o algo parecido? Porque, como sabes, me deshice de las que Baba Roga me dio.

—Sí, tengo todo un laboratorio en una de las cavernas adyacentes. No hay ningún mineral o compuesto que falte.

—¿Cómo manejas la plata siendo un *strigoi*? —inquirí sorprendida.

—Con mucho cuidado —rio—. Jamás he abierto los frascos que la contienen. Tendrás que hacerlo tú.

Lo habría acompañado a su laboratorio pero prometió llevarme después: el tiempo apremiaba, y por ello Slaven fue sin mí por el frasco que contenía las sales de plata para regresar en cuestión de un minuto. Realmente era muy veloz.

—Toma —dijo, depositándolo a mis pies. Era de vidrio verde y bastante grande—. Solo cargarlo me produjo náuseas. Quédate aquí. Yo iré a beber la pócima bajo el roble.

Sus manos temblaban y un sudor en apariencia frío cubría su rostro. Me puse de pie para abrazarlo.

—Que la suerte de los mejores brujos te acompañe —dije, aferrándome a él—. Te observaré desde aquí.

—Espero no tardar demasiado —murmuró, besando mis labios. Su proximidad me hacía estremecer, y de nuevo sentí chispas de pies a cabeza. Quería besarlo de nuevo como hacía un rato, y ya me disponía a retenerlo otros instantes pero me dije que ya no podría detenerme si no me apartaba de él de inmediato.

Slaven abrió los ojos y asintió. Aunque lucía algo feroz, había comprendido perfectamente mi razonamiento y, tras estrecharme con ardor, me soltó para darse la vuelta y caminar hacia el interior del jardín con el frasquito que había pertenecido a mi madre en la mano. Esperé a que alcanzase el roble y entonces avancé hasta el borde del estanque para verlo mejor. Él abrió el recipiente y, tras extenderlo hacia mí, exclamó:

—¡Salud!

Acto seguido, bebió la pócima.



La indiscreción de El Empalador

Aún no puedo explicar cómo, por el hecho de que Slaven bebiese la pócima, todo oscureciese. Y por *todo* me refiero a que no podía ver más allá de mis narices, ni siquiera mis propias manos. No discernía las siluetas de los árboles ni la apertura del cráter, y me era imposible distinguir el cielo del suelo: las estrellas parecían haberse extinguido de repente. El silencio era, a su vez, abrumador. No se movía una hoja, ni siquiera se escuchaba el tenue gorgoteo del agua deslizándose por la roca.

—¿Slaven? —llamé, temerosa, retrocediendo un paso.

No hubo respuesta.

—¡Detenlo, Satanás!

El chillido femenino proveniente del jardín me puso los pelos de punta: supe de inmediato que una tercera persona estaba allí con nosotros, que era mujer y maligna. Debía tratarse de una bruja iniciada, una de aquellas que pactan con el demonio para obtener sus poderes y hacer mal a quienes no satisfacen sus caprichos.

—¡Slaven! —volví a llamar, aterrada—. ¿Quién está allí contigo?

Un halo blanquecino brotó a una veintena de pasos de distancia y, en medio de él, vislumbré la figura de la mujer que había hablado. Llevaba ropas ricas de un tiempo pasado, tenía cabellos castaños recogidos en un peinado elaborado y joyas vistosas. Parecía ser bastante joven, quizá solo una década mayor que yo y, sin embargo, su expresión era la de una anciana.

—¡Tú! —gimió, sus ojos enrojecidos, apuntándome al corazón con un dedo terminado en una uña larguísima—. ¡Se supone que debías morir!

—¿Quién eres? —balbucí casi paralizada de miedo—. ¿Qué hiciste con Slaven?

—Soy Esther Baruch y más vale que me digas dónde escondes al *strigoi* —ronroneó, sonriendo con evidente odio.

—¿Quieres decir que no sabes dónde está? —tartamudeé.

—No juegues conmigo —dijo, elevándose un metro sobre el suelo.

Caí hacia atrás a causa del pánico, profiriendo un alarido que habría despertado a media Târgoviște. Sin embargo, aquella aparición vio su vuelo interrumpido y cayó al suelo casi de inmediato, luciendo sumamente desconcertada.

—Yo te ato al pentáculo del que tú misma te hiciste esclava —dijo la voz de Slaven desde las sombras.

En ese instante, un pentagrama brilló bajo las faldas de aquella presencia fantasmagórica, y su rostro me indicó claramente cuán sorprendida estaba.

—¡No puedes hacerme esto! —lloró, mirando alrededor e intentando dejar el círculo, pero era evidente que este la retenía.

—¿Te encuentras bien, Slaven? —grité, aún recobrándome del susto que aquella mujer me había dado.

—Mejor que nunca —dijo él, desde el centro del jardín, sin mostrarse ante nosotras aún—. Soy libre, Ava, y también nuestra futura descendencia. Pero, además... soy el *strigoi* más poderoso de todos los tiempos. Y esta mísera iniciada, la causante de la desdicha de mis ancestros, es ahora prisionera del pacto que ella misma hizo. Puedes acercarte sin temor.

Esquivé el estanque a tientas sin perder de vista la figura de la bruja.

—¿Quieres decir que estamos ante la bruja que maldijo a Vlad El Empalador? —inquirí, deteniéndome a algunos pies de distancia del pentáculo.

—¡Les prohíbo que hablen de mí como si no estuviese aquí! —vociferó ella.

—Así es —replicó Slaven, haciendo caso omiso de la orden de la hechicera—. Todo parece indicar que estaba obligada a pagar la deuda que adquirió con el demonio al romperse la maldición de mi familia, y el día ha llegado. Murió hace mucho tiempo; es su espíritu desencarnado lo que observas. La atrapé antes de que partiese hacia la eterna oscuridad, sacándola del lugar a donde van las iniciadas que esperan su juicio, y ahora va a tener que darnos algunas respuestas.

—¡No te diré nada, simiente de mi enemigo! —exclamó ella, virando sobre sí misma en un intento fallido de encontrar a Slaven y haciendo lo posible por cruzar el símbolo que la aprisionaba.

—Oh, sí que lo harás —rio él, ahora desde un lugar más cercano—. Es el privilegio de quien atrapa el espíritu de una bruja que ha causado más daño del que podía remediar durante su tiempo terrenal, y tú jamás tuviste la intención de enmendar nada. Así que me perteneces hasta que te deje ir a tu amo.

—¡Satanás! —gimoteó ella—. ¡Ayúdame!

—¿En verdad quieres ser castigada tan pronto? Ten en cuenta que el príncipe de la oscuridad te ha esperado durante siglos, anticipando con deleite el momento de cobrar lo que le debes.

La bruja pareció comprender la seriedad de su situación, porque se dejó caer de rodillas, temblando. Sus dientes crujían con tanta fuerza que podía escucharlos, y sentí lástima por ella.

—Espero que tengas muchas preguntas —le dijo a Slaven, ocultando el rostro entre las manos: estaba sufriendo intensamente.

—Verificaste que tu maldición se cumpliera generación tras generación, ¿no es así? —inquirió él, ahora cerca de mí.

Ella asintió.

—Muy bien: ¿de qué modo has logrado que haga efecto en mí?

La bruja soltó una carcajada escalofriante al tanto que se retorció de placer.

—Németh —susurró—. ¡Cuánto disfruté que vulnerase tu inocencia! Eras un niño tan pequeño y dulce, como todos los chicos *strigoi* que llegaron antes de ti. El hambre y frío que padeciste en aquel entonces también me llenaron de gozo. Qué digo, aún me deleita el dolor de tu pasado, Slaven Drăculești. Es como si Vlad lo hubiese padecido.

—Veo que el pentagrama te obliga a decir la verdad —dijo Slaven. Sonaba complacido—. Sin embargo, recuerda que El Empalador no llegó a sufrir por tu causa.

—¡Lo sé! —lloró ella, golpeando el suelo con los puños—. ¡No tienes que recordármelo!

—Lo siento —dijo Slaven, con tono sarcástico—. Dime, Esther, ¿cómo me halló mi tío la primera vez que llegó a Dobro?

—Siguió al hombre de confianza de tu padre tras haber dado muerte a tu padre con la ayuda de su otro hermano. El último, autor material del asesinato, murió casi al instante, desintegrándose y tornándose en cenizas. Sin embargo, el más cruel de tus dos tíos, brujo iniciado como yo, sobrevivió y leyó la totalidad del manuscrito que tu padre había redactado para ti antes de que Radu Gaborii encontrase su cadáver. Fue así como supo que tu padre había descubierto el modo de romper mi maldición por medio de una poción preparada por una bruja natural, la cual haría que quien la consumiese se convirtiera en el brujo más poderoso de todos los tiempos. Como iniciado, tu tío jamás tuvo los poderes mágicos que anhelaba, y por ello lamentó haber envenenado a tu madre prematuramente: pensó que, siendo una bruja natural, ella podría haber preparado la pócima con tu sangre de niño. Pero, puesto que ya la había matado hacía años, tu tío comprendió que tendría que esperar durante un tiempo indefinido a que otra bruja natural se cruzase en tu camino. Habrás deducido que desde que tu tío se enteró de la posibilidad de que tal pócima fuese realizada, su deseo ha sido apoderarse de ella para hacerse *strigoi*, pues los brujos iniciados no podemos siquiera soñar con los poderes de ustedes.

—Supongo que le extrañó que mi madre adoptiva no hubiese preparado la pócima cuando al fin nos halló en Dobro —dijo Slaven, aún desde las sombras—. Al fin y al cabo, ella también es una bruja natural.

—Así es. A pesar de haber leído el manuscrito y saber que debías hechizar un medallón con tu sangre para que este hallase a la bruja adecuada, tu tío tenía mucha prisa y se llenó de rabia al ver que Baba Roga no producía nada que le fuese de

utilidad. Sin embargo, al fin dedujo que la pócima no podía ser preparada por cualquier bruja natural sino por aquella a quien tu sangre eligiese. No es precisamente intuitivo, así que este tipo de misterios suelen desconcertarlo —dijo, suspirando.

—No te detengas —dijo Slaven—. Cada segundo que hablas es uno que evitas el castigo de tu amo.

—¡Te odio! —exclamó ella, pero pronto suavizó su tono—. Cuando tu tío verificó que habías recibido el manuscrito y hechizado el medallón con tu sangre, se resignó a esperar a la hechicera indicada durante el tiempo que fuese necesario, pero consideró que ya era hora de matarte al menos a ti. Después de todo, es avaricioso tanto en lo que concierne a la magia como al dinero, y su mayor temor es que reclames el título y las tierras que te corresponden por herencia.

—Cosa que no me interesa en lo absoluto —replicó Slaven—. No necesito más que a mi esposa.

—Tu padre fue un hombre justo, por lo cual las gentes vivían en paz en estas tierras. Ahora, en cambio, es como si los enemigos boyardos de Vlad reinasen de nuevo, lo cual me alegra: todo es terror y destrucción.

—No dudo que esto te hace muy feliz. Prosigue, por favor.

—Cuando tu tío supo que los vecinos de Dobro habían fallado en administrarte el veneno preparado por él y que habías huido del pueblo a causa de la estupidez de los mismos, recurrió a la magia para localizar a la bruja destinada a preparar la poción antes de que ella te encontrase a ti. Satanás solo pudo indicarle una fecha tentativa en que la hechicera elegida por tu sangre hallaría el medallón en Voivodina, de modo que, cuando transcurrieron los años y vio que el momento ya se acercaba, viajó a Banat y la aguardó con impaciencia, alojándose en Dobro, lugar donde tú te habías desprendido del medallón. Puesto que desesperaba, nuestro común amo le reveló, con la promesa de algunos sacrificios humanos, que la bruja sería extranjera. Finalmente, esta horrenda mujer arribó desde Viena, y él pudo seguirla hasta Raskrsnica, donde verificó que se trataba de la bruja esperada gracias a que el medallón ya pendía de su cuello. Ella lo percibió observándola desde el bosque y, por instinto hechicero, se selló con un pase mágico.

—Bien hecho, Ava —dijo Slaven.

—Gracias —respondí, buscándolo e intentando que la vibración me permitiese escrutar la oscuridad, pero en esta ocasión fue imposible.

—Que ella estuviese sellada impidió que tu tío la matase cuando creyó que al fin había completado el hechizo. Se vio obligado a convencer a Németh y a Fekete de que ella conocía su secreto, y así fue como la congregación marchó al cruce de caminos con antorchas para quemarla viva —dijo Baruch—. Pero, maldita sea su ineptitud, tu tío se equivocaba, pues esta bruja había preparado una pócima destinada a esbozar en un espejo la imagen verdadera del espíritu de quien la consumiese, y eso fue lo que tu tío robó de la despensa de la casucha de Branka justo antes de enviar a la congregación a asesinarla. Maldigo también mi suerte, pues esta bruja partió

aquella noche al campamento Gaborii, por lo cual no solo sobrevivió sino que te encontré. Rogué a mi amo que interviniese pero no hay mucho que él pueda hacer para truncar el destino.

—Aguarda: ¿una pócima para revelar el verdadero reflejo del espíritu de una persona? —la interrumpió Slaven con un tono que indicaba desconcierto—. ¿Se refiere al hechizo gracias al cual nos vimos a los ojos a través de un cristal justo antes de conocernos, Ava?

—Así es —admití un poco avergonzada, pues nunca le había confesado el propósito real de aquella poción—. De modo que ese malvado nigromante la robó de la despensa, ¡vaya! ¡Eso sí que no me lo esperaba!

—Casi enloquecí al consumirla —comentó Esther Baruch—. Deliré por espacio de tres días tras ver la apariencia real de su interior en el cristal.

—Con que la apariencia real del interior, —murmuró Slaven—. Habías omitido este interesante detalle, Ava.

—Siento habértelo ocultado —dije, sonrojándome en la oscuridad—. Sin embargo, me alegra sobremanera que tu tío haya sufrido a causa de mi pócima. Sirvió su propósito en lo que me concierne.

—Por desgracia, no solo lo hizo en ese aspecto —chilló Esther—. Supongo que ahora pueden conjeturar lo que el resultado les anunciaba a ustedes dos. ¡Envidia tanto tus poderes que sufro lo indecible, heredera de Baba Roga!

—¿A qué te refieres? —inquirí, pero ella guardó silencio.

—Contéstale, Esther —ordenó Slaven.

—Si el hechizo te indicó que Slaven es el verdadero reflejo de tu espíritu, ¿no es obvio que anunciaba los votos que ambos hicieron esta noche? —masculló fastidiada.

—¡Por el cuerno de la primera Baba Roga! —exclamé extasiada—. ¡Tienes toda la razón! ¡Esto es maravilloso! Por otra parte, es espantoso pensar que puedas observar algo que solo nos concierne a los dos.

—Descuida, Ava, solo tenía la capacidad de hacerlo mientras la maldición pesaba sobre mí —afirmó la voz de Slaven—. Cuando la deje partir a donde la espera su amo, ya nunca más nos verá.

—¿Sabías que nos vigilaba, Slaven? —pregunté.

—No, recién lo descubro. Soy mucho más poderoso ahora.

—¡Te maldigo! —vociferó ella.

—Oh, Esther, no hagas el ridículo —rio Slaven por lo bajo—. Sabes que ningún hechicero, natural o iniciado, puede maldecir una vez desencarnado y, aunque vivieras, las maldiciones inmerecidas no tienen ninguna efectividad: la que nos atormentó a mis ancestros y a mí hasta hoy solo funcionó porque Vlad estaba en deuda contigo. Tu dolor era genuino y justificado.

—Sí, sí, ya sé que te maldigo en vano —replicó ella, cruzándose de brazos—. Pero no pierdo nada intentándolo, ¿verdad?

—Supongo que no. Por mi parte, tengo mucho que ganar interrogándote. Ahora

que sabemos lo que la pócima del espejo le hizo a mi tío, cuéntanos —prosiguió él—: ¿qué efecto tuvo sobre él la poción que Ava preparó con mi sangre?

—No logró convertirse en *strigoi*, si eso es lo que te preocupa —dijo Esther—. Tu tío es un iluso, eso no ocurriría ni en un millón de años. Sin embargo, para que muera definitivamente, debe emplearse el mismo procedimiento que con los *strigoi* malditos.

—¿Seccionar su cabeza y enterrar un objeto de metal en su corazón?

—Así es —dijo Baruch.

—¿Qué hay de sus poderes? —inquirió Slaven.

—No hubo ningún cambio. La pócima estaba destinada a engrandecerte solo a ti.

—Muy bien —dijo él—. Es tal y como lo pensábamos. Ahora, cambiando un poco de tema, es muy extraño que la maldición de una hechicera iniciada como tú fuese capaz de conferir magia verdadera a los descendientes de tu enemigo, tornándolos en *strigoi*. ¿Cómo lo explicas?

—No fui yo quien lo decidió —dijo ella—, tal proeza habría sido imposible. Ocurre, simplemente, que la maldición de una bruja agraviada es algo tan terrible para quien la padece sin haberla merecido, como en el caso de los descendientes de Vlad, que suele surgir espontáneamente un modo de equilibrar su situación, por decirlo así.

—¿De modo que ser *strigoi* es algo así como una compensación por los perjuicios sufridos a causa de tu odio? —preguntó él.

—Sí, una especie de resarcimiento que también encierra la posibilidad de deshacer la maldición. Tu padre demostró ser muy astuto al descubrir la única forma de lograrlo.

—¿Cuál era el secreto? A pesar de haber releído una infinidad de veces el manuscrito que me dejó, falta la página que aclara cómo alcanzó la solución.

—No era tan complicado, después de todo —respondió ella, encogiéndose de hombros—: el odio de una hechicera solo puede ser contrarrestado con el amor de otra. De tus ancestros, solo tu padre tuvo la suerte de ser amado por una bruja, y tu tío se encargó de envenenarla antes de que ella pudiese hacer algo al respecto de su situación. Tú fuiste más afortunado porque esta bruja te quiso con candor desde la infancia, aun creyéndote perverso. Es una lástima que mi maldición haya llegado a su fin, habría disfrutado verte morir, así como atestiguar las congojas de tu primer hijo varón.

—¿Dónde está la página faltante del manuscrito de mi padre? Arranqué con mis propias manos el pasaje que especificaba cómo hechizar el medallón con mi sangre, el cual aún conservo en mi poder, pero alguien había tomado la página anterior.

—Tras haberla redactado, tu padre decidió arrancarla y esconderla en un lugar donde solo tú pudieras encontrarla en caso de que el manuscrito se perdiese o cayese en las manos equivocadas. No era ningún necio y pensaba que, si tus tíos le daban muerte, algo podía ocurrirle a Radu Gaborii antes de hacerte entrega del libro así que,

como medida previsiva, prefirió guardar aquella página aparte para que algún día conocieras su más importante descubrimiento aunque te tardaras más, en vez de arriesgarse a que no lo supieras jamás.

—Tiene sentido —murmuró Slaven, y adiviné por el tono de su voz que se había entristecido al pensar en el amor que su padre le profesaba.

—Tu padre necesitaba que conocieras el único motivo por el cual la pócima podía resultar efectiva, esto es, que debía ser preparada por una mujer que te amase de verdad —continuó ella—. Él pensó, y no se equivocaba, que si su plan fallaba, aún podrías hallar otro modo de romper la maldición al estar enterado de que el truco no residía en una fórmula sino en la magia del verdadero amor. Es por esto que la heredera de Baba Roga pudo improvisar la fórmula para preparar la pócima: habría dado resultado sin importar lo que dijera o los ingredientes que usara con tal de que tuviese tu sangre preadolescente y ese sentimiento profundo en su corazón.

—Pero debía ser una bruja natural, ¿verdad? —inquirí—. Quiero decir, si yo no hubiese sido bruja, nada habría dado resultado, ¿me equivoco?

Esther fingió no escucharme y Slaven le ordenó que me respondiese por segunda vez.

—Sí. Ignoro cómo el padre de Slaven intuyó que una bruja natural amaría a su hijo, mis alcances son limitados aunque haya podido observar a todos los herederos de mi maldición.

—¿Y si Slaven no me hubiese amado?

—Entonces habrías fallado crasamente —respondió Baruch, de nuevo forzada por Slaven—. Vlad no me amó a mí para empezar, lo cual causó de modo indirecto que lo maldijese. Era menester que Slaven te amase para que la pócima que preparaste tuviese en él el efecto deseado.

—Buena cosa que te hayas enamorado de mí, Slaven —murmuré.

—No habría podido evitarlo aunque tratase —dijo él desde el otro lado del pentagrama—. ¿Dónde está la página faltante del manuscrito, Esther?

—Oh, vaya, qué perezoso eres, *strigoi*. ¿No puedes encontrarla tú mismo?

—Solo responde, tengo cosas más urgentes en las cuales invertir mi tiempo —dijo él.

—En el fondo del cofre donde guardabas el anillo que ahora esta bruja lleva en su dedo.

—Gracias —replicó Slaven—. Ahora, una última pregunta antes de que te libere: ¿dónde está el molde original del sello que llevo en la espalda?

—No lo sé —respondió Baruch.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente eso, que no lo sé. Mi amo no me revela todo y, aunque haya aguardado mi castigo en un lugar privilegiado desde donde aún podía ver muchas cosas, el sello que deben llevar los primogénitos de cada generación *strigoi* ha estado protegido con una fuerza especial. Tendrás que hallarlo tú mismo.

—Perfecto, Baruch. Es todo lo que necesitaba saber. Ahora, te dejaré ir pero no antes de decirte que te perdono.

Esther lució definitivamente perturbada, casi molesta.

—No quiero tu perdón. Además, sabes que no lo merezco —lloró.

—Que una de las víctimas de la maldición te perdone atenuará tu castigo en gran parte. Por otra parte, el perdón real no depende del arrepentimiento del culpable ni de que este acepte o merezca ser perdonado. Y, si no fuera por tu maldición, quizá jamás habría conocido a Ava. Así que te perdono por completo, deseando que partas para siempre sin ser castigada.

Dicho esto, pronunció una breve frase en latín para despedirla y tanto Baruch como el pentagrama desaparecieron, de modo que volvió a reinar la más absoluta oscuridad en un instante.

—Ava —llamó entonces la voz de Slaven, muy cerca de mí.

Percibí su esencia tibia conforme se aproximaba y, en cuanto me rozó, surgieron pequeñas chispas incandescentes entre los dos, las cuales me produjeron una maravillosa sensación de euforia y calidez. Lo rodeé con ambos brazos sin verlo aún, y sus cabellos largos se deslizaron hacia mi rostro cuando se inclinó para decir junto a mi mejilla, con la más exquisita emotividad:

—Quiero compartirte toda mi magia y revelarte cuánto te amo. Te doy todo lo que soy, todo cuanto poseo, mi alma y mi cuerpo, mi vida y mi eternidad. Cierra los ojos.

Sus palabras me hicieron temblar. Slaven me estrechó con fuerza y empezó a besarme de tal forma que desató un vórtice místico y pasional en mi interior. Me aferré a él, besándolo sin reservas al tanto que él acariciaba mi rostro, llenándome de algo que solo podría describir como un fuego espiritual que recorría todo mi cuerpo, despertando mis sentidos físicos y mágicos como nada antes lo había hecho. Comprendí que me estaba mostrando el universo de un *strigoi* a través del amor que nos unía, como si fuésemos uno, y, al abrir los ojos de nuevo, pude ver claramente mi entorno: la difusa niebla que había descendido a través del cráter parecía envolvernos como un manto de plata gracias los rayos de la luna que se colaban por entre las ramas de los árboles; las estrellas, por su parte, daban la impresión de brillar mucho más cerca de nosotros, emanando un tenue esplendor que se fundía con la inmensidad del negro cielo despejado y vibrando con lo que, bajo aquel maravilloso efecto compartido, sonaba como música. Pero lo más hermoso de todo era el rostro de Slaven, cuya expresión de sosiego era algo totalmente nuevo para mí.

—Así que esto es lo que se siente ser el hechicero más poderoso de todos —dije, mirando hacia arriba y sonriéndole.

—No tienes idea —rio, pasando un brazo alrededor de mi espalda y haciendo que hundiese mi cabeza en su pecho—. Pero no es mi intención darte un espectáculo. Solo quiero que entres a mi mundo conmigo cuando tú lo desees.

—La noche es más bella así —comenté, observando que todo lo visible tenía un

brillo especial en la oscuridad, sobre todo su mirada, que ahora parecía contener dos lunas menguantes doradas.

—Te estoy en deuda —dijo, suspirando.

—Por supuesto que no. No me debes nada —repliqué, tomándolo de la mano—. Solo quizá unas horas de sueño. Estoy absolutamente exhausta.

Era cierto. Parecía que las emociones de las últimas semanas hubiesen sido ya demasiadas y ni mi cuerpo ni mi mente pudiesen seguir sin un descanso prolongado muy merecido. Slaven me guio hasta el lecho de pieles y, tras meterme en él, se elongó a mi lado, abrazándome y besando mi mejilla.

—Soy la bruja más afortunada de la historia —murmuré, permitiendo que mis ojos se cerraran y virándome hacia él para dormir entre sus brazos.



Un grave error

En vez de tener dulces sueños, me atormentaron las más espantosas pesadillas. Soñé que yo era Slaven, pero no el hombre fuerte que dormía junto a mí, sino el pequeño Pie de Bruja de Dobro, asustado y herido. Nunca he experimentado una tristeza tan honda como durante aquel horrible sueño. Era invierno y estaba sentado junto al pequeño arroyo que corre cerca del pueblo, contemplando mi rostro en sus aguas. Mis ropas estaban desgarradas y mis carnes magulladas; la marca de un golpe contundente surcaba mi mejilla y parte de mi sien, y tenía rastros de piel y sangre bajo las uñas de mis manos. Debía tener unos siete años de edad, a juzgar por mi apariencia. Estaba tan quieto y blanco que me daba la impresión de estar viendo una estatua, siendo la expresión de mis ojos una de terror abismal. Procuré lavarme lo mejor que pude con dedos fríos y trémulos, sumergiéndome en las aguas heladas hasta el pecho, pero me costaba moverme. El frío me entumecía pronto, lo cual en cierta forma me aliviaba, pero mi conmoción era tal que, a pesar de la intensidad del dolor físico y emocional, no podía llorar. Solo una figura monstruosa abarcaba la totalidad de mis pensamientos: Németh. Aún sentía su boca rugosa gemir cerca de mí, el repugnante tacto de sus dedos suaves y desacostumbrados al trabajo sobre mi cuerpo frágil e infantil. De repente, me había hecho consciente de que la inocencia me había sido arrebatada, pues sus vestigios despertaban en mí una ira y un odio que no conocía. Odio e ira hacia mí mismo por la ternura de mi corazón, por no haber sabido defenderme, por ser yo mismo y haber atraído mi propia desgracia. Quizá, de algún modo, la había merecido. Sentía odio hacia la vida humana y hacia la existencia de mi propio ser y, poco a poco, me sobrevino el sobrecogedor deseo de ser arrastrado por las aguas y morir de una vez para no sentir. Estaba absolutamente solo. Siendo tan débil y pequeño, comprendía el significado de los brutales actos a los que había sido sometido: en el mundo solo importaba la fuerza y quien la poseyese reinaría. Aquella lascivia cuyo eje parecía ser

la crueldad era algo que deseaba borrar de mi sangre y mi memoria, y el hecho de saber que jamás lo lograría me enfermaba y me enfurecía contra mí mismo de modo que me agredía desde el interior como mi victimario desde la superficie. Entonces caí en la cuenta de que, si permanecía en el gélido arroyo, jamás crecería y jamás poseería la fuerza de un hombre. Nada me garantizaba que, al morir, mi sufrimiento acabaría. Era una posibilidad pero ¿qué sería de mí si mi mente y los recuerdos sobrevivían aun en la ausencia de un cuerpo? Salté fuera del agua con un calor inesperado recorriendo mis venas: esperaría. Valdría la pena vivir solo para hacerme adulto y vengarme. Albergaría todo aquel dolor y aquel odio en mi interior para castigar a quien me lo había causado cuando llegase el momento si mi propia tristeza no me mataba primero. Me arrastré sobre la superficie escarchada de la orilla y clavé los dedos en la nieve como si fueran garras, avanzando hacia el bosque, preso de una determinación tan inminente como la vida misma: puesto que no podría olvidar, guardaría cada recuerdo intacto, buscando la forma de superar a mi agresor en malignidad y ferocidad. Si yo lamentaba haber nacido, él también lo haría. Algún día.

Los alaridos me sacaron bruscamente del sueño. Puesto que había sido tan vívido, no supe quién gritaba por unos instantes, pero en cuanto logré discernir mi entorno descubrí que se trataba de Slaven, quien aún dormía. Lo sacudí con fuerza para despertarlo: ardía en fiebre y, cuando al fin reaccionó, me miró con expresión de horror, separando los labios para dejar escapar una exhalación entrecortada.

—¡Maldito sea! —bramó, apretando los puños y cerrando los párpados con fuerza al tanto que arqueaba el torso para dejarlo caer bruscamente sobre la piel de oso.

—¿Quién? —inquirí aterrada.

—Németh —masculló—. Vivo para odiarlo.

Me aferré a él, incorporándome sobre el lecho para sostenerlo en mis brazos. Aunque la maldición estuviese deshecha, él estaba muy lejos de liberarse de la ira que había albergado para consigo mismo desde la niñez, que era la única injustificada y nociva. La pesadilla que había tenido me lo había revelado.

—Slaven, tienes que perdonarte a ti mismo —balbucí con ojos humedecidos.

—¡No! —exclamó, intentando inhalar—. Necesitamos el odio y el rencor para vivir.

Su mirada ausente encontró la mía. Estaba lívido y fuera de sí.

—¿De quiénes hablas? —me atreví a preguntar.

—De mí. De ti. Somos la misma persona, solo que tú aún eres un niño.

Era evidente que deliraba. Me pareció entender que creía estar sosteniendo una conversión consigo mismo. Para confirmarlo, inquirí:

—¿Y quiénes somos?

—Slaven Drăculea, por supuesto —chasqueó, mirando a través de mí, lo cual en cierto modo me atemorizó: no podía darme el lujo de decir algo que pudiese dañarlo aún más, de modo que tendría que ser en extremo cuidadosa.

—Ya no necesitas del odio —afirmé, limpiando con mi mano el sudor que cubría

su frente.

—¿Cómo puedes decirme algo así? Es lo que nos impulsa —respondió.

—No es lo único —murmuré.

—Te refieres a la bruja —suspiró—. Yo la amo, ¿sabes?

Asentí, sintiendo que las lágrimas empezaban a deslizarse por mis mejillas.

—También amas a tu padre —dije—. Y algún día lo verás de nuevo.

—Por ello debemos retener estos demonios en nuestro interior —dijo con un hilo de voz—. Vengaremos a padre y a madre en nuestra persona con su ayuda, y también a todos los otros niños como tú. ¿Ves lo que llevo grabado aquí? —preguntó, señalando su pecho—. Él, Németh nos llamó así. Su congregación lo hizo. Pie de Bruja. Ese es nuestro nombre. Dibujaron un pentagrama en nuestro corazón para que pudiésemos contener el infierno dentro de nosotros y así usarlo en el momento debido. Para que podamos escupir en su cruz.

—Odias ese nombre y, además, la congregación no habría hecho nada que pudiese ayudarte. Por otra parte, quien carga una pesada cruz eres tú y no el reverendo —dije, cada vez más preocupada—. Deseo que te desprendas de ella.

Slaven no hablaba de magia ni de religión sino que hablaba en el lenguaje de los sueños y de los símbolos, y tuve miedo de que perdiese la razón a causa del dolor que insistía en conservar aun cuando no lo supiese en otros momentos.

—No lo entiendes —suspiró—. El mal solo puede ser curado con el mal. Soy el hijo del diablo. Tengo potestad sobre los demonios. Es lo que he planeado toda la vida.

—¿Qué cosa? —inquirí atemorizada.

—Usarlos contra él.

—Ódialo cuanto desees, yo también lo hago —dije—. Pero deja ir tu tristeza y, sobre todo, la ira que sientes hacia ti mismo. Sabes que jamás provocaste nada de lo que ocurrió.

—Yo no. Ya soy un adulto. Tú lo hiciste.

Comprendí que se refería a sí mismo durante la niñez.

—¡Por supuesto que no! —dije—. Tienes que saberlo y creerlo. ¿Cómo puedo ayudarte para que ceses de infligirte dolor a ti mismo?

—Para ello tendría que llorar esos remotos sucesos —dijo por entre los dientes, cerrando los ojos un instante—. Pero es imposible: soy incapaz de sentir compasión por mí mismo, antes podría compadecer a cualquiera de mis enemigos. Nunca hemos sido tan débiles, ¿lo ves? Podemos llorar de alegría, de alivio, podemos llorar casi cualquier tragedia, pero ese día, tú jamás pudiste llorarlo siendo un niño. ¿Por qué habría de hacerlo ahora que soy el más poderoso de todos los hechiceros?

Adiviné que Slaven hablaba con una parte suya que había permanecido atrapada en el tiempo en que Németh lo había agredido, y empecé a desesperar ante la imposibilidad de hacerlo volver en sí: era una bruja natural, se suponía que una de mis habilidades era sanar enfermedades y, aun así, no hallaba la forma de ayudar a

Slaven.

—Quizá tú no puedas llorar, pero yo sí —sollocé—. ¿No lo ves? Lloro por aquel día y porque aún te culpas de algún modo.

—No —sonrió, con expresión de insondable tristeza—. Quien llora es Ava. Ella me ama, ¿sabes? —de repente, una furia asesina brilló en su mirada, y prosiguió—: Németh quiso hacerle lo mismo que a nosotros. Lo hubiese matado con mis propias manos antes que permitirlo, así ello hubiese significado perder todos mis poderes y estar maldito por siempre. A veces, yo también quiero arrancar las ropas de Ava —gimió, cerrando los ojos y aferrándose la cabeza con ambas manos—. Pero no del modo que imaginas. La deseo desde que la vi en el campamento gitano. Por eso no pude evitar saltar sobre ella; necesitaba absorber su aroma y, después de eso, ya no pude dejar de pensar en hacerla mía. ¡No de esa forma! ¡Por mi propia vida y mi venganza, te juro que no soy como él! No soy como Németh. Soy un poco como un animal ahora que he crecido, ¿lo ves? Ha sido así desde que mis poderes se afianzaron. Tú no tuviste que pasar por esto, eras demasiado joven entonces e incluso te alimentabas como el resto de los mortales, pero me conoces: sabes que jamás deseé a alguien antes de conocerla. Mi único deseo era la venganza. Ahora la deseo a ella y es otro tipo de anhelo, profundo como la sangre.

—Sé que no eres como él —dije, enjugándome las lágrimas—, nunca debes siquiera considerar algo así.

—Desde que ella llegó a mi vida, el deseo de hacerla mía pulsa en cada fibra de mi corazón, tanto que me parece que no estaba realmente vivo antes —continuó, como si no me hubiese escuchado—. No es lujuria: sabes que lo que menos me interesa acerca de la existencia como tal es el deleite sensorial, y que lo más cercano al mismo que he experimentado desde que mis poderes de *strigoi* surgieron ha sido la apreciación del esplendor oculto de la noche: puedo ver perfectamente en la oscuridad, detectando miles de tonalidades que permanecen ocultas a los ojos de los hombres aun durante el día. Comprendo el lenguaje de las criaturas nocturnas y me comunico con ellas. La luna y estrellas brillan de un modo especial para mí, y escucho la canción del viento entre los árboles, así como la música de la esfera celeste, que es una sinfonía sin igual. Nada de esto depende de mi instinto aun si hace parte de mi naturaleza *strigoi*: no es algo que busco, simplemente está allí.

»Por lo demás, hallo un placer muy moderado al obedecer mi instinto en lo que conlleva alimentarme, cazar, correr por el bosque durante horas con la manada, calentarme en el invierno o refrescarme en un manantial, si es que a eso se le puede llamar placer: no disfruto el sabor de mi presa, solo sé que la necesito, así como el agua o el equilibrio de mi temperatura corporal para sobrevivir. No puedo extrañar lo que jamás tuve y, muy especialmente, lo que jamás busqué. No soy hedonista, y no es por fuerza de las circunstancias que no lo sea: no me deslumbra la belleza ni me interesa la comodidad, tampoco sufro en la ausencia de las mismas. Aun cuando en la infancia podía alimentarme como el resto de los hombres, no me apenaba carecer de

los medios para saborear algún alimento en teoría exquisito, me bastaba comer para no morir. Mi parte animal siempre se ha contentado con sobrevivir para que mi parte humana pueda enfocarse en buscar conocimiento y el dominio de la magia. Por ello, mi único verdadero placer se ha derivado del pensamiento y la emoción.

»Aun así, imagino que el placer debe ser sublime cuando por medio de los sentidos se satisface el alma y se engrandece el espíritu. Y ahora, cuando Ava está tan cerca de mí y mis labios tocan los suyos, despierta este deseo que me consume y sufro infinitamente a pesar del placer que domina mis sentidos, el cual es superior a cualquier otro que haya experimentado, pues toca mi alma y se corresponde con mis sentimientos. No quiero tomar su cuerpo para saciar el apremio del mío, deshumanizándola como lo hizo Németh conmigo. ¡No soy como él! —exclamó con ojos humedecidos—. Lo que siento por ella va mucho más allá de la necesidad de aplacar mi hambre o mi sed. Este anhelo es la vida misma bullendo dentro de mí, una vida que quiero darle a ella. Si estoy enfermo, no lo estoy del mismo modo que Németh. Estoy enfermo de odio hacia él y hacia mí, pero mi deseo por Ava no es una enfermedad y aun así le temo como si no fuese parte intrínseca de la naturaleza de una bestia humana como yo, y como si lo que me arrastra hacia ella no fuese precisamente la necesidad de hacerla dichosa y hallar mi propia felicidad en sus brazos —se lamentó, callando abruptamente.

Escuchar a Slaven me estremeció. Estaba claro que mi inquietud en cuanto a sellar nuestro enlace era superflua, pues se debía exclusivamente al poco tiempo que había transcurrido desde que nos habíamos profesado amor recíproco. Él, en cambio, se había alterado hasta enfermar: parecía haber olvidado que sería una primera vez para los dos, y que la nuestra era una unión eterna basada en un glorioso sentimiento correspondido, no un acto de seducción unilateral, mucho menos uno impuesto o forzado. Además, mi deseo era tan vivo como el suyo, así que él definitivamente no estaría sacando provecho de mí en modo alguno. De hecho, si no hubiese leído el diario de Anna Németh, descubriendo así que Slaven la consideraba estúpida, habría sido mucho menos tímida.

Lo que más me preocupaba de todo aquel asunto es que Slaven estuviese herido al punto de compararse con Németh. Quería sacudirlo y gritarle que lo amaba pero sabía que, en esta ocasión, no serviría de nada. Seguía estando claramente perturbado, lo cual, por su pasado, era más que entendible. Su instinto, por suerte, estaba intacto: no había en él perversión alguna sino una austeridad inmensa acarreada por años de sufrimiento. Aplaudía que su mayor fuente de gozo fuese la introspección, lo cual lo había hecho sabio a pesar de obedecer una naturaleza salvaje. Siendo profundo y dotado de poderes mágicos, era lógico que hallase una satisfacción infinitamente superior en la abstracción y el poder creador que en el mundo exterior. Aquello era muy distinto a estar habituado a la penuria al punto de no percibirla, o haber hecho del odio su propósito de vivir, olvidando por completo la generosidad para consigo mismo. Amaba que no fuese un hombre frívolo como aquellos que se entregan a la

molicie, cuyo precario instinto de supervivencia gira en torno a la voluptuosidad. Además, Slaven era fuerte y su temperamento jamás sería derrotado por pequeñeces. Como él, yo también buscaba que mis actos tuviesen propósito, sentido y trascendencia. Sin embargo, se podía ser frugal e incluso místico sin renunciar al sosiego o al bienestar. Por desgracia, no sabía cómo procurárselos mientras estuviese regido por las leyes de los *strigoi*.

En aquel momento, aun así, lo importante era sanarlo, y no se me ocurría otro medio que buscar una forma de liberarlo de las emociones inmerecidas que dirigía hacia sí mismo y se rehusaba a soltar, las cuales había percibido durante mi pesadilla. El conflicto entre lo que su fuerza vital gritaba y el modo en que su historia lo ataba era demasiado intenso y complejo. Me sequé los ojos con el dorso de la mano, concluyendo que estábamos demasiado cerca y demasiado enamorados como para que no hubiesen resurgido todos los miedos de su infancia. Él, mientras tanto, seguía contemplándome con mirada febril, como si no me viese a mí sino al niño con el que yo había soñado. Me dije que había sido un niño precioso a pesar del obvio maltrato, la pobreza y la delgadez, y no pude evitar volver a llorar por él. ¿Cómo era posible que no sintiese piedad por la criatura indefensa que una vez había sido, especialmente cuando la sentía por otras víctimas de Németh? Mi instinto hechicero me dijo que quizá lo que necesitaba para sanar era eso, llegar a compadecerse de modo que se deshiciese de una vez de la rabia y el odio que había sentido hacia sí mismo por haber sido incapaz de defenderse de la agresión. Esa rabia injustificada, precisamente, podía ser la que lo hacía compararse con su victimario: después de todo, había estado torturándose a sí mismo, atribuyéndose una responsabilidad que no le correspondía. Él jamás había provocado aquel ataque y, aunque lo supiese conscientemente, una parte dormida de su ser se rehusaba a creerlo. Me dije que, si para el niño la más horrible sensación había sido el hecho de no poder llorar a pesar del dolor, tal vez que el Slaven adulto lo hiciese ahora lo ayudaría a sanar.

—¿Cómo puedo hacerte llorar por lo que ocurrió aquel día? —pregunté, estrechando su mano entre las mías.

—Solo ella puede hacerlo —suspiró.

—¿Quién? —inquirí con el corazón en vilo.

—Ava, por supuesto. ¿Quién más? Derramó sus lágrimas en la poción que preparó con mi sangre preadolescente. Solo tendría que activarlas con una fórmula *strigoi* y eso haría que sintiese compasión por mí mismo al punto de llorar. ¡No te atrevas a decírselo! —rugió, apretando mis dedos con tal decisión que me hizo daño—. Necesito conservar toda mi ira, incluso la que siento hacia mí mismo. Me da un tipo de poder que necesito para dañar a Németh con sevicia. Es mi sombra y me obedecerá cuando llegue el momento. Es nuestro secreto. No se lo digas a nadie.

—Descuida, no diré nada a nadie —tragué en seco, sintiendo que mi pulso se aceleraba. Estaba segura de que Németh podría haber dicho las últimas palabras que él había pronunciado—. ¿Qué fórmula *strigoi* tendría que emplear?

—Ya sabes, la que está en el grimorio. Aquella para despertar la piedad en un corazón de piedra.

¡Por el corazón inmovible de Vlad III Drăculea! Sabía que había visto la fórmula en el libro de su familia. Para ser sincera, no me importaba arruinar su venganza perfecta quitándole algo de poder cuando este le causaba tanto sufrimiento. Entonces, supe que tendría que darme prisa y obrar sin su consentimiento. Algo me decía que, para empezar, podría tomar prestado su hechizo favorito en latín para hacerlo dormir por tiempo indefinido, así que le di la orden y, gracias a que no dudé en ningún momento, funcionó: los párpados de Slaven se cerraron al instante sin que él supiese qué le había ocurrido y en cuestión de un minuto respiraba calmadamente. Además, ya había amanecido, así que si hallaba la fórmula correcta pronto, él no tendría que darse cuenta de nada. No era mi intención obligarlo a hacer algo en contra de su voluntad pero en este caso no tenía otra opción.

Me puse de pie y corrí hacia la porción hueca de la pared de piedra que hacía las veces de biblioteca. Al tomar el grimorio en mis manos, volví a sentir la misma carga de energía que antes.

«Por favor», pensé a modo de plegaria. «Por favor, madre de Slaven, ayúdame a hallar la fórmula que necesito para sanarlo».

Sostenía que las almas podían escucharnos y ayudarnos desde el más allá, siempre y cuando no estuviesen ardiendo en las llamas del infierno, en especial si habían tenido la misma ocupación que nosotros en vida o compartían nuestra intención. Bien, no me pareció que abrir el grimorio en la página indicada de inmediato tras suplicar la ayuda de la madre de Slaven hubiese sido un simple golpe de suerte.

—¡Gracias! —susurré, sonriendo y elevando la mirada hacia el cielo.

Me sentía acompañada en mi propósito. El pasaje explicaba que solo las lágrimas de una bruja natural vertidas con emoción profunda podían conmover al destinatario del hechizo. Este debía consumirlas mezcladas con alguna sustancia de su propio cuerpo, o algún destilado donde se hubiese remojado algo que le perteneciera. «Hechicería básica», pensé. Puesto que Slaven ya las había consumido mezcladas con su propia sangre, no debía hacer más que un par de pases mágicos y recitar la fórmula creada por uno de sus antecesores *strigoi*. Había sido muy afortunada al haber llorado por amor cuando preparaba la pócima, de lo contrario habría pasado apuros para preparar una nueva y lograr que la consumiera.

Di siete vueltas alrededor de Slaven en sentido contrario a las manecillas del reloj como lo indicaba el grimorio y, deteniéndome junto a él, deslicé mi dedo desde el punto donde se hallaba su lacrimal hasta la mejilla, primero al lado izquierdo de su rostro y luego al derecho. Noté que seguía ardiendo en fiebre, pero al menos dormía en paz. Recité con voz firme la fórmula que (de nuevo, lo siento) no tengo permitido compartir, especificando al final el asunto en el cual era menester que sintiese piedad, en este caso por sí mismo, y golpeé su pecho tres veces con el puño cerrado a la

altura del corazón. Había completado el hechizo.

Sus ojos se abrieron de par en par al instante, lo cual me aterró. Salté a un lado, cerrando el grimorio tan rápido como pude, pero sin duda no lo suficientemente pronto como para que él no lo viera. Me siguió con la mirada, frunciendo el ceño, y tomó aire para hablar. Sin embargo, se detuvo en seco, incorporándose de la cintura para arriba y llevándose ambas manos al pecho, justo donde acababa de golpearlo mientras dormía. Su mirada volvió a elevarse hacia mí, en esta ocasión con expresión de desconcierto.

—¿Qué hiciste? —bramó con un sonido ahogado que me paralizó.

—¡Oh, Slaven! —tartamudeé—. ¿Estás bien?

Él lanzó un grito ensordecedor como respuesta, elevando la cabeza y crispando los puños al tanto que yo creía estar a punto de tener un ataque al corazón. ¿Me habría equivocado? ¿Le había hecho daño? Me precipité hacia él, dejando el grimorio en el suelo. Slaven se replegó en dos, doblando las rodillas y rodeándolas con ambos brazos. Apoyó la frente en ellas y sus cabellos se deslizaron sobre sus hombros y brazos, ocultándome así su rostro. Entonces empezó a llorar calladamente, sacudiéndose involuntariamente pero sin cambiar de posición.

—Nunca te perdonaré esto, Ava —murmuró, dejándose caer sobre el lecho y dándome la espalda—. Me traicionaste. Arruinaste mi venganza y mi vida.

Dicho esto, se entregó por completo al llanto más desgarrador, abrazándose a sí mismo, gimiendo y gritando.



La traición

El pronto efecto del hechizo no me había dado tiempo de suplicar el perdón de Slaven. Aunque había enmudecido de miedo ante sus palabras, sabía que tenía razón: aquella había sido una traición. Había interferido en su decisión, quitándole su libertad e irrumpiendo en su intimidad adrede, aprovechándome de la situación, lo cual nunca antes había hecho. Rompí a llorar de inmediato ante la posibilidad de que jamás fuese capaz de perdonarme y quise acercarme a él para hincarme de rodillas ante el lecho y demostrarle mi sincero arrepentimiento. Jamás me había sentido tan mal como aquel día, y por ello no podía cesar de temblar y sollozar. Sin embargo, había comenzado a sentir piedad por sí mismo y no podía interrumpirlo ni siquiera para intentar consolarlo o confortarlo, pues era imposible dada la ira que sentía hacia mí. No partí hacia el fondo del jardín porque fuese incapaz de enfrentar las consecuencias de mi error, sino porque sabía que en aquel momento mi presencia solo añadía ira y dolor a los que ya estaba reviviendo. Aun así, ser testigo de un sufrimiento tan intenso hizo que olvidase temporalmente el terror que sentía ante la idea de que Slaven quisiera sacarme de su vida a partir de entonces y solo pude llorar por él durante horas mientras lo escuchaba gemir a lo lejos. Me senté bajo las ramas frondosas de uno de los árboles que crecían al final de la caverna y, apoyando el rostro en ambas manos, sollocé hasta que la tristeza y el agotamiento me vencieron.

—Despierta.

La voz de Slaven me sobresaltó. Estaba de pie ante mí, con los brazos cruzados y cubierto de sangre. Había ido a cazar y no se había aseado aún.

—Oh, Slaven, lo siento tanto, —dije, incorporándome tan pronto como pude e intentando abrazarlo, pero él dio un paso atrás.

—No me toques —dijo, extendiendo la mano para detenerme.

—Por favor —supliqué—. Juro que lo hice porque creí que era la única solución.

—No digas una palabra más. Que intentes excusarte solo lo empeora todo. Ya estoy haciendo lo mejor que puedo para proceder de forma civilizada.

—Está bien —murmuré, bajando la mirada al piso.

—Sabes que tomaste una decisión que me concernía solo a mí: me robaste la oportunidad de decidir por mí mismo. Con toda sinceridad, no puedo pensar en algo que sea más grave.

—¡Lo sé! —lloré—. ¡Por favor, perdóname!

—¿Y si no lo hago? ¿Me hechizarás de nuevo mientras duermo para ablandar mi corazón? ¿Es así como van a ser las cosas entre nosotros? ¿Me manipularás por medio de la magia para que se haga en mí tu voluntad? ¿Por quién demonios me tomas? —bramó.

A continuación, inhaló por entre los dientes. Sus ojos brillaban con furia.

—No comprendí la magnitud de mi error a tiempo —balbucí entre lágrimas—. Ardías en fiebre y delirabas, ¡temí que perdieras la razón!

—Eras mi única amiga —dijo por lo bajo—. Confié en ti sin reservas, incluso puse a tu disposición el grimorio familiar que ninguno de mis ancestros enseñó jamás a una tercera persona. Ahora comprendo por qué —agregó.

—Te lo ruego —dije con un nudo en la garganta—. Dime qué puedo hacer para que me perdones. Haré lo que sea.

—No quiero que hagas nada. Ya hiciste suficiente. Sé que te debo la vida. También te debo el hecho de haberme convertido en el hechicero más poderoso de todos, y que la maldición de Esther Baruch no pese sobre mí. Gracias a ti sé que no maté a mi madre y también sé que Radu Gaborii no traicionó a mi padre. Son muchas cosas que jamás podré retribuirte. Sin embargo, no tenías derecho a interponerte en mi venganza ni a truncar mi libre albedrío. Me quitaste algo que jamás podré recuperar.

—Pero sufrías tanto —gemí—. No podía soportarlo.

—¡Ese es el problema! Yo podía soportarlo, y no habría tenido que hacerlo por mucho más tiempo. Estaba muy cerca de lograr mi venganza perfecta —dijo con los ojos humedecidos de rabia—. ¿Crees que me dará alguna satisfacción que Németh vaya a la cárcel? Matarlo tampoco era una opción en el pasado, y no por miedo a perder mis poderes sino porque no me habría bastado. Te aprovechaste de mi vulnerabilidad para hacer lo que tú juzgabas más apropiado, sabiendo que se oponía a mis deseos.

—¡No sabía con exactitud qué tipo de venganza planeabas! ¡Aún no lo sé! ¡Jamás pensé que realmente fuese a modificar tus planes demasiado!

—No sabías, no pensaste, ¡más excusas! Por supuesto que no conocías mis planes para con Németh, estaba por explicártelos cuando llegamos aquí y, Bueno, eso ya no importa, ¿verdad? Jamás te los revelaré.

—Escúchame, Slaven, siento haberte hechizado —balbuceé desesperada—. Creí que, si perdías algo de poder, simplemente podría compensártelo con el mío cuando

llegase el momento.

—No hay poder más grande que el de un brujo agraviado, especialmente cuando se trata de vengarse de quien causó el ultraje. Yo necesitaba ese sufrimiento para que mi maldición surtiera el efecto deseado y faltaba muy poco para que llegase a su término.

—¡Pero no me lo dijiste, Slaven, no de este modo! —me defendí a mi pesar—. Perdona, no fue mi intención evadir mi responsabilidad —dije, bajando mi tono de voz—. Solo dime si puedo remediarlo y lo haré.

—Hallaré una nueva forma de vengarme —dijo con voz gélida—. Aún no sé cómo, pero lo lograré o moriré en el intento. Sin embargo, ya no será como lo deseaba. En cuanto a recuperar el dolor que guardaba, es imposible: fue liberado.

—¿Crees que aún puedas vengarte de Németh de un modo que te resulte satisfactorio? Dímelo y haré cuanto esté a mi alcance para...

—¡No quiero nada de ti! —me interrumpió—. ¿Por qué es tan difícil de entender? Te desperté para que cenes y te prepares para viajar: voy a llevarte de vuelta a Banat.

—¡No, por favor! —pedí, al tanto que las lágrimas se deslizaban por mis mejillas—. ¡No me separes de ti, no así!

—Tu cena aguarda junto al fuego. Partiremos en una hora. Te aconsejo que te apees y bebas suficiente agua.

Dicho esto, me dio la espalda para caminar hacia el estanque, donde se lavó las manos y el rostro ensangrentados. En cuanto a mí, sobra decir que no tenía apetito. Guardándome de acercarme a él, me dirigí al lecho y me dejé caer sobre las pieles, dándole rienda suelta a mi llanto. ¿Qué más podía hacer? La adoración que sentía por él era tan profunda que no podía tolerar que sufriese y había creído, ingenua de mí, que no despertaría a tiempo para notar que su dolor se había ido por mi causa. Si él jamás había sentido compasión por sí mismo hasta ese día, yo había crecido compadeciéndolo. Quizá fuese un error sentir piedad desmesurada por un hombre adulto pero yo, simplemente, no había podido evitarlo, menos aún después de tener aquella vívida pesadilla que sabía real. Sin embargo, era cierto que había pretendido engañarlo y me arrepentía profundamente. Me sentía malvada, egoísta e indigna de su amistad. Además, estaba tan avergonzada que hubiese querido esconderme, pero ahora que él había dicho que me llevaría de vuelta a Banat, comprendía que ello implicaba que no se quedaría conmigo y estaba desconsolada. Ciertamente, le había dado poder a través de una poción sin igual pero le había quitado un tipo de poder especial que jamás podría recuperar, y él me lo había advertido mientras deliraba. Yo no había creído que fuese tan grave. O quizá no había querido creerlo. Había llegado a la conclusión de que su alma estaba enferma y lo había sanado en contra de su voluntad. Como bruja, sanar era una de mis más fuertes vocaciones: había elegido complacerme a mí misma sanándolo y ahora pagaba el precio de mi impulsividad.

—¿Perdiste el apetito? —inquirió a un par de metros de distancia, elevando las cejas. Permanecía absolutamente impasible ante mi llanto.

Lo miré a través de los lagrimones y solo pude volverme hacia el lecho para ocultar mi rostro y llorar más.

—¡Bien! —exclamó.

Elevé la mirada hacia él justo a tiempo para verlo apuntando los peces que se asaban sobre el fuego. Las llamas crecieron hasta alcanzar dos metros de altura, incinerando mi comida en un instante.

—¡No hay necesidad de que seas tan cruel! —lloré.

—¿Cruel? ¿Yo? —rugió, dirigiéndome una mirada tan abrasadora como las llamas que acababa de producir—. Créeme, Ava, no has conocido la crueldad porque al verte en el espejo no te ves a ti misma sino a mí.

Dicho esto, tomó sus libros para meterlos en un saco de cuero que anudó a su espalda.

—Asumo que estás lista para partir, ya que tampoco quisiste beber agua.

—¡No quiero partir! —gemí—. ¡Soy la peor bruja del mundo, lo sé, tomé la decisión de sanarte en contra de tu voluntad e hice mal pero jamás volveré a hacerlo! ¡Tienes que creerme!

—Pareces no querer entender lo que ocurrió aquí: lo que me enfurece al punto de no soportar tu presencia no es que hayas truncado mis planes, haber perdido poder por tu causa o que consideraras importante que dejase ir el dolor de mi pasado.

Lo miré con ojos abiertos de par en par, aguardando que continuase al tanto que me hundía en aquel mar de llanto. Él dio un par de pasos hacia mí y, tras inhalar lentamente, dijo con voz entrecortada y una mirada que me partió el corazón en mil pedazos:

—Abusaste del poder que te di sobre mí en cuanto tuviste la oportunidad. Si no te hubiese amado, si no te hubiese traído aquí, ¡si no hubiese tenido la insensatez de hacerte mi esposa! Si no te hubiese confiado mi alma entera, no habría creído que hablaba conmigo mismo cuando deliraba y no te habría permitido entrar en mi pasado mientras dormía junto a ti. Y tú, bruja antes que amiga, ¡qué digo! ¿Bruja? ¡Ya no sé lo que eres, Ava! —exclamó iracundo—. No quisiste buscar el modo de aplacar mi fiebre, no te molestaste en echarle un vistazo a las plantas medicinales que crecen por doquier en este jardín y que cualquier campesino, por no decir un erudito en botánica, sabe que pueden hacer una eficaz infusión calmante. No humedeciste tus manos en el estanque para ponerlas sobre mi frente ni me diste de beber. ¡No! Tú no podías limitarte a aliviar una dolencia transitoria. Cualquiera menos tú.

»Tenías que buscar una solución que abarcase mi vida entera, ¡tenías que resolver precisamente lo que te rogué dejaras intacto! ¿Crees que no lo recuerdo todo con claridad ahora? ¿De verdad creíste que, de todas las personas del mundo, no sabría que me obligaste a dormir para hechizarme? Tomaste el poder que te di al amarte y al confiar en ti y lo usaste contra mí, diciéndote a ti misma que me ayudabas cuando en el fondo simplemente querías ser tú quien solucionase mis conflictos. ¡Pues yo no estaba listo para resolverlos! ¿Crees que no he estudiado ese grimorio toda mi vida,

que no lo conozco al dedillo? ¿Se te ocurrió que no sabía cómo aplicar cada uno de sus hechizos? ¿Cómo habría podido revelarte una solución que ignoro? ¿Crees que no me conozco a mí mismo tras pasar toda mi vida en soledad? ¡Siempre he sabido cómo sanarme y eso tenía que ser obvio para ti, puesto que yo mismo te lo dije, maldición!

Había algo en sus palabras y en su tono que me ahogaba. Aunque me parecía que estaba siendo aun cuando menos un poco injusto, y aunque una chispa de rabia brotó en mi interior ante la insinuación de que yo hubiese querido algún tipo de protagonismo en su sanación, lo cual era totalmente falso, no podía soportar que me viese y hablase así. Era demasiado. Mi sufrimiento era tal que ya no podía respirar.

—Solo... —dije con un hilo de voz—. Solo duérmeme, por favor. No me obligues a escucharte, o me matarás con tus palabras —gemí, a punto de asfixiarme con mi propio llanto—. Si de verdad lamentas haberme hecho tu esposa, solo déjame en Banat y no me hables más.

—Así sea —replicó y, en un instante, pronunció la frase que ya conocía.

Quinta Parte





La fortaleza de piedra

Cuando Slaven me dio la orden de despertar, me hallé en la habitación de piedra a donde me había llevado tras raptarme en el campamento gitano. En esta ocasión, había encendido la lámpara de aceite y me había depositado en el piso con la espalda apoyada contra el muro.

—Creí que me llevarías al cruce de caminos —mascullé, saliendo de mi sopor y llenándome de la misma sensación de profundo dolor que había experimentado antes de pedirle que me obligase a dormir.

—Lo haré —dijo—. Sin embargo, no es prudente que pases tanto tiempo sin comer ni beber. Por otra parte, debo averiguar qué medidas han tomado Németh y Fekete al respecto del hurto de los documentos antes de llevarte a casa de Branka.

—Branka no regresará a Raskrsnica por iniciativa propia. Antes debo reunirme con ella en Vršac.

—Entonces te llevaré a Vršac en cuanto sepa qué ocurrió con el reverendo.

—Bien —dije, bajando la mirada. Me sentía infinitamente triste y débil.

Él dio algunos pasos hacia uno de los rincones y, a continuación, una cerradura rechinó en el silencio. Al asomarme y mirar con atención, noté que había abierto una puerta de hierro que había permanecido oculta a mis ojos hasta entonces, pues se hallaba alojada dentro del muro en un ángulo que la luz jamás tocaba. Slaven retornó al centro de la habitación para tomar la lámpara de aceite y el saco de cuero que había anudado a su espalda antes de partir de la caverna, y se viró hacia mí, diciendo:

—Ven conmigo.

Me incorporé tan pronto como pude y atravesé el umbral con rodillas temblorosas para encontrarme en un largo corredor de techo alto cuyo final se perdía entre las sombras.

—Por aquí —dijo Slaven, girándose en dirección opuesta e iluminando uno de los costados del corredor empedrado. Entonces discerní unos peldaños ascendentes.

—¿Dónde estamos? —balbuceé.

—Esta, querida esposa, es mi casa —replicó con tono sarcástico—. Rara vez vengo por aquí, así que es el lugar perfecto para esconderte mientras me doy una idea de la situación actual en Dobro. Estarás a salvo tanto de la congregación como de mi tío. Está lo suficientemente lejos del pueblo como para que jamás nos busquen aquí, y lo suficientemente cerca como para que yo pueda alcanzarlo en menos de medio día.

—¿Tu casa? —inquirí, tragando en seco.

—Así es —dijo, realizando un gesto casi imperceptible para que lo siguiese—. Perteneció a mi padre y al padre de él, y antes de este a mi bisabuelo, quien la recibió como regalo a cambio de un favor personal que le hizo a algún rey. Ningún miembro de mi familia que no fuese *strigoi* tuvo conocimiento de su existencia y, por lo tanto, mis tíos no se adueñaron de ella. Además, la rodea un bosque extenso que mi abuelo hechizó de modo que solo pueda pasar quien tenga permiso. A la manada le encanta cazar aquí.

Nos desplazamos a lo largo de la escalera estrecha y empinada y, después de que él abrió una segunda puerta de hierro con una fórmula ininteligible, nos hallamos en una habitación inmensa. A diferencia de la anterior, estaba amoblada, tenía una ventana de vitrales coloridos y una chimenea. Una biblioteca de madera hermosamente tallada se extendía desde el suelo hasta el techo, cubriendo la totalidad de una de las paredes. Más allá, la cálida luz de la lámpara reveló una mullida poltrona tapizada de seda color violeta, una larga mesa rectangular de ébano con los más finos calados orientales y un amplio sillón de cuero curtido de verde, ideal para la lectura. Finalmente, en el extremo opuesto de la habitación, atisbé un lecho techado de cuatro postes con pesadas cortinas de terciopelo púrpura. Tras dejar la lámpara sobre la mesa, Slaven abrió la contraventana de cristal y la fresca brisa del verano llenó la habitación. A pesar de los muros y pisos de piedra, allí hacía bastante menos frío que en las montañas del diablo. Al asomarme al exterior para contemplar el bosque en silencio, descubrí que la propiedad estaba rodeada por un foso lleno de agua como algunos fuertes medievales.

—Hay que cruzar un puente levadizo para acceder a la única puerta, que está del otro lado —dijo Slaven, adivinando lo que me preguntaba—. Una pequeña quebrada alimenta el foso, cuyo desagüe regulado está ubicado en el costado oeste. Habría que dragarlo periódicamente para mantenerlo en óptimas condiciones, pero no espero que un ejército ataque las murallas en los siglos a venir.

—Es un lugar maravilloso —suspiré, admirando el cielo azul profundo y los altísimos árboles.

—Podrás pasearte tranquilamente por los alrededores mientras regreso por ti —dijo—. En la planta baja hay una cocina que jamás utilicé para cocinar sino para practicar la hechicería, pero no la necesitarás puesto que estaré de vuelta pronto. Traje provisiones que recogí en el camino, serán suficientes para que comas hasta la saciedad. También hay una sala de baño que mi padre adecuó. Hay incluso jabón si

deseas lavarte.

Dicho esto, dispuso panes, queso, fruta y una botella de vino sobre la mesa.

—Come mientras los alimentos aún están frescos —dijo, su tono algo menos hostil—. Los conseguí en el último pueblo que pasamos. Tuve que dejarte dormida con los lobos entre la maleza.

—Amo tus lobos —murmuré, sentándome frente a la mesa y ocupando la silla verde a pesar de que hubiese preferido pasar de la comida. Sin embargo, estaba demasiado débil y, en cuanto olfateé el pan y el queso, mi estómago rugió.

—El animal que sanaste no quería despegarse de ti —dijo Slaven—. Se tumbó a tu lado mientras dormías y chilló hasta que regresé.

«Eso es porque presiente mi tristeza», pensé, pero no dije nada.

Comí lentamente sin pronunciar palabra. Solo podía pensar en que él no había cambiado de opinión y que, en cuanto regresara, me llevaría de vuelta a Raskrsnica.

—Hay otras habitaciones pero esta es la más cómoda y limpia de todas —comentó, sacando sus libros de magia de la bolsa y poniéndolos en la biblioteca—. Dejaré las puertas abiertas para que puedas recorrer la propiedad a tu antojo.

—Supongo que partirás pronto —dije, elevando la mirada hacia él, atreviéndome a mirarlo directamente a los ojos por primera vez desde que habíamos llegado.

—Sí. Iré a Dobro, cazaré y regresaré en poco más de un día.

Asentí quedamente. Quería decirle que lo echaría de menos y que nunca cesaría de preocuparme por su bienestar, pero temí enfurecerlo de nuevo. Estaba a punto de echarme a llorar cuando él se dio la vuelta y caminó hasta la puerta. Justo cuando pensaba que se iría sin siquiera despedirse, se detuvo y, tras tomar una honda inhalación, dijo de espaldas a mí:

—En caso de que algo llegue a ocurrirme, quiero que sepas que te amo.

Mi corazón latió con tanta fuerza que por poco pierdo el sentido. Me puse de pie tan pronto que mis pies se enredaron en una alfombra que no había visto y estuve a punto de perder el equilibrio, pero logré alcanzar a Slaven cuando él ya se daba la vuelta para encararme, sobresaltado por mi carrera. No pude evitarlo: lo aferré con mis brazos por la cintura y, con un hilo de voz, le rogué:

—No te vayas. No me retornes a Raskrsnica. Solo quédate conmigo.

Él cerró los ojos y tensó la mandíbula, exhalando lentamente por la nariz.

—No lo hagas más difícil para mí, por favor —pidió. Pero era demasiado tarde: me había dado esperanza.

—Te amo como a mi vida —dije, ciñéndolo con más fuerza aún, buscando sus ojos oscuros con los míos—. Daría lo que fuera con tal de estar a tu lado. Moriré de pena sin ti, Slaven, y no te lo digo para ablandar tu corazón: sabes que es verdad. Renunciaré a mi magia para que me perdones si es necesario. Nunca volveré a leer una palabra de nuevo. Enmudeceré para siempre, ¡haré lo que sea! —exclamé, tragando en seco y temblando—. Solo no me obligues a vivir sin ti.

—Oh, Ava —empezó a decir, relajando los músculos y suspirando—. Nada de

eso es necesario, es solo que... me enfurecí tanto contigo en un momento que pude haberte matado en un impulso.

Me quedé estupefacta durante unos segundos.

—¿Acaso estás diciendo lo que creo? —tartamudeé al fin.

Él asintió, dirigiéndome una mirada cargada de tristeza:

—Te perdoné aun antes de dejar la caverna. En cuanto caíste dormida, empecé a comprender cuánto dolor te había causado y experimenté un remordimiento tan profundo que quise despertarte de inmediato para estrecharte en mis brazos. Sin embargo, te contemplé dormir durante horas, reflexionando al respecto de lo que hiciste y mi reacción subsecuente. La rabia iba y venía, luchando en mi interior contra el amor que siento por ti y la compasión que me producía haber visto un sufrimiento tan intenso en tus ojos. Estabas tan frágil e indefensa, pero sobre todo tan sinceramente arrepentida, No me malentiendas: haber obviado mi libre albedrío, obligándome a confrontar mis demonios por medio de la magia cuando no estaba preparado para algo semejante fue horriblemente cruel, aunque te haya parecido un acto de piedad. Jamás debes olvidarlo aunque yo lo haga. Aun así, lamento haber dicho que hubiese preferido no hacerte mi esposa, tanto por lo mucho que te herí como porque esa es una gran mentira: amarte es lo único bueno que he hecho en mi vida y nuestro breve intercambio de votos es el único momento verdaderamente feliz que he tenido.

»Pero, Ava, necesito que comprendas que pude haberte matado cuando la ira ardía en mi pecho. Si no lo hice, no fueron mis sentimientos los que me detuvieron, ni el autodomínio al que estoy habituado en situaciones cotidianas con motivo de una venganza ulterior: simplemente no ocurrió, por lo cual me considero el ser más afortunado sobre la faz de la Tierra. No obstante, si vuelves a cometer un error de tal magnitud en el futuro, estoy seguro de que mi ira será al menos doblemente violenta y causarás de forma indirecta la más espantosa tragedia, una de la que jamás me recobraré. Es menester que comprendas que, como *strigoí*, mis emociones son tanto más poderosas que las de los humanos corrientes. Esta vez tuve suerte pero, si hay una próxima vez, quizá no la tenga.

—¿Es decir que, aunque ya me habías perdonado, planeabas retornarme a Raskrsnica de todos modos y separarte de mí para siempre porque temías dañarme en una futura ocasión? —balbucí.

—Quizá no para siempre pero sí durante un largo tiempo, y no solo por eso. Pensé que sería bueno estar en completa soledad para decidir qué hacer. Por otra parte, tienes que admitir que hiciste pésimo uso de la confianza que te di aun cuando tuvieses la mejor de las intenciones.

—Lo admito —dije, casi atragantándome por intentar responder de inmediato—. Juro que jamás volveré a obrar contra tu voluntad en nada que te concierna, sin importar que estés delirando o a punto de morir. Dime que me crees, por favor, te lo ruego.

—Por supuesto que te creo. En especial tras haberte visto sufrir de tal modo, sé que lo lamentas —dijo, envolviéndome al fin en sus brazos y estrechándome contra sí.

—Entonces, ¿de verdad me perdonas completamente? —pregunté, sintiendo que iba a desmayar de la dicha.

—Sí, Ava —respondió sin soltarme.

—¿Qué hay de tu venganza? —pregunté, tragando en seco—. Jamás dejaré de sentirme culpable por haberla arruinado.

—Encontraré una forma de resarcirme. No sé qué conlleve, pero lo lograré.

—Gracias —murmuré contra su pecho con voz trémula, cerrando los ojos y sujetándome a él con todas mis fuerzas—. Gracias por perdonarme y creerme. Me has devuelto el alma.

—No hay nada que agradecer. No es algo que me haya propuesto, ocurrió a pesar de mí. Tal vez te quiera demasiado —dijo por lo bajo.

—No. Nunca será demasiado —suspiré.

—Recuerda que estoy destinado a amarte más cada día que pasa —dijo con tono grave—. Mi corazón está en tus manos.

—A mí me pasa exactamente igual aunque no sea *strigoi*. Solo te amo.

—Nunca dejes de hacerlo —dijo con voz trémula.

—¡Jamás! —exclamé a punto de llorar.

Permanecimos en silencio por espacio de algunos minutos, abrazándonos con fuerza.

—Aunque no lo deseo, creo que debo partir ahora para regresar cuanto antes —dijo él.

—Slaven, espera —dije profundamente conmovida—. No me dejes aquí. Quiero ir contigo.

—Necesito que estés a salvo mientras averiguo qué fue de nuestros enemigos.

—Estaré a salvo. Soy una bruja muy poderosa, ¿recuerdas? Por favor, no quiero separarme de ti, mucho menos cuando hace unos instantes estaba segura de que te perdería para siempre. Por otra parte, mi nana debe estar muy angustiada.

—Yo puedo ir a buscar a Branka a Vršac.

—Mi nana aún te teme, Slaven. No como a Németh y a su congregación, pero no te conoce como yo. Cuando te presentes ante ella, yo debo estar allí, en especial ahora que eres mi esposo.

—Créeme, yo tampoco quiero separarme de ti, pero corres gran peligro.

—Tu tío cree que estás muerto y yo estoy sellada contra su magia, así que solo tenemos que preocuparnos por Németh y los suyos.

—Ava, el hecho de que seamos hechiceros hábiles no significa que seamos inmunes a las leyes naturales. Nuestros enemigos son mayoría. ¡Podrían quemarte viva! Demonios, no quiero pensar en las infinitas posibilidades que gentes tan mezquinas tienen a su disposición cuando se trata de hacer daño. Especialmente

ahora que robaste el diario de Anna Németh, deben estar buscándote con desesperación.

Un escalofrío me recorrió.

—Oh, rayos, quien me preocupa en extremo es mi nana —dije con un hilo de voz—. Fue ella quien se llevó el diario para entregarlo a las autoridades. ¡Ni siquiera sé si llegó a salvo a su destino!

—También por eso quiero resolver este asunto cuanto antes —replicó él.

—Estoy demasiado inquieta. ¿No hay un modo de saber ahora mismo por medio de la magia si mi nana está bien?

—No tengo una bola de cristal, si a eso te refieres, pero podría presentir sus sentimientos y ubicación por medio de un ritual. Sin embargo, necesitaría algo suyo para conectarme con ella y no se me ocurre cómo podríamos conseguirlo estando tan lejos —dijo con expresión resignada.

—¡La lista de compras! —exclamé, hurgando en el bolsito que pendía de mi cinturón—. ¿Tú volviste a poner todos los contenidos dentro?

—¡Sí! —asintió él entusiasmado—. También traje las cartas de Fekete para que podamos entregárselas a las autoridades. Todo debería estar allí.

Pude verificar que así era. Extraje el papelito escrito por Branka con el corazón en vilo y se lo extendí.

—¿Ahora qué? —inquirí, sintiendo que un sudor frío cubría mi rostro.

—Ven —dijo él, llevándome del brazo hasta la poltrona—. Siéntate aquí y observa con atención.

Dicho esto, se desplazó hacia el centro de la habitación y retiró el tapiz que cubría aquella porción del suelo, dejando a la vista un amplio círculo de un par de metros de diámetro tallado en la roca, en cuyo exterior estaban grabados los puntos cardinales. Entonces, Slaven caminó hasta un baúl que se hallaba a los pies de la cama y extrajo cuatro velas pequeñas y un largo cetro de oro. Desde donde estaba, pude observar que el cetro ostentaba el emblema familiar de los *strigoi* Drăculești en uno de sus extremos. Tras depositar las velas en cada uno de los puntos cardinales, Slaven chasqueó los dedos y sus llamas se encendieron. Acto seguido, hizo que la lámpara se extinguiera sin moverse de su lugar. La habitación, de por sí bastante oscura, quedó sumida en tinieblas excepto por la tímida luz que se desprendía de las velas, así que desperté adrede mi vibración mágica para ver en la penumbra y no perderme del ritual.

Posicionándose al oriente del círculo, Slaven delineó con el cetro un arco alto y estrecho en el aire, como si fuese el umbral de una puerta invisible, y el contorno dibujado emitió un destello áureo. Después de tomar una honda inhalación con los ojos cerrados, atravesó aquel umbral para ingresar al círculo y posicionarse justo en medio de él, de cara al norte. A la sazón, el círculo grabado en la piedra se iluminó con un etéreo resplandor dorado al tanto que el umbral dibujado con el cetro se desvanecía, y Slaven se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda recta,

sujetando la nota cómodamente en su regazo con los dedos de ambas manos. Había depositado el cetro a su lado, y noté que el rubí que hacía las veces de ojo en la insignia del dragón brillaba al igual que mi anillo de bodas cuando Slaven lo deslizó en mi dedo, solo que la joya del cetro emitía un brillo rojizo más potente, el cual se difundió por todo el interior del círculo.

Con los ojos cerrados, Slaven pronunció una fórmula *strigoi* y a continuación repitió el nombre de Branka tres veces. En ese instante, me pareció que se adentraba en una especie de trance durante el cual se llevó la nota al pecho y a la frente, sujetándola largo tiempo en cada posición. Debieron pasar unos quince minutos más o menos hasta que volvió a abrir los ojos y el rubí del cetro reabsorbió toda la claridad carmesí que se había propagado en el espacio circular. Entonces Slaven pronunció una fórmula *strigoi* de protección dirigida a Branka y me puse a temblar de miedo: si necesitaba salvaguardia, quizá estuviese en gran peligro. Aguardé impaciente a que Slaven culminara aquel ritual poniéndose de pie, dibujando un portal de salida con el cetro al oeste y emergiendo del círculo a través de él para recitar un último encantamiento *strigoi* que hizo que el brillo de la circunferencia se disipase. Cuando chasqueó los dedos una vez más y las llamas de las velas se apagaron, caminó directo hacia mí, cetro en mano, para sentarse a mi lado en la poltrona.

—Branka está bien —me dijo, sonriendo—. Regresó al Raskrsnica y está muy angustiada por ti.

Sentí un alivio tan grande que rompí a reír, pero de inmediato pensé en la amenaza de la congregación y volví a sentir terror.

—¡Me desobedeció! —me quejé—. ¿Qué ocurrirá si nuestros enemigos la encuentran?

—No lo harán —dijo Slaven, apretando mi mano—. La fórmula que recité dentro del círculo la hará invisible a los ojos de quienes quieran dañarla hasta mañana a la medianoche. Sin embargo, creo que puedes tranquilizarte: capté que tu nana está satisfecha en cuanto a Németh y Fekete, por lo cual podemos asumir que las autoridades deben haber tomado medidas tras recibir el diario de Anna. No creo que los hayan apresado tan pronto, pero deben estar investigándolos.

—Por los *strigoi* más generosos, ¡muchísimas gracias! —exclamé, rodeando su cuello con mis brazos—. ¿Crees poder hacer lo mismo para saber dónde están nuestros enemigos? Tenemos la correspondencia de Fekete y tu tío...

—De ningún modo —dijo él, negando con la cabeza—: este tipo de ritual hace que el hechicero entre en contacto con el alma de la persona buscada, permeándose de la misma y absorbiendo algo de su esencia. De hecho, por mucho que me agrada Branka, deberé llevar a cabo un ritual adicional para purificarme, que en este caso será relativamente corto. Sin embargo, si se hubiese tratado de alguien como Ruth Fekete, no sé cuánto tiempo tardaría en deshacerme de su putrefacción, y estoy seguro de que esta drenaría mucho de mi poder. Por otra parte, el ritual en sí es muy

desgastante: quedé muy debilitado a causa de la pérdida energética derivada de su realización, así que tendré que alimentarme dentro de unos instantes. Descuida, no cazaré fuera del perímetro del bosque.

—Comprendo que no desees ensuciarte con la naturaleza de Ruth Fekete o la de tu tío —dije—. Lo importante es que, por el momento, Branka está a salvo.

—Así es —dijo él—. Escucha, Ava: puesto que tardaré un par de horas en regresar, me gustaría que comieras un poco más. Pasaste muchos días sin alimentarte y debes reponerte. Hay más pan y queso en mi bolsa.

—Gracias —respondí, estrechando sus dedos—. Lo haré.

—Bien —dijo, incorporándose—. Ya que no te lo aclaré en cuanto llegamos, no sobra decir que esta es también tu casa. Por favor, trátala como tal.

—Empezaré por acompañarte a la puerta —dije, incorporándome a mi vez y encendiendo la lámpara.

Lo seguí a través de las escaleras, el corredor y varias puertas de hierro y, en cuanto cruzó el puente levadizo, que era maravilloso, volví a precipitarme al interior de la propiedad, la cual era una pequeña fortaleza medieval de varios niveles, según pude verificar conforme la recorría.

Lo primero que hice fue encontrar la sala de baño. Era evidente que había sido adecuada en tiempos recientes pues, para mi gran sorpresa, tenía agua corriente, de modo que bastaba con abrir un grifo para que un chorro cristalino cayera sobre la bañera. Por otra parte, no solo había jabón perfumado de buena calidad sino lienzos finos para secarse y un par de suaves batas de limpieza inmaculada. Sin pensarlo dos veces, me metí en la bañera para enjabonarme hasta los cabellos, lo cual no había hecho desde que había partido de Viena. Había olvidado aquellos pequeños lujos por completo, lo cual era divertido puesto que había llegado a Voivodina hacía solo un par de meses. Conforme me secaba, me contemplé en el enorme espejo que colgaba de uno de los muros, cuyo grueso marco de bronce denotaba su antigüedad, y no pude evitar soltar una exclamación de sorpresa: por primera vez en la vida me pareció que estaba realmente guapa. No sabía si se debía al baño que acababa de tomar y aquella deliciosa sensación de frescura que me embargaba, o si quizá aquel era un espejo mágico, el caso es que tuve que sacudir la cabeza para confirmar que no me hallaba bajo alguna especie de hechizo.

Frunciendo el ceño, me acerqué al cristal para verme mejor. No es que mi apariencia hubiese cambiado: tenía los mismos cabellos de Medusa y las mismas pecas. Mi cintura lucía tan estrecha como la última vez que me había visto desnuda, lo cual en general me hacía parecer algo desgarrada con la ropa puesta. Sin embargo, ahora veía una silueta sinuosa y una piel de inigualable tersura. Me pregunté si habría madurado definitivamente en tiempos recientes, porque a la sazón noté que mis curvas se habían acentuado y que mis labios, naturalmente gruesos, se habían rellenado solo un poco y de modo casi imperceptible, apenas lo suficiente como para que mi nariz larga y delgada luciera más pequeña y, como fuese, grácil en proporción

con el resto de mis facciones. El contorno de mi rostro se había definido y mi mentón lucía delicado aunque su forma natural no se hubiese alterado en lo absoluto. No es que, de haber podido contemplarme entonces, Wilhelma y sus amigas no me hubiesen considerado invariablemente espantosa, sino que al fin comprendí lo que Branka había querido decirme aquella tarde en la plaza de Dobro: me había convertido en una mujer sensual a los ojos de los hombres. Mi atractivo, claro está, no residía en la perfección sino en todo lo opuesto: mis enormes ojos negros y boca sonrosada se robaban toda la atención, de forma que mi tez morena había pasado a ser un atributo complementario. La delgadez de mi vientre solo exaltaba los contornos redondeados de mi busto y caderas, y mis cabellos desordenados habían dejado de ser propios de un espantapájaros flaco para transformarse en una interminable enredadera lustrosa que, suelta como la llevaba siempre, se deslizaba hasta mi talle, demarcando mis formas femeninas.

Reí para mis adentros al pensar que Slaven jamás repararía en aquellos cambios sutiles, totalmente indiferente a la fealdad o a la belleza como lo era, y me alegré de que me hubiese conocido y amado cuando me hallaba en uno de mis momentos de menor encanto. No es que antes me hubiese molestado lucir como un espectro de los bosques, o que fuese a importarme en el futuro si llegaba a desmejorar drásticamente de nuevo, pero era agradable saber que Slaven me amaría más conforme envejecía y aunque quedase desfigurada a causa de algún accidente mágico o natural, o aunque nuestros enemigos me prendiesen fuego a propósito y quedase convertida en poco menos que una momia viviente, eventualidad que no podía dejar de tener en cuenta. No es que Slaven me considerase guapa, llana o fea, sino que para él las apariencias de las gentes o los lugares no tenían ninguna relevancia más que para reconocerlos.

¡Por las ovejas más tiernas y mansas del mundo, aún no podía creer que me hubiese perdonado tan pronto! Era noble y dulce aun sin proponérselo, diametralmente opuesto a nuestro más odiado antagonista, el ruin pastor de aquella congregación de hipócritas.

Tras envolverme en la más corta de las dos batas, que era de color rojo carmín con brocados orientales de hilo dorado, la cual, por pertenecer a Slaven o a su padre, llegaba justo hasta mis pies, ascendí los oscuros peldaños de nuevo hasta llegar a la habitación que ya conocía para comer algo más de pan y queso. Luego, retorné a la planta baja y llené de agua la pequeña botella de vino, que ya estaba vacía. Bebí hasta que mi sed desapareció y entré a algunas de las habitaciones que iba encontrando, sintiéndome totalmente a salvo. Aquel lugar era realmente hermoso: las ventanas, de arcos perpiaños apuntados, muy anchos en la base y semejantes a los de algunas catedrales góticas, estaban decoradas con delicados vitrales cuyo colorido solo podría apreciar plenamente cuando amaneciese. Los techos eran abovedados y había gran multitud de estrechas columnas de piedra que solo embellecían la estructura del edificio. El mobiliario era reducido y la mayor parte de las habitaciones estaba casi vacía, lo cual era entendible: a causa de la maldición, aquel hogar jamás había

llegado a ser habitado por más de un ocupante a la vez, al menos desde que el ancestro de Slaven lo había recibido.

Recorrí la planta inferior sin detenerme demasiado tiempo en la cocina donde Slaven realizaba sus hechizos, pues no quería incurrir en ningún acto de indelicadeza tras lo ocurrido en la caverna. A continuación, tomé otras escaleras aún más empinadas que me llevaron a lo que asumí sería el tercer plano. Para mi sorpresa, después de empujar la pesada puerta de hierro, me hallé en un torreón descubierto desde el cual se podía vislumbrar la periferia del amplio claro de bosque donde se izaba la propiedad. Los árboles que la rodeaban eran sumamente altos, tanto o más que el edificio, pero se hallaban a una distancia considerable del mismo. El soto, por su parte, se extendía hasta donde mis ojos alcanzaban a ver. El verdísimo terreno no era plano en su totalidad sino que contaba con suaves desniveles iluminados por la luz de la luna. Una quebrada serpentina se adentraba en el claro a través de los árboles y llegaba hasta la fosa, saltando sobre grandes piedras lisas y redondas y formando una pequeña laguna de la cual algunos lobos de la manada bebían. Otros, mientras tanto, retozaban y correteaban alrededor de la fortaleza de piedra, ingresando en el bosque y emergiendo de él por puntos diferentes. Me había encariñado profundamente con la manada de Slaven y, además, presentía sus emociones colectivas e individuales: los lobeznos, en especial, transmitían un estado de felicidad pura que conmovía mi corazón.

El agua de la laguna se removi6, creando pequeñas olas de plata que se desplazaban desde el centro hasta sus orillas, y la cabeza de Slaven se asomó por encima de la superficie. Lo observé nadar hasta alcanzar las piedras de uno de los extremos y elevarse con agilidad sobre las mismas para salir del agua, de espaldas a mí. Cuando se incorporó, extendiendo los brazos hacia la luna y elevando el rostro hacia el cielo, la manada empezó a aullar. Era un espectáculo tan bello y significativo que mi corazón latió con violencia: el cuerpo desnudo de Slaven, hermosamente esculpido y bañado por aquella luz nacarada, contrastaba con los negrísimos cabellos que caían en desorden sobre sus hombros y espalda. Aun si no podía ver su rostro, intuí que sonreía. Con un gesto imperativo, disipó las diáfanas nubes que se interponían entre él y la luna, y esta refulgió sobre su piel blanquecina de modo que parecía traspasarla con sus rayos. La manada se posicionó frente a él, conformando una especie de semicírculo hasta que cada animal permaneció completamente quieto y en silencio. Entonces Slaven se hincó, apoyando una rodilla en el suelo, y con un ademán de infinita ternura los invitó a acercarse. Los abrazó uno a uno, acariciando los densos pelajes grises de sus lomos y hundiendo el rostro en sus cuellos, masajeándolos con lo que parecía ser su frente y nariz, como si fuese uno de ellos. Sonriendo, me llevé las manos al pecho para volver sobre mis pasos antes de ser descubierta. Estaba bastante segura de que a Slaven no le habría importado que atestiguara aquel momento entre él y su manada, pero no quería interrumpir la naturalidad del mismo por ningún motivo. Lo salvaje y lo sublime, sin embargo, se

habían aunado ante mis ojos gracias a aquella visión que conservaría como un tesoro en adelante. Slaven Drăculea, hijo de la noche y de la luna, era todo lo que podría amar durante el resto de mi vida.



Fuego en las tinieblas

Descendí los peldaños con cuidado hasta la primera planta y me deslicé por el corredor hasta encontrar la escalera que llevaba a la única habitación guarnecida en su totalidad. Llena de la esencia de Slaven, lo sentía correr por mis venas como si fuese parte de mi sangre. Mi pulso se aceleraba conforme exploraba aquella fortaleza como si anticipase su presencia y el sonido de su voz en cada esquina empedrada, cada arco y cada doblez. Cuando alcancé la habitación y deposité la lámpara sobre la mesa, noté que el rubí que adornaba mi anillo se había encendido y me acomodé sobre la poltrona para observarlo, pero Slaven ocupaba todos mis pensamientos. Puesto que la vibración mágica en mi interior se había despertado por sí sola y podía ver en la oscuridad, la luz de la lámpara me pareció superflua, de modo que me incorporé de nuevo y la extinguí. No sabía qué me ocurría. No estaba nerviosa pero sentía la necesidad de pasearme por la habitación. Observé las estrellas a través de la inmensa ventana abierta y su brillo me estremeció de modo peculiar, como si lo estuviese atrayendo hacia mí. Poco a poco, una melodía familiar llegó hasta mis oídos: era tenue y distante pero tan bella como la noche. Pronto caí en la cuenta de que estaba escuchando la música que Slaven me había enseñado en la caverna, aquella que solo los *strigoi* podían oír, y mi corazón se detuvo por un instante: no se suponía que aquello ocurriese, pero era maravilloso. Entonces, siguiendo un impulso, me di la vuelta y extendí la mano hacia los leños que reposaban dentro de la chimenea. Esta vez se encendieron en un instante. Corrí para desbloquear la apertura que permitía que el humo ascendiese y, una vez hallé la pequeña palanca que accionaba el desplazamiento del regulador de tiro, volví a alejarme de la chimenea y realicé un ademán circular con la mano para apagar las llamas a distancia. Funcionó. Al parecer, mi magia se había consolidado en espacio de unos pocos días gracias a Slaven, y de algún modo, a la sazón compartía algunos de sus poderes, quizá a causa de los votos matrimoniales que habíamos

intercambiado. Aun así, y muy a pesar de la melancólica poesía que encerraba la canción de la noche, en aquellos momentos la magia se me antojaba banal.

No podía pensar en nada más que en Slaven, en sus ojos profundos, en la barba áspera que cubría sus mejillas, en su olor y su sabor, al punto que mis labios empezaron a arder de deseos de besarlo. Lo anhelaba con tal intensidad que, cuando cruzó el umbral con los cabellos húmedos y vistiendo únicamente su falda de lana negra, tuve que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarme sobre él. En cambio, permanecí de pie junto a la ventana, observándolo al tanto que tomaba una inhalación. Me pareció que las llamas que recién había extinguido ahora fulguraban dentro de mí y suspiré audiblemente, aferrando el marco del ventanal hasta que creí que la madera se resquebrajaría entre mis dedos.

—¿Puedes ver en la oscuridad? —inquirió él, mirándome a los ojos y arqueando las cejas.

Su sonrisa era casi imperceptible, pero dos pequeñas hendiduras se dibujaban junto a las comisuras de su boca. Asentí quedamente sin poder concentrarme en nada que no fuese la invitante palidez de su cuerpo. Solo pude tragar en seco e intentar aquietar los latidos de mi corazón, los cuales se habían hecho tan fuertes que sofocaban por completo la tenue música celeste, pero fue en vano: Slaven se acercaba a mí.

Juro por el círculo de Baba Roga que jamás me había sentido tan absolutamente desprovista de autodominio como cuando rio por lo bajo y su aliento exquisito rozó mi rostro al tanto que me envolvía en sus brazos.

—Vaya, vaya —dijo en mi oído, pasando una mano a lo largo de mi espalda y deteniéndose en mi talle para acercarme aún más—. Parece que has perfeccionado algunos trucos de hechicería que solo pueden realizar los más hábiles *strigoi*: la chimenea todavía está tibia pero la madera está intacta.

—Slaven... —empecé a decir, pero tuve que detenerme abruptamente porque no lograba serenar mi propia respiración.

—¿Sí? —murmuró, acercando su rostro a mi cuello y acariciándolo con su frente, nariz y contorno facial como había hecho con los lobos, pero con mucha más lentitud.

Sentía su respiración sobre mí. Ahora me acariciaba con sus labios, moviendo la cabeza con suavidad. Estaba olfateándome. Al acercarse a mi nuca, se detuvo para inhalar y morderme un poco, pero de inmediato besó el mismo lugar. Luego, me mordió bajo la curvatura de la mandíbula, esta vez con algo más de presión, sellando el espacio con un beso más intenso que el anterior. Me miró a los ojos y sentí todos los músculos de su abdomen tensarse contra mí. De repente, su boca cubrió la mía y me besó con tanta avidez que no pude suprimir un tenue rumor de satisfacción. Correspondí su beso con igual pasión, enredando mis dedos en sus cabellos instintivamente al tanto que él deslizaba sus manos hasta mis caderas.

En un instante, me alzó en brazos y me depositó sobre el lecho para tumbarse sobre mí, su mirada sedienta, sus manos sujetando las mías por encima de mi cabeza,

nuestros dedos entrecruzados. Besaba y mordía reiteradamente mis labios y mejillas, descendiendo por mi cuello hasta el declive entre mis senos sin dejar de olfatearme como un animal. Cuando al fin desató el cinto de la bata carmesí y sentí su piel tibia sobre la mía, gruñó por lo bajo como la criatura feroz que era. Se me antojaba que Slaven me devoraba, saciando y a la vez incrementando el hambre de los dos. Recorrió la totalidad de mi cuerpo, intoxicándome con su aroma y llevándome a pensar que perdería el sentido entre sus brazos. Creo haber arrancado la única prenda que lo cubría cuando me besó de nuevo, sujetándome por la cintura y atrayéndome hacia sí. Estuve segura de haber cruzado un umbral hacia otro mundo, uno intangible pero real donde estaba mucho más cerca de la divinidad. Los muros de piedra, el techo abovedado y la cama habían desaparecido, solo restábamos Slaven y yo. Cerré los ojos con fuerza conforme clavaba mis dedos en la fibra de sus hombros, casi rasgándola: un relámpago resplandeció en mi interior y una dulzura gloriosa invadió mis sentidos al tanto que mi consciencia se desplazaba a algún lugar indiscernible de la infinidad. Lo último que recuerdo es que Slaven se aferró a mí, emitiendo un rugido de abismal profundidad, tanto así que pensé que causaría que el cielo y la tierra temblasen como yo lo había hecho justo antes de experimentar aquel solaz celestial.



Strigoiacă

—Mi sangre corre por tus venas.

Aunque su voz me trajo de vuelta lentamente, sentía que mis párpados pesaban demasiado como para abrirlos. Slaven me acunaba contra sí, rodeándome con uno de sus brazos, mi dorso pegado a su abdomen. Estaba por quedarme dormida de nuevo cuando agregó:

—Por eso realizas sin dificultad hechizos que solo un *strigoi* debería poder llevar a cabo.

Haciendo un esfuerzo casi heroico, abrí los ojos cuanto pude y observé que la luz del sol se filtraba a través del vitral, iluminando con hermosos y difusos colores una porción de la estancia umbría. Era de día. Giré lentamente sobre mí misma para ver su rostro, buscando su mirada con la mía y pegando mi cuerpo desnudo al suyo de nuevo.

—¿Qué dices? —balbucí con voz ronca y frunciendo el ceño, pero él ya me besaba de nuevo y transcurrió largo tiempo hasta que pudo explicarme a lo que se refería.

—Las brujas, por más poderosas que sean, no pueden ver perfectamente en la oscuridad —dijo casi una hora después, reposando a mi lado—. Sin importar que sean brujas naturales. Y no existe ningún conjuro capaz de lograr algo semejante, ni siquiera de modo temporal. Anoche noté que puedes hacerlo a voluntad. ¿Hace cuánto descubriste que tienes esta habilidad?

—Bueno... —pensé, descansando sobre mi costado para verlo mejor—. Creo que aumentó paulatinamente. Quizá la primera vez que reparé en que no tenía ningún problema para apreciar mi entorno aun estando en tinieblas fue cuando me trajiste aquí la primera vez.

—¿Después de la ceremonia de alianza con los Gaborii? —inquirió, dirigiéndome una mirada oblicua al tanto que se incorporaba un poco, poniendo uno de los

mullidos cojines de terciopelo purpúreo bajo su cabeza.

—Sí —dije.

—No creo haberte lastimado como para que mi sangre y la tuya se unieran aquella noche, ¿o sí? —inquirió con cara de preocupación, tomando mi mano en las suyas.

—Me asustaste muchísimo, eso no puedo negarlo —reí—. Sin embargo, ni siquiera me raspé los codos o rodillas huyendo de ti. Además, tú no estabas herido, ¿verdad?

—No —dijo—. De algún modo, la sangre contenida en el medallón debe haber goteado un poco, lo suficiente como para penetrar en tu piel.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Ya sé lo que ocurrió!

Le narré lo que me había acaecido en el bosque cuando había defendido a Nóc de uno de sus lobos: el animal me había rasguñado y, al llegar a casa de Branka, había notado una gota de sangre en el exterior del borde partido del medallón. En un principio había asumido que era mía y ni siquiera le había prestado atención, pero ahora se me ocurría que había surgido del amuleto con el impacto. La substancia debía haberse adentrado en mi cuerpo a través de la excoiación.

—Eso tiene sentido —suspiró, acariciando mi cabeza—. Mi sangre solo habría hecho efecto en una bruja natural, y tú lo eres. Si la hubieras ingerido así como yo lo hice con la tuya, nada habría ocurrido. Sin embargo, entró directamente en tu torrente sanguíneo, un fértil campo mágico.

—Además de haber adquirido algunos poderes, ¿qué crees que pueda pasarme? —inquirí, tragando en seco.

—No lo sé —dijo con aire preocupado—. Rompiste la maldición, así que nada demasiado grave. Sin embargo, no me extrañaría hallarte transformada en una criatura salvaje en algún momento del futuro. Supongo que aún no has sentido deseos de comer carne cruda o de ingerir sangre fresca.

Negué con la cabeza, sintiéndome palidecer.

—Oh, pequeña hechicera —rio de buena gana, rodando sobre su costado para abrazarme y besar mis mejillas y mi frente—. Recobrarías tu forma habitual, descuida.

—¿Sabías que podías transformar a una bruja natural en lo que tú eres con tal facilidad? —protesté, elevando el rostro hacia él.

—Sin duda. Pero, puesto que en el pasado siempre creí que pasaría el resto de mis días en soledad, jamás contemplé la posibilidad de hacer un pacto de sangre con alguien más, que es la única opción que el grimorio menciona. Aparte de esto, asumí que la bruja en cuestión experimentaría un cambio tan grande que tendría que darse cuenta de su transformación de inmediato. Asimismo, amada mía, estaba seguro de que el medallón contendría el líquido vital sin que este se derramase hasta que realizaras el hechizo.

—Parece que te equivocaste —me quejé, sintiéndome descorazonada. No quería

tener que cazar animales con mis propios dientes para sobrevivir—. Por otra parte, tú naciste *strigoi* y tus poderes solo se manifestaron en su plenitud cuando alcanzaste la adolescencia. Quizá los míos tarden unos quince años en afianzarse, o jamás despierten del todo —agregué, con un nudo en la garganta. Aquella era mi esperanza.

—Tengo que admitir que estoy encantado —rio de nuevo, estrechándome contra sí—. Serás casi tan poderosa como yo, podrás correr conmigo y la manada por los bosques... Oh, Ava, ¿no sabes cuán maravilloso es!

—No quería nada de eso —lloré—. Me encanta ser bruja, pero quiero ser humana. ¿No hay algún modo de revertir el proceso de transformación?

—¡Estás tan triste! —dijo, tomando mi rostro entre sus manos y luciendo profundamente desilusionado—. Creí que te haría feliz.

—No —admití, mirándolo a los ojos—. Te amo con toda mi alma, pero quiero ser yo.

—Ava, por favor, ¡siempre continuarás siendo tú! Sin embargo, tu tristeza me apena profundamente. Te ruego que me perdones por haber causado esto.

—Por supuesto que te perdono —balbucí, las lágrimas rodando por mis mejillas—. Hechizaste el medallón cuando eras solo un niño, no tienes la culpa de que este no albergase tu sangre tal y como esperabas. Errar es natural.

—Eres rápida para el perdón y lenta para la cólera —murmuró, mirándome con seriedad. Lucía afligido y contrito—. Ojalá yo hubiese reaccionado de la misma forma hace unos días.

El remordimiento era tan visible en cada uno de sus gestos que, en ese instante, convertirme en una criatura peluda casi cesó de importarme.

—Vamos, sabes que lo que yo hice fue mucho más grave —tragué en seco, recordandoselo aun si deseaba evitar el tema: me dolía profundamente haber obrado en contra de su libre albedrío, y mucho más en un asunto tan importante—. Nunca dejaré de agradecer tu perdón. Por el contrario, no creo poder perdonarme a mí misma.

—No sabes lo que dices —contestó, sus ojos humedecidos—. Ava, desde que desperté no he podido pensar en otra cosa que suplicar tu perdón por lo necio que fui, y en agradecer el gran bien que me hiciste. La dicha ya no es solo un concepto para mí sino que se hizo realidad porque, aunque no lo quería así, dejé ir todo el dolor de mi pasado. Y tengo que aclararte, no, tengo que jurarte que si no lo deseaba, es únicamente porque jamás se me habría ocurrido que algo tan maravilloso como lo que vivimos anoche y hace unos instantes fuese posible. Tienes que creerme. Aun antes de hacerte mía te amaba con todo mi ser y, sin embargo, ¡tenía tanto miedo! Miedo de ver su odioso rostro cuando te tuviese desnuda entre mis brazos, de recordar de repente cuanto me hizo cuando era un niño frágil, de hacerte sentir algo semejante a ti, mi único amor, miedo de asemejarme a él de algún modo por el hecho de desearte y sentir placer. El odio que reservaba para mí mismo estaba robándose lentamente todo mi potencial para la vida y mi libertad de amar.

Se me hizo un nudo en la garganta. Estaba realmente conmovida por las palabras de Slaven, y más que aliviada de saber que me había perdonado de corazón. Ya no tendría que lamentar por siempre mi error. Aunque había aprendido mi lección y ya jamás tomaría decisiones por él, al menos haber arruinado su venganza había tenido un desenlace feliz en un aspecto de crucial importancia para ambos. Además, sabía exactamente lo que quería decir al respecto de sus temores, pues los había expresado sin reservas mientras deliraba en la cueva. Había ganado, sin duda alguna, la capacidad de despreocuparse y ser espontáneo en lo que nos concernía como pareja.

—Nunca he sido más feliz —sonreí, mi rostro a un palmo del suyo.

—¿Aunque algún día te transformes en lobo? —preguntó con expresión de culpabilidad.

—Aunque algún día me transforme en lobo —asentí, riendo y besando sus labios y mejillas reiteradamente.

Entonces, tuve que preguntarle algo más:

—Si tu sangre corre por mis venas y puedo realizar los mismos hechizos que un *strigoi*, ¿en qué me convierte esto? ¿Hay algún equivalente femenino de lo que tú eres?

—Buena pregunta —replicó pensativo—. Supongo que serías una *strigoiacă*, cuyo significado en el sentido más amplio sigue siendo, simplemente, bruja. A no ser, por supuesto, que mi sangre te haya convertido en una *striga*, lo cual sería mucho más grave.

—¿Por qué? —temblé—. ¿Qué significa?

—Se supone que una *striga* es una especie de bruja vampiresa que bebe la sangre de los infantes mientras estos duermen, para después transformarse en un insecto volador —rio—. Al menos eso cuenta la leyenda. Por mi parte, jamás he conocido a una *striga* y estoy bastante seguro de que no existen.

—¿Moscas? —exclamé, riendo a mi vez al comprender que Slaven solo había pretendido asustarme al mencionar aquella posibilidad—. ¡Prefiero transformarme en lobo!

—¿Lo ves? —preguntó, sonriendo ampliamente—. Siempre podría ser peor.



Esposa de Drăculea

En la tarde, Slaven volvió a cazar mientras yo me paseaba por el bosque. Era un lugar encantado en todo sentido; la magia de los *strigoi* que antes lo habían recorrido se presentía en toda su extensión: los árboles daban la impresión de moverse a voluntad, comunicándose entre sí y, por mi parte, captaba sus emociones y propósitos sin interferencia. Aquel día descubrí que el reino vegetal está cargado de una sensibilidad sin par, y que cada planta reacciona de inmediato a las emociones de quien se le aproxima. También me di cuenta de que había adquirido la habilidad de discernir los elementos del terreno y sus propiedades, por lo cual confirmé que la sangre de Slaven estaba efectuando una veloz transformación en mis poderes mágicos.

Tras haberse alimentado, Slaven me ayudó a preparar el fuego en la cocina para asar carne de venado que había traído para mí y, mientras yo comía, me enseñó algunos hechizos de *strigoi* que podían serme de utilidad en caso de estar en peligro en el futuro, entre ellos una fórmula para mimetizarme contra el entorno, a la manera de un camaleón.

Aunque ambos hubiésemos deseado pasar al menos un par de días más en aquella maravillosa fortaleza, la inquietud por Branka hizo urgente que retornásemos a Raskrsnica, y emprendimos el camino de regreso poco después de la medianoche. Aunque no me transformé en lobo, quise hacer el intento de correr con la manada y, para mi sorpresa, pude hacerlo con bastante rapidez al inicio, aun si me rezagué al final. Slaven conservó su forma humana todo el tiempo para hacerme compañía y, al comprobar que no podría desplazarme a la velocidad anhelada, ordenó a la manada que nos siguiese con un ritmo mucho más pausado. En ocasiones anteriores durante las cuales me había obligado a dormir, él me había llevado en brazos de un lugar al otro, pero ambos convinimos en que sería mucho más agradable conversar durante el camino, deteniéndonos cuando sintiésemos hambre o cansancio.

Por lo anterior, nos tomó más de un día llegar a Dobro. Cuando vislumbramos las primeras casas entre la maleza, aún no despuntaba el alba y la quietud imperaba en el poblado durmiente. Nos acercamos al granero por la parte posterior y esperamos a que Németh destrancase la puerta pero, una hora después, cuando las gentes ya se dedicaban a ordeñar sus animales y el cielo se había coloreado de gris, el reverendo no había aparecido. Según Slaven, aquello era muy extraño, dado a que él siempre estaba en pie antes que los demás y listo para iniciar sus actividades al amanecer con el fin de dar una impresión de austeridad y tesón dignas de su oficio. Por más que aguardamos con impaciencia, nadie llegó al granero, ni siquiera Ruth Fekete o alguno de los fieles, así que Slaven me dejó a cargo de la manada mientras revisaba la casa de nuestro enemigo.

Pocos minutos después, retornó para informarme que ni el reverendo ni sus hijos estaban allí.

—Me pregunto si lo habrán apresado —murmuró, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Eso explicaría que su familia tampoco estuviese aquí. Quizá todos partieron a Vršac para acompañarlo.

Aunque habríamos podido investigar más, Slaven estaba por alcanzar su estado de mayor debilidad del día, así que decidimos dirigirnos al cruce de caminos de inmediato. En esta ocasión, pidió dormirme y llevarme en brazos para poder llegar cuanto antes a casa de Branka, lo cual hizo que aquel tramo de camino fuese inexistente para mí.

Desperté en el umbral de la puerta, con Slaven a mis espaldas rodeándome con ambos brazos por la cintura. La manada había permanecido en el bosque.

—Creo que será mejor que seas tú quien llame a la puerta —dijo.

Cuando Branka acudió a mi llamado y se encontró cara a cara conmigo y con Slaven, lanzó un grito y azotó la puerta en nuestras narices para abrirla de nuevo casi de inmediato, gritando otra vez al tanto que me sacudía e intentaba meterme dentro de la casa a empujones:

—¡Suéltala, Pie de Bruja! —vociferaba, halándome hacia sí para zafarme del abrazo de Slaven, quien al fin me soltó para retroceder.

—¡*Mama* Branka! —exclamé sin poder contener la hilaridad—. Slaven no va a dañarme, ni a ti tampoco: ¡es mi esposo!

Branka pareció petrificarse al escuchar mis palabras y me miró de hito en hito, sus ojos a punto de salirse de los cuencos.

—¿Tu... qué? —balbuceó en un susurro, persignándose al modo serbio.

—Esposo —dijo Slaven, dando un paso hacia nosotras e inclinándose ante Branka para erguirse grácilmente y pasar un brazo sobre mis hombros, sonriendo con humor—. En otras circunstancias, le habría pedido su mano a usted formalmente, Branka, pues tengo entendido que es la persona a quien Ava más quiere en todo el mundo, tal como si fuese su madre de nacimiento. Le ruego disculpe la presteza de las circunstancias. ¿Podemos pasar para que nuestros enemigos mutuos no nos vean

conversando en el pórtico de su casa?

Lo arrastré dentro de la estancia y Branka cerró la puerta tras de nosotros, virándose para encararnos. La pobre había perdido el color por completo. Antes de que pudiese decir nada, me eché en sus brazos y la estrujé fuertemente.

—¡Branka! —reí—. Reacciona, por favor. ¡Estoy bien! ¡Y dichosa de verte!

Ella me dio un coscorrón en la cabeza y luego me abrazó, llorando:

—¡He estado a punto de morir de angustia! ¡Cada día que pasaba me convencía más de que algún miembro de la congregación te había matado! Y ahora, ¿estás casada con Pie de Bruja? ¿Qué clase de locura es esta? ¿Te obligó? —de repente, bajó la mirada para decir—: Perdone que ponga sus buenas intenciones en entredicho, Slaven...

—No hay problema —rio él—. Mi reputación me precede. Estoy seguro de que le costará creer que amo a Ava con todo mi corazón, pero el tiempo le demostrará cuán cierto es. Sin embargo, no puedo darle más explicaciones ahora. Me encuentro demasiado débil y es menester que descanse de inmediato.

Noté que se tambaleaba y, segundos después, se desplomó sobre el piso de la cocina, donde lo venció un sueño profundo. Lo arrastré hasta mi cama en el dormitorio por medio de la magia como lo había hecho en el bosque, solo que en esta ocasión fue mucho más fácil y al final logré hacerlo flotar para dejarlo caer sobre el lecho.

Tuve que darle muchas explicaciones a Branka, como es de esperar. Ella había reconocido a Slaven de inmediato aun tantos años después y confesó que, a pesar de que siempre había estado de su lado y sabía que Németh era mucho peor, seguía creyendo que había algo malvado en él. Me costó convencerla de que Slaven no representaba ningún peligro para nosotras sino más bien una protección, así como también de que Slaven no me había forzado a desposarlo. Branka conocía mejor que nadie mis planes de ser una campesina solterona y le era difícil creer que me hubiese enamorado de Pie de Bruja.

—Estoy segura de que te hechizó —rezongó, negando con la cabeza.

—¿Y por qué haría algo así? —reí, ayudándola a preparar la merienda—. No soy precisamente una beldad salida de un cuento de hadas. Quiero decir, Slaven es hermoso. Si lo hubiese deseado, habría podido conquistar a cualquier mujer de su agrado sin necesidad de recurrir a la magia.

—¡No a mí! —dijo, elevando el cucharón en el aire—. En cuanto a ti... bien, creo que siempre has sentido cierta fascinación por todo lo extraño y prohibido. Supongo que es mi culpa por llenarte la cabeza de leyendas.

—Gracias, Branka —sonreí, suspirando—. Si no fuera por ti, jamás habría conocido esta felicidad.

—Me alegra que estés contenta, hija —respondió, sonriendo a su vez—. Wilhelma va a tener un ataque al corazón cuando sepa que te casaste con un hombre de tu elección —agregó, soltando una carcajada—. Espero que la noticia la haga

rabiar a más no poder. Lo que me recuerda: Marcus escribió a casa de Filipa en Vršac. Él y Wilhelma esperan un hijo y quieren que vayas a visitarlos cuando nazca.

—Aún falta mucho para eso —dije, suspirando—. Ahora tenemos mucho que resolver. Cuéntame cómo te fue en Vršac.

—Entregué el diario a las autoridades como me lo pediste. Nuestro amigo banquero me acompañó y fue quien más insistió en que se abriese una investigación cuanto antes pues, según averiguó a través de la madrina de Rebeka, ni ella ni la muchacha estaban enteradas de la muerte de Anna cuando el reverendo fue a visitarlas por primera y única vez en Vršac. Él, por supuesto, tampoco les mencionó la defunción, y ahora resulta obvio que no lo hizo por miedo a que Rebeka cobrase la herencia.

—¡Por las Moiras! ¿Es decir que Rebeka se encontró con la tumba de su hermana cuando llegó a Dobro?

—Eso creemos. Las autoridades lo averiguarán todo en breve sin que nosotras tengamos que exponernos innecesariamente. Si solo se hubiese tratado de un escándalo campesino, el caso quizá jamás habría sido revisado. Por suerte, había mucho dinero involucrado y una sospecha de asesinato de la hija de una de las familias más prominentes de Vršac.

»Permanecí en casa de Filipa a la espera de noticias y no regresé a Raskrsnica hasta que el banquero no fue a buscarme y me contó lo que había ocurrido en el pueblo: al parecer, cuando el detective a cargo de la investigación llegó a Dobro, se encontró con que Németh había partido hacía algunos días con algunos miembros de la congregación, dejando atrás a su esposa. Aunque hizo muchas indagaciones al respecto de su paradero, los restantes miembros se negaron a hablar o ignoraban dónde se hallaba su líder, así que el detective se vio obligado a exponer el caso públicamente para que todos los habitantes de Dobro pudiesen participar en su captura, ofreciendo una generosa recompensa.

»Como imaginarás, hubo gran revuelo y la noticia se difundió como pólvora: todos buscan a Németh, anhelando quedarse con el dinero prometido por las autoridades. Además, ahora que todos saben que el reverendo y Fekete hacían lo innombrable a los chiquillos de la congregación, los miembros de la misma que restan en el pueblo no han querido salir de sus casas ni volver al granero por vergüenza, así como por miedo a verse involucrados en el crimen. No se proporcionaron nombres específicos, pero ya conoces a los habitantes de Dobro: les gusta hablar, y ya han hecho conjeturas.

»Sin embargo, el asesinato de Anna Németh y la herencia cobrada de modo fraudulento siguen siendo lo más importante para las autoridades. Rebeka está de vuelta en Vršac y, según me dijo el banquero, aliviada de descubrir que su matrimonio jamás fue válido. El detective pasará largo tiempo en Dobro, estoy segura, interrogando a los testigos. Quizá Pie de Bruja pueda ayudar en la investigación.

—No lo llames así, nana, detesta ese sobrenombre. Llámalo Slaven.

—Está bien. El pobre bastardo no tiene la culpa de tantas desgracias —dijo Branka.

—Tampoco es un bastardo, aunque no importaría si lo fuese —dije, guiñándole un ojo—. ¿Ves el anillo que llevo en el dedo?

Extendí mi mano hacia ella para que pudiese observar la joya.

—¡Vaya! —murmuró ella—. ¿Dónde lo robó tu marido?

—Fue el anillo de matrimonio de sus padres —dije, sonriendo—. Me parece que se amaban tanto como Slaven y yo. Infortunadamente, el tío de Slaven asesinó a la madre.

Le conté la historia de los *strigoi* Drăculești y cómo Slaven había sido llevado a Dobro por Baba Roga. El hecho de que Slaven fuese un *strigoi* la aterró, pero cuando le conté que yo estaba transformándome lentamente en una de su especie se echó a llorar.

—¡Mi niña! ¡No solo una bruja sino un espectro maligno!

Me tardé mucho en convencerla de que no era tan grave como lo suponía, explicándole que lo peor que podía ocurrir era que tuviese que cazar como un animal.

—¡Un lobo! —sollozó.

—Lo sé, a mí tampoco me entusiasma la idea, pero no sería algo permanente, solo parte de un nuevo proceso alimenticio. De todos modos, es posible que jamás ocurra.

Cuando Branka al fin se calmó y ya estábamos comiendo en el mesón, me miró y comentó, elevando una ceja:

—Así que Slaven es descendiente directo de Vlad El Empalador.

—Así es, nana —suspiré—. Otro motivo para estar espantada, ¿eh?

—¡No seas necia! —rió—. ¿Sabes cuál será la reacción de Wilhelma cuando sepa que tu esposo tiene sangre real?

Ambas reímos largamente ante la gran variedad de posibilidades. Cuando Slaven despertó, fue a cazar de inmediato y, al regresar, le informamos lo ocurrido con Németh.

—Me alegra que haya huido —dijo, luciendo sonrosado y fresco—. Así podré encontrarlo yo. Que vaya a la cárcel cesó de estar entre mis planes hace mucho tiempo.

—Lo que sea que piense hacer, no lo mencione delante de mí, Slaven —pidió Branka—. Entre menos me involucre en este caso, mejor para mí.

—Descuide, estará a salvo. No le contaré mis planes a nadie.

Me entristeció un poco pensar que no confiaba en mí completamente, pero pensé que tenía razón en no hacerlo. Puesto que había anochecido, Slaven juzgó propicio realizar un hechizo de protección alrededor de la propiedad de Branka ya que su tío y nuestros enemigos de la congregación aún podían volver por nosotros. Me pidió que lo acompañase y realizó cada paso con suma claridad para que yo pudiese memorizarlo.

—Ahora que te estás convirtiendo en una *strigoiacă*, deberás crear un contrahechizo capaz de deshacer cualquiera de tus hechizos —comentó—. También será propicio que apuntes todas las fórmulas mágicas de tu invención en el grimorio familiar para que nuestra descendencia pueda hacer uso de ellas en el futuro. Esto, por supuesto, cuando retornemos a la fortaleza. Supongo que no querrás dejar a Branka aquí, pero dudo que quiera venir con nosotros.

Aunque no deseaba nada más que pasar unos cuantos días a solas con él, la idea de vivir totalmente aislada del mundo me asustaba un poco.

—Quizá pueda convencerla de venir con nosotros unos días en el futuro —dije.

—Ava —dijo, abrazándome—. Considero que debo ir a buscar a Németh antes de que las autoridades lo hallen. No quiero separarme de ti justamente ahora, pero estaré más tranquilo si permaneces aquí con Branka ahora que la propiedad está sellada.

—¿Piensas partir ahora? —dije, aferrándolo a mí—. ¿No podemos esperar al menos un par de días?

—Ya pasó demasiado tiempo —respondió—. Estoy feliz de haber vivido los últimos días contigo, por supuesto... —agregó, sonriendo y besando mi mejilla—. Y viviremos días aún más felices cuando resuelva mis asuntos con el reverendo.

—¿Qué hay de tu tío? —inquirí preocupada.

—Me cree muerto, así que espero tomarlo por sorpresa también. Esto será después de encontrar a Németh, por supuesto.

—¿Cuánto piensas tardar? —pregunté afligida—. Debes darme una fecha o perderé la tranquilidad por completo.

—Bien... —dijo, mirándome a los ojos con expresión de gravedad—. Puesto que no sé dónde se esconde nuestro peor enemigo y puede que ya esté bastante lejos, pienso que me tardaré más o menos quince días en regresar. Lo rastrearé en forma de lobo con la manada. En otras circunstancias usaría la magia, pero no quiero contaminarme con su esencia.

—¡Quince días! —protesté, frunciendo el ceño—. No, no estoy de acuerdo. Quiero ir contigo.

—Sabes que no puedes correr tan rápido como la manada —dijo con aire de culpabilidad—. Además, no quiero arriesgarme a que algo te ocurra. Aun así, no debo permitir que Németh se aleje más.

—¿Crees que sepa que las autoridades lo buscan?

—No. Sospecho que él y Fekete huyeron en cuanto descubrieron que alguien había robado el diario de Anna sin saber quién fue el responsable del hurto. Puesto que partieron solo con sus adeptos más fieles, probablemente crean que alguien de la congregación descubrió su secreto. Se me ocurre que se dieron prisa en marcharse antes de quedar expuestos ante los padres de los niños agraviados.

—Espero que la última chiquilla a quien ultrajaron haya permanecido en Dobro.

—Me gustaría que averiguaras esos detalles durante mi ausencia y, si es posible, que ayudes al detective a cargo del caso. Tu testimonio le será útil.

—Está bien —suspiré—. Pero no sé qué hacer para que mi corazón esté en paz hasta que retornes.

—Oh, Ava —dijo, sujetándome contra su pecho—. Te aseguro que es aún más difícil para mí separarme de ti. La razón por la que deseo acabar con todo esto cuanto antes es poder iniciar una vida de paz contigo. No quiero postergar nuestra felicidad.

Cuando elevé mi rostro hacia el suyo, había tanto amor en sus ojos que me sentí un poco abrumada. Nunca había visto tanta calidez y profundidad en una mirada, y supe que en verdad me amaba como a su vida.

—Eres todo para mí —murmuró.

—Y tú para mí —dije—. Si no regresas en quince días, iré a buscarte.

—Si algo llegase a ocurrirme, el lobo al que sanaste vendría por ti de nuevo. Él sabrá hallarme, como bien lo sabes. Pero nada me ocurrirá esta vez. Es hora de que ganemos.

Sabía que lo que decía era cierto. La vida le debía a Slaven una victoria y yo la compartiría con él. Antes de que partiese, permanecimos abrazados largo rato y al fin desapareció entre la maleza con la manada que lo aguardaba. No pude evitar llorar, no porque temiese demasiado por su bienestar sino por lo mucho que lo extrañaría: en el instante en que nos separamos, empecé a echarlo de menos. Estaba perdidamente enamorada de mi esposo, algo que jamás habría imaginado pudiese ocurrirme, y sollocé como una párvula durante casi una hora junto a Nóc antes de entrar de nuevo a la casa.

—Nunca creí que te vería en este estado —dijo Branka, extendiéndome un tazón de leche caliente con miel—. Sin embargo, si Pie de Bruja... digo, si Slaven te quiere tanto como parece, todo habrá valido la pena, pues serás dichosa a su lado. Me alegra que hayas encontrado a tu amor verdadero, hija.

—Gracias, nana —dije, abrazándola antes de sentarme junto a ella en el mesón.

El hijo de Branka había traído un gran balde de leche en la mañana para que su madre pudiese cocinar, pero Slaven y yo aún no habíamos regresado a Raskrsnica, así que no lo habíamos visto. Mientras que Branka volvía a suplir su granja, sus familiares le proporcionaban todo lo que necesitase. Por suerte, teníamos dinero en abundancia para adquirir animales y materiales para reconstruir el cobertizo, y mi nana ya había ofrecido una suma generosa por la vaca lechera de uno de los vecinos, la cual nos entregarían en cuanto la estructura destinada a albergarla estuviese lista.

Puesto que estaba realmente exhausta, aquella noche me metí en la cama temprano y soñé con Slaven hasta el amanecer.



Embrujo de muerte

Durante la semana, Branka y yo trabajamos arduamente con sus parientes. Puesto que los materiales eran de mejor calidad, el nuevo cobertizo resistiría mejor los inviernos. Debido a la presteza, este sería un poco más pequeño que el anterior, pero habíamos utilizado el espacio de modo que la estructura pudiese ampliarse poco a poco de ser necesario. Utilicé mis poderes sin que los demás lo notasen para ajustar las piezas necesarias y hacer la madera más liviana mientras los hombres la levantaban, por lo cual terminamos bastante más pronto de lo esperado y pudimos celebrar con una deliciosa cena. Sin embargo, no dejaba de pensar en Slaven y cuánto hubiese querido que él compartiese cada uno de aquellos momentos conmigo. Aunque lo presentía en la distancia, mis sentimientos me jugaban malas pasadas, haciendo que temiese lo peor.

Branka y yo acordamos ir a Dobro al día siguiente, que era sábado, para comprar harina y aceite, por lo cual nos fuimos a dormir alrededor de las diez de la noche. En esta ocasión, en vez de ver el rostro de Slaven en mis sueños, vislumbré la figura de una mujer que se le parecía mucho, especialmente en la mirada. Era increíblemente hermosa y, por su atuendo, deduje que se trataba de una campesina eslava. A pesar de que sonreía y me miraba con ternura, noté que estaba angustiada, por lo cual le pregunté si le ocurría algo.

—¿No me recuerdas? —inquirió. Lucía sinceramente sorprendida.

—No —dije—, lo siento.

—Te visité en sueños cuando eras niña. Puesto que eres una bruja natural, te di mi bendición para que ingresaras al círculo de Baba Roga. Sabía que eras la única hechicera viviente capaz de ayudar a mi hijo, tu verdadero amor.

—¡Eres la madre de Slaven! —dije, llenándome de una emoción tan intensa que creí perdería el habla.

—Así es, Ava. Y, de algún modo, también soy tu madre por medio de la

hechicería. Sin embargo, pude hallarte precisamente porque la magia ya estaba en ti. Tu bisabuela, al igual que tú, fue una bruja natural, y aunque no perteneció al círculo de Baba Roga, te legó su poder, que permaneció latente en tu abuela y en tu madre hasta que tú llegaste al mundo.

—¿Por qué regresaste a verme ahora? ¿Está bien Slaven?

—Él está a salvo. Quien me preocupa eres tú. Sin embargo, tengo prohibido hablar del futuro, puesto que siempre es tentativo. Solo puedo advertirte.

Sentí mucho miedo.

—Te escucho —balbucí, tragando en seco.

—Por tu carácter y los sucesos de los últimos tiempos, te has hecho acreedora de la enemistad de muchos y, por desgracia, como bruja, estás sujeta a ciertas reglas que no puedes evadir. Es por esto que quiero aconsejarte que te hechices a ti misma con los poderes de *strigoiacă* que adquiriste por medio de la sangre de mi hijo para que, en caso de que alguien desee vulnerarte, tu cuerpo sea preservado hasta que el hechizo sea deshecho. Slaven te pidió que crearas tu contrahechizo personal: hazlo pronto y recítalo al pie del roble, en el cruce de caminos, antes del amanecer.

—Así lo haré —respondí, temblando.

—No temas —dijo ella, abrazándome—. Confío en que tu destino no sea truncado como lo fue el mío.

No bien pronunció la última frase, desperté tiritando a las tres de la madrugada. Tenía un terrible presentimiento. Me levanté de la cama y salí de la casa a toda prisa para buscar los ingredientes de la pócima destinada a preservar mi cuerpo físico en un estado similar a la muerte, postergando su descomposición por espacio de tres meses en caso de ser vulnerado. Según lo que recordaba haber leído en el grimorio de los Drăculești, necesitaba tierra arcillosa y hierba crecida sobre una tumba. Por suerte, había visto un par de sencillas cruces fúnebres en el pastizal sobre el que se izaba el roble herrado, las cuales demarcaban el lugar de descanso de dos habitantes de Raskrsnica. Tras abastecerme de la hierba y la tierra, las maceré sobre una piedra lisa y luego las mezclé en mi caldero con algo de leche, que representa el sustento vital de un cuerpo animado. Revolví los ingredientes cuidadosamente a fuego lento al tanto que repetía mi nombre y, cuando al fin obtuve el líquido homogéneo que buscaba, lo vertí en un frasco vacío. Para que un embrujo tan ambicioso diese resultado, tuve que envolverme en una sábana como si esta fuese una mortaja, tumbarme en medio del cruce de caminos e ingerir la poción lentamente mientras permanecía acostada. Cuando su efecto mágico se instaló en mi cuerpo, supe que era una poción realmente poderosa, pues me sentía invulnerable. Sin embargo, había utilizado casi todas mis reservas mágicas en el ritual, y estuve bastante segura de que no podría realizar ningún hechizo complicado en algunos días. En cuanto a mi contrahechizo personal de *strigoiacă*, procuré que fuese menos largo y complicado que el de Slaven pero, al igual que el suyo, en latín y en tercera persona. Puesto que no era cuestión de otra cosa que decidirlo y pronunciarlo, lo susurré al pie del roble tal y como la madre de

Slaven me lo había aconsejado:

*Bruja pues lo quiso el hado,
Iniciada junto al roble herrado,
Sangre viva de su amado
En strigoiacă la ha transformado.
En el camino sombreado
No hay futuro ni pasado,
Por el poder otorgado
Su hechizo sea anulado.*

En ese instante empezó a amanecer, así que pude darme por bien servida, pues había tenido el tiempo justo para obrar antes de que los vecinos dieran inicio a la jornada. Tras guardar los implementos de hechicería en mi baúl, me aseo y preparé un pequeño desayuno para Branka y para mí. Aunque me sentía mucho más tranquila ahora que el sol había salido y había tomado medidas para protegerme, no cesaba de pensar en las palabras de mi predecesora y en la triste forma en que había acabado su vida. Me preguntaba si aquella hermosa mujer habría podido reunirse en espíritu con el hombre que tanto la había amado en vida. Solo esperaba que, ahora que la maldición había sido deshecha, la tragedia no marcara la familia que Slaven y yo recién habíamos conformado.

Branka y yo tomamos bastante dinero para comprar víveres y, tras ensillar a Berz, nos dirigimos a Dobro entonando una alegre canción serbia al unísono. Aunque era un día algo más fresco de lo habitual y las nubes grises impedían que los rayos del sol brillasen sobre la fértil planicie, pronto ambas estuvimos de muy buen humor. Al retornar, podríamos ir por la vaca lechera y las ovejas.

Puesto que era día de mercado, busqué con la vista a mis amigos gitanos, pero no habían instalado su tienda aquel sábado. La plaza estaba algo más vacía que de costumbre y no pude dejar de preguntarme si la verdad acerca del reverendo Németh habría causado tal malestar que los vecinos ya no querían socializar entre sí. Mientras que Branka llenaba su canasta de quesos preparados por otras personas, yo fui en busca de un bulto de harina. Me supe observada al tanto que cargaba el pesado costal para depositarlo en la carreta y me viré un poco para descubrir que un par de mujeres húngaras vestidas con el atuendo característico de los miembros de la congregación me miraban con recelo, murmurando entre sí. Habituada ya a saberme juzgada por la comunidad calvinista de Dobro, puse los ojos en blanco y proseguí con mis compras. Sin embargo, cada vez que me cruzaba con uno de los adeptos del reverendo, un nuevo escalofrío me recorría. Pronto noté que no vendían ni compraban sino que daban vueltas por la plaza, vigilándome. Irritada, surqué el mercado para ingresar en la posada, donde pregunté por el detective venido de Vršac. La esposa del posadero hizo un gesto con la cabeza para indicarme que se trataba del hombre que escribía en

un cuaderno en el área posterior del comedor.

El detective era un hombre delgado y bastante joven, de bigote y cabellos negros, aseado y vestido con propiedad. Aunque no deseaba interrumpirlo, me acerqué a él y me aclaré la garganta para que notase mi presencia. En cuanto elevó su mirada hacia mí, le dije mi nombre y pregunté si podía hablar con él.

—Por supuesto —dijo, poniéndose de pie y ofreciéndome un lugar frente a él en una de las largas bancas—. Pensaba ir a buscarla precisamente hoy, señorita Geist. Sé que fue usted quien halló el diario de Anna Németh.

—Así es —respondí, observándolo con atención. Parecía serio y honrado, por lo cual me sentí cómoda en su presencia. Aun así, no me molesté en aclararle que ahora era la señora de Drăculești, puesto que Slaven y yo nos habíamos casado sin testigos y no habíamos registrado nuestra unión en el ayuntamiento.

—Aún no comprendo qué hacía en casa de la señora Fekete o por qué decidió apropiarse del manuscrito —comentó él, mirándome por debajo de las cejas.

—Bien —le dije—, tendré que empezar por el comienzo y, para ello, deberé narrarle un episodio francamente espeluznante.

—¿Qué no lo es en este caso? Por suerte, ya desayuné. Soy todo oídos.

Pedí una taza de café y procedí a contarle la conversión que había escuchado desde fuera del granero, la cual me había llevado a esconderme en casa de Ruth Fekete, gracias a lo que había podido comprobar lo que ella y el reverendo le habían hecho a aquella pequeña de la congregación.

—Comprendo —dijo, pasándose un pañuelo de blancura inmaculada por la frente—. ¿Por qué no los denunció entonces, señorita Geist?

—La niña había sido manipulada e intimidada, detective. Ni siquiera sus padres me habrían creído, pues ningún miembro de la congregación habría dudado de la palabra de Németh. Sospecho que, de haber descubierto ellos mismos al reverendo, habrían terminado por encubrirlo o por culpar a su propia hija. Necesitaba pruebas, y por ello me atreví a tomar el diario que la señora Fekete escondía. Tenía la esperanza de que me ayudase a demostrar lo que había atestiguado y no me equivoqué. Ahora, si hubiese un juicio en contra de Németh y Fekete, no dudaría en servir a la justicia con mi testimonio. Ya que han sido puestos en evidencia, apreciaría que hablase con los padres de la niña. Sin embargo, le agradecería que no les diese mi nombre aún, pues temo por mi vida.

—¿En qué sentido?

—La congregación calvinista de Dobro es vengativa. Sus miembros incendiaron el cobertizo de la granja donde vivo en Raskrsnica. También agredieron a mi nana, quien por suerte sobrevivió.

—¿Y no los denunciaron?

—Denunciamos el delito en Vršac, pero no mencionamos a los congregados. No podíamos comprobar que ellos fueran los perpetradores.

—Han debido hacerlo de todos modos.

—Supongo que podríamos realizar una acusación formal ahora que hallé en casa de la señora Fekete documentos que los implican directamente —dije, extrayendo del bolsito de cuero las cartas que le había robado a Fekete y entregándoselas al detective.

—¿Más evidencia? —inquirió asombrado.

Me limité a asentir y él examinó las cartas con detenimiento mientras yo tomaba mi café en silencio. Una vez terminó, alzó la vista de los documentos y dijo:

—La superstición y el miedo de la región han favorecido los ardidés del reverendo.

—Yo soy la forastera mencionada en las cartas, a quien la congregación decidió acusar de brujería —murmuré, clavando mis ojos en los suyos.

—¡Por Dios! —balbuceó—. Me preguntaba a quién se referían.

Me apresuré a explicarle que nuestra enemistad había empezado el día en que había pisado Dobro por primera vez. Por suerte, el interés lascivo que Németh sentía por mí había sido evidenciado en la correspondencia entre Fekete y el desconocido.

—Németh no conoce límites —murmuró apenado—. Por otra parte, la correspondencia entre la señora Fekete y el que asumo es un cómplice extranjero es demasiado rara, aún para mí. Deberé releer las cartas varias veces, por supuesto. Si usted pudiera proveerme algún tipo de explicación.

—Tampoco conozco al correspondiente de la señora Fekete —dije, deseando evadir el tema de la familia Drăculești a la que ahora pertenecía—. Aun así, me pareció que deseaba jugar con los miedos de la malvada mujer y el reverendo.

—Eso está claro, pero aún no comprendo qué interés podría tener aquel hombre en dañarla a usted o en relacionarla con el bastardo, quien asumo es el mismo de quien se había prendado Anna Németh.

No pude evitar sonrojarme cuando el detective mencionó a Slaven.

—En eso no se equivoca, detective.

—¿Lo conoce entonces, señorita Geist? —inquirió él, notando mi turbación.

—Así es —dije, sintiendo su sangre amada en mis venas—. Él socorrió a mi nana en una ocasión y desde entonces le estoy muy agradecida.

No deseaba adentrarme en detalles, por supuesto, pero el detective no estaba satisfecho aún.

—Así que, como afirma el correspondiente de la señora Fekete, ¿el infame Pie de Bruja y usted sostienen una relación de, amistad?

—Podría llamársele así, supongo —suspiré—. Aunque él partió de Dobro en la adolescencia, como puede confirmar cualquier habitante del pueblo, aún visita la región de vez en cuando. Mi nana y yo tuvimos la suerte de que pasara por nuestra granja poco después de que Németh y los suyos la incendiasen. Gracias a ello mi nana aún está con vida. Por lo tanto, le debo mucho a Slaven. Tuve la ocasión de hablar con él acerca de nuestros agresores mutuos, quienes, según revela la correspondencia, también intentaron quemarlo vivo.

—Al parecer Németh y sus seguidores abordan sus temores supersticiosos de la misma forma que los calvinistas que llevaban a los acusados de brujería a la hoguera —comentó él.

—Exactamente. Y, al igual que sus predecesores, saben que sus acusaciones son en gran medida infundadas, pero se nutren de ello para afianzarse en el poder. Y eso es lo que me preocupa, detective: será imposible convencerlos de que no soy una bruja. Aunque he mantenido mi alianza con Slaven en secreto, rechacé los avances del reverendo y lo desafié públicamente, por lo cual jamás me perdonará. Debo aclarar que fui a disculparme con él y su congregación tras el incendio por miedo a futuras represalias, pero dudo que eso los detenga. Fue precisamente el temor lo que me animó a espiar el granero la noche en que los descubrí violentando a la pequeña.

—No puedo decir que no la comprenda, señorita Geist. Y, de todos modos, debo insistir al respecto del correspondiente de Fekete: ¿además de la congregación calvinista, quién podría querer dañarlos a usted y al bastardo?

—No lo sé —mentí, tragando en seco—. Sin embargo, al leer las cartas comprendí que se trata de un hombre perturbado, por más notoria que sea su capacidad de manipulación. Yo no le prestaría mayor atención.

—Estoy en profundo desacuerdo con usted —dijo él—. Y, puesto que ya ha estado en peligro, debería interesarse más en averiguar la identidad de este hombre.

—Lo cierto es que he concluido que si buscaba dañarme era sola y únicamente para perjudicar a Slaven —admití.

—¿Es decir que aquel hombre considera que usted es tan importante para Pie de Bruja que pretendía dañarla por medio de la congregación solo para causarle a él un sufrimiento?

—Sí —confesé con una sonrisa triste—. Slaven llegó a tomarme un gran aprecio y yo a él.

En este caso, era mejor decir verdades a medias que inventar una historia: el detective era un hombre inteligente y podría darme por bien servida si me dejaba partir con la versión resumida de los hechos.

—Pues estoy muy interesado en hablar con él. ¿Sabe acaso cómo puedo contactarlo?

—Estuvo aquí hace algunos días pero lamentablemente partió de Banat. Le diré que se ponga en contacto con usted en cuanto lo vea de nuevo.

—Se lo agradecería. Su testimonio, más que el de ninguna otra persona, nos ayudará en el juicio contra Németh, si es que logramos atraparlo.

—Confío en que así sea —dije—. Cuente conmigo para lo que necesite, detective.

—Gracias, señorita Geist. Y, por favor: tenga mucho cuidado.

Pagué mi café y salí de la posada, no sin antes pedirle al detective que fuese en extremo prudente en lo que concernía a mi relación de amistad con Pie de Bruja. Puesto que Slaven me había devuelto su medallón, lo llevaba conmigo pero lo había escondido dentro de mi ropa como antes. En cuanto al anillo de bodas, había

intentado quitármelo para que no llamase la atención. Este, sin embargo, había permanecido firmemente ajustado alrededor de mi dedo, de modo que solo había logrado darle vuelta para que el dragón quedase oculto en la parte interior de mi dedo anular.

En cuanto di un par de pasos más allá del umbral, una niña se topó conmigo y me dijo en un susurro:

—Esta nota es para usted.

Tomé el papel de su mano y lo abrí con presteza. Dentro del mismo hallé un mechón de cabellos negros que reconocí de inmediato: eran de Slaven. Tras aferrarlos en un puño tembloroso, leí la nota:

Tenemos a Pie de Bruja. Si desea verlo con vida de nuevo, preséntese en el cruce de caminos a medianoche. Ni una palabra al detective.

La niña había huido y no la hallé por ningún lado. Escruté la plaza con la esperanza de atisbar al autor de la nota pero presentía que no era obra de una sola persona así que, luchando por contener las lágrimas, me eché a correr hacia Branka para enseñarle la nueva amenaza de la congregación.

—Tendré que enfrentarlos —dije cuando ella hubo leído.

—¡Ni hablar! No te dejaré caer en una trampa tan obvia.

—No puedo permitir que algo le pase a Slaven —repliqué con ojos aguados.

—¿Y cómo sabes que de hecho está en peligro? ¡Es posible que esté rastreando a Németh aún y que todo esto sea un engaño!

—¿Y cómo explicas que hayan podido cortarle un mechón de cabello?

—¿Estás segura de que es suyo?

—Absolutamente —musité, permitiendo que los lagrimones rodaran por mi rostro.

—En ese caso, vámonos de aquí. Hablaremos con más serenidad en casa. Sin embargo, creo que deberías alertar al detective.

—Es un riesgo que no puedo correr, nana. Por favor, compréndeme.

Branka meneó la cabeza con desaprobación y, tras un hondo suspiro, se dirigió a la carreta para trepar en ella al mismo tiempo que yo. Mi corazón se tornaba más pesado a medida que avanzábamos hacia Raskrsnica: sabía que no podría realizar ningún hechizo pues había agotado todas mis reservas mágicas la madrugada anterior, de modo que no tenía cómo comprobar la veracidad de la amenaza. Sin embargo, Slaven ya había estado a punto de morir anteriormente a manos de nuestros enemigos y el hecho de que su madre se hubiese manifestado en mi sueño indicaba la gravedad de las implicaciones. Aun así, ella me había dicho que él estaba a salvo, por lo que aún conservaba la esperanza de que fuese cierto. Quizá solo hubiesen logrado atraparlo y, una vez obtuviesen lo que deseaban, lo dejarían ir.

En cuanto llegamos a Raskrsnica, alertamos a los parientes de Branka y a

nuestros vecinos de confianza, contándoles que temíamos un posible ataque de la congregación. Puesto que no nos hallábamos en un área muy poblada, éramos cinco hombres adultos y siete mujeres en total. Acordamos que Branka y los demás se esconderían tras la maleza para vigilarme al tanto que yo me presentaba en el cruce de caminos.

—Es hora de darles una lección —dijo la nuera de Branka por entre los dientes—. No permitiremos que vuelvan a dañarlas.

—Solo espero que no sean más numerosos que nosotros —dije, tragando en seco—. Les pido que no se expongan por mí a menos de que estén seguros de que nada les ocurrirá.

—¡Por supuesto que nos arriesgaremos por ti! —dijo Branka, tomando un rastrillo—. Siempre nos hemos defendido unos a otros aquí en Raskrsnica. ¡No somos unos cobardes!

—¡Bien dicho! —bramó uno de nuestros vecinos—. Estamos con Branka y estamos contigo. Además, los húngaros de Dobro han sido culpables de demasiadas desgracias por aquí, empezando por la partida de Baba Roga, quien curó a mi Ruzica cuando era pequeña.

—Así es —dijo Ruzica, quien ya tenía más de treinta años—. Si no hubiese sido por Baba Roga, habría pasado el resto de mi vida padeciendo terribles callos. Aún le estoy muy agradecida, como todos los otros serbios que llegaron a conocerla.

—Se dice que tú también tienes dotes de curandera, Ava —dijo su padre.

—No es del todo falso —dije, sonrojándome—. Y, por supuesto, pueden contar conmigo para lo que necesiten.

—Muy bien, no se hable más. ¡Debemos armarnos! —exclamó la nuera de Branka.

Pronto todos tomaron azadones, palas, picas y rastrillos, y se dispersaron para montar vigilancia a los lados del camino. Entre tanto, me obligué a reposar algunas horas antes de la medianoche para recobrar las fuerzas que necesitaría más adelante. Aunque no pude dormir, yacer un rato en la cama me ayudó a poner en orden mis pensamientos. Estaba asustada. No quería morir por más que se tratase de una muerte aparente, así como tampoco podía pensar en alguna circunstancia que justificara el hecho de que la congregación hubiese obtenido un mechón de cabellos de Slaven. Intenté contactarlo en mi mente o vislumbrarlo con los ojos cerrados pero fue inútil: no podía sentirlo, estuviese donde estuviese. Aunque parte de mí sabía que esto se debía a que mi magia estaba en su punto más débil, no dejaba de temblar pensando en que quizá él ya no viviera.

Alrededor de las once y media de la noche, Branka entró corriendo a la habitación para avisarme que nuestros vecinos habían avistado las antorchas de la congregación en el camino. Al parecer, habían llegado todos en dos carretas y habían descendido antes de llegar a Raskrsnica.

—¡Es nuestro momento de enfrentarlos! —susurró, agitando las manos con

vehemencia.

—¡No! —le supliqué—. Antes debo saber qué desean de mí. No puedo poner a Slaven en peligro.

—Muy bien, entonces vamos a espiarlos. ¡Date prisa!

Corrimos por el bosque hasta que hallamos a nuestros aliados esperándonos agazapados tras la maleza. Las antorchas encendidas iluminaban los rostros de nuestros enemigos en la oscuridad de la noche. Era una veintena de personas, por lo cual utilizar la fuerza contra ellas no era la opción más apropiada. Aunque no conocía sus nombres, reconocí a un gran número de seguidores de Németh a quienes ya había visto en el granero, y me acerqué con cuidado para escucharlos con los nervios de punta.

—¡No digas tonterías! —chilló una mujer corpulenta—. La forastera recibió los cabellos de Pie de Bruja que el reverendo nos proporcionó. Tendrá que cooperar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y miré a Branka con absoluto desconsuelo. Ella se puso el dedo índice sobre los labios para indicar que guardase silencio y volvió a enfocarse en los portadores de las antorchas.

—Es una aliada del demonio, no aceptará su responsabilidad en lo ocurrido —dijo un hombre flaco y alto.

—Si no lo hace, tendremos que proceder según lo acordado. No hay otro modo de limpiar el nombre de nuestro pastor.

No lo soportaba más. Antes de que Branka pudiese detenerme, salté por entre las ramas para aterrizar en medio del camino, tomándolos a todos por sorpresa. Una vez cesaron sus exclamaciones de pánico, inquirí:

—¿Qué desean?

Una mujer de mirada maligna me circundó lentamente, como tasándome, antes de replicar:

—Por causa de tus hechizos el reverendo tuvo que huir para salvar su vida.

—Németh es un criminal que debe enfrentar la justicia —afirmé, procurando conservar la calma—. Todos ustedes irán a parar a la cárcel también si continúan encubriéndolo. ¿Cómo es posible que le entreguen voluntariamente a sus propios hijos para que él colme su depravación con ellos? ¡Congregación de monstruos!

—¡Mentira! —respondió ella, apuntándome con el dedo—. Tú y Pie de Bruja lo inventaron todo porque no soportan que un hombre de Dios desee extirpar el pecado de estas tierras malditas. ¡El reverendo ha sido un guía irreprochable! Tú, en cambio, eres la concubina del hijo del diablo. ¿O negarás que eres una bruja?

—¿Dónde está Slaven? —susurré furiosa.

—Te lo diremos si das tres pasos al frente.

Fruncí el entrecejo, sin acabar de comprender lo que deseaban que hiciese.

—¡Vamos, forastera! ¿Qué esperas? ¡Avanza!

—Muy bien, —empecé a decir, al tanto que examinaba el oscuro terreno en busca de una trampa pero no detecté ningún desnivel.

Di un paso y me detuve para observar a los adeptos de Németh, temerosa de lo que pudiesen hacerme. Ellos simplemente aguardaron en silencio, por lo cual di un paso más. En cuanto me disponía a dar el tercer paso, hallé que una barrera invisible me impedía avanzar, tanto así que me vi obligada a retroceder. Aterrada, me di la vuelta para descubrir que sus rostros amargos esbozaban sonrisas de satisfacción.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la misma mujer con tono de sorna—. ¿Por qué te es tan difícil dar tres pasos? Hace un minuto saltaste en medio del camino sin ningún problema.

—Yo no, —balbucí, desplazándome hacia la izquierda, luego hacia la derecha y por último hacia atrás pero, por más que me esforzaba, me era imposible dar más de dos pasos en cualquier dirección. Estaba atrapada.

—¡Se los dije! —vociferó mi interlocutora, tornándose para encarar a sus acompañantes—. ¡El reverendo tenía razón! ¡Todo lo que nos han dicho de él tiene que ser un engaño puesto que esta mujer efectivamente es una bruja y por ende es imposible que diga la verdad!

—¡Bruja! —exclamaron los demás, sus rostros distorsionados con fascinación morbosa.

Yo, entre tanto, había enmudecido, pero continuaba intentando salir del perímetro dentro del cual una fuerza inexplicable me contenía.

—Tracé en torno a ti un círculo de sal —afirmó la mujer con expresión de triunfo, agitando en el aire un saco parcialmente vacío que llevaba en la mano. Solo en ese momento mi sangre de *strigoiacă* pareció despertar y distinguí el compuesto mineral alrededor—. ¡Todos saben que las brujas no pueden cruzar un espacio delimitado con sal! —prosiguió la odiosa mujer—. Al fin puedo comprobarles a mis hermanos escépticos que nuestro reverendo jamás nos ha mentado: ¡él es inocente y tú eres una bruja!

—¡Bruja! —corearon los demás, señalándome con odio.

Recordé con horror el día de mi iniciación, tras la cual Branka me había puesto a prueba exactamente del mismo modo: no había podido atravesar la sal que mi nana había derramado y ahora me ocurría igual, solo que estaba en manos de mis enemigos. No me preocupaba que mis vecinos descubriesen la verdad, pues al fin y al cabo los campesinos serbios respetaban a Baba Roga. Sin embargo, los calvinistas húngaros eran capaces de cualquier cosa.

—¡Ay de ustedes, que son como sepulcros blanqueados, bien arreglados por fuera pero por dentro llenos de huesos de muertos y de putrefacción! Así son ustedes: aparentan ser gente honrada pero están llenos de hipocresía y maldad —citó al evangelista, iracunda. Ellos, sin embargo, no reconocieron las palabras de Jesucristo, acostumbrados como estaban a ignorar el verdadero mensaje del cristianismo aunque llevaran la Biblia bajo el brazo fuesen a donde fuesen.

—Admite que tú y tu amante modificaron el diario de Anna Németh para acabar con la misión divina de nuestra congregación, Jezabel —insistió la mujer, pasando

por alto lo que acababa de escuchar.

—¡Por supuesto que no! Si los peritos de la policía no hubiesen verificado que la escritura es auténtica, el detective de Vršac no se habría molestado en ir a Dobro —argüí para ganar tiempo, aunque sabía que nada los haría entrar en razón—. Por mi parte, no poseo las habilidades artísticas que se requieren para plagiar con semejante exactitud la caligrafía de una difunta a quien jamás conocí.

—¡Tal proeza solo puede ser obra de Satanás, el maestro del engaño! —vociferó ella, con voz nasal—. Será mejor que confieses ante estas buenas gentes lo que hiciste en cooperación con las tinieblas o, de lo contrario...

—¿Qué? —inquirí desafiante, aunque sentía que mi pecho iba a estallar—. ¿Me matarán así como el homicida que tienen por líder hizo con Anna Németh?

—Tendremos que purificarte así como nos vimos obligados a hacer con el pueblo que no quiso escuchar la palabra de Dios.

—¿A qué se refiere? —preguté, temblando y virándome para encarar a sus toscos acompañantes—. ¿Qué hicieron, malditos cobardes? ¡Respóndanme!

—El pecado proviene del fuego, y solo puede ser destruido por medio del mismo —masculló un hombre de expresión aturdida.

—Oh, por el amor de... —empecé a decir, cayendo de rodillas al suelo al comprender que Dobro debía estar ardiendo en llamas. ¿Cuántos inocentes estarían muriendo en aquel momento?

—¡Cuidado! ¡La bruja va evocar a su amo! —me interrumpió la que parecía haberse convertido en la líder provisional de aquella horda de lunáticos—. ¡Pronto! ¡El aceite!

Comprendí que lo habían planeado todo: incendiar el poblado una vez los seguidores fieles de Németh estuviesen a salvo y venir por mí para matarme tras haberme obligado a confesar una alianza con el maligno. Quizá Németh los hubiese alentado a proceder así para destruir la evidencia que estaba en manos del detective, el cual, si de la congregación dependía, perecería en primer lugar entre las llamas.

Dos húngaros se abrieron paso entre los demás, cada uno de ellos portando un barril abierto, y de inmediato adiviné que los recipientes estaban llenos de combustible. Sabía que querían empaparme con el líquido para prenderme fuego así que, a pesar de estar horrorizada, hice uso de toda mi agilidad para esquivarlos, contorsionándome y saltando sin lograr evadir su propósito. Los hombres arrojaron el contenido de los barriles sobre mí y pronto mis cabellos, rostro y ropas estuvieron cubiertos de aceite.

—Polvo eres y en polvo te convertirás —decretó la mujer, sentenciándome a morir como chivo expiatorio de los crímenes de su congregación.

—¡Deténganse, canallas! —el grito de mi nana resonó en el silencio de la noche al tanto que nuestros vecinos se lanzaban sobre los adeptos de Németh con sus herramientas de cultivo.

—¡Cuidado, *mama* Branka! ¡No te acerques! —grité, temerosa de lo que pudiesen

hacerle, pues a mi nana no la protegía ningún hechizo.

—¡Escuchamos todo lo que dijeron! —bramó el padre de Ruzica, golpeando a unos y otros con su pesada pala hasta que varios de ellos tuvieron que retroceder—. ¡Acaban de incendiar el poblado que los acogió durante tanto tiempo! ¡Somos testigos de su confesión! ¡Y ahora pretenden matar a una mujer inocente!

—¡Esta mujer es una sierva del demonio! —vociferó la instigadora de la congregación—. ¡Procedan, hermanos!

Antes de que Branka pudiese llegar hasta mí, uno de los húngaros tocó mis faldas con su antorcha encendida. Me eché al suelo para sofocar el fuego contra la tierra, pero otro hombre lanzó su antorcha sobre mí y mi blusa empezó a arder de inmediato. En un abrir y cerrar de ojos, me vi envuelta en llamas y comencé a aullar de miedo y dolor, revolcándome en medio de aquel círculo de sal que me contenía.

—¡Socorro! ¡Alguien traiga agua y mantas! —exclamó Ruzica.

Aunque el fuego no podía dañarme de modo permanente gracias al hechizo, el dolor era insoportable y sentía que mis botas y ropas se calcinaban contra mi piel. No podía respirar, ver ni oír: mi angustia era tal que luchaba desesperadamente por no perder el sentido, pues mi mayor preocupación eran Branka y los amables vecinos que habían venido a socorrerme. Sin embargo, los minutos trascurrían y la falta de aire sumada al sufrimiento físico era más de lo que podía soportar. Cuando me dije que mi única alternativa era aceptar lo que me estaba acaeciendo y confiar en que el hechizo funcionara, todo cesó.



Calcinada

Estaba consciente, pero había perdido toda capacidad de movimiento. Mi corazón había dejado de latir y no podía inhalar o exhalar. Mis ojos permanecían cerrados y, por más que intentaba abrirlos, era inútil. Sin embargo, el fuego ya no me abrasaba y volví a escuchar voces alrededor.

—Debo barrer la sal para que puedas sacarla del círculo.

Estaba segura de que quien hablaba era Baba Roga. Distinguí el familiar sonido del barrido cerca de mí y, entonces, la voz más hermosa del mundo pidió:

—Dame la manta.

Un segundo después, sentí que un suave material cubría mi cuerpo y reconocí el tacto y el aroma de mi esposo cuando este me tomó en sus brazos para alzarme. Quise gritar su nombre, pero fue en vano: parecía estar muerta. El hechizo había funcionado a la perfección.

—Estás tan fría —gimió él, y sus lágrimas cayeron sobre mi rostro. Sentía su corazón batir junto a mí pero no había nada que pudiese hacer para consolarlo.

Baba Roga murmuró:

—No te preocupes, hijo. Anticipándose a las acciones de nuestros enemigos, tu madre le aconsejó que se hechizara esta madrugada utilizando sus poderes de *strigoiacă* para que su muerte fuese solo aparente. ¡Obsérvala bien! ¡Su piel y sus cabellos están intactos a pesar de que lo que llevaba puesto fue totalmente consumido por el fuego! Y el anillo de bodas no se derritió.

—¡Branka! —rugió él eufórico—. ¡Venga acá de inmediato!

Solo entonces discerní el llanto inconsolable de mi nana a unos cuantos metros de distancia:

—¡Déjeme, Slaven! —respondió con un balbuceo cargado de la más honda tristeza—. ¡Me lo han quitado todo! ¡Todo!

—¡Está viva! —insistió él, riendo aun si sus lágrimas continuaban cayendo sobre

mí.

Percibí la presencia de Branka y algunos de nuestros vecinos alrededor en un instante.

—¿Cómo puede ser? —tartamudeó mi pobre nana con un hilo de voz.

—Se lo explicaré una vez estas buenas gentes nos den algo de privacidad.

—No tiene que preocuparse por nosotros —dijo el padre de Ruzica—. ¡No somos como los húngaros de Dobro!

—Eso no tiene que decírmelo, amigo —replicó Slaven—. Sé que son personas honestas y valientes. Son dignos de mi entera confianza, lo cual me demostraron hace unos minutos cuando se enfrentaron a los adeptos de Németh arriesgando sus propias vidas para defender a Ava. Sin embargo, no quiero ponerlos en peligro involucrándolos en asuntos que no les corresponden.

—Apreciamos a Ava —dijo Ruzica—. ¡Solo díganos cómo es posible que esté viva cuando es evidente que no respira!

Estaba segura de que Slaven no deseaba que supieran cuán poderosa era mi magia a pesar de que todos estaban al tanto de que era una bruja, por lo cual se tardaba en contestar. Si bien podíamos confiar en los vecinos de Raskrsnica, no era prudente que se enterasen de que podía incluso hacerme pasar por muerta. Extrañamente, ninguno de ellos parecía haber reparado en el hecho de que mi piel no ostentaba quemaduras.

—Saben que tanto Baba Roga como yo somos curanderos experimentados —dijo al fin—. Les aseguro que Ava sí respira. Es solo que su respiración es demasiado débil y debemos sanarla de inmediato. Aun así, cuando dos brujos se reúnen con el fin de devolverle la salud a alguien, los testigos pueden absorber la enfermedad de quien está siendo curado.

—¡Eso es cierto! —exclamó el padre de Ruzica—. ¡Lo he escuchado muchas veces! ¡Los dejaremos solos de inmediato! Usted también, Branka: debe venir con nosotros.

—Su vecino tiene razón —dijo Baba Roga—. Hágale caso y en breve verá a Ava tan saludable y animada como esta mañana.

—¡Júreme que así será, Slaven! —lloró mi nana.

—Se lo juro. Por favor, encárguese de que el detective esté cómodo y asegúrese de que nuestros enemigos permanezcan encerrados en el cobertizo mientras regresamos.

¡Así que habían logrado derrotar a los malditos! Hubiese querido echarme a reír, pero eso tendría que esperar. Agradecí que el detective hubiese sobrevivido, aunque no me explicaba cómo había llegado hasta el cruce de caminos. Lo que más me llenaba de dicha era saber que Slaven y mi nana estaban sanos y salvos, y que al parecer ninguno de nuestros vecinos había resultado herido.

Slaven se desplazaba caminando conmigo en brazos, besando mis mejillas y estrechándome contra sí. Solo se interrumpió para preguntarle a Baba Roga si los demás ya habían entrado a sus casas.

—Así es —afirmó ella—. Ahora, llevemos a Ava frente al roble herrado para deshacer el hechizo.

—No tengo cómo agradecerte esto —dijo él.

—Bueno, me daré por bien servida con que puedas perdonarme al fin. Sé que no fui la mejor custodia cuando eras un niño, pero no habría dudado en matar a Németh de haber sabido lo que sé ahora.

—Creo que quien debe disculparse soy yo. Desconfié de ti durante largos años y solo recientemente descubrí que jamás me traicionaste a cambio de oro. Por lo demás, descuida: me vengaré de Németh.

—No puedo negar que el oro me gusta —dijo ella—. Pero jamás te habría vendido.

—Ahora lo sé. Perdóname, Baba Roga.

—Ya, ya, deja. Perdóname tú a mí por haber sido una anciana negligente y ocupémonos de lo importante. Deposita a tu esposa aquí, justo en la intersección de los dos caminos.

Sentí que Slaven me acomodaba cuidadosamente sobre la tierra polvorienta y al fin Baba Roga susurró en mi oído la fórmula que yo había enunciado junto al árbol la madrugada previa.

Mi cuerpo se sacudió con fuerza de inmediato y empecé a toser tanto hollín que creí que mis pulmones jamás se limpiarían. En cuanto pude observarme, me di cuenta de que mi piel estaba completamente tiznada aun si no sentía ningún dolor: por esta razón los vecinos no podían haber sabido que no estaba cubierta de quemaduras.

Slaven y Baba Roga reían, celebrando mi reanimación, pero no pude verlos a la cara hasta que no cesé de toser. Entonces, cuando creí que ya me había limpiado y busqué los ojos de Slaven, culminé vomitando el bebedizo que había ingerido, el cual había preservado mi cuerpo intacto. Antes de que pudiese hablar, Slaven se arrojó sobre mí para estrecharme entre sus brazos.

—Nunca, nunca en mi vida he sentido tanto terror, dolor y alivio como esta noche —murmuró, reteniéndome contra sí y ayudándome a mantener el torso elevado.

—¡Pensé que Németh y los suyos te tenían! —dije con un hilo de voz. Aún no podía creer que estaba allí conmigo.

—¡Nunca! —replicó, mirándome extrañado—. ¿Cómo pudiste pensar algo así?

Le conté acerca de la nota y el mechón de cabellos que me habían hecho llegar.

—Németh colecciona los cabellos de sus víctimas. Cortó los míos cuando era un niño. Probablemente se los llevó consigo y se los proporcionó a los fieles que permanecieron en Dobro durante una reunión clandestina.

—¡Debemos socorrer a las gentes de Dobro! —dije, recordando de repente que la congregación había incendiado el poblado.

—Todo está bajo control —dijo Slaven, y solo entonces noté que él también estaba algo tiznado—. Vi el fuego desde la montaña y desaté una tormenta sobre el poblado para que apagara las llamas mientras lo alcanzaba. Llegué justo a tiempo

para sacar al detective del granero. Los adeptos de Németh lo habían amordazado y encerrado ahí; estuvo a punto de morir intoxicado por el humo. Los demás habitantes ya habían salido de sus casas y están a salvo.

»Los miembros de la congregación te culparon del incendio ante sus vecinos y, si no fuese porque habían llevado al detective al granero con engaños para dejarlo morir calcinado, quizá les habrían creído. Por suerte, él los escuchó decir que vendrían por ti mientras le prendían fuego a la estructura. Me lo dijo ante todos en la plaza en cuanto recobró el sentido e insistió en venir conmigo para detener a los responsables. Cabalgamos juntos hasta aquí a toda velocidad en un par de caballos prestados. Nunca había recorrido esta distancia tan pronto, ni siquiera haciendo uso de mis poderes de *strigoi*. Hechicé los caballos, por supuesto, pero debo decir que me sorprende que el detective haya logrado permanecer en la montura hasta el final. ¡Es un jinete muy diestro!

—¿Qué hay del diario de Anna y la correspondencia de Fekete? —inquirí ansiosa.

—¡El diario está en Vršac, por supuesto! En cuanto a la correspondencia de Fekete, el detective la había ocultado provisionalmente bajo una de las baldosas sueltas de su habitación en la posada en caso de que alguien entrase a husmear, así que los adeptos no la encontraron y las llamas no la alcanzaron.

—¿Así que la congregación intentó matar al detective aun cuando no podía destruir la evidencia que incrimina a su pastor?

—Robaron el cuaderno de apuntes del detective creyendo que se trataba del diario de Anna, así como su correspondencia personal. Asumo que lo quemaron todo de inmediato.

—Imbéciles —murmuré llena de furor.

—Sí. Afortunadamente lo son: cometieron demasiados errores. El detective y yo llegamos aquí cuando los vecinos de Raskrsnica ya les daban una paliza, pero solo pudimos obligarlos a retroceder cuando el detective los apuntó con su arma, la cual recuperó antes de partir de Dobro. ¡Estaban dispuestos a hacerse matar a golpes!

—Me pidieron que me presentara en el cruce de caminos a medianoche —dije—. ¿Crees que sabían que la granja de Branka está protegida por medio de la magia? Digo, de lo contrario habrían podido atacarme allí por sorpresa.

—Sin duda. Mi tío debe habérselo hecho saber a Németh y a Fekete, pues solo un brujo podría detectar un hechizo de protección.

—No te equivocas —intervino Baba Roga—. Estuvo merodeando por aquí hace algunos días. Intentó adentrarse en la granja pero, por supuesto, no pudo hacerlo. Creo que buscaba a Ava para llegar hasta ti, Slaven.

—Su amo debe haberle revelado que no morí —replicó él.

Se refería al demonio, por supuesto, y me aterraba que los espíritus infernales tuviesen la libertad de comunicarle tantas cosas a uno de nuestros más poderosos enemigos.

—Quiero ver a mi nana —dije—. Vamos a la cabaña.

—De hecho... creo que será mejor que los vecinos no se den cuenta de que el efecto del fuego en tu cuerpo fue nulo —respondió Slaven—. Una cosa es sobrevivir y otra ser invulnerable. Tu fama se extendería por toda la región. Está bien que te crean curandera, pues son gentes sencillas y bondadosas. Por el contrario, si se difunde el rumor de que eres una *strigoiacă* o incluso una *striga*, podrían querer atravesarte el corazón con una estaca.

»Deja que traiga a tu nana para que te vea. Después, regresaremos a la fortaleza, donde permaneceremos hasta que pase suficiente tiempo como para que los demás lleguen a creer que tus quemaduras sanaron sin llegar a conclusiones peligrosas. Le pediremos a Branka que diga a todos que estás muy mal y que tuve que llevarte a un especialista en la ciudad.

—Tienes razón —dije—. Sin embargo, me inquieta saber que esos lunáticos están encerrados en su nuevo cobertizo. ¿Y si llegaran a escapar?

—Imposible, Baba Roga hechizó la estructura para que no puedan salir hasta que la guardia municipal de Vršac venga por ellos. El detective irá por refuerzos en la mañana. Creo que Branka debería acompañarlo y permanecer en casa de su prima hasta que todo esto se resuelva.

—Yo me quedaré con tu nana hasta mañana —dijo Baba Roga—. Ahora que no tengo que esconderme de Slaven, puedo cooperar abiertamente con ustedes. Además, esos malditos calvinistas aún deben saldar una deuda conmigo. Me complacerá en extremo aterrorizarlos hasta que vengan por ellos. Les garantizo que jamás han escuchado sonidos como los que les haré escuchar esta noche mientras aguardan en la oscuridad.

—Hazlos ver un par de monstruos por mí —le supliqué.

Así quedó acordado. Baba Roga fue por Branka y pude despedirme de ella, no sin antes hacerle prometer que se quedaría con su prima en Vršac hasta que el resto de los miembros de la congregación estuviesen tras las rejas.

—Está comprobado que, mientras Németh esté libre y mi tío continúe con vida, todo el que se relacione con Ava o conmigo corre peligro —dijo Slaven—. Siento que por mi culpa deba interrumpir el curso natural de su vida, Branka.

—¿Acaso bromea? —respondió ella—. ¡No piense ni por un instante en asumir una responsabilidad que no le corresponde, Slaven! Sé muy bien de qué son capaces nuestros enemigos, y que la vileza que los caracteriza no tiene nada que ver con usted. Estaré bien en Vršac, me gusta estar con Filipa. Dejaré los animales a cargo de mi hijo, ya que mi granja está protegida. Nada les ocurrirá en mi ausencia.

—Yo también los cuidaré —dijo Baba Roga.

—Magnífico —dijo Slaven—. En ese caso, Ava y yo nos pondremos en marcha antes de que alguien vea cuán bien se encuentra.

Abracé a Branka largamente e hice otro tanto con Baba Roga antes de partir. A petición de la última, mi nana había sacado una bata de la casa para cubrirme, pero habría despertado sospechas trayendo zapatos, así que tuve que permanecer descalza.

—Creo que deberemos recurrir a nuestro método de transporte habitual —dijo Slaven, conforme Branka y Baba Roga ascendían la colina que llevaba a la cabaña. Con ello se refería a hacerme dormir durante todo el camino para avanzar más rápido.

—Pero no te he visto en días y hay tanto de lo que debemos hablar... —objeté.

—Lo sé —dijo, sonriendo y mirándome a los ojos—. Pero al fin estamos juntos y, lo más importante de todo: estás viva.

—¡Tú estás sano y salvo!

—Siempre lo estuve —afirmó, acariciando mi mejilla ennegrecida—. Tú, en cambio...

Por un instante, me pareció como si las más horribles imágenes pasaran frente a sus ojos pero sacudió la cabeza para decir:

—No tengo dudas de que mi madre me cuida desde su lugar de descanso porque quiso proteger a la persona que más amo en el mundo. Que haya intervenido para salvarte es el regalo más hermoso que podría haberme dado.

Sus ojos estaban humedecidos cuando me abrazó con fuerza antes de agregar:

—Te contaré todo cuanto he descubierto en cuanto lleguemos a casa.

Acepté que me hiciese dormir para llevarme hasta la fortaleza, no sin antes besarlo con todo mi amor. Fue eso y no mi contrahechizo lo que me hizo sentir verdaderamente viva de nuevo.



Hogar de lobos

—Te extrañé tanto.

Slaven lucía tan enamorado contemplando mi rostro tiznado que me enterneció.

—Debo parecer una sombra enfundada en una bata blanca —reí, desperezándome.

Estábamos en el inmenso claro de la fortaleza y Slaven sostenía mi cabeza sobre su regazo. En aquellos momentos, el sol del poniente iluminaba con su luz amarilla y anaranjada la densa capa de nubes que nos cubría.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido? —inquirí—. Creí que podías hacer el recorrido en menos de medio día.

—Así es. Llegamos a mediodía, pero tuve que ir a cazar. Pensé que sería mejor dejarte descansar para que despertaras cuando la cena estuviese lista. Debes estar famélica.

Lo estaba. Aun así, Slaven era tan dulce conmigo que no pude evitar incorporarme para lanzarme sobre él y cubrir su rostro de besos. Logré tumbarlo de espaldas sobre la tierra solo porque lo había tomado por sorpresa, y se echó a reír conforme lo estrechaba entre mis brazos sin dejar de besarlo. Aún no se había lavado, por lo que había algo de sangre fresca en sus labios y mejillas, la cual se había entremezclado con el sudor de su piel tras un día de arduo ejercicio. Aunque la sangre no me repugnaba en lo absoluto, comprobé que tampoco despertaba mi apetito de *strigoiacă*, al menos no aún. Sin embargo, el sabor de Slaven tenía un efecto decisivo e irresistible en mí. Clavé mis ojos en los suyos, agazapada sobre él como lo estaba, y entonces fue él quien me besó con la infinita ferocidad que lo caracterizaba, desnudándome en un instante y lanzando fuera de mi alcance la bata con una sonrisa socarrona, como para poner de relieve su futilidad.

—Nada podrá separarme de ti jamás —suspiró, luciendo casi inocente.

Antes de que pudiera decirle que yo misma me encargaría de que así fuese, me obligó a rodar con él sobre la hierba, sofocando mi respuesta con un beso más ardiente que el anterior y, segundos después, con el peso de su cuerpo. Ignoro cuánto tiempo pasamos uno en brazos del otro aquella tarde, prefiriendo usar el verde prado a modo de lecho cuando en el interior de la fortaleza teníamos acceso a todas las comodidades, pero ninguno de los dos parecía poder saciar su anhelo del otro. De algún modo, me daba la impresión de que, por naturaleza, estábamos en el lugar donde pertenecíamos, llenando nuestros sentidos con los sonidos del cercano bosque y el aroma de la tierra fresca como si siempre hubiésemos vivido a la intemperie. Estaba tan dichosa junto a él que olvidé por completo la comida, la cual solo recordé cuando la luna ya brillaba sobre nuestras cabezas, estando ambos sumergidos hasta el cuello en la laguna, refrescándonos antes de entrar a la casa.

Slaven salió del agua antes que yo y me tendió una mano para elevarme por encima de la superficie. Tan pronto estuve de pie sobre las suaves rocas y el viento frío de la noche sopló sobre mí, mis fuerzas flaquearon y me aferré a él para buscar apoyo. Adivinó de inmediato que había agotado mis reservas de energía al no haberme alimentado en tanto tiempo, por lo cual me obligó a sentarme mientras traía comida y mantas del interior.

—No te muevas —dijo, guiñándome un ojo—. No tardaré.

Me replegué sobre mí misma, temblando. Aún no era tan fuerte como él y quizá jamás lo sería aunque su sangre corriese por mis venas. Slaven regresó en lo que en verdad parecieron segundos con una botella de *šljivovica* y dos gruesas mantas, en una de las cuales me ayudó a envolverme, tras de lo cual se cubrió con la otra. Acto seguido, encendió una fogata sobre las rocas con ramas secas mientras yo bebía algunos tragos del fuerte licor y, pocos minutos después, me ofreció una cena caliente de venado y pescado.

—Debo aprender a alimentarme por mí misma cuando esté contigo —dije tras engullir un trozo de deliciosa carne.

—¿Por qué? —inquirió él extrañado—. Me es muy fácil hacer esto por ti. Aunque, por supuesto, entiendo que deseas más variedad de alimentos. Este lugar no ha sido habitado por una familia en generaciones, pero estoy seguro de que podríamos adecuarlo fácilmente. Hay establos en la parte trasera y espacio de sobra para cultivos y animales de granja. ¿Te gustaría eso?

—Te amo —fue todo lo que pude decir, sonriéndole ampliamente.

—Y yo a ti —dijo él—. Pero en verdad deseo saber si te gustaría establecerte aquí. Temo que te sientas sola con el tiempo aunque me tengas a tu lado, acostumbrada como estás a vivir entre la gente. Sabes que, si Branka lo quisiera, podría vivir con nosotros. De hecho, tengo amplias extensiones de tierra más allá del bosque que gustosamente les regalaría a ella y su familia para que puedan dedicarse a cultivarlas. Sé que es el sueño de muchos habitantes de Banat y me complacería en extremo hacer algo por quienes han sido tan buenos contigo.

—De hecho, era justamente lo que Branka y yo habíamos planeado hacer con nuestros ahorros —dije extasiada ante la idea—. Deseábamos comprar un pequeño terreno para dedicarnos a la agricultura y no tener que trabajar en cultivos ajenos. De no haber sido por los problemas que nos ha dado la congregación, estaríamos participando en la cosecha estival, recogiendo con los otros campesinos.

—¿Ahorros? —se atragantó—. ¡No los necesitas! Sabes que aunque fuese tan pobre como lo fui durante la infancia, jamás te faltaría nada conmigo. Sin embargo, todo lo que poseo es tuyo y somos inmensamente ricos gracias a mi padre. Así que, una vez me encargue de Németh, te llevaré a recorrer tus tierras más allá del bosque para que tengas una idea clara de lo que dispones y puedas decidir cómo usarlo mejor.

—No sé cómo agradeceréte —dije conmovida, abrazándome a él a través de las mantas—. Estoy segura de que a Branka le encantará la noticia.

—¿Por qué me agradeces? —inquirió sinceramente extrañado—. No hice más que recibir una herencia que, de no ser por tu amor, no me habría servido de nada. Tú eres mi único tesoro. Así que, de nuevo, dime: ¿te gustaría vivir aquí conmigo?

—¡Más que nada en el mundo! —reí, pegándome a su costado al tanto que él me estrechaba contra sí. Su rostro expresaba tal dicha que pensé que aquel era definitivamente el momento más hermoso de mi vida hasta entonces porque tenía la certeza de estar haciendo feliz a mi esposo.

—Ahora solo me resta hacer un par de cosas para iniciar el resto de nuestras vidas en paz: lidiar con Németh y derrotar a mi tío. Entonces los Gaborii podrán retornar a las tierras de mis ancestros en los Cárpatos.

—¿Puedes contarme ahora lo que descubriste en el transcurso de la semana, por favor? ¡Muero de impaciencia!

—¡Por supuesto! Escucha esto: decidí seguir a los calvinistas que habían permanecido en Dobro cada vez que uno de ellos dejaba el poblado, pues me pareció el modo más fácil de hallar a Németh. Sabía que, tarde o temprano, uno de ellos iría a llevarle noticias y, al fin, hace tres noches, la misma mujer que después dirigió a los congregados a Raskrsnica se escabulló de su casa cuando los vecinos dormían para cargar su carreta de víveres y dirigirse al oriente.

—¡Ese demonio encubierto! —exclamé, recordándola con ira.

—Ese mismo —replicó, frunciendo el ceño—. Espera a que conozcas el resto de la historia —prosiguió—: me hice invisible para espiarla sin despertar sospechas y así me deslicé tras su carreta hasta que se introdujo en una trocha que lleva a uno de los campos de cultivo dentro del cual hay un viejo molino abandonado. Entonces empecé a presentir a nuestro enemigo a medida que la mujer se dirigía hacia la estructura y supe que él se hallaba allí en compañía de Fekete.

»En cuanto la carreta se detuvo ante el molino, dos de los congregados de Németh salieron de él para recibir a la visitante y descargar algunas de las provisiones. Me extrañó que no las descargasen todas pero pronto comprendí por qué: los mismos

hombres que habían llevado los víveres al interior volvieron a salir, portando una enorme arca repleta de monedas y subiéndola a la carreta. Como sabes, puedo detectar el oro fácilmente con la ayuda de un fuego fatuo cuando está enterrado en la montaña, pero en esta ocasión no fue necesario: su olor, el inconfundible sonido del metal en movimiento y el peso de la carga bastaron.

»Minutos después, una figura encapuchada emergió de la estructura. Lo reconocí de inmediato aunque su rostro estuviese oculto en la sombra: se trataba, por supuesto, de Németh, quien subió a la banca de la carreta para tomar las riendas y ponerse en marcha, no sin antes decirle a la mujer y a sus dos fieles ayudantes que procediesen como Fekete les indicara antes de ir al lugar de reunión convenido, el cual no especificó. En aquel momento, puesto que comprendí que el reverendo huiría solo, tomé la decisión de seguirlo. Ahora comprendo que debí haberme quedado a escuchar las instrucciones de Fekete, pues evidentemente se trataba de incendiar el poblado y darte muerte.

»Sin embargo, gracias a que mi madre te protegió, puedo vivir tranquilo sabiendo que elegí ir tras el reverendo, quien volvió a tomar el camino principal hacia el este, yendo hacia el vecino Reino de Rumania, a donde pensé que se dirigía en un comienzo. Sin embargo, al despuntar el alba ocultó la carreta en el bosque y, tras comer un poco, se echó a dormir. Yo, como sabes, debía hacer lo mismo, por lo cual aproveché para cazar y descansar en las inmediaciones.

»Cuando desperté, Németh aún dormía así que, haciéndome invisible de nuevo y con sumo sigilo, revisé la valija de viaje que llevaba en la parte delantera de la carreta. En ella hallé un cuaderno asegurado con una cerradura de hierro. Pronto verifiqué que Németh llevaba una llave alrededor del cuello, y supe que encajaba perfectamente en la anterior. Sin dudarle, robé el cuaderno, no sin antes crear la ilusión de que uno idéntico permanecía en la valija. No hallé ningún otro artículo de interés entre su equipaje, por lo que lo dejé todo tal y como estaba y ordené a los cuervos que graznasen para despertar al reverendo, pues quería que se diese prisa en alcanzar su destino.

»Este se puso en marcha después de alimentar a los caballos y darles de beber en un riachuelo, retornando al camino principal y cuidándose de cubrir bien su cabeza y rostro. Para mi sorpresa, alrededor de una hora después, tomó un camino secundario en dirección al norte que estaba oculto entre los árboles. A pesar de que el sendero estaba en buen estado, el terreno era ascendente y desigual. Pronto nos adentramos en el extremo oriental de las colinas de Vršac y pasó largo rato hasta que Németh se detuvo de nuevo para que los caballos descansaran y bebieran al tanto que él consumía una hogaza de pan y un inmenso salchichón. Después de esto, obligó a los caballos a avanzar con presteza conforme el terreno descendía hasta que llegamos a un caserío cuando el sol ya se había puesto.

»Recordaba haberlo visto a lo lejos en algunas ocasiones, pero nunca me había adentrado en él, así que permanecí invisible conforme Németh desmontaba frente a

una casa de considerable riqueza para estar ubicada en aquel modesto lugar, acercándome para introducirme en la propiedad cuando él lo hiciera. Tras llamar a la puerta, la cual atendió una mujer rubicunda, fue invitado a pasar, de modo que me adentré en la casa pisándole los talones. La mujer lo invitó a sentarse mientras llamaba a su marido y yo permanecí de pie en un rincón, observando a nuestro peor enemigo y conteniendo el deseo de lanzarme sobre él solo gracias al hecho de que había robado su cuaderno.

»Cuando el propietario de la casa descendió por las escaleras, aun así, temí perder la invisibilidad a causa de las emociones que me embargaron al reconocerlo: se trataba, ni más ni menos, que del mismo hombre que había visitado Dobro durante mi infancia, el cual había intentado bautizarme por la fuerza y a quien le debo el sobrenombre de Pie de Bruja. Había envejecido y, sin embargo, sus ojos y gestos conservaban el mismo ardor proveniente del fanatismo que antaño lo caracterizaba. Hasta entonces, había preferido olvidarlo, pero recordé que se suponía que habitaba en Vršac y no en medio de la nada.

»Sin embargo, en aquel caserío no había ninguna iglesia y, a menos que los habitantes húngaros también hubiesen adecuado una estructura agrícola para llevar a cabo sus prácticas religiosas, el superior de Németh debía haberse retirado de sus actividades clericales, lo cual era muy improbable dado que el momento de retiro de los hombres como él suele ser la muerte. El hombre saludó a Németh besando su mejilla y, tras pedirle a su mujer que dejara la casa, tomó asiento junto al reverendo, preguntándole el por qué de la inesperada visita. Németh, quien estaba cubierto de sudor a pesar de la frescura de la noche, procedió a decirle que había sido expuesto ante las autoridades. De inmediato, el otro hombre se puso a temblar:

—¡Prometiste trabajar en la templanza! —dijo por lo bajo—. ¿A cuántos de ellos has conturbado?

»Supe que se refería a los niños de la congregación. Aunque no hubiese participado activamente en los crímenes sexuales de Németh, el hombre conocía sus tendencias perversas y había preferido callar.

—¡Respóndeme! —insistió.

Ante el silencio del reverendo, quien permanecía cabizbajo, el otro murmuró:

—No has orado en silencio ni mortificado la carne lo suficiente para que el Señor obre un cambio en tu interior.

—¡No he cesado de predicar Su palabra! —se defendió Németh—. Pero sabes que soy débil. Lo he sido desde que aquel muchacho endemoniado se cruzó en mi camino para sembrar la tentación en mi corazón.

—Ningún juez de este siglo aceptaría semejante argumento en una corte. ¡Las repercusiones de tu indiscreción no tardarán en alcanzarme a mí también! —gimió.

—¡No, Ábrahám! —dijo Németh, con un hilo de voz—. Estoy aquí, precisamente, para garantizarte que eso no ocurrirá. De hecho, todo este asunto podría llegar a beneficiarte.

El hombre pareció serenarse un poco y, tras tomar un hondo respiro, preguntó:

—¿Cómo han reaccionado los padres de las criaturas agraviadas?

—A pesar del escándalo, creen en mi inocencia. Saben que lo que nos está ocurriendo es el resultado de la maldición de Pie de Bruja. ¡Él prometió vengarse y lo ha cumplido!

—Aguarda: ¿la congregación piensa que estás siendo calumniado por el hijo del diablo? —inquirió el hombre, entrecerrando los ojos.

—En cierto modo. Ocurre que Pie de Bruja envió recientemente a Dobro a una forastera quien también quiso llevarme por la senda de las tinieblas. ¡No tengo dudas de que es una hechicera! Cuando habla, es como escucharlo hablar a él, y sus ojos...

—¡Sin embargo... no hay calumnia! —lo interrumpió el otro, frustrado—. ¿A quién quieres engañar? Yo te recomendé como ministro de la congregación de Dobro. ¡Yo te di un nombre y una reputación! Puse a esas gentes honradas en tus manos, y luego te sorprendí haciendo lo que haces —suspiró—. Creí que tú y yo podríamos enmendar a muchos elegidos húngaros en tierra extraña cuando mis superiores de la Iglesia Reformada prefirieron ignorar el mensaje que el Señor me dio. Habiendo perdido el goce y la oportunidad de tener un rebaño propio, puse todas mis esperanzas en que tú completaras mi misión divina.

—He hecho todo lo que me has pedido, aun tras tu destitución —dijo Németh y, para mi sorpresa, observé que sus ojos se habían humedecido—. Todo lo que me enseñaste, todo, se lo he transmitido a mi rebaño como si fuese el tuyo propio. ¡Mis ovejas temen al Señor como si Él mismo les hubiese enseñado Su rostro! ¡Jamás te di la espalda y lo sabes! Soy tu único discípulo fiel; eres como un padre para mí, Ábrahám. ¡Conoces todas mis faltas y mis virtudes! ¿Sería acaso capaz de mentirte? Pie de Bruja me hechizó la primera vez que posó sus ojos en mí para que yo cayese en la tentación. Tú mismo lo viste y decretaste su maldad ante todos. ¡Él es el verdadero culpable de mis faltas! ¡Lo veo a él en cada uno de los pequeños, Ábrahám, y no hallo saciedad! Si hubieras logrado bautizarlo quizá me habría librado al fin de su influjo, pero el demonio no permitió que lavásemos las faltas de su hijo.

»En ese instante, contemplé seriamente la opción de partirle el cuello, acabando con todo de una buena vez. Aun así, pensé en ti y en la felicidad que nos espera, y logré dominarme. El hombre llamado Ábrahám, por su parte, se puso de pie y se dio la vuelta, meditabundo. Poco después se tornó hacia el reverendo para inquirir, sus ojos ardiendo con un brillo conocido.

—¿Así que estás seguro de que la recién llegada es una hechicera?

—Completamente seguro —dijo Németh—. Además de que porta el amuleto de Pie de Bruja, también quiso seducirme y, puesto que logré resistirme a sus encantos, se adentró en casa de Ruth y robó algunos documentos incriminatorios. Estoy seguro de que fue ella pues me hizo perder el conocimiento en una oportunidad en que amenacé con exponer sus prácticas demoníacas. ¡Es muy poderosa!

»Por poco me echo a reír cuando dijo que tú habías intentado seducirlo, pero

seguí escuchando con atención:

—¿Qué clase de documentos robó? —inquirió el hombre, alarmado.

—El diario de mi difunta esposa y la correspondencia personal de Ruth —farfulló el reverendo, a regañadientes.

—¡Te ordené que destruyeras ese diario! ¡Oh, oh! ¿No lo ves? ¡El señor te está castigando por desobedecerme!

—No fue mi intención —dijo Németh, nervioso—. Yo mismo le exigí a Ruth que quemase el diario y solo recientemente confesó no haberlo hecho. Como sabes, fue ella quien lo encontró y jamás quiso entregármelo. Ni siquiera me lo enseñó sino que me informó lo que había leído en sus páginas, siendo lo más importante que Pie de Bruja lleva la marca del diablo en la espalda, lo cual el caballero rumano ya nos había revelado.

—Así que todo esto es culpa de Ruth, —comentó el otro.

—Aunque asegura que me desobedeció para guardar evidencia acerca de la procedencia diabólica de Pie de Bruja y así sosegar a la congregación en caso de ser necesario, sospecho que temía que me volviese en su contra en algún momento y por ello guardó el cuaderno, un gran error que ahora ambos lamentamos. Sin embargo, gentes de mi entera confianza se están encargando de recuperar el diario y las cartas, que son las únicas pruebas en mi contra. Tienen órdenes de destruir los documentos sin leerlos en cuanto los hallen y sé que me obedecerán. Sin embargo...

—¿Qué?

—Ellos también deberán dejar Dobro cuando se ocupen de la tarea que les encomendé, pues las autoridades de Vršac querrán condenarlos. Por otra parte, correrían demasiado peligro permaneciendo allí cuando Pie de Bruja ha vuelto a rondarnos y su cómplice nos acecha. Es en este punto donde toda esta situación puede ser provechosa para ti.

—¿De qué modo? No deseo verme involucrado en un escándalo de semejante magnitud.

—Necesito que acojas a mis ovejas.

—¿Aquí? —preguntó el otro, sus ojos abiertos de par en par.

—¿En qué otro lugar? Tienes tierras y algunas casas vacías que pueden usar provisionalmente mientras construyen nuevas viviendas. Aún más importante, necesitan un guía, y yo no podré permanecer aquí. Hace un minuto lamentabas el hecho de no haber tenido tu propia congregación desde que fuiste destituido: es tu oportunidad de encargarte de nuevo de un rebaño, esta vez sin la interferencia de la Iglesia Reformada. Los miembros de mi congregación, por supuesto, deberán esconderse y cambiar sus nombres. No tienen otro lugar a dónde ir. Es decir, Ábrahám, que una vez se instalen aquí, jamás podrán dejarte.

—¿Y los niños?

—Jamás hablarán —aseveró el reverendo, sin poder suprimir un gesto malicioso—. Además, nunca los he tomado después de cierta edad, por lo cual suelen olvidarlo

todo muy pronto.

»Me dije que aquel razonamiento era propio de él y, aun así, sabía que su falta de prudencia y el desconocimiento de sus víctimas nos servirían en el futuro.

—¿Adónde irás tú? —inquirió el hombre llamado Ábrahám.

—Regresaré a Debrecen, donde nací. La casa vacía de mis padres me espera.

—¿De qué vivirás?

—Tengo algunos ahorros —tosió Németh—. Por lo demás, poseo experiencia predicando, ya sabré ganarme la confianza de mis futuros vecinos, quienes probablemente necesitarán de mis conocimientos bíblicos.

—Harías bien en mantenerte alejado de los niños —le dijo Ábrahám, con tono de reproche.

—Verás que, en cuanto logre poner la suficiente distancia entre Pie de Bruja y yo, la tentación dejará de atormentarme.

—Eso espero —replicó Ábrahám.

—Los miembros de la congregación arribarán en un par de días. Será tu decisión el acogerlos como un nuevo rebaño o abandonarlos a su suerte. Sin embargo, sé que no hay serbios en este caserío y, por lo tanto, estarían más tranquilos que en ningún otro lugar de los alrededores. Además, están acostumbrados a trabajar con tesón, pues los instruí yo mismo: podrán labrar tus tierras y hacerte aún más rico. Pero, antes que todo, solo tú puedes protegerlos de la hechicería. Necesitarán un líder que continúe instruyéndolos. ¿Qué me dices? ¿Los aceptarás?

—¿Sabes? Me has sorprendido —dijo el hombre, sonriendo con expresión de orate—. El Señor trabaja en formas misteriosas. Jamás pensé que podría cumplir Su voluntad después de todo. ¡Claro que los aceptaré!

—Ellos aún no saben que no estaré aquí para reunirme con ellos, pero eso no importa: estarán en manos del mejor pastor que un rebaño podría tener. ¡Gracias, Ábrahám! Cuando todo esto pase y las autoridades me hayan olvidado, regresaré.

—¿Qué hay de Ruth?

—Ella será tu mano derecha, como lo ha sido conmigo. Está preparada para ayudarte a guiar a la congregación. Conoce todos sus secretos y, por lo tanto, cuenta con su obediencia.

—No puedo negar que será una ventaja a la hora de corregir a las ovejas díscolas —dijo el hombre—. Ten la seguridad de que la acogeré con la mayor hospitalidad. En cuanto a los miembros de la congregación, muy pronto se sentirán como en casa.

—Ten en cuenta que estas buenas gentes dejan atrás todo lo que tienen, como el pueblo del Señor dejó Egipto para ir en busca de la tierra prometida. Además, se encargarán de escarmentar a los herejes de la región antes de partir, tal y como los hebreos hicieron con los egipcios tras celebrar la primera Pascua. ¡El castigo del Señor recaerá sobre Dobro y los hechiceros a quienes ha elegido escuchar! Es lo que tú siempre quisiste, Ábrahám.

—Has obrado bien en la adversidad, enseñando a los elegidos a proceder como lo

ordena el Señor —dijo el otro, poniendo su mano sobre la de Németh—. Tienes mi bendición.

»»Jamás supuse que Németh pretendiese incendiar Dobro y mucho menos que hubiese planeado enviar a sus adeptos a Raskrsnica por ti, por lo cual no me inquieté demasiado, aunque sabía que tendría que retornar cuanto antes para averiguar de qué tipo de castigo hablaba y evitar su ejecución. Németh pasó la noche en casa de su mentor y, mientras tanto, opté por ocultar su oro para que no pudiese partir al día siguiente como parecía ser su intención. Además, me complacía en extremo imaginar el desespero con que buscaría semejante tesoro mientras yo dormía lejos de allí. Dejé una nota en su carreta que leía:

Tengo su dinero. Aguarde instrucciones si desea recuperarlo. Un ángel conocido.

»Sabía que creería que el autor de aquellas palabras era mi tío pero, en caso de que decidiese huir de todos modos, hechicé todas las bestias del caserío para que se rehusaran a moverse. De todos modos, me aseguré de remover el terreno en varios lugares alrededor para que Németh creyese que su cofre desaparecido yacía en ellos y excavase uno y otro sin éxito. Partí antes del amanecer para dormir en un lugar seguro y en cuanto desperté me dirigí hacia Dobro, con tanta suerte que divisé las llamas desde la montaña para extinguirlas a tiempo. Y ya conoces el resto de la historia.

—Los miembros de la congregación que intentaron quemarme viva eran muchos, pero no todos —dije—. ¿Dónde crees que está el resto?

—Supongo que ya se pusieron en marcha hacia el caserío donde los aguardan Németh y su mentor.

—Solo me preocupan los niños —suspiré—. Ya han vivido suficientes horrores como para seguir creciendo con unos padres que prefieren creer en la palabra de su victimario.

—Se hará justicia —dijo él, apretando la mandíbula—. Ahora quisiera revisar el cuaderno de Németh en tu compañía.

Extinguimos la fogata que ardía junto a la laguna y entramos al fuerte, donde me puse la bata que había usado la última vez que había estado allí.

El cuaderno estaba sobre la mesa junto a las ropas sucias de Slaven, las cuales había reemplazado por una túnica de lana negra igual a la que me había prestado en la caverna. Lucía encantador con sus cabellos negríssimos y ropas limpias de hechicero al tanto que encendía un candelabro con un chasquido de dedos para que pudiésemos leer cómodamente en la poltrona junto a la chimenea, que también hizo arder.

En cuanto abrimos el cuaderno, descubrimos que Németh dedicaba una página separada a cada niño que había agredido, dibujándolo como era en la época del ataque con grandes dotes artísticas, según Slaven confirmó, pues su nombre y

bosquejo hacían parte de la lista: aun dibujado por un ser tan abominable, su retrato era el de un niño hermoso de grandes ojos oscuros. Németh había cosido cuidadosamente trozos de tela a las hojas del cuaderno, creando pequeños bolsillos donde había insertado un mechón de cabellos de cada una de sus víctimas. Solo faltaban los cabellos pertenecientes a Slaven, que Németh había entregado a su congregación para tenderme una trampa. La fecha en que había agraviado a cada niño estaba grabada en la porción superior de la página junto a su nombre, edad y los nombres de sus padres. Más abajo, Németh detallaba las faltas cometidas por el niño o niña en cuestión durante los servicios religiosos, con los miembros de su familia, en las labores domésticas o del campo, en sus estudios bíblicos o durante las restringidas horas de juego. Como es de imaginar, las faltas eran simplemente muestras de un comportamiento infantil que aún admitía muestras de espontaneidad, alegría o deseos de comprender el mundo. Por desgracia, Németh se había guardado de documentar el tipo de *castigo* que había infligido a las criaturas, que eran más de cien, y muchas de las cuales ya habían alcanzado la mayoría de edad. No me extrañó que sus propios hijos hiciesen parte de las víctimas: estos encabezaban la lista, desvirtuando lo que Németh le había asegurado a su mentor, esto es, que Slaven había sido su primera tentación.

Tras alcanzar la página que correspondía a la última víctima, quien era la pequeña cuyo abuso yo había tenido el horror de atestiguar, corrí fuera del aposento para vomitar. Por fortuna, la sala de baño contaba con agua corriente, porque no habría tenido el tiempo de salir y me tardé largo rato llorando y vaciando los contenidos de mi estómago. Deseaba intensamente la muerte de Németh pero, como Slaven, comprendía que no era suficiente. Solo esperaba que la venganza que tenía planeada fuese satisfactoria de algún modo.

Al retornar a la estancia, me sorprendió la aparente calma de Slaven tras haber examinado las anotaciones meticulosas de aquel depredador que usaba una fachada beatífica para esconder sus crímenes y manipular a sus semejantes.

—He vivido con esto demasiado tiempo —dijo Slaven, como adivinando mis pensamientos—. Por otra parte, mi corazón pudo sanar completamente gracias al hechizo de la caverna. Que todo esto ya no afecte mi sensibilidad como antaño solo me proporciona la sangre fría necesaria para obrar con mayor precisión. Ha llegado la hora de mi venganza, Ava.

—¿De veras? —inquirí, sintiendo que mi pulso se aceleraba—. ¿Cuándo la llevarás a cabo?

—Dentro de tres días —dijo él, y una sonrisa perversa surcó su rostro.

No esperaba que me compartiera los detalles de su plan tras haber traicionado su confianza en una ocasión anterior, pero me moría por saber cómo pensaba darle su merecido al reverendo.

—Quiero que me acompañes —agregó, con expresión de suma seriedad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al tanto que él tomaba mis manos, diciéndome

con la mirada que confiaba en mí como en sí mismo.

—¡Gracias! —dije, abrazándolo con todas mis fuerzas.

—No tienes nada que agradecer —respondió, acariciando mi cabeza con ternura—. De hecho... voy a necesitar tu ayuda —añadió, apartándose suavemente.

Después de esto, retiró la alfombra que estaba en medio de la habitación y encendió velas en los cuatro puntos cardinales del círculo tallado en la losa del suelo. Tras haberse posicionado en el centro del mismo, extendió su mano para invitarme al interior, donde procedió a explicarme su plan, seguro de que nadie más lo escucharía.

Sexta Parte





Pacta sunt servanda

Slaven retornó a Raskrsnica la noche siguiente con la manada para pedirle un favor a Baba Roga, quien estuvo encantada de colaborar con él en lo posible. Según me contó a su regreso, Branka había partido a Vršac con el detective como habíamos convenido, y la guardia civil había ido al cruce de caminos para apresar a los adeptos de la congregación que estaban encerrados en el cobertizo, los cuales, tal y como Baba Roga había prometido, habían pasado la peor noche de sus vidas y agradecieron con lágrimas de alivio salir de su encierro temporal en la granja para ser llevados al reclusorio en la ciudad.

Tras hablar con Baba Roga, Slaven realizó un viaje preventivo al caserío donde se refugiaba nuestro enemigo, al cual llegó el lunes al despuntar el alba. Para asegurarse de que permaneciese allí, le dejó otra nota a nombre del *ángel amigo* y hechizó las monturas de los adeptos recién llegados como había hecho con las que ya estaban allí.

—Bloquéé el camino que lleva al norte con un deslizamiento de lodo y rocas en caso de que el reverendo decida ponerse en marcha hacia Debrecen a pie... aunque no creo que se arriesgue a partir sin su tesoro ahora que está realmente arruinado. Toda la congregación depende de la caridad de Ábrahám, que es justo lo que merece —comentó.

Slaven y yo dejamos la fortaleza el martes a mediodía tras una cuidadosa revisión de su estrategia. Aunque, por hallarnos al extremo oriental de las colinas, estábamos relativamente cerca del caserío que ahora acogía a la congregación, Slaven y yo acordamos que me hechizaría para que durmiese durante el viaje. Aun si había recobrado mis poderes habituales más pronto de lo que esperaba por virtud de haber pasado algunos días en la fortaleza encantada que ahora era mi hogar, mi colaboración en la venganza se reduciría a pequeñas intervenciones prácticas. A pesar de lo anterior, estaba segura de que al fin poseía un atuendo digno de una verdadera bruja, pues llevaba una hermosa túnica negra de capucha que Slaven me había

obsequiado después de revelarme sus planes el sábado en la noche.

—Mi padre se la reservó a mi madre, quien nunca llegó a usarla —había explicado—. Sé que ella estará feliz de que su sucesora tanto en el círculo de Baba Roga como en la familia Drăculești la herede en su nombre.

El ligero terciopelo era lo bastante fresco para los días soleados y, aun así, un abrigo apropiado para las horas de la noche estival. En cuanto al calzado, tendría que adaptarme a las circunstancias lo mejor posible, ya que mis botas se habían calcinado en Raskrsnica con el resto de mis vestiduras. Sin embargo, quizá gracias a mi lenta pero indudable transformación en *strigoiacă*, había constatado que mis pies pisaban ligera y cómodamente tanto los punzantes guijarros como las ramas quebradas del bosque que rodeaba la fortaleza, como si en vez de pies tuviese patas de lobo. Por suerte, pude comprobar que seguía teniendo mis extremidades de mujer y reí para mis adentros antes de que Slaven soprase sobre mi rostro para hacerme dormir. La manada lupina tenía una misión especial, por lo cual no nos acompañó durante el trayecto hacia el caserío. Sin embargo, confiaba en que ese mismo día vería a mis amigos lobos para celebrar con ellos la victoria de Slaven.

El sol se ponía cuando nos detuvimos a contemplar la casa del mentor de Németh a una distancia prudencial, ocultos tras los pinos negros del frondosísimo monte. Las carretas de la congregación habían sido guardadas y, por ser día domingo, los fieles se hallaban descansando dentro de las viviendas. O al menos eso suponía yo.

—¿Está Németh aún aquí? —susurré nerviosa.

—Puedo olerlo —gruñó Slaven, sonriendo—. No me decepcionó al decidir quedarse para recuperar el dinero que le robó a Rebeka.

—Me pregunto si habrá informado a sus fieles que Ábrahám es su reemplazo hasta nueva orden.

El clamor que resonó en el interior de una enorme casa de madera oscura donde se hallaban los establos respondió a mi interrogante:

—¡Aleluya! ¡Dios dé larga vida a nuestro nuevo ministro Ábrahám!

—Probablemente se los hizo saber en cuanto llegaron —respondió Slaven—. Este debe ser uno de sus prolongados servicios de los domingos. Así descansan los reformistas.

—Al parecer recién concluyó la edificante prédica, en la cual supongo que tú y yo tuvimos más protagonismo que Dios —dije cuando los miembros de la congregación salieron de los establos y se detuvieron frente a los mismos para tomar aire fresco y conversar.

—Es un gran honor —bromeó, llevándose la mano al pecho—. Y, para celebrarlo, iré a entregarle a Németh la última nota ahora que está solo con Fekete.

Dicho esto, pronunció una complicada fórmula *strigoi* y su aspecto se transformó instantáneamente en el de un chiquillo ataviado a la manera de los pequeños de la congregación. Aunque sus facciones y el color de sus cabellos habían cambiado, la expresión de sus ojos era la misma que yo conocía. Sin embargo, sabía que todo

aquello era un simple truco ilusorio que había aprendido de uno de sus antecesores, pues convertirse realmente en otra persona requería una complicadísima pócima cuyo efecto era muy breve.

—Deséame suerte —dijo, y el tono infantil que había adoptado me tomó por sorpresa.

Lo vi deslizarse por la ladera con andar inocente para unirse a un grupo de niños que jugaban a saltar el lazo. Después de pasar unos minutos en su compañía sin que ninguno de ellos reparase en su presencia, se dirigió al porche donde Németh se hallaba conversando con Fekete. Cabizbajo, Slaven entregó la nota al reverendo, quien la tomó de entre sus dedos, mirándolo con perverso interés y sin percatarse de que quien se la extendía era su peor enemigo. Reconocí una mezcla de rabia y esperanza en la mirada del reverendo, quien después de leer la nota se puso a escudriñar su entorno y luego consultó su reloj de bolsillo. Slaven desapareció tras una de las casas mientras Németh murmuraba algo en el oído de Fekete, y así supe que la primera parte del plan había sido completada satisfactoriamente.

Alrededor de dos horas después, cuando ya había oscurecido y los miembros de la congregación se habían repartido en tres viviendas vecinas, Németh se deslizó fuera de la casa de Ábrahám en su camisón de dormir, portando una linterna en una mano y un cuchillo en la otra, y se dirigió hacia un pequeño claro que se hallaba a mi derecha, en la espesura del bosque. Allí lo aguardaba Slaven, aún con la apariencia de un chiquillo, pero esta vez con un camisón que le llegaba hasta las rodillas. Observé aquel encuentro desde mi escondite, con el corazón en vilo:

—¡Hola, pequeño! —susurró Németh al verlo, avanzando hacia él—. Veo que el hombre que me envió la nota cumplió su palabra. ¿Sabes por qué estás aquí? —inquirió.

—No —respondió Slaven luciendo sumiso—. Pero el señor Ángel prometió que usted me daría una moneda cuando todo terminara.

—¡El señor Ángel! —rio Németh entrecerrando los ojos—. Por supuesto. No solo te daré una moneda sino dos, pequeñín. No vives en el caserío, ¿verdad? No recuerdo haberte visto antes de hoy...

—No —dijo él—. Vivo en una cabaña en el bosque. Soy muy pobre.

—¡Qué lástima! Dime, ¿dónde están tus padres?

—Muertos —susurró él, mirando al suelo.

—¿Y quién cuida de ti?

—Una anciana mujer que se apiadó de mí.

—¡Oh, pobre criatura! —comentó Németh con visible hipocresía—. ¿Cómo te llamas?

—Glorioso —murmuró él, y recordé que tal era el significado del nombre eslavo que le había dado su madre.

—¡Vaya! Qué nombre más peculiar.

—Lo es —dijo Slaven, clavándole la mirada de repente.

—Por Dios, me parece que alucino —murmuró el reverendo, llevándose las manos a las sienes—. Te pareces tanto a él...

—¿A quién me parezco, señor?

—A nadie —dijo el otro sacudiendo la cabeza—. Está muy oscuro aquí, olvídalo.

—Oh, pero no puedo, —respondió Slaven, sonriendo con malevolencia—. Usted dijo que le recordaba a alguien.

—En eso tienes razón —susurró el reverendo con voz acariciadora—. Me recuerdas a un muchacho a quien nunca volví a ver. Sin embargo, no era bueno como tú.

—¿Y qué hacen los niños buenos? —preguntó Slaven.

—Los niños buenos son obedientes —dijo Németh, y leí en cada uno de sus gestos que la lujuria lo dominaba—. ¿Te gustaría jugar conmigo?

—Sí —asintió Slaven.

—Vamos a jugar un juego muy especial, ya verás. El señor Ángel me dejó algo, ¿no es así?

—Sí —dijo Slaven, señalando un bulto de cal que yo había puesto junto a un árbol—. Allí está.

Acurrucada entre la maleza, observé cómo el reverendo depositaba la lámpara y el cuchillo en el suelo para dibujar un grueso pentagrama con la cal, tarea que realizó sin dudar. Entonces se quitó la bata, quedando así completamente desnudo. A continuación, tomó el cuchillo de nuevo y se sentó en medio del pentagrama, susurrando una frase ininteligible.

—Ahora desnúdate tú también —dijo a quien creía era un niño cándido, con voz trémula.

—Qué juego más extraño —dijo Slaven.

—Verás que es muy divertido. Además, es importante que hagas lo que te digo si quieres que te dé esas dos monedas, ¡piensa en toda la comida que podrás comprar con ellas! —replicó Németh, recorriendo la figura infantil con deleite—. Sé un niño bueno y obedéceme.

—Está bien, —dijo Slaven, e hizo ademán de tomar el borde de su bata, pero se detuvo—. ¡Oh! Acabo de recordar que el señor Ángel me mandó recitar unas palabras especiales que me hizo memorizar.

—¿Ah, sí? ¡Date prisa en hacerlo, entonces! —exclamó Németh expectante.

—Yo te ato al pentáculo del que tú mismo te has hecho esclavo —sentenció con aparente ingenuidad.

En ese instante, la luz de la lámpara se extinguió. O, debería decir, Slaven lo hizo por medio de la magia. Tal y como lo habíamos acordado, corrí al centro del claro y me apoderé de la bata de Németh sin que él se diese cuenta de ello, lo cual fue fácil pues yo podía ver claramente en la oscuridad y él no. En el lugar de sus ropas, puse una pequeña bata de dormir idéntica a la que la ilusión de Slaven llevaba y, a continuación, me alejé con sigilo para volver a posicionarme tras los árboles, desde

donde seguí vigilándolo.

—¡Demonios! ¿Qué le pasa a esa lámpara? —se quejó Németh—. ¿Dónde estás, pequeño?

—Aquí —replicó la voz infantil, esta vez más lejana.

—¡Acércate para que pueda tocarte! —gritó Németh.

—¡No puedo ver nada! —respondió Slaven, ahora desde el interior del bosque—. ¡Tengo miedo!

—¡No temas! ¡Solo sigue el sonido de mi voz! ¡Estás alejándote!

A la sazón, el familiar gruñido del lobo al que había sanado resonó en el soto a poca distancia y supe que nuestros aliados animales se aproximaban a gran velocidad. Toda la manada empezó a aullar al tanto que alcanzaba el claro del bosque, rodeando a Németh en cuestión de segundos.

—¡Lobos! —gritó Németh, tomando el cuchillo en su mano y poniéndose de pie, aterrado. Sin embargo, puesto que no veía más allá de sus narices, su temor fue superior a aquel súbito impulso de valentía y optó por acuclillarse en su lugar, blandiendo el arma con la mano derecha al tanto que intentaba cubrirse la cabeza con el brazo izquierdo.

Poco después, divisé la luz de una antorcha entre los árboles y, junto a ella, la figura de un hombre a quien no había tenido la oportunidad de ver en persona hasta entonces, pero al cual reconocí gracias a la descripción que Anna Németh proporcionaba en su diario: alto y rubio, con hermosos rasgos similares a los de Slaven y ropas dignas de un rey, se adentró en el claro con asombrosa agilidad y extrañado, se detuvo frente a los lobos que rodeaban al reverendo.

—¿Németh? —inquirió, frunciendo el ceño—. ¿Es usted?

Le había hablado al reverendo en húngaro, aunque poseía un distintivo acento rumano. Era mi turno de actuar y no podía cometer ningún error: puesto que aquella reunión era una sorpresa para ambos facinerosos y ninguno de los dos poseía la habilidad de ver en las tinieblas, extinguí la luz de la antorcha creando una ráfaga de viento precisa y contundente.

—¡Demonios! —exclamó su portador, quien no era otro que el infame tío de Slaven, arrojándola a un lado.

Temblando, tomé el segundo saco que Slaven y yo habíamos preparado y, acto seguido, me apresuré a derramar su contenido alrededor del recién llegado, conformando un círculo de sal en torno a él. El repugnante olor que emanaba me dio náuseas, así que tuve que contener la respiración. Solo cuando completé el círculo sin que él se percatase de mi presencia o de lo que había hecho, me di el lujo de exhalar y, tras refugiarme de nuevo en el bosque, hice que la luz de la lámpara de aceite brillase muy suavemente, de modo que ambos hombres permaneciesen en la penumbra.

El tío de Slaven viró la cabeza hacia la ínfima llama y comentó:

—¡Ah! Veo que tenemos una lámpara defectuosa, —y volviendo a enfocarse en

Németh, inquirió con tono mordaz—: ¿Qué demonios hace desnudo en medio del bosque?

—¡Quíteme estos malditos animales de encima antes de que me devoren! —gimió el reverendo por entre los dientes.

—¡Qué ignorante es! —rio el hombre—. Los lobos rara vez atacan a un hombre, ¡y estos definitivamente no están tan hambrientos como para comerse a alguien tan poco apetecible! —agregó, ahuyentando con ambas manos a los animales, los cuales se dispersaron en calma, no porque le estuviesen obedeciendo a él sino porque yo les había dado la señal de regresar a la espesura—. Ahora, el miedo debe haberle hecho perder la cordura: ¿qué quiere decir con eso de que yo lo hice venir aquí cuando fue usted quien me atrajo a este claro del bosque?

—¡Déjese de juegos! —dijo Németh aspaventado—. ¡Devuélvame mi maldito dinero!

—¿De qué dinero habla? —inquirió el otro—. Si cree que necesito robarle a un viejo derrotado como usted, se equivoca. Aunque, ahora que lo pienso, no obro por necesidad sino por placer, y el oro me complace, así que quizá pueda ayudarlo, Cuénteme, ¿qué tan importante es la suma que perdió?

—¡Usted lo sabe de sobra, ya que me robó! —replicó Németh, poniéndose de pie y empuñando el cuchillo—. ¡Es la herencia de mi difunta esposa y me pertenece!

—Ah, Németh, Németh, si se refiere a *ese* dinero, ambos estamos al tanto de que usted engañó al banco para quedarse con la herencia tras asesinar a Anna y, por lo tanto, no le pertenece a usted sino a la hermana de la difunta.

—¡Como sea! Su nota ordenaba claramente que viniese aquí y dibujase el pentagrama, tras de lo cual debía evocar a Satanás y sacrificar al pequeño en su nombre. ¿No lo recuerda?

—No, por supuesto que no lo recuerdo porque, simplemente, no es verdad. Si sacrificó a algún pequeño para obtener riquezas, fue idea suya y de nadie más.

—¡Oh, vamos! ¿Cómo puede negarlo? Es tal y como cuando le pidió a Anna que sacrificase al pequeño Hanzar.

—Recuerdo claramente haber escuchado de labios de Anna lo que usted y Ruth Fekete hicieron a Hanzar en el cuarto de castigos de aquel granero: tortura, sodomía, Curiosamente, lo encontraron muerto poco después. Qué atrocidad.

Por poco lanzo una exclamación cuando Slaven, habiendo recobrado su apariencia habitual, me cubrió la boca con la mano para obligarme a retroceder varios metros en la oscuridad:

—Aguarda aquí, no sea que la luz de la lámpara te alcance —me dijo en un susurro, aumentando el brillo de la misma de modo que iluminase todo el claro—. No te quiero cerca de estos lunáticos.

Asentí quedamente conforme detectaba las figuras severas que se habían agrupado al borde del claro, contemplando a Németh y a su acompañante con la más absoluta estupefacción: aunque no los conté, supe que todos los miembros adultos de

la congregación estaban allí, según Slaven lo había planeado.

—¿Qué significa esto? —tartamudeó Ábrahám, irrumpiendo en el claro.

La sorpresa de Németh al ver a los miembros de la congregación fue tal que profirió un alarido, intentando vestirse, tomó la bata infantil que reposaba junto a él, sacudiéndola ante todos y evidenciando, además de su reducido tamaño, el hecho de que estaba cubierta de sangre.

—¡No son mis ropas! —gritó desesperado—. ¡Es un truco del diablo!

—Usted mismo acaba de decir que evocó a Satanás, reverendo —exclamó uno de los hombres de la congregación, temblando de miedo.

—¡Todo esto tiene una explicación! ¡Este hombre me tendió una trampa! —gimió Németh, cubriéndose la entrepierna con la prenda ensangrentada.

—Pero... lo escuchamos con nuestros propios oídos —balbuceó una de las mujeres—. Además, estamos familiarizados con el pentagrama: sabemos que es un símbolo demoníaco para llamar a los espíritus del mal.

—¡Ustedes también han dibujado el pentagrama! —chilló Németh—. ¿O tengo que recordarles que lo pintaron en la fachada de la cabaña de la granjera serbia? Todo esto tiene una explicación. ¡Deben creerme!

—¿Por qué está desnudo? —inquirió un anciano, con expresión desconfiada.

—¡Es culpa de este hombre! —insistió el reverendo, cuyos ojos amenazaban con salirse de las cuencas, señalando al tío de Slaven—. ¿Cómo pueden dudar de mí?

—Todos tuvimos el mismo sueño —murmuró Ábrahám, con ojos de orate—. En él, se nos ordenaba venir de inmediato aquí, La voz decía: *vayan al claro y hallarán al nigromante*. ¡Y continuamos escuchándola después de despertar! La seguimos en la oscuridad, como el pueblo elegido siguió las indicaciones de Jehovah en el desierto. ¡Fue una indicación del Señor para que viésemos que un brujo se esconde entre nosotros!

—¡El brujo es él! —vociferó Németh, apuntando al tío de Slaven.

—¿Brujo? —carraspeó el otro—. Permítanme presentarme: soy un viejo conocido de la difunta señora Németh. Cuando escuché los rumores de que el reverendo la había asesinado, quise buscarlo para confrontarlo. Justamente me aproximaba al caserío cuando escuché los desgarradores gritos de un chiquillo, por lo cual me interné en la espesura con la intención de socorrerlo. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con el reverendo completamente desnudo y agazapado sobre un Pie de Bruja! ¡Mírenlo! ¡Aún lleva el cuchillo en la mano! Por desgracia, según parece, llegué demasiado tarde para salvar al niño. ¿No piensan preguntarle al reverendo, más bien, a cuál de sus pequeños sacrificó?

Los miembros de la congregación se miraron entre sí.

—¡Mi Isaac! —murmuró una de las mujeres.

—¡Mi David! ¡Mi Adorján! —dijo otra, imitándola.

Sin embargo, ninguna quiso regresar sobre sus pasos para comprobar que sus pequeños estuviesen a salvo.

—¡No he matado a ningún niño! —gritó Németh.

—¿Qué le hizo a mi Hanzar, reverendo? —inquirió un hombre, avanzando hacia Németh con las pupilas humedecidas.

—No lo maté yo, Bálint, —respondió Németh, quien hasta entonces había permanecido estático en su lugar.

—¿Qué hay de lo que dijo este caballero? —sollozó el padre de Hanzar.

—¡No sacrifiqué a nadie! Necesito vestirme para que podamos hablar con calma —dijo Németh, dando unos pasos hacia atrás y luego desplazándose en varias direcciones solo para descubrir que no podía salir del pentagrama.

—¿Dónde está el niño a quien le pertenece ese camisón sangriento, reverendo? —inquirió una de las mujeres con un hilo de voz.

—¡No lo sé! —gritó Németh, a punto de perder los estribos—. ¡Estuvo aquí y partió, pero yo no lo maté! ¡Seguramente lo devoraron los lobos!

—¡Dijo lo mismo cuando hallamos el cuerpo de Hanzar! —gimió el padre del chiquillo a quien, irónicamente, sospechábamos que Anna Németh había matado para conseguir el amor de Slaven.

—Basta de juegos —murmuró Slaven a mi lado y, de inmediato, hizo que la manada rodease a los miembros de la congregación que se habían dispersado de modo que, entre gritos de espanto, volviesen a agruparse.

Acto seguido, extinguió por completo la luz de la única lámpara y apretó mi mano antes de dirigirse al claro. Por suerte, a excepción suya, yo era la única que podía verlo todo. Los lobos no cesaban de gruñir y los horrorizados adeptos de Németh buscaban refugiarse unos en brazos de otros. Entre tanto, el tío de Slaven hacía lo imposible por salir del círculo, intentando tocar el compuesto con los pies o manos para barrerlo pero era fútil: una vez derramada, un brujo no puede entrar en contacto con la sal ni pasar por encima de ella. Solo una escoba puede barrerla.

—¡Necesitamos armas o palos para defendernos de los lobos! —gritó uno de los hombres de la congregación. Sin embargo, nuestra manada había crecido gracias a las exitosas cacerías que en gran parte debía a su líder *strigoi*, y Slaven había convocado tres manadas adicionales, por lo cual los lobos superaban por mucho el número de rehenes, siendo estos unos diez hombres y ocho mujeres, incluida Ruth Fekete. Por lo demás, habían llegado hasta allí vistiendo sus camisonos de dormir y sin más armas que la Biblia que Ábrahám llevaba en la mano.

—¿Por qué nos castigas, Señor? —sollozó una de las mujeres.

—¡El Señor no nos castiga! —exclamó Ábrahám, refugiado en medio del grupo, atragantándose con sus propias palabras—. ¡Nos está poniendo a prueba! ¡Él me dio una misión y reconocí su voz esta noche cuando nos habló a todos mientras dormíamos!

—Yo les hablé.

La voz de Slaven resonó, tranquila y profunda, en el claro y el bosque que lo circundaba. Había hablado en húngaro para que los adeptos lo comprendiesen.

—¡Es el Señor! —chilló una de las mujeres, sus ojos abiertos de par en par, a punto de perder el sentido.

Pronto, los demás la imitaron gritando:

—¡Aleluya! ¡Es el Señor!

—Para ustedes, es señor Drăculești —rio, y su larga carcajada logró ponerme los pelos de punta a pesar de que lo amaba como a mí misma—. ¿No recuerdan mi voz? Solían llamarme Pie de Bruja. Les juré que me vengaría y estoy aquí para cumplir mi palabra. *Pacta sunt servanda* —concluyó en latín.

Los alaridos de los congregados no se hicieron esperar. Slaven aguardaba con la vista fija en ellos, deleitándose en el espectáculo mientras que ellos intentaban en vano discernir su ubicación en la oscura y nublada noche del bosque. Tras unos instantes de pavor colectivo en que los lobos se unieron al clamor de la congregación con sus aullidos, Slaven murmuró una fórmula *strigoi* que hizo que los animales callaran en un instante y, sobrecogidos por el silencio repentino, los hombres los imitaron. El miedo que expresaban los rostros de unos y otros solo era superado por el de Németh y el del rubio nigromante, quienes temblaban visiblemente, cada uno confinado en su respectivo círculo.

—Gracias por su fervorosa ovación. Prometo ser el Dios vengativo al cual adoran —dijo Slaven, su voz recorriendo el claro desde varios puntos, de modo que nadie podía saber dónde estaba.

—¡Socórrenos, Señor! —vociferó Ábrahám, elevando la Biblia abierta por encima de su cabeza.

—¡Ah, pero si es el experto en brujería! —dijo Slaven—. Resulta que, así como usted cree haberse instruido en las artes que me caracterizan, yo me he instruido en las que usted y su congregación usan como fachada. Apuesto a que conozco su manual mejor que usted.

Tras una breve pausa en la que nadie habló en voz alta y solo se escuchaban plegarias susurradas, Slaven prosiguió:

—Este es mi tío, asesino de mis padres, adorador del demonio y ávido de sacrificios humanos —dijo, y de la sal se desprendió un resplandor cálido como la luz de una llama. El hombre se viró aterrado y procedió a recitar una fórmula demoníaca en rumano sin ningún éxito—. Tiene mucho en común con ustedes, que comenzaron por asesinar a mi nodriza loba y terminaron dibujando pentáculos e incendiando viviendas llenas de inocentes. ¡Ah, sí! Es cierto que soy el hijo del diablo. Y no solo soy un brujo, sino que soy un *strigoi*.

»¿Saben acaso lo que es un *strigoi* y lo que es capaz de hacer? Estén al tanto o no, esta noche podrán atestiguarlo con sus propios ojos. Y que vivan o no para contarle depende solo de su Dios, pero me guardaré de revelarles a cuál me refiero para que puedan experimentar cada instante con espontaneidad. Aun así, la ironía de todo esto reside en que, a pesar de ser una congregación putrefacta, escondrijo de torturadores, violadores y asesinos, no se equivocaron conmigo: soy infinitamente más peligroso

de lo que sospechan, y me han dado motivos de sobra para serlo.

Luego, poniéndose cerca al nigromante rubio, susurró:

—Hola, tío.

El hombre dio un salto y se viró hacia la congregación para implorar:

—¡Consíganme una escoba, malditos cobardes! ¡Solo así podré detener al bastardo antes de que nos mate a todos!

—Los invito a intentarlo —dijo Slaven con tono sombrío—. ¿Qué voluntario se ofrece a enfrentarse a las fieras que me obedecen? ¿Señora Fekete? ¡Levanten sus manos para que pueda verlas!

Por supuesto, nadie se movió.

—Eso pensé —concluyó Slaven desde la penumbra—. Se preguntarán cómo puedo ser más poderoso que el hombre que mató al diablo y la respuesta es que, a diferencia de los suyos, mis poderes son reales, por lo cual me envidia. Se preguntarán también quién los ha tentado todos estos años que el diablo ha estado muerto, y qué será del mundo sin él. En lo que les concierne, no dudo que encontrarán a quien acusar. No espero que se hagan responsables de sus actos o que admitan su culpabilidad en los crímenes que han cometido. Mi gloria yace, precisamente, en su cobardía y su orgullo. Debo agradecer, en especial, al reverendo Németh.

Al mencionar al último, el pentáculo brilló con luz propia bajo sus pies. A diferencia del que había encerrado a Esther Baruch en la caverna, este era rojo y parecía que sus líneas estuviesen trazadas con lava ardiente.

—¡Usa el cuchillo para matar a Pie de Bruja ahora! —siseó Ruth Fekete desde el extremo del grupo, a lo que Németh, con mirada aviesa y sorprendente rapidez, blandió el arma hacia el lugar de donde creyó que provenía la voz de Slaven. Por desgracia para el reverendo, el cuchillo rebotó en la membrana invisible que el pentagrama emitía hacia arriba, causando que se golpease a sí mismo en el ojo con la empuñadura.

Ahugué una carcajada, doblándome en dos y aferrándome al árbol tras del cual me ocultaba al tanto que lágrimas de risa rodaban por mis mejillas.

—Prosigamos —bramó Slaven, ahora que todos, sin excepción, se daban cuenta de que no tenían escapatoria—. Como bien saben, su reverendo fue acusado de fraude, asesinato, tortura, sodomía y violación. Si bien es cierto que es culpable de todas y cada una de las anteriores transgresiones, Németh no mató a ningún niño hoy. Esta es una trampa que yo le tendí, aunque él creyese obedecer a mi tío. Yo tomé el oro que le robó a Rebeka. Yo le envié la nota pidiéndole que dibujase el pentáculo con cal. En cuanto al niño, —dijo, y se mostró ante todos durante un par de segundos con la apariencia del chiquillo, luciendo un camisón limpio y expidiendo un resplandor sobrenatural—. Era yo. Los *strigoi* podemos cambiar de forma.

Los congregados, fascinados, lanzaron gritos de sorpresa y terror al tanto que las facciones de Németh se deformaban con una mezcla de miedo, ira y odio

consecutivos.

—Pero... ¡hay sangre en la bata infantil con la que el reverendo se cubre! —susurró el padre de Hanzar.

—¿Qué bata? —replicó Slaven, haciéndose invisible y murmurando una fórmula para que la bata desapareciese, dejando al reverendo al desnudo de nuevo unos segundos, tras de lo cual le arrojó la bata que yo le había robado, la cual había dejado a poca distancia—. Aquí está su camisión. Haga con él lo que desee.

»Como les decía, pues —dijo, dirigiéndose de nuevo a la congregación—, su ministro evocó a Satanás con el fin de recuperar el dinero que jamás le ha pertenecido, gracias a lo cual pude atarlo al pentagrama. Si Németh no hubiese usado el símbolo con la peor de las intenciones, me sería imposible retenerlo dentro del mismo puesto que, hasta esta noche, él no era un nigromante. Hoy lo tenté por primera vez, contrariamente a lo que afirma cuando se empeña en alegar que son los pequeños quienes lo seducen a él, y él cayó en mi trampa.

»Sin embargo, además de una conclusión a la que aún no llego, este ardid fue diseñado para recordarme a mí mismo que ustedes son incapaces de ver la verdad cuando la tienen al frente. Oyeron al reverendo admitir ante mi tío lo que planeaba hacer y, sin embargo, permanecieron en el mismo estado de atontamiento que los ha caracterizado desde que los conozco. Creyendo que había matado a un chiquillo, ninguno de ustedes se molestó en verificar que sus hijos estuviesen a salvo porque prefieren creer en su palabra aunque su propia experiencia les grite lo contrario.

»Sé que algunos de los presentes recuerdan lo que les hizo cuando eran niños aunque hayan procurado olvidarlo. Descuiden, no expondré sus nombres para que puedan morir guardando el secreto de este hombre que los odia. Sin embargo, muchos de ustedes han permitido que haga igual con sus hijos. Lo sé porque he escuchado a algunos pequeños atreverse a confesarles lo vivido en el cuarto de castigos, ante lo cual ustedes los han obligado a callar, golpeándolos hasta la inconsciencia, con la colaboración de su experto en brujería. ¿No es así, Ábrahám?

Un par de ellos miró a Ábrahám de soslayo, pero hacía rato que este parecía no reconocer su entorno y permanecía boquiabierto, escrutando la oscuridad en busca de la voz que se dirigía a la congregación.

»Procederé, pues, a hacer efectiva mi maldición sin sentir ninguna lástima por ustedes, excepto uno, quien ha permanecido cerca de la congregación para desenmascarar a quienes tanto daño le han hecho —prosiguió Slaven, sin especificar a quién se refería—. El pie de bruja compele a Németh a decir la verdad, por lo cual, reitero, no les ha mentado esta noche. Aun así, no les daré la oportunidad de preguntarle nada más puesto que no merecen conocer lo que no hayan querido ver por voluntad propia hasta hoy.

»Así como el pentáculo constriñe al reverendo, el círculo de sal retiene a mi tío, nigromante iniciado que deriva su poder de los espíritus inmundos que habitan en su corazón. Acostumbrado a obrar como lo hace, nutre a estos demonios continuamente,

dándoles lo que prefieren. Sin embargo, los demonios son numerosos y desesperan al hallarse restringidos por esta sal, cuya peculiaridad es haber sido exorcizada por medio de un rito que ninguna potencia infernal puede tolerar, de modo que harán lo que sea por trasladarse a un nuevo vehículo digno de ellos y de Belcebú, su príncipe. ¿Y quién mejor para albergarlos que aquel que se halla en medio del pentagrama cuyo propósito es evocarlos y retenerlos? Si lo que afirman acerca del pentáculo es cierto, los demonios serán irresistiblemente atraídos por el símbolo y tomarán posesión del reverendo que se esclavizó a él por voluntad propia.

Slaven extrajo de su túnica una pequeña botella de vidrio transparente, la cual había tomado de la cocina que usaba como laboratorio en la fortaleza, y procedió a asperger el fluido que contenía sobre su tío al tanto que este se retorció como si lo estuviesen quemando.

—Este líquido enfurece a los demonios, ocasionándoles un tipo de dolor inconmensurable desde el punto de vista humano —explicó Slaven, sin interrumpir la aspersion—. Por ello, en cuanto los libere de su prisión circular, ellos acudirán a su nuevo anfitrión para infligirle torturas infernales de tal magnitud que él optará por quitarse la vida.

—*Quid mihi et tibi est fili Draconis? Obsecro te, ne me torqueas!* —exclamaron en latín varias voces terribles provenientes del interior del nigromante rubio, con lo que los adeptos se pusieron a gritar, aterrados, aunque no comprendían el mensaje de los demonios.

Estos últimos, hablando en singular y reconociendo a Slaven como hijo del dragón, le habían rogado que no los atormentase más. Slaven, por su parte, continuó salpicando a su tío con el agua bendita que, al igual que la sal exorcizada, su abuelo *strigoi* había recolectado en siete capillas de la Orden del Dragón. Vencidos por el sufrimiento, los espíritus le pidieron que les permitiese trasladarse a otra morada, esta vez hablando en plural:

—*Mitte nos in porcum ut in eum introeamus!*

Aunque los demonios se habían referido al receptáculo de su elección como *el cerdo*, deduje que se trataba de Németh por lo que Slaven había explicado previamente.

—¡No les concedas que tomen posesión de mi cuerpo! ¡Lo confesaré todo! ¡Iré a la cárcel voluntariamente! ¡Ten misericordia de mí! —lloró el reverendo.

—¿Qué le hace pensar que soy capaz de piedad? —inquirió Slaven, deteniéndose unos instantes mientras su tío se sacudía y botaba babaza—. Soy el hijo del diablo, ¿recuerda? Llevo la marca del dragón. Siembro la tentación en quienes me contemplan y mi palabra es engañosa como la serpiente antigua.

—¡No he hecho más que procurar tu infortunio inmerecidamente! ¡Soy culpable de todo lo que me acusan y sé que el infierno me espera! ¡No permitas que los espíritus me impongan el castigo que merezco antes de tiempo! ¡Perdóname, te lo suplico!

—Quizá sea propicio aclararle que su hora ha llegado —comentó Slaven—. Además, no creo en el perdón para las gentes como usted.

—¡Sé que en el fondo aún amas al Señor! —gimió Németh—. ¡Yo te sorprendí orando en soledad cuando eras solo un chiquillo! ¡Haz con los demás como quieres que ellos hagan contigo, Slaven!

—Descuide, los espíritus harán con usted como usted ha hecho con sus congéneres. Por otra parte, reverendo, le aseguro que ambos tenemos señores diferentes, y usted se encontrará con el suyo muy pronto. ¡Aleluya! —murmuró con un dejo sarcástico—. ¿Por qué no le dirige una plegaria con toda la sinceridad de su corazón? Es su única esperanza —sugirió, ausentándose brevemente para tomar una escoba que había ocultado entre los arbustos.

Entonces, el reverendo, en un acto desesperado, gritó:

—¡Creo en ti y te ofrendo todas mis obras pasadas, presentes y futuras! ¡Seré tu siervo!

—Amén —dijo Slaven, barriendo una pequeña porción del círculo de sal que rodeaba a su tío y, de inmediato, el nigromante rubio cayó inconsciente sobre el suelo del claro.

Enmudecida, aguardé a que los espíritus tomasen posesión del cuerpo de Németh pero, segundos después, este se echó a reír:

—¡No pudieron entrar en mí!

—Te equivocas —hablaron las voces demoníacas en medio de los congregados, esta vez en húngaro, y por poco tengo un infarto—. Serás nuestro cuando mueras, lo cual será muy pronto. Podemos esperar un poco. Hasta entonces, nos divertiremos con estos puercos.

Los gritos de los congregados estallaron cuando descubrieron que los demonios hablaban por medio de Ábrahám, su nuevo ministro, cuyas risotadas resonaron en la espesura. En ese instante, Slaven dio orden a la manada de que se dispersara y los congregados emprendieron la fuga hacia sus viviendas a través del bosque con Ábrahám pisándoles los talones. Los animales, por supuesto, habrían podido matarlos, pero su misión era espantarlos hasta que llegasen al caserío y allí rodearlos de nuevo para que ningún adepto escapase.

Slaven encadenó a un árbol a su tío, quien había perdido todos sus poderes y aún no volvía en sí. Acto seguido, caminó hacia Németh para manifestarse ante él con su aspecto real. Al verlo, Németh no se espantó sino que empuñó el cuchillo e intentó alcanzarlo con el filo pero, de nuevo, el pentáculo detuvo su impulso.

—Pie de Bruja —siseó Németh—. El poder de Belcebú me acompaña ahora. ¡Él me dará la victoria!

—Infeliz reverendo Németh, ¡siempre fue tan tornadizo en el fondo! —replicó Slaven—. Lo único que percibe es la malignidad de su propia conciencia, usualmente nublada por la exaltación de enseñanzas aleatorias del Antiguo Testamento y, en esta ocasión, contenida por un símbolo al que ha dado demasiada importancia a lo largo

de su vida. Tras verlo hacer semejante ridículo, tengo algo que contarle.

Németh le dirigió una mirada recelosa y, al cabo de unos segundos, inquirió con voz carrasposa:

—¿Qué?

—Aunque es cierto que el pentáculo lo retiene porque usted mismo lo dibujó, este no puede obligar a una persona encarnada a admitir la verdad.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el reverendo, con un hilo de voz.

—Quiero decir que las artes escénicas son lo suyo, por supuesto —afirmó Slaven con sorna—. Púlpito, granero o pentagrama, su mayor debilidad es el amor por la palabrería. Su mentor se lo dijo: debía pasar más tiempo orando en soledad, pero usted es incapaz de guardar silencio. No tenía por qué confesar su culpabilidad, Németh. Ninguna magia lo obligó. ¿Listo para otra sorpresa?

Me acerqué a ellos con una sonrisa sutil. Slaven puso su brazo en torno a mí y yo abracé su cintura sin quitarle la mirada al reverendo, quien me observaba con incredulidad.

—Sí, estoy intacta a pesar de que sus adeptos me vieron morir. ¡Resucité! ¡Gloria a los brujos, estúpido charlatán! —reí, mirándolo con malevolencia.

—Malditos hechiceros —tartamudeó con expresión de lunático—. ¿Qué van a hacerme?

—En este momento, la guardia civil tiene rodeado el caserío. Si mi sentido del tiempo es acertado, y, gracias a mis poderes de *strigoi*, siempre lo es —afirmó Slaven, sonriendo—, su congregación de incendiarios ya está subiendo a los coches enrejados que la transportará a Vršac.

—La única alternativa que sus adeptos tienen para escapar del encierro es acusarlo de haberlos intimidado al punto de llevarlos a cometer toda suerte de crímenes. Ruth Fekete, por supuesto, se asegurará de hacer igual. Ya la conoce —suspiré—. Por algo guardó el diario de Anna y la correspondencia que, además del dinero robado, garantizarán que usted nunca vuelva a ver la luz del día.

—¡La evidencia fue quemada! —dijo, sonriendo—. ¡No pueden comprobar nada!

—Oh, pero sí podemos, —dijo Slaven—. En especial, contando con el testimonio de alguien que, como yo, ha esperado largo tiempo para vengar la muerte de su madre.

Németh frunció el entrecejo, sin comprender lo que Slaven decía.

—Ven aquí, Benjámín —dijo Slaven—. No temas: tu padre no puede hacerte nada.

El hombre de aspecto maltrecho dio unos tímidos pasos hacia nosotros y se detuvo, mirándonos de soslayo. Debía ser solo unos años mayor que Slaven y, aun así, su mirada era característica de los ancianos que han sufrido demasiadas vejaciones.

—¡Benjámín, hijo! —exclamó Németh, abriendo sus brazos hacia el hombre—. ¡Ven a mí!

—Quédate quieto —le dije a Benjámín, deteniéndolo con el brazo—. Tiene un cuchillo y quiere matarte con él.

—Lo sé —dijo él, tragando en seco—. Siempre me odió. Pero no tanto como yo lo odio a él. Me encargaré de que se pudra en la cárcel.

—¡Esto es ridículo! —vociferó Németh, haciéndolo temblar—. ¡Anna no es tu madre! ¡Fue tu madrastra un corto tiempo! ¡Yo, en cambio, soy tu padre, carne de tu carne y sangre de tu sangre!

Sin embargo, Benjámín reunió el valor para encarar al reverendo y, tragando en seco, afirmó con voz adulta y decidida:

—¿Quién habla de Anna? Aunque sé que la mataste, pues te escuché hablar de ello con Ruth, para entonces ya te odiaba. Tenía diecisiete años y no podía pensar en otra cosa que exponerte ante todos, así que guardé las notas que los incriminan a ambos, las cuales entregué al detective en cuanto llegó a Dobro. Fue estúpido de tu parte creer que no te guardaba rencor y usarme como mensajero cuando era un adolescente. Sin embargo, aún te temía demasiado en aquel entonces como para atreverme a actuar por cuenta propia. Ahora es diferente.

—¡Pero, hijo, yo te amo! —se defendió Németh con evidente falsedad—. ¡No tienes motivos para odiarme!

—Tu cinismo me enferma —dijo el otro, con voz trémula de rabia—: ¿Olvidas que asesinaste a mi madre ante mis ojos? ¡Tenía cinco años! Creíste que era demasiado niño para recordarlo pero pasé cada noche de mi vida reviviendo ese momento. ¡Ella solo quería defenderme de ti!

Németh palideció intensamente pero replicó, arqueando las cejas:

—¡No, hijo! ¡Estás confundido! Pie de Bruja te ha sugestionado para que...

—¡Cállate! —gritó su hijo—. ¡Cállate de una maldita vez! —y, entonces, tornándose hacia Slaven con ojos humedecidos, inquirió—. ¿Es cierto lo que me dijiste?

—¿Que puedo hacerlo enmudecer para siempre con mis poderes? ¡Por supuesto!

Entonces Slaven murmuró algo en el oído de Benjámín y, cuando este asintió, Slaven pronunció una fórmula *strigoi*.

—Tu padre recobrará el habla en el momento del juicio para que pueda incriminarse más, pero solo cuando esté siendo interrogado públicamente. Aun así, si intenta dirigirse a ti durante el proceso, ninguna palabra brotará de su boca.

—Gracias —dijo Benjámín, bajando la mirada—. Pero ese no es mi padre. De ahora en adelante será, simplemente, Erno Németh, el asesino de mi madre.

Németh nos observaba con un odio tal que, por un momento, realmente creí que Belcebú nos veía a través de él. Sin embargo, Slaven prosiguió, con despreocupación:

—Cuando el juicio termine, enmudecerá de nuevo, no sea que perturbe la paz de los otros presos o pueda llamar al carcelero para que lo defienda en caso de necesidad. Así que le aconsejo que procure hablar cuanto pueda durante el juicio, reverendo, porque serán sus últimas palabras.

—Qué pena, no podrá hacer ningún acuerdo verbal con sus cómplices —dije, fingiendo afectación—. Sin embargo, temo que pueda hacerse daño a sí mismo u otros cuando esté en la cárcel o antes del juicio... y, por supuesto, no me parece apropiado que pueda escribir notas.

—Tienes razón —dijo Slaven—. Lo arreglaré de una vez.

Dicho esto, avanzó hacia Németh y, con un veloz movimiento, le arrebató el arma, arrojándola lejos. Antes de que pudiésemos parpadear, le retorció los hombros, codos, muñecas y dedos de las manos, cada uno de los cuales crujió audiblemente. El reverendo intentó gritar de dolor pero no pudo emitir ningún sonido.

—Una vez pase el dolor, jamás podrá volver a hacer uso de sus extremidades superiores —afirmó Slaven.

—Hay algo que he querido hacer hace largo tiempo —comenté, mirándolo.

—Adelante —dijo Slaven, encogiéndose de hombros.

Puesto que Németh había caído al piso y estaba ocupado en llorar sin poder gemir, el violento puntapié que le di en pleno rostro lo tomó por sorpresa. Esto no impidió, empero, que clavase sus ojos en mí por un instante al tanto que su nariz sangraba profusamente.

—Eso fue por Mesto —dije, retirándome un mechón de cabellos del rostro.

El reverendo abría la boca en vano para gritar o hablar, golpeando el suelo con la parte posterior de la cabeza una y otra vez a causa de la frustración que lo embargaba. Iba a seguir dándole puntapiés pero Slaven me detuvo, abrazándome por detrás y alejándome de Németh al notar que mi ira solo había aumentado tras el primer golpe.

—Basta. Ahora está verdaderamente indefenso como sus víctimas —dijo—. Y, como a ellas, nadie le creerá... esta vez con razón —luego, aclarándose la garganta, afirmó—: No se preocupe, reverendo: Ava y yo lo visitaremos algún día en la cárcel.

—No tengo cómo agradecer lo que has hecho por mí, Slaven —dijo Benjámín.

—De hecho, hay algo que puedes hacer —respondió él, con una afable sonrisa.

—¡Lo que sea!

—Deja esa maldita congregación —replicó él.

—Descuida —dijo Benjámín—. Lo quiera o no, tendré que partir a Hungría. Estoy seguro de que los serbios querrán vengarse de mí por lo que hizo la congregación aunque yo haya intentado impedir el incendio, y no podría culparlos.

—Harás bien en irte de Banat e iniciar una nueva vida —asintió Slaven.

A continuación, silbó largamente, llevándose dos dedos a la boca. Corrí a esconderme detrás de los árboles y, minutos después, Baba Roga apareció en el claro con el detective, quien estrechó las manos de Slaven y Benjámín con euforia. Un par de oficiales lo escoltaban. Aunque me habría encantado saludarlo, no era prudente que me viese libre de quemaduras tan pronto, por lo cual permanecí en mi lugar, observándolo todo. Baba Roga, quien portaba una gran linterna, se acercó a Németh para iluminarlo.

—¿Es este el reverendo? —inquirió el detective, mirando al hombre que aún se

retorcía de dolor sobre el pentagrama que ya había cesado de brillar.

—El mismo —dijo Slaven, al tanto que yo recitaba su contrahechizo personal para liberar a Németh del confinamiento del pentagrama.

—No tengo cómo agradecerles a todos —dijo el detective, emocionado, mientras los oficiales daban vuelta a Németh en el suelo para esposarlo, tras de lo cual lo obligaron a ponerse de pie.

—El placer ha sido todo nuestro —replicó Slaven, sonriendo—. Además, será usted quien ponga el caso en orden. Le esperan arduos días de trabajo.

—Lo sé —dijo el detective, satisfecho—. Aun así, este era un caso peligroso y complicado que no habría podido resolver sin su ayuda. En primer lugar, la señorita Geist nos alertó por medio del banco y nos hizo llegar importante evidencia con Branka, esa buena mujer. Por cierto: ¿cómo se encuentra la señorita Geist?

—Cada día mejor —dijo Slaven—. El médico dice que no tendrá cicatrices permanentes.

—¡Excelente noticia! —exclamó el detective—. Envíele saludos de mi parte, por favor.

—Así lo haré —dijo Slaven, echándome un vistazo imperceptible a través del soto.

—Bien... En segundo lugar, como le decía, señor Drăculești, sin su oportuna intervención me habría sido imposible sobrevivir y apresar al primer grupo en Raskrsnica, y al reverendo y sus restantes cómplices aquí. Y, en tercer lugar, además de entregarme la correspondencia privada del reverendo y la señora Fekete, Benjámín intentó detener a quienes me ataron para quemarme dentro del granero. Aún lo escuchaba gritar desde fuera, diciéndome que me arrastrase hasta una de las ventanas, la cual rompió, cuando perdí el sentido.

—Me rezagué en el pueblo cuando los otros miembros de la congregación ya habían partido, pero todos mis intentos de rescatar al detective fueron fútiles. Por suerte, Slaven llegó a tiempo para sacarlo del granero, pues una de las vigas había caído justo a su lado con una buena parte del techo, bloqueándome el paso —dijo Benjámín.

—Aprecio que haya intentado salvarme la vida —le dijo el detective con expresión agradecida.

—Es una lástima que no haya podido proteger el diario de Anna y, especialmente, las notas que guardé tanto tiempo —comentó Benjámín, con profunda desilusión.

—Ah, no se preocupe por eso —rio el detective—. El diario está a salvo en Vršac. Lo único que lograron quemar fue mi cuaderno de apuntes al respecto de la investigación y algunas de las cartas de mis amigos y colegas a quienes, por suerte, ya había enviado la correspondencia que usted me entregó.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Benjámín, recobrando el color que había perdido al enfrentar a su padre.

—El mapa que me envió fue imprescindible para que pudiésemos hallar el

caserío, señor Drăculești —dijo el detective—. Sin embargo, aún no comprendo cómo supo que llegaríamos exactamente hoy y a esta hora. ¡Tuvimos que hacer varias paradas a causa del mal tiempo en el camino!

Slaven le dirigió a Baba Roga una fugaz mirada de complicidad, tras de lo cual replicó:

—Las personas del campo conocen el clima y el terreno, detective. Era solo un estimado de lo que tomaría hacer un viaje tan largo y con tantos hombres desde Vršac. Por lo demás, esperaba darle un buen susto a la congregación antes de que ustedes llegasen.

—Y al parecer lo logró, porque el reverendo está particularmente callado —observó, al tanto que los guardias lo arrastraban por el claro en dirección al caserío—. Además, en el último grupo que apresamos hay un orate que dice estar poseído por una legión de demonios. Extrañamente, lleva una Biblia en la mano.

—No le preste atención —dijo Benjámín, sonriendo con malicia—: solo lo afirma con el fin de librarse del castigo que le espera.

—Tengo algo para usted, detective —dijo Slaven, haciéndole señas para que lo siguiese hasta unos arbustos donde había ocultado el cofre con maestría, descorriendo la maleza para que el detective pudiese ver de qué se trataba.

—¿Recobró el dinero de Rebeka? —inquirió este, con los ojos abiertos de par en par, a lo cual Slaven respondió afirmativamente.

El detective se puso a reír y aplaudir, diciendo:

—¡Es la primera vez en mi carrera de detective que alguien logra recuperar una herencia robada!

—Deberá agradecer la gran frugalidad del reverendo Németh —respondió Slaven—. Por el peso del baúl, me atrevo a conjeturar que está intacta.

—Estoy seguro de que siempre se arrepentirá de no haber huido mucho antes con el dinero —dijo Benjámín—. Sin embargo, es obvio que tenía planeado seguir viviendo en Dobro hasta la muerte para obrar a sus anchas con los pequeños de la congregación.

—Hablando de ellos... —dijo Slaven al detective—. Supongo que no los dejarán en compañía de sus padres, ¿verdad?

—No —dijo el otro—. El gobierno local se hará cargo de ellos hasta que se lleve a cabo un juicio. Pero temo que la mayoría de los adultos deberá pasar un tiempo en la cárcel, por lo cual muchos de los niños tendrán que ir a un orfanato.

El detective hizo venir a un grupo de guardias para llevarse el cofre y, un rato después, Slaven y Baba Roga fueron hasta el caserío para despedirse del detective y Benjámín, así que los seguí a una distancia prudencial.

—Alojaremos a Benjámín en un lugar seguro de Vršac —dijo el detective—. Me encargaré personalmente de que no le falte nada. En cuanto a usted, si le parece bien, me gustaría verlo al cabo de un par de semanas en mi oficina para tomar su declaración formal.

Slaven estuvo de acuerdo y agitó la mano conforme el coche partía de regreso a Vršac. Entonces, salí de mi escondite y lo abracé largamente.

Mientras retornábamos al claro para encargarnos de un asunto pendiente, Slaven le contó a Baba Roga que había tenido la oportunidad de hablar con Benjámín el domingo tras pedirle a ella que le hiciese llegar al detective una nota de su parte con el mapa del caserío.

—Se estaba escondiendo en el rincón más oscuro de su casa en Dobro, comiendo pan mohoso y sin atreverse a encender una luz por miedo tanto a los vecinos como a los congregados, a quienes se había enfrentado durante el incendio —le dijo a la anciana hechicera—. Al comienzo, creyó que yo quería tenderle una trampa en represalia por las vejaciones a las que la congregación me había sometido. Sin embargo, además de haber visto la valentía con que intentó rescatar al detective, yo ya sabía, porque tú me lo habías contado, que a diferencia de sus hermanos, él se había rehusado a participar en el asesinato de mi vieja nodriza loba, y no tardé mucho en convencerlo de que no le deseaba ningún mal.

»Por poco se muere del susto cuando le confesé que soy un brujo mucho más poderoso de lo que siempre afirmó Németh, lo cual él jamás había creído, habiendo sido testigo de los horrores que cometía su padre en nombre de la fe, sin embargo, cuando le expliqué que utilizaría la magia para exponerlo frente a la congregación, me contó lo que el reverendo le había hecho a su madre y me rogó que me permitiese confrontarlo antes de que las autoridades lo apresaran. Así pues, le pedí que permaneciese oculto hasta que llegase el momento de presentarse aquí esta noche a la hora exacta, lo cual cumplió a cabalidad.

—Siempre supe que había una buena manzana en medio de toda esa podredumbre —dijo Baba Roga, enseñándonos su sonrisa desdentada.

Slaven se tornó hacia ella y, entonces, inclinándose, la abrazó con fuerza, murmurando al tanto que cerraba los ojos:

—Gracias por tu ayuda, madre.

Baba Roga, siempre tosca, lloró al escuchar palabras tan tiernas de labios de Slaven, quien había desconfiado de ella por largos años. Por mi parte, tuve que virar el rostro para ocultarles mis propias lágrimas, pues conocía su historia, y que ahora Slaven llamase *madre* con tanto afecto a la anciana que lo había criado era un gesto que indicaba una profunda reconciliación con las circunstancias en las cuales había crecido. Sin duda, Baba Roga era la única madre que Slaven conocía y me conmovía que la aceptase y apreciase como tal.

—Tendrás tanto oro que la gente creerá que eres el rey Midas —dijo él, con voz temblorosa, y observé que sus mejillas estaban humedecidas.

Por su parte, Baba Roga, casi asfixiándose a causa del llanto, le daba pequeños coscorrones al tanto que repetía:

—¡Mi hijo ha vuelto a mí!



Los malditos

Cuando nos presentamos en Vršac para hablar con el detective, el tío de Slaven ya llevaba dos semanas encerrado en el calabozo de la fortaleza, cuya ubicación jamás conocería, pues Slaven se había encargado de que permaneciese dormido en el momento de llegar. Baba Roga nos aseguró que alimentaría bien a nuestro prisionero mientras regresábamos, por lo cual no pusimos en duda que el hombre probaría las más espantosas bazofias, ya que el fuerte de Baba Roga no era la culinaria.

Slaven y yo habíamos adquirido dos hermosos caballos de un criador que vivía en la frontera para desplazarnos hasta la ciudad conforme charlábamos tranquilamente, recordando la forma en que la manada había logrado guiar a su tío hasta las inmediaciones del caserío donde la congregación se escondía, de modo que este fuese susceptible a ser atraído por el pentágulo cuando Németh lo dibujase.

—Estabas seguro de que no perdería la oportunidad de seguir a los lobos, creyendo que lo llevarían a tu escondite —reí—. Qué bien lo conoces para ser un perfecto extraño.

—Vamos, bastaba con saber que me buscaba para matarme. Curiosamente, estoy convencido de que ahora que perdió sus poderes para siempre es más peligroso que nunca pues está desesperado.

—¿Qué crees que fue de sus ejércitos?

—Deben haberlo dejado, puesto que en las últimas ocasiones ha viajado siempre solo a Banat, sabiendo muy bien que soy un *strigoi*. A diferencia de Németh, le gusta el lujo, así que probablemente derrochó la porción de la fortuna familiar en que pudo poner sus manos.

—Me pregunto cómo demonios creyó que podría enfrentarte solo, —comenté.

—No pensaba enfrentarme sino matarme mientras dormía, enterrando un cuchillo en mi corazón y seccionando mi cabeza, tal y como hizo con mi padre.

—Para ser sincera, no comprendo de qué le serviría matarte.

—Sospecho que ciertas leyes le exigen mostrar pruebas de mi muerte para reclamar el resto de la herencia como único sobreviviente de la familia.

—Eso querría decir que alguien notificó a las autoridades rumanas acerca de tu existencia, y que quien esté a cargo de guardar esa herencia le es leal a tu padre.

—He pensado exactamente lo mismo —respondió—. Quizá Radu Gaborii se haya atrevido a hablar ahora que mi tío está solo y arruinado, pero no lo sabremos hasta que vayamos al lugar de nacimiento de mi padre.

Al llegar a Vršac, nos detuvimos en una zapatería en la cual compré unas botas bonitas y femeninas. Curiosamente, nadie pareció reparar en que había llegado descalza, pero pronto comprendí que las dependientas solo miraban a Slaven, arrobadas. Puesto que él era tan inconsciente de su propia belleza, preferí no decir nada, aunque me regodeé en salir de la tienda tomada de su brazo. No todos los días una chica despeinada y pecosa se paseaba en público con el hombre más apuesto del mundo entero quien, además, estaba locamente enamorado de ella y la contemplaba como si fuese la mismísima Venus.

Al verme ilesa, el detective por poco se desmaya.

—¡Es un milagro ambulante! —gritaba—. ¡Se había calcinado!

Slaven y yo le aseguramos que todo se debía a que las llamas habían sido extinguidas a tiempo, pero él no cesaba de mirar mis manos, garganta, rostro y cabellos, anonadado.

—Es un milagro —reiteraba.

Tras invitarnos a tomar asiento, el detective nos ofreció café y pastelillos típicos de la región que Slaven no tocó y yo devoré, y procedió a contarnos que, en vista de que Rebeka había recuperado su dinero, solo se juzgaría a Németh por los homicidios de Anna y su primera esposa. En cuanto a los crímenes cometidos contra los niños, los congregados no estaban dispuestos a testificar en contra de su ministro y exponerse a sí mismos o a sus hijos a la vergüenza pública. Sin embargo, Benjámín explicaría las circunstancias del asesinato de su madre sin reservas de ninguna índole.

Slaven le entregó al detective el cuaderno en el cual Németh había apuntado los nombres de todas sus víctimas infantiles para que las autoridades pudiesen proceder con prudencia, sin exponer a los chiquillos a un dolor innecesario. Por desgracia, que Slaven no estuviese registrado en el ayuntamiento de ninguna ciudad o contase siquiera con un certificado bautismal, impedía que diese algún tipo de testimonio en el juicio.

—Lo siento, su caso es realmente excepcional, señor Drăculești —dijo el detective—. Lo menos que merecía era enfrentar a quienes tanto daño le hicieron.

—Ya lo hice —replicó Slaven—. Mis heridas sanaron gracias al amor de Ava. Además, ya obtuve lo que deseaba de Németh y lo único que pido es que él y Ruth Fekete pasen el resto de sus días en la cárcel.

Si bien en el pasado Slaven no se habría contentado con ver a Németh tras las

rejas, la venganza que había efectuado lo había dejado satisfecho. Él, como Esther Baruch, era un brujo injustamente agraviado que había maldecido a los causantes de su pena y, por ello, con o sin su intervención directa, la congregación iba a sufrir el efecto de dicha condena de un modo u otro. Sin embargo, Slaven había elegido no dejar los efectos de la maldición al azar, evitándoles a Németh y sus adeptos consecuencias mucho peores. O tal vez no.

—¡Oh! ¡Lo siento! Por supuesto que no tenían forma de saberlo: la señora Fekete se quitó la vida hace unos días —anunció el detective, ante lo cual Slaven palideció y yo me puse a temblar.

—Oh, rayos, —murmuré, apretando la mano de Slaven—. Nunca creí que sería capaz de algo así.

Slaven bajó la vista, circunspecto. Se había puesto muy frío de repente.

—¿Se encuentra bien, señor Drăculești? —inquirió el detective.

Slaven asintió lentamente y, después de tragar en seco, dijo sin levantar la mirada del suelo:

—No me lo esperaba.

—¿Cómo lo hizo? —inquirí.

—Se ahorcó con una sábana.

Al parecer, las mujeres de la congregación habían decidido culpar a Fekete de lo ocurrido con los pequeños, insistiendo en que ella había incitado a Németh a proceder como lo había hecho. Puesto que había compartido una celda con ellas durante varios días, había sufrido toda suerte de agravios y recriminaciones hasta que no lo soportó más, aunque las congregadas insistían en que lo había hecho porque prefería morir antes que pasar el resto de su vida en aquel lugar.

Por otra parte, en vista de que los congregados se acusaban unos a otros por el incendio de Dobro, las autoridades regionales habían decidido decomisar todas sus tierras y propiedades para compensar a las víctimas por las pérdidas que, gracias a Slaven, habían sido numerosas pero solo materiales.

—Puesto que algunos de los adeptos trataron de quemarnos vivos a usted y a mí en Dobro y Raskrsnica respectivamente —me dijo el detective, a modo de consuelo—, puedo garantizarle que estos pasarán un par de años tras las rejas, ya que pude identificarlos a todos tras el primer arresto.

Era una victoria a medias, pensé, cuando nos dirigíamos a casa de Filipa para visitar a Branka, pues muchos de los seguidores de Németh recobrarían su libertad en breve. El suicidio de Ruth Fekete nos había dejado pasmados, y yo no podía dejar de pensar que las demás la habían asesinado. Por lo mismo, le pedí a Slaven que le devolviese a Németh el habla y la capacidad de mover sus extremidades superiores para que al menos pudiese defenderse hasta el momento del juicio.

—Lo pensaré —dijo, ayudándome a bajar de mi caballo.

Sin embargo, mientras conversábamos con Branka y Filipa, me miró y, sonriendo a medias, me prometió hacerlo si, tras consultarlo con Benjámín, este estaba de

acuerdo.

Aquella tarde, antes de emprender el regreso, visitamos a Benjámín en la casa donde se hospedaba. Él, por supuesto, ya se había enterado de la muerte de Fekete y, aunque la noticia no lo había complacido pues era un hombre de buen corazón, tenía mucho mejor semblante que la última vez que lo habíamos visto.

—Conocí a una mujer serbia —dijo, y su mirada se iluminó—. Estoy prendado de ella.

Mi intuición de hechicera me dijo que era correspondido y lo felicité de corazón.

—Te auguro gran felicidad —le dijo Slaven.

Minutos después, cuando le planteó la posibilidad de retornarle el habla y el movimiento al reverendo hasta el momento del juicio, Benjámín estuvo de acuerdo.

—También lo he pensado y mi deseo no es que muera, sino que permanezca encerrado donde no pueda dañar a otros —dijo—. Por otra parte, después de haberlo enfrentado me siento mucho más fuerte y... si ustedes me acompañan durante el juicio, podré mirarlo a los ojos y contar lo que sé sin titubear.

Así lo acordamos, y Slaven y yo partimos de regreso a la fortaleza, deteniéndonos en los bosques para que él pudiese cazar.

—Ya está hecho —me dijo Slaven, tras haberse lavado en un riachuelo—. Németh podrá hablar y moverse hasta que sea juzgado.

Cuando retornamos a Vršac el día del juicio, nos encontramos con que había sido cancelado. Asustada, estrujé el brazo de Slaven al tanto que buscábamos a Benjámín en la sala, pero este no estaba por ninguna parte. Ambos nos dirigimos de inmediato a la oficina del detective, quien nos dio la trágica noticia:

—El reverendo Németh fue asesinado anoche —dijo, frunciendo el ceño y apretando los labios.

Slaven se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos con fuerza, exhalando lentamente.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así? —inquirí, sintiendo que se me ponía la piel de gallina—. ¡Pensé que después de lo ocurrido con Ruth Fekete se tomarían ciertas medidas para proteger a Németh!

—Así fue —dijo él—. El reverendo estaba solo en una celda.

—¿Entonces quién lo mató? —inquirí atónita.

—No lo sabemos, pero fue asfixiado con una almohada —respondió el detective—. Tenemos la certeza de que no se trata de un suicidio porque sus manos fueron mutiladas, —agregó, temblando—. Y, quien quiera que haya perpetrado el delito, se las llevó consigo.

—Oh, rayos... —balbucí nauseada.

—Realmente es perturbador, especialmente por lo que hallamos escrito en la pared de su celda —agregó el detective.

—Llévenos allí, por favor —pidió Slaven al detective.

Puesto que la cárcel estaba junto al edificio en el cual se ubicaba la oficina del

detective, este nos guio a través de varios pasadizos estrechos al lugar donde había muerto el reverendo.

—Cuando lo encontraron esta mañana, la cerradura estaba asegurada como ayer. Solo entonces se dio cuenta el carcelero de que alguien había robado su juego de llaves —dijo el detective, deteniéndose frente a una celda en cuya pared blanquecina resaltaba una cita redactada con sangre:

Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y arrójalo de ti. Más te vale entrar en la vida manco o cojo, que con las dos manos o los dos pies ser arrojado al fuego eterno.

MATEO 18:8

—Salgamos de aquí —dijo Slaven, dándose la vuelta y tomándome de la mano para guiarme de nuevo hacia el exterior del recinto carcelario.

Una vez afuera, le preguntó al detective:

—¿Dónde está Ábrahám?

—Tuvimos que enviarlo al manicomio hace un par de días, pues no dejaba dormir a los otros presos y fastidiaba a los guardias —dijo el detective resignado.

—¿Así que no tienen idea de quién pudo hacerlo? —insistió, frustrado.

—Verá, señor Drăculești, era inevitable que las gentes se enterasen del gran escándalo que protagonizó la congregación a cargo del reverendo Németh: ¡están sumamente indignadas! Alguien debe haber robado las llaves del carcelero para hacer justicia por cuenta propia —afirmó, suspirando—. Siento que lo hayan privado de la oportunidad de ver a Németh condenado.

—Yo lo siento más por Benjámín —dijo Slaven, apesadumbrado—. Él quería que se conociese la historia de su madre.

—Se la está contando a la prensa de Budapest ahora mismo —dijo el detective con aire flemático—. El periodista había venido para el juicio y ahora tiene aún más que reportar. Les aconsejo que vayan a dar un paseo para despejar los aires. Como comprenderán, estaré muy ocupado hasta bien entrada la noche.

—Por supuesto —dije, intentando calmar mis nervios—. Gracias, detective. Que tenga un buen día.

Slaven se despidió con una corta inclinación de cabeza y nos marchamos de inmediato.

—Esto es terrible —dije—. Realmente esperaba una condena justa y, en especial, que nadie manchase sus manos con la sangre de ese monstruo... que en paz descansa —me obligué a concluir, recordando que Branka me había enseñado que jamás se debe hablar mal de los muertos, sin importar quiénes sean.

—Quien haya empezado a asesinar a los miembros de la congregación no va a

detenerse —dijo Slaven, volviéndose hacia mí para mirarme con seriedad.

—¿Y si los responsables de la muerte de Ruth Fekete y el reverendo Németh fuesen los demonios? —inquirí aterrada.

—¡Oh, por Circe! —exclamó Slaven, rompiendo a reír de repente—. ¿Nunca te lo expliqué? ¡Los demonios no entraron en Ábrahám! ¡Algo así está mucho más allá de mis poderes! Quiero decir, los retuve dentro de un círculo de sal exorcizada y ellos salieron de mi tío gracias a que lo rocié con aquella agua bendita cuyas propiedades son, como estipuló mi abuelo en el grimorio, superiores incluso a las de nuestra magia. Sin embargo, estoy convencido de que la reacción de Ábrahám fue producto de su locura. Él sí que está donde pertenece.

—¿Estás hablando en serio? —inquirí, dándole una ligera palmada en el hombro, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¡Por supuesto! —dijo él, poniendo su brazo a mi alrededor y llevándome hacia la plaza, sin dejar de reír.

—Entonces... ¿a dónde fueron los espíritus? ¡Porque claramente tenían la intención de adentrarse en el reverendo!

—Lo cierto es que no tengo idea —admitió él, encogiéndose de hombros—. Pero, donde quiera que hayan ido, no lo hicieron porque yo lo haya ordenado o permitido. Te garantizo, sin embargo, que no mataron al reverendo. Solo las criaturas encarnadas pueden cometer homicidio.

—¿Qué opinas del pasaje del Evangelio en la pared de su celda? ¿Quién pudo dejar un mensaje así?

—Un asesino muy inteligente... y quizá tan perturbado como su víctima.

Paseamos largo rato conforme el cielo de Vršac adquiría un tono escarlata. Aquel fue el último día en que nos vimos involucrados con la congregación calvinista de Dobro, pues Benjámín partió a Hungría con su prometida serbia esa misma noche, decidido a olvidar el pasado e iniciar una nueva vida. Sin embargo, poco después, nos enteramos de que había estallado un incendio en la cárcel de Vršac justo antes de que liberasen a la mitad de los congregados por falta de pruebas incriminatorias: todos los adeptos de Németh, sin excepción, habían perecido. El fuego se había iniciado en una de las dos grandes celdas conjuntas que los albergaban en el sótano, y ningún otro preso había sido afectado, pues las llamas habían sido extinguidas antes de que se propagasen a otros niveles, según nos contó Branka. Supusimos que el causante del fuego era la misma persona que había asesinado a Németh, porque alguien se tomó el trabajo de dejar notas idénticas al pie de cada una de las tumbas de los recién calcinados seguidores del reverendo:

Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles.

MATEO 25:41



Caravana balcánica

Puesto que a ambos nos indisponía que su tío morase en el calabozo de la fortaleza que era nuestro hogar, Slaven y yo decidimos comisionar a un hábil ebanista gitano para que nos hiciese una bellísima carreta de madera tallada en la que viajamos al vecino Reino de Rumania en compañía de Branka y Baba Roga, seguidos a corta distancia por las carretas de los Gaborii, la última de las cuales arrastraba un rústico compartimiento enrejado en el que nuestro prisionero dormía el imperturbable sueño de un hechizo *strigoi*. Nos desplazábamos hacia las montañas del diablo, lugar de nacimiento de Slaven, al tanto que los gitanos tocaban sus instrumentos y entonaban cánticos disonantes de los cuales las altas cumbres que se elevaban ante nosotros retornaban el eco, sumiéndonos en el bucólico sopor del atardecer de los Balcanes. Los bosques de Valaquia eran realmente los más hermosos del mundo, oscuros y misteriosos, poblados de esbeltos pinos cuyos vértices se inclinaban suavemente hacia los abismos al ser besados por el viento, y brocados con ríos argentinos que cascabeleaban al paso de las carretas.

Las nubes amarillas y anaranjadas del horizonte contrastaban con el intenso violeta del cielo cuando, al cabo de varios días de viaje, nos detuvimos en el lugar donde antaño habían vivido los Gaborii bajo la protección de los *strigoi* Drăculești. Los gitanos mayores se echaron a llorar y gritar, bajando de las carretas para besar el suelo o extender los brazos hacia el firmamento, reconociendo el que había sido su hogar en tiempos de buena ventura, pero también recordando la asolación a la que habían sido sometidos por parte de los tíos de Slaven. Las montañas del diablo estaban llenas de oro y cubiertas de sangre inocente que reclamaba un precio que jamás podría ser pagado. Sin embargo, la naturaleza parecía haber borrado la huella tanto de los buenos tiempos como de los malos: donde una vez se habían sostenido pequeñas casas ahora había roca cubierta de abundante hierba fresca, y el arroyo donde una vez habían resonado las risas de los pequeños gitanos ahora contenía los

murmullos de los espíritus de las aguas. Nos hallábamos en las faldas de los Cárpatos del sur, no muy lejos del castillo Poenari que Vlad El Empalador había convertido en fuerte siglos atrás, parte del cual, sin embargo, se había deslizado hasta el río Argeș hacía unos años, por lo cual la estructura se hallaba en ruinas.

Los Gaborii, acostumbrados a ser desplazados de sus asentamientos tras su huida hacia las colinas de Vršac, instalaron su campamento pronto y sin dificultad al tanto que Slaven, fuerte y veloz, armaba una tienda para Branka y Baba Roga, quienes ya se habían hecho grandes amigas, y otra para nosotros dos más arriba entre los árboles, de modo que los lobos pudiesen circundarla sin atemorizar demasiado a los demás.

La dicha de los Gaborii al enterarse de que el tío de Slaven había sido capturado solo podía compararse con la que experimentaron al saber que al fin podían regresar a las montañas del diablo precedidos por su guardián, quien pronto sería proclamado Dracul, sucediendo así oficialmente a su padre. Sin embargo, era menester hallar a Radu Gaborii, el único capaz de confirmar la legitimidad de Slaven por medio del molde original del sello del dragón. A diferencia de las ocasiones anteriores, Slaven se había mostrado benevolente con los gitanos, quienes solo se atrevieron a dirigirse a mí como intermediaria, pues aún le temían demasiado. Sin embargo, aquel temor parecía estar unido a un amor particular hacia los Drăculești que los habían hecho sus aliados y protegidos.

Era el primero de noviembre de 1892 y al cabo de unas noches se renovarían el antiguo pacto de alianza entre gitanos y *strigoi*, pues un pequeño Gaborii cumpliría los cuatro meses de edad. Aunque de ningún modo me entusiasmaba volver a atestiguar la escena del cordero empalado, reconocía para mis adentros que no era muy distinto a sorprender a Slaven cazando con la manada. Aun así, saber que me hallaba en los declives montañosos sobre los cuales, según se rumoraba, se habían izado las estacas en cuyos ápices se desangraban los enemigos de Vlad III, hacía que todo aquello adquiriese un tinte siniestro. A pesar de lo anterior, me embargaba un sentimiento de euforia al contemplar el brillo cercano de la luna creciente aquella brumosa noche junto a Slaven, cuya mirada oscura hacía latir mi corazón con fuerza.

Todos llevábamos gruesos abrigos de lana y pieles para resguardarnos del frío, y varias hogueras habían sido encendidas en el campamento. De camino hacia la montaña, Slaven había comprado dos cajones llenos de botellas de *țuică* en una granja rumana con la intención de que todos celebrásemos el fin de una era perversa y el inicio de una tan esplendorosa como el sol de oriente. Mientras Slaven cazaba en el bosque con la manada, algunos gitanos asaban pescados que habían atrapado en el arroyo, y Baba Roga, Branka, Florian, María, su abuela Violca y yo charlábamos sentados en torno a una fogata, brindando con *țuică* mientras la cena estaba lista.

—¡Te dije que te casarías con un apuesto moreno! —afirmó Violca, señalándome con el dedo índice al tanto que elevaba su copa de madera—. ¡Salud por mí y por haber logrado espantar tu mala suerte!

Branka, Baba Roga y yo rompimos a reír cuando María tradujo al *štokavski* lo que

la abuela había dicho en romaní, uniendo nuestras copas a la suya y sin comentar nada, pues les había contado durante el viaje que la gitana me había vaticinado una boda con un chico rubio, pero no deseábamos avergonzarla.

—¡Aquella noche en las colinas de Vršac realmente creímos que el joven Drăculea te devoraría, no que te haría su mujer! —dijo Florian, rotando una cesta que contenía pescaditos asados.

—Yo también —reí, tragando un bocado de la deliciosa comida fresca—. Pero el amor verdadero trasciende la necesidad de aplacar el hambre y la sed. Así que brindo por el él. ¡Salud!

—¡Por el amor! —corearon los demás.

—Estás muy guapa, Ava —dijo María—. Si tu marido no fuese el futuro Dracul, estoy segura de que Emilian no podría resistirse a invitarte a bailar al fin.

Observé al vivaz gitano de cabellos rubios que tocaba el *davul* con tanta gracia junto a una de las hogueras vecinas y sonreí recordando la ocasión en que mis amigos Gaborii habían ofrecido interceder por mí ante los ancianos para que me permitiesen casarme con uno de los suyos. Al final había conocido a mi único amor en el momento perfecto gracias a las circunstancias extraordinarias de la noche en que María y Florian se habían atrevido a invitarme a su campamento. No habría cambiado aquel suceso por nada del mundo.

—Estoy segura de que aún podemos bailar —reí, chasqueando los dedos al compás de la alegre música y preguntándome si los sutiles cambios en mi apariencia se debían a mi nueva condición de *strigoiacă* o a la felicidad de estar junto al hombre que amaba—. Siempre me gustó la idea de hacer parte de su gran familia y, ahora, en cierto modo, lo soy. Recuerden, sin embargo, que me convertí en su amiga incondicional desde que los conocí en Dobro y no a través de un pacto que involucra una oveja empalada.

—Lo cierto es que todos te estamos profundamente agradecidos por haberte interpuesto entre el infante y los lobos aquella noche —dijo Florian—. Eres una mujer de corazón valiente, digna de un Dracul. Todos saben que nadie puede amar tanto a su pareja como un *strigoi*. Se dice que algunos, incluso, han muerto de amor.

—¡Qué romántico! —dijo María, sirviéndose más *țuică*.

—¡Y que lo digas! —replicó Branka con sorna, arqueando una ceja.

—Por suerte, la maldición de los *strigoi* Drăculești se ha roto —dije, pensando en que ahora yo también era una *strigoiacă* y, por ello, habría podido morir de amor tan fácilmente como Slaven.

—Una cosa es la maldición y otra cosa es la naturaleza —dijo Baba Roga, quien ahora lucía toda una nueva dentadura de oro, cómodas botas y un hermoso chal colorido alrededor del cuello. Eso, sumado a los zarcillos que adornaban sus enormes orejas y la trenza de cabellos blancos que colgaba hasta el piso, hacía que pareciese una abuela gitana—. El amor de mi hijo solo puede hacerse más fuerte e intenso con el tiempo. Y, porque, como todo lo que concierne al verdadero amor es perfecto, lo

mismo ocurrirá con mi iniciada —concluyó, palmoteándome la rodilla.

Sabía que todos nuestros secretos estaban a salvo con los Gaborii, quienes de hecho admiraban la magia, y caí en cuenta de que nunca antes había estado con tantos brujos al mismo tiempo y en el mismo lugar.

—¡Por los brujos! —grité, saltando sobre un tronco caído y alzando una botella de *țuică*.

—¡Por los brujos! —replicaron todos los comensales al unísono, silbando y bebiendo.

—¿Es cierto que el Drăculea puede volar? —inquirió María, con morbosa fascinación.

—Aún no he atestiguado algo semejante —repliqué, guiñándole un ojo—. Sin embargo, no me extrañaría.

Cuando la noche de los Cárpatos estaba más negra y fría, nosotros estábamos más contentos y tibios gracias a la animada música, la comida y la *țuică*, por lo cual, inevitablemente, nos pusimos a bailar al tanto que los aullidos de la manada armonizaban los cantos de los gitanos desde lo más alto del bosque. Mientras dábamos vueltas a las tiendas y a las fogatas, Branka, quien estaba más risueña que en mucho tiempo, me confesó de repente que se había prendado del vecino de su prima Filipa, un viudo que añoraba la vida en el campo. Ambas nos echamos a reír, abrazándonos y chocando nuestras pequeñas copas de madera al tanto que Baba Roga, quien nos había escuchado, recitaba un hechizo en torno a Branka. Solo nos retiramos a las tiendas horas después, cuando empezó a nevar. Habría aguardado despierta a Slaven de no haber sido porque estaba exhausta tras el viaje y la celebración, y las mantas que hacían las veces de colchón eran tan blandas y suaves que caí en un profundo sueño en cuanto cerré los ojos.



El fantasma del castillo Poenari

—¡A va!

La voz profunda de Slaven me despertó. Dándome la vuelta, entreabrí los párpados y lo acaricié, solo para darme cuenta de que estaba cubierto de escarcha.

—¡Estás helado! ¡Ven, métete debajo de las mantas! —dije, haciendo las últimas a un lado para que pudiese acostarse junto a mí y luego, tras cubrirnos bien, abrazándolo para ayudarlo a entrar en calor.

Tiritó unos segundos, rodeándome con ambos brazos y sujetándome contra sí, y entonces supe que el frío que lo embargaba no había sido causado por la nevada sino que era de índole sobrenatural.

—Vi a mi padre —dijo junto a mi rostro.

En ese instante terminé de despertar por completo y me senté para mirarlo con los ojos abiertos de par en par.

—¿Dónde está? —inquirí atónita.

—En el más allá —suspiró, su aliento gélido alcanzándome al tanto que tomaba una de mis manos entre las suyas—. Vino a despedirse de mí.

—Oh, por Dios... —murmuré, y mis pupilas se humedecieron.

Entonces, Slaven procedió a contarme cómo había sido el encuentro con el fantasma de su padre amado:

—Me hallaba entretenido cazando cuando detecté una luz tenue entre la maleza así que, preguntándome si habría otro campamento, me dirigí con sigilo hacia ella, solo para descubrir que se trataba de un fuego fatuo. Yo no lo había evocado, pero en la región suelen aparecer de forma espontánea, así que no le presté demasiada atención. Sin embargo, la pequeña llama azul me rodeó, dando pequeños saltos como si quisiera decirme algo. Puesto que es inusual que un fuego fatuo quiera jugar conmigo como cuando era un niño, asumí que deseaba llevarme a algún tesoro, así que le hice saber que no buscaba uno en aquel momento. Sin embargo, la llama

siguió dando vueltas en torno a mí hasta que accedí a seguirla, tras de lo cual se desplazó hacia el norte velozmente, tanto así que me costaba un poco conservar el ritmo haciendo uso de todos mis poderes. Alrededor de una hora después, divisé el castillo Poenari en la distancia y comprendí que el fuego fatuo deseaba dirigirme a su interior.

»Aún tras de él, ascendí el último tramo tan pronto como pude y, jadeando, me detuve en el primer umbral de acceso. Extrañamente, hacía más frío adentro que afuera en el bosque, y un escalofrío me recorrió cuando me di la vuelta para comprobar que el fuego fatuo había desaparecido. Yo jamás había entrado al castillo, pero algo acerca de él me atemorizaba de modo inexplicable a pesar de mi propia naturaleza. Me paseé por la tenebrosa estancia, la cual estaba vacía, palpando los muros de piedra y deteniéndome aquí y allí para mirar por encima de mi hombro pues tenía la sensación de estar acompañado.

»Solo a la sazón percibí un aroma inconfundible que hizo que me estremeciese al tanto que mis ojos se llenaban de lágrimas: la sangre de mi padre estaba derramada sobre el suelo empedrado. Sentí, Ava, que me desgarraba por dentro al comprender que mi padre había sido asesinado por mis tíos en ese preciso lugar, y caí de rodillas, llorando como un chiquillo y besando los vestigios de su sangre preciosa en la roca y sus hendiduras. Arañaba el suelo y lo golpeaba con los puños al tanto que mis lágrimas se fundían con lo último que había quedado de él en aquel oscuro recinto, y lo llamé a gritos en mi dolor, diciéndole cuánto lo amo y extraño, lamentando su muerte más que nada en el mundo y sintiendo de nuevo el horrible vacío de su ausencia. Con las manos ensangrentadas, me abracé a mí mismo, contándole cómo lo había esperado, añorando un último abrazo de su parte, cuando escuché su voz ante mí.

—Aquí estoy, hijo.

»Al principio, creí estar delirando a causa de la intensidad de mi sufrimiento, pero una silueta luminosa se hizo visible de modo paulatino y, estupefacto, elevé la cabeza para encontrarme con la amorosa sonrisa que conocía tan bien y aquellos ojos profundos y sabios que expresaban todo lo que sentía sin necesidad de que hablase. Ahogué un gemido y me lancé hacia delante para abrazar sus rodillas, pero mis brazos pasaron a través suyo.

—¡Padre! —lloré, sin poder decir nada más durante unos instantes, al tanto que él me sonreía con una felicidad que no es propia de la existencia temporal.

—Esperé largo tiempo a que vinieras —dijo, entregándome toda la calidez de su afecto paternal con la mirada aunque no pudiese hacerlo por medio de un cuerpo físico—. Sabía que me encontrarías en la oscuridad cuando el momento fuese adecuado y ahora puedo al fin presentarme ante ti. Debo decirte algo aunque, conociéndote, crea que está de más.

Asentí sin poder contener mis sollozos, temiendo que desapareciese de repente.

—Quiero pedirte que no le des muerte a tu tío en mi nombre, el de tu madre o el

tuyo propio. Como sabes, ahora que la maldición generacional se ha roto, puedes matar a conciencia sin que ello afecte tus poderes de *strigoi*. Aun así, si derramas su sangre, enfrentarás terribles consecuencias al morir, tal y como me ocurrió a mí por haber causado la muerte de mi otro hermano, aunque creyese estar haciendo justicia.

—¿Ya cesaron tus padecimientos, padre? —inquirí con un hilo de voz, mi pecho helado de terror ante la idea de que estuviese sufriendo.

—Sí, hijo, aunque estuve a punto de ser condenado al fuego eterno, pues el diablo me reclamaba por haber interrumpido una vida voluntariamente además de haber muerto lleno de odio e ira. Sin embargo, el inmenso dolor que me abrumaba atenuó mi castigo y al fin el Creador de todo el universo, dueño único de la vida y la muerte, se apiadó de mí. Cometí muchos errores. He debido tomarte e irme lejos de aquí para que crecieras junto a mí. ¡Perdóname, hijo!

—¡Por supuesto que te perdono, padre! —sollocé por entre los dientes, apretando los puños y sintiéndome desfallecer de tristeza—. ¡Solo quiero saber que eres feliz!

—Soy dichoso en la eternidad, en gran parte, gracias a los méritos de tu noble corazón. Estoy con tu madre y nuestros ancestros que merecieron la paz después de morir. Juntos te estaremos esperando.

—¡Oh, padre! —gemí—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Puedo verte desde mi morada aunque tú a mí no, hijo —respondió—. Te amo.

—¡Y yo te amo a ti! —grité, sin dejar de apreciar cada segundo que tenía el privilegio de contemplarlo.

—Lo sé —dijo, sonriendo y llenándome de su esencia—. Te veré cuando sea tu hora y entonces te abrazaré para darte la bienvenida al lugar donde estaremos eternamente juntos. Mi tiempo se acaba. Adiós, hijo mío.

—Adiós, padre —me obligué a balbucir, pues sabía que serían las últimas palabras que podría dirigirle, al tanto que la inmaculada visión de su alma inmortal desaparecía ante mí, y entonces perdí el sentido a causa de las emociones.

»Durante mi inconsciencia, escuché voces que parecían traspasar las paredes, gritos, llanto, súplicas e imprecaciones y, al fin, la maldición de Esther Baruch.

—¡Drăculea!

La voz que había escuchado hacía tantos años y en otro lugar me sobresaltó, forzándome a recobrar la lucidez.

—¡Drăculea, realmente es usted! —dijo el hombre en rumano, y por su tono supe que estaba a la vez feliz, sorprendido y aterrado—. ¡Mi sueño fue real! Y, lo mejor de todo: ¡está vivo!

Radu Gaborii llevaba una antorcha en la mano y me observaba con los ojos abiertos de par en par, sin atreverse a tocarme. Aunque había encanecido, tenía el mismo rostro jovial, valiente y decidido de antaño.

—¡Radu! —exclamé, procurando salir del pasmo—. ¿Dónde has estado todos estos años y qué haces aquí ahora?

—¡He estado escondiéndome de su tío, por supuesto! ¡Y dé gracias a Dios que lo

hice bien o, de lo contrario, nadie podría comprobar que es el legítimo hijo de su padre!

—Gracias, Dios —dije, bromeando a medias al tanto que me incorporaba y sintiéndome en extremo débil—. Y, gracias, Radu.

»«Aunque estoy profundamente agradecido con el Creador y con Radu Gaborii, después de haber visto y escuchado a mi padre, sé que el que fue su mayor deseo en vida perdió toda relevancia cuando cruzó el umbral de la eternidad, por lo cual comprobar mi legitimidad era lo último que me importaba en aquel instante durante el cual solo podía recrear en mi mente los extraordinarios sucesos que acababa de vivir.

—No se burle, señor, que es cosa muy seria —me amonestó.

—Lo sé —dije, sonriendo, tras de lo cual le di unas palmadas afectuosas en el hombro—. Discúlpame, Radu. Juro que recompensaré tu lealtad a la memoria de mi padre como ningún otro *strigoi* lo hizo con el más fiel de sus aliados.

—¡Soñé que lo vería aquí! —dijo sin prestarle ninguna atención a mi promesa y gesticulando con violencia—. ¡Aún no lo creo! Salí de mi escondite y me puse en camino de inmediato aunque, debo decirle, ¡tenía un terrible presentimiento! Y hallarlo dormido en el lugar donde falleció el Dracul, ¡por poco muero del miedo! ¡Creí haber desperdiciado toda mi vida intentando cumplir la última voluntad de su padre en vano!

Entonces comprendí cuánto amaba Radu a mi padre y supe que jamás había obrado en aras de obtener una recompensa sino guiado por la más pura fidelidad, lo cual me conmovió profundamente. Él, por supuesto, no sabía mucho de mí excepto que había sido un muchacho hostil y desconfiado cuyo corazón se había roto en mil pedazos al recibir las noticias de las cuales él era portador, por lo que solo podía apreciarme por ser el hijo del fallecido *strigoi* a quien había elegido servir a pesar de creer que era una suerte de demonio encarnado. Le rogué que me perdonase por el trato que le había dado la única vez que lo había visto anteriormente, ante lo cual él, desconcertado, dijo:

—Se equivoca, señor. No me maltrató en ningún momento. Al contrario, hubiese querido darle algo para aliviar su pobreza y pesadumbre en aquel entonces, pero aún no había hallado el generoso tesoro que el Dracul tan amablemente me legó, pues sus indicaciones eran muy complicadas. Soy rico gracias a su padre, ¿sabe? Él se aseguró de que no me faltase nada para que pudiese cumplir mi misión a cabalidad.

»Reí para mis adentros, aliviado de saber que Radu no había pasado graves privaciones materiales por servir a mi padre, al menos durante los últimos años, y fue así como confirmé mi reciente intuición al respecto de su lealtad incondicional. Sus ojos se habían humedecido al recorrer aquel espacio lúgubre, y le propuse salir de allí cuando apenas empezaba a nevar.

—Enterré a su padre junto a los restos de su difunta madre, señor —dijo, caminando conmigo hacia el exterior—. Quizá le gustaría visitar su lugar de

descanso.

Lo viré hacia mí y, sujetándolo por los hombros balbucí:

—¿Tú sabes dónde están?

No podía creer que, justo tras despedirme del fantasma de mi padre, Radu me estuviese ofreciendo la posibilidad de visitar los restos mortales de mis dos progenitores para honrarlos, lo cual ni siquiera había considerado hasta hoy.

—Por supuesto —repuso él, extrañado—. Tuve que ocultar el cuerpo del señor tras su fallecimiento para que su tío no idease nuevas formas de profanarlo, por lo cual no se halla en lo que queda del cementerio familiar de sus ancestros.

—¿Qué le ocurrió al camposanto? —inquirí perturbado.

—Sus tíos se sirvieron ampliamente de él para practicar las artes negras.

—Debí imaginarlo —comenté.

—Aunque, debo aclararle, para mi pueblo la muerte es impura y de pésima suerte sin importar cuántas bendiciones lleve una tumba encima, el lugar donde están enterrados sus padres es mucho mejor que la fortaleza que acabamos de dejar o el suelo maldito sobre el cual caminamos ahora.

»Le rogué a Radu que nos lleve al lugar donde yacen mis padres cuanto antes, pues quiero ir contigo, y me aseguró que así sería. Sin embargo, aunque ansía ver a sus primos Gaborii y escupir en el rostro de mi tío derrotado como todos los demás, no quiso venir conmigo al campamento —concluyó Slaven—. Dice que, en vista de mi retorno, tiene asuntos urgentes que atender, los cuales supongo están relacionados con el sello, y afirmó que vendrá para la celebración del cuarto mes del gitanillo. Aun así, no me he sobrepuesto a lo que experimenté en el interior del castillo Poenari. Era él, Ava. Pude despedirme de mi padre.

—No sabes cuánto he anhelado que llegase este día —dije, acunando su rostro entre mis manos y mirando dentro de sus preciosos ojos que brillaban en la oscuridad de la tienda.

—Me parece, teniéndote aquí a mi lado, que podría morir en paz justo ahora —suspiró, sujetándome contra sí.



Dracul

La luna llena iluminaba los Cárpatos nevados cuando el *bulibasha* romaní elevó a la criatura hacia el firmamento. La sangre del cordero empalado se deslizaba por la estaca y se esparcía sobre el niveo suelo, conformando un círculo escarlata reminiscente del sello de los *strigoi* Drăculești.

Aguardé a que Slaven emergiese del bosque transformado en lobo pero, cuando la manada circundó la ofrenda y empezó a devorarla, por poco lanzo un grito: era imposible que los animales no diesen prioridad a su líder, y él no se encontraba entre ellos. Horrorizada, escruté el oscuro soto con la mirada y, al no distinguirlo tras los árboles, me adentré en la espesura, llamándolo con desesperación al tanto que los gitanos daban inicio al festín sin caer en cuenta de lo que ocurría. Slaven, sin embargo, no estaba por ningún lado y ni siquiera percibí un rastro fresco de su aroma en las inmediaciones por más que mis poderes de *strigoiacă* se habían intensificado en los últimos días.

Presa de la angustia, corrí por el bosque helado sin alejarme demasiado del área: al inspeccionar el campamento desde el norte, reparé en que la manada hambrienta ya había consumido la totalidad del cordero en ausencia de Slaven, lo cual me alarmó más. Estaba a punto de interrumpir la celebración cuando escuché un familiar silbido en lo alto de la montaña. Obedeciendo a su líder, los lobos se posicionaron en torno al área despejada del bosque de inmediato con actitud sumisa y, gracias a que se habían saciado, ninguno de ellos amenazó con cruzar el límite demarcado por las antorchas para ir en busca de más alimento, lo cual me tranquilizó un poco aun si de ningún modo explicaba lo ocurrido.

Guiada por el silbido, fijé la vista en la cumbre con el corazón en vilo: estaba convencida de que, al cabo de unos minutos, discerniría una silueta lupina en el blanco y estrecho camino que llevaba al campamento pero, para mi sorpresa, quienes aparecieron en el mismo fueron tres hombres. Cuando reconocí a Slaven en medio de

los otros dos, su rostro a medias cubierto por la capucha negra del abrigo, me resultó muy extraño verlo desplazarse hacia nosotros con forma humana: según me había explicado durante el viaje hacia los Cárpatos, el pacto de alianza lo compelía a tomar parte en el ritual en el caso de hallarse cerca al campamento gitano durante una ceremonia conmemorativa, y no había nada que pudiese hacer para no sufrir una transformación instantánea y abalanzarse sobre la ofrenda que hacía ya varios siglos consumían los primogénitos *strigoi* de su familia, lo cual lo hacía muy vulnerable, pues es muy fácil matar a un *strigoi* mientras está alimentándose con forma de lobo. Sin embargo, en aquella ocasión no había participado en el banquete sangriento que se suponía eximía al pequeño gitano de ser devorado por él, y los Gaborii lo contemplaban temblando en silencio conforme avanzaba hacia nosotros.

—¡Salud, Gaborii! —clamó en rumano, descubriéndose la cabeza e irguiéndose sobre un montículo de roca y nieve ante nosotros—. No teman: les traigo buenas nuevas.

Dicho esto, uno de los dos hombres que lo acompañaban, quien sostenía un fino cofre de madera en las manos, trepó en la inmensa roca junto a él y pidió, también en rumano:

—Que el *bulibasha* se aproxime, por favor.

El hombre que se había dirigido a la multitud, quien debía tener unos cincuenta años de edad, era alto y elegante. Siendo bien parecido, su delgadez era notoria a pesar de las gruesas ropas que llevaba para protegerse del frío. Hubo un murmullo general y, entonces, el jefe de los romaníes se acercó a ellos en silencio, dándole la vuelta a la roca. Tras abrazar brevemente al tercer hombre, quien supuse era Radu Gaborii pues estaba vestido al modo de los gitanos y tenía muchas joyas de oro, tomó la mano que le ofrecía Slaven y, sin atreverse a mirarlo directamente al rostro, ascendió a donde él estaba para posicionarse a la derecha del hombre elegante.

—Esta mañana —dijo el último, con tono emotivo—, la Orden del Dragón tuvo el honor de conocer a Slaven Drăculești, cuya legitimidad como único heredero de su padre fue confirmada por medio del sello que lo distingue, del cual Radu Gaborii pudo enseñarnos el molde original que guardó con su vida durante las últimas décadas. De tal modo, yo, Alexandru de Chak, me complazco en premiar la lealtad del clan Gaborii para con una de las familias más antiguas de la Orden, haciendo entrega a su *bulibasha*, como me lo pidió el señor Drăculești quien me acompaña, de las tierras correspondientes al antiguo asentamiento romaní sobre las cuales nos hallamos, cuyo título he protegido desde la muerte de su predecesor, gran hombre y amigo mío, que Dios lo tenga en Su gloria.

Una exclamación colectiva brotó de los labios de los gitanos que me rodeaban. Segundos después, observé que sus ojos se llenaban de lágrimas al tanto que aquel insigne miembro de la Orden del Dragón abría el cofre para enseñar su contenido al *bulibasha* antes de depositarlo en sus manos.

—Ahora que el asesino de su difunto Dracul fue entregado a las autoridades, será

juzgado en Curtea de Argeş con una acusación formal por parte de los actuales miembros de la Orden en el Reino de Rumania. Así pues, no tendrán que preocuparse por sufrir las vejaciones de antaño —prosiguió—. Sin embargo, los invito a que participen con su testimonio en los tribunales para que ninguno de los crímenes que este infame usurpador cometió quede impune. Me aseguraré de que sean tratados con dignidad y respeto en la ciudad.

Aunque aún me costaba un poco comprender el rumano en general, Alexandru de Chak era tan articulado que no se me escapó ninguna palabra, como solía ocurrir cuando Slaven hablaba en la lengua de su padre.

—Sé que, como en mi caso, nada podrá resarcirlos por lo que mi tío hizo —dijo Slaven, sus cabellos negrísimos ondeando en el viento nocturno—. Aún así, espero que se hallen a gusto en el que un día fue su hogar en las montañas del diablo. Quiero asegurarles que mantendré mi alianza con su clan aunque ya no volveré a participar en las ceremonias conmemorativas de la misma —sentenció, al tanto que una sonrisa se dibujaba en su rostro pálido—. Mi deseo es que, en vez de ofrendarme una víctima, ustedes juren proteger a los lobos que habitan estos bosques. Se abstendrán de cazar, dejándoles a los lobos las presas salvajes de modo que no pasen hambre, y ellos jamás robarán su ganado. Cuando necesiten ayuda, los lobos actuarán en su defensa, y a cambio de esto ustedes ahuyentarán a los cazadores furtivos. Por mi parte, cada vez que un nuevo Gaborii cumpla los cuatro meses de edad, sea varón o mujer, le enviaré un regalo como el que ahora Radu entregará a los padres de la criatura.

El gitano descendió el tramo faltante del camino hasta el centro del campamento para dar a los asombrados anfitriones un saquito de terciopelo púrpura, el cual el padre abrió, depositando en la mano de la madre un delicado cordón de seda del cual pendía una especie de silbato de oro en el cual estaba grabado el sello de los *strigoi* Drăculeşti.

—Los lobos atenderán el llamado de quien los convoque por medio del silbo —anunció Slaven.

Conmovidos, los padres hicieron una corta reverencia a Slaven, sin atreverse a hablar aún. El *bulibasha*, quien no había parado de sollozar, se inclinó ante él y descendió de la roca para que Radu Gaborii ocupase su lugar.

—Esta noche forjamos una nueva alianza con el amo de la noche, quien en breve sucederá a su padre —dijo Radu en romaní, que María se apresuró a traducir para mí.

Entonces, Slaven se puso de rodillas ante Alexandru de Chak, el cual, tras desenfundar la larga y ancha espada ceremonial que pendía de su cinto, hizo la señal de la cruz sobre él sin tocarlo, al tanto que decía:

—En nombre de tu padre, yo te doy la bienvenida a la Orden del Dragón.

Slaven se puso de pie y, tras hacer una profunda reverencia a Alexandru, quien lo miraba con indescriptible afecto, se inclinó ante los Gaborii, los cuales exclamaron al unísono, elevando sus palmas al negro cielo:

—¡Larga vida al Dracul!

Un frenesí sin precedentes de apoderó de los gitanos, quienes se pusieron a ulular, cantar y palmotear, brindando por el nuevo Dracul y el inusitado traspaso de propiedad de las tierras donde un día habían sido tan felices. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia Slaven, quien ya se dirigía hacia mí seguido por Alexandru de Chak y Radu Gaborii. Tras abrazarme con fuerza, me presentó a sus acompañantes. Radu se inclinó ante mí y se disculpó pronto para unirse a sus primos romaníes, a quienes no había visto en tan largo tiempo. Por su parte, Alexandru besó mi mano con un ademán caballeresco al que no estaba acostumbrada.

—Es un honor, señora Drăculești —dijo, sonriéndome con ternura paternal, y no pude evitar sonrojarme al ser llamada de ese modo.

Respondí como pude que el honor era mío en mi torpe rumano, tras de lo cual Slaven nos guio hacia una fogata apartada de las demás, frente a nuestra tienda. Los gitanos habían cubierto con tapices los troncos que usaríamos a modo de asientos después de la corta nevada, por lo cual estuvimos bastante cómodos. A partir de ese momento, Slaven hizo las veces de traductor entre Alexandru y yo cuando era necesario, pero pude expresarme con relativa facilidad durante la conversión al tanto que los tres nos calentábamos bebiendo */uica*.

Slaven explicó que Alexandru conservaba algunos efectos personales de su padre desde el momento en que sus tíos nigromantes lo habían forzado a huir de las montañas tras sorprenderlo con sus ejércitos de mercenarios en medio de la noche.

—El padre de Slaven solo pudo tomar algunas cosas, las cuales me entregó para que guardase en las arcas de la Orden hasta que él pudiese derrotar a sus hermanos, lo que, por desgracia, nunca ocurrió —dijo Alexandru—. Todo lo que no estaba resguardado por la Orden fue saqueado tras su huida y, después de su muerte, el hermano que lo sobrevivió se autoproclamó heredero universal de sus bienes, muchos de los cuales le fueron entregados por funcionarios que habían sido sobornados previamente.

—Mi padre había contado a sus amigos, miembros de la Orden del Dragón al igual que él, que tenía un hijo único al cual había enviado lejos para protegerlo, marcándolo previamente con su sello, el cual ellos conocían muy bien. Sin embargo, al no haber registros de mi existencia, la Orden me buscó en vano largo tiempo tras la muerte de mi padre.

—Aunque este no hubiese tenido un heredero, jamás habríamos entregado su herencia a quienes lo asesinaron —sentenció Alexandru, sus pupilas humedecidas—. Aun así, buscamos sin cesar al chico que llevaba el sello de la Orden, enviando a nuestros hombres a diestra y siniestra sin resultado alguno. Puesto que conocíamos la maldición de nuestro amigo y su descendencia, estábamos en extremo preocupados por su hijo y, en lo personal, admito que había perdido toda esperanza cuando Radu Gaborii se presentó en mi casa hace un par de días con el molde original, el cual guardaba en una caja que solo podía abrir, curiosamente, una llave del padre de

Slaven que yo tenía en mi poder.

—Cuando Radu me llevó a casa de Alexandru esta mañana, los dos restantes miembros de la Orden en la región habían sido convocados allí para recibirme y efectuar la verificación del sello que me distingue —dijo Slaven—. Mientras comparaban el diseño del molde con la marca de mi espalda, sentí la presencia de mi padre de nuevo.

—Nosotros también la percibimos, sin lugar a dudas —dijo Alexandru, suspirando—. Por lo demás, Slaven se parece tanto a su padre que habríamos podido tomar su palabra, pero conociendo los ardides de sus tíos, fue prudente que no nos basáramos en similitudes físicas.

—La Orden guardaba, entre otras cosas que mi padre había dado a Alexandru, un documento que dejaba constancia escrita del primer pacto de alianza realizado entre Vlad II Dracul y el *bulibasha* Gaborii de su época —me contó Slaven—. Al revisar las arcas hallamos, junto a los títulos de las propiedades que mi padre había heredado de mi abuelo, una pequeña urna de cristal que albergaba un frasco de oro repujado perteneciente al primer *strigoi* que se transformó en lobo, cuyo contenido se había cristalizado con el paso de los siglos.

»El buen *strigoi* había dejado instrucciones mágicas de su autoría dentro de la urna para modificar el pacto con los gitanos y alterar la transformación durante la ceremonia conmemorativa, la cual él mismo había ideado en primera instancia para poder sobrevivir en los bosques a partir de aquel momento, por lo que los demás *strigoi* heredamos tanto la obligación de consumir la ofrenda como la predisposición a convertirnos en lobos. Esto, en general, facilitaba la vida de los *strigoi* que preferían alejarse de sus familias para que no fuesen alcanzadas por la maldición, por lo que ninguno hasta ahora se molestó en revertir las condiciones del pacto.

»Sin embargo, ahora que la maldición ya no se cierne sobre nosotros, la obligación resulta cuando menos inconveniente, así que decidí hacer uso de las instrucciones para deshacer el poderoso hechizo de mi ancestro. Puesto que la modificación solo podía ser efectuada por uno de sus descendientes *strigoi* en las montañas del diablo durante el plenilunio —prosiguió—, no dudé en sacar provecho de la ocasión, derramando unas gotas de mi propia sangre dentro de la botella para unirla con su contenido, que no era otra cosa que la sangre pura de aquel *strigoi*, vertida antes de la primera transformación en lobo para ser conservada a través del tiempo, en caso de que sus descendientes quisieran variar las condiciones.

»Al consumir su sangre pura combinada con la mía propia bajo la luna llena y recitar un hechizo particular, me libré de transformarme en lobo durante las ceremonias conmemorativas y consumir la ofrenda aun en contra de mi voluntad —concluyó, apretando mi mano.

—¿Qué hay de mí? —inquirí preocupada—. ¡Que aún no me haya transformado en loba en contra de mi voluntad no significa que no pueda ocurrirme en el futuro!

—Ven aquí, mi pequeña loba —bromeó, besando mi mejilla—. Yo mismo te

cederé las mejores presas.

Alexandru se echó a reír, diciendo:

—No asustes a tu esposa, Slaven, dile la verdad.

—Te guardé un poco, por supuesto —confesó él, extrayendo el frasco de su abrigo—. Bebe.

Lo tomé de sus manos y, tras observar en detalle la marca del dragón repujada en su exterior, inquirí recelosa:

—¿No perderé mis poderes de *strigoiacă*?

—Es un riesgo que tienes que tomar —dijo él, elevando ligeramente las cejas.

Minutos después, cuando nos llevaron pan y pescado, Slaven no pudo contenerse y empezó a comer los alimentos cocidos con nosotros ante las miradas atónitas de los Gaborii, quienes, como yo, jamás lo habían visto comer algo que no gotease sangre fresca.

—Por El Empalador —dijo—, había olvidado por completo lo que era degustar la comida y no alimentarme solo por necesidad.

En lo que me concernía, pasé con licor el sabor de su sangre combinada con la de su ancestro, y tuve que esperar largo rato antes de probar bocado.

—Slaven fue registrado en el ayuntamiento de Curtea De Argeş hoy —me dijo Alexandru y, luego, virándose hacia Slaven, añadió—: Sé que no es más que un formalismo, pero creo que deberían casarse de nuevo con testigos de la Orden. Sin pretender ser portador de *o mulo*, como dicen los romaníes, la experiencia de tu padre es una que jamás debe ser repetida, y todos sabemos que, si él hubiese oficializado su unión con tu madre, todos nos habríamos evitado muchas penas.

—Estoy de acuerdo contigo, Alexandru —dijo Slaven—. ¿Te gustaría casarte conmigo de nuevo, Ava?

Lo había preguntado de modo casual pero sus ojos revelaban algo muy distinto. Estaban llenos de emoción.

—Una y mil veces más —respondí al tanto que él apretaba mi mano entre las suyas.

Satisfecho, Alexandru se fue a dormir antes que los demás en la tibia tienda que Slaven había instalado para él junto a la nuestra. En vez de retirarnos temprano, Slaven y yo decidimos dar un paseo nocturno con la manada en las montañas del diablo mientras los gitanos festejaban con Branka y Baba Roga: partiríamos a Bucarest al día siguiente, deteniéndonos para visitar las tumbas de sus padres en el camino, por lo cual deseábamos despedirnos de los bosques de los Cárpatos.

—Aún puedes transformarte en lobo, ¿verdad? —le pregunté conforme ascendíamos a la cumbre para ver los riachuelos serpenteantes desde lo alto.

—Por supuesto —dijo—. Y estoy seguro de que tú también lo harás algún día si lo deseas. En cuanto a los alimentos, jamás volveré a comer carne cruda en lo que me queda de vida. Palabra de *strigoi*.

—Secundo tu decisión —repliqué, feliz de que al fin pudiese disfrutar los

placeres sencillos de la existencia humana—. Aun así, tengo que admitir que, ahora que ambos bebimos del contenedor dorado, ya no tengo miedo de ser una *strigoiacă* con todo lo que conlleva.

—¿Quieres decir que, te gustaría transformarte en loba a voluntad? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Sí —admití—. Y quiero intentarlo mientras estamos en las montañas del diablo. ¿Qué tal una carrera hasta la cima?

—¿Ahora?

—Sí, ahora —dije, quitándome el abrigo.

—No puedo pensar en una idea mejor —respondió, imitándome.

Cuando nuestras ropas y botas quedaron apiladas bajo un enorme pino, Slaven se echó a correr en dirección al norte con la manada pisándole los talones. Lo alcancé en un instante, riendo. Escuchaba la música del viento entremezclada con los aullidos de nuestros acompañantes conforme mis pies, que a duras penas si percibían el frío, se hundían en la suave nieve. Aquel era un tipo de éxtasis que nunca había experimentado: el espíritu animal que vibraba en mi interior era al tiempo personal y colectivo, instintivo y etéreo. Por primera vez sentí que la manada y yo éramos uno solo, mi ímpetu era suyo y su fuerza era mía. Creí estar soñando al pasar sobre las raíces escarchadas de los árboles, rozando las ramas perfumadas de los pinos, casi deteniéndome en el tiempo al alcanzar el punto más elevado de mi salto, el cual se hacía cada vez más amplio. Aterrizaba con inusitada delicadeza en el suelo acolchado solo para descubrir un nuevo significado de velocidad al impulsarme de nuevo hacia delante, el gélido aire de la montaña acariciándome y llenando mi pecho de un brío renovado que me aunaba con toda la vida de nuestro entorno. Entre más rauda era la carrera, mayor era mi júbilo, que también era el del grupo. Solo caí en la cuenta de que me había transformado en loba cuando, en vez de un grito de triunfo, emití un largo aullido al descubrir que había ganado.



Bucarest

Las dos casas de Bucarest eran las únicas sobre las cuales los tíos de Slaven no habían puesto sus cruentas manos. Mientras las autoridades rumanas sacaban incontables cadáveres de las otras propiedades de su padre ubicadas en áreas rurales del Reino, las primeras habían sido preservadas intactas por los miembros de la Orden, la cual, según aprendí, continuaba existiendo en Europa con un limitado número de miembros honorarios que eran amigos entre sí.

Los muebles, que hasta hacía unos meses habían permanecido ocultos bajo sábanas blancas, habían sido desempolvados y pulidos al igual que los pisos de mosaicos de colores, las grandes lámparas que pendían del techo, los candelabros labrados y las preciosas alfombras orientales. Ambas casas, ubicadas la una frente a la otra al final de una bonita calle sombreada por árboles altísimos, habían sido erigidas por *strigoi* sobre vastos jardines, hallándose a prudente distancia de las propiedades vecinas. Slaven y yo habíamos realizado todo el trabajo de limpieza en ambas edificaciones durante el invierno, lo cual había resultado sumamente interesante, pues habíamos hallado un sinfín de tesoros familiares en los áticos y extensas bibliotecas. Además, le había enseñado alemán clásico a Slaven, quien hasta entonces solo dominaba el curioso dialecto de los suevos de Banat, y yo había podido mejorar mi rumano, así como muchas de mis habilidades de *strigoiacă*. El juicio contra el tío de Slaven había sido largo y penoso y, por desgracia, en vez de ser obligado a permanecer el resto de su vida en la cárcel, había sido sentenciado a la horca. Nosotros, por supuesto, no habíamos asistido a presenciar su ejecución, pero muchos romaníes de varias familias habían querido maldecirlo antes de morir, así que habían viajado desde lejos solo para eso. Por su parte, la Orden del Dragón declaró que deseaba encargarse de las exequias así que, a pesar de todo, recibió un funeral más digno del que merecía. En fin, por tratarse de un caso que involucraba a la familia de Slaven, habíamos tenido que permanecer en Rumania más tiempo del

planeado, lo cual, por otra parte, nos había permitido conocer la tierra de su padre desde una nueva perspectiva gracias a que Slaven ya no tenía motivos para esconderse y, en especial, porque ya no debía tener acceso permanente a un lugar agreste para cazar. Puesto que antes de que sus poderes de *strigoi* se afianzaran había sido un chiquillo paupérrimo que dependía de la peor cocinera del mundo, quien no era otra que nuestra querida Baba Roga, Slaven jamás había tenido la ocasión de probar una comida elaborada con el propósito de satisfacer los sentidos, me deleité replicando para él los mejores platillos de Branka.

—¿Estás segura de que no recitas hechizos de amor cuando cocinas? — bromeaba, apreciando los exquisitos sabores de la culinaria de los Balcanes.

Siendo tan diestro en la preparación de pócimas, no me sorprendió que él mismo implementase las recetas gastronómicas compiladas en tres tomos que hallamos en la despensa, ni que en breve fuese mucho mejor cocinero que yo.

—La cocina sigue siendo mi reino mágico —afirmó, guiñándome un ojo tras invitarme a tomar asiento en una mesa dispuesta como para dos reyes—. Además, extrañaba alimentarte.

Yo encantada. Ahora que él podía nutrirse normalmente, habíamos decidido pasar al menos una temporada anual en Bucarest, en la que era nuestra favorita de las dos casas que no habían sido saqueadas y derruidas por sus tíos. Esta tenía tres niveles y ventanas estrechas y alargadas, por lo que resultaba a la vez amplia y privada. La otra, de dos niveles y anchos ventanales, era algo más cálida y moderna, por lo cual la habíamos adecuado como casa de huéspedes con motivo de nuestra boda.

Habíamos enviado sobres sellados con la insignia del dragón a nuestros amigos en Europa, a los cuales alojaríamos durante una semana. Esperábamos, entre otros comensales, a Branka y el viudo de Vršac que ahora era su prometido, a los miembros de la Orden y algunos parientes lejanos de Slaven y, por supuesto, a Marcus y Wilhelma, quienes viajarían con su hijo Fritz y la aya que me había atormentado durante la niñez, la cual ahora hacía las veces de nana del chiquillo.

Por suerte para Slaven y para mí, Alexandru de Chak y los otros miembros de la Orden en Rumania se habían hecho cargo de los preparativos tanto de la ceremonia como del festejo posterior, que tendrían lugar el domingo en la casa de Alexandru, por lo cual yo a duras penas si había tenido que ocuparme de algo excepto disfrutar de la compañía de Slaven y Branka, quien había llegado la semana previa para ayudarme a dar unos últimos ajustes al vestido y tocado que luciría.

Aunque Slaven y yo habíamos comprado trajes apropiados para la ciudad durante los meses que habíamos pasado en Bucarest, dejaríamos las prendas finas allí cuando retornásemos a Banat, llevándonos solo lo que pudiésemos usar en el campo: la fortaleza nos esperaba, así como la vida agreste que tanto amábamos, la cual ansiábamos compartir con Baba Roga y los parientes de Branka, quienes ya se habían instalado en cabañas nuevas al otro lado del bosque y aguardaban nuestro regreso. Sin embargo, eso no sería hasta dentro de algunas semanas y ahora anticipábamos la

llegada de nuestros invitados al Reino de Rumania.

Habíamos adquirido la costumbre de tomar ajeno en las tardes, el cual servíamos en un pequeño salón tapizado de verde donde siempre ardía una chimenea. Con el fin de endulzar y diluir lentamente el fortísimo licor, le agregué a mi copa agua helada a través de una cuchara plana y perforada asentada horizontalmente en sus bordes, sobre la que reposaba un cubo de azúcar. Cuando el ajeno, de una límpida coloración cetrina en su estado puro, se tornó blanquecino y opaco, reacción a la que los franceses se referían como *louche*, procedí a beber pequeños sorbos de la exquisita mezcla anisada que hizo que mi boca se adormeciese. Aunque muchos rumanos bebían el ajeno puro y sin azúcar, a mí me gustaba tomarlo al modo de los franceses, en especial porque me parecía que así se realzaban los sabores sutiles de las hierbas que lo aromatizaban. Al igual que sus predecesores *strigoi*, Slaven y yo debíamos mantenernos alejados de la plata y, por lo tanto, nos veíamos obligados a llevar nuestros propios cubiertos a donde fuésemos, lo cual nos hacía pasar por un par de excéntricos o al menos por una pareja algo pretenciosa ante los extraños, pues dichos cubiertos invariablemente tenían un grueso revestimiento de oro, ya fuese blanco o amarillo, y llevaban grabado el sello del dragón. No estaba tan mal, al fin y al cabo, ya que la alternativa oscilaba entre experimentar una ligera quemazón y quedar paralizados durante varias horas, sufriendo los efectos de un lento envenenamiento. Por suerte, no teníamos que dar explicaciones a los miembros de la Orden o a nuestros amigos cercanos, y frecuentábamos muy pocos cafés.

—Aunque ambos sean hechiceros —nos dijo Branka el día en que llegó a Bucarest, mirándonos por turnos y asiendo la bonita garrafa de cristal para verter más agua en su copa de ajeno—, jamás adivinarán quién asesinó a los miembros de la congregación mientras estos se hallaban en la cárcel.

Tenía razón: Slaven y yo habíamos pasado muchas noches en vela especulando al respecto de la autoría de los crímenes sin llegar a una conclusión satisfactoria.

—¡Dínoslo de inmediato! —exigí, depositando mi copa sobre la bandeja de madreperla.

—Se trata de dos personas —respondió ella, encendiendo un tabaco de la fina caja que Slaven le había obsequiado—. Una de ellas vivía en Vršac y la otra habitó en Dobro durante un tiempo.

—Por favor, Branka, acabe ya con este suspenso —suplicó Slaven, sorbiendo su ajeno, el cual no había diluido.

—Piensen: ¿quién podría odiar tanto a la congregación como para querer matar a cada uno de sus integrantes? —inquirió Branka, dándole largas al asunto—. ¿Quién, amando el evangelio, conocía de primera mano las contradicciones en la doctrina de Németh y sus seguidores? ¿Quién podría haber ingresado fácilmente a la prisión, fingiendo ser una visitante bienintencionada que deseaba dar un último adiós a la que un día fue su comunidad? Por último: ¿quién, fiel réplica de su difunta hermana, es lo suficientemente bella y en apariencia candorosa como para enamorar al carcelero y

convencerlo de ayudarla a vengarse?

—¡Rebeka! —replicamos ambos al unísono.

—No era un caso tan difícil, después de todo —concluyó Branka, mirándonos de soslayo y exhalando una densa bocanada de humo.

—¿Qué ocurrió con ella? —inquirí.

—Después de que el carcelero confesó su participación en los crímenes, la guardia civil la arrestó en casa de su madrina —replicó mi nana—. Aún tenía las manos del reverendo guardadas en un cofre. Iba a ser juzgada hace quince días pero, según me dijo el detective, ella y su cómplice se fugaron durante la noche. Quién sabe a dónde habrán ido, lo único que puedo decirles es que tengo la sensación de que nadie en Vršac moverá un dedo por encontrarlos: es obvio que están solidarizados con la chica y, en cierta forma, aprueban lo que hizo, aunque no lo digan abiertamente.

—Vaya —dijo Slaven, suspirando—. No esperaba que Rebeka se pareciese tanto a su hermana mayor.

—Al menos Rebeka no asesinó a los niños —dije—. Hablando de ellos, ¿quién se está haciendo cargo de cuidarlos?

—Fueron enviados a un orfanato de Budapest. Al parecer, un matrimonio de la alta sociedad húngara se enteró del caso en el periódico y ofreció subvencionar todos los gastos de traslado de los chiquillos a Pest, así como su alimentación y educación posterior. La esposa dirige el asilo de huérfanos con la ayuda de dos mujeres francesas.

—Espero que no los eduquen a la manera de la congregación —dije.

—Lo dudo —dijo Branka—. El detective me dijo que las directrices del orfanato son católicas. Y, en todo caso, los chicos estarán mejor que en Dobro.

—Yo espero que los chiquillos puedan sanar y no intenten replicar más adelante las torturas a las que fueron sometidos —dijo Slaven.

—Amén —dijo Branka, persignándose de aquel modo peculiar que yo conocía tan bien—. Pero no nos detengamos en temas tristes o sórdidos: ¡tu primo estará aquí el jueves! No puedo esperar a que Wilhelma baje del coche y fije sus ojos envidiosos en esta casa —rio.

—Descuide, Branka —dijo Slaven—. Ava ha estado planeando darle algunas sorpresas a su vieja antagonista, y yo voy a asegurarme de disfrutar cada una de las mismas.

—¡Y yo igual! —dijo Branka, entusiasmada—. ¡Salud!

—¡Salud! —coreamos nosotros, intercambiando miradas de complicidad y riendo.

Puesto que era imperativo, Slaven y yo habíamos contratado personal provisional para que atendiese a nuestros huéspedes en la casa vecina. Así pues, el día jueves, el cochero temporal partió a la estación de tren a recoger a mi primo y su pequeña familia en el amplio y elegante coche que habíamos heredado de su padre. Este

también ostentaba la insignia del dragón pero, curiosamente, jamás lo usábamos, pues preferíamos caminar a donde fuésemos.

Tras llegar de la estación, el cochero depositó las valijas de Marcus, Wilhelma, Fritz y la aya en la casa de huéspedes, en la cual fueron prontamente ubicados en sus respectivas habitaciones por una ayuda de cámara para que pudiesen asearse y descansar tras el largo viaje. Dos horas después, la aya permaneció con el pequeño Fritz mientras Marcus y Wilhelma cruzaban la calle para cenar en nuestra casa, donde Slaven, Branka y yo los esperábamos espiando tras las pesadas cortinas de terciopelo del recibidor. Wilhelma, vestida de azul pálido y encaje, caminaba con la boca abierta hacia la puerta principal, aferrándose al brazo de Marcus al tanto que recorría la fachada con la vista.

—¡Es imposible! —la escuché murmurar con mi oído de *strigoiacă*—. ¡Tiene que haber una buena explicación para todo esto!

Ahogué una risilla y alisé mis ropas con las manos al ponerme de pie aunque, en esta ocasión, estaban planchadas: me había puesto un vestido de tonalidad gris perlada, preciosamente brocado con hilos color magenta desde el pronunciado escote del corpiño sin mangas hasta la porción superior de las faldas, el cual resaltaba tanto mi piel morena como mis larguísimos rizos oscuros, que Branka me había ayudado a sujetar parcialmente en la parte posterior de la cabeza. Llevaba también guantes negros de terciopelo y una gruesa gargantilla de rubíes que Slaven había mandado hacer para mí en agradecimiento por el hechizo que había realizado con su sangre preadolescente, el cual había roto la maldición generacional.

Cuando Branka abrió la puerta y se hizo a un lado para que nuestros invitados pudiesen pasar, observé a Wilhelma palidecer, temblar y tropezar sucesivamente al encontrarse con Slaven y conmigo, quienes aguardábamos al fondo del corredor, uno al lado del otro. Slaven, vestido de negro irreprochable, se inclinó ante Marcus con una amplia sonrisa, dándole la bienvenida a nuestro hogar, y procedió a besar la mano de Wilhelma, quien enrojeció hasta la raíz de los rubísimos cabellos, en los cuales llevaba un ancho moño azul como los de sus muñecas de porcelana.

Abracé a Marcus con todas mis fuerzas y procedí a estampar un beso en cada una de sus mejillas, riendo: estaba feliz de verlo. Mi primo había engordado un poco y su cabello había empezado a caerse en lo alto de la frente, pero por lo demás no había cambiado mucho. Tenía los mismos ojos bondadosos y la sonrisa afable que lo caracterizaban.

—¡Por Dios, Ava! —exclamó, tomándome de las manos y retrocediendo para observarme—. ¡Estás preciosa! ¡Se diría que eres la esposa de un sultán!

—Si bien es cierto que Ava es espléndida y, en todo caso, la única estrella de mi esfera —dijo Slaven—, los sultanes fueron los más odiados enemigos de mis predecesores, profesor Bauer.

—Me encantaría escuchar esa historia —replicó Marcus, embelesado con Slaven.

—Por supuesto que se la contaré —dijo Slaven a Marcus, al tanto que yo

saludaba a su esposa.

—Wilhelma —dije, inclinando brevemente la cabeza hacia delante y esbozando una sonrisa, pues todo aquello se me antojaba comiquísimo. Mi enemiga de la infancia lucía igual que siempre, aunque parecía haber perdido demasiado peso tras haber dado a luz.

—Por favor, sigan. La cena está lista —anunció Slaven, haciéndoles un ademán con la mano para que procediesen hacia el comedor.

Slaven y yo ocupamos las cabeceras de la mesa, sobre la cual brillaban varios candelabros, y Wilhelma se sentó frente a Marcus y Branka. Puesto que las fuentes ya estaban dispuestas, procedimos a servirnos nosotros mismos, como de costumbre. Slaven llenó las copas de todos y volvió a su asiento para brindar con nuestros invitados. Wilhelma había enmudecido y solo atinaba a comer pequeños bocados mientras intentaba enfocarse en la conversación, pero la rabia había contraído sus finas facciones de modo que a duras penas si podía moverse: nos miraba a Slaven y a mí por turnos, tiñéndose de bermellón al contemplarlo a él y palideciendo al punto de lucir enferma cuando me examinaba de soslayo, hasta que al fin se atragantó y derramó el vino sobre sus faldas cuando Slaven le explicó a Marcus que el sello del dragón en los cubiertos y el coche no era más que el emblema de su familia, la Casa Real de Drăculești.

—¿Casa Real? —tosió, mirándonos con los ojos abiertos de par en par al tanto que intentaba secarse las faldas con la servilleta.

—Le enseñaré a Wilhelma el camino al tocador —dije, suprimiendo una risotada y levantándome para guiarla a través de un amplio corredor del cual pendían retratos a medio iluminar de todos los ancestros de Slaven.

—Vaya, hay plantas en cada habitación de la casa —dijo ella por entre los dientes cuando abrí la puerta de vidrio de color granate que daba paso a la sala de baño, observando las hermosas enredaderas que pendían de vasijas de cobre ubicadas en altos intersticios de las paredes.

—Así es. Slaven y yo amamos la naturaleza. Por cierto, ten cuidado con los gusanos. He hallado que algunos se deslizan fuera de las macetas —dije, dejándola sola y volviendo sobre mis pasos.

Puesto que Wilhelma no sabía nada de historia gracias a su propensión hacia la más escueta femineidad, era lógico que no hubiese conjeturado nada especial al recibir una invitación a la *pequeña ceremonia privada* durante la cual *S. Drăculești* y yo nos casaríamos en Bucarest. En cuanto a Marcus, siempre había preferido la ciencia a la lingüística, así que probablemente no había reparado en el vínculo entre el nombre de familia de Slaven y los príncipes de Valaquia. Perfecto. Las reacciones de uno y otro eran aún más satisfactorias de lo que había anticipado.

—¡Oh, Ava! —exclamó mi primo en cuanto tomé asiento de nuevo—. ¿Por qué no me contaste que te casarías con un descendiente de Vlad El Empalador? ¡Cuando era niño le rogaba a tío que me contase su historia una y otra vez!

—¿De veras? —inquirí sorprendida—. Jamás reparé en ello, estaba embebida en las historias que Branka me contaba acerca de Pie de Bruja.

Le dirigí una larga mirada a Slaven, diciéndole sin palabras cuánto lo amaba, y la sutil curvatura de sus labios fue más hermosa que ninguna respuesta.

—¡Pie de Bruja! —rio Marcus—. Lo había olvidado completamente. No niego que tuve muchas pesadillas con él cuando era niño, tal es el poder de la imaginación infantil cuando un adulto supersticioso como nuestra querida nana la nutre de terribles fantasías, sin embargo, Ava, tu prometido y yo estamos hablando de una leyenda real que es, ni más ni menos, su ancestro directo: ¡Vlad Țepeș! Señor Drăculești, le ruego que cumpla su promesa de enseñarme la biblioteca familiar.

—Por supuesto que se la enseñaré, profesor Bauer —replicó él con un brillo burlesco en los ojos—. Y, por favor, llámeme Slaven.

En este punto, Branka, quien ya había tomado un par de copas de vino, reía como loca.

—¿Slaven? —inquirió Marcus, frunciendo el ceño—. ¿No era ese el nombre de...?

En ese instante, el alarido de Wilhelma interrumpió nuestra agradable conversación y los cuatro nos levantamos con presteza para ir a socorrerla. La encontramos fuera de la sala de baño, saltando y gimiendo.

—¡Por Dios! —chilló—. ¡Hay una serpiente allí dentro!

—Eso es imposible, señora Bauer —respondió Slaven, abriendo la puerta.

—¡Cuidado! —gritó ella, escondiéndose detrás de Marcus—. ¡Deténgase!

—¿Se refiere a la enredadera que cuelga de la vasija junto al tocador? —inquirió Slaven, apuntándola con el dedo y aumentando el brillo de la lamparita que iluminaba el recinto.

—¡Vi una serpiente! —sollozó Wilhelma, asomándose por detrás del hombro de mi primo al tanto que Slaven tomaba la hiedra entre sus dedos.

—No es más que una planta, Wilhelma —dije, mirándola a los ojos con la que esperaba fuese la expresión de Medea.

—Pero... se deslizó por mi brazo —balbuceó ella, aún aterrada—. ¡Sentí su piel fría!

—Creo que la señora Bauer bebió un poco de más —dijo Slaven con tono de sutil reproche.

—Había una... —insistió ella, pero se interrumpió cuando pudo verificar que solo había plantas allí—. ¡Quizá escapó!

—Basta, Wilhelma —la amonestó Marcus, visiblemente avergonzado.

—¡Usted y sus nervios! —comentó Branka, poniendo los ojos en blanco, con fingida indignación—. Siempre fue así.

—Vamos, regresemos al comedor —sugirió Slaven—. Le ofreceremos una bebida calmante a la señora Bauer.

—No sabía que, además de los animales, temieras también a las plantas —susurré

al pasar a su lado para tomar el brazo que Slaven me ofrecía.

—¿Los animales no son del agrado de la señora Bauer? —inquirió Slaven, simulando sorpresa.

—¡Los odia! —exclamó Branka—. ¡A todos y cada uno de ellos!

—No puede ser... —comentó Slaven, llevándose la mano al pecho y luciendo casi dolido.

—¡Eso no es cierto! —se defendió Wilhelma—. Le he dicho a Marcus muchas veces que quiero llevar a Fritz a uno de esos parques zoológicos.

—Eso, señora Bauer —dijo Slaven, girando la cabeza hacia atrás para mirarla por encima del hombro—, no significa que los quiera en absoluto. Un animal prefiere morir en libertad antes que vivir encerrado.

Wilhelma volvió a ruborizarse intensamente y entonces Branka se disculpó para ir a la cocina a prepararle una tisana, pero yo sabía que era una excusa para darle rienda suelta a su hilaridad.

—¿Ya se retiró su servidumbre, señor Drăculești? —inquirió Wilhelma, cuando ya nos habíamos acomodado en nuestros respectivos lugares en la mesa—. Aunque admito que Ava hizo bien en traer la suya propia, siempre me ha resultado algo incómodo cenar en compañía de Branka.

—¡Branka no sirve a nadie! —exclamé furiosa, golpeando la mesa con el mango de mi cuchillo.

—Al fin muestras tus viejos modales, Ava —dijo ella, soltando una risita llena de sorna, quizá convencida de que su anfitrión se percataría de mi falta de refinamiento justo a tiempo para cancelar nuestra boda.

—Wilhelma, por el amor de Dios... —tartamudeó Marcus, sin atreverse a defender a Branka.

—No tengo servidumbre —dijo Slaven, cuyos ojos expresaban tanta cólera contenida que temí maldijese para sus adentros a Wilhelma o la matase sin querer—. Y le aconsejo que proceda con suma deferencia en lo concerniente a Branka, quien, además de ser una mujer maravillosa, hace parte de mi familia por virtud de haber criado a Ava como si fuese su propia hija. Eso, a menos que su intención sea insultar mi casa.

—¡Insultar su casa! ¡Yo! —dijo Wilhelma con un hilo de voz, estupefacta al descubrir que sus palabras no habían hallado acogida en Slaven—. ¡Sería incapaz de faltarle al respeto, señor Drăculești! Es solo que... Branka no es más que...

—¿Cómo conoció a mi prima, Slaven? —la interrumpió Marcus, cuya mortificación era casi digna de piedad. Mi primo odiaba las confrontaciones y la anterior había sobrepasado por mucho lo que era capaz de sobrellevar.

Slaven miró con desprecio a Wilhelma durante unos segundos adicionales y luego centró su atención en Marcus.

—Se lo contaré en la sala de fumar —respondió al fin, serenándose un poco y aflojando el nudo de su corbata de terciopelo negro—. Sin embargo, creo prudente

que su esposa se retire a, descansar —terminó con tono cáustico—. Asumo que no fuma, señora Bauer, ¿me equivoco?

Wilhelma negó con la cabeza, incapaz de responder con palabras, su mirada clavada en el refulgente plato de oro. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Muy bien —dijo Slaven—. Los acompañaré a la puerta.

Marcus se puso de pie para ayudar a Wilhelma a incorporarse, y yo permanecí en mi lugar.

—Regresaré en seguida, Ava —dijo Marcus, aún abochornado.

—Perfecto —dije, terminando mi vino.

—Buenas noches —masculló Wilhelma antes de dejar la estancia, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—No tengas demasiadas pesadillas —repliqué con tono gélido.

Puesto que no me gustaba excederme, Wilhelma tendría solo las pesadillas suficientes.



Parientes lejanos (l'heure verte)

El viernes llegaron los huéspedes restantes, por lo cual nos reunimos con ellos en la casa de enfrente a eso de las cinco de la tarde. De acuerdo con las indagaciones de Branka, Wilhelma ya había averiguado que el personal había sido contratado de modo provisional, por lo cual las ayudas de cámara no tenían nada que referirle acerca de Slaven o la relación que sostenía conmigo. Debía estar indeciblemente frustrada, puesto que Slaven y yo nos habíamos limitado a contarle a Marcus que nos habíamos conocido en un festín, y él había quedado más que satisfecho con aquella corta explicación.

Wilhelma se había retirado a su habitación después del almuerzo: según Marcus, había pasado muy mala noche y aún se sentía indispuesta, pero se reuniría con nosotros a la hora de la cena. Sin embargo, cuando apenas entrábamos a la casa conocimos al pequeño Fritz, a quien habían vestido de tul y encaje, lo cual me apesadumbró, pues no cesaba de llorar: era evidente que estaba muy incómodo. La señora Vogel, la pesada aya de Wilhelma que ahora se hacía cargo de Fritz, lo tenía en brazos y lo mecía de un lado al otro para hacerlo callar, pero el chiquillo se ponía cada vez más rojo, de modo que no pude tolerarlo más y le pedí que me lo diese, a lo cual accedió con inmenso recelo. El niño se aquietó en cuanto susurré en su oído una fórmula para calmar el escozor que había visto en el grimorio de los Drăculești, y se quedó dormido en paz.

—¿Cómo lo logró? —inquirió la señora Vogel, estupefacta.

—Se lo he dicho en varias ocasiones —repliqué, arqueando una ceja y entregándole al niño—: soy una bruja.

Ella, por supuesto, jamás creería algo semejante, así que resopló y tomó a Fritz para llevarlo a la habitación.

Slaven y yo invitamos a nuestros huéspedes a pasar al acogedor invernadero que hacía las veces de jardín interior, donde todos nos instalamos en poltronas tapizadas

para beber el acostumbrado aperitivo de las tardes: algunas botellas del más fino ajeno habían sido distribuidas previamente en dos mesitas sobre las cuales había copas de pie corto y ancho, jarras de agua helada, azúcar en cubos y cucharitas perforadas. Ese día me había puesto un vestido negro con adornos orientales de flores y hojas color amatista que dejaba mis hombros al descubierto, y llevaba alrededor del cuello una cinta de terciopelo negro de la cual pendía un medallón de marfil y corindón que ostentaba el sello del dragón, el cual Slaven había hallado en el ático de nuestra casa. Había recogido mis cabellos, trenzándolos parcialmente y adornándolos con hojas de seda iguales a las de mi vestido.

Los parientes lejanos de Slaven que habían llegado de Budapest conversaban jovialmente entre ellos: estos eran dos hombres extremadamente altos y guapos, uno rubio y otro moreno, y sus respectivas esposas, dos mujeres de singular belleza. Conformaban un pequeño grupo muy interesante, así que quise ubicarme cerca de ellos para observarlos a la luz de las lámparas de bronce y vitral. Mi instinto de *strigoiacă* percibía una cualidad sobrenatural en el mayor de los dos hombres, quien debía tener unos treinta y cinco años de edad. Sin embargo, aunque intuía que dicha cualidad estaba relacionada con su sangre, no lograba discernir exactamente de qué se trataba por más que mirase dentro de sus ojos grises, cuyo color variaba ligeramente dependiendo del tema de conversión que estuviese tratando. Cuando escuché que su esposa y la otra mujer, quien era francesa, dirigían un orfanato en Pest, me dije que no podía ser casualidad:

—¿No serán ustedes quienes ofrecieron hacerse cargo de unos chiquillos huérfanos cuyos parientes fueron asesinados en la cárcel de Vršac hace poco? — inquirí en húngaro, con el corazón en vilo.

—¡Así es! —replicó la mayor de las dos mujeres, llamada Martina, quien me inspiró una profunda confianza casi de inmediato—. La historia nos conmovió y, además, Adrien estaba seguro de que la realidad era mucho peor de lo que contaban los diarios.

Adrien Almos, su esposo, era el hombre de los ojos grises.

—¿De veras, señor Almos? —le pregunté extrañada.

—Por supuesto —respondió él, con una sonrisa franca que me tranquilizó—. Las pequeñas comunidades religiosas que buscan aislar a sus miembros suelen ser escondites predilectos de malhechores y los niños que están a su cargo son quienes siempre sufren más. Según supimos más adelante, el reverendo resultó ser un verdadero monstruo, tal y como lo sospechaba.

No pude más que felicitarlo por su perspicacia y, a medida que la conversión progresaba, no solo comprobé que mis acompañantes eran encantadores sino que tuve la certeza de que eran absolutamente sinceros en su deseo de ayudar a las pequeñas víctimas de la congregación. Por ello decidí contarles, sin adentrarme en detalles, que Slaven y yo habíamos hecho parte de la investigación contra Németh después de habernos enfrentado a él y a sus seguidores en varias ocasiones.

—¿Ustedes estaban allí? —inquirió el hombre rubio, que era el menor de los dos, atónito. Este era casi tan apuesto como Slaven y tenía un aire de realeza antigua que evocaba imágenes de batallas en las que el coraje y el honor aún primaban. Su nombre, según aprendí, era Árpád de Almos, y era algo así como un primo cercano del otro, quien tenía casi su mismo nombre de familia.

—Así es —le dije, suspirando—. Slaven y yo nos conocimos en Banat, muy cerca de Dobro, donde estaba radicada la congregación.

—¡Qué coincidencia! —exclamó con marcado acento francés su joven esposa, llamada Emilia, cuyos ojos revelaban una dulzura infinita—. Me encantaría saber más al respecto, pues estoy encargándome personalmente de los niños con la ayuda de Lucía, quien fue mi aya toda la vida. Como comprenderá, no quiero forzarlos a recordar los malos ratos que pasaron, pero conocer su pasado me ayudaría a lidiar con algunos de sus problemas.

—Quizá podamos reunirnos en privado más adelante para hablar al respecto —dije, sonriendo—. Me alegra saber que los niños están en buenas manos —luego, meneando la cabeza, exclamé—: ¡Aún no puedo creer que estén emparentados con Slaven!

—Este tipo de cosas suele ocurrirnos —rió Martina, la esposa del hombre cuya esencia sobrenatural no dejaba de inquietarme a pesar de la evidente nobleza de su carácter—. Para darle un ejemplo, Adrien y yo conocimos a Emilia en una estación de tren, y poco después nos enteramos de que estaba profundamente enamorada de Árpád, a quien aún no conocíamos a pesar de pertenecer a la misma familia.

—¡Vaya! —reí a mi vez—. Al parecer la sangre llama a la sangre.

En este punto, todos me dirigieron una brevísima mirada particular que, si bien no me asustó, me dio la fuerte sensación de que compartían un secreto. Tendría que preguntarle a Slaven más adelante qué impresión le habían causado sus parientes lejanos, especialmente el mayor de los dos hombres.

Tras pasar otro rato conversando con los miembros de la Orden y sus esposas, Slaven y yo guiamos a nuestros huéspedes al inmenso comedor. En esta ocasión, él y yo ocupamos una de las cabeceras, con Alexandru de Chak y su esposa frente a nosotros en la cabecera opuesta. El prometido de Branka había llegado y ella estaba radiante. Ver a mi nana tan feliz me llenaba de dicha, así que puse mi mano sobre la suya y me incliné hacia ella para susurrarle:

—Bartolomej es fantástico, *mama* Branka.

Ella sonrió, suspirando, tras de lo cual replicó de modo que solo yo pudiese escucharla:

—Y Pie de Bruja no está nada mal.

Aunque Wilhelma había hecho lo posible por pasar desapercibida, podía sentir su odio a través de la habitación: aquella noche se había puesto un vestido de encaje color marfil de cuello alto y mangas amplias que la hacía ver excesivamente delgada y descolorida. Por otra parte, se había recogido los cabellos en la coronilla, lo cual era

preferible a los detestables moños que solía usar. Si bien aún no se atrevía a mirarme o hablarme, estaba segura de que me dirigía imprecaciones para sus adentros pues, además del desdén que siempre me había profesado, Slaven había causado en ella una impresión indeleble, la cual yo no habría podido anticipar a pesar de la magnitud de mis poderes pero percibía con toda claridad: se había encaprichado con él. Sabía que una contingencia semejante tenía que haberla tomado por sorpresa, pues las mujeres como Wilhelma carecen de pasión y son generalmente incapaces de sinceridad aun para consigo mismas. Slaven, por ser distinto a todos los hombres del mundo, y en especial por el fuego que albergaba en su interior, había ocupado los pensamientos de Wilhelma desde el instante en que ella lo había contemplado por primera vez, aunque ella se lo atribuyese a su exquisita belleza balcánica, a su origen noble o a su inmensa fortuna: lo cierto es que mi cobarde enemiga se había enamorado del mismo pobre bastardo que yo, y olvidarlo le tomaría toda la vida.

Este no era, claro está, el tipo de resarcimiento que yo estaba buscando, pues había soñado con divertirme a costa suya desde la niñez, y lo haría aunque en cierto modo la compadeciese a causa de sus inesperados sentimientos por Slaven. Después de la cena, cuando los hombres y Branka se retiraron a fumar y las otras mujeres pasaron al salón de piano donde ardía una gran chimenea, Wilhelma se detuvo frente a mí en el extremo del pasillo para escrutarme de pies a cabeza, tras de lo cual afirmó:

—Tienes que ser una bruja después de todo pues, a pesar de que ahora tengas ropas finas, no tiene sentido que el señor Drăculești se haya fijado en ti.

Solté una carcajada.

—En eso tienes toda la razón, Wilhelma.

—Ah... ¿sí? —balbuceó ella desconcertada.

—Sí. Al fin descubriste que el amor no es un ejercicio racional. La pasión que Slaven y yo compartimos trasciende, por supuesto, el vestido, y se expresa mucho mejor en ausencia del mismo. Por cierto: ¿qué tal tu matrimonio con Marcus?

—¡Por Dios! —exclamó casi ahogándose, y pasando por alto mi pregunta—. ¿Admites que lo sedujiste?

—Diría que quien me sedujo fue él —reí, regodeándome en el iracundo rubor que la cubría—. ¿Qué pasa, Wilhelma? ¿Tienes celos?

—¡Claro que no! —chilló—. ¡Ocurre que eres una desfachatada y no acostumbro tratar con mujeres de poca honra!

—Oh, Wilhelma, siempre te esmeraste en parecer pudibunda pero ambas sabemos que no pasas de gazmoña. Aun así, admito que no te equivocaste en tu primera afirmación.

—¿En cuál? —inquirió, temblando de indignación moral.

—Después de todo, sí soy una bruja —repliqué, dirigiéndole una mirada asesina y extendiendo las palmas de mis manos hacia ella para recitar un hechizo en latín que la lanzó volando un par de metros hacia atrás.

La cara de pavor de Wilhelma al caer sentada sobre la alfombra estará grabada en mi memoria hasta el día en que muera. Me miró como quien por primera vez se da cuenta de algo que siempre ha estado ante sus ojos y tomó aire para proferir un alarido, pero murmuré una fórmula de *strigoiacã* que hizo que cayese un rayo cerca de la casa justo a tiempo para camuflar su grito, tras de lo cual se desató una brutal tormenta al estilo de los más diestros *strigoi*. Acto seguido, chasqué los dedos para que Wilhelma solo pudiese susurrar: no deseaba interrupciones en aquel momento de júbilo.

—¿Ya tienes miedo? —inquirí, avanzando hacia ella, quien retrocedió aterrada, arrastrándose por el corredor.

—Por favor... —susurró, sus ojos humedecidos.

Negué con la cabeza, sonriendo al tanto que la miraba con toda la perversidad que podía expresar por medio de mis gestos, la cual, sin duda, era inmensa. Pronto llegamos a una habitación oscura en el extremo oriental de la propiedad, la cual estaba repleta de estanterías con libros. Hice que la puerta se azotase detrás de nosotras para que Wilhelma se sobresaltase y encendí una vela, apuntándola con el dedo índice.

—Vamos a hablar de brujería —le dije, extendiendo mis dedos hacia la ventana y susurrando en latín para que cayese otro rayo.

—¿Qué vas a hacerme? —sollozó, sacudiéndose como una hoja.

—Adivina.

—¡Por favor, no me mates! —lloró, sin atreverse a dar un paso en ninguna dirección.

—¿Matarte? —inquirí, acercándome a ella, lo cual causó que se replegase sobre sí misma—. Estoy pensando en lanzarte un hechizo que te obligue a usar una peluca de pelo de cabra el resto de tus días... Sin embargo, quizá puedas evitarlo.

—¡Haré lo que digas! —clamó.

—Sé buena con Marcus.

—¡Seré buena con él! —gimió sin poder elevar la voz.

—Te lo advierto: estaré vigilándote a través de mi bola de cristal —mentí, mordiéndome el labio para evitar reír—. También debes dejar de vestir a Fritz como un maldito muñeco.

—¡Lo juro! —hipó, salivando profusamente.

—Nunca, en lo que te queda de vida, vuelvas a referirte a mi nana con desprecio o condescendencia.

—¡Quiero a Branka! —dijo, por lo cual entorné los ojos, frunciendo el ceño.

—¡Hablaré de ella como si la quisiera! —se corrigió.

—Por último, Wilhelma —añadí, gesticulando para que cayese otro rayo—: jamás desafíes a una bruja.

—No volveré a pronunciar tu nombre —gimoteó—. ¡Por favor! ¡Déjame ir!

—Sí que lo haré... pero antes, deja que te quite esas arañas de encima —dije,

chasqueando los dedos para que recobrase su potencia vocal y haciendo que la tormenta cesase abruptamente, tras de lo cual abrí la puerta con un gesto.

Los alaridos de Wilhelma deben haber resonado en toda la casa porque, en cuestión de un minuto, todos nuestros invitados llegaron a donde estábamos para hallarme inclinada ante ella, tomando con delicadeza la última araña que caminaba sobre sus faldas.

—¡Wilhelma! —exclamó Marcus, viéndola bañada en lágrimas—. ¡Por poco nos matas del susto! ¡Es tan solo un pequeño artrópodo, por amor de Dios!

—Ya está —dije, abriendo la ventana y sacudiendo mi mano para que la diminuta araña, que segundos antes lucía enorme, partiese—. No hay nada de qué preocuparse, Wilhelma está a salvo.

—Señora Bauer, ¿qué hace en un recinto con libros? —la amonestó Slaven con tono burlesco, recordando la ocasión en que ella había confiscado todos mis textos solo para torturarme con la excusa de que me alejaban de la femineidad. Tras una corta pausa en la que estuve casi segura de que Slaven rompería a reír, añadió—: Se dice que, si por usted fuera, ninguna mujer tendría acceso a ellos.

—Yo... —balbuceó Wilhelma.

—Es mi culpa —dije, sonriendo—. Yo la traje aquí. Quería enseñarle algo, pero su perfecta delicadeza se interpuso entre ella y el conocimiento.

Dije la última frase a modo de chanza bienintencionada, de modo que nuestros huéspedes rieron, tomándola con ligereza.

—Lo siento mucho —dijo Marcus, rodeando a su esposa con el brazo y llevándola fuera de la estancia—. Wilhelma sufre de los nervios.

—Descuide. Quizá sea hora de que me vaya a dormir, de todos modos —dijo Alexandru de Chak, con tono jovial—. Ha sido un día largo y mañana hay una boda a la que asistir. Espero que se reponga del susto, señora Bauer.

—Creo que imitaré al señor de Chak —anuncié—. ¿Vienes conmigo, Slaven?

—Por supuesto —dijo él, sonriendo ampliamente.

Tras despedirnos de todos excepto de Wilhelma, quien aún no había recobrado el habla y permanecía con la vista clavada en el piso, llena de terror, partimos en compañía de Branka, quien dio las buenas noches a Bartolomej con tal candor que me enterneció. Una vez entramos a la casa y cerramos la puerta, los tres reímos largamente en el recibidor. Después, cada uno partió a su respectiva habitación: aunque solía dormir con Slaven, aquella noche ocupé una espaciosa estancia en la que había dispuesto mi vestido de bodas, el tocado que usaría y gran variedad de delicadas esencias de flores para perfumarme al día siguiente. Me tendí cuan larga era en el blando lecho y me dormí con una sonrisa en los labios, pensando en Wilhelma.



Novia escarlata

Aunque nos hubiésemos casado en soledad hacía más de siete meses en aquella caverna oculta en las montañas, nuestra próxima boda no dejaba de emocionarme: el solo hecho de haber dormido separada de Slaven una noche había logrado que lo extrañase profundamente, y había despertado suspirando por verlo de nuevo.

Me sumergí en un gran baño hechizado en el cual mezclé esencia de azahar y líquen, algunas hierbas silvestres y sales minerales, y formulé varios deseos de amor espontáneos. Después de ello, recogí mis cabellos con flores de seda rojas y doradas a un lado de mi nuca, de modo que los bucles oscuros, que ahora eran suaves y lustrosos, cayesen libremente hasta mi cintura por la parte delantera del vestido. Froté mi escote, abdomen, brazos y muslos con algunas gotas de fragante aceite de rosas y, por último, me puse el vestido que había elegido para la boda, el cual era rojo escarlata. Este constaba de un corpiño ceñido con cintas de seda del mismo color que se entrecruzaban a lo largo de mi espalda, mangas semitransparentes y ajustadas que dejaban los hombros al descubierto y se extendían hasta mis muñecas, y varios volos de faldas superpuestas de muselina roja translúcida que descendían delicadamente desde las rodillas hasta el piso. Tanto el corpiño como las mangas estaban recamados de hilos de oro con diseños orientales que hacían juego con mis zapatillas. En esa ocasión no llevaría ninguna joya, puesto que la única que realmente me importaba ya adornaba mi dedo hacía largo tiempo. Por extraño que parezca, sentí la presencia de mis dos progenitores mientras me miraba al espejo, y me despedí de ellos en el cristal con los ojos humedecidos, como si pudiesen verme a través del mismo. Aquel día estaba tan contenta que no podía parar de sonreír, por lo cual los hoyuelos de mis mejillas, que habitualmente se insinuaban en mi rostro, se destacaban casi tanto como mis pestañas espesas y oscuras.

Ya estaba nerviosa cuando el cochero me llevó a la pequeña capilla de la Orden

del Dragón ubicada en la propiedad de Alexandru de Chak donde todos esperaban pero, cuando acepté el brazo del último para caminar con él hacia el altar, creí que mi corazón se saldría de mi pecho: de algún modo, aunque llevase una *jaquette* impecable, se me antojaba que veía a Slaven por primera vez, sus ondeantes cabellos negros enmarcando su rostro y cayendo sobre sus hombros, sus ojos profundos expresando insaciable avidez al reconocerse dentro de los míos, sus labios entreabiertos esbozando una sonrisa de amor y placer. Sabía que nuestros sentimientos solo se habían hecho más intensos pero, cuando al fin estuve frente a él y me tomó de las manos, volví a experimentar aquella sensación chispeante similar al aire justo antes de una tormenta.

La ceremonia fue tan breve y yo estaba tan embelesada con Slaven que, para ser franca, a duras penas si recuerdo haber escuchado mencionar la Orden del Dragón en latín antes de que nos declarasen marido y mujer, momento en el cual estalló una majestuosa tormenta de primavera. Cuando Slaven me besó, estrechándome entre sus brazos largamente como si fuese a devorarme ante todos, un rayo cayó justo fuera de la capilla, sobresaltando a los comensales, los cuales rieron y aplaudieron sucesivamente una vez superaron el miedo inicial. Extrañamente, no llovió más de cinco minutos.

Solo al salir de la capilla en medio de las felicitaciones de nuestros amigos y parientes me percaté de que Wilhelma no estaba allí, y se lo comenté en baja voz a Slaven, quien se rehusaba a soltarme.

—Escuché a Marcus decirle a Branka que su mujer perdió los estribos anoche —murmuró en mi oído—. Oculta bajo el lecho, Wilhelma le reiteró a tu primo hasta el amanecer que realmente eres una bruja malvada como afirmabas serlo en la niñez. Según Marcus, Wilhelma no cesó de insistir en su obligación de prevenirme contra ti antes de que fuese demasiado tarde.

—¿De veras? —reí, besando su mejilla al tanto que nos dirigíamos hacia la bella casa de Alexandru, donde nos esperaba el agasajo posterior, a través de un sendero sombreado del jardín en flor—. Me parece que tendré que enviarle esa peluca después de todo, ¿y cuál fue la reacción de mi primo?

—Lo creas o no, amenazó con dejarla y llevarse a Fritz si continuaba insistiendo en semejante disparate, ante lo cual ella decidió regresar a Austria sin él a primera hora de la mañana, dejando al niño y la aya. Marcus, sin embargo, en su infinita ingenuidad, le pidió a Branka que no te contase lo acaecido pues, en sus palabras, no deseaba que ninguna eventualidad nublase esta feliz ocasión.

—No podría ser más dichosa —repliqué, mirándolo a los ojos—. Y además, ya desatamos la más hermosa tormenta.

Slaven volvió a besarme en medio del jardín y al cabo de un minuto tuve que detenerlo con una sonrisa antes de que mi sentido de la decencia flaquease por completo. Él hizo ademán de morder mi cuello y rio por lo bajo antes de que prosiguiésemos nuestro camino:

—Es una suerte para ambos que ya no me transforme en lobo en contra de mi voluntad. Con ese vestido rojo, en medio de este pequeño bosque y tras una nueva ceremonia de alianza, podría haberte tomado por una exquisita ofrenda.

—No olvides que tu sangre preciosa también corre por mis venas, Dracul —respondí, guiñándole un ojo—. Después de haberla probado, la víctima podrías ser tú.

Ambos bromeábamos a pesar de nosotros mismos imaginando las cruentas posibilidades que habían quedado atrás gracias a la ruptura de la maldición cuando, al alcanzar el umbral de la casa, Slaven se detuvo de repente, frunciendo el ceño.

—Hablando de sangre... —dijo, mirándome de soslayo—. ¿Has notado algo inusual acerca de mi pariente lejano, el hombre alto de los ojos grises?

—¡Sin duda! —exclamé, contenta de que él también lo hubiese percibido—. Le he dado muchas vueltas en mi cabeza sin llegar a ninguna conclusión. ¿Puedes explicármelo?

—Oh, sí: Adrien Almos, amada esposa mía, es un vampiro.

Me sentí palidecer al escuchar aquella palabra de labios de Slaven pero él, al verme tan atemorizada, se echó a reír:

—No te preocupes antes de tiempo: recuerda que tú y yo somos *strigoi* y no por ello vamos asesinando gente por ahí. Además, el vampiro en cuestión parece ser un gran tipo.

—¿Qué hay de sus acompañantes? —inquirí recelosa.

—Simples mortales —me aseguró, lo cual me tranquilizó bastante—. Vamos, Ava, es bastante obvio que todos son buenos como el pan.

Tenía razón. Sin embargo, cuando brindábamos dentro de la casa con nuestros anfitriones y la esposa del vampiro se acercó a nosotros llevando en brazos a su hijo, una criatura arrobadora de un poco más de un año de edad quien hasta ese momento había estado durmiendo en un fino cochecito negro, sentí una punzada acerba en el vientre y un escalofrío me recorrió. No bien la mujer se dio la vuelta para regresar al lado de su esposo, comprendí la inusitada reacción que la insistente mirada del pequeño vampiro había desatado en mi interior.

—Estoy embarazada —dije a Slaven por lo bajo, mi corazón latiendo con fuerza—. Vamos a tener una pequeña *strigoiacă*.

FIN



«MEFISTÓFELES: —Lo confieso con ingenuidad. Un pequeño obstáculo me impide salir: ese pie de bruja que está en tu umbral.

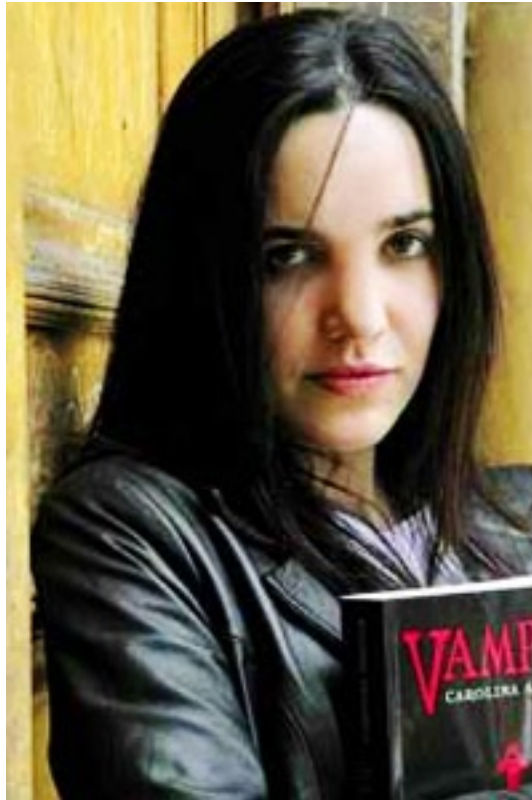
FAUSTO: —¿El pentagrama te desazona? Ea, dime, hijo del infierno, si eso te detiene, ¿cómo entraste, pues? ¿Cómo se dejó engañar un espíritu como tú?

MEFISTÓFELES: —Míralo bien, no está trazado de la manera debida. Uno de los ángulos, el que mira hacia fuera, está, como ves, un poco abierto».

Fausto (J. W. Goethe)

Agradecimientos especiales:

Dios, María Córdoba, Juan, Michelle e Isabel Andújar, Carlos Castillo, Gabriel Iriarte, Natalia García, Laura Gómez y, por supuesto, *vamps* (por siempre). Gracias a todos de corazón.



CAROLINA ANDÚJAR (Cali, Colombia). Su padre es húngaro y su madre es colombiana. Estudió homeopatía clásica y se especializó en análisis psicológico junguiano. Sus intereses abarcan la mitología griega, el análisis de los sueños, las grandes religiones y diferentes corrientes místicas, el diseño de moda, la composición e interpretación musical, la dirección teatral, la experimentación psicológica y antropológica, la simbología y lo paranormal y las artes plásticas. Ha vivido en Indonesia, Italia y Estados Unidos, donde trabajó en investigación para el departamento de bioquímica de la Universidad de California, en Santa Bárbara.

Escribió y dirigió piezas de teatro y cortos cinematográficos para las compañías de multimedia *Hail To The Piece* y *Multicultural Drama Company*.

Vampyr y *Vajda, príncipe Inmortal* son respectivamente su primera y segunda novela cuyo tema central son los vampiros. Carolina andújar es la heredera al trono respecto a lo gótico.